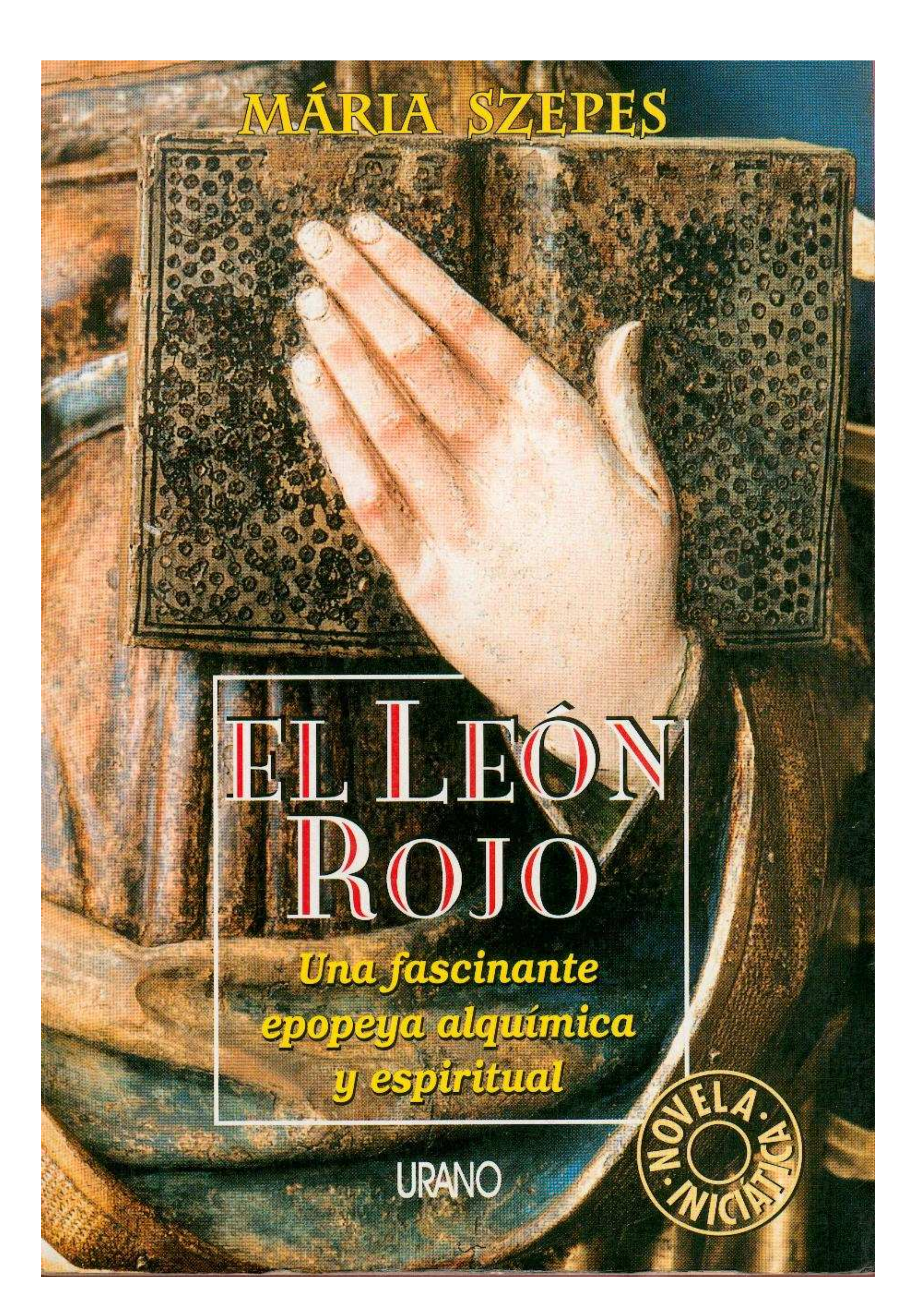

MÁRIA SZEPES
EL LEÓN ROJO
Una fascinante epopeya alquímica y espiritual
URANO
NOVELA · INICIÁTICA

Mária Szepes

El león rojo

E D I C I O N E S   U R A N O

Argentina - Chile - Colombia - España México - Venezuela

Título original: *A Voros Oroszlán*
Editor original: Édesvíz Kiadó, Budapest
Traducción: Ana Tortajada

ISBN: 84-7953-166-5 (tela)
ISBN: 84-7953-167-3 (rústica)
Depósito legal: B. 21.382-97

Fotocomposición: Autoedició FD, S.L. - Muntaner, 217 - 08036 Barcelona
Impreso por Romanyá Valls, S.A. - Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Pñnted ín Spain

Índice

PRAELUDIUM

LIBRO PRIMERO **El manuscrito de Adam Cadmón**

LIBRO SEGUNDO **El crisol en el fuego**

LIBRO TERCERO **El Fénix levanta el vuelo**

POSTLUDIUM

P R A E L U D I U M

Adam Cadmón

La carta de Adam Cadmón me llegó hace muchos años, en el verano de 1940. Por entonces yo vivía en una casa pequeña de la que, a excepción de algunos amigos íntimos, nadie sabía nada. Era una granja de una sola planta, con un porche cubierto de parras silvestres, contraventanas verdes y paredes encaladas, situada en la suave pendiente de una colina y protegida por la sombra de viejos y aromáticos tilos. No se podía llegar a ella ni en tren ni en coche, y desde la estación de ferrocarril más cercana había una hora de camino por una región de colinas. El correo tan sólo llegaba tres veces por semana al «Arca de Noé», que es el nombre que yo había dado a mi refugio. Había hecho reformar las habitaciones para convertirlas en estancias cómodas y modernas, pero aun así tenía que bombear el agua a mano para que subiera hasta los depósitos, y por la noche debía servirme de lámparas de petróleo y velas. Sin embargo, en 1940, las personas sensibles abandonábamos gustosas las furibundas bendiciones de la llamada «cultura» para emigrar hacia un pasado «más primitivo».

Desde mi porche y mi ventana la vista abarcaba las extensas colinas pobladas de vides, a cuyos pies resplandecía el curso del Danubio.

Había elegido la casa en un lugar tan oculto e inaccesible como aquél deliberadamente y tras mucho buscar, pues tenía la sensación de que nunca podría terminar mi obra si no conseguía liberarme del ajetreado ambiente de la gran ciudad.

Debido a mi profesión estoy atado a la ciudad, y en mi calidad de director del departamento neurológico de un gran hospital parecía bastante improbable que pudiera liberarme de la carga de mis obligaciones. De entre todas las diferentes carreras que existen, quizá sea la de médico la más esclavizante, ya que se trabaja en un ámbito donde las cosas no pueden controlarse. Cada acontecimiento sobreviene de forma inesperada y con escalofriante premura, y no tolera ningún aplazamiento.

La orientación que yo seguía, como pionero, me puso ante un grave dilema: tanto el ejercicio de mi profesión como mi libro exigían una dedicación exclusiva. Aunque llevaba años acumulando material para el libro, aún tenía mucho que leer para aclarar ciertos detalles. Intenté sacrificar parte de la noche, pero eso repercutió de forma negativa, no sólo en mi salud, sino también en mi trabajo. Tenía que enfrentarme a problemas que requerían un esfuerzo de concentración sostenido, pues de lo contrario mis tesis empezarían a debilitarse y acabarían siendo un magnífico blanco de ataque; no podía defender un auténtico acontecimiento de importancia capital con argumentos ambiguos, ralos e insuficientes. Tras largos titubeos y algunos compromisos, solicité finalmente un permiso de cuatro meses por motivos de salud y me entregué a la tarea como quien se lanza al abismo: con el ánimo exaltado y con unos remordimientos de conciencia casi imposibles de acallar, que sin embargo fueron superados por mi íntimo apremio. Así pues, designé a mi asistente más capaz para que me sustituyera en el hospital y me retiré sin más de este mundo.

La mágica paz de la soledad y el trabajo no me cautivaron de inmediato. Durante la primera semana aún bullían en mí los casos que había abandonado de un día para otro y revoloteaban a mi alrededor como moscardones inquietantes; pero luego los aplasté sin misericordia con aquel sano escepticismo que afirma que el ser humano, en general, no es imprescindible, porque si lo fuera no sería continuamente substituido por la muerte como los billetes de banco que se retiran de la circulación. Universalizar el método que yo había descubierto, confirmado por medio de experimentos y demostrado en la práctica, y detener la enfermedad en sí misma, me parecía mucho más importante que la puntillosa preservación de la continuidad o el tratamiento de algunos pacientes aislados. Puesto que en este libro yo sólo tengo un papel accidental, no quiero extenderme sobre la naturaleza de mi trabajo sino en la medida en que contribuya a explicar en cierto modo la figura y la aparición de Adam Cadmón y en tanto que guarde relación con su singular historia.

Desde hace veinticinco años me ocupo de personas que padecen trastornos mentales, y hace más o menos diez que, abandonando el callejón sin salida de las consideraciones establecidas, emprendí un camino completamente nuevo, sin que hasta ahora haya publicado mis experimentos y resultados. Conozco y respeto la cautela con que actúa la ciencia y su rechazo, a menudo exagerado, frente a aquellos que quieren abrir nuevas sendas, por lo que estaba dispuesto a que mi trabajo fuese ridiculizado, a que acabara sometido al fuego cruzado de numerosas animosidades o a que, en definitiva, fuera ignorado; pero todo ello no me importaba en absoluto. Algunos de mis discípulos más destacados, a los que más adelante no se podrá excluir sin más del ámbito de la ciencia médica, están ya lo bastante «contaminados» para curar empleando mi método. Nuestras estadísticas ofrecen cifras respetables, y nuestros pacientes, esos fantasmas que andan errando en tierra de nadie, se convierten de nuevo en seres humanos.

He llamado a mi método metapsicoanálisis. Por «psique» entiendo la inteligencia inmortal que, en esta Tierra, alcanza su culminación en la conciencia del ser humano. Pero en relación con las dimensiones ilimitadas del espíritu, esta culminación es como un grano de polvo en el Cosmos. La enfermedad del alma consiste en un defecto del vínculo entre el cuerpo y el alma, una alteración de los órganos que establecen esa comunicación. El médico del alma debe identificar ese fallo del cuerpo, diagnosticarlo y corregirlo con toda la exactitud del método clínico. Si sólo se dedica a tratar síntomas, puede llenar de muertos vivientes los establecimientos dedicados a la atención de enfermedades nerviosas, y por lo tanto, también este mundo. Por supuesto, no me refiero aquí a los trastornos orgánicos del cerebro que influyen negativamente en toda una vida humana; hablo de las enfermedades del alma, invisibles e imposibles de localizar, que desencadenan de forma paulatina cambios enfermizos en el organismo.

Esta revolución general del espíritu y también de la ciencia médica ya no puede condenarse al interior de un frasco, como el genio del cuento, porque los tiempos están preñados de ella, el latido de su corazón resuena en el mundo y su nacimiento está a las puertas. Para explicar todavía con mayor claridad lo herético de mis puntos de vista frente a la ciencia, quiero reconocer con toda franqueza las relaciones ocultas de mi orientación. Creo en Hermes Trismegisto, proclamador de la doctrina de las analogías, y en las antiguas tradiciones, cuyas raíces se pierden en un formidable pasado prehistórico como en una niebla que ahora, poco a poco, empieza a dispersarse. También en épocas anteriores la Verdad salió a la luz, pero las gentes se comportaron ante ella como gnomos malvados. Baste con recordar a Paracelso, cuyos colegas envidiosos le destrozaron el cráneo, un cráneo por el que en vano se habrían ofrecido miles de otros a cambio. Tampoco se puede obtener oro a cambio de tierra, aunque la ofreciéramos a toneladas.

La carta de Adam Cadmón contenía tan sólo unas pocas líneas:

> Muy distinguido señor profesor,
>
> Tengo la esperanza de que con mi visita pueda hacerme perdonar el hecho de haberle molestado en su trabajo. Sólo pretendo abusar de su hospitalidad durante dos días. Lamento no poder comunicarle el momento exacto de mi llegada, porque depende todavía de algunos asuntos que debo resolver, pero espero emprender el viaje esta misma semana.
>
> Hasta que nos veamos en persona, le saluda de todo corazón
>
> Adam Cadmón

Así firmaba: Adam Cadmón. La carta había sido echada al correo en Budapest.

Mi primer pensamiento fue que alguno de mis amigos se había permitido gastarme una broma. Mi dirección sólo la conocían tres personas: mi asistente, mi ama de llaves en Budapest, y un distraído colega soltero con el que había librado interminables batallas sobre el tablero de ajedrez y que se encontraba en el hospital tras una operación de cálculos biliares. Su lealtad estaba fuera de toda duda. Sabía que ellos no habrían revelado mi dirección a nadie, y mucho menos a un desconocido. Por lo tanto, ¿de dónde había sacado mi dirección ese Adam Cadmón, que se atribuía un nombre cabalístico que significa «Cosmos»? ¿Y qué quería de mí?

Mi enojo, provocado por el pretendido trastorno, fue barrido por mi curiosidad. Tanto de la carta como del nombre emanaba algo mágico. Una y otra vez volvía a releer ese escrito, que me preocupaba y me fascinaba al mismo tiempo. Observaba y examinaba la delicada escritura rectilínea e inclinada, incomparable y singular; en esa escritura había algo que me recordaba los jeroglíficos. Además, en el sobre no sólo aparecía escrito mi nombre con toda claridad, sino también el nombre de la casa, que yo no había anotado en ninguna parte y que sólo había mencionado a mis amigos: «Arca de Noé». El enigma me parecía indescifrable, y con cierta excitación febril me dispuse a esperar la aparición de Adam Cadmón.

Descubrí que por las mañanas, al despertar, mi primer pensamiento iba dirigido a la posibilidad de que hubiera llegado. Al tercer día no pude soportar más aquella incertidumbre. Con el pretexto de ir a comprar cerillas, velas y algunas provisiones, bajé caminando a la estación. Pero nadie descendió del tren. Sin embargo, cuando regresé pude comprobar que mi visitante acababa de llegar a casa.

Estaba sentado en el porche y, al verme, se levantó, se acercó a mí y me alargó la mano.

No habría podido determinar su edad con exactitud. En todo caso, no era viejo. Tenía el rostro pequeño, de facciones delicadas y exento por completo de arrugas. Pero tampoco era joven ya; no sabría decir por qué, pero esta palabra era del todo inadecuada para describirle. Seria mejor decir que parecía atemporal, que más bien causaba una impresión como de perpetuación en el presente. Sus rasgos tenían un ligero aire mongólico y su cutis era algo moreno, pero no demasiado diferente a como se da también en Europa. Resultaba difícil apartar la mirada de sus brillantes ojos almendrados, de un color verde azulado. La frente, ancha y despejada, con sus nobles protuberancias y las sienes delicadamente arqueadas, era para el experto frenólogo como una obra de arte de la naturaleza. El pelo negro, de un brillo mate y peinado con severidad hacia atrás, descendía pegado a la cabeza hasta la nuca. Llevaba un traje blanco de verano que parecía bastante cómodo. Pero mis palabras no pueden transmitir lo esencial de su apariencia. ¿Cómo podría, por ejemplo, describir su mirada alegre, penetrante y confiada, capaz de despertar un eco en las profundidades más hondas del alma? En ningún momento me pareció un extraño, aunque yo ni siquiera supiese cómo se había establecido la relación entre nosotros ni cuál era la naturaleza de esa relación.

Con su voz suave y uniforme, lo primero que hizo fue recabar información acerca de mi trabajo. Trabamos conversación y, por extraño que parezca, no me sorprendió descubrir que estaba muy bien informado. Incluso cuando citó pasajes enteros de mi libro supuse que los habría leído en alguna revista de medicina; pero en mitad de la conversación me interrumpí desconcertado, porque las cosas que él decía no las había mencionado en ninguna parte. Aquello sólo lo sabíamos el papel que había sobre mi escritorio, la pluma estilográfica y yo. Eso significaba... Me quedé mirándolo con fijeza y él me sonrió.

-¡No se trata de brujería! Sólo estoy un paso más adelantado en ese ámbito en el que usted también trabaja. En su conciencia, la obra ya está terminada, y yo la he leído. Esta capacidad está latente en todas las personas; sólo hay que desarrollarla.

Esta explicación me llevó de pronto a unos niveles en los que la imagen del mundo adquiría nuevas dimensiones.

Nuestra conversación derivó hacia el tema de la guerra. Él dijo que había venido a propósito desde Lublin para visitarme, y que dentro de dos días iniciaría el viaje de regreso. Esta revelación despertó en mí numerosas preguntas de diversa índole. ¿Qué se le había perdido a él en Lublin, donde hacía estragos una guerra sin cuartel y reinaba en esos días una terrible represión? ¿Quizás era polaco? Hablaba el húngaro a la perfección, aunque con un acento extranjero apenas perceptible. En Budapest había pasado un solo día, no conocía a nadie, había venido directamente a mi casa... Pero, entonces, ¿quién había echado al correo la carta en Budapest cuatro días atrás? ¿Y cómo podía él, un simple particular, atravesar las zonas de guerra?

-No soy polaco -respondió él a mis pensamientos-. Me trasladé a Lublin en julio de 1939.

-¡Usted es alemán! -El pensamiento surgió en mí acompañado de una desagradable sospecha-. ¿No será acaso...?

-Vengo de Tíbet -dijo él con sencillez-. Me propuse hacerle esta visita cuando me encontraba allí. Si libra a su alma de todos los pensamientos efímeros, tan efímeros como mariposas de un día,

encontrará debajo de ellos la certeza de que me ha estado esperando. Por supuesto, el elegido no sólo espera con el entendimiento, sino con sus intuiciones, sus premoniciones, su inquietud y su fe inagotable, a que un día se anuncie y manifieste lo esencial, aquello que es inexpresable e inalcanzable mediante las estrictas leyes de la vida tridimensional. Entre nosotros dos, la diferencia estriba tan sólo en que usted intuye algo y yo lo recuerdo. Pero eso no tiene importancia para nuestro trabajo en común. Lo importante es que usted tiene conocimiento de estas cosas, que cumple su cometido impertérrito y que ha conservado íntegras sus características.

-¿En qué consiste mi cometido? ¿Quiénes me lo han encomendado? ¿Qué características he conservado? -Las preguntas se abrían paso desde mi interior.

-Las palabras tienen la gran desventaja de que cada uno las emplea en cada ocasión de modo distinto. Primero hay que ponerse de acuerdo en cuanto a su significado, al igual que se sincronizan diferentes relojes. Cuando hablo del recuerdo, me refiero al recuerdo de una vida anterior. Usted sabe y cree que la reencarnación es una realidad, usted posee sus propios conocimientos e intuiciones. Yo me acuerdo. Usted tiene la sensación de que hoy no nos encontramos por primera vez; yo lo sé. Usted se ha retirado a este lugar, al «Arca de Noé», obedeciendo una orden interior, a fin de terminar su obra, que es necesaria para el futuro. Pero yo sé que esta orden interior es un encargo procedente de aquel lugar en donde los revolucionarios del espíritu preparan los nuevos eones a través de los conspiradores de alma renovada. Usted pertenece a ellos sin saberlo en esta vida, pero yo puedo asegurarle que en su momento prestó ese juramento de manera consciente. Esto es tan claro como la luz del sol, ¿no es cierto?

Asentí involuntariamente, aunque esa «claridad» más bien me cegaba en lugar de hacerme ver. Durante todo el tiempo que Adam Cadmón se alojó en mi casa, estuve inmerso en un extraño entusiasmo que me cautivaba con fuerza. En su presencia yo era incapaz de discutir, de analizar y de ofrecer resistencia. De vez en cuando, aparecía en mi mente la sospecha de que quizás era víctima de alguna sugestión, ya que cada una de las palabras que él pronunciaba contra mis conocimientos, contra hechos palpables que podían demostrarse con argumentos, me alcanzaba con tal fuerza persuasiva que incluso la menor de mis dudas se disipaba. Pero yo había realizado suficientes experimentos, precisamente con la sugestión, para saber que ahora me encontraba frente a cosas de una índole muy distinta. No había en él ningún intento de cambiar mi estado anímico, ni la más ligera corriente de violencia; se limitaba a ser él mismo, con aquel dominio de las fuerzas y capacidades mentales, y sus manifestaciones no estaban llenas de la dubitativa y humana inseguridad, sino repletas de una penetrante y grave seguridad.

***

Después de cenar nos sentamos en el jardín. Sobre nosotros el cielo se oscureció y se llenó de estrellas. Los signos del zodíaco pintados sobre una cúpula invisible brillaban a nuestro alrededor. La Vía Láctea se derramaba sobre el horizonte como una corriente oscura, cargada de misterio. En la proximidad de una gran luna llena refulgían dos planetas de brillante claridad: Saturno y Júpiter en estrecha conjunción. Mi mirada quedó prendida en esos dos cuerpos celestes y reflexioné acerca de su poder, de sus fuerzas opuestas, que sin embargo se complementan una a otra. Júpiter es el gran benefactor, llameante, lleno de impulso, constructor; Saturno, por el contrario, es el inhibidor, el que produce aflicción y por medio de ella enseña. Júpiter es amigo del Sol; Saturno, de la gran soledad. El peligro del uno es el fuego; el del otro, la rigidez helada. ¿Qué efectos podía tener sobre este mundo la lucha de ambos gigantes?

-La constelación de los ungidos -dijo en voz baja Adam Cadmón, a mi lado.

Me asusté. De pronto me sentí lleno de la magia de esa noche incomparable. Y la frase de Adam Cadmón respondía con exactitud a mis pensamientos, al igual que la vez anterior.

-La conjunción de Júpiter y Saturno también precedió al nacimiento de Cristo -continuó él con toda calma-. En aquella época la gran conjunción aparecía en el signo de Piscis. Ahora aparece en el de Tauro. Aquella trajo al mundo el cristianismo; ésta trae la revolución filosófica y social, la liberación

del espíritu de su servidumbre a la materia. El Mesías que ha de nacer ahora abrirá las puertas a una Nueva Época.

-¿Nacerá un nuevo Mesías? ¿Dónde? ¿Y cuándo? -pregunté incrédulo.

-En Lublin, en abril de 1941. En el gueto de Lublin, allí donde la carga es más pesada y donde reina la más oscura de las tinieblas. Allí, entre los humillados y los atormentados. Su sombra lo precede con mucha anticipación: el hombre del pecado, el infractor de la ley con todo su poder y con todos los signos de la mentira ya ha aparecido. Y allí donde su sombra cae sobre la Tierra, allí aparece también su brillante contrapartida, la realidad junto a la ofuscación, el Salvador frente al Anticristo. Y para que se cumpla la escritura y se haga audible el ritmo siempre repetido del eterno oleaje del tiempo, nacerá como hijo ilegítimo de una muchacha judía, una joven agobiada por la aflicción, por la horrible cordura de sus sufrimientos, por la terrible ternura que se muestran unos a otros durante las persecuciones. Esta apacible madre virginal es la imagen de aquella primera madre que hace mil novecientos cuarenta años dio a luz a su hijo en un establo.

Hablaba con voz queda y sobria, pero desencadenó un fuego en mi interior. Me vi aplastado por esa ilimitada certeza, que va más allá de toda comprensión, de que cada palabra era verdad de una forma estremecedora, más verdad que las cosas visibles que me rodeaban...

-Y usted..., ¿por qué vive en Lublin? -Fue la primera pregunta que le hice referida de forma directa a su persona.

-Cuando, llegado el momento, la sabiduría nazca en el establo del odio humano y de la limitación de la sabiduría, irán a visitarla, siguiendo a la estrella, todos aquellos que han sido invitados al bautismo. Yo ya he percibido la llamada. He regresado de la anonimía para procurarle un lugar y anunciarlo. He venido para anunciar a los justos: ha llegado el día del que hablan los profetas. Se acercan los días en que los molinos molerán despacio y reducirán a polvo cualquier soporte humano. Habrá un gran fuego que también destruirá los últimos refugios de la materia. No habrá un palmo de tierra ni un palmo de bosque donde el perseguido pueda descansar, donde el acosado pueda ocultarse. El becerro de oro caerá definitivamente de su pedestal. El río de lágrimas no conmoverá el corazón de los demonios inmisericordes. La sangre se convertirá en un mar e inundará tierras, ciudades, calles, casas, campos, lagos y ríos; porque antes del fresco océano de Acuario, la Tierra será purificada por la sangre.

Aquellas palabras apocalípticas pronunciadas con desapasionamiento tardaron largo rato en penetrar en mi cerebro y en mis nervios. Aturdido, contemplé los oscuros y delicados perfiles del paisaje, donde brotaba el canto de los grillos. Frescos aromas me acariciaban el rostro, el perfume de las acacias y del saúco. Desde una granja lejana se oyó el ladrido de un perro. En la orilla del río croaban las ranas con voz ronca y suave pidiendo la lluvia. Los conceptos de sangre, muerte y malvada brutalidad eludían la pura paz de la noche... Pero de pronto, procedente de las dimensiones místicas del futuro y del *Akasha*[*], cayó sobre mí de forma súbita la percepción del horror de los años futuros, esa destrucción y esa corrupción que superaban cualquier concepto imaginable, el desenfreno del odio, la impotencia de las masas indefensas, las convulsiones infinitas y suicidas de una danza demoníaca; de pronto, también el sereno paisaje se llenó de una vida ominosa, un murmullo de voces temblorosas que anunciaban la tragedia y que palpitaban en una desgarradora premonición del horror. Esta sensación fue tan intensa y tan real que me dejó sin respiración y mi corazón empezó a latir desbocado.

-¡No! -grité sin poderme contener, lleno de rechazo-. ¡Semejantes abismos no se encuentran en el ser humano! ¡No hay ninguna alma humana que pueda soportarlo!

-El alma en su naturaleza es tan divina como demoníaca, según sean las fuerzas de la luz o las de las tinieblas las que muevan los resortes que la guían. El alma es la materia prima mudable y sutil del ser. Los influjos que se derraman sobre ella son tan elementales que penetran por todos los puntos desprotegidos y débiles. Ése es el poder del odio. Y aquel que además manifiesta hacia él la más mínima disponibilidad, que no lucha contra él con todas sus capacidades y todos los conocimientos de su espíritu, es alistado en el ejército de los demonios y está perdido. El odio es la fuerza más terrible y mágica que ha aparecido jamás sobre la Tierra. Vence y supera cualquier otra debilidad humana: el

[*] Según los hindúes, una materia extraordinariamente sutil y antigua, más antigua que el éter universal, una materia prima tan antigua como el alma misma. El *Akasha* contiene todas las ideas de los acontecimientos del Cosmos. No está sometido a ninguna clase de causalidad; sólo las formas que surgen de él están sometidas a la causalidad.

egoísmo, la tendencia a la comodidad, el miedo a la muerte... Espolea el fanatismo hasta la incandescencia y funde a los hombres en una masa que sólo persigue la destrucción, aunque para ello tengan que pagar el precio de su propio aniquilamiento.

-¿Y por qué tiene que suceder así? -grité tan alto que mi voz se derramó por entre los árboles dormidos-. Si detrás de las cosas visibles se oculta un planificador y un plan, ¿cómo pueden entonces abrirse a las fuerzas de la destrucción puertas y portones?

-Justo porque detrás de las cosas visibles se oculta un plan -me llegó su tranquila respuesta-. Ésta es la gran transmutación de la Tierra. Su ser se transforma. Los corrompidos son vomitados, y los pocos que quedan dejan de ser plomo para convertirse en metal noble. Se produce entonces el efecto de una inyección provocadora; la enfermedad sólo se manifiesta en aquellos en los que ya existía de forma latente.

-El ser humano es débil, ignorante e irresponsable. Son sus líderes quienes tienen el conocimiento y carecen de conciencia; el mal uso de la magia negra de la propaganda es culpa suya, no de las gentes. El cerebro degenerado y limitado se ve bombardeado por artículos de fondo y discursos radiofónicos repletos del veneno de las ideas. ¿Cómo defenderse de eso? Sin ideas propias ni bastiones éticos, sólo saben que les falta algo. Son como niños, que al oír al flautista de Hamelin se arrojan ciegos a su destrucción. ¿Por qué se nos castiga con tanta dureza?

-La comparación es acertada. Los seres humanos son como niños que juegan a un juego muy cruel. Son crueles entre sí, hacia todos los seres vivos y hacia sí mismos. Pero la Tierra ya no seguirá siendo por mucho tiempo más un lugar de juegos para niños, sino la morada de adultos pensantes.

Guardamos silencio durante un rato. No había argumento posible ante estas palabras. Sus tesis eran revelaciones como las de Enoc, Baruc y Ezra, como las revelaciones de Juan y las enseñanzas de los profetas. Había que creer en ellas o negarlas con rotundidad.

-Me gustaría saber -dije al cabo de un rato, ya tranquilo- por qué ha venido usted hasta mi casa..., precisamente hasta mi casa, desde el Tíbet y pasando por Lublin hasta el «Arca de Noé».

Tan pronto hube pronunciado esta frase, se disipó el carácter caprichoso de las últimas palabras que había dicho de manera fortuita, llevado de una momentánea inspiración. ¡El Arca de Noé! ¡Qué importancia adquirió de pronto este nombre! Mi extraña sospecha se vio reforzada por las palabras de Adam Cadmón.

-Le he traído algo que debe sobrevivir al paso del tiempo..., algo que debe sobrevivir a la nueva oleada de sangre. Había llegado el momento de hacerlo, ya que más adelante no habría podido venir.

Me invadió una alegría sin sentido, casi delirante. Todo cuanto él había dicho no se refería a mi casa, sino a toda Hungría.

-Me estoy refiriendo tan sólo a esta pequeña casa -prosiguió, leyéndome al pensamiento-, al Arca de Noé. Pero incluso aquí debe usted mantenerse firme cuando el cielo se oscurezca y las tormentas pasen sobre ella.

-¿Quiere decir que... que tampoco esta tierra será respetada?

-Sí.

-Bien..., estoy a su disposición en todos los sentidos.

-Lo sé -se limitó a responder-. Le he traído un manuscrito y quiero que lo conserve hasta que pueda mandarle noticias mías, diciéndole lo que debe hacer con él. Si lo conservara conmigo ahora y en los próximos años, no estaría seguro. Si le interesa, por supuesto puede leerlo.

Al día siguiente por la tarde se despidió.

Así llegó a mis manos el manuscrito de Adam Cadmón. Actúo de acuerdo con sus instrucciones escritas al hacerlo accesible a aquellos que han sobrevivido a la oleada de sangre y buscan, tambaleándose, ese camino que conduce de vuelta a la vida.

Personalmente, nunca más volví a encontrarme con él.

LIBRO PRIMERO

El manuscrito de Adam Cadmón

LA MATERIA PRIMA

Que nadie ose emprender el sendero de las ciencias ocultas con ligereza; porque una vez que lo haya iniciado, deberá recorrerlo hasta su amargo final; de lo contrario, estará perdido.

Si al recorrer este camino te asalta la duda, si titubeas, perderás la razón. Entonces caerás, y cuando te eches atrás horrorizado, te precipitarás en abismos sin fondo.

Tú, que has empezado a leer este libro, si comprendes su contenido, te convertirás en un soberano o serás presa de la locura. Pero hagas lo que hagas a partir de ese momento, nunca lo despreciarás ni lo olvidarás. Si eres puro brillará ante ti como una antorcha, si eres fuerte será un arma en tus manos, y si eres sabio te revelará toda la sabiduría. Pero si estás corrompido, este libro atizará en ti todo el fuego del infierno. Atravesará tu alma como una daga afilada y atormentará tu conciencia con unos remordimientos y una agitación que nunca tendrán fin.

Éliphas Ley, *Rituel de la Haute Magie*

1

Sebastián, que nunca alcanzó su objetivo

Hans Burgner me resulta tan ajeno como las células muertas y substituidas de mi cuerpo. Sin embargo, era él aquel de quien yo afirmaba hace algunos siglos, con la excitada parcialidad de la alegría, de los miedos y las sospechas: ¡Ése soy yo! Hans Burgner era un inútil, un ser codicioso y un exaltado, pero de él partió ese fermento que sacó mi vida del círculo de las ininterrumpidas repeticiones. Como hiciera en el pasado el sacerdote de los misterios órneos, alargo la mano al novicio que quiera seguirme a través de las tinieblas de la noche a las profundidades de los bosques sin luna, más allá del nacimiento y de la muerte, por los senderos del mundo inferior, hasta las puertas del Hades. Llevo una antorcha en la mano y conozco el camino. Quien me siga no puede perderse. Al alba, llegaremos al templo del sol naciente.

Nací en 1535 en Schwandorf. Supongo que mi padre tuvo poco que ver en ello, pero sí su fuerte e insolente criado. Mi padre era molinero, un hombre grueso, con las carnes de un color blanco violáceo, torpe, manso y distraído, de quien mi madre se preocupaba menos que de un saco de harina. Pero la personalidad intolerante, caprichosa y ruidosa de mi madre, que cambiaba de tonalidad a cada momento, llenaba la casa. Era la mujer más inestable que he conocido jamás. Nunca nadie podía saber con quién tendría el honor de tratar en el cuarto de hora siguiente: con una soñadora, meliflua y delicada castellana; con una asceta puritana que proclamaba severas sentencias y que rodeaba su cuerpo con un invisible cilicio; con una cortesana borracha de labios húmedos y ojos brillantes, riéndose a carcajadas; o con una gruñona mujer del mercado, que con su boca sucia lanzaba juramentos a diestro y siniestro, maldiciendo a todo el mundo. Su opinión sobre una misma cosa cambiaba de un momento a otro, y puesto que por naturaleza era fuerte, trabajadora, incansable y tiránica, ni una pulga podía vivir en paz donde ella estuviera. Andaba detrás de todo el mundo, desorientaba a todos dando órdenes contradictorias, y cuando todo estaba revuelto y había conseguido llevar a hombres y animales al borde de la locura, miraba a su alrededor excitada y casi contenta.

-¡Estoy rodeada de locos! -berreaba, para después, de repente, quizá bajo el agradable efecto de su propia excitación, deshacerse de pronto en lágrimas. Lloraba por sí misma, a eso estaba siempre dispuesta. A mi padre, que sudaba de miedo, le reprochaba cada sacrificio que ella había hecho por él, su perdida juventud, su belleza, que debía ocultar bajo el celemín... y llegado a este punto, siempre mencionaba el lánguido amor que un noble viajero en el pasado había sentido por ella.

-¡Podría andar vestida de terciopelos y sedas! -sollozaba en un tono estridente y patético-. ¡Pero tengo que pudrirme en un apestoso agujero, donde todos se aprovechan de mí! ¡En todos los días de mi vida nadie me ha dedicado una palabra amable! Me deslomo por todos, pero a ninguno se le ha ocurrido decirme siquiera una vez: ¡Gracias, Teresa!

De su propia belleza hablaba como de los fenómenos de la naturaleza, como del sol, la luna y las estrellas, y tenía la idea fija de creerse irresistible. Cualquiera que llevara pantalones y osara levantar la vista hacia ella, se convertía de inmediato en su «esclavo». Todos se morían por ella, desde el pequeño aprendiz hasta el viejo y tranquilo cargador de sacos. Las pudorosas campesinas que esperaban que su grano fuera molido la miraban con fijeza, horrorizadas y sin comprender, cuando a espaldas de algún criado, por medio de guiños y gestos les daba a entender que aquel mozo, que no sospechaba nada, la devoraba con sus miradas, o llamaba su atención sobre cómo la había tocado a propósito, con tembloroso deseo. Era una mujer alta, de huesos grandes, que se erguía sobre las dos gruesas columnas que tenía por piernas. Sus hombros, en comparación con sus tremendas caderas en forma de pera, daban la impresión de ser casi delgados. Su rostro era de una belleza aceptable. Tenía un cutis limpio y suave, sus rasgos eran regulares, sólo la punta de su nariz resultaba inquietante. Los ojos oscuros, algo juntos, bajo las cejas arqueadas, revelaban una mirada de fría dureza. Su risa tenía un sonido metálico. Desde el primer momento en que yo empecé a pensar, me rechazó. Su naturaleza, que la hacía meterse en todo, asediadora frente a todos los intentos de disidencia, ruidosa y violenta, me convirtió en un niño solitario, silencioso y reservado.

Nuestros trabajadores cambiaban con tanta frecuencia como las nubes del cielo. También aquel mozo con el que tenía una relación tormentosa, biliosa y celosa, puso tierra de por medio poco después de mi nacimiento. A mi padre y a mí nos resultaba difícil escapar de ella. Mi padre ya estaba demasiado gordo, era enfermizo y comodón, pero yo era un niño indefenso, entregado a su merced a causa de mi corta edad. Sus muestras de amor que no toleraban ninguna resistencia, sus sonoros besos, húmedos y grasientos, eran casi más insoportables que sus impulsivas, dolorosas y rápidas bofetadas que repartía en abundancia sin previa advertencia. Cuando yo, por el motivo que fuera, tenía que pasar junto a ella en la habitación, siempre podía esperar o bien bofetadas o besos. Intentaba evitar ambas cosas. Era terriblemente avara, y le dolía cada bocado que se consumía. Ella sólo comía con glotonería a escondidas. A mi padre y a mí nos repetía sin parar lo perjudicial que era atiborrarse y que, aparte de eso, hacerlo iba en contra de los mandamientos de la religión. El ayuno de la Cuaresma se cumplía de forma despiadada. Sólo veía en nuestros mozos y aprendices a unos meros tragones. Mi padre temblaba por la comida, y yo, debido a mi rápido crecimiento, era desmedido como un animal joven, así que robaba de la despensa todo lo que caía en mis manos y me lo comía. Siempre era un acontecimiento triste, y al mismo tiempo divertido, sorprender a mi padre, tan digno de compasión, en la despensa de su propia casa, donde, como un ladrón con mala conciencia, comía mermelada hasta hartarse. En cuanto me veía, me alargaba suspirando y a punto de ahogarse, con la avergonzada sonrisa del cómplice arrepentido, un largo embutido o un pedazo de asado.

-Toma, Hans... yo ya he llegado a los dulces... ¡pero que no se entere tu madre! -decía en un susurro-. A la pobre le dolería mucho vernos romper el ayuno..., pero sería un esfuerzo inútil intentar explicarle que a mí, Dios me ha inoculado el asco por el pescado cocido en agua...; en cuestiones de religión ella es tan... dogmática.

-¿Verdaderamente creéis, padre, que ella ayuna? -le preguntaba yo con la boca llena-. ¡Ni siquiera se le ocurre! En el excusado se ha comido un pato relleno de castañas. ¡Lo he visto!

-¿Has estado espiando a tu madre en el excusado? -me miró horrorizado, pero su rigor no se mantuvo e hizo un gesto de rechazo-. Tú no la entiendes, Hans. Para ella la salud de nuestra alma es más importante... He dejado para ti un poco de mermelada... Luego tira el tarro al arroyo.

Mi padre pudo escapar de ella antes que yo. Durante la comida del mediodía la cuchara se le quedó quieta en la mano, la cabeza se le puso roja y después violeta oscuro, se cayó de la silla y murió.

Mi madre lo lloró en extrañas variaciones. Primero adoptó el papel de una viuda dramática y admirable. Le llamó su «pobre, bueno y querido esposo». Inventó emocionantes escenas sobre sus últimas horas, las últimas palabras que el finado, al sentirse próximo a la muerte, le había dirigido: «Has sido la mujer más maravillosa de este mundo, Teresa... Ni aunque tuviera cien vidas, podría agradecerte todo lo que has hecho por mí... ¿Qué habría sido de mí sin ti?». En realidad, pocas horas antes de su muerte le había pegado una terrible bronca al muerto a causa de unos calzones de lino cuya parte trasera se había desgarrado al agacharse. Más tarde la oí decir mordaz:

-Ha comido hasta matarse. ¡Ya sabía yo que ese seria su fin!

Por lo demás, la vida en el molino era interesante y estaba llena de distracciones. Los campesinos, procedentes de los pueblos de los alrededores, llegaban con sus carros, traían el grano para moler y noticias recientes. No lejos del molino había un ancho camino por donde, en algunas ocasiones, además de los carros de los campesinos pasaban también elegantes carruajes. Yo no me estaba mucho tiempo en casa. Por la carretera iban y venían vagabundos, mozos libres y cantarines, a quienes atraía de forma irresistible el gran imán de Nuremberg. A menudo me pegaba a sus talones y los acompañaba hasta que el cansancio, el hambre y el crepúsculo me hacían volver a casa. Escuchaba sus narraciones, absorbía su espíritu errante y la maravillosa atmósfera de lo desconocido y de lo lejano que los rodeaba. En mis sueños el camino se prolongaba hasta el infinito. En mis sueños no había regreso.

Mi madre tenía un tío que de vez en cuando pasaba por nuestra casa. Se llamaba Sebastián. Ella se avergonzaba de él en extremo, pero, de algún modo inexplicable, también le tenía miedo. No se atrevía a echarlo y lo proveía de todo lo que él necesitaba. Era un hombre alto y enjuto, con un rostro huraño, una nariz aguileña y ojeras bajo los ojos inyectados en sangre. Cuando torcía aquella boca burlona de labios delgados, se podían ver sus largos dientes amarillos. Le faltaba una oreja. Era bastante desaseado y un gran bebedor. Sabía leer y escribir, y cuando empezaba a hablar, todos a su alrededor guardaban silencio. Según mi madre, mentía como un bellaco cuando hablaba de países

extranjeros, de gentes de piel oscura que vivían en islas, de gigantes y enanos, de monstruos con un solo ojo y una sola pierna, y de personas aladas, y cuando contaba sus aventuras como si las hubiera vivido él mismo. Entendía un poco de amuletos, de la preparación de filtros amorosos, la videncia y los conjuros. Era, pues, una especie de «maestro brujo». A mí me imponía de un modo indecible, y lo consideraba la persona más digna de respeto que había conocido hasta entonces.

Poco a poco llegué a descubrir por qué mi madre le tenía miedo: temía que pudiera echarle un mal de ojo. Sólo el hecho de que hubiera alguien en este mundo que pudiera frenar a mi madre de un modo tan terrible, despertaba en mí un respeto ilimitado. Me pegué a los talones de Sebastián y nunca más me aparté de su lado. Le acompañaba en sus largos paseos y escuchaba con una admiración llena de espanto cómo, cuando estaba borracho, hablaba consigo mismo, gesticulando.

-No -decía-, aquel que no ha nacido bajo el signo de Saturno se esfuerza en vano... -De pronto se detenía y empezaba a vociferar con voz burlona:

Qui de virgos fecit aurum
Gemmas de lapidibus...

Y reía, y su risa sonaba como el desesperado balido de una cabra; esta vez siguió corriendo. Con mis cortas piernas de niño apenas podía seguirlo.

-¡Becerros! ¡Becerros! -decía de vez en cuando.

Primero no registró mi presencia, se limitaba a mirar a través de mí. Pero poco a poco se fue dando cuenta de que había estado cerca de él todo el tiempo.

-¿Qué es lo que quieres, eh? -me interpeló.

Yo me horroricé de tal modo que empecé a sudar. No sabía cómo debía expresar lo que sentía por él; al fin y al cabo, ni siquiera yo mismo lo tenía claro.

-Yo... -dije por fin con esfuerzo-. Yo... me gustaría... ser... como vos.

Él se quedó asombrado.

-Vaya... ¿Sí? ¿Y eso por qué?

-Porque... vos... sois diferente. La gente tiene miedo de vos. También mi madre os tiene miedo.

Él me miró con atención. Por primera vez se borró de su rostro la expresión amarga y ladina, ofreciendo un aspecto muy diferente: viejo, cansado y desesperado.

-Vete a jugar, muchacho... ¡anda, vete! -Incluso su voz sonaba distinta, sorda y triste-. ¡No sigas mis pasos! Persígnate y di: ¡Lejos de mí! Estoy maldito. Este molino te pertenecerá algún día. Muele el grano y no pienses en otra cosa. Te lo digo, ¡quítate todo esto de la cabeza! ¡No creas nada de lo que digo! Yo cuento cosas confusas, porque de lo contrario tendría que golpearme la cabeza contra un muro. No sé nada. ¡Nada en absoluto! Abandoné mi hogar, no tengo ni mujer ni hijos y no he hecho nada en la vida. La pesadilla del oro me ha envenenado. Quise reinar en tres mundos, pero pronto moriré como un perro en medio del camino. -De sus ojos brotaron las lágrimas de un viejo y mi corazón se llenó de una infinita lástima.

-No digas eso... nunca... -le rogué y rompí a llorar yo también.

-¿Por qué lloras? -preguntó con brusquedad-. ¡Deberías llorar por cosas mejores! ¡Espero que ahora ya no quieras parecerte a mí! -Furioso se secó los ojos con la manga de su jubón.

-Al contrario... -dije con tozudez-. Quiero aprender la magia. Quiero hacer magia. Y quiero que la gente me tema y que la gente haga lo que yo le ordene, y...

Él se rió.

-Eres un muchacho testarudo. Tienes la cabeza dura como la tuve yo. -Me asió por los hombros- Si no te cojo por mi cuenta, otro exaltado te seducirá. Por lo menos yo voy a intentar que no pierdas del todo la cabeza. No puede hacerte daño que te enseñe a leer y a escribir... Pero también en esto aquel pobre iba a equivocarse.

Así nos hicimos amigos. Sebastián empezó a darme clases. Cada vez se sentía más unido a mí, tanto, que no pudo abandonarnos. En ocasiones anteriores nunca se había quedado más de algunos meses; su naturaleza inquieta lo hacía seguir siempre adelante. Pero ahora se quedó, con el evidente enojo por parte de mi madre, para poder estar conmigo. Me introdujo en todos sus secretos y en todas sus preocupaciones. Y también yo aprendí a quererlo como a un padre. Su método de enseñanza era en extremo interesante y entretenido, de manera que

aprendí, como si de un juego se tratara, a leer, a escribir y a calcular, e incluso algo de latín, porque le gustaba entremezclar en sus parlamentos algunas citas en esta lengua, que luego traducía. Tenía algunos libros de alquimia, sobre los que me lancé y los leí tantas veces que pronto me los supe de memoria. Desde el momento en que comprendí el sentido de las letras, me entusiasmaron. Más que ningún otro, me impresionó un libro sobre Nikolaus Flamel, el famoso alquimista francés. En él se contaba cómo Flamel llegó a entrar en posesión de la *Philosophorum Lapis:* la piedra filosofal. Flamel nació en 1330 en Pontois, vivió en París en unas condiciones en extremo precarias, y más tarde, en 1382, reapareció de pronto como un hombre riquísimo, también en París. Su riqueza era al parecer infinita. Donó sumas inimaginables, fundó catorce hospitales e hizo construir tres capillas. No obstante, tanto dispendio llamó la atención incluso del rey, y el Parlamento ordenó una investigación, que lo único que reveló fue que Flamel poseía la piedra filosofal y que había hecho su fortuna transformando metales innobles en oro. De acuerdo con su propia versión, en el año 1357 adquirió de un desconocido, y por poco dinero, un manuscrito elaborado en una corteza de árbol. Durante veintiún años intentó en vano descifrar el texto, hasta que finalmente emprendió un viaje para conseguirlo. Llegado a España, encontró en Santiago de Compostela, a un instruido médico que consiguió leerlo y traducirlo. Así fue cómo se enteró de que un judío llamado Abraham lo había escrito para su hermano. Se trataba de la elaboración de la piedra filosofal. Según Flamel, esta materia milagrosa no sólo transforma el mercurio en oro, sino que también prolonga la vida...

-... prolonga la vida...

El oro en sí no me interesaba mucho, pero la posibilidad de eludir a la muerte me absorbió y alteró hasta lo más profundo de mi alma. Sebastián vio lo que me sucedía y se horrorizó.

-¡Escúchame, Hans! ¡Escúchame, por el amor de Dios! La alquimia casi me ha enloquecido. ¡Es mejor que no creas ni una sola palabra! He andado detrás de estas cosas... lo he probado todo. He trabajado con uno de esos charlatanes que pretenden poseer el *Aurum Potabile.* Todo engaños y palabrería. Lo único que quería era desplumar a un barón... pero fue descubierto y tuvo que pagar con su vida. Ni siquiera el elixir pudo salvarlo. A mí me costó una oreja.

-Pero no todos los alquimistas tienen por qué ser unos estafadores -dije yo con insistencia-. ¿Puedes demostrarme que no existe la piedra filosofal?

Él guardó silencio y apartó la mirada.

-Eso... no puedo afirmarlo, Hans. Existe, pero la gente de nuestra condición no puede llegar a poseerla. La piedra sólo destrozaría nuestras vidas. Ante ella nos convertimos en polillas que vuelan hacia el fuego. La alquimia es una prerrogativa de los príncipes. Los mendigos que aparecen bajo el brillo de la luz amarilla son llevados a la cámara de torturas. Basta con que algún charlatán pretenda estar en posesión del «León Rojo» para que de inmediato sea encarcelado por cualquier rey, por alguno de los príncipes reinantes, por un margrave o un obispo. El asno se ceba entonces, se llena la panza, el miedo lo empuja a beber, porque sabe que no sabe nada, encuentra mil excusas, hasta que se hartan de él y le separan la cabeza del tronco. Naturalmente no todos son unos estafadores. Algunos no son más que locos. Creen que están a un paso del éxito, un único intento, y caen por voluntad propia en las redes para conseguir un laboratorio y acceder a los materiales importantes...

-¿Y los verdaderos... dónde están entonces los verdaderos? -le pregunté ansioso.

-En ninguna parte, hijo mío. No puedes verlos. Se mantienen ocultos y saben por qué lo hacen. Allí donde estén, se adaptan a su entorno y desaparecen entre las multitudes. Se camuflan. Puedes seguir su rastro de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, pero siempre habrá otro que haya estado allí antes que tú. Él mismo ha llevado a cabo una transmutación o ha hecho que otro la hiciera en su lugar para que el fuego místico no se apague, para que en el corazón de los hombres esa torturadora inquietud no llegue a calmarse... y entonces desaparece sin dejar rastro.

-Pero, ¿por qué tienen que camuflarse y desaparecer? Podrían ser más poderosos que los reyes y...

-Precisamente por eso. No les gusta el potro de torturas. Un rey sólo tolera criados a su alrededor, y el adepto es un dominador. Él ha vencido al más terrible de los tiranos, la muerte. No está en el mundo para llenar las arcas vacías de conquistadores insaciables y príncipes disolutos. Hacer oro es sólo la manifestación más superficial de la alquimia, ya que ésta es un mar profundo, muy profundo, Hans, y sólo muestra a los elegidos su verdadera esencia. Pero nosotros no formamos parte de ellos, eso lo sé hoy con certeza. Los adeptos que pueden hacer oro no lo fabrican para sí mismos y no le dan a la vida que han conquistado ninguna importancia. No tienen ningún deseo, no plantean ninguna exigencia. Yo con sólo pensar en el oro me echo a temblar, y quiero vivir muchos siglos para poder revolearme en todos los pantanos de este mundo. Por eso... y creo que debes saberlo... sólo por eso, no he conseguido ningún objetivo, ¡y tampoco tú, Hans, alcanzarías nunca el objetivo! Te pareces a mí. Has nacido bajo el mismo signo. Quítate la alquimia de la cabeza, de lo

contrario lo único que conseguirás es convertirte en un desgraciado vagabundo, y también perderás tu única vida, en lugar de alcanzar la vida eterna.

Pero él ya podía hablar cuanto quisiera, porque yo estaba contagiado hasta lo más profundo de mi alma, y la única conclusión que sacaba de las palabras de Sebastián es que ¡el elixir era una realidad! Y si existía el elixir me haría con él. ¿Qué podría detenerme?, ¿que Sebastián no lo hubiera conseguido? Yo lo conseguiría. No quería morir, tenía que vivir. ¡Eternamente! Yo no me convertiría en un cadáver hinchado y maloliente como mi desdichado padre, que bajo el calor del verano al cabo de pocas horas de morir empezó a corromperse. ¡Ese pensamiento me era insoportable, indignante y humillante!

Sebastián empezó a beber cada vez más.

-Ahora bebo por tu culpa, Hans -me dijo cuando se lo reproché-. Hasta ahora sólo había bebido por mí, pero ahora me doy cuenta de que estás acabado. ¡Si al menos con mi horrible destino pudiera librarte a ti!

Intenté conducirlo a la moderación. Le rogué que no arruinara su vida. Sin él no podría quedarme junto a mi madre ni un minuto más. Entonces lloraba, lloraba cada vez con más frecuencia, juraba, prometía no volver a tocar el alcohol. Pero ya al día siguiente, en medio de las burlas de los aprendices y las rudas carcajadas de nuestros mozos, tenía que volver a sacarlo de la taberna y llevármelo a casa en una carretilla. Mi rostro ardía de vergüenza, pero yo apretaba los dientes y me mantenía firme. Incluso así, bebido y sin conocimiento, la porquería que había bajo sus uñas valía más que todos aquellos cráneos grandes y vacíos. ¡Necios! ¡Becerros!

La muerte le llegó en una borrachera. Cuando se quedó allí echado, sin moverse, con la boca abierta y la barbilla barbuda, gris y rala, entendí que debía abandonar toda esperanza de que se incorporara de su cama tosiendo y escupiendo con un terrible dolor de cabeza, levantando hacia mí la humilde mirada perruna de sus ojos inyectados en sangre y me dijera:

-Cállate, Hans, por favor, no digas una palabra, ¿por qué deberías creerme? No soy más que un animal podrido que debería estar en el montón del estiércol. Pero escúchame... ¡ha sido la última vez! Escúpeme si vuelvo a emborracharme... ¡ya verás!

Sólo entonces comprendí lo que significaba estar solo y desamparado en este mundo. Me arrastré hasta esconderme detrás de los almacenes de grano y lloré a Sebastián con amarga ira.

-¿Por qué me ha abandonado?

Le necesitaba como el agua y el pan. Él sostenía en sus manos los únicos hilos a los que podía agarrarme y que me conducirían a mi objetivo. Por segunda vez vi la muerte cara a cara y supe que nunca podría resignarme a aquello. Sólo hacía unos momentos un hombre estaba vivo, sonreía, sentía y pensaba en las islas de algún lugar del mar azul y cálido, donde se erguían antiquísimos palacios llenos de tesoros, se preguntaba qué criaturas vivirían en otros planetas, escudriñaba la rígida cara de la Luna, hablaba de cíclopes y monstruos... y de pronto se echaba y estaba muerto. Las uñas de sus dedos se volvieron violáceas, su cuerpo se tornó rígido y en su rostro se dibujó una sonrisa, muda como las piedras. ¡No! Eso era demasiado malvado y sin sentido. ¡Sebastián tenía todavía tantos motivos para vivir... y yo... yo no debía morir nunca!

Con la edad, mi madre se volvía cada vez más insoportable. Sus sentimientos y pasiones se manifestaban de una manera cada vez más desvergonzada. Nuestros criados se burlaban sin rodeos de las argucias con que intentaba atraerlos a su cama, y a menudo la llamaban puta sin tapujos. Todo aquel que estaba dispuesto a iniciar una relación con ella se imaginaba de inmediato que era el señor de la casa, y me daba incluso órdenes a mí. Mi madre se enamoró de uno de esos gorilas de pecho peludo y manos como azadones, y aunque ella era veinte años mayor, quiso casarse con él a toda costa. Yo no estaba en modo alguno de acuerdo con mi futuro padrastro. Tenía claro que sólo la trataba con dulzura porque era dueña del molino; pero ella, arrebatada por la pasión, no permitía que nadie le dijera nada. En nuestros tormentosos enfrentamientos siempre daba la razón a su amante. Yo me encontraba por entonces en la pubertad, era un joven torpe, «un malvado espía, envidioso de la felicidad de su madre». Ella me decía que era un envidioso y un egoísta. Durante toda su vida no había tenido un solo minuto de paz; en vida de mi padre había trabajado sin descanso, y me había alimentado con la «sangre de su corazón», y ahora que había llegado el hombre «adecuado», era yo quien le ponía la zancadilla. Me harté. Ni la casa ni el campo ni siquiera el tumultuoso arroyo podían ya retenerme; todo se había

convertido para mí en algo ajeno, como si el alma desaparecida de Sebastián se hubiera llevado consigo todo el calor y todo el brillo, mientras el polvo de la carretera que todos aquellos carros y carruajes y vagabundos levantaban, se alzaba ante mis ojos como polvo de oro a la luz del sol. Me sentí presa de una febril inquietud. ¿A qué esperaba? Tenía la sensación de que con cada día que pasaba, con cada hora, estaba perdiéndome algo, en algún lugar, en lejanos países, en otras costas, entre otras gentes. El cálido latido de Nuremberg llegaba hasta nosotros. Los vagabundos iban y venían. Traían noticias, cantaban y narraban historias. Sencillamente, no pude resistirlo más.

Sin despedirme, abandoné a mi madre y los lugares de mi infancia. Llené la mochila de alimentos y me llevé la historia de Nikolaus Flamel.

Tenía dieciocho años cuando partí hacia la ciudad libre de Nuremberg.

2

Eduard Anselmus Rochard

Pasó medio año hasta que alcancé mi objetivo, pero antes tuve que conseguir dinero. Lo intenté con el trabajo físico. Corté leña, cargué agua en granjas, cavé sepulturas y huertos, pero el salario era escaso, y por las noches caía en mi jergón como el tronco cortado de un árbol. No, aquello era para animales, no para personas, pero sobre todo no era para mí, que tenía aspiraciones más altas.

En Amberg me uní a un comediante, un enano de origen italiano con una hábil lengua, listo y escurridizo como una lagartija, que se hacía llamar *Messer* Vincenzo Giacomini. Sólo dominaba una única ciencia, pero a fondo: el arte de sacar fortuna de la necedad y la credulidad de las gentes. Leía la mano, mezclaba distintos remedios milagrosos para mujeres estériles y hombres impotentes, elaboraba cartas de amor y poemas de toda clase, y cuando hacía falta, también arrancaba un diente o practicaba una sangría. Se las arreglaba de maravilla para hacer saltar cerrojos de cualquier tipo, hacer desaparecer pequeños objetos y hacerlos aparecer de nuevo en bolsillos ajenos, y su arte era tan fecundo que las autoridades italianas habían considerado más oportuno trasladar su actividad fuera de las fronteras de Italia. El respeto que tenía por sí mismo y por su «habilidad» era ilimitado.

-Esto es una cosa seria, Hans -decía con una extraña mezcla de engreimiento y cinismo-. Eres un joven afortunado porque te has cruzado en mi camino. ¡Manten los ojos y los oídos bien abiertos y aprende! Esta ciencia vale tanto como el oro. Cuando alguien te alargue la mano, haz como si la observaras sumido en tus pensamientos, pero mientras tanto, fíjate bien en la persona que tienes delante. No es difícil descubrir a qué grupo pertenece. Debes aprenderte de memoria doce modelos, seguro que encaja en uno de ellos. Lo importante es que hables mucho. Debes saber mezclar y combinar tus palabras, y hablar por los codos, ya que de este modo tu víctima encontrará, con toda seguridad, entre todo lo que digas algo que tenga que ver con él, algo que se tragará agradecido, de modo que después, como un gallo ebrio, pregonará por todas partes qué gran suceso le ha acaecido. Nunca olvides que la base de todos los remedios milagrosos es el agua. La fuerza mágica está siempre escondida en las etiquetas que se pegan a sus frascos. Esta es una analogía exacta del ser humano. En el interior agua, fuera el rango y el nombre. Cuanto peor sabe la esencia tanto más creen en ella. Por eso añade una buena cantidad de sal y pimienta, sin olvidar el vinagre, para que cualquiera que lo pruebe se sienta sobrecogido de un solemne espanto. Pero sus entrañas deben arder, como si se hubiera tragado el fuego del infierno. El paciente debe notar que se ha tomado algo. Con este procedimiento he conseguido hacer surgir un fuego de bengalas de algunos cráteres apagados. Poseo legiones de ahijados. Todos mis pacientes estaban del todo convencidos de que habían sido ellos quienes, en medio de sus tormentos, habían engendrado a esos niños, y por suerte las mujeres son muy reservadas en lo que se refiere al fruto de sus entrañas. Ese es el motivo de que la leyenda de la Inmaculada Concepción haya perdurado durante tanto tiempo.

Pero *Messer* Vincenzo padecía una enfermedad incurable. Se resistía siempre a pagar. Lo único que reconocía era el derecho a los ingresos; la obligación de los pagos, en cambio, la negaba con tozudez.

-No seas desagradecido, Hans -decía ofendido cuando le reclamaba mi salario-. Yo no te pago con dinero. Con todas las artes en las que te he instruido algún día ganarás una fortuna. Yo soy viejo, muy pronto tendré que retirarme y dejarte a ti el territorio. ¡Ten paciencia!

Precisamente porque me había instruido en los «secretos de su arte» no estaba dispuesto a aceptar que también a mí me tomara el pelo. Yo lo era todo en una sola persona: animal de carga, vendedor de remedios milagrosos, pregonero, cobrador, lavandera, cocinero, aposentador y fámulo, y por todo ello no había visto ni un ochavo. Tras algunas semanas de fama, me limité a dejar plantado a aquel

viejo sinvergüenza llevando en mi bolsillo justo aquella suma que había negociado con él de antemano como salario por mis servicios. Durante una temporada, podría lamentarse pensando en el diestro ayudante que había perdido en mí. Le robé el dinero de debajo de la almohada y ni siquiera se despertó.

Nuremberg, desde la primera vez que oí aquel nombre, era para mí, en mi imaginación, una ciudad legendaria de posibilidades sin fin, cuyos perfiles se difuminaban en una niebla multicolor, ampliándose y modificándose sin pausa. Fuera lo que fuera lo que yo había esperado de esta ciudad que borboteaba en la dramática cúspide de su destino, no quedé decepcionado. Su belleza era arrebatadora, resplandecía como un mágico joyero, encajada en un paisaje montañoso y romántico, rodeada de bosques de un verde esmeralda. Las torres góticas de sus iglesias, capillas y castillos produjeron en mi el mismo efecto que la música religiosa, que la melodía de un salmo que se alza en suaves oleadas hacia el cielo. En sus empinadas calles con adoquines de piedra, que serpenteaban entre las casitas de cuentos de hada, se hacinaba el pueblo variopinto y se fundían en una masa todas aquellas personas procedentes de los cuatro puntos cardinales con las que me había encontrado en mi vagabundeo. Además de los diferentes dialectos de los países alemanes, también llegaban a mis oídos fragmentos de conversaciones en checo, francés e italiano, mientras que aturdido, con los ojos muy abiertos, me dejaba llevar al azar por la ciudad, por los estrechos canales de las callejas de los gremios, cruzando la plaza de la iglesia y la plaza del mercado que se abrían ante mí como ensenadas, entre ruidosos grupos de estudiantes, gruesas mujeres del mercado, vagabundos con sus jubones de terciopelo, jóvenes con blusas atadas con cordones, monjas de mirada soñadora, frailes de mejillas rojas, gruesos y bonachones, sacerdotes de rostros ascéticos, mendigos con llagas horrendas, campesinos que olían al estiércol de sus establos y que llevaban consigo vacas de pelaje rojizo, caballeros que se abrían paso a gritos, y aprendices que transportaban mercancías, mantenían conversaciones obscenas e intentaban pasar a empujones y sin la más mínima consideración entre las multitudes.

Durante algunas semanas vagué por la ciudad en un feliz extravío, y cuando hube gastado mi último céntimo, acepté un trabajo en una pequeña posada, cerca de la iglesia de San Sebaldo. Yo cortaba la leña, llevaba el agua y los equipajes a las habitaciones de los huéspedes. No revelé a nadie que sabía leer y escribir, porque entonces habría tenido que pasarme todo el día en aquel despacho oscuro, junto a la cocina; y no quería quedar excluido del torbellino de los acontecimientos. Quería ver, oír y observar con todos mis sentidos y estar siempre alerta por si se daba el caso de que el destino, de entre toda esa masa que pasaba como una corriente, pusiera un día en mi camino a la persona o me ofreciera la oportunidad que me acercaría a mi objetivo.

Acarrear el agua y llevar los equipajes me proporcionó interesantes experiencias. Descubrí que las damas elegantes o las respetables burguesas que estaban de viaje no se comportaban en sus dormitorios de forma diferente a las provocativas mozas de la cocina en cuanto se libraban con alguna excusa de sus viejos o cansados acompañantes. Yo era un mozo fuerte, de buen aspecto, que cuidaba mi aseo. Las habitaciones silenciosas, oscuras y cerradas y lo fugaz de la situación resultaban para esas mujeres una oportunidad irresistible. Me sorprendía lo mucho que se parecían entre sí en su apenas disimulada pasión, en sus rostros, en sus pequeñas exclamaciones sin sentido, en sus movimientos y en su autocomplacencia. Cuando me apetecía probaba del fruto que se me ofrecía del árbol de la ciencia, pero bajo esta forma no significaba mucho para mí. Estaba demasiado poseído de una apasionada inquietud, reflexiva y trascendental, para observar la vida con los ojos de un Boccacio. Todos mis pensamientos, todo mi ser estaban poseídos por la idea de que el sabor de la muerte echa a perder la vida, un pensamiento que poco a poco se convirtió en una fijación. La vida es magnífica, pero, ¿de qué sirve si el ser humano sólo puede vivir unos pocos años, si después de una felicidad corta y pasajera se convierte en una carcasa consumida, si sus músculos se relajan, se le caen los dientes y su vida se apaga como la luz de una vela? No podía comprender cómo la gente conseguía esforzarse con verdadera convicción, en adornarse y enjoyarse, en ostentar grandes títulos y posiciones, casarse, engendrar hijos, dedicarse a una actividad profesional, divertirse, viajar, ir a misa, predicar, escribir y leer libros, curar, aprender y enseñar, siendo así que su vida en cada momento podía terminar, o en el mejor de los casos durar,

como mucho, algunas décadas. Cuando acudían a un entierro y leían en el rostro del muerto su propia condena a muerte, ¿por qué no salían corriendo de sus casas, huyendo de sus familias, de su trabajo, para buscar en algún lugar el Elixir de la Vida Eterna, el placer eterno, la eterna juventud? Este Elixir estaba en algún lugar. Independientemente de lo difícil que pudiera ser obtenerlo, de que fuera más difícil conseguirlo que los mayores tesoros del mundo o el mayor poder, ¡aun así existía! ¿Y de qué vale cuanto la Tierra puede ofrecer, qué hay en todo este mundo que valga la pena si después de todo debemos morir? Observaba a las multitudes que se movían por las calles, cómo sudando y riendo dejaban que les diera el sol. Observaba el rostro contraído de placer de la mujer que tuviera en mis brazos y me sentía perturbado del mismo modo: «Bueno, ¿es que no lo saben?, ¿es que no piensan en ello?, ¿creen quizá que pueden huir de su destino?, cuando se miran al espejo, al que sonríen engreídas, ¿no ven su rostro rígido, manchado, con la boca abierta?, ¿por qué se ocupan en otras cosas?, ¿no se dan cuenta de que cada momento es valiosísimo y que un instante después puede ser ya demasiado tarde?».

Un frío día de octubre se detuvo en la posada un modesto huésped. En un primer momento no le dediqué la más mínima atención. Era una figura sobre la que mi mirada se limitó a resbalar: vestía ropas de un color oscuro, difuso, descolorido, alguien que siempre se mantenía en un segundo plano. Llevaba sus cosas en un arcón pintado de azul con un pesado asidero, que él mismo cargaba. Alquiló una habitación barata que daba al patio. Mientras se ponía de acuerdo con el posadero constaté, sin fijarme, que hablaba bien el alemán, pero con acento extranjero. Puesto que ya había tenido algún contacto con franceses, deduje de su pronunciación y de su nombre que podía provenir de aquel país. Se hacía llamar Eduard Anselmus Rochard.

A última hora de la tarde le llevé agua caliente a la habitación. Estaba sentado a la mesa y dibujaba extrañas figuras. A un lado tenía un compás, junto a su codo un libro abierto, y ante él tinta y papel. Dibujaba incomprensibles signos en un círculo que estaba dividido en diferentes segmentos por varios diámetros. Esta extraña actividad despertó en seguida mi curiosidad. Eché una ojeada rápida y disimulada a mi alrededor. Sobre la mesita de noche había unos cuantos libros. *De Alchimia,* deletreé con rapidez el título del que estaba encima de todo. Se me secó la garganta y mi corazón empezó a latir con fuerza. En mi excitación me olvidé de todo y me quedé allí de pie como si mis piernas hubieran echado raíces. Cuando levanté la vista, mis ojos se encontraron con la mirada de Rochard que descansaba sobre mí, interesado, pero distante.

-¿Algo más? -preguntó tranquilo.

Un penoso y necio desconcierto se apoderó de mí. Mi astucia, que siempre me había ayudado a salir del paso, la actitud insolente que había adoptado a lo largo de un año de vagabundeo, rico en experiencias, se hundieron de pronto y se convirtieron en un miedo infantil y torpe bajo la fría y penetrante mirada de esos ojos azul verdoso que no se apartaban de mí.

-No... -tartamudeé-. Disculpadme, mi señor... -Y salí de la habitación.

¿Por qué había reaccionado de aquella manera?, me pregunté cuando estuve solo en mi cuarto. ¿Me había perturbado la visión de un libro? Pero yo ya me había topado antes con viajeros que llevaban libros de alquimia. Aquella época estaba saturada de esos pensamientos. Las gentes eran todavía demasiado ignorantes y codiciosas como para convertirlo en una moda, y lo bastante superficiales como para contentarse sólo con la espuma sucia y amarillenta del profundo océano de la alquimia: la posibilidad de hacer oro. No. La atmósfera que envolvía a Eduard Anselmus Rochard... sus ojos... sus ojos y su rostro, la instantánea revelación de su personalidad eran lo que me había alterado tanto. Cuando nos miramos a los ojos, me pareció como si un mago, con su magia, hubiera hecho salir de su sombrero un enorme castillo. Una figura tranquila y oscura, que se ocultaba, modesta, insignificante... y de repente irradiaba algo... pero, ¿de qué se trataba? Poder. Eso era. A esas alturas, ya me había topado con mucha gente, necios e instruidos, presuntuosos y humildes, señores y criados, personas excepcionales y bandidos, pero en ninguno de ellos había encontrado esa fuerza. ¿Y si él...? Y al pensarlo fue como si un fuego corriera por mis miembros... ¿y si se tratara de aquel cuya llegada yo esperaba?

Por la noche no pude conciliar el sueño. Cuando me vencía por unos pocos minutos, me despertaba presa de una gran inquietud, ante la posibilidad de que quizás al día siguiente hubiera desaparecido sin dejar ni rastro. Esa sensación me atormentaba de tal modo que abandoné en silencio mi habitación, me deslicé descalzo sobre el suelo de piedra del corredor, y crucé, sin hacer ruido, la posada sumida en un profundo sueño, para acercarme a la puerta de Rochard a escuchar su respiración.

Al día siguiente apenas pude esperar para entrar en su habitación. Pero él ya no estaba allí. Su ropa seguía colgada en el armario, aunque los libros habían desaparecido de encima de la mesita, y el arcón azul, cerrado, se hallaba bajo la cama.

Más tarde, a lo largo de la mañana, cuando, no me acuerdo por qué motivo, tuve que entrar en la taberna, lo vi sentado en medio de un grupo de estudiantes borrachos, a los que de buen humor les contaba una historia.

Al parecer se trataba de una historia divertida y picante, ya que en los labios de sus oyentes aparecía de vez en cuando una sonrisa untuosa y lasciva. Me oculté bajo la escalera donde había toda clase de trastos y observé desde allí a ese desconcertante extranjero de múltiples rostros, en el que el día anterior había creído percibir la singularidad de los elegidos, y que hoy se comportaba como un patán borracho, como... Sebastián. Esta semejanza me golpeó como un mazazo. ¿Cuántas veces lo había visto también a él sentado a la mesa de un mesón, con las mejillas enrojecidas, entre sus oyentes, que le escuchaban con los ojos brillantes y las bocas abiertas, olvidados de sí mismos mientras se dejaban envolver por la magia de sus palabras? Me parecía oír su voz después de una de esas «orgías», procedente del pasado. Tenía un matiz sarcástico y amargo. «¿Has visto mi producción de hoy?», me preguntaba con una autoironía amarga. «Ha vuelto a ser un éxito, ¿verdad? Lo mismo daría que pronunciara un discurso ante un rebaño de ovejas. Se sorprenden y se ríen, se les pone la piel de gallina de espanto, y luego siguen pastando. ¡Los odio y, sin embargo, los envidio sin medida! Un rebaño de gente sin cerebro... Pero nunca están solos. Apretujan sus apestosos cuerpos, y en sus torpes cerebros giran los mismos pensamientos nebulosos sobre la comida, la bebida y el amor. Hans, entre ellos me siento terriblemente solo. En lo más profundo de mi alma ya he muerto de soledad. Estoy muerto. El terror ante ese cadáver que hay en mi alma a menudo me hace hablar, actuar y gritar. Si no te tuviera a ti, Hans, ya hace tiempo que me habría ahorcado...»

Quizá también ese hombre delgado y pálido, de ojos azul verdoso, esté huyendo de algo cuando se mezcla con la masa, con el «rebaño», y se esconde tras sus alegres carcajadas. Quizá se trata sólo de una máscara... Su rostro de ayer por la noche y de hoy... el abismo es demasiado profundo... aquí hay algún misterio.

Rochard me interesaba y me atraía de una manera mucho más profunda que el día anterior. Le observé y no le perdí de vista. Por la noche volví a llevarle agua caliente a la habitación; de nuevo se encontraba sentado a la mesa, leyendo. Levantó la mirada ensimismado y luego volvió a dedicarse a su lectura. Ese rostro que me había mostrado por un momento era diferente de aquellos otros tres rostros que yo ya conocía. Serio, pero inspirado, alerta, y sin embargo infinitamente dulce, como la lisa superficie del agua que brilla al sol y refleja el cielo. Me puse a trabajar en su habitación, entreteniéndome, y limpié unas gotas de agua del suelo, para poder echar una ojeada a su libro y leer el título. Pero sólo conseguí descifrar el nombre de Albertus Magnus. Me disponía a marcharme porque ya no podía seguir allí sin llamar la atención, cuando su voz serena descendió como un pájaro sobre mí:

-¿Qué es lo que quieres de mí?

Nos miramos de pronto a los ojos. Su pregunta me pilló tan desprevenido que sólo pude tartamudear:

-Yo... yo... no lo sé...

-Me sigues a todas horas y me observas a escondidas. Ayer en la taberna te sentaste debajo de la escalera y estuviste observándome durante más de una hora. Te fijas en mis libros. ¿Sabes leer?

-Sí... -Tenía la sensación de estar desnudo e indefenso, del todo paralizado ante él, mientras me taladraba con su mirada penetrante.

-¿Quién eres?, ¿quién fue tu maestro?

Una violenta fuerza interior, que sentí crecer de pronto, me alentó. Caí de rodillas y las palabras brotaron de mis labios ardientes como un ruego lleno de ansiedad en una mezcla sin sentido:

-Quiero serviros, señor. Sin salario... sólo para poder aprender algo... Por eso me marché de mi casa... me llamo Hans Burgner... Un viejo pariente, mi único amigo... se ocupó de mí, su nombre era

Sebastián Dorner... Era alquimista y está muerto. Él no lo consiguió... pero yo voy a continuar... yo debo continuar, porque...

-Quieres aprender el arte de convertir las cosas en oro, ¿no es cierto? -Su voz sonaba más triste que burlona.

-No. ¡El arte de convertir en oro no me interesa! -repliqué con fuerza.

-¿Qué entonces?

-El... Elixir. -Mi voz tembló y se apagó debido a la excitación contenida y apasionada.

-Y... ¿por qué quieres vivir durante más tiempo que los demás? -preguntó él con calma. Su mirada descansaba en mí examinándome, era como si me estuviera sopesando.

-¿Podéis quizá vos resignaros a la muerte, señor? ¿Habéis visto alguna vez un muerto? ¿Habéis experimentado alguna vez cómo aquellos a quien se ama, en cuyas palabras halláis alegría, en los que buscáis refugio, en los que encontráis paz y protección, se convierten en carne podrida? ¿No es la muerte nuestro único enemigo ya que siempre nos persigue, pegada a nuestros talones, mientras nos susurra malignas palabras?

Él apartó la mirada.

-Eres un mozo extraño -dijo sin entonación alguna-. ¡Levántate, porque no me gusta que se me venere como si fuese un altar!

Cuando, avergonzado, me puse en pie, él también se levantó. Su rostro parecía de piedra.

-No sé por qué te has dirigido precisamente a mí con este deseo. Soy un pobre médico en viaje de estudios. Viajo a pie y no necesito ningún criado.

Me quedé mirándolo con fijeza. De pronto me pareció un anciano derrotado. ¿Qué quería yo de hecho de él? Tal y como se encontraba allí, de pie ante mí, resultaba tan convincente que todo lo que yo había pensado antes de él me pareció un delirio febril. Mi insensato comportamiento me hizo sonrojar. Conseguí tartamudear alguna disculpa y procuré salir de la habitación. «¡Poco a poco me estoy volviendo loco! -pensé desconcertado-. En cualquiera que pasa veo a un adepto que pasea por el mundo la Piedra Filosofal bajo su capa.»

Pero, cosa extraña, tan pronto como me alejé de allí, desapareció el efecto que me había producido poco antes, y el extranjero de múltiples rostros que también ahora se ocultaba de mí tras una máscara, ese hombre que dibujaba misteriosas imágenes, que leía el libro de Albertus Magnus y que se transformaba en la taberna, volvió a pasar a primer término, porque, y eso lo sentí de pronto con toda claridad, también aquella era una máscara. Pero, ¿por qué tenía que ocultarse constantemente?, ¿sería culpable de algo y estaría huyendo de las consecuencias? No. Rochard no podía haber cometido ningún crimen. El criminal está marcado..., y en Rochard no podía descubrirse ni rastro de miedo. Por qué quería parecer entonces lo que no era, igualarse a la plebe siempre borracha, y dárselas de modesto, de insignificante... y de nuevo resonaron en mí las palabras de Sebastián, cuando contestó a mi pregunta de dónde podía encontrarse a los auténticos adeptos:

-¡En ninguna parte, hijo mío! No puedes verlos. Se mantienen ocultos y saben por qué. Allí donde estén, se adaptan a su entorno y desaparecen entre las multitudes. Se transforman...

¿Por qué viajaba Rochard solo y a pie?

-Sólo soy un pobre médico y no necesito ningún criado.

Y en ese mismo momento estuve seguro de que Eduard Anselmus Rochard no podía ser más que un adepto que recelaba de la luz del día.

A la mañana siguiente, cuando él no se encontraba en su habitación, abrí su arcón con aquella destreza y pericia que había adquirido bajo la dirección de Messer Vicenzo Giacomini. Había libros, instrumentos astronómicos, útiles para la escritura y una gran cantidad de monedas de oro francesas. No quiero ocultar nada, entré en su habitación como un ladrón. Hans Burgner, en lo que se refiere a los medios que empleaba, no era demasiado escrupuloso. No era más que una materia prima llena de primitivos instintos, y sobre esa peligrosa corriente de lava todavía no había caído la sombra vespertina de las reflexiones que tranquilizan y enfrían. En el arcón encontré dos obras de Albertus Magnus, el *Testamentum duobus libris uni-versam artem chymicam complectens* de Arnoldus Villanovarus, tres libros de astronomía, y entre ellos uno de notas cerrado, envuelto en un cuero de tafilete rojo. No hace

falta decir que tampoco ese cerrojo se me resistió, sobre todo porque tenía la sensación de que ocultaba la clave del secreto de Rochard.

Secretorum tractatus podía leerse en la primera página, escrito a mano. El texto estaba en su mayor parte en latín, con anotaciones en francés y en alemán, pero yo sólo entendí algunas frases cortas en alemán, algunas de las que estaban escritas en latín, aunque con muchas dificultades, y nada en absoluto de las escritas en francés. Con manos temblorosas, excitado y atento a cualquier ruido lo hojeé. Se trataba de un diario de viaje, y cada anotación tenía su fecha correspondiente. De pronto me llamó la atención un texto en alemán.

En vano intentas descubrir mi secreto. Podría proclamarlo a los cuatro vientos, pero seguiría siendo un secreto...»

Me asusté como si alguien me hubiera increpado a gritos. En ese momento, mi frente se cubrió de sudor, y mi corazón se puso a dar brincos mientras seguía leyendo:

Podría anunciar este secreto como el sol, la luna y las estrellas del cielo, como la tierra bajo los pies de las gentes, como el agua, el fuego y el viento, como las plantas y los animales, y sin embargo, nadie lo comprendería. ¿Por qué deberían comprender también el macrocosmos, si el microcosmos, su propio cuerpo y su mente, les parece ya un libro cerrado con siete sellos...?

A continuación había un texto en francés y luego otra frase en alemán, que terminaba en latín:

El Oro y el Elixir. Si pudieran apoderarse de ellos, utilizarían el uno para adornar los cadáveres, y con el otro les llenarían la boca a los gusanos de la putrefacción, para engordarlos... *Raris haec ut hominibus est ars, ita raro in lucem prodit.*

Laudetur Deus in aeternum qui partem suae infinitae potentiae nobis suis objectissimis creaturis communicat[*].

Y luego seguía en alemán:

Aquel que vive muchos años, debe cambiar su nombre. El nombre de Flamel, por ejemplo, era conocido por demasiadas personas...

Ahora ya no había ninguna duda. Siguiendo las fechas hasta el final de las notas, encontré aquello que había estado buscando.

12 de octubre de 1555... se llama Hans Burgner. Salvaje, tosco, peligroso y conmovedor... Quizá por eso lo encuentro interesante, porque me recuerda a alguien cuyo rostro observé en el espejo en algún momento durante la época del caos. El arcón es pesado y yo soy bastante comodón. Debo estar atento para que las debilidades existentes en mi cuerpo, como la compasión, no me venzan. Se ha puesto de rodillas y ha hablado del Elixir. De un modo sensato, pero más bien como un animal joven. En su interior se encuentran latentes horribles reflejos, de los que él mismo no sabe nada. Su mirada me sigue por todas partes. Por desgracia, siempre he tenido una cierta inclinación hacia los perros...

Ahora ya tenía en la mano los hilos de los que podía tirar y con los que podría abrirme paso para llegar a él, por aquella pequeña y secreta puerta que estaba abierta en el muro de hierro de su reserva: yo le daba lástima y él sentía interés por mí.

No era aconsejable permanecer durante más tiempo en la habitación. Cerré de nuevo el cerrojo del libro de notas, volví a colocarlo todo con precisión en su lugar, cerré el arcón y lo empujé bajo la cama.

Cuando pienso en todas aquellas corrientes que se arremolinaban y entremezclaban en el interior de Hans Burgner después de abandonar la habitación de Rochard, todavía hoy no dejan de asombrarme las

[*] Así como es raro ver este arte entre los hombres, así también raras veces sale a la luz. Alabado sea Dios por toda la eternidad que a nosotros, despreciables criaturas, nos hace participar de su infinito poder.

tremendas contradicciones, la existencia simultánea de tinieblas y de luz, de los elementos del fuego y del agua. Se trata del mismo caos que bulle en las nebulosas espiroformes desgarradas por explosiones, ardientes, efervescentes, volatilizándose, a partir de las cuales nacen los planetas y los sistemas solares. La felicidad de haber encontrado al «Maestro» llameaba en su interior, junto con aquella admiración y anhelo casi idolátricos de servirle sumiso, con todas sus fuerzas. Pero la imponente incandescencia del entusiasmo dejaba sin embargo espacio suficiente para aquellos alevosos planes que me permitirían engatusar al Maestro y obligarle, en contra de su voluntad, a tomarlo a su servicio. El hecho de haber forzado los cerrojos, o haber dicho mentiras, no le hicieron sentir en ningún momento reparos ni le llenaron en modo alguno de remordimientos. Desde luego, tenía que convencerlo, y por supuesto, Rochard no debía saber nada de todo aquello, porque... porque de lo contrario, no volvería a tener trato con él. Por suerte, no sospechaba nada. Y un hecho del que no se sabe nada... es como si nunca hubiera sucedido.

Por la noche llamé a su puerta. Estaba nervioso pero decidido.

Cuando levantó los ojos hacia mí, su mirada no era hostil. Su libro de notas se encontraba cerrado ante él. Debía haberlo cerrado cuando yo llamé, puesto que la punta de la larga pluma que yacía sobre la mesa todavía brillaba, húmeda. Me quedé allí, de pie y mudo. La mirada servil, reverente y temerosa de mis ojos era auténtica, pero sólo reflejaba una fracción de todos aquellos otros pensamientos que me llenaban.

-Bien, Hans... ¿qué quieres? -me preguntó.

Consideré una señal alentadora que me hubiera llamado por mi nombre.

-Quisiera rogar al... Maestro, que me tomara como discípulo. Aquí me gano bien la vida, os pagaría. Tomaría mis lecciones por la noche si...

-Pero, ¿qué es lo que debo enseñarte?

-Sé algo de latín, me gustaría perfeccionarlo. También la ciencia médica me ha interesado siempre... no quiero seguir siendo durante toda mi vida un mozo de equipajes. Quizá... quizá consiga alcanzar la posición de un señor, de un hombre de ciencia. Aprendo con facilidad, no os significará mucho trabajo...

Me miró pensativo. Luego apretó los labios y apartó su mirada de mí. Noté cómo se alejaba y cómo volvía a deslizarse de nuevo en regiones misteriosas.

-No me rechacéis, señor... os lo ruego... ¡os lo suplico! -Mi voz temblaba con la vehemencia del miedo y la desesperación-. ¡Quiero aprender! ¡Deseo tanto la sabiduría como otros hombres desean el cuerpo de las mujeres! Soy pobre, no tengo a nadie en este mundo que me respalde. Sebastián, el amigo, el único que se ocupó de mí, está muerto... No me rechacéis vos también... ¡Esta vida me resulta insoportable! ¡Ayudadme!

Su mirada se dirigió de nuevo hacia mí, manteniéndola fija durante largo tiempo, en silencio, como si me examinara, me taladrara, abrasándome de parte a parte, hasta lo más profundo de mi alma, hasta lo más profundo de mis más secretos pensamientos.

-Sé que sólo en parte dices la verdad, y también sé por qué te aferras a mí. A pesar de tu astuta y aguda inteligencia, todavía estás verde como una manzana. En tus manos la sabiduría se convertiría en un arma o en una ganzúa. De hecho debería echarte... pero... no lo consigo. Hay algo que me retiene y me fascina, algo que no puedo comprender, porque está estrechamente ligado a mí mismo. Quizá sea mejor que te vigile de cerca, ya que de lo contrario me seguirías a mis espaldas. Te acogeré y te instruiré... pero sólo en las ciencias de este mundo. Aparte de eso no debes esperar nada más. Te elevaré por encima de tu estado de criado. Si eres aplicado, me ocuparé también de que pases los exámenes y consigas un diploma. Después podrás fundar una familia, convertirte en un respetable ciudadano, conseguir dinero y fama, según sea tu aplicación y esfuerzo... Pero, te lo repito, se trata tan sólo de este mundo y de la breve vida de un hombre. Hans... ¿lo has entendido?

-Sí, señor.

-Aun así, ¿sigues queriendo quedarte conmigo? Espera... no obtendrás ningún salario. Dentro de pocas semanas partiremos hacia Padua. Tú deberás cargar con mi arcón, hacer las compras y solventar todo lo que tenga que ver con el viaje o el alojamiento. Yo pagaré los gastos de la comida y de la posada, y si tus ropas o tu calzado se estropean mientras estés a mi servicio, te los restituiré.

-Gracias, señor... esto es más de lo que yo había esperado... ¡me siento feliz y estoy satisfecho! ¡Soy de verdad feliz! Ya veréis... cómo os lo agradeceré... cómo os compensaré por todo, ¡con la ayuda de Dios!

Y en aquellos momentos creía de todo corazón lo que decía.

Así me convertí en criado y discípulo del alquimista Eduard Anselmus Rochará. Creo que debo agradecer mi éxito a mi propia astucia y al hecho de que él, aunque sabía mucho y conocía mis intenciones, a pesar de todo no pudo ver su propio destino en mí, sino sólo presentirlo e intuirlo. Ése fue el motivo por el que no pudo rechazarme. Mi modesto afán de instruirme y mi idea fija del Elixir, su profunda y humana bondad, la compasión y la paciencia de las que hizo gala conmigo, aunque se había dado perfecta cuenta de lo inmaduro que yo era, siguiendo el modelo del Gran Planificador, se iban entretejiendo en el complicado dibujo del tiránico tapiz del destino. Nos habíamos estado buscando mutuamente, esperándonos el uno al otro, y tuvimos que encontrarnos en Nuremberg en el siglo XVIII, para que yo fuera arrojado por un nuevo período de experiencia a una órbita sorprendente, y él pudiera poner fin al tiovivo de su vida terrenal.

A pesar de que Rochard conocía a numerosas personas con las que se sentaba a la mesa en la taberna de la fonda «Sebaldus» para conversar, sólo tenía un amigo: Amadeus Bahr, el bibliotecario del conde de Zollern. Le visitaba casi a diario en su pequeña casa de adobe, situada en el parque del castillo, donde aquel hombre menudo había hallado refugio, cuando el palacio de Zollern, siempre repleto de invitados, llegó a resultarle demasiado agobiante. Pero, al parecer, aquella vida retirada no le molestaba en absoluto. Estaba rodeado de una gran cantidad de polvo, libros y manuscritos, como si durmiera sobre las letras, respirara letras y se alimentara de letras. Prestaba a Rochard enormes y pesados libros, que yo debía cargar hasta nuestro alojamiento. A esto se debía que, en algunas ocasiones, lo acompañara a visitarlo. Una de esas veces fui testigo, contra la voluntad de Rochard, de una viva discusión sobre alquimia. Una vez que hube descargado el libro, que pesaba como el plomo, y que Rochard le devolvía a cambio de otro, me mandó a casa a estudiar. Sin embargo, yo tenía otros propósitos. Rodeé la casa, me deslicé entre los altos y frondosos árboles hasta llegar a la ventana trasera, que estaba abierta, y me tumbé boca abajo entre la maleza y las matas de zarzas. Bahr era, en lo que se refiere a discusiones y debates, un loco genial. Rochard tan sólo se entretenía, pero su dulce paciencia, acompañada siempre de su sonrisa, pronto vencía a aquel pequeño Lucifer que empuñaba espadas de fuego. De forma instintiva yo adivinaba la superioridad de Rochard, y Bahr, que había estudiado lo suyo y sabía mucho, la reconocía.

Amadeus Bahr tenía una mente clara, analítica, y ya era un declarado detractor y enemigo de la alquimia antes de conocer a Rochard. Aportaba al campo de batalla argumentos sólidos, magníficos y graciosos. En modo alguno era un ignorante en la materia, y sus ataques se basaban en profundos estudios. En esta ocasión también fue él quien por medio de algunas manifestaciones categóricas inició la batalla.

-El cuento de la medicina universal no es otra cosa sino un embrutecimiento del pueblo -dijo-. Y por lo que respecta a las transmutaciones que se pregonaron a bombo y platillo, se comprobó más tarde que se trataba tan sólo de un amarilleo del metal, sin valor alguno, sin que hubiera cambiado su peso específico.

Rochard preguntó con dulzura si también se decía lo mismo en el caso de Nikolaus Flamel.

La mención del nombre de Flamel, como puede comprenderse, me sacudió, aunque el tema que allí se discutía actuaba de por sí como una bebida embriagadora sobre mi persona.

-¡No! -Por la voz de Bahr pude deducir que sonreía burlón-. No, en absoluto. Pero con toda probabilidad, las deficiencias y la necedad humanas se encargaron de que quedara velado de forma permanente. Flamel debió ser un estafador más diestro que los demás.

-Quizá -dijo Rochard-. Me temo que yo también me encuentre entre los tontos, por lo que apenas me atrevo a insistir en que me dio la impresión de ser un hombre honesto y modesto cuando mantuve una breve conversación con él.

-¿Con quién decís haber hablado? -preguntó Bahr sorprendido.

-Con Nikolaus Flamel.

-¿Cuándo?

-Hace dos años, en Egipto. Yo viajaba con una caravana de mercaderes para adquirir ciertas plantas, de cuya cocción se extraen remedios que curan las supuraciones purulentas de los ojos. Uno de mis acaudalados pacientes asumió gustoso los gastos del viaje. Delante de nosotros, un pequeño grupo compuesto de unas cinco personas, avanzaba a través de aquel mar de arena seco y ardiente. Bajo el calor del mediodía los alcanzamos. Habían buscado protección en la frescura del antiguo recinto del cementerio; un matrimonio francés con tres criados. Seguimos su ejemplo. Puesto que se trataba de compatriotas, me acerqué a ellos para saludarlos y os puedo asegurar que se trató de un interesante encuentro.

-Perdonad... ¡todo esto es un poco confuso! ¿Vuestro compatriota se presentó como... Nikolaus Flamel?

-¡Oh, no! No lo dijo en ningún momento. Fui yo quien lo descubrí. Era Nikolaus Flamel con su esposa.

-¿Pero cómo descubristeis que él...?

-Por indicios, que me convencieron del todo.

-Bromeáis... ¡Me tomáis por loco! Si mal no recuerdo, Flamel nació en 1330. Y ahora estamos en el año 1555. Así que, de acuerdo con vuestras afirmaciones, os encontrasteis con un hombre que ya tenía doscientos veinticinco años.

-Exacto.

-Espero que no pretendáis que os crea. No soy precisamente de naturaleza crédula. Conozco a ancianos centenarios, pero se chupan el pulgar y hay que limpiarles las narices. Un ser humano que tuviera doscientos veinticinco años sólo podría seguir con vida si hubiera apurado hasta las heces un cáliz que contuviera el legendario Elixir.

-Así es, sólo en ese caso.

-¡Pero un elixir de esas características no existe!

-¿Estáis seguro de lo que decís?

-Puedo aseguraros que los gusanos ya han devorado a Flamel del mismo modo que os devorarán a vos y a mí mismo.

-¿Quién ha visto morir a Flamel? -preguntó Rochard con dulzura-. Era un hombre rico, acomodado y famoso, siempre rodeado de un enjambre de admiradores y amigos agradecidos. ¿Quién de entre todos ellos asistió a su entierro?, ¿quién sabe dónde está enterrado?, ¿quién podría decir algo al respecto?

-Nadie. ¡Pero eso no prueba nada!

-No, pero de todos modos es interesante. Según algunas relaciones de viajes y antiguos registros, ha reaparecido una y otra vez en distintos puntos de este mundo.

-Yo no le veo interés alguno. Flamel desapareció de París y se cambió el nombre, porque era tan vanidoso que quiso conservar su fama más allá de la muerte, y cuando murió en algún lugar, con un nombre falso, se convirtió en una leyenda. En nuestra deplorable época esto no es nada inusual. ¡Mirad a vuestro alrededor! La alquimia es una realidad mucho más viva que ataca iracunda a cuantos la rodean como una epidemia de peste. Incluso a vos se os ha contagiado. Es un hecho que la historia en torno a la muerte de Nikolaus Flamel no la conoce nadie, y eso es suficiente para creer reconocerlo en cualquier potentado francés.

Pocas veces había oído reír a Rochard, pero esta vez lo hizo de todo corazón.

-¿Por qué os reís? -preguntó Bahr alterado.

-¡Perdonadme! -repuso Rochard, tratando de contener la risa-. No me río de vos, sino de la situación. Acabo de recordar una anécdota. ¿Me permitís que os la cuente?

-Os lo ruego -replicó Bahr escéptico.

-A orillas del Huang-Ho, del Río Amarillo, en la provincia de Shansi, vivió una vez un chino llamado Hui-shen, un inteligente experto en las escrituras. Era tan inteligente y tan ducho en la materia que la gente llegaba en peregrinaje desde lejos para sentarse al lado de su estera y escuchar las interminables discusiones que sostenía con un anciano y afable sacerdote. Desde hacía mucho tiempo discutían acerca de si existían los espíritus o no. El sacerdote sostenía que existían, y no podía aportar a la discusión ningún argumento más eficaz que afirmar que él los veía y conversaba con ellos. Sin embargo, Hui-shen le demostró de 777 maneras distintas que no existen los espíritus. Si alguien los ve, está enfermo o trastornado; si alguien habla con ellos, no hace más que sostener consigo mismo conversaciones sin sentido. El aire está vacío, el cielo está vacío, no hay nada más que tumbas con

cadáveres podridos, que poco a poco se convierten en polvo. El espíritu: eso es el ser humano, y una vez que éste ha muerto, todo ha terminado. Aplastaba los delicados argumentos del viejo sacerdote como si fueran cascaras de huevo, y cuando alguien tomaba partido por el anciano, también acababa con él. No dejaba ni el menor resquicio ni la menor posibilidad abierta por donde pudiera colarse hasta este mundo ni el más ínfimo de los espíritus. Era sencillamente invencible. Llegó un momento en que al viejo sacerdote aquellos infructuosos debates le parecieron demasiado absurdos, y un hermoso día dejó plantado a Hui-shen, no sin comunicarle con anterioridad que debido a sus debilitadas fuerzas y a su frágil salud no podía seguir manteniendo aquellas discusiones, por lo que le mandaría a alguien que dispusiera de argumentos más convincentes que los suyos.

»De este modo, Hui-shen se quedó solo y casi se ahogaba con las palabras que apenas podía pronunciar, ya que en cuanto abría la boca, las gentes huían de él llenas de espanto.

»Una noche, cuando iba a retirarse a descansar, insatisfecho y lleno de inquietud por el hecho de que desde hacía días no tenía a nadie con quien discutir, se dio cuenta de que en la otra estera que había en su habitación se hallaba sentado un extraño. Era un hombre de piel oscura, delgado y calvo, envuelto en un lienzo blanco. Hui-shen se sorprendió. No le había visto ni oído entrar. Empezó a enojarse por la poca educación de ese hombre; pero antes de que pudiera llamarlo al orden, éste le dijo con voz profunda y ronca:

»-Soy aquel a quien has estado esperando. Un amigo me ha mandado a ti para convencerte de que tiene razón. Por lo que he oído, no crees en los espíritus...

»-¡Por supuesto que no! -exclamó Hui-shen aliviado y con vehemente alegría, olvidándose de sus anteriores reproches. De hecho, empezaba a encontrar simpático a aquel tipo larguirucho, con su túnica blanca, que se hallaba sentado en la otra estera, y por ninguno de los tesoros de este mundo lo habría dejado marchar. Empezó a hablar como siempre con fuerza demoledora, imparable, burlón y divertido. Se dedicó a discutir y a aseverar, a demostrar y a constatar, sin dejar hablar al otro. Tan pronto como su oponente cogía aire para replicar algo, Hui-shen alzaba la mano con un gesto admoni-torio-: ¡Espera, ya sé lo que quieres decir! ¡No te esfuerces! -Y alzando todavía más la voz empezaba a enumerar con rapidez todos los posibles argumentos de su oponente para después despedazarlos y destruirlos. Sombrío e inquieto, el visitante intentaba cada vez con más frecuencia intervenir en el debate, pero Hui-shen lo interrumpía en cada ocasión antes de que pudiera ni siquiera pronunciar una sola palabra.

Así llegó el amanecer. Por la ventana entró una luz plateada que se extendió por la habitación, y fuera, en el patio, cantó el gallo. Entonces fue cuando al extraño se le agotó la paciencia, se levantó de un salto e interrumpió a Hui-shen en su parlamento:

»—¡Cállate de una vez, desdichado! -gritó, y su voz sonó como el borboteo de un volcán, de modo que la pequeña casa de Hui-shen se sacudió hasta los cimientos-. ¡Por supuesto que no puedo rechazar tus malditos argumentos! Todo lo que tú dices suena como si fuera verdad, pero todo es mentira, porque ¡maldita sea! los espíritus existen de verdad. ¡Yo soy uno de ellos! -Y dicho esto, se disolvió en el aire, temblando de ira, y desapareció ante la mirada ofendida de Hui-shen.

Cuando Rochard hubo terminado de contar su historia, Bahr tuvo que reírse en contra de su voluntad por su agudeza, pero acto seguido, después de haber comprendido el sentido metafórico de esta historia (pude verlo con claridad porque los espiaba, sentados a la luz de la vela, desde la oscuridad que reinaba fuera) se puso serio de pronto y miró a Rochard estupefacto.

-¿Por qué queréis confundirme a toda costa? -exclamó disgustado-. Hay algo enojoso e incomprensible en vos, Anselmus. ¡Al infierno con vuestras alusiones e insinuaciones! ¡Acabaréis poniéndome en manos de un exorcista!

-No os comprendo -comentó Rochard con inocencia-. Me he limitado a contaros un cuento chino, y si algo no sois, Amadeus, es un hombre crédulo...

-No -rezongó Bahr-. Pero por más que me resista, lo que habéis dicho no deja de impresionarme. ¡Por primera vez en mi vida! Podría rechazarlo pero no puedo negarlo. El asunto me preocupa. ¿No bromeabais cuando me habéis dicho que hace dos años Nikolaus Flamel todavía estaba vivo?

-No era una broma. Todavía hoy sigue vivo.

-¿Es el Elixir el que lo mantiene con vida?

-Así es.

-¡Siento como si se me paralizara la mente! Conozco vuestras capacidades intelectuales, vuestra formación y vuestra honestidad. ¿Cómo podéis vos... creer en ese disparate?

-Os equivocáis, Amadeus. No es que crea en ello, no soy un creyente, pero *sé* que es así.

Bahr se ruborizó, se levantó de un salto, volvió a sentarse y suspiró ruidosamente.

-Veis, a eso es a lo que me refiero. ¿Qué se supone que debo hacer con vos ahora? Y sobre todo, ¿qué debo hacer conmigo mismo ahora que habéis dejado caer como si nada entre estas cuatro paredes todas estas afirmaciones carentes de todo fundamento? Me van a quitar el sueño.

-¿Por qué?

-¿Por qué? Pues porque hay algo en mí que me impele a convertirme en vuestro aliado, alguna magia que va más allá de todo sentido común... no sé cómo debo llamarlo. He reflexionado mucho sobre ello. Incluso de vuestras más descabelladas afirmaciones emana una irresistible fuerza de convencimiento. No soy ningún adulador... más bien soy un apasionado iconoclasta. Las intuiciones abstractas y la niebla trascendental son para mí como un paño rojo ante los ojos, me irritan. Pero a vos estoy dispuesto a perdonaros, ni yo mismo sé por qué; para mí es un enigma. Lo he investigado todo y me he dado por satisfecho. Incluso la nada absoluta puede producir paz. Pero vos habéis alterado la tranquilidad de mi propia religión y me arrojáis en brazos de la herejía. Habéis despertado en mí la duda contra la duda. Y lo más sorprendente es que no lo habéis hecho con argumentos, sino sólo y simplemente con vuestra presencia. No por lo que decís, sino por eso que os calláis, como si estuvierais en posesión de vivencias y conocimientos que sin necesidad de ningún tipo de comunicación irradian certeza... De la misma manera que a la vista, por ejemplo, de una encina no se me ocurriría dudar de que se trata de una encina...

-Debo reconocer, Amadeus, que no siento ninguna clase de remordimiento por haber alterado vuestra paz religiosa. Al contrario, pondré todo mi empeño en que os condenéis del todo.

-El mundo está lleno de dóciles corderos que ofrecen en bandeja su fe ciega. ¿Por qué habéis caído precisamente sobre mí? Soy un hueso duro de roer, incluso en mi herejía, un viejo pecador, pertinaz, invencible y reincidente.

-Procuraré no contaros la parábola del hijo pródigo, porque temo que me arrojaréis algún objeto contundente, y mucho menos la historia de Sau-lus [Saulo], que se convirtió en Paulus [Pablo], a la que no me atrevo siquiera a hacer alusión. Centrémonos en los hechos. La fe ciega de los dulces corderos es tibia como el agua de un charco y siempre toma la forma de aquel recipiente que se le ofrece. Es inútil en absoluto. Vuestro carácter Escorpión, que intenta analizarlo y aniquilarlo todo, es para mí mucho más estimulante, casi me atrevería a afirmar que es mi debilidad. Camináis por el mismo sendero que yo, es decir, por el sendero de la razón. También yo tuve que abrirme paso a través de esas sinuosidades. ¿Por qué debería entonces acortar y facilitar el camino de un amigo... de un antiquísimo compañero de viaje, siendo así que estoy tan profundamente en deuda con él?

-Anselmus, contestadme a una sola pregunta.

-Estoy dispuesto a contestaros a más de una.

-¿Os comprometéis a sentaros conmigo y a decirme con claridad y sin tapujos, sin vagas alusiones ni oscuras insinuaciones, cuál es vuestra certeza, qué experiencias os han llevado a este convencimiento y qué pruebas poseéis de todo ello?

-Estoy dispuesto.

-De acuerdo. ¿Cuándo?

-Muy pronto. Antes de marcharme a Padua...

Había llegado el momento de desaparecer de la ventana. A trompicones, corrí a refugiarme en la posada. Una vez en mi cuarto, abrí mi libro, puse mi cuaderno ante mí y jadeante y sudoroso clavé mis ojos en la hoja en blanco. La idea que me había asaltado era tan tremenda que me hacía temblar.

«Aquel que vive muchos años debe cambiar su nombre. El nombre de Flamel, por ejemplo, era conocido por demasiadas personas...» Estas palabras, que había leído en su diario, empezaron a adquirir un auténtico sentido después de su conversación con Amadeus Bahr.

«... ¿Quién ha visto morir a Flamel?»

«-¿No bromeabais cuando me habéis dicho que hace dos años Nikolaus Flamel todavía estaba vivo?

»-No era una broma. Todavía hoy sigue vivo.

¡Todavía hoy sigue vivo!

Flamel es francés, y Rochard también. «Aquel que vive muchos años debe cambiar su nombre.» Flamel... Eduard Anselmus Rochard.

¿Y su mujer? Habían conseguido juntos la Piedra Filosofal y ella había participado del efecto milagroso del Elixir. Pero, ¿por qué no deberían haberse separado por un breve espacio de tiempo? A

sus espaldas y ante ellos se abría la embriagadora lejanía de los siglos... no tenían necesidad de estar pegados el uno al otro. Tenían tiempo. Para todo tenían tiempo.

Ante Bahr, Rochard no ocultaba nada en absoluto. Su franqueza trastornaba al pequeño ratón de biblioteca. ¿Por qué se mostraba tan comunicativo con él? ¿Por qué despilfarraba el tesoro de su sabiduría con esa nulidad, y me excluía sin piedad a mí, a mí que anhelaba con toda el alma el conocimiento de las ciencias ocultas? Estudiaba como un poseso, adelantaba en mis ejercicios, y él sólo me alababa como a un perro manso: «¡Muy bien, Hans! ¡Buen chico!». Pero en cuanto empezaba a hablarle con precaución y timidez de alquimia, se retraía como el caracol en su caparazón, y si yo insistía con tozudez, se limitaba a interrumpirme diciendo:

-Ese no es tu camino. ¡Quítatelo de la cabeza! Podrías beber tanto de la fuente del conocimiento que acabarías teniendo dificultades. Tu fe en el Elixir es una cosa peligrosa. Su origen es un deseo codicioso, oscuro y bajo. Nunca te ayudaré a precipitarte en la desgracia.

Pero esa noche, tras su conversación con Bahr, bajo cuyo influjo empezaba a germinar en mí la idea de que quizá Rochard fuera la misma persona que Flamel, sentí crecer en mi interior una tensión tal que tenía que desahogarme como fuera. Cuando Rochard entró en mi habitación para preguntarme si debía examinarme en alguna materia, no me anduve con rodeos. Le dije que no había preparado nada porque no podía dejar de pensar en aquellas pocas palabras que había escuchado cuando me marchaba de la casa de Bahr, su conversación acerca del Elixir y de Nikolaus Flamel...

-Vaya... así que has estado espiando. Bueno... no me sorprende mucho. Debería habérmelo imaginado... -Para mi asombro, esta vez no me dirigió la fría mirada de rechazo que solía aparecer en sus ojos. Éstos me miraron más bien pensativos y compasivos. Se sentó a mi lado.

-Me das pena -dijo tranquilo-. Me das pena porque he llegado a apreciarte. Eres un joven dotado y listo, Hans. Pero sigues siendo un niño lleno de ternura, lleno de sentimientos impredecibles y de una curiosidad peligrosa. No creas que te desprecio por eso. En el nivel en que te encuentras, respondes perfectamente al hombre que eres. Pero la naturaleza no se deja apremiar. En un vientre sin desarrollar, infantil, no puede engendrarse vida alguna. Si te mantengo alejado de todo esto, lo hago sólo para protegerte. Comprende por fin y créeme, para ti no puede haber Elixir. En tu alma, el Elixir de los adultos se convertiría en veneno y podría también envenenar tu cuerpo.

De todo lo que él decía yo sólo prestaba atención a dos cosas. La una era que esta vez, también en mi presencia, hablaba del Elixir como de una realidad, y la segunda, que a Bahr, a ese escéptico irónico, lo trataba como a un igual, mientras que a mí me rebajaba al nivel de un niño. ¿Por qué? Estallé, presa de la desesperación. Le pregunté por qué tenía en mayor estima a aquel avinagrado bibliotecario del conde que a mí, que sería un discípulo entusiasta y aplicado en su sendero místico.

-Es un adulto, Hans -me dijo con dulzura-. Es mayor, también en su interior. Algunas cosas en él ya han sido consumidas por las llamas. Sólo hay que abrirle los ojos.

-Pero, ¿qué puede sucederme si lo intento? -le pregunté con firmeza-. No le temo a nada.

-Aunque tú... todavía deberías temer algunas cosas. El miedo que sobreviene cuando se alcanzan determinados niveles del conocimiento es en verdad una carga superflua de la que hay que librarse, para que el alma pueda desarrollar sus vibraciones. Hasta entonces es, sin embargo, un mal necesario. Aquel que en su interior es ingrávido, puede ser barrido por cualquier tormenta del instinto. Preguntas qué puede sucederte si intentas apoderarte de las fuerzas ocultas... del Elixir... Podrías caer en un estado que es peor que la muerte. Sobre los misteriosos efectos del Elixir no hay nada escrito en los libros. Pero Hans, antes que nada, quiero advertirte: a aquel cuya alma está llena de bajas motivaciones, el Elixir también puede matarlo. En el caso de que su cuerpo pudiera soportar las horribles sacudidas y librarse de ellas, se convertiría en una especie de apestado o en un desterrado, a quien se hubiera embalsamado para la vida eterna junto con sus bubones por siempre dolorosos y purulentos. La vista del mortal se ve enturbiada por un piadoso velo que le oculta el mundo astral de aquellos demonios que pueblan el éter. Pero el Elixir rompe los diques de la existencia física. Es lo que les ha sucedido a los adeptos, pero en su caso estaban preparados para ello. Con dolor, habían extirpado con anterioridad de su alma las cualidades demoníacas y de esta manera conquistado el poder sobre los seres astrales. Pero aquellos en cuyo interior arde la hoguera de las pasiones y las emociones con llamas vivas, son vencidos y atrapados, quedan envueltos en las ataduras desde el temor y la debilidad. El Elixir obtenido con violencia proporciona al discípulo desobediente un terrible temor que lo empuja de una crisis a otra. Nunca jamás puede regresar al proceso de desarrollo lento y natural. Su vida se convierte en una sucesión de tormentos sin fin: sus deseos y anhelos se hacen cada vez más ardientes y más difíciles de

satisfacer; su soledad es más irremediable que la del resto de los mortales. Y en vano intentará escapar de sus tormentos por la salida de emergencia, el suicidio, que tienen todos los demás. Esta puerta permanece cerrada para él. Su muerte sólo puede ser una muerte violenta, ejecutada por otra mano. Pero no hay ninguna hacha, ninguna daga, ningún puñal, ni cuerda, fuego o agua, que pueda reprimir o apagar su viva conciencia, su recuerdo. Eso es todo cuanto puedo decirte, Hans. Date por satisfecho y no sigas insistiendo, de lo contrario tendremos que separarnos... ¿Me has comprendido de una vez por todas?

Yo había comprendido, pero ni por un segundo creí aquellas sombrías amenazas y no pude resignarme a olvidar el asunto. Ni siquiera quería tenerme como criado, pero yo me había convertido en su criado y discípulo. Sólo debía esperar y observarlo, con una voluntad persistente y una tenacidad invencible. Eduard Anselmus Rochard llevaba consigo el único sentido de la vida, la Materia Divina. No debía apartarme de él. Esperaría con infinita paciencia e ilimitado disimulo y lo sacrificaría todo a este único objetivo.

Estábamos sentados en la taberna de la fonda «Sebaldus». Era la primera hora de la tarde, pero el otoño lluvioso ya había cubierto el cielo de oscuras nubes crepusculares. Rochard se hallaba rodeado de un gran grupo de gente. Estudiantes con el rostro lleno de cicatrices y los párpados hinchados, fruto de sus noches de francachela, alborotaban en su mesa. Me retiré cerca del fuego y me sumí en la lectura del libro, que por orden de mi maestro había bajado para devolvérselo más tarde a Amadeus Bahr. De uno de aquellos oxidados ganchos colgaba una lámpara de aceite. La vista se me nublaba y pronto tuve que dejarlo. Entonces me dediqué de nuevo a observar en secreto a Rochard, sólo a él, que era el centro de todos mis pensamientos, mis planes y mis deseos, que ya se habían convertido en una idea fija. La luz de la lámpara se reflejaba en su pelo de un rubio oscuro que empezaba a escasear y resaltaba las protuberancias de su frente y sus delicadas sienes, donde latia una red de venas. Frío y sobrio, se hallaba sentado entre aquella jauría borracha y vociferante, ante los agrios y calientes efluvios del vino que le golpeaban el rostro... pero sólo yo le veía así. Entre los estudiantes cada una de sus palabras provocaba una explosiva hilaridad. Les estaba hablando de una mujer, conocida en toda la ciudad, que sólo dejaba entrar a un hombre cuando éste cubría cada una de las partes de su cuerpo con una moneda de oro. En una ocasión había conseguido seducir a un viejo y andrajoso alquimista, sólo porque había olfateado en él el olor del oro. Le dio de comer y de beber, y luego lo condujo al dormitorio... se desnudó por completo ante él, se echó en la cama y se le ofreció de esta forma. Hizo rodar sobre su cuerpo caliente y blanco como la nieve pesadas piezas de plomo que el viejo debía convertir en oro antes de que ella se le entregara. Aquel pobre viejo lo intentó todo; pero su mano reseca y apergaminada temblaba de tal modo, embriagado de excitación a la vista de tanta belleza, que el valioso polvo rojo fue cayendo fuera de su objetivo. De esta manera se convirtieron en oro las partes del cuerpo de la mujer que sólo valen oro cuando están hechas de carne y sangre.

Los ojos hinchados e inyectados en sangre de los oyentes sobresalían con una contenida excitación que se deshizo en carcajadas. Un estudiante picado de viruelas, con la boca torcida, entonó ronco una canción, pero la voz le fallaba una y otra vez, a causa de su embriaguez.

Sin embargo, a esas alturas, las numerosas y aparentes contradicciones que había en la naturaleza de Rochard ya no podían engañarme. Comprendí que el sabio sólo puede ocultarse tras el bastión de la necedad. Ése era el motivo fundamental por el que se había puesto el gorro de bufón.

En el caldero de hierro que pendía sobre el fuego empezó a hervir el agua. Una mujer vieja, de rostro cerúleo, amasaba grandes albóndigas con unas manos que parecían garras y las arrojaba al agua hirviendo.

Rochard se levantó y se acercó a mi mesa.

-¡Vamos! -dijo con brevedad.

Yo me levanté y le seguí.

Una lluvia densa y fría azotaba las estrechas y apartadas callejuelas. Nos apresuramos. Con largos pasos cruzamos la plaza del mercado, corrimos a lo largo de las murallas de la ciudad y nos metimos en la calle de los sastres. Ambos estábamos empapados cuando llegamos a casa del maestro sastre, donde vivía ahora Amadeus Bahr. El palacio estaba tomado por un ejército de invitados; incluso el

pequeño catre de Bahr estaba ocupado por algún miembro de la numerosa servidumbre que acompañaba a sus señores.

Cuando llamamos, Bahr tuvo que carraspear con fuerza para poder levantar la voz después de un largo silencio.

-¡Adelante!

Entramos. Aquel agujero húmedo y sin ventanas que había alquilado despedía el olor rancio de la vela de sebo que ardía día y noche, y de la picante pestilencia de la cebolla. Por uno de los márgenes de un gigantesco libro encuadernado en negro asomó el rostro de pájaro de Bahr, delgado y apergaminado, ensombrecido por sus pensamientos, que ahora dirigió hacia nosotros. Desde su alto y alargado cráneo, el pelo gris verdoso le caía hasta más abajo de la nuca, y por encima de sus delgados labios y de su nariz en forma de pico, nos miraban, con los párpados adormecidos y fruncidos, sus brillantes e inteligentes ojos negros.

-¡Llegáis justo a tiempo, Anselmus! ¡En estos momentos estoy peleándome con vuestra famosa *Tabula Smaragdina.*

-Un magnífico pasatiempo -dijo Rochard mientras se sacudía el agua de la lluvia de su capa. Luego apartó un montón de libros que había junto a otro montón de papeles llenos de dobleces, y se sentó en el borde de la cama de madera.

-¡Vaya un tiempo de perros! ¿Te has mojado, Hans?

-Hasta los huesos -contesté yo castañeteando los dientes, y me coloqué cerca del fuego, que ardía en una pequeña estufa de hierro. Rochard no tuvo corazón para mandarme a casa bajo aquella lluvia torrencial. Me senté sobre un arcón, junto al fuego, fuera del círculo luminoso de la vela, y seguí replegándome en mí mismo bajo la protección de la oscuridad como un animal depredador que acecha a su presa.

-Su Señoría reclama de mí una exposición precisa de la *Tabula Smaragdina* para servirla a sus invitados acompañada de pernil de jabalí ahumado. -En ese hombrecillo insignificante bullía un íntimo rechazo. Su cuerpo, digno de compasión, su posición de subalterno y su superioridad intelectual lo habían hecho desdichado, inhibido y al mismo tiempo insolente. La daga negra de sus ojos agudos e inteligentes traspasaba sin misericordia todas las absurdidades, crueldades y necedades que percibía en la corte de su señor y las resumía en mordaces panfletos, irónicas obras de arte llenas de un humor irresistible, que ocultaba temeroso en su arcón. Demasiado bien sabía que si alguno de esos escritos, aunque sólo fuera uno, se descubriera, trabaría estrecho conocimiento con el potro de torturas en la torre de los condenados. Y aun así, no conseguía renunciar a esta única satisfacción que le ofrecía su miserable vida.

-No será una tarea difícil para vos, Amadeus -sonrió Rochard-. De la Tabla Esmeralda circulan numerosas traducciones y falsas interpretaciones, así que, como mucho, sólo tenéis que añadir una más a todas ellas. Lo principal es que sea interesante y facilite la digestión de vuestros distinguidos señores.

-Tendría que llegar a reunir un gran montón de porquería para llamar siquiera su atención, y por lo que se refiere a su digestión, mucho material acerca de cómo podrán ir al cielo a pesar de todo, después de llevar una vida sucia y estúpida.

Ambos se rieron, aunque al hacerlo la risa se ahogó en el pecho de aquel hombre menudo y delgaducho, a causa de una ronca tos bronquítica. Todo su cuerpo se sacudió, su distinguida cabeza se congestionó y la tos hizo saltar lágrimas de las comisuras de sus ojos. Rochard se puso serio mientras lo observaba. Cuando hubo pasado el ataque y Bahr quedó postrado, agotado y respirando con dificultad, dijo:

-¿Habéis encontrado por lo menos algo para entretener a los distinguidos huéspedes?

-No -repuso Bahr sombrío-, Pero lo que de verdad me enoja es no haber podido extraer para mí mismo ni una sola frase con sentido. Tengo la sospecha de que se trata de uno de los más grandes engaños en la historia del pensamiento humano y que este texto sólo se considera genial porque mantiene ocupados, aparte de a numerosos necios, también a gente inteligente.

-En cualquier caso esta es también una posible interpretación de la Tabla Esmeralda -asintió Rochard. En sus labios floreció una extraña e inquietante sonrisa que, tal y como me pareció, tampoco dejó indiferente a Bahr-, Sin embargo, me sorprende, Amadeus, encontraros a vos entre esos oportunistas, débiles de mente, que se asustan ante cualquier desafío, y que para conservar su superioridad, cuestionan todo aquello cuyo conocimiento les permanece vedado.

-¡Ahí os equivocáis, y mucho! -replicó Bahr alterado. Un enrojecimiento enfermizo cubrió los huesos de sus mejillas-. ¡Pero, por el Redentor, no pretenderéis afirmar que habéis comprendido este complicado disparate!

-¿Si he comprendido la *Tabula Smaragdinal* No... no pretendo afirmar tal cosa. Debo reconocer que no he conseguido aclarar del todo su sentido en lo que se refiere a los tres niveles. Pero una cosa sé con seguridad: y es que contiene todas las soluciones que se refieren a la vida física, anímica y espiritual del ser humano.

Bahr lo miró durante un rato, en silencio, escudriñándolo; luego añadió en voz baja, casi sumisa:

-El investigador que no se esfuerza en reunir las pobres limosnas de la felicidad y de la paz, no debe tener prejuicios. El conocimiento es para mí más importante que mi pobre cuerpo, mi odiado destino y mi orgullo. Por favor, ¡habladme de la Tabla Esmeralda!

-Con mucho gusto. ¿Qué es lo que sabéis? No quisiera aburriros con repeticiones.

-No mucho. Sé que Alejandro Magno descubrió la tumba de Hermes Trismegisto en una de sus campañas. El nombre del autor, al parecer de procedencia griega, apareció alrededor del siglo iv antes de Cristo, pero su figura ya se veneraba, sin duda, antes de la Era Cristiana. En tiempos de los egipcios y los romanos se alzaron columnas en su honor, esgrafiadas con profusión de recetas alquimistas. Hay científicos que sospechan que detrás de este nombre se ocultaba la persona del rey egipcio Thot o Theut, a quien se hace referencia en varios puntos de la obra de Platón. En consecuencia, Thot debió haber vivido varios siglos antes de Cristo, y se le considera el fundador de algunas ciencias y artes, entre otras, se supone también, la aritmética, la astronomía y el juego de los dados, y los egipcios le atribuyen incluso la distinción entre las vocales y las consonantes. Por otro lado, hay quienes piensan que su nombre no hace referencia a ninguna persona viva, sino a la personificación de un concepto. Los antiguos egipcios tenían un dios que, bajo el nombre de Thot, personificaba la sabiduría, la destreza y la celeridad, al que representaban portando un bastón en forma de serpiente, como Hermes entre los griegos. Hasta ahí he llegado, más o menos, en lo que se refiere a la naturaleza de Hermes-Thot.

-Eso ya es mucho, Amadeus. El sentido de los documentos que se refieren a Hermes Trismegisto es en su mayor parte de naturaleza oculta y sólo accesible a los iniciados. No quisiera que bajo el concepto de «iniciado» se entendiera a un ser altanero que se rodea a propósito de un aire de misterio. Tras un auténtico iniciado hay duros trabajos físicos, pruebas de voluntad y continuados esfuerzos mentales que lo llevan a distinguirse. La esencia del esoterismo no consiste en absoluto en ocultar con egoísmo tesoros materiales que son accesibles a cualquiera. Aquel que tiene la voluntad suficiente, aquel que con firme perseverancia se obliga a llegar a las alturas donde le espera con las puertas abiertas el templo de la sabiduría y del conocimiento, puede entrar, sin que nada se lo impida, en el santuario.

No me atrevía a moverme, para que ninguno de los dos recordara mi presencia. Cubierto por mis ropas, tan mojadas que echaban vaho, seguía sentado como fascinado sobre el arcón. Mi mente despierta registraba las palabras de Rochard, pero la simiente de su significado sólo germinó muchos años más tarde, tras infinitas tristezas y tormentos, a partir de la vacía cáscara de sus letras.

-Hermes-Thot tuvo que ser sin duda un sacerdote egipcio, médico y astrónomo -continuó Rochard-. Hasta ahora no se ha conseguido establecer con exactitud en qué época vivió, pero es probable que fuera antes de lo que Platón supuso. Es fácil que en su calidad de sacerdote fuera al mismo tiempo un faraón. En el mundo antiguo, estas dos atribuciones nunca se distinguieron una de la otra con claridad. En aquella época el faraón, distinto por principio de los conquistadores sedientos de sangre de épocas más tardías, era todavía la institución coronada más elevada y de mayor intelecto; un iniciado, ya que de acuerdo con los sabios, los creadores de esta ley, sólo era adecuado para ser un dominador aquel que sabía dominarse a sí mismo y que se había liberado en espíritu. El nombre de Hermes es general, como por ejemplo Manu o Buddha, pero tiene tres significados distintos. Da nombre a una persona, a una casta y a una divinidad. Como hombre, Hermes es el primer iniciado, pero también se entiende bajo ese nombre la totalidad de la casta sacerdotal. Como divinidad, equivale al planeta Mercurio, esa esfera espiritual en la que viven los adeptos divinos. Por lo tanto, Mercurio es de hecho el mentor de la región sobrenatural de consagración divina. A la persona en sí, de la que procede casi la totalidad de la religión egipcia, los griegos, discípulos de los egipcios, la llamaron Hermes Trismegisto, como triple gran maestro de todas las ciencias naturales. Entre las miles de obras que se le atribuyen y que en gran parte fueron escritas por sus seguidores o por sus entusiastas discípulos, la Tabla Esmeralda es la más profunda y auténtica. Si tenéis el texto a mano, leedlo en voz alta, Amadeus.

Bahr inclinó la cabeza de nuevo sobre el gran libro que tenía abierto ante él. Su dedo huesudo señaló el primer párrafo de la Tabla Esmeralda:

> Es la verdad y es realidad: lo que es arriba también es abajo, capaz de realizar el milagro del Uno. Al igual que todas las cosas proceden de una sola, es decir, del pensamiento del Uno, asi también todas las cosas nacen de este Uno por adopción. El Sol es su padre, la Luna su madre. El viento lo llevó en su vientre, la Tierra es su ama de cría. Éste es el padre de todas las perfecciones del mundo. Su fuerza y su poder son ilimitados, cuando se convierten en tierra; tú separarás la tierra del fuego, lo delicado de lo tosco, con suavidad y esmero. Subirá de la Tierra hacia el cielo y volverá a bajar a la Tierra, para recibir el poder de los seres superiores e inferiores. De esta manera te pertenecerá la fama del mundo y toda la oscuridad huirá ante ti, porque superará a todas las cosas delicadas y penetrará en todas las toscas. Así fue creado el mundo. A partir de éste surgirán y brotarán maravillosos usos, para lo cual se dan aquí los medios. Por eso se me da el nombre de Hermes Trismegisto, y estoy en posesión de las tres partes de la filosofía del mundo. Y lo que dije acerca del efecto del Sol se ha cumplido.

El rostro de buitre extenuado de Bahr se dirigió de nuevo a Rochard con atención expectante e inmóvil. Su perfil, con la nariz arqueada, que la luz titilante de la vela dibujaba sobre la pared, temblaba de forma extraña de arriba abajo.

-El sentido de la *Tabula Smaragdina* se refiere a tres niveles, del mismo modo que los jeroglíficos egipcios en general tienen tres tipos de significado -dijo Rochard-. Esto es, un sentido físico, uno astral y uno mental. Las revelaciones de Hermes Trismegisto abarcan los secretos más profundos de la creación, como la esencia de las fuerzas formadoras de los mundos trascendentales, las llamadas regiones astrales. Pero al mismo tiempo, también se refieren a la alquimia en el más puro sentido de la palabra, a las ocultas profundidades de la alquimia, la receta espiritual para la preparación del gran Elixir de la vida, el *Aurum Potabile,* que cura todas las enfermedades, rejuvenece, descalcifica las venas y renueva los humores. De todas formas, debo añadir que este llamado «oro bebible» no hace inmortal, como creen los fanáticos y los ignorantes, sino que se limita a prolongar la vida porque elimina las condiciones que deben darse para que se produzca el envejecimiento. Por último, trata a su vez el objetivo más difundido, grande y contraproducente de la alquimia, es decir, la transformación de los metales. Ahora podéis comprender por qué Trismegisto sumió el auténtico sentido de aquello que debía decir en las profundidades de un complicado laberinto espiritual. El joven sacerdote egipcio, que dedicó todos sus esfuerzos a los misterios más profundos, se vio sometido cada vez con mayor frecuencia a difíciles pruebas antes de que se le revelara una nueva tesis. Cuanto más se adentraba en el conocimiento, más terribles y difíciles eran, y tuvo que padecer la muerte física antes de que el último secreto le fuera desvelado. Así pues, Trismegisto compuso la *Tabula Smaragdina* de tal manera que no sólo contuviera la semilla de sus enseñanzas sino que la ocultara también a las personas no iniciadas que tuvieran viles intenciones; porque la verdad otorga la fuerza al que persevera, pero hiere al débil como la hoja de una espada que se maneja con torpeza. De ahí que la Tabla Esmeralda no sólo sea fascinante por su contenido sino también por su estructura, ya que oculta en sí misma aquella prueba que endereza el espíritu y hace crecer en madurez, para poder recibir la solución. Otra ley fundamental en las enseñanzas de Trismegisto afirma que sólo puede alcanzar el Gran Magisterio aquel que lleve a cabo la transmutación en sí mismo, no sólo en el nivel físico, sino también, al mismo tiempo y de forma paralela, en el nivel astral y en el nivel mental.

-¡Hablad de una vez acerca del sentido! -exclamó Bahr-. ¡Me habéis hecho subir a una elevada montaña pero con los ojos vendados!

-Otro día, Amadeus, otro día. Ahora ya es muy tarde, debéis descansar.

Yo sabía con certeza que sólo era por mi causa por lo que no seguía explicando la Tabla Esmeralda y me sentí invadido por una profunda amargura. También Bahr estaba descontento y despierto como un buho.

-¡No es posible que ahora os marchéis y me dejéis solo! -se rebeló con firmeza, mientras su voz se veía de nuevo ahogada por un ataque de tos. Su frágil cuerpo se agitaba en medio de terribles tormentos dignos de lástima. Rochard se levantó y un rastro de inquietud se dibujó en su rostro.

-Cuidaos, amigo mío...

Bahr luchaba por coger aire y sacudió la cabeza, roja como un cangrejo, pero cuando se hubo recuperado un poco hizo un gesto de rechazo.

-Debería haber empezado a hacerlo hace tiempo. Ahora ya no necesito cuidarme. Sólo me sentiré bien del todo cuando pueda olvidarme de este lamentable ataúd que es mi cuerpo.

-Lo que vos llamáis ataúd es un valioso envoltorio en la medida en que contiene un espíritu, y por lo tanto debería ser tratado con cuidado.

-¿Y sois vos quien lo decís? Hasta ahora, vuestro discurso ha estado dedicado a la liberación de la materia, lleno de sublimaciones y abstracciones...

-Me habéis malinterpretado. Para la obra de Hermes Trismegisto, que se convirtió en la piedra fundamental de la vida espiritual durante siglos, se necesita salud y fuerza. El cuerpo enfermo engendra falsas ideas, bloquea los sentidos que transmiten la fuerza iluminadora del espíritu, con emociones y con un miedo paralizador. Aquel que tenga algo que decir, debe mantener limpio el recipiente de la palabra.

-¿Pero acaso tengo algo que decir? -replicó Bahr con una amarga auto-ironía-. Y ¿quién necesita ya la palabra... hoy en día? -Dejó caer la cabeza y continuó reflexionando-: Quizás entre nosotros, el uno tenga algo que decirle al otro que estamos convencidos y obsesionados del todo por las letras, enfermos, perjudicados en la carne, que saciamos nuestra hambre con alimentos imaginarios, y nuestro afán de poder con teorías que nos sirven como confirmación de nosotros mismos y nos convierten en reyes aparentes en un reino aparente. Nos hemos tallado armas valiéndonos de plumas de pájaros, y las mojamos en veneno y las lanzamos a los poderosos que han sido bendecidos con bienes palpables. -Se detuvo, suspirando.

-También eso es alquimia, Amadeus... es lo que sucede en el alma en esos casos. Hay un ácido que separa el oro de la escoria. En el alma del ser humano recibe el nombre de duda, y se utiliza de manera constante mientras el oro puro no esté separado del resto de la materia. Entre ambos reinos que habéis mencionado existe en verdad una enorme diferencia. El uno es el reino de la muerte, el otro el reino de la vida. La carne, por fastuosa y apetecible que parezca, se convierte impotente en víctima de la corrupción. No es más que una especie de juego del espíritu o, si así lo queréis, un interesante experimento para manifestar de esta manera una parte de sí mismo, no es más que una imagen escrita en la arena del desierto. También esto es una revelación admirable, de profundo significado, como la música, las esculturas, los cuadros, los libros y las iglesias en donde se encuentra a su vez presente el placer creador del espíritu, pero es caduca como cualquier forma material que se erija sobre el tembloroso suelo del tiempo. Sin embargo, el espíritu es eterno e inmutable. Reflexionad cuál de los dos puede ser el reino de las sombras. -Se puso la capa sobre los hombros-. Seguid discutiendo, Amadeus. El elegido debe poner en juego todas sus capacidades, sus amarguras y sus dudas tanto como su insaciable deseo.

-¡Nunca antes estuve tan despierto como hoy! Me habéis inoculado ideas que podrían llevarme a perder la cabeza y a sobrevalorarme a mí mismo. Pero un gusano como yo no tiene ningún derecho a ello. Me contemplaré en un espejo...

-¡Mirad en vuestro interior! La imagen externa es sólo una sombra de la realidad.

Caminé silencioso junto a Rochard, entre las pequeñas y estrechas casas, sumidas en el profundo silencio del sueño. Había dejado de llover y un viento tempestuoso desgarraba los pesados nubarrones. Por entre los resquicios brillaba ya la pálida bóveda celeste. Pero el camino que había tomado Rochard no conducía a nuestro albergue.

-Voy a dar un paseo, Hans -me dijo-. Tú puedes irte a casa.

Movido por la curiosidad, me pegué a sus talones y después de separarnos le seguí a distancia. Fuera de las murallas de la ciudad empezó a subir la pendiente de la montaña, cubierta de bosque. El viento hinchaba su capa amplia y oscura como un barril, luego la levantó y dejó que ondeara alrededor de su cuerpo como las alas de un murciélago. De pronto me sentí asaltado por un miedo inimaginable que aumentó hasta convertirse en terror. Sentí la necesidad de tener que huir en una salvaje carrera, arrastrado por el pánico, para alejarme de él. Una sospecha de cosas espantosas, sin forma alguna, se apoderó de mí y me cortó la respiración. Me volví con las rodillas temblorosas, y regresé a trompicones a nuestro albergue. Una vez allí, me arrojé sobre la cama y me sumí en un sueño profundo como un abismo, semejante a una pesadilla.

La noche siguiente, justo cuando acabábamos nuestra hora de clase, entró precipitadamente en la habitación y sin llamar a la puerta, la patrona de Bahr. La mujer estaba deshecha y sin aliento, jadeaba y tenía la voz llorosa. Explicó que Bahr había escupido sangre y que el médico del castillo creía que le había llegado su última hora: quería hablar sin falta con Rochard.

Nos pusimos de inmediato en camino y esta vez el maestro no se preocupó de si le seguía o no. Fuera reinaba un frío glacial y las estrellas brillaban con una luz nítida y penetrante.

* * *

La vela estaba sobre una mesa de tres patas, junto a la cama, y su luz temblorosa proyectaba los signos de la muerte sobre aquel rostro en sombras, hundido en los almohadones y pálido como la cera. Cuando yo, de puntillas, sin separarme de Rochard, me deslicé al interior del cuarto y mi mirada cayó sobre aquella figura inmóvil, creí que habíamos llegado demasiado tarde. En un rincón, se sonaba la mujer del sastre, que apenas podía ocultar su curiosidad tras su compasión. Rochard se volvió de pronto hacia ella.

-En la calleja de al lado he visto la tienda de un carnicero. Corre hasta allí y trae un cubo de hielo, ¡rápido!

La mujer lo miró con fijeza, como si no pudiera o no quisiera entender lo que le estaban diciendo. Pero la moneda que cayó tintineando a sus pies hablaba mucho mejor su propio lenguaje. Cuando se hubo ido, Rochard se inclinó sobre la frente de sienes hundidas y le puso la mano encima. A la luz de la vela, su expresión era seria y tensa. Fue como si de su mano fluyera la fuerza vital en aquel cuerpo inmóvil. En las profundas simas de las cuencas de aquellos ojos ardió una luz viva. Bahr miró a su amigo y en torno a sus labios arrugados y secos apareció la insinuación de una sonrisa.

-Lo siento... -jadeó casi de forma inaudible-. Me habría gustado tanto... la *Tabula Smaragdina*...

-Ahora no debéis decir ni una sola palabra -añadió Rochard en voz baja pero apremiante-. Sé en qué pensáis sin que lo digáis. Estoy aquí. Todavía he llegado a tiempo, ¡y viviréis! -De su voz serena emanaba un firme convencimiento. Acercó una silla a la cama y se sentó junto a la cabecera, extendió ambas manos sobre la cabeza de Bahr y, por lo que pude ver, le acarició con extraños movimientos, recorriendo el cuerpo, de la cabeza hasta el estómago. La respiración jadeante y entrecortada del enfermo se convirtió en un aliento sosegado. La mujer del sastre entró sin hacer ruido con el cubo de hielo. Su cuerpo rechoncho irrumpió con la burda realidad de la carne en la habitación y espantó el horror de la muerte. Bahr abrió los ojos.

-¡Si pudiera creer! ¡Si por lo menos pudiera creerlo! ¡Pero ni siquiera vos podéis hacerme crecer unos nuevos pulmones! -se lamentó.

-¡Debéis mantener la calma! -le ordenó Rochard. Envolvió el hielo en una toalla y luego destapó aquel triste cuerpo. Mientras le colocaba las compresas frías, confortó con voz dulce a aquel hombre vencido por la enfermedad:

-Si la lagartija puede conseguir que de la mañana a la noche vuelva a crecerle el rabo cuando le ha sido arrancado, ¿por qué no deberíamos nosotros entonces poder engañar a la naturaleza y obtener de ella el secreto de la renovación?... Dios nos ha dado la inteligencia para que investiguemos. No nos dijo que sólo debíamos creer, también nos permitió que, por medio de grandes esfuerzos, transformáramos nuestra fe en conocimiento y convencimiento... -De pronto se volvió hacia el rincón donde yo permanecía en silencio junto a la mujer del sastre, que estaba boquiabierta:

-¡Quisiera estar un rato a solas con el enfermo! Si necesito algo te llamaré.

Esperé en el sofocante ambiente del taller del sastre. En un rincón, la mujer cocinaba un guiso de col en una olla colocada directamente sobre el fuego, que despedía un olor terrible. Mi estómago se rebelaba en medio de esa estancia espantosa, pero no me moví de allí. Mi oído escuchaba con nerviosa atención la conversación que tenía lugar tras la destartalada puerta. Mi mirada se encontraba de vez en cuando con la de la mujer del maestro sastre, en la que ardía una ávida y alevosa curiosidad. Ella también permanecía alerta y escuchaba. Es probable que me maldijera en secreto, ya que mi presencia le impedía espiar. Procedente de la habitación del enfermo se oía tan sólo el confuso y leve murmullo de la voz de Rochard. En un momento dado abrió la puerta y ordenó a uno de los criados que trajera vino tinto. Cuando así lo hicieron, lo recogió en la puerta, y volvió a reinar el silencio. El maestro sastre,

con su barba de lija, empezó a interrogarme en voz baja acerca de quién era mi señor. ¿Acaso era un médico?

-Sí -contesté yo.

-¡Pues en la ciudad se rumorea otra cosa! -se inmiscuyó su mujer.

-¿Qué se rumorea? -pregunté a la vez que el miedo se apoderaba de mí.

-Que es el diablo... A menudo se pasean separados por ahí, él y su sombra... Ha vendido su alma al diablo por la alquimia... ¡Alabado sea el Señor por todos los buenos espíritus! -Y, temblando, hizo una rápida señal de la cruz sobre sus gruesos pechos.

Mi incomodidad aumentó a la vista de aquellas peligrosas novedades, pero me obligué a sonreír.

-Si no estuviera cerca de un moribundo me echaría a reír. Yo sé a ciencia cierta cuánto necesitaríamos un par de piezas de oro. En el albergue nos apremian con insistencia. ¿Qué clase de alquimista y compinche del diablo puede ser alguien que está metido en deudas hasta el cuello?

-Es lo bastante listo como para tomarle el pelo a todo el mundo -replicó la mujer enfurruñada-. No tendría dónde albergarse si se supiera... seguro que le darían alojamiento de inmediato en la torre pentagonal. ¡Una buena jaula para una gallina que pone huevos de oro!

Me horroricé. Pensé en las palabras de Sebastián y en las terribles historias que se contaban en las mesas de las tabernas y posadas, sobre aquellos desgraciados que habían sido torturados hasta la muerte o asesinados en su huida, sobre aquellos a quienes se había encerrado en los calabozos para arrancarles el secreto de la alquimia.

-Rochard es un médico vagabundo, sin medios -dije con la garganta seca-. Asiste con regularidad a la iglesia y no hace daño ni a una mosca. ¿Qué queréis de él?

-Oro... ja, ja -se rió la mujer-. ¡Piezas como ésta, a canastos!

Y me plantó su mano abierta en cuya palma, a la luz de la vela, vi el resplandor amarillento de una moneda de oro francesa. Clavé los ojos en ella, como si hubiera visto una víbora. Era la moneda de oro que Rochard le había arrojado cuando la mandó a buscar el hielo. Lo había olvidado por completo. Mi mentira acerca de sus deudas y su pobreza quedaba ahora al descubierto, y sabía que el brillo de ese oro se extendería por la ciudad con mayor rapidez que los rayos del sol. Sólo faltaba que Bahr, a quien el médico de palacio había desahuciado, viviera todavía al día siguiente. Mi preocupación no se debía al hecho de estar relacionado con él, sino a que el guardián del Gran *Magisteñum* pudiera ser apartado de mí por la violencia de las armas antes de que yo hubiera desvelado su secreto y me hubiera apoderado de él, cosa que aún temía más.

Pero yo no era el único que olfateaba el peligro; Rochard también sabía que debía huir antes de la salida del sol.

Tan pronto como abandonamos la casa del maestro sastre nos apresuramos a llegar al albergue, empaquetamos nuestras cosas, por mi parte incluso me hice con unas cuantas provisiones con ayuda de una moza de la cocina que estaba enamorada de mí, y bajo el sombrío y a la vez hermoso juego de colores grises y rojizos del amanecer, nos pusimos en camino. Un frío húmedo subía procedente del valle y las nubes deshilacha-das parecían colgar de las ramas de los árboles. No fuimos muy lejos. Fuera de la ciudad nos encontramos con los restos de una casa abandonada y cubierta de matorrales. Nos ocultamos en el granero, de cuyas paredes se caía a trozos el revestimiento. En el techo bostezaban enormes agujeros, y en el suelo, a nuestros pies, se acumulaba el agua de la lluvia en charcos apestosos. Rochard permaneció todo el tiempo serio y parco en palabras. En su silencio había algo impenetrable y distante que mantenía sujeta mi exacerbada curiosidad. Busqué un lugar seco para depositar el arcón en un rincón y Rochard se sentó sobre él. Yo me preparé un asiento con un par de piedras y paja. Los minutos, que transcurrían despacio, empezaron a bullir en mi interior con desgarradora impaciencia: ¿a qué esperábamos allí? El peligro estaba demasiado cerca para que pudiéramos quedarnos sentados tan tranquilos. Entre el polvo y la paja podrida pululaban asquerosas cucarachas.

Una gruesa araña se dejó caer desde el techo, columpiándose en su largo hilo, y me fue a parar a la cara. Me estremecí y empezó a pesar sobre mí una sensación de vacío y de fatiga.

-¡Come! -Rochard se volvió y me alargó su saco de cuero en el que habíamos metido nuestras provisiones. Él ni siquiera las tocó. De su arcón sacó sus instrumentos astronómicos, sus libros, tinta, papel y pluma, y se inclinó sobre un libro que apoyó sobre sus rodillas, sumiéndose en algunos de sus cálculos. Para entonces, yo ya sabía lo que hacía. Trazó un círculo, lo dividió en doce partes, puso los

doce signos del zodíaco y anotó una fecha. Con toda seguridad, estaba calculando nuestro curso y el punto de partida de nuestro viaje de acuerdo con las constelaciones de los planetas, que también anotó en cada una de las casas del zodíaco. Hacía frío, y la ligera llovizna que empezó a caer se metía por los agujeros del tejado para caer sobre la superficie de los charcos produciendo un ligero chapoteo. Entre los elevados huecos de las ventanas y el techo silbaba una desagradable corriente de aire. Bajo aquella luz sombría y velada, el rostro de Rochard seguía teniendo aquella expresión sombría y de preocupación. Su figura irradiaba un fluido que actuaba sobre mí de forma opresora. Por un momento, creí no poder soportar más esa pesadilla que estaba viviendo despierto en aquella oscuridad húmeda y ventosa: sentí el impulso de levantarme de un salto, de hablar, de gritar y de preguntar. Entonces percibí la mirada de Rochard sobre mí, fue casi como si me hubiera rozado. Quizás hacía rato que me observaba, pero sólo habló cuando le devolví la mirada.

-¿Tienes miedo? —me preguntó con una voz extraña.

-¿Por qué habría de tenerlo? -contesté lleno del miedo que pesaba sobre mi corazón y daba inseguridad a mi voz.

Él no dijo nada, pero siguió observándome. Habría preferido poder ocultarme a su mirada. Me puse a temblar y empecé a sudar.

-Me das pena -observó finalmente con un breve suspiro. En sus palabras se podía percibir una sincera compasión-. No puedo ayudarte.

Mi temor de pronto tomó forma en un pensamiento:

-¿Es mi destino el que habéis leído en las estrellas, Maestro? -pregunté con voz entrecortada.

-También el tuyo.

-¿Voy a morir?

-Algún día...

-Pero, ¿cuándo? No me lo ocultéis... ¿será dentro de poco?, ¿será una muerte violenta?

-No. Todavía no. Primero tendrás miedo. Sentirás miedo durante mucho tiempo y maldecirás tu vida. Querrás librarte de ella, pero la vida se aferrará a ti como un monstruo que hubiera clavado sus dientes en tu persona. Intentarás en vano huir del miedo, asfixiarlo y ahogarlo, pero será tenaz y vivo, te abrasará y aumentará hasta convertirse en una tortura infinita... No puedo ayudarte, pobre hijo mío... vivirás -dijo con voz ronca y apagada.

Me recosté con una sensación de dicha que inundó todo mi ser. El triste tono de su voz resbaló por mis oídos, ya que lo único que yo oía en lo que él me decía era la promesa que hablaba de vida, la perspectiva, que me producía vértigo, de una vida indestructible. Así que ahora había renunciado a su desprecio y cerrazón, a menudo insoportables: «¡Vivirás!». ¿Qué otra cosa podía significar sino el secreto de Trismegisto, concretado en su esencia material, el *Aurum Potabilel*

Caí ante él de rodillas e incliné la frente ante sus pies sobre la paja podrida en la que pululaban las cucarachas.

-¡Señor, señor! -Brotó de mi corazón en un estallido más allá de toda felicidad, mientras me echaba a llorar-. No soy digno del tesoro con el que me habéis agasajado, pero me haré merecedor de él. ¡Con la ayuda de Dios! Seré vuestro obediente servidor, seré vuestro alumno por toda la eternidad... me haré cargo de vuestras cargas y preocupaciones. Os protegeré con mi cuerpo de todos los peligros que os amenacen... Seréis mi padre, mi Dios, mi hermano. Os tendré, después de Cristo, como ejemplo viviente... Arrancaré de mi alma cualquier simiente de pecado, nunca más mentiré ni robaré, sólo porque vos vivís... porque...

-¡Cállate, desdichado!

Un frío glacial paralizó mi corazón. Me levanté de mi posición agachada para mirarle a la cara y leer en ella el motivo de este cambio; pero su rostro era de nuevo un muro cerrado. La débil luz arrojaba sus sombras sobre él y de pronto lo hizo parecer terriblemente viejo.

-¿Por qué me habéis rechazado de nuevo? -Yo estaba tan desesperado que un penoso sollozo interior me quitaba la respiración. La voz de Rochard se abrió paso pálidamente a través de la oscuridad.

-Sentimientos -dijo él en voz baja-. Un oscuro caos sin el amanecer del espíritu... Hoy te domina todavía un ardiente anhelo, una fidelidad desbordante, mañana un sentimiento ciego, un odio destructor... la muerte...

-¡No puedo comprender lo que decís! -grité temblando.

-¿Por qué deberías hacerlo?... Tú eres como una piedra que se rechaza, materia que destruye la materia. Adonai reclama a través de ti el castillo espiritual del pasado... Me siento agradecido por ello. Amén.

Se levantó y miró a través de la estrecha abertura de la ventana.

-Pronto oscurecerá, por suerte el cielo está encapotado... ¿Querrías hacerme un último servicio, hijo mío? -me preguntó.

-Todo... cuanto deseéis.

-Volverás al alojamiento de Amadeus Bahr... no tengas miedo... no te sucederá nada malo... Seguro que el sastre y su mujer ya habrán extendido la noticia y andarán parloteando por todo el vecindario, a no ser que les hayan ordenado presentarse en el castillo. Y los criados no cuidan del fuego si no hay nadie allí que se lo ordene. No encontrarás ni rastro de ellos y podrás desrizarte en la habitación del enfermo sin que te vean.

-Pero quizás Amadeus Bahr ya esté...

-Vive -se limitó a decir-. Debes entregarle una carta.

Me sorprendió la firmeza con la que afirmaba saber lo que había sucedido en la ciudad, puesto que se había pasado el día allí conmigo. Rochard sacó un pliego de pergamino y escribió despacio y pensativo algunas líneas, luego lo secó y lo enrolló hasta formar un delgado cilindro. Para que no se soltara, lo sujetó con un pesado anillo de plata en cuyo gran rubí podía verse un fénix de plata con las alas extendidas.

Muerto de miedo y de curiosidad emprendí mi peligrosa misión. Sabía que si alguien me descubría, no me dejaría marchar hasta que no hubiera conducido al escondite de Rochard a aquellos que lo buscaban. También conocía los medios con los que podían abrirse incluso los labios más sellados. El rollo que escondía bajo mi jubón ardía sobre mi pecho. Cuando Rochard me lo entregó, supe que lo leería a la más mínima ocasión. Él también lo sabía, pero a pesar de todo, me lo confió. De hecho le daba igual que lo leyera o no. Me conocía, y por lo tanto había compuesto el contenido de su carta de modo que mi mirada curiosa se topara con un tosco cascarón de palabras en clave, que mi espíritu era todavía demasiado blando y débil para poder romper. Como ya sabía que no podría personarme en ningún lugar habitado, y que no hallaría ningún refugio donde reinara la claridad, saqué el mechero de mi equipaje y me lo llevé. Abrigado por la espesura y oscuridad del bosque, eché un par de ramas sobre un montón de hojas secas y, a la luz del fuego, leí el mensaje de Rochard. Lo hice varias veces seguidas e incluso lo recité en voz alta, para aprendérmelo de memoria. Aun así, me produjo la misma impresión que las palabras de un texto en una lengua exótica. De vez en cuando, comprendía el sentido de alguna frase suelta, que de nuevo se perdía en el contexto. De forma sorprendente, aunque contribuyera a ello el entorno inhóspito así como lo inusual de la situación, temblaba presa de una excitación interna que me empujaba a leer una y otra vez las palabras que se oponían con obstinación a que yo las comprendiera.

Aquel que se marcha saluda al que ha sido llamado de nuevo, y que ha sido en su camino amigo y compañero. Esa unión surgió en los primeros tiempos. Aquel que se marcha ha saldado todas sus deudas excepto una, por la que al fin tiene que pagar. Sometiéndose con sumisión a la ley, habla aquel que resucitará en la única verdad, a su viejo amigo a quien no volverá a hablar con el lenguaje de los hombres.

La Casa de la Vida posee tres llaves, y estas tres llaves son aquello por cuya causa el moribundo es llamado para que abandone su tumba. Sus dos manos para la búsqueda son Escorpión y Acuario. Debe penetrar en la casa, para que aquellos que buscan puedan ver la luz en sus ventanas. De la simiente que fue plantada en el féretro debe surgir el triple fruto de la Vida: uno contiene la medicina del recuerdo, el segundo la medicina del conocimiento general, ante el cual nada permanece oculto, y el tercero, el medicamento que todo lo disuelve. Los tres juntos son el único y Gran *Arcanum*. Ellos constituyen el objetivo, el camino y la explicación.

E. A. R.

En casa del maestro sastre lo encontré todo tal y como Rochard lo había predicho. No necesité ni siquiera llamar; con despreocupación, habían dejado la puerta abierta de par en par. En el taller oscuro y vacío reinaba el silencio. Con el corazón acelerado me deslicé hasta la puerta de la habitación de Bahr y la abrí, luchando contra el miedo que sentía de encontrarme con un cadáver amortajado. Pero lo que allí vi no fue un muerto, ni un fantasma. Bahr estaba sentado, envuelto en su deslucida capa negra, junto a su tambaleante mesa, inclinado, pálido como la cera, ¡pero vivo! Cuando me vio se le iluminó el rostro de alegría, aunque asustado. Se apresuró a salir a mi encuentro. Su paso no revelaba ni el menor rastro de un agotamiento enfermizo, y en su pecho no roncaba la entrecortada y dificultosa respiración de un tuberculoso. Esos movimientos suyos, elásticos y acompasados, fue lo que me estremeció hasta lo más profundo de mi alma, eso fue lo que me hizo percibir de cerca el milagro, de una forma tan palpable que me produjo vértigo.

Bahr atrancó la puerta con precaución, luego se acercó a mí y me cogió por los hombros. Sus dedos, cuya fuerte presión percibí, todavía ayer se arrastraban sobre la manta como los tentáculos de una araña herida de muerte que estuviera agonizando.

-¿Dónde está él? -susurró alterado.

-A salvo -contesté yo en voz baja.

Dejó caer la mano.

-Estaba terriblemente preocupado -dijo aliviado-. La ciudad parece un hormiguero en cuyo centro alguien hubiera dejado caer unas gotas de miel. El conde ha estado aquí ya dos veces... ¡él en persona! Antes nunca se había interesado por mí, aunque me hallara a las puertas de la muerte, y ahora incluso me ha tocado. -En su rostro floreció aquella bien conocida sonrisa suya, irónica y astuta-. Me hice el tonto. Le dije que se me había reventado una vena de la garganta y que por eso había escupido sangre. Aunque habían sido los pulmones. Sabes... Hans... los escupía a pedazos, grandes pedazos negros en medio de la sangre roja... lo notaba con toda claridad. -Su voz temblaba febril y luego bajó de tono-. ¡Dile a Rochard que el conde no ha sabido nada por mí! Quería interrogarme por si había recibido algún tipo de medicina. Yo lo negué. El rumor poco a poco irá decreciendo... es mejor que no se deje ver por los alrededores hasta que se haya echado tierra sobre este asunto... -Las palabras brotaban a chorros de su boca-. Dile, Hans, cuánto me duele tener que prescindir de su presencia, pero no me atrevo a visitarlo... antes preferiría perder mi nueva vida que ponerlo en peligro, a él, a quien debo agradecérselo todo... ¡quizás algún día! ¡Pensaré en todo lo que él me ha prometido! ¡Dile que no sólo me ha regalado la vida, sino que también ha hecho de mí otra persona! Mi alma, que aleteaba como un murciélago ciego a través de la noche, ha muerto, y ha resucitado como un pájaro blanco y libre que se eleva hacia la luz. Dile que ha dado a mi modo de pensar un fundamento sobre el que levantaré un edificio indestructible. Hasta ahora sus palabras no eran más que teorías extrañas sobre el papel, ¡pero ahora han adquirido sentido para mí, gracias al oro viviente!... Dile a Rochard que creo... ¡y que seré un adepto! -Su menudo y delgado rostro estaba cubierto de lágrimas. El fuego de su entusiasmo también prendió en mi alma, que se inflamaba con tanta facilidad. Lloré, temblé y lancé gritos de júbilo junto con él bajo la impresión de aquel milagro, del que nos habíamos convertido en testigos. Saqué el pergamino de mi jubón y él contempló con respeto, inclinado sobre el cabo de la vela, el anillo que mantenía sujeto el rollo, luego se lo puso en el dedo. La luz empezó a tintinear entrecortadamente, y se apagó. En lugar de la negra noche ya entraba en la habitación una claridad de un gris sucio, cubierta de nubes. Debía marcharme. Bahr revolvió bajo su cama y sacó una nueva vela. Me despedí de él, pero apenas me prestó atención, mientras se sumía en la lectura de la carta.

A última hora de la mañana llegué completamente agotado al granero. Casi había alcanzado los límites de la ciudad cuando un par de estudiantes borrachos, del «Sebaldus», me reconocieron y se pegaron a mis talones. Intenté escapar de sus alegres gritos huyendo a la desbandada, pero aquellos divertidos compañeros me seguían, a trompicones, y uno de ellos casi estuvo a punto de alcanzarme. Me escondí en una hondonada en medio del bosque, que allí poco a poco se iba espesando, hasta que aquella jauría pasó trotando de largo y perdió mi rastro.

Rochard me había esperado pacientemente. Me sentí lleno de agradecimiento y de felicidad cuando vi su figura delgada, dulce y tan sorprendente. De nuevo me pareció viejo, frágil y grave, pero esta vez su vejez lo rodeaba como el aura plateada de una paz sobrenatural. Lo que de él emanaba era la sabiduría del ser superior. Puede ser que fuera la absoluta seguridad la que me cegaba, pero allí, en aquel granero en ruinas, cualquier astucia humana, cualquier postura falsa, todos los pecados retrocedían ante él. Él era el Mago, el Maestro de la sabiduría divina, el poseedor del gran *MagíSteñum.*

Le repetí las palabras de Amadeus Bahr, y el recuerdo despertó de nuevo en mi interior la fiebre y me conmovió hasta las lágrimas. Su rostro sin embargo permaneció rígido y serio.

-Lágrimas, entusiasmo, fiebre... de la misma manera que el platillo de la balanza se alza, cae de nuevo y provoca el equilibrio de la muerte... -dijo él sereno.

Le escuché con toda atención, con cada fibra de mi cerebro, pero a pesar de todo no pude comprenderlo.

-Ni siquiera Amadeus Bahr pudo comprenderos, Maestro, hasta que lo curasteis -dije yo con astucia.

-Amadeus Bahr fue su propio médico. Yo no hice más que despertar en él a ese médico.

-Si también quisierais despertarme a mí... tal y como me prometisteis... -murmuré tembloroso.

-Yo no te he prometido nada... tú mismo te has hecho promesas, pobre hijo mío.

-¡Pero vos dijisteis que yo viviría! -exclamé desconcertado-. ¿Qué otra cosa puede significar sino que...?

-Significa algo completamente distinto -asintió con firmeza.

-¡No! ¡No digáis eso! -le rogué-. Si vos quisierais... está en vuestro poder... ¡lo sé! ¡Lo he visto! ¡He visto con mis propios ojos cómo un muerto era resucitado a la vida! ¡Señor! Os lo suplico por el amor de Cristo... ¡no quiero morir! ¡Hay tantas cosas que quiero vivir todavía y experimentar! Es tan poco lo que hasta ahora se me ha permitido conocer... unos cuantos años son demasiado poco... Quisiera recorrer el mundo entero... Aprender... leer y adquirir experiencia... Observar cómo la semilla se convierte en árbol... Experimentar qué sucede con el ser humano... y al hacerlo saber y sentir que yo... existo, Hans Burgner... vuestro más servil criado... con una conciencia que no tenga nunca fin... ¡yo! ¿Por qué debería ser este deseo un pecado? Dios, Cristo, los santos y los profetas, los magos y los nigromantes... ¿acaso no son eternos e inmortales?

-¡También tú eres inmortal!

-Pero no de esa manera... ¡no de esta manera! Todo eso no es más que niebla, no es más que algo que no se puede palpar. Sueños y delirios... En el bosque hay árboles que son más viejos que el más viejo de los seres humanos. Vos habéis asistido a la llegada y a la partida de generaciones... Las estrellas contemplaban ya el mundo en los tiempos en que la Tierra todavía estaba desierta y vacía... Yo quiero ver con los ojos de los árboles y de las estrellas... ¡Con vuestros ojos, Maestro! ¡No tengo otro pensamiento, no conozco otra plegaria que vivir! ¡Vivir! ¡Apiadaos de mí!

Me arrojé a sus pies, me abracé a sus rodillas, mi rostro ardía, mis labios temblaban de enloquecido anhelo. Mi voluntad y mi apremiante deseo eran tan poderosos que hubieran conmovido a cualquier otro ser humano, pero Rochard se mantuvo férreo. La mirada de sus fríos ojos cayó sobre mí como un cristal de hielo verde azulado y enfrió la corriente de lava de mis sentimientos.

-Eres como un niño que importuna a un adulto para que le baje las estrellas del cielo. ¿Cómo podría yo apagar en ti ese fuego sin sentido?

-¡Otorgadme el don de la vida!

-Eso sólo puedes conseguirlo tú. Yo, como mucho, podría convertirte en un muerto aparente, que despierta en una sepultura tapiada. Reza para que nunca sepas a qué me refiero.

-¡Esto son sólo... palabras, Maestro! -grité, perdiendo el control de mí mismo-. A Amadeus Bahr le habéis dado más que meras palabras. ¿Cómo se hizo merecedor del sagrado brebaje que lo despertó de la noche del mundo de los muertos a la vida?

Rochard hizo un gesto cansado y dijo:

-Estoy hablando de colores con un ciego. ¿Qué debo hacer contigo? Reclamas de mí la inmortalidad, y, al mismo tiempo, cada uno de tus pensamientos se hunde en las ciénagas de esta tierra. ¡Compréndelo, Hans! Los seres humanos que se encuentran en el carnaval de lo efímero llevan un disfraz, y a menudo no reconocen ni a su propio hermano bajo la máscara. Pero aquel que sabe que se trata de su mejor amigo, de su más próximo pariente, de su compañero, a quien durante largo tiempo ha añorado y al que encuentra bajo la máscara de un cuerpo que sólo lleva durante un breve espacio de tiempo, ése se preocupa poco de los elementos externos y sirve en cambio a lo que de verdad es importante, a la antiquísima realidad.

-¿Queréis decirme con esto que Amadeus Bahr... era uno de esos parientes?

-Sí.

-¿Y por eso le habéis curado?

-Yo no habría podido curarle si su espíritu no hubiera estado ya preparado para la salvación. El mismo remedio se convertiría para otro en un veneno.

-¿Y si yo os lo pido... bajo mi propia responsabilidad...?

-Eso sólo puede ser responsabilidad mía, Hans.

-¡Lo que sucede es que no queréis entenderme! ¡No podéis ser tan cruel! ¡No puedo seguir viviendo así! Estoy condenado a morir, y en cualquier momento pueden venir a buscarme los verdugos. Necesito tiempo, un período largo, infinitamente largo de tiempo, para aprender la vida y asumir su carácter efímero. ¿Qué sabéis vos, que estáis cansado de las pasiones de siglos, del pecado terrible, indignante y humillante que es arrojar a personas dotadas de inteligencia, con un espíritu estusiasta, a una tumba donde pululan los gusanos? Es fácil para vos hablar y podéis contradecirme sin esfuerzo, ¡pero no voy a desistir! ¡Mi anhelo, mi ruego, mi exigencia... exacto... mi exigencia, que raya ya en la locura, tiene que acabar rompiendo vuestra egoísta sordera! ¡O bien acabad conmigo de inmediato! ¡Destruidme, porque no quiero negociar! No quiero prorrogar por más tiempo mi existencia de animal que va a ser sacrificado... ¡Lo quiero todo o nada! -Yo temblaba de excitación y desesperación. Mi impotencia encendía una ira cada vez mayor en mi interior hacia el cuerpo de Rochard, que se alzaba ante mí como una barricada y me separaba de mi objetivo, aquel objetivo que se había convertido en una idea fija.

»Os costaría tan sólo un movimiento, un breve momento de compasión, Maestro -susurré con voz ahogada y me acerqué más a él. Mi mano se deslizó desde su rodilla hacia su hombro, que agarré con fuerza-. Eso que me negáis lo lleváis con vos, lo lleváis pegado a vuestro cuerpo... lo sé... Tenéis que dármelo... sólo un poco...

-No tengo nada que darte -dijo él con firmeza. El tono tranquilo con que se expresó me llevó de pronto a la locura, y convirtió mi voz en un ronco ladrido.

-¡Oh... ya veo... ya veo con quién me he topado, desdichado de mí! ¡Antes podría suplicar a una piedra que a un caparazón humano sin alma! La piedra se compadecería, la piedra se pondría a arder y lloraría conmigo de lástima, pero vos, vos, hijo de Satanás sin corazón... vos...

Su mirada me hizo enmudecer de pronto. De sus ojos brotaron lágrimas y se deslizaron por sus mejillas.

-¿Por qué lloráis? -grité-. ¡Soy yo quien debería llorar!

-Lloro por ti -dijo él en voz baja.

Me incorporé sobre mis rodillas, puse mi rostro muy cerca del suyo y le miré a los ojos, como si quisiera obligarle con mi mirada a cumplir mi deseo.

-¿Vais a dármelo por fin? -le pregunté en un murmullo mientras se me cortaba la respiración debido a la tremenda tensión interior.

-Jamás. ¡No lo obtendrás nunca mientras yo viva! -dijo él sereno, y sonó como una sentencia, mortal y definitiva.

Me hundí como si hubiera recibido un golpe. De pronto me abandonaron las fuerzas, la voluntad. Yacía sobre la paja, el cerebro sumido en la aridez, incapaz de moverme. La lucha desigual con Rochard me había agotado mortalmente. Yo había jugado todos mis triunfos y había perdido. Su carácter tranquilo, duro como la roca, se alzaba ante mí como una fortaleza inexpugnable desde lo alto de la cual me miraba. Mis armas de juguete yacían rotas a sus pies. Mi aturdimiento se convirtió de pronto en un sueño profundo. Tenía a mis espaldas dos noches sin dormir, unas caminatas sin fin y emociones desgarradoras; era hora de dormir. Cuando desperté, no supe dónde me encontraba. A través del tejado roto del granero asomaba ya el cielo gris con su impresionante inestabilidad. Mi mirada, cargada de sueño, vagó de un lado a otro, tentó aquel desolado entorno y descansó sobre una masa oscura e inmóvil que yacía en un rincón. Sólo entonces recordé lo que había sucedido, y eso me fulminó de manera dolorosa y resplandeciente como un rayo. Allí, en el rincón dormía Rochard, envuelto en su capa oscura. Pensé de forma mecánica que lo más probable es que quisiera esperar a la noche para que, en la oscuridad que todo lo envuelve, pudiéramos continuar nuestro camino. Contemplé el perfil inmóvil de su cuerpo, contemplé ese cuerpo que yacía indefenso sobre la paja podrida y que no era más que un recipiente frágil, lleno de sangre, cuya férrea voluntad, sin embargo, a mí, me parecía invencible. Me pareció casi ridículo, y al mismo tiempo enojoso, saber hasta qué punto estaba en mi poder ese ser admonitorio, débil y vulnerable, que sólo fuerzas invisibles o quizá la superstición que había en mí, me impedían... porque... porque, ¿qué podía impedirme adueñarme por la fuerza de lo que él no quería darme de buen grado?

«...Lo lleva encima... Lo lleva en alguna parte, pegado a su cuerpo... No se separa ni un momento de ello... Lo tenía consigo cuando se lo dio a Bahr... Así que ...

»...Está ahí, sólo lo separa de mí la longitud de un brazo, pero yo estoy aquí sentado a la vista de la salvación, desesperado, impotente y rechinando los dientes...

»Sólo necesito levantarme...

» Rochard... Ese harapo viejo y reseco que esta ahí, en ese rincón... De su cuerpo se ha escapado la alegría de vivir... No tiene fuerzas... Cuando cierra sus delgados labios, desaparece la magia que él conjura con las palabras, y lo que queda no es nada más que un viejo extenuado y cruel.»

Me acerqué a él sin hacer ruido.

«...Quizá lleva el remedio mágico en el cinturón o lo oculta en su pecho...»

Mi mano temblorosa, que se estremecía de delirio, ya estaba palpando su cuerpo. Pero él no se movió. Me incliné sobre su pecho para abrir con cuidado su camisa, pero de pronto sentí un escalofrío de horror como si fuera la mordedura de una serpiente. Los ojos de Rochard estaban completamente abiertos y su mirada se clavaba, sin parpadear, en los míos. Durante todo el tiempo había estado despierto. Yo estaba bañado en sudor de la cabeza a los pies y me aparté. Mi mano buscó a tientas un punto de apoyo en el suelo y aterrizó sobre un ladrillo húmedo. Lo cogí sin que mi cerebro me hubiera dado la orden de un modo consciente, y lo lancé con todas mis fuerzas entre aquellos dos ojos completamente abiertos. Una espesa humedad caliente me salpicó el rostro.

Apenas hacía un momento ni siquiera sospechaba lo que iba a hacer, y ahora que lo había hecho, no tenía muy claro qué significaba ese movimiento espantoso. Sólo me veía impelido a apagar como fuera esos dos puntos de luz ñjos, que hacían guardia ante la puerta como dos demonios. Debía romper esa resistencia... arrancar del cuerpo esperpéntico de Rochard mi propia vida.

Encontré la cajita en su pecho, cosida dentro de una bolsa de cuero, y la cogí. Mi cerebro, en blanco por lo que respecta a lo que había hecho, trabajaba con astucia y precisión. Cogí mis cuatro cosas y puse especial atención en no llevarme nada que fuera propiedad de él. También dejé intactas sus piezas de oro.

La oscuridad naciente fue un bienvenido camuflaje para mi huida. Sabía que debía cambiarme y encontrar agua en algún lugar antes de dejarme ver por ningún sitio. En la fuente de un pueblo tranquilo conseguí lavarme. Mis ropas manchadas de sangre las hice desaparecer por el camino, enterradas bajo un árbol.

3

La sepultura tapiada

Durante los días y semanas que siguieron, un único pensamiento me empujaba hacia delante y me concedía el tiempo justo para probar algún bocado y beber ante la mirada estupefacta de los habitantes de las granjas ocultas en el camino. ¡Debía desaparecer, como fuera, de aquella región! Me dejaba caer sobre algún montón de paja en el lindero del bosque, sobre un montón de hojas podridas, para darme un breve descanso, pero en cuanto podía sostenerme de nuevo sobre mis piernas, el ciego, pero tan astuto instinto de la huida, me empujaba a seguir. Mis ropas se convirtieron en harapos, y aquella horrible experiencia dejó su huella en mi rostro, haciéndome envejecer varios años, y abrió en mí una llaga que ni siquiera me atrevía a palpar. Puesto que mi apariencia externa ya no era más que la de un mendigo, empecé a pedir limosna por el camino y por los pueblos. Cuando llegaba a algún lugar en el que se celebraba el día de mercado o una boda, formulaba mis felicitaciones en verso y anunciaba el futuro a la joven pareja de enamorados. Poco a poco fui reuniendo algún dinero en la bolsa que llevaba colgada sobre el pecho, junto a la cajita de la que yo, por medio de un asesinato, me había apoderado como precio de la salvación de mi alma. A cada paso que daba sentía su contacto con una salvaje alegría y un horror espeluznante. Durante la noche sentía su suave presión sobre mi pecho y me causaba sueños confusos, parecidos a pesadillas. Pero todavía no me hallaba a salvo para probar su poder. Necesitaba la protección de cuatro paredes, una puerta cerrada y soledad. Esta ocasión se me presentó en Ratisbona, donde dejé de ser un mendigo miserable para volver a convertirme en un ser humano.

La ciudad ocultó mi transformación. Nadie me conocía, así que pude cambiar con facilidad mis harapos por ropas decentes. El dinero que tenía incluso alcanzó hasta para alquilar una habitación en un albergue.

Ahora por fin estaba a solas con Eso, en aquella habitación tranquila, encerrado tras una puerta con guarniciones de hierro y protegido por las vigas del techo. Hice girar dos veces la llave, oxidada, con ayuda del pomo ricamente decorado, oí rechinar el cerrojo y después cubrí la ventana cuidadosamente con mi capa.

Sobre la mesa, que tapé con un paño blanco de damasco, coloqué dos velas gruesas y caras. Me hallaba en un estado de semiembriaguez; una ruidosa y enfermiza alegría se agitaba dentro de mí, bajo la cual se ocultaba un temor nebuloso. Un temblor inexplicable recorrió mi sistema nervioso e hizo bailar mis dedos fríos, cubiertos de sudor, sobre la superficie de la mesa.

Allí, entre las dos velas, brillaba la caja de oro, que tenía el tamaño de un puño. Estaba decorada con una corona de plata y otra de hierro; debajo había una inscripción en latín: *Cursus completus.* Abrí con cuidado la tapa. Una cabeza de león de jaspe brilló a la luz. El orfebre había ocultado, de forma sorprendente, esa obra perfecta en el reverso de la tapa. En el interior de la caja brillaba un polvo de un rojo intenso, con el resplandor de las piedras preciosas. Ese color y ese brillo me llenaron de tal entusiasmo que di rienda suelta a mis lágrimas, porque, de no hacerlo, no habría podido resistir aquella tremenda emoción. Tomando una jarra de vino tinto que ya tenía preparada, llené una copa de plata, luego espolvoreé en ella algunas pizcas del contenido de la caja que estaba llena hasta los bordes. Aquel vino flojo, de un color rojo claro, adquirió un color rojo oscuro como la sangre y me pareció que despedía una luz cegadora y radiante. Esperé con prudencia hasta que el polvo se hubo disuelto del todo, lo agité con un bastoncillo de madera, y luego me llevé la copa a los labios. Aquel brebaje divino se deslizó suave y fresco por mi garganta. Su aroma estimulante y apetitoso llenó mi nariz, a la vez que el dulce sabor balsámico encendió en mí una sed insaciable. Llené varias veces la copa hasta el borde, le añadí unas pizcas de polvo, agité el bebedizo y lo tomé con avidez, febril y embriagado.

Me sentí invadido de un embotamiento tal que la copa se me resbaló de los dedos, ahora insensibles, y cayó al suelo. Sólo percibí, como de lejos, en medio de un zumbido delirante y caótico, el ruido que hizo al chocar. La bebida fresca y ligera se convirtió dentro de mi cuerpo en un fuego fluido y espeso que me consumía y amenazaba con hacerme estallar, provocándome un dolor que ni siquiera podía aliviar con gemidos. Paralizado, impotente y horrorizado soporté esa creciente progresión, que iba más allá de todos los límites de lo soportable, bajo cuya presión un organismo humano frágil se habría desmoronado como un recipiente de cristal de paredes finas. A esta tensión interior, cuya radiación en aumento se iba expandiendo más y más, se unían sin pausa nuevas voces, corrientes, colores y formas, como si hubiera ido a parar al torbellino de la noche de Walpurgis más salvaje que se pueda imaginar. En mis oídos resonaban gritos de tormento y de placer, golpes de gong anunciando desgracias, llantos y sollozos, voces obscenas, ardientes y apremiantes, que gritaban cada vez más alto. Ante mis ojos se deslizaron formas resplandecientes, formas espasmódicas, negras, como sombras, geométricas, que me despertaban inquietantes sospechas, luego aparecían de nuevo puntos de luz resplandecientes, que en una danza salvaje se acercaban a velocidades exorbitantes hacia mí, se convertían en esferas de fuego y estallaban cerca de mi rostro con un ruido ensordecedor. Cuando ya creía que aquel aquelarre no podría ofrecer ninguna variación más, entonces surgieron serpenteantes los remolinos de colores que me rodearon con temblores convulsivos y cuyo rostro terrible cambiaba con cada rayo de luz, dependiendo de qué mueca quería yo en esos momentos fijar o retener. Eran rostros medio animales, medio humanos, desfigurados y entremezclados por una imaginación enfermiza. En un tronco enorme, con forma de huevo, cubierto de piel de elefante, se abrían bocas pequeñas o grandes, relamiéndose y echando espumarajos. Desde las cuencas vacías de los ojos de otra masa gelatinosa semejante a un rostro, brotaban con movimientos oscilantes cuerpos de serpientes; en el lugar que deberían haber ocupado sus cabezas flotaban unos ojos de mirada fija que echaban chispas como fuegos fatuos. De la boca de un hinchado conejo negro sobresalían poderosos colmillos, los ojos flotaban en un caldo turbio y sanguinolento. Perros con el grueso y curvado pico de un pájaro, pájaros con culebreantes trompas de elefante y orejas de murciélago, simios cuyos abazones se balanceaban, colgando hacia abajo, como dos pesados y obesos pechos de mujer con gigantescos pezones, rostros de mujeres con ojos soñadores y labios arqueados, con un falo oscilante en lugar de nariz, un ancho rostro de hombre, grueso e hinchado, de carne parecida al pescado, que en lugar de ojos ostentaba los órganos de ambos sexos, un pólipo cuyos brazos terminaban en manos de niño, llenas de hoyuelos, mientras que de entre esas manos se asomaba un rostro humano hambriento, maligno y enloquecido, ¡y todos esos rostros se reían! Nadie que no haya oído hablar todavía de algo así puede saber hasta qué extremo llegan a ser infamantes, paralizadoras y destructoras unas risas y carcajadas como aquellas. Ahogando ese ruido ensordecedor, se alzó de pronto el rugido de una tremenda tormenta. Un viento tempestuoso, atroz y abrasador, pasó por encima de las apariciones y dispersó a los monstruos culebreantes, las bocas chillonas y blasfemas, las extremidades y tentáculos enredados entre sí, las masas gelatinosas, los juegos de colores, las figuras y voces que, simplemente, se llevó consigo. El torbellino caliente también me arrastró y tiró de mí; su succión quería absorberme. Ese calor, esa fuerza infernal, produjo en mí dolores, espanto y un perverso deseo. La oscura y arremolinada sacudida de ese torbellino me atrajo. El deseo de autodestruc-ción, la alegría suicida del ciego abandono crecía en mí cada vez que la desnuda tormenta de los instintos, con sus sucias oleadas, caía sobre mí. Pero yo salía una y otra vez a la superficie, y conseguí mantenerme a flote, aunque mi pesado cuerpo, como un animal encadenado a un poste, era arrastrado una y otra vez hacia las profundidades. Finalmente pude salvarme, pero reconocí y percibí «como un muerto aparente que despierta en una sepultura tapiada». Las advertencias de Rochard, que en su momento me habían parecido palabras vacías, se llenaron de un horrible contenido. ¿No había despertado acaso en una tumba para una vida eterna? En lo más profundo del vientre de la Tierra mis ojos abiertos habían comprendido, en el mundo inferior de los más bajos instintos, el delito y la putrefacción a la que yo pertenecía en virtud de mi categoría y cuyo subdito impotente era. Había osado dar el salto al profundo mar de las leyes trascendentales y había caído en medio de pruebas peligrosas, sin poder llevar las riendas de mi ser, sin conocer los caminos erráticos y el significado de aquellos signos que indicaban obstáculos llenos de peligros. Tenía un miedo indescriptible, y ese miedo me traspasaba y habitaba en mí de un modo tan ilimitado que superaba con creces cualquier sentimiento humano soportable. Yo no tenía ni el órgano, ni los conocimientos necesarios que aquello requería. «¡Sentirás miedo!», me había dicho Rochard. «Tienes algo de lo que puedes sentir miedo.» Ahora también había comprendido esas palabras. Comprendía que estaba allí donde me correspondía,

entre moscas efímeras de un día, ciegas y débiles, cegadas por misericordia, cuya existencia rala, de modo semejante al embrión que es protegido en el seno materno, no es capaz, inmaduro y sin desarrollar, de llevar una vida autónoma. Había evitado el desarrollo que poco a poco habría hecho aparecer en mí los órganos espirituales para la gran transformación. Me había apartado del orden, del cauce del desarrollo necesario, donde la corriente, con su flujo unitario, mueve, pule y hace sufrir al que le está subordinado, pero al mismo tiempo, a la larga, también lo protege, y había entrado por la fuerza, sin la preparación necesaria, en otra forma de existencia. Mi cuerpo era fuerte, se había hecho resistente de una manera del todo antinatural, semejante a un sarcófago irrompible de cristal en el que se revuelca acuciado por el miedo un muerto aparente que despierta, que no puede ni destruirse ni liberarse a sí mismo. Me convertí al mismo tiempo en un repudiado mendigo de dos mundos, desgraciado y apatrida en ambos y perseguido también en los dos: aquí un poseso pecador, allá un débil ser ingrávido y sin conocimiento.

A partir de ese momento mi vida transcurrió en una especie de delirio. Los acontecimientos físicos no eran más que la terrible realidad de un mundo sobrenatural. El sueño no me producía ningún descanso; la soledad, la compañía, la huida no podían protegerme de la presencia universal de las cosas. De forma extraña, esta tensión extrema, que superaba en mucho la capacidad de resistencia del cuerpo mortal, no generó ningún síntoma de locura que fuera reconocible por cualquiera. Mi cerebro conquistó la capacidad de pensar, de soportar y de obligarme, en presencia de los demás, a actuar con prudencia y autocontrol, incluso en los más profundos infiernos del miedo. Externamente seguí siendo el hombre joven, musculoso y alto como un pino, que en el pasado había abrazado en el «Sebaldus» a voluptuosas mujeres. Sin embargo, la expresión de mi rostro estaba hasta tal punto alterada, v mis ojos evitaban con tanto temor la mirada de las gentes, que algunos percibían en mí el olor a azufre del infierno. Las mujeres viejas se protegían extendiendo dos dedos contra el mal de ojo, y los niños huían horrorizados al verme.

En ninguna parte soportaba quedarme mucho tiempo. Vagaba de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad, y vivía más mal que bien de la bondad de las gentes, porque en ningún lugar podía despertar simpatía o confianza. Incluso las limosnas que me daban eran para que me marchara lo más rápido que me fuera posible. Poco a poco, el miedo y la incomodidad que yo despertaba empezó a producirme una alegría sombría y enfermiza. Ese era mi único poder, mi única satisfacción. Yo tenía miedo, pero podía causar espanto en los demás, y sin darme cuenta empecé a parecerme poco a poco a aquellos monstruos que me rodeaban y que eran tan impotentes y sufrían tanto como yo.

Pedía limosna, pasaba hambre y frío, a menudo temblaba bajo el cielo, con la caja, con la que había querido comprar para mí las mayores riquezas y todos los placeres de este mundo, siempre pegada a mi pecho, pero no sentía ni el más mínimo placer. Más allá de los febriles ataques de mi miedo y de mi conciencia de culpa, el mundo no era para mí más que una imagen nebulosa, gris y sin interés.

4

La transmutación

¿Por qué crees que el ser humano vive tras las barreras temporales hasta que la tenebrosa incertidumbre se ha apagado en él? Porque cada una de sus debilidades es un asesino traicionero que lo acecha. La ceguera protege al ser humano de su único y peor enemigo, es decir, de sí mismo. En vano se ha apoderado del Gran Arcanum. Su carácter imperfecto lo lleva a caer en la trampa, donde es destruido deforma lastimosa junto con su botín.

Llegué a Straubing en los días en que se celebraba el aniversario del nacimiento del alcalde, motivo por el cual éste había abierto las puertas del jardín de su casa a todos los habitantes de la ciudad, incluso a los pobres, ya que también se conmemoraba el decimoquinto aniversario de su toma de posesión del cargo. En una fogata al aire libre se asaban para el pueblo terneros enteros y tiernos corderos, y de las bodegas se subían rodando hasta fuera barriles de cerveza, uno tras otro. Una multitud como aquella, achispada y risueña, era para mí un magnífico coto de caza. En medio de la gente que había formado a mi alrededor un denso corro, leía el futuro en las manos que se me alargaban. A las mujeres chillonas o que lanzaban risitas bobaliconas les profetizaba amor, una numerosa prole, bodas y cosechas abundantes, mientras escuchaba con atención todo cuanto decían sobre el alcalde, aunque su chismorreo más bien respondía a la curiosidad envidiosa que a la malicia. Me enteré de que se llamaba Antón Brüggendorf, que hacía poco que, tras la muerte de su primera mujer, se había vuelto a casar, y que aunque ya tenía hijos adultos, había tomado por esposa a una joven viuda, pobre, pero muy hermosa.

Mis bolsillos se habían ido llenando de monedas de poco valor y ya estaba a punto de desaparecer entre la multitud que cada vez se apretujaba más a mi alrededor cuando, después de las numerosas manos callosas y ennegrecidas que se me mostraron, una mano de hombre, regordeta y blanca, se posó en la mía. Levanté la mirada. En el círculo que se había formado a causa de un temor respetuoso, el alcalde en persona me sonreía desde su rostro carnoso. Y en ese momento sucedió algo extraño. El barullo cesó de pronto como por ensalmo y la corriente circular del más allá se detuvo para dejarme ser de nuevo el hombre feliz de siempre, ciego y sordo a cualquier otra vida, un simple ser humano, sin más. El cálido brillo dorado del sol, el denso hedor de los cuerpos acalorados, los olores prometedores de placeres, a manjar exquisito, de la carne que se asaba en su propia grasa, los árboles, el cielo, las flores, las mujeres con sus pechos turgentes, los niños con sus caras de manzana, las voces alegres, llenas del placer de vivir... el mundo entero regresó de pronto y lo sentí próximo a mí. Liberado y feliz por la vida que había recuperado, me incliné ante el alcalde y fingí sumirme en la contemplación de la palma de su mano.

-Interesante... -dije, fingiendo sorpresa. Con pocas palabras fui pormenorizando todo aquello que había oído decir a la gente de él, su nombre, sus relaciones familiares, y añadí algunas profecías halagüeñas: aumento de su fortuna, reconocimiento por parte de las más altas autoridades, un hijo que su joven esposa le daría. Pero luego añadí que no eran esas las cosas que me habían sorprendido...

-¿Pues qué entonces? -me preguntó con una sonrisa atormentada-. Habla, buen hombre... o mejor no, ¡espera! Hoy no quiero oír cosas aciagas... pero quiero pagar por mi buena fortuna.

Lo miré a la cara con el rostro serio, sin hacer el menor gesto, sin ni siquiera pestañear, hasta que mi mirada penetrante y significativa provocó en él una tensa inquietud y barrió de sus labios incluso la más leve sombra de una sonrisa. Me di cuenta en seguida con qué clase de persona me las tenía que ver. La sombra supersticiosa que había en su mirada lo delató: no era más que un fatuo y débil pelele. El miedo y el afán de notoriedad oscilaban en él de un lado para otro como lo hace el badajo de una

gran campana, dependiendo de cómo tiren de la cuerda las fuerzas externas. Y comprendí que ese era mi hombre, mi materia prima. Había llegado el momento de que alguien me abriera las puertas.

-Se trata de algo muy diferente, muy apreciado señor alcalde -dije en voz baja y con énfasis. Me detuve dubitativo, como si no quisiera continuar, porque el tema me pareciera demasiado delicado.

-Oh... con toda probabilidad debe tratarse de un asunto peligroso en extremo, de una gran calamidad, tal y como puedo leer en tu rostro. -Se inclinó más hacia mí e intentó guiñarme un ojo, bromeando, lo cual, sin embargo, no podía ocultar su profundo y lamentable miedo.

-Se trata de algo muy importante -repliqué yo con calma-. Pero aquí -mi mano describió un círculo-, no me gustaría hablar de ello.

-Bien... si lo crees necesario... ¡podemos entrar en la casa! -Estaba muy pálido y se había puesto serio.

-Quiero hablar a solas con vos -dije con firmeza-. La presencia de los invitados sólo me estorbaría. Volveré mañana.

Él me agarró del brazo.

-¡Por Dios bendito, no! ¡Nadie nos molestará! ¡Venid! -El familiar y condescendiente tuteo se había convertido de pronto en un sumiso «vos». Había ya alcanzado mi primer objetivo: el alcalde me respetaba y sentía curiosidad. Todavía no sabía con exactitud cómo iba a seguir tomándole el pelo, pero me fié sin preocupación alguna de mi ingenio, de mi experiencia y de mi astucia, que siempre estaban a la altura de cualquier situación.

Rodeamos la casa, que se alzaba sobre piedra natural de color rosa, rodeada por un balcón de madera pintado de verde. Antón Brüggendorf me condujo hasta la entrada de la bodega que daba a la parte de atrás del jardín. Abrió la puerta remachada con una llave oxidada, que separó del cinto con circunspección y dándose importancia. Primero pensé que había elegido la mohosa soledad de su bodega para bañar su querida y cebada persona en el placer de los placeres místicos. Pero me equivocaba. Entramos en un sombrío pasadizo de piedra. A través de las estrechas ventanas enrejadas apenas entraba una vislumbre del alegre colorido que reinaba en el veraniego jardín. El techo cubierto de hollín revelaba que aquella bóveda se usaba de vez en cuando. Esa fue la primera vez que mi instinto percibió una señal de peligro. Me detuve y le dirigí una mirada inquisidora.

-De hecho... no llevo conmigo los instrumentos con cuya ayuda podría efectuar los cálculos exactos -dije con la garganta seca-. Vuestra mano ha despertado en mí la emoción de la más hermosa de las ciencias... Al fin y al cabo, ambos sabemos que la lectura de la mano no es más que la antesala de la verdad... de la sala secreta de los iniciados. El verdadero aposento real del pasado y del futuro es la astrología, sobre la que se arquea la infinita cúpula del firmamento diamantino.

En su rostro se podía leer, con la misma precisión con que se observa cómo empieza a hervir el agua en un caldero colocado sobre el fuego, su curiosidad ansiosa y la creciente emoción que sentía.

-Comprendo -dijo suspirando y se cogió de mi brazo-. Me he dado cuenta en seguida de quién se ocultaba bajo estas sencillas vestiduras a los ojos curiosos. En lo que se refiere a vuestro equipamiento, no os preocupéis. Está todo dispuesto -dijo, malinterpretando mi reticencia, y se inclinó pegando sus labios a mi oído-. Os prometo que ni mis invitados, ni mi familia, van a sospechar siquiera quién sois vos. Sé perfectamente que tenéis algunas cosas que ocultar... Estaré encantado de que aceptéis mi invitación... ¡Toda mi casa está a vuestra disposición, *Magister!*

Al oír la palabra *Magister* me estremecí de espanto, pero fue más fuerte el vanidoso placer que sentí al recibir este título que en aquel momento de debilidad consideré del todo justificado. El mundo de las pesadillas seguía alejándose de mí, y ahora me parecía tan lejano como un sueño y me dejaba solo ante el abismo en el que me proponía arrojarme a ciegas. Los agasajos del obeso alcalde no acababan de gustarme, pero eran como un bebedizo embriagador, y sumido en ese vanidoso adormecimiento me parecieron creíbles los lamentables argumentos con los que intentaba restar importancia a mis prevenciones: podría vivir como un rey durante algunas semanas, asustar a aquel ingenuo, hacerlo bailar al son que yo tocara y luego limitarme a desaparecer. Él no se atrevería a contarle a nadie lo que sabía acerca de mí. Desharrapado como andaba por entonces, me sería casi imposible volver a empezar una nueva vida por los caminos o en el lindero del bosque. Así que con la amistad de Antón Brüggendorf nada tenía que perder, y sí mucho que ganar.

-Las estrellas nunca mienten -dije de forma imperativa-. Por lo tanto, como vuestra cortés invitación tenía que producirse en este preciso momento, ya que nuestro destino es guiado por las grandes fuerzas cósmicas, la acepto en lo que vale. Acepto vuestra invitación.

Mi anfitrión me condujo a través del oscuro pasillo hasta un laboratorio de alquimista muy bien equipado. Brüggendorf era uno de esos locos que se habían gastado una fortuna en el estudio de la pesadilla amarilla, pero que no había avanzado ni un solo paso. Para ello le faltaba la inteligencia, la verdadera laboriosidad y la constancia. Su necedad, su codicia y su orgullo le habían imprimido el carácter de un eterno diletante. En los estantes del laboratorio se amontonaban en vano los costosos volúmenes encuadernados en cuero. Para él, las ilustraciones que contenían y su lenguaje seguirían siendo por toda la eternidad como un libro cerrado con siete sellos. Pero el mero hecho de poseerlos lo hacía sentirse feliz y orgulloso como un pavo real. En su mirada, rebosante de un alto concepto de sí mismo y que deslizaba sobre mí con vanidad, pude leer que toda aquella sala con su inventario de objetos que había ido reuniendo del mismo modo que un niño amontona las piezas de un juego de construcción, no era más que un escenario vacío, que cuando lo tuvo a punto, no sabía qué hacer con él.

Con algún esfuerzo abrió las contraventanas de madera que cubrían los cristales redondos, abombados y emplomados, para que pudiera regocijarme mejor en los animales disecados, reptiles y buhos de ojos amarillos y polvorientos, que colgaban del techo. En medio del laboratorio había un horno de fundición de dimensiones impresionantes. Me instó a examinar a fondo cada detalle por dentro y por fuera, mientras soltaba expresiones en latín, a diestro y siniestro: abrió la latera, en el muro lateral del horno; la *ka-mera,* es decir, aquel espacio interior que servía para atizar el fuego, en la que casi me obligó a meter la cabeza, y el *os,* en cuya abertura metió sus gruesos dedos, con la experiencia de una comadrona. Sin embargo, cuando le pregunté por los resultados obtenidos, se quedó abochornado.

-Pues bien... bueno... el amarilleamiento del metal sí llegó a producirse, sin embargo, en lo esencial... todavía me falta mucho. -Me cogió del brazo y en su rostro enrojecido y sudoroso apareció un franco anhelo codicioso-. ¡Si supierais cuánto he deseado recibir una visita como la vuestra! -Me guiñó el ojo con complicidad-. Siempre he creído que mi hombre tendría que salir de entre las multitudes... Las masas son como la densa oscuridad de la noche en el bosque... ocultan la pieza de caza real que algunos persiguen.

Todo mi cuerpo se quedó frío, y de forma involuntaria di un paso hacia atrás. En mis nervios y ante mis ojos se arremolinó el horripilante viento tormentoso del eterno aquelarre de aquel otro mundo... luego reinó de nuevo un silencio mortal. Los granos de arena brillantes y amarillos del enorme reloj de arena que había sobre la mesa se amontonaban juntos para llenar la fosa temporal de la pared de cristal inferior.

-Debo retirarme para ir a recoger mi equipaje -conseguí decir por fin con esfuerzo.

-Mandaré a alguien para que os lo traiga -contestó él al tiempo que colocó el brazo sobre mis hombros. Con su cuerpo macizo me cerraba el paso a todo el mundo exterior. Me condujo hasta un esqueleto que había en un rincón y me miró, como si fuera obra suya.

-Terrible, ¿verdad? -dijo mientras me sonreía alborozado. Tuve que admirar todos los alambiques, barriles, crisoles, rejillas, fuelles, llanas, y los recipientes llenos de cinabrio, polvo de hierro y azufre, los enormes pedazos de cinc, que habrían tenido que convertirse en oro. Me sentía cada vez más incómodo y mi sensación de malestar crecía por momentos.

-Nunca había visto un laboratorio tan bien equipado -dije con falso entusiasmo-. Sin embargo, no veo aquí nada que pueda utilizar para mi ciencia. Para el horóscopo harían falta un astrolabio y un sextante.

En su rostro no se reflejó la decepción, sino más bien una taimada camaradería.

-¡Oh... el horóscopo... claro! Esos instrumentos se guardan en la habitación de la torre. Justo al lado está la que será vuestra cámara, ¡pero espero que tampoco descuidéis este pequeño taller, *Magister!* Procuro pasar aquí cada hora libre que tengo. Me haríais un gran honor si quisierais ayudarme de vez en cuando con vuestro consejo, a mí que soy un laico sumiso y ansioso de saber...

-¡Nada me gustaría más! -respondí solícito-. Pero hasta el momento mis estudios astrológicos me han mantenido tan ocupado que apenas he tenido tiempo de practicar la más divina de todas las artes. En este taller, yo sería como mucho un torpe e ignorante aprendiz... Ahora es cuando comprendo el triángulo mágico que vi en vuestra mano... Ardo en deseos de preguntar a las estrellas cuál es el objetivo con el que os han elegido las fuerzas místicas.

Conseguí distraer su atención y encauzar de momento su taimada codicia por otros canales. Pero, ¿durante cuánto tiempo podría hacerlo? Me daba cuenta de que no lo había convencido de mi ignorancia en lo que se refería a la alquimia. Por supuesto, atribuía mi negativa a una resistencia o a

una oposición que él tenía el propósito de romper poco a poco. Así que no me quedaba otra opción que la huida. Este hombre gordo y blando, que yo había infravalorado tanto, me había engañado como a un incauto. Su codicioso instinto le permitía oler al pájaro de oro que había en mí. Pero yo me propuse estar en guardia y escapar de la trampa a la primera oportunidad que se me presentara.
Antón Brüggendorf me presentó a su familia y a sus invitados como el hijo de un apreciado amigo de su época de estudiante, a quien, a petición de su padre, había contratado como secretario. Su hijo, alto y barbilampiño, observó enojado el cuello blanco como la nieve y el jubón de terciopelo azul ciruela que yo llevaba; con toda seguridad los había reconocido como propiedad suya. Para hacer honor a la verdad, gracias a la amabilidad de mi anfitrión me había engalanado como era debido. Mis reparos se vieron suavizados por la idea de mi pronta huida. ¿Por qué no iba a disfrutar por lo tanto de esa inusual velada, de los colores de la riqueza, de su aroma, de su comodidad y de la enigmática libertad que mis espíritus torturadores me concedían? Aparté este último pensamiento con temor supersticioso, para evitar la posibilidad de conjurar su regreso. Disfruté de los escogidos manjares que eran traídos en grandes bandejas, el aromático vino, el resplandor de las velas, todo cuanto hasta entonces había echado de menos. Bebí. El vino untuoso, fuerte, de una tonalidad amarilla dorada, convirtió mi disonancia interior en una agradable armonía, librándome de mi conciencia de culpabilidad y del horror que, como dos chacales hambrientos, se mantenían en todo momento al acecho, en el umbral de mi conciencia. Sentí crecer en mí la esperanza. Lo que hasta entonces me había parecido el más sombrío peligro se convirtió, junto con mi cuerpo, en algo ligero, fácil y fútil. En el fondo de mi alma, incluso pasé a toda prisa por la cámara mortuoria, enterrada a gran profundidad, donde ocultaba el recuerdo del cadáver de Rochard con el cráneo aplastado. Tal vez ni siquiera hubiera muerto. Quizá sólo había quedado inconsciente... al fin y al cabo... al fin y al cabo él no podía morir, al igual que yo... a mí tampoco nadie podía... después de que yo..., pero si Rochard no estaba muerto... entonces todavía vivía... y en ese caso, me lo podía encontrar por la calle en cualquier lugar... y entonces... Huí, presa de un miedo enajenado, de esa fosa del mundo subterráneo que no se me hacía más llevadera ni siquiera a través de la densa y acolchada capa de algodón de la embriaguez.

El vino tenía un sabor refrescante y estaba frío, y sólo en mi interior se convertía en un fuego vivo. No me arrepentía de nada. El *Aurum Potabile* me había despertado a la vida, la crisis de sus efectos ya la había superado. Por su culpa había pasado por el infierno, y ¡ahora debería concedérseme el cielo! En la mesa, sentada frente a mí, estaba una mujer pelirroja con ojos de esmeralda, que llevaba un vestido azul violeta: Charlotte Brüggendorf, la esposa del alcalde. En sus ojos brillaba una luz que resplandecía con mayor claridad que las innumerables velas. Mi mirada velada por los vapores del vino envolvió a la sonriente esposa del alcalde, con su talle de avispa, en una luz que me la hizo aparecer más deseable que cualquier otra belleza terrenal, cuyos ojos inquisidores, llenos de puntitos dorados, se detenían a menudo en mí. Su mirada preguntaba y yo le respondía. «¿Quién eres?, ¿de dónde vienes?, ¿qué significas para mí?», preguntaba su mirada inquisitiva. «Soy alguien, soy más que todos estos que te rodean. Me gustas y voy a conquistarte. No respeto ninguna otra ley que la de la naturaleza, es decir, la ley de la unión entre un hombre fuerte y una mujer hermosa.» Ella no pudo sostener mi mirada durante mucho tiempo. Bajó los ojos y yo vi con el punzante rayo del deseo cómo se estremecían sus hombros desnudos que sobresalían del corpiño de seda. No se dignó volver a dedicarme ni una sola mirada. Escuchaba el discurso de un pisaverde de voz untuosa, que iba vestido con un traje gris tordo y que con la desfachatez de un hombre que viene de lejos decía toda clase de sandeces. Con presunción y siguiendo la moda, hablaba de alquimia, se las daba de instruido y de ingenioso detractor de aquella ciencia. Relató divertidos desenmascaramientos, se lució con las graciosas historias de desafortunados estafadores y toda la reunión se partía de risa. La barriga del alcalde temblaba, tenía la cabeza roja de satisfacción, incluso Charlotte se abandonó a cierta hilaridad, excitada e inconsciente. Puso los dos brazos desnudos sobre la mesa, echó hacia delante sus hombros nacarados, y las blancas colinas de sus pechos asomaron por el profundo escote. No podía soportar que ese cuerpo se entregara a otro placer, que fascinada, dedicara su atención a aquel espantajo inepto e insignificante. Yo estaba ebrio de vino y de un deseo físico que me consumía.
-Así que vos, joven amigo -me dirigí al joven presuntuoso en una pausa, cuando las risas se hubieron calmado-, ¿pretendéis afirmar que todos los resultados de la alquimia no son más que fraudes, mentiras y patrañas, y que el Gran *Arcanum* sólo es una quimera de chiflados?

Se hizo el silencio. Las claras manchas de los rostros se volvieron hacia mí, pero yo sólo veía la cara de Charlotte, sus labios sonrientes y húmedos, sus blancos dientes, su husmeadora naricilla respingona y su mirada interrogante y provocadora.

-Exacto, ¡eso es lo que digo! -replicó el pisaverde del jubón gris-. Hasta el momento, nuestros adeptos sólo han conseguido una auténtica transmutación de boquilla, y si alguna vez se ha encontrado algo de oro en el crisol, siempre había desaparecido antes de alguna bolsa, amigo mío, ¡podéis creerme!

-¿Debo entender... que habéis investigado a fondo este asunto, que habéis estudiado toda la bibliografía que existe sobre esta ciencia y que, con toda seguridad, habéis realizado experimentos durante años hasta haber sublimado vuestras interesantes constataciones? -pregunté con cara inocente.

La reunión estalló en ruidosas carcajadas y algunos, que al parecer conocían muy bien al joven, exclamaron:

-¡Exacto, el bueno de Heinz! ¡En verdad ha hecho muchos experimentos! En el «Gallo de Oro» y en el campo de esgrima... Ja, ja, ja!

Heinz se sintió herido en su orgullo y se encolerizó:

-¡Cuidado! ¡Esperad un momento, damas y caballeros! Me gustaría saber si este respetable forastero es efectivamente un científico tan importante como pretende desde lo alto de su corcel. De entre las personas que conozco, todavía nadie ha podido afirmar por propia experiencia lo contrario de lo que yo digo. ¡Ni siquiera nuestro tío Toni, que lleva a cabo experimentos desde hace tiempo y que como máximo ha conseguido convertir el oro en plomo! Vos, si no me equivoco, creéis en la alquimia.

-Sí -dije con toda calma.

En medio del silencio que reinó tras mis palabras, se escapó del pecho de Charlotte un ligero suspiro.

-¿Creéis en la existencia real del Gran *Arcanum?*

-¡Por supuesto!

Nos miramos a los ojos.

En la densa atmósfera latía una viva expectación tras la respiración contenida.

-¿Habéis realizado experimentos y obtenido resultados?

Yo no contesté, pero mi mirada provocativa, altanera, habló como un libro. Heinz se levantó, se inclinó por encima de la mesa hacia mí y me dijo a la cara, acentuando cada palabra:

-Bien... ¡ya sé lo que pensáis! Pero os digo que si habéis tenido éxito, ¡lo demostréis con pruebas! Todos nosotros estamos dispuestos a aceptarlas y a arrepentimos de nuestras burlas. Estamos dispuestos a ser vuestros discípulos... pero tampoco perdonaremos vuestro fracaso...

Detrás de su figura, que se erguía ante mí, apareció por un momento el cráneo de elefante de Antón Brüggendorf, al acecho, y en mi cerebro nublado de nuevo sonó la campana de rebato: «¿Qué era aquello?, ¿una conspiración?».

Alguien tocó ligeramente mi brazo. Charlotte estaba junto a mí. Sentí su cálido aliento y el aroma a lavanda que salía de su pecho mientras me susurraba:

-Sólo quieren enojaros... ¡No les hagáis caso!... Van a reírse de vos...

-¿De mí?

Hundí la mirada en el mar de estrellas de sus grandes ojos, en cuyo iris nadaban puntitos dorados.

-¡No será de mí de quien se rían! -dije con voz ronca. Cogí su blanca y ligera mano que descansaba sobre mi brazo y a la vista de todo aquel rebaño de huéspedes indignados la coloqué, con la palma hacia arriba, sobre mi mano y abrí sus dedos, que se resistían.

-Acepto el desafío -contesté jactancioso, mirando a mi alrededor-. Esta mano os avergonzará, joven amigo, única y exclusivamente porque me molestan las risas insustanciales de la ignorancia. Estoy seguro de que nuestro noble anfitrión no tendrá ningún inconveniente en poner a nuestra disposición su laboratorio para realizar el experimento...

Antón Brüggendorf se mostró de pronto delirante de entusiasmo, tembloroso y obsequioso. Se apresuró tanto como le permitían sus cortas piernas y su barriga.

La mano de Charlotte que descansaba en la mía se volvió fría y húmeda. Levanté la vista. Ella me observaba con una mirada extraña, del todo nueva, que me asustó. La luz esmeralda de sus ojos se había apagado y había sido sustituida por una oscuridad fría de aguas verdosas.

-¿Tenéis miedo de mí? -murmuré preocupado.

Bruscamente su mano se deslizó de la mía.

-No -repuso-, sólo que de pronto os habéis convertido en un hombre muy diferente...

-¿Un hombre diferente?

-Sí, en cierto modo habéis crecido -dijo con la dureza del acero, y luego apretó los labios, para que a estas compactas palabras no les siguieran más frases reveladoras.

-No he entendido bien vuestro nombre -dijo una mujer con la cara marchita y empolvada, probablemente alguna de las tías de Charlotte. Bajo la rizada peluca, el sudor resbalaba por su cuello.

-Mi nombre es la etiqueta de una bebida sin nombre, Madame, que todavía no desvela nada acerca del contenido de la botella.

La mujer frunció su boca desdentada y sus estridentes carcajadas surgieron como una corriente de aire procedente de la bóveda de un sótano mohoso.

-¡Qué ingenioso sois! ¿No es encantador?

-Si es así... -dijo Charlotte a mi lado, echando la cabeza hacia atrás-vamos a probar de inmediato esa bebida desconocida... allá abajo, en el taller.

Su risa desvergonzada y provocadora ahuyentó el último rastro de sensatez.

-¡Venid! -dije sin aliento-. Debo enseñaros lo que tenéis que hacer durante el experimento.

Se levantó tranquila y me siguió al jardín de detrás de la casa. Una vez allí, avanzó veloz delante de mí y me condujo hacia un pabellón que nos protegía de las miradas curiosas. La atraje hacia mí y ella se pegó a mi cuerpo. Su beso fue como el mordisco de una fiera salvaje hambrienta. En mis entrañas el deseo creciente estallaba ya en grandes oleadas, pero ella se deshizo de mi abrazo y se mantuvo en suspenso. Desconcertado y jadeante contemplé sus ojos -que con mirada maligna estaban presos de los míos- y sus labios apretados.

-Charlotte... ahora... no me dejes ahora... oh, Charlotte... -balbuceé y alargué los brazos hacia ella. Ella permitió que volviera a atraerla hacia mí con un movimiento convulsivo. Con nuevos besos, tocándome de forma asombrosa y experta, me espoleó hasta la más alta cúspide de la excitación, pero luego se me escabulló. Era fuerte y astuta como una serpiente. Una y otra vez se dejaba llevar junto conmigo hasta el umbral de la consumación, para ordenarme entonces que me detuviera. Su rostro emergía frío y cerrado de entre la niebla de los besos y las palabras de locura. Yo temblaba presa de una ira impotente.

-¡Eres una bruja! -dije mientras de un empujón apartaba de mí su cuerpo que se estrechaba contra el mío. La punta de su lengua asomó brillante entre sus labios.

-Soy una bruja... -susurró ella-. Adoro los abrazos que siempre quedan insatisfechos. Amo esto, y sólo esto...

-¡Monstruo! -Apreté las manos contra las sienes que me latían de dolor. Me mareé y sentí deseos de vomitar.

-También tú eres de los míos... -susurró ella, y el soplo ardiente de su respiración me quemó la nuca-. Por eso me siento atraída por ti... por eso comparto contigo esta tortura, la más dulce de todas... sólo contigo...

Desde la casa resonó la ahogada voz de Antón Brüggendorf, que nos llamaba a gritos.

-¡Vamos! -dijo Charlotte y se levantó.

-Yo no voy -contesté lleno de odio. De un solo salto alcancé la salida del pabellón... y me di de bruces con el alcalde.

La luz de la lámpara de aceite que colgaba del techo pintaba lunares amarillos y negros en los rostros tensos y expectantes. Aquel entorno extraño actuaba como una carga sobre aquellos seres mundanos, apagaba sus voces, les infundía temor y llenaba su mirada de ansiedad. La incredulidad de los ignorantes sólo se manifestaba con arrogancia en medio de la profusión de objetos que les resultaban familiares, de su sólido aspecto. Allí, en el laboratorio de alquimista, en estrecha proximidad con los animales disecados y con el esqueleto que los estragos del tiempo había pulido y que ahora brillaba con los colores del ámbar, se estremecían bajo un hálito glacial que los rozaba. Antón Brüggendorf, como un Vulcano demasiado gordo, se puso a trabajar junto al fuego. Su pecho roncaba haciendo más ruido que el inmenso fuelle, que arrancaba chispas crepitantes de los carbones al rojo vivo. Pronto, en aquella habitación cerrada de techo bajo, el calor se hizo insoportable. Por el oscuro entarimado de madera de las paredes se estremecían las nerviosas sombras que arrojaban las llamas envueltas en sus capas rojas.

¡Qué lleno estaba aquel taller! Los demás sólo tenían esa sensación, pero yo lo veía. ¡Ahora volvía a verlos! Seres ávidos y deformes, hechos de emociones, se inclinaban sobre el horno extremidades peludas, serpenteantes, semejantes a racimos fríos como reptiles, como patas de araña, se agarraban a las vigas del techo. Esos seres también esperaban. Su densa y repugnante presencia llenaba la estancia. Rostros alargados, verdes como pantanos, me observaban como las máscaras cambiantes de una expectación lasciva y una maldad sin escrúpulos. En aquel calor asfixiante, la figura maligna y perversa de Charlotte se pegó a mí. Me oculté al fondo, a la sombra protectora del horno, para preparar la esfera de cera, pero Charlotte no se apartaba de mi lado aunque yo ya la odiaba. Le di la espalda, sin embargo ella se puso a mirar de soslayo mi mano, con la que me palpaba el pecho, por encima del hombro, y detrás de su cara aparecieron millares de rostros de demonios, como en un juego de espejos.

Antón Brüggendorf abrió haciendo mucho ruido la tapa del crisol. Bajo la acción del fuego, los pedazos de metal gris ya se habían fundido en una masa de lava plateada.

-¡Está listo, *Magister!* -dijo dirigiéndose a la oscuridad que me rodeaba.

-¡Está bien! -Di un paso hacia delante porque quería librarme de la ardiente proximidad de aquella mujer. Su persona se había convertido para mí en un cuerpo demoníaco desde el momento en que volví a ver de nuevo los espíritus primitivos, que como un enjambre de abejas se deslizaban tras ella, y que por medio de la palanca viva de sus emociones la manejaban como a una máquina inerte. El miedo mata el deseo y de nuevo yo no podía hacer otra cosa más que sentir temor.

Entonces Charlotte apareció de pronto en el rojo círculo mágico del horno junto a mí y me alargó la mano. Esa mano pequeña con los dedos finos que ahora me pareció la de un repugnante y pequeño animal de rapiña. Dejé caer a toda prisa en su palma la esfera de cera, cuyo núcleo estaba formado por una pizca de la materia divina, luego me retiré de nuevo a las sombras, detrás del horno.

Ella se acercó al crisol abierto en el que el plomo fundido borboteaba plateado y echó en su interior la esfera de cera. Antón Brüggendorf colocó de nuevo la tapa con la ayuda de dos tenazas, y luego echó más carbón al horno, que chisporroteó al caer sobre las brasas. La tía de Charlotte estaba a punto de desmayarse a causa del calor.

-¡Tengo que salir de aquí! -jadeaba-. ¡Tengo que salir de aquí!... mi corazón...

-¡Ahora no es posible! -rugieron los espectadores sin dignarse a dirigirle una mirada. La excitación que se había apoderado de todos los presentes ante la expectativa de obtener oro los despojó de su fina capa de cortesía. Nadie prestó atención a aquella desdichada. Su pesado cuerpo cayó sobre un arcón, perdió la peluca, y la congestión tiñó su rostro de oscuro. Yo saqué agua de la tina de refrigeración, le salpiqué la cara y le di un poco de aire. Quizá fue eso lo que la salvó de la muerte para seguir viviendo esa existencia miserable y vacía que llevaba. No sabría explicar la razón por la que lo hice. ¿Por bondad?, ¿por humanidad? No. Yo no era bueno. Pero tampoco malo, aunque hubiera sobrevivido a la locura y al momento animal de un asesinato. Antes y después de ese momento no me distinguía en nada de los demás seres que vagaban por el laberinto de los sentimientos. Todas las cuerdas sensibles estaban presentes tanto en mí como en ellos: yo sentía compasión, conmoción, nostalgia y entusiasmo, aunque hubiera matado y robado a un hombre indefenso, viejo e inocente.

Antón Brüggendorf dio la vuelta al reloj de arena. Había transcurrido el tiempo. El crisol, que colgaba de una barra de hierro, se hundió en la tina de refrigeración y el agua borboteó con un chisporroteo al entrar en contacto con el material incandescente.

Heinz acercó con mano temblorosa la lámpara de aceite. Alrededor de la tina se formó un estrecho y ansioso círculo de cuerpos humanos. Se empujaban y se daban codazos, pero en su ciego ensimismamiento ni siquiera se daban cuenta. La tía de Charlotte respiraba con dificultad, con breves y silbantes jadeos, en un rincón. Tenía la cabeza, cubierta de matas de pelo gris, hundida en el pecho. E incluso encontrándose tan mal, se esforzaba con empeño en empujar con el pie su peluca debajo de su falda. De pronto tuve la impresión de que aquel grupo de gente, dominado por la fiebre del oro, sólo se diferenciaba de los seres demoníacos que me rodeaban en que la materia de sus cuerpos era más densa. Me dieron asco.

En aquella concurrencia apretujada se abrió una brecha y pude echar una breve mirada al crisol abierto, en cuyo interior la lámpara iluminaba una superficie brillante amarilla.

Así que había sucedido.

Charlotte dejó escapar una aguda y absurda carcajada. Los demás también emitieron sonidos temblorosos y cloqueantes, espantosos y repulsivos, en el límite entre la risa y el llanto:

-¡Fijaos... mirad... es amarillo! Contemplad, pues, la prueba... ¡Dios mío!... ¡Tanto!... Si esto es verdad...

Antón Brüggendorf trabajaba con tenacidad en medio del sudor de su rostro, no veía, ni escuchaba nada, al servicio como estaba de ése, el más poderoso de todos los ídolos. Cuando terminó, enderezó la espalda que se le había quedado rígida. Todavía hoy puedo ver, como si lo tuviera ante mis ojos, su rostro alterado, extrañamente pálido, cuando con voz grave y ronca anunció con devoción:

-¡Oro!... ¡Oro puro, auténtico!

-¡Todavía está caliente! -exclamó Charlotte con el grito vehemente y celoso del placer consumado. De mí se habían olvidado por completo. Sacaron el valioso pedazo de oro del crisol y todos quisieron tocarlo, acariciarlo y palparlo...

... Mientras tanto, yo me deslicé despacio hacia la puerta del laboratorio y conseguí huir. Pero las fuerzas enemigas que me rodeaban no quisieron dejarme escapar. Me retuvieron simplemente por el hecho de dejarse ver. El pasillo estaba muy oscuro, ya que al parecer, en medio de todo aquel ajetreo, se habían olvidado de encender las antorchas, y aquella pegajosa y húmeda oscuridad hacía destacar con nitidez los perfiles de esos seres para cuya aparición la negrura es una condición indispensable. Horrendas siluetas resplandecientes adquirieron color y forma, a la vez que sobre mí se lanzaban imágenes difusas y nebulosas. También me persiguieron los olores y el contacto de reptiles, mientras unas voces chillaban, aullaban, envenenaban y espesaban el aire de tal forma que resultó irrespirable. La asfixia y el pánico acabaron por desorientarme del todo. En vano intenté traer a mi memoria los distintos recodos y recovecos de los pasillos; indicios extraños y maliciosos me guiaron primero contra la pared; luego, aturdido por el golpe, fui conducido de regreso al lugar de donde venía, y para terminar, me guiaron hasta una escalera que llevaba a una bóveda situada a mayor profundidad, por la que me caí. Fue una caída terrible. El cuerpo mortal de Hans Burgner, su cráneo y su espinazo se habrían roto por la violencia del golpe, pero gracias a la tremenda elasticidad y flexibilidad que me había otorgado ei elixir, sólo me torcí el pie. Y en mi organismo se puso en funcionamiento, c0n éxito, la regeneración propia de los reptiles. Así fue cómo durante unos días me convertí en un prisionero indefenso; mi necio orgullo y mis propias debilidades me habían puesto la zancadilla.

Nunca antes se había tratado en aquella casa a un enfermo con tanto miramiento como lo hicieron entonces el alcalde y sus parientes. Charlotte me cambiaba los vendajes, su hijastro leía junto a mi cama poemas en voz alta, Antón Brüggendorf me servía las comidas en una bandeja, la tía me traía la cena. A todas horas, mi habitación estaba llena de visitantes. Yo sabía perfectamente que todo aquello no era otra cosa sino una chanza de los demonios, una pesadilla en la cual las máscaras carnavalescas bailaban a mi alrededor, y que lo que en realidad sucedía es que a mi alrededor se iba alzando un firme círculo, una barrera de cadenas irrompibles. En ningún momento tuve la menor duda de lo que me estaba sucediendo. Me daba perfecta cuenta de la desgracia que me acechaba cada vez más, cuya sombra ya había caído sobre mí, y percibía que ya se había alzado el puño que todo lo aplastaría.

5

El nombre mágico

Al atardecer del tercer día llegó el carruaje del margrave de Brandeburgo-Ausbach para recogerme, y con él la escolta: todo un escuadrón a caballo. Incluso enviaron un médico que, a pesar de todas mis protestas, en seguida me practicó una sangría. Antón Brüggendorf se mostró desconsolado, pero seguro que no me había vendido barato al margrave. Lo traicionaba la secreta satisfacción que asomaba en todo momento detrás de sus torpes aspavientos. ¡He aquí que mi profecía se había cumplido a costa mía! Gracias a mí había obtenido dinero, prestigio, y poco había faltado para que también hubiera tenido un hijo.

El margrave estaba de camino hacia su residencia de verano situada en Dreisesselberg. Es de suponer que Brüggendorf había mandado un mensajero para que saliera a su encuentro en la frontera. Se inclinaron ante mí e hicieron entrega de mi persona como si fuera un objeto muerto o un esclavo negro. Estaba indefenso. Mi pie no quería curarse y yo lanzaba un grito de dolor cada vez que tenía que moverlo. No podía ni pensar en huir.

Al despedirnos, Charlotte puso en mi mano con disimulo un pequeño corazón rojo, que colgaba de una cadenita. Para vengarme, se lo entregué al alcalde, cuando éste me estrechó la mano con demasiada exageración. En medio de todo aquel sucio asunto, sentí por primera vez algo parecido a la satisfacción, cuando ella empalideció de horror y Antón Brüggendorf se me quedó mirando como un imbécil. Quizá la única que derramó lágrimas sinceras fue la fea y vieja tía, a quien había reanimado abajo, en el laboratorio.

Me transportaron en el carruaje como a una valiosa reliquia. Sobre mis rodillas extendieron una pesada manta de brocado y me pusieron un almohadón de seda blasonado en los riñones. El margrave había partido ya a caballo con su escolta. El doctor calvo, con el rostro de zorro, hacía cuanto era necesario para que no me faltara la comida, ni la bebida, y para hacerme el viaje tan placentero como le fuera posible. Se preocupaba por mí y me temía. Para su triste existencia como subdito, yo era una responsabilidad Con la que apenas podía cargar y que casi lo desesperaba. Su seguridad, su comodidad, pendían de un hilo, como les sucedía también a otros parásitos que en la corte se comportaban como niños obedientes. Todas estas criaturas giraban alrededor de un sol central imperfecto, terriblemente caprichoso; sólo que este cuerpo celestial coronado, en modo alguno era tan predecible como el puntual y diligente vagabundo del Cosmos. Todas pendían de los hilos de los reyes, príncipes reinantes y margraves, quienes, en función de sus emociones, humores y bienestar físico, tiraban de esos hilos en círculos infernales, mayores o menores. Ellos imitaban los movimientos de este enfermizo baile de san Vito hasta que sus alas se chamuscaban en su núcleo incandescente.

El castillo al que me llevaron había sido construido como una fortaleza inexpugnable. Las ventanas enrejadas se abrían desde la profundidad de los muros, de un metro y medio de grosor, y bajo el camino de acceso, maravillosamente cuidado, con sus muros almenados, bostezaba un tenebroso abismo. Viajamos durante toda una larga semana, utilizando caballos de repuesto, por aquella vía tortuosa que serpenteaba monte arriba, y pasamos dos noches al raso.

Este castillo, que se alzaba por encima de oscuros y poblados bosques, era la residencia de verano del lunático margrave. Me acostaron en la habitación más alta de una torre lateral de planta cuadrada, que se elevaba hacia el cielo. Desde mi cama podía ver, cuando miraba por la amplia y elevada ventana, los tejados rojos de las casas, como de juguete, desparramadas por el valle, y los alegres campos llenos de color, por entre los cuales se deslizaba un río plateado. Por las mañanas el paisaje se despojaba como por arte de magia de una niebla lechosa, y por la noche se difuminaba en profundas sombras, como si poco a poco fuera desapareciendo bajo la mano de un mago. Hermoso y a la vez

espantoso era el presidio en este castillo de brujas situado a una altura de vértigo, que como un águila vieja y malvada vigilaba aquel valle tranquilo inundado de sol.

Al principio me dejaron en paz, por lo que, a excepción de los criados y los médicos, no conocí a ningún habitante más del castillo. Mientras estuviera enfermo no podrían hacer nada conmigo, así que era como si no existiera.

Desde el primer momento vi y supe que el castillo tenía un aura maligna. Lo habitaban tenebrosas emociones, miedos, deseos enfermizos, además de los ávidos demonios que los acompañaban. Fantasmas de sangre derramada, preocupaciones y sufrimientos sin consuelo, gritos de dolor que pasaban inadvertidos, se arrastraban de noche por las estancias, y su poder era tan grande que no sólo los percibían mis ojos condenados a ver y mis tensos nervios, sino, como pude constatar a partir de indicios muy concretos, me di cuenta de que también los criados que me atendían, e incluso el doctor; todos tenían miedo. Un hombre viejo de ojos hundidos me traía la comida.

Su frente era estrecha como la de un mono, y de sus orejas colgaban mechones de pelo. Debía de ser terrible cuando se le provocaba. Sus gruesos dedos rojos, sus pulgares huesudos doblados hacia atrás, evidenciaban una ira brutal que podía llegar a acrecentarse hasta el asesinato. No obstante, se le podía tratar también como a un animal. Le gustaba beber, y, como todo el mundo sabe, el alcohol abre los labios sellados y suelta la lengua. Así que ese viejo monstruo violento, bajo los efectos del vino que yo le daba, se convertía en un muchacho dócil y lastimero. Fue él quien me contó todas las historias de fantasmas que llenaban de miedo y espanto a los habitantes del castillo. Me habló de condesas emparedadas, de esqueletos que se abrazaban, de armarios carcomidos en los pasillos de donde los espíritus, con sus fríos cuerpos de niebla, se escabullían de sus viejos trajes apolillados que olían a tumba.

El viejo temblaba cuando se acercaba la noche. Su habitación se encontraba bajo la despensa, y por encima de ella bailaban los demonios durante las noches de luna llena, en el salón de baile. En un antiguo arcón vivía un viscoso monstruo de muchos brazos. Era el fantasma de su enemigo, que yacía en el sótano, enterrado bajo el séptimo tonel. Cuando aquel hombre todavía vivía, porque hasta hacía poco todavía vivía y estaba al servicio del margrave, tenía a su cargo la bodega; era un hombre de buen aspecto, rollizo y pendenciero, al que gustaba gastar bromas y burlarse de la gente. Nunca lo dejaba tranquilo. Siempre le estaba preguntando cuántas amantes tenía, si solía mirarse al espejo, si no le daba miedo yacer consigo mismo en la cama, y otras muchas cosas por el estilo. En una ocasión en que bajaron juntos a buscar vino, lo estranguló mientras se estaba riendo, de manera que la voz que vibraba en su garganta se convirtió de pronto en un estertor de agonía. Aquello había estado muy bien, pero, por supuesto, ahora lo lamentaba, porque desde aquel mismo momento no había podido dejar de oír las risitas y las carcajadas que procedían de aquel arcón; también oía los ruidos que produce un reptil al enroscarse, sonidos chasqueantes, viscosos.

-¿Y nadie se dio cuenta de que lo habías matado? -le pregunté asombrado. El dejó escapar una risa horrible y enfermiza, cuyo fin prolongó.

-Él lo sabe... Él quería que así sucediera...

-¿Quién?

-Nuestro clementísimo señor...

-¿El margrave? Y... ¿por qué? -pregunté yo estremeciéndome.

-Pues porque el bodeguero... ji, ji... el bodeguero pronunció aquel nombre en su presencia... ese nombre...

-¿Qué nombre?

En su repugnante rostro relampagueó algo parecido a la astucia:

-¡Te lo diré si haces desaparecer las risas de mi arcón! Tú eres un hechicero... ¡losé!

Tenía que airear como fuera el misterio condal, antes de que me causara problemas cuando menos lo esperara.

-Está bien -le dije-. Expulsaré las risas de tu arcón... ¡Escúchame bien! Lleva el arcón al sótano, mete los despojos del cadáver dentro y arrójalo al desfiladero que hay bajo el paseo. Allí los espíritus del pantano lo retendrán y no lo dejarán regresar a tu lado. Pero debes lanzar detrás de él anatemas para que quede del todo paralizado. Inclínate cada noche sobre el desfiladero y, en dirección al abismo, pronuncia en voz alta, despacio y con claridad: «¡He matado las risas, nunca más volveré a oírlas!».

-...He matado las risas, nunca más volveré a oírlas... comprendo. Y ¿durante cuánto tiempo debo hacerlo?

-Depende de cuando oíste las risas por primera vez tras el asesinato.

-¿Por primera vez? El año pasado... por esta época.

-Entonces deberás hacerlo durante todo un año. Y ahora... ¿cuál es el nombre por culpa del cual el margrave hizo matar al bodeguero?

El viejo se inclinó hacia mí:

-Salomón Trismosin -me dijo con un gran espanto en el rostro.

Sí... algo en mi interior lanzó un grito al oír ese nombre, una fuerza que en el tranquilo silencio del castillo levantó un remolino invisible. Pero este miedo visceral no me lo causaba la persona de Trismosin, el famoso e inmortal alquimista, sino que procedía del terror del margrave que convertía ese castillo en imán para legiones de demonios espantosos.

-¿Conociste a Trismosin? -pregunté al viejo también en un murmullo.

Él asintió.

-Estuvo aquí... -contestó y miró asustado a su alrededor-. Aquí en esta habitación. Durante mucho tiempo. Nuestro clementísimo señor lo hacía vigilar. Quería algo de él... también oro y... toda clase de venenos que actúan a distancia... tiene muchos enemigos... pero Trismosin se negó a concedérselo... Desapareció de la cámara de torturas. Un día, de repente desapareció sin dejar rastro... Escribió con su propia sangre en la pared que su nombre detendría a nuestro señor para que no pecara... sólo con que pensara en él... eso decía, incluso aunque sólo piense en su nombre... estuviera donde estuviera... aquí o en la ciudad... en todas partes... Entonces trazó un círculo y escribió otra vez su nombre en su interior... con sangre... Que Dios tenga misericordia de aquel que pronuncie este nombre en presencia de nuestro señor. Se hará merecedor de la muerte. Rascamos la pared hasta arrancar de ella hasta el último rastro. Pero un nombre que se dice en alto es como una puerta abierta. Se precipita al interior y empieza a dominar. Por eso hay que sellar los labios de quien haya pronunciado ese nombre. Hay que hacerlo callar para siempre.

-¿De qué sirve que nadie pronuncie ese nombre si de todas formas el conde piensa en él? El texto en la pared asegura que basta con que piense en él...

El criado me guiñó un ojo con una sonrisa torcida.

-Tú mismo tendrás ocasión de ver el pintoresco séquito que lo acompaña a todas partes. Saltimbanquis, músicos, putas, curanderos. Compra incluso a los enfermos y a los tullidos para entretenerse con ellos. A dos de esos inútiles les paga tan sólo para que inventen en todo momento algún jaleo que le tape los oídos. Por las noches duerme con la ayuda de tinturas embriagadoras para espantar sus sueños, y además de esto empina el codo. Dios mío, se bebe el vino como una esponja. Seguro que de ti también exigirá algún remedio que borre de su memoria todo lo que quiere olvidar...

-¿Qué es lo que le hace ese nombre que no se atreve a hacer lo que quisiera hacer?

-Lo hace... desde entonces ha hecho algunas cosas... Pero las acciones no quieren apartarse de él... un señor tan poderoso... ya sabes lo que pasa... elimina a todo aquel que se interpone en su camino, a quien lo ofende o lo amenaza... está en su derecho, puesto que el cielo se lo ha otorgado. No debe dar cuenta a nadie cuando ejecuta una sentencia. Pero... de alguna manera, ese Trismosin ha embrujado a nuestro señor. Todos aquellos sobre quienes ha caído su ira, lo rodean y lo constriñen, y están más vivos y son más abominables que antes. Lo asustan, lo acusan y lo atormentan impunes. Tienen acceso a él a través de la puerta de ese nombre. A menudo intenta, jadeando por el esfuerzo y con el sudor de su frente, impedirles el paso, levanta barricadas, pero la puerta siempre vuelve a abrirse. Nadie ha conseguido hasta ahora rescatarlo. Falta la llave. Si tienes suerte le proporcionarás esa llave, y entonces habrás conseguido tener la vida resuelta para siempre...

Por fin había descubierto cuál era el papel que debía interpretar yo en el castillo de Dreisesselberg. Pero al mismo tiempo me había enterado de que en aquel mismo lugar, un desgraciado, que se asemejaba mucho a mí, se estaba achicharrando junto conmigo en el aceite hirviendo del miedo, alguien que estaba abandonado a su destino de la misma manera irremediable e impotente que también lo estaba yo.

6

El centauro

Lo que más llamaba la atención en el aspecto físico del margrave de Brandeburgo-Ausbach era el cráneo, que se ensanchaba hacia arriba y terminaba en una tapa del cráneo plana, cubierta por una escasa pelusilla rubia. Por el contrario, su barbilla era delgada y se perdía en una triste punta. Sus ojos, de un azul acuoso, muy separados y saltones, los cubrían unos pesados párpados sin pestañas. Su nariz era delgada, fina y delicada como la nariz de una mujer, y el labio superior delgado y un poco arqueado. Su grueso labio inferior colgaba hacia fuera y daba a su rostro una singular expresión obstinada. Su piel estaba cubierta de pecas. En conjunto, producía una impresión enfermiza y miserable, la de alguien capaz de desear y exigir algo de forma caprichosa y delirante, pero que es incapaz de hacerse responsable de esa exigencia. Para su desgracia, se le había otorgado poder, y por medio de sus servidores, esos ataques lunáticos podían convertirse al instante en realidad, tan pronto como los expresaba. Era demasiado débil para la bondad, y también demasiado débil para la maldad, porque temía a sus víctimas y a menudo las lloraba; le horrorizaba la consumación de sus actos caprichosos y su conciencia no lo dejaba en paz. Para su descontento necesitaba un chivo expiatorio, al que castigaba por sus propios pecados. De esta manera, sus irrevocables acciones se hicieron legión, lo mismo que las cargas de un hombre endeudado que no hace más que ir tapando con nuevos préstamos los numerosos agujeros que van surgiendo. Salomón Trismosin sabía muy bien dónde escribía su nombre. Este centauro, blando como la cera, era la víctima impotente de aquella violenta lucha que sostenían entre sí las fuerzas de las tinieblas y las fuerzas de la luz desde tiempos inmemoriales en el interior de los seres humanos. Se achicharraba en el fuego del purgatorio, y en ambos bandos se esperaba el resultado. Sólo un nombre mudo, escrito con sangre en la pared, luchaba aquí en solitario contra el poder sobrenatural de la tentación procedente del mundo inferior, y en cuanto tuve esto claro, supe qué era lo que intentaba ocultar con desesperación, sin conseguirlo, y es que ese nombre era más poderoso que toda su tenebrosa tiranía.

El margrave me recibió benevolente en su vestidor, donde el adiestrador de animales estaba representando en esos momentos una especie de boda. La novia, el novio y el cortejo estaba formado por perros. El pequeño carruaje dorado, al que había enganchado cuatro perros negros, era conducido por un pequeño mono, vestido con un uniforme de gala. El margrave se divertía con la representación como un niño inocente.

-¡Ven, acércate, *Magister*, mira esto! -exclamó mientras alargaba su brazo hacia mí-, ¿No son adorables?

La novia-perro con su velo, tiró de la manta que cubría un cesto que había en el carruaje, donde un cachorrillo blanco dormitaba encantador, luego avergonzada se tapó la cara con la pata. Era evidente que el novio estaba sorprendido por el descubrimiento, porque empezó a dar vueltas en círculo aullando. El margrave sacó al perrito del cesto, lo abrazó y lo besó. La comitiva siguió su camino. El duque echó a todo el mundo. Estábamos solos. El perrito se acomodó adormilado en su regazo. Me di cuenta de su inseguridad al comprobar que aquel hombre, que dentro de las fronteras de sus dominios actuaba como un monarca absoluto, se mostraba ahora dubitativo e inseguro al iniciar la conversación, dando un rodeo al tema que más le interesaba y yéndose por las ramas. Me preguntó por mi estado de salud y si me encontraba a gusto. Después de unas breves palabras de agradecimiento fui yo quien de inmediato entró in *medias res.*

-Este castillo tiene un aura maligna, señor -dije sin transición-. Alguien está amenazado por poderes enemigos y tenebrosos.

Se estremeció y alrededor de uno de sus ojos la piel empezó a temblar.

-¿Cómo... hm... te has dado cuenta?... Y ¿quién... quién está amenazado? -tartamudeó sonrojándose.

Yo guardé silencio.

-¡Habla! -me ordenó con una firmeza insospechada. Su rostro estaba ahora ceniciento y sus ojos se hundían en las cuencas azules.

-Vuestra augusta vida, vuestra paz de espíritu, vuestra tranquilidad -dije con toda calma.

Él se inclinó hacia delante.

-¿Quién?... ¿A quién te refieres?... ¿Dónde está?

-No es palpable, no tiene cuerpo, es impronunciable, invisible y omnipresente. Significa la muerte, pero él mismo es inmortal.

Se puso terriblemente pálido. Su cara se convirtió en una máscara del horror, con la luz de unos ojos que resplandecen poco antes de apagarse. Creí que caería desvanecido. Sus hombros se echaron hacia delante, se le dobló el cuerpo y se hundió en su sillón de respaldo alto. Los dedos temblorosos, con uñas violáceas, agarraron convulsivos el pelaje del cachorro dormido. Pero su tensión no le provocó una pérdida del sentido sino que se disolvió en lágrimas. Sollozó ante mí, sin cubrirse el rostro, y antes de que pudiera impedirlo o pudiera detenerlo, cayó ante mí, medio de rodillas, medio acuclillado. Su mano fría y temblorosa agarró mis ropas como el ahogado agarra el último manojo de hierba. De sus labios salió un enloquecido ruego, brotaron disparatadas promesas. Estaba tan perturbado, que yo no sabía si calificar su comportamiento de espantoso o digno de compasión, no sabía cómo ayudarlo a ponerse de nuevo en pie, ni cómo tranquilizarlo.

-No... no... ¡déjame tirarme al suelo! -sollozaba-, ¡Este es el lugar que me corresponde ocupar, sobre el suelo, como un gusano! -Volvió a derrumbarse y se deshizo de mi mano que pretendía ayudarlo-. ¡Tú no sabes quién soy! ¡Habría que hacer sonar ante mí las campanillas de los leprosos! Déjame... o destruyeme con algún remedio maldito, para que esté muerto del todo... ¡polvo y ceniza! ¡Oh, Dios misericordioso! ¡Misericordia!

Se golpeaba el pecho. Levantó la vista hacia mí, se le veía el blanco de los ojos, su voz sonaba ahogada y débil cuando me susurró al oído su terrible secreto, puesto que en esos momentos ya me había arrodillado a su lado.

-¡Tengo miedo! ¿Comprendes? ¡Tengo miedo! ¡Miedo de vivir... y miedo de morir! Eso es lo más horrible. Tengo miedo a la muerte. Porque sé que entonces se habrá acabado el embrujo, el conjuro, la embriaguez y el escándalo de la chusma carnavalesca... Ya me están preparando un lugar en el infierno de los condenados... Lo he visto. Yo, yo mismo lo vi debajo de la cruz puesta boca abajo en la misa del abate negro. Ante mí estaban todos aquellos que... que yo... y... que están vivos. -Su voz se convirtió en un murmullo-. Viven. Todos aquellos a quienes hice arrancar a jirones la carne del cuerpo... cuyos huesos fueron machacados en la rueda... -Se inclinó para estar muy cerca de mi oído, su voz sólo era un soplo, y de su boca salía en oleadas el olor del alcohol fermentado-. Y todos ellos están siempre ahí... siempre a mi alrededor... Imitan mis movimientos... me amenazan... ocultan mi rostro en el espejo... durante la Santa Misa... oh... -Ahora farfullaba tan sólo para sí, sin emitir sonido alguno.

Lo ayudé a levantarse del suelo y él lo permitió, indefenso. Aquel violento estallido había acabado con sus fuerzas. Se hundió en su sillón. Pero yo seguí guardando silencio. Su estado me llenaba de horror y envenenaba mis nervios. Yo mismo era un loco, entregado sin remedio al miedo. ¿Qué podía decirle?, ¿qué habría podido hacer por él, si ni siquiera sabía cómo ayudarme a mí mismo? Levantó hacia mí los ojos sin brillo, inyectados en sangre.

-Hay que conjurarlo -dijo agotado en voz baja-. Tienes que evocarlo aquí... ¡Da igual cómo!... Cuanto más profundamente entierro su nombre... más alto resuena en mi interior. Él ha vencido. Yo estoy indefenso. Me rindo... sólo él puede devolverme la paz... La seguridad de mi alma... la oración ininterrumpida y el perdón para mis acciones... sólo él... ningún sacerdote... Prepárate... ve... Por eso te he hecho venir... Haz tus cálculos, y yo me someteré a lo que sea...

-¿A quién debo convocar? -pregunté angustiado; aunque sabía en quién estaba pensando, esperaba no haber entendido bien lo que deseaba de mí.

-A él... -Guardó silencio, sus labios se movieron mudos, y luego se cubrió los ojos-. Yo... te lo escribiré... lo mandaré escribir todo... ¡Avísame cuando estés preparado!

¿Conjurar a alguien que no había muerto?

¿Conjurar a alguien que era el iniciado de tales fuerzas que lo convertían en señor de los tres mundos? ¿Llamar al Mago, a quien ostentaba el poder, con los labios de un esclavo pecador, ignorante

y desdichado? ¿Gritar órdenes absurdas desde el infierno al cielo? ¿Qué esperanza de éxito podía alimentar? Sin embargo, debía intentar cumplir la orden del margrave... y debía hacerlo por mi propio bien. No debía engañarme acerca de lo que me esperaba si me negaba a realizar el experimento. Mi tenaz vida se aferraría a mí, incluso en la cámara de torturas, como el perro sangriento se agarra a su víctima. Mis tormentos no encontrarían alivio en el desvanecimiento; ni tampoco en la muerte, como creía entonces.

El margrave puso su biblioteca a mi disposición. En esa sala angular, polvorienta, fría y sombría, habitaban los seres astrales desde hacía siglos, como murciélagos en una torre abandonada. Era una inusual colección ocultista: manuscritos modernos y antiguos, libros prohibidos sobre la magia negra, la alquimia y la cabala, obras religiosas y heréticos escritos de sacerdotes que estaban en el *índice*, se apilaban en los estantes, que llegaban hasta el techo, y se amontonaban en armarios y sobre las mesas. En la enorme chimenea, cuyo tiro dejaba mucho que desear, chisporroteaban pedazos de madera mojada, que producían más humo pestilente que calor. El humo se me metía en los pulmones y me escocía los ojos, hasta que los tuve enrojecidos, y una parte de mi cuerpo se quedó rígida de frío debido al helado viento de la montaña que soplaba a través de las altas y desprotejidas aberturas de las ventanas. Apenas podía descifrar las emborronadas líneas escritas en una mala caligrafía, a la luz temblorosa de las antorchas de pez, encajadas en sus aros de hierro que sobresalían de la pared. Me sentía enfermo y desdichado, y los buitres procedentes de otro mundo que me rodeaban en bandadas y que estaban encadenados a los viejos infolios por medio de fórmulas mágicas, acrecentaban mi terrible estado nervioso hasta lo insoportable. De lo que andaba buscando tenía abundante material para elegir. Encontré la copia del famoso *Clavicula Salomonis* en gruesos pliegos de pergamino. El texto latino estaba lleno de iniciales e imágenes simbólicas. También apareció el *Libro de Raziel* del doctor Cárter, junto con el *libro de las Antiguas Prácticas* de Abraham von Worms. Yacían en paz, amontonados unos sobre otros, bajo un Antiguo Testamento encuadernado en marfil y provisto de un cierre dorado. El ejército de monstruos llamó mi atención sobre la terrible y famosa obra de Grimoir, el *Libro de Magia de Ho-noñus.* Sus serpenteantes brazos de pólipo, sus cuerpos helados de reptil y su garras curvadas rodeaban arracimados el libro, y cuando alargué la mano hacia ese ejemplar, gritaron de rabia y de miedo, y aullaron con el escándalo de una auténtica noche de Walpurgis. A esas alturas sabía que no podían causarme la muerte, que sólo podían asustarme y aterrorizarme y someter mis nervios a una constante tensión, amenazadora, para confundirme. Intenté hacer como si no los viera y durante un rato incluso lo conseguí. De esta manera, de vez en cuando se establecía entre nosotros una especie de tregua que me llevó a cometer peligrosos errores, ya que tendía a infravalorar su fuerza y su poder.

Me trasladé con mis libros y con mi horripilante cortejo a mi habitación, para preparar el conjuro a partir de mis anotaciones, por orden del margrave. No quiero extenderme sobre mis miedos, sobre mis días y noches de locura, llenas de pesadillas, que pasé sumido en el torbellino del infierno terrenal y astral, encerrado entre antiquísimas fórmulas, entre palabras y sentencias, invocando a los demonios, en el círculo ígneo de palabras espantosas, vivas y poderosas. Durante esos intentos, que no podían compararse con nada, mi aspecto externo cambió de tal modo que hasta el conde se horrorizó ante mi presencia cuando volvió a verme. Mi cuerpo se había quedado rígido como el hielo, mis ojos estaban hundidos en la profundidad de las cuencas. A pesar de su miedo, el conde no pudo ocultar ni aquel ávido deseo ni aquel enorme respeto que me dispensaba, cuando me tomó del brazo.

-Veo, *Magister*, que has estado en esos lugares donde el cuerpo se consume y el espíritu es liberado... ¡Habla! ¿Qué has descubierto?

Le comuniqué que debería someterse conmigo a un período de preparación de veintiún días. Además, necesitaría artesanos y tejedoras para elaborar determinados objetos y preparar el lugar del acontecimiento.

De inmediato empezaron a brotar de su boca órdenes impacientes y enloquecidas, y al instante todo se puso en movimiento a su alrededor.

Con un afán ciego se lanzó a los ejercicios mágicos y ayunó con disciplina.

La obediencia exacta de las numerosas prescripciones fue para mí también una especie de huida. No debía pensar en el final de los preparativos, en el experimento en sí mismo, que se abría ante mí como un túnel tenebroso de dudosa salida. Pero los malignos emplazamientos que habíamos llenado de vida con nuestro temor corrían hacia nosotros como caballos desbocados.

7

El conjuro

Había llegado el día del conjuro. Todo estaba a punto. En el limpio firmamento otoñal ya se vislumbraba el claro perfil de la luna nueva entre las estrellas cercanas.

La ventana de la habitación de la torre que habíamos elegido para hacer el experimento daba al este. En cada una de las cuatro paredes colgaba un espejo convexo, sin marco, que producía reflejos verdosos. Junto a la pared norte de la habitación se alzaba un gran altar de mármol blanco rodeado de cadenas de hierro magnéticas, en cuya superficie resplandecía el pentagrama dorado, grabado en la piedra, con un pálido lustre amarillo; los mismos signos también brillaban en diferentes colores en el pellejo de cordero sin curtir que yo había extendido ante el altar. Sobre éste había un pequeño caldero de cobre con tres patas, lleno de pedazos de carbón y hojas secas de laurel, y un recipiente de cobre parecido se encontraba dispuesto en una mesita de tres patas.

El margrave y yo nos pusimos unas túnicas, blancas como la nieve, largas y amplias, cuya tela había sido tejida a propósito para este día. Adornamos nuestras cabezas con coronas de verbena, tejidas sobre cadenas doradas. Marqué las líneas magnéticas en el cuerpo del conde para transportarlo al estadio intermedio de ensoñación, durante el cual el ojo puede percibir la luz astral. Las grandes orgías sabáticas, de las que algunos maestros brujos habían hablado durante los interrogatorios oficiales de la Inquisición, se realizaban también en un estado semejante de semivigilia. Noté que el cuerpo del conde se tambaleaba de miedo y empecé a tener esperanzas. Quizás en el último momento, antes de la gran prueba, huiría... Pero sucedió todo lo contrario, ya que el deseo de liberación y salvación le ayudó a vencer sus debilidades.

Desenrollé la hoja de pergamino en la que había escrito las palabras del conjuro. Con los objetos dispuestos para esta finalidad, aticé el fuego en ambos calderos y empecé a leer las fórmulas, primero en voz baja, ahogada, luego levantando más la voz.

El fuego en el caldero empezó a echar llamas. Se produjo un espeso y aromático humo que se extendió despacio por la habitación. Ahora surgían llamas afiladas y convulsivas de las raíces vivas de las brasas y arrojaban signos malignos y escabrosos sobre la pared. Luego, de pronto, como si una mano invisible hubiera extendido sobre ellas una manta, las llameantes lenguas menguaron, las brasas se oscurecieron y empezó la espera, tensa hasta el desgarramiento. Sobre el altar de mármol se levantó poco a poco una nube de humo blanco y yo noté con horror que el suelo de la habitación se ponía a temblar, como si fuera sacudido por un terremoto... En mis oídos sonó el grave toque de campanas. Mi corazón latía enloquecido en mi pecho. Las normas del ceremonial, que estaban grabadas profundamente en mí, me dieron nuevo impulso cuando arrojé de nuevo carbones y sahumerios en el caldero de cobre. Acto seguido entré en un círculo que había trazado en el suelo, entre el altar y la mesa de tres patas. Con los ojos cerrados y acentuando cada sílaba grité por tres veces el nombre de Salomón Trismo-sin. Mis ojos se abrieron solos. Mi cuerpo estaba traspasado de un frío glacial. La tenebrosa presión se apartó del caldero de cobre y las llamas empezaron a reavivarse de nuevo. Se alargaban largas y ansiosas e iluminaron la estancia con el resplandor púrpura de las pesadillas opresoras. En medio de esa luz apocalíptica e infausta, vi la figura gigantesca y sobrenatural de un hombre viejo que se reproducía en los espejos en forma alargada, con un resplandecimiento verdoso. Todas las formas se quedaron rígidas, desapareció cualquier movimiento y cualquier fuerza, enmudeció todo sonido. Las lenguas de fuego estaban altas e inmóviles, la chusma astral que se aglomeraba en las sombras de las esquinas y rincones, se encogió ante la presencia de ese ser titánico. Y yo sentí una atónita calma en mi interior, la paz del conocimiento, de la seguridad, como si hubiera regresado a casa y hubiese echado el ancla. Esta paz sólo puede sentirla el perseguido, el que está fuera de la ley, cuando por fin, tras una larga huida atolondrada y desesperada, es capturado y se enfrenta a la justicia, fría e implacable. Sentí que todo lo que había sucedido hasta ese momento era una cadena lógica y fatal, y las circunstancias, perros

sanguinarios impulsores de mi destino, que me habían llevado hasta ese círculo mágico. Al margrave lo había olvidado por completo. Mi mirada, con una atención fascinada, estaba fija, sin pestañear siquiera, en los ojos como cristales de hielo de la aparición y yo esperaba paciente. Conocía esta mirada. La había temido y no la había comprendido. Desde entonces, su recuerdo no se había apagado ni por un momento... Estaba viva en mí, de forma manifiesta y con una tranquilidad escudriñadora, tras las barricadas que yo en mi desesperación había reunido y levantado, y con su apacible frialdad atravesaba todas las capas de la materia. El rostro cambió y de pronto, frente a mí, adquirió nuevos contornos alrededor de esos ojos. Primero no fue la cara de Rochard, sino sólo ese rostro que guardaba con él una misteriosa semejanza. Yo percibía el sordo jadeo del mar-grave cerca de mí, pero nada me unía a él, ni los pensamientos, ni los sentimientos. Pero luego, en cuanto la figura de Rochard empezó a cobrar vida en mis recuerdos y a dominarlos, también su rostro adquirió el aspecto que tenía cuando yo, en el transporte de un momento, lo había golpeado con un ladrillo hasta convertirlo en una masa sanguinolenta. En el mortal silencio de la rendición, de la derrota más absoluta, oí en mi interior como una sola voz un coro que me hizo comprender: ¿cómo podía haber matado a alguien que era inmortal? Al destruir la forma, yo sólo había hecho pedazos el espejo en el que se reflejaba aquel que no puede ser destruido. No sé si me habló de forma audible para el oído externo o si su voz sólo se derramó desde fuera sobre mí, de forma interiorizada, por los canales de mi cerebro y de mis nervios, allí donde el conocimiento todavía no constituye una cadena de palabras en orden sucesivo. Comprendí: era del todo irrelevante que, allí, bajo el resplandor de las llamas petrificadas, me encontrara frente a Salomón Trismosin, Nikolaus Flamel o Eduard Anselmus Rochard. Se habían convertido en uno solo después de la gran transmutación, que sublima al único ser divino a partir del elemento múltiple, ramificado hacia fuera, que puede descomponerse en pedazos, caduco y satánico.

El llamamiento se había promulgado, la conexión con las esferas sobrenaturales de la iniciación divina se había establecido. La palabra que se elevaba y penetraba en la esfera del mercurio, ya no era la palabra del pecador, que hacía que las piedras de sus acciones y su denso cuerpo se precipitaran al infierno, sino el llamamiento del YO divino inmutable, que no puede matar ni ser matado.

Sobre mi vida pasada y futura fulguró por un instante el disco solar del espíritu. El panorama no sufriría modificación alguna. Los indicios de la demencia, de las malas acciones, de la destrucción sin sentido, se mantenían en un rescoldo inmóvil bajo aquella luz resplandeciente, y también el camino que conducía hacia el futuro, que discurría junto a los abismos y se perdía en el infinito, se abría ante mí con un espantoso desconsuelo. El brillante disco solar había iluminado el reino de la colosal sangre coagulada que yo había erigido con mi destrucción. Por eso mis víctimas, que se alimentaban de mis fuerzas, aquellos a quienes había dado muerte, a quienes odiaba y temía, se habían convertido en mis permanentes acompañantes, en mi sombra. Se me reveló la maroma de algas que me encadenaba a la cámara mortuoria del mundo de las formas, las ataduras de la fascinación que se habían engendrado gracias al empujón del egoísmo...

La LEY se alzaba ante mí. ¿Ante mí? No, en mi interior.

Los ojos verde azulado que no se apartaban de mí, se iluminaron y parecían resonar en mi interior con la siguiente revelación:

> Te perdono. No quiero castigarte. Tú mismo eres el asesino y la víctima al mismo tiempo. En ti están los pecados y la salvación. La Tierra es una oscura silueta que se refleja en el océano astral. En ese espejo todo está al revés. De tal manera que lo malo es bueno y lo bueno, malo. La destrucción es la construcción de la materia, la muerte el nacimiento. El placer es la caída, atesorar y conservar son la culpa, el martirio es la liberación.
>
> Una vez alcanzado el punto más bajo del abismo más profundo, puedes encumbrarte hasta el más alto objetivo. En las bóvedas de las más profundas tinieblas se encuentra la simiente de la luz divina. Cuando se produce el cambio y una cosa desencadena la otra, la transformación no puede apreciarse de momento. ¡Pero ha sucedido lo que debía suceder!
>
> Piensa en ello: deberás pagar hasta el último céntimo, y el sufrimiento es el pago parcial de tu culpa. El estadio de mayor sufrimiento es el punto de partida para alcanzar el más alto objetivo.

Ahora percibí de nuevo aquel jadeo que me llegaba desde muy lejos, y sólo más tarde me di cuenta de que era yo quien se había alejado, profundamente ensimismado, escuchando con atención la voz que

me hablaba. Ahora, poco a poco, penetraban en mi conciencia las palabras febriles e incoherentes del margrave.

-Tu nombre... bórralo de la pared... bórralo de mi cabeza y de mi alma... límpialo... no quiero... no puedo soportarlo... ¡Oh, pobre de mí, déjame en paz...!

La llama empezó ahora a temblar con impaciencia y podía oírse con toda claridad, procedente de todas direcciones, la potente voz que resonaba terrible en los muros:

La sangre sólo puede ser lavada con sangre. ¡He escrito mi nombre con sangre en la pared!

Un brutal viento tempestuoso barrió la habitación. La figura desapareció. Desde los rincones se impusieron las tinieblas, porque las llamas se apagaron en ambos calderos y produjeron un humo asfixiante y denso, como si fueran dos enormes chimeneas. Ahora volvía a percibir el jadeo muy cercano, luego un ruido estrepitoso, como si un cuerpo pesado hubiera caído al suelo. El margrave se había derrumbado desvanecido y había arrastrado en su caída la mesa de tres patas que sostenía el caldero de cobre.

Mareado y medio inconsciente, me puse a buscar el mechero, pero entonces se apoderó de mí una debilidad mortal. Me temblaban las rodillas, y bajo la larga túnica blanca todo mi cuerpo estaba empapado de un sudor frío y pegajoso. Tuve que sentarme. Y es que no podía acostumbrarme de nuevo a la realidad de mi existencia corporal. Mi conciencia se sumergía una y otra vez en el anchuroso y tremendo océano del mundo de los espíritus como una pequeña isla azotada por la tempestad. En algún lugar de esa isla yacía el margrave desvanecido o muerto en la oscura habitación de una torre llena de humo y de pesados vapores, y muy alejado de él había alguien sentado en una silla sin respaldo, con el cuerpo inclinado hacia delante, una tela blanca pegada al cuerpo y una marchita corona de verbena alrededor de la frente. Carecía de cualquier referencia respecto a esa imagen. Se alejaba cada vez más a medida que se iba desdibujando, y de pronto las tinieblas cayeron también sobre aquel tormentoso y bucólico paisaje interior. No sé cuánto tiempo transcurrió de esta manera, mientras estaba en ese estado crepuscular, aunque sin llegar a perder el sentido, desprovisto de toda coherencia, pensamientos y formas que, como más tarde llegué a saber por experiencia, se parecía mucho al estado entre la muerte y un nuevo nacimiento.

Un frío amanecer, encapotado, de un gris sucio, se derramó por la abertura de las estrechas ventanas. La luz plomiza se arrastró como un líquido espeso sobre el altar apagado, la mesa de tres patas caída y sobre el cuerpo sin movimiento que yacía boca abajo, alrededor del cual se extendía el lienzo blanco. La corona de verbena se había deslizado hacia atrás por el cráneo deforme y la mano de dedos delgados y nudosos yacía extendida sobre el suelo.

Alguien llamó a la puerta y se oyó una algarabía de voces. Yo era incapaz de mover mi cuerpo rígido. No podía ni sentir temor ni escapar de los acontecimientos que se me avecinaban.

El ruido ante la puerta se hizo cada vez mayor, los discretos golpes se convirtieron en un enérgico y estruendoso aporreo.

No me moví, y él tampoco, cuando echaron la puerta abajo.

Levantaron al duque del suelo y lo sentaron sobre una silla. Con expresión horrorizada y el rostro cubierto de sudor, el médico se ocupó de él. Le hizo una sangría y le dio a oler vinagre y anís. El enjuto clérigo, con su hábito negro, el *frater* Bertholdus, salpicó su cara y la zona del corazón con agua bendita.

El margrave abrió los ojos. Miró boquiabierto a su alrededor con una mirada velada, y cuando me vio, se encendió en sus ojos un espanto ilimitado. Agarró de forma convulsiva el brazo de *frater* Bertholdus, lo atrajo hacia sí y le murmuró algo al oído.

Frater Bertholdus dejó caer su mirada sobre mí. Y en esos ojos, en los que resplandecía una sombría y malvada satisfacción, leí mi destino.

8

«En el punto más bajo del abismo más profundo»

Aturdido e indefenso me entregué a las manos rudas y enfurecidas que me agarraban con fuerza.

Me arrastraron por una desgastada escalera que descendía hasta el pasadizo que discurría por debajo del castillo. La humedad producía en las ranuras de las piedras una viscosa papilla verde. Pensé que ya habíamos llegado a nuestro destino allí abajo cuando entramos en una casamata sin ventanas, cuya puerta oxidada se abrió con un chirrido a la temblorosa luz de las antorchas, pero me equivocaba. Del suelo, en el centro de la celda sobresalía una argolla de hierro. Pasaron una cadena por ella, la colgaron de un gancho que había en el techo, y a continuación tres hombres se pusieron a tirar de ella. La piedra circular, de un grosor de medio metro, se desprendió con un gran estruendo. De la abertura brotaba un olor a moho y a podrido que me dio de lleno en el rostro. Me ataron una cuerda alrededor de las caderas y me empujaron al pozo. En el momento en que mis pies dejaron de tocar el suelo, me sobrevino de nuevo un pánico consciente, fruto del instinto físico de supervivencia. Me bajaron por un estrecho pozo de piedra con las paredes que rezumaban agua. Mientras me golpeaba hasta hacerme sangre con las aristas de las piedras y flotaba hacia abajo, expié algunas culpas, o por lo menos así lo creo. De mi garganta salió un grito que hizo enmudecer aquel miedo demencial. Este viaje a los infiernos duró lo que a mí me pareció una eternidad, hasta que mis pies se hundieron en el agua helada, cuyo cerco paralizador fue subiendo por encima de mis rodillas para alcanzar mis caderas, donde se detuvo. Ahora tocaba el fondo. La soga que arrojaron detrás de mí cayó sobre mi cabeza y me produjo un dolor mojado y cáustico. Oí el ruido de la piedra que descendía a toda velocidad, y la abertura se cerró.

Mis manos palparon las piedras resbaladizas y cubiertas de verdín. El duque quería estar seguro de que me tenía a mejor recaudo que a Salomón Trismosin. De allí no podía escapar nadie. Me llevé la mano al pecho. La caja estaba en su lugar. La caja... El elixir... El elixir de la vida eterna...

Me eché a temblar. De un solo y brusco tirón me arranqué la bolsa de cuero del cuello y la lancé al agua.

-No... -rogué-, ¡Señor del cielo... no!... Señor Dios, ayúdame... Dios mío, perdóname... Pero esto no...

Me encontraba allí de pie y esperaba horrorizado lo que fuera a suceder-me ahora. A mi alrededor no había nada más que aquella pestilencia y la oscuridad. De las piedras del pozo el agua goteaba de forma constante y regular sobre mí. No tenía ni la más leve noción del tiempo. Conté las gotas, pero luego lo dejé. Un cansancio plomizo dominó mis pies y piernas, y mis miembros tiraban de mí hacia las profundidades.

Dormir...

Acabar...

Morir...

¡Dios mío... morir!

Un descanso ciego e inconsciente... Paz... Libertad...

Sin miedo...

El cerco de agua iba subiendo poco a poco y me cubría cada vez más, rodeó mi pecho, mi cuello y se cerró sobre mi cabeza. El agua estancada se me metió en la boca y en la nariz. En mis oídos, la sangre zumbaba estrepitosa y enfurecida.

Esperé.

El horror me empujó hacia la superficie. La tensión de mis pulmones me produjo un dolor insoportable. Me atraganté, jadeé, pero seguía vivo.

Todos mis intentos de suicidio fracasaron por culpa de la tenacidad de mi cuerpo. Retrocedía ante el suplicio que los causaba. No podía ejecutar a mi cuerpo, que gracias al elixir estaba condenado a vivir. La vida se aferraba a mí como las quijadas contraídas de un animal salvaje.

Así que debo seguir viviendo, también aquí en esta sepultura tapiada, sin descanso y sin esperanza, durante años, quizá durante siglos, si es que se olvidan de mí y me dejan consumirme aquí abajo.

Este era ciertamente «el punto más bajo del abismo más profundo.»

En mis entrañas se agitaba el hambre. Lloré y grité. Me maldije a mí mismo y a Rochard, maldije a Dios y a mi vida. Luego supliqué, pidiendo clemencia.

El agua goteaba. Cien... mil... diez mil... cien mil gotas...

Recé a los demonios y a los poderes de las tinieblas.

Aporreé las piedras y las golpeé hasta que los puños me sangraron. La tortura del hambre me llevó a arrancarme la carne de los brazos.

El agua goteaba, y yo contaba las gotas.

¿Era mañana, mediodía o noche?

¿Cuántos días habían pasado ya?... ¿Cuántos años?... ¿Desde hacía cuántos siglos me estaba consumiendo allí?

Cien... mil... diez mil... cien mil gotas de agua.

Al desenfreno lo siguió una indiferencia rendida, que a su vez fue sustituida por un ataque de furia enloquecida...

Pero el estado de indiferencia fue imponiéndose, junto a una creciente debilidad.

Me sumía en profundos sueños, llenos de imágenes malvadas. Mis piernas ya no podían sostener por más tiempo mi cuerpo. Mis músculos, mi carne, mi piel, todo se desprendía de mí. La llama de la vida, que todavía no se había extinguido, luchaba entre un montón de huesos.

En esa absoluta inmovilidad, en ese mudo abandono, por fin la muerte dio alcance a mi cuerpo.

9

El valle de las sombras

Durante largo tiempo no fui consciente de que había huido de mi cuerpo. Todavía me sentía preso del convencimiento de que yacía en el fondo de un pozo, cerrado por una losa, entre las sólidas e inquebrantables rejas de un esqueleto.

Pero, de pronto, el esqueleto desmembrado quedó suspendido por debajo de mí envuelto en la luz fosforescente de la putrefacción. Me atraía y me repugnaba al mismo tiempo, me horrorizaba y me fascinaba. Me invadió la martirizante sensación de una falta de contornos, insegura e indefinida. No tenía ningún punto de gravedad, ninguna orientación.

Entonces, de repente, fui arrebatado con violencia por una corriente astral caliente y veloz. El pozo desapareció. En la profundidad de mi conciencia, en algún lugar en la lejanía, aún flotaba el cadáver fosforescente, que iba empalideciendo cada vez más. Volví a ver a mis demonios, que habían sido arrastrados como yo; se aferraban a mí, chocaban contra mí, me daban trompicones y empujones en medio de aquella corriente despiadada de energía elemental. Así flotamos como terribles embriones, unidos por largos y misteriosos cordones umbilicales. En este crepúsculo de pesadilla nadé entre sombras que se parecían a mí y que como oscuros soles indefensos, arrastraban tras de sí enjambres enteros de planetas de demonios y se arremolinaban como hojas atrapadas por la furia de un huracán de la Tierra.

Quería salir de allí. Ansiaba la libertad y la paz. Me resistí e intenté con todas mis fuerzas llegar hasta una superficie límpida, intuida y deseada, hasta una atmósfera más ligera, hasta una paz más alegre y espaciosa, donde poder descansar... Pero era en vano que trataba de luchar contra la corriente del mar. Seguía girando, era arrastrado una y otra vez, luchando y sumergiéndome.

Pero de pronto, aquel movimiento adquirió la forma de una espiral, que se fue estrechando cada vez más. Había ido a parar a un remolino de placer, que en la materia astral era excitado por cuerpos humanos copulando. Un prolongado grito de placer atravesó el caos. El centro del torbellino se abrió... y me devoró con un violento tirón.

Me había quedado enganchado a un nuevo cebo; estaba atrapado.

Un hilo delgado, largo y resistente me sujetaba, un hilo que de mes en mes se hacía más corto y más firme. Daba vueltas en un recio vientre de mujer, en cuyo útero ávidos seres astrales construían, a partir de sangre sucia -el estiércol de la vida-, a partir de millones de misteriosas materias y a partir de su propio cuerpo, la pequeña fortaleza de la vida, el que seria mi nuevo refugio.

10

El profesor de Marburgo

Volví a nacer en Marburgo como sexto hijo de un pobre maestro hojalatero luterano el 2 de diciembre de 1560.

Me llamé Heinz Knotek.

Mi padre pertenecía a esa clase de repulsivos bebedores, furibundos fanáticos de la religión. De sus labios salían a borbotones las acusaciones y el consuelo de la gracia divina, mientras su familia y sus prójimos podían reventar tranquilamente ante sus narices.

Mi madre estaba agotada por un trabajo brutal, por la miseria y los partos. Era una mujer callada, que en su vida no hizo otra cosa que sacrificarse, pero la satisfacción de nuestras necesidades corporales le producían tantas preocupaciones que apenas tenía tiempo para ocuparse de forma consciente de aquellos que salían de su vientre.

El sexto hijo: la sexta repetición de un acontecimiento que, como mucho, es agradable la primera vez, y que cuando se repite en seis ocasiones ya es algo excesivo y agobiante, apenas soportable, en una familia donde el pan escasea y falta la paz.

De ese agotado vientre materno nació, pues, un pequeño hombrecito, arrugado y sin edad, con el rostro rojo como un cangrejo, que en sus harapos cinco veces desgastados empezó una nueva vida sin la atención de nadie, pero que era del todo consciente de sus viejas cargas y se acordaba perfectamente de todo aquel espanto que estaba grabado a fuego en su alma.

Mientras el bebé y el cuerpo infantil apenas desarrollado llevaba a cabo sus funciones instintivas, no pude identificarme del todo con él. Heinz Knotek había cumplido ya su quinto año de vida cuando aquel extraño estado extracorporal llegó a su fin.

Dada la indiferencia de esa familia, que contaba con numerosos miembros, de entrada a ninguno de ellos le llamaron la atención los dos ojos abiertos de par en par a todo el horror del más allá, y tampoco notó nadie el retraído y reflexivo silencio de aquel niño descolorido y triste con aquel rostro precoz. Ni siquiera sus enloquecidos y prolongados gritos durante la noche despertaron la más mínima curiosidad. La patada de un hermano o de una hermana hacía callar al maldito que se había perdido en el pasado, en cuya conciencia el tiempo se confundía y cuyos recuerdos lo devolvían al profundo pozo, bajo el castillo de Dreisesselberg.

En mi quinto año de vida, cuando por fin me fundí con el cuerpo de Heinz Knotek, me resultó del todo insoportable aquella familia, inseparablemente unida en la inmundicia y en las peleas. Nuestra vida se desarrollaba en una amplia cocina con el suelo de tierra apisonado, en la más estrecha proximidad de las mutuas necesidades físicas, con todo el trabajo, con todo el ruido y todos los olores que los acompañan. Del vientre del enorme fogón surgía el denso olor de las comidas. En un rincón había un barreño en el que siempre había ropa sucia en remojo. Durante el día, aún nos repartíamos en cierto modo por allí y por allá. Los chicos mayores aprendían un oficio en el taller, mi hermano mayor era ya aprendiz de un barbero, una circunstancia que me llenaba de un ridículo orgullo. Trataba a su familia con altivez y utilizaba expresiones finas. El hecho de ver su propia imagen reflejada de la mañana a la noche en un amplio espejo velado le hizo perder el juicio. Curiosamente, la imagen del espejo adquirió vida propia y parecía como si la figura de carne y sangre imitara como una marioneta su propia imagen. Mi hermana mayor servía en casa del farmacéutico, y la hermana menor cuidaba las vacas del rico molinero Hlavanak.

Por la noche todos nos apretujábamos en el maloliente vaho de la cocina. Incluso las gallinas entraban zancajeando con su necio paso asustado y nos eludían cacareando. Mi padre se sentaba bajo la lámpara, cuyo resplandor le iluminaba aquel rostro alargado y enflaquecido, con su caído bigote

amarillo, sus ojos de pescado saltones y enturbiados por la bebida, y su boca delgada, cuyas comisuras se torcían hacia abajo desafiantes, ávida de peleas y discusiones. Era un hombre pálido y enfermizo, tenía el pecho hundido. A menudo estaba enfermo y se quejaba de dolores en el corazón, de dolores en el brazo izquierdo y en los dedos, y en ese estado no podía trabajar. Yo, el último de sus hijos, engendrado en una borrachera, había heredado de él esta clase de condiciones físicas, así como su mala predisposición.

A mi madre nunca la vi sentada. Incluso la comida la tomaba de pie, mientras hacía otras cosas. Trabajaba sin parar. Con su figura huesuda y sólida, trajinaba en silencio. No decía nada y no hacía preguntas, y sólo de vez en cuando se escapaba de su pecho un suspiro cuando la atormentaban los agudos dolores que sufría en las piernas. También en este aspecto fui yo el único que tuvo conocimiento de ello. Sus otros hijos nunca se preocuparon de saber cómo se encontraba. Siempre que yo le preguntaba si tenía dolores, me miraba asombrada y me sonreía. Esa sonrisa la embellecía y adornaba su rostro con unos rasgos inteligentes, delicados, sumisos.

-Tengo un reumatismo en la pierna... no te preocupes por eso, Heinz.

-Deberíais echaros...

-¿Echarme?... Oh, no tengo tiempo para echarme... ¡Estaría bonito! ¿Qué diría tu padre?... En la tumba, hijo mío... ¡allí voy a poder descansar algún día!

Esta fue nuestra única conversación íntima. Pero a partir de entonces, de vez en cuando me regalaba una sonrisa, y esto nos unió con mayor fuerza que cualquier palabra. El secreto de esa sonrisa lo compartía sólo conmigo. Para los otros fregaba, lavaba y cocinaba en silencio con el rostro inexpresivo y mordiéndose los labios, y soportaba como petrificada las palizas de su irritable marido siempre borracho.

Por el contrario, mi padre hablaba sin parar. Cada emoción de su vida la relacionaba con sentencias tópicas y ampulosas. En cuanto alguien lo contradecía, se enfurecía de inmediato, pasaba al ataque personal y actuaba con maldad. Atacaba a todo bicho viviente. Si algo se apartaba en lo más mínimo de su opinión, de sus costumbres o de su gusto, se lanzaba al ataque e intentaba formar a los otros según su propia imagen desfigurada. Era tan hi-persensible que ni siquiera soportaba que lo atacaran mediante un supuesto pensamiento, pero él a su vez pateaba los puntos más débiles de quienes lo rodeaban. ¡Pobre de aquel que molestara su sueño! Pero si él se despertaba, desvelaba a todo el mundo, aunque fuera medianoche. Y cuando estaba borracho, lo que sucedía con bastante frecuencia, su locuacidad adquiría proporciones amenazadoras. Entonces cogía por banda al primero que veía y lo apabullaba con un sermón interminable y odioso, planteaba preguntas, las respondía él en lugar del delincuente, lo cargaba con los siete pecados capitales y lo mandaba directo al infierno.

Puedo recordar la ira sorda que me asaltó un día en que mientras mi madre fregaba de rodillas el amplio y sucio sillar de piedra de la entrada con un trapo en sus manos enrojecidas, hinchadas y agrietadas por el frío de la mañana, mi padre, de pie ante ella, con las piernas abiertas y un rostro sombrío, severo y autocomplacido, la aleccionaba acerca de los mandamientos de la religión. Él mantenía levantados dos dedos huesudos y bastos a modo de advertencia y lanzaba las palabras como anatemas, con las cejas fruncidas y los ojos saltones:

-No debes poner en juego tu alma, desdichada. ¿Crees tú también que en nuestra confesión puedes sobornar a la gracia de Dios con algunas indulgencias? ¡Hay que actuar! ¡El diablo está siempre al acecho! ¡Una reflexión omitida, la menor dejadez, bastan para abrir una grieta hacia el infierno! ¡Allí no estaré a tu lado para vigilarte! Borra de tu alma la ignominia de la pereza, porque en ese día llamarás en vano a Dios y Él te dirá: «¡No te conozco!».

La noche anterior dos de sus compañeros lo habían arrastrado hasta casa desde la taberna. Lo cogieron por las manos y los pies y tiraron de él por todo el camino empedrado, cubierto de desperdicios y apestosos charcos. Mi madre lo cambió de ropa, le ayudó a vomitar y luego lo llevó a la cama. Cuando por la mañana despertó de su pesada borrachera, la casa ya estaba limpia y el desayuno preparado sobre la mesa. Los niños se habían ido todos al trabajo, pero yo yacía boca abajo en lo alto de un amplio armario y contenía la respiración para evitar que me viera y me cubriera con los turbios espumarajos de su cabeza desquiciada. Por lo tanto, aparte de mi madre no quedaba nadie sobre quien descargar su resaca. Así pues, se irguió ante aquella pobre mujer agotada y afligida y fue lo bastante sinvergüenza como para predicarle acerca de las buenas obras.

Siempre que podía me marchaba de casa y vagaba por la orilla pedregosa y cubierta de hierba del Lahn, que serpenteaba verde y cristalino en su cauce. Nuestra mísera choza estaba en la orilla izquierda, pero bastante lejos, en una callejuela maloliente. En la orilla derecha, en la cima de una montaña, cuyas laderas pobladas de bosques ascendían al principio con suavidad para alzarse luego con una pronunciada pendiente casi vertical, había un viejo castillo. Aquel edificio me aterrorizaba, porque su situación y sus contornos ennegrecidos que se recortaban en el cielo crepuscular, me recordaban el castillo de Dreisesselberg. En cuanto lo veía, se me presentaba aquel esqueleto que se pudría en el agua helada del pozo. Lo veía y lo sentía, como si siguiera perteneciéndome.

El gótico noble y severo de la iglesia de Elisabeth conjuraba el recuerdo de Nuremberg, por cuyas callejuelas empinadas y estrechas había andado siguiendo en el pasado a Rochard como un lobo hambriento.

Yo debía tener unos nueve años cuando durante mi vagabundeo por la calle de la universidad, vi la delgada figura de corneja de Amadeus Bahr, el bibliotecario del conde de Zollern, con una hogaza de pan blanco desnuda bajo el brazo. Era él sin duda: el amigo de Eduard Rochard, el muerto resucitado a la vida, cuya curación milagrosa había sido el inicio de mi tragedia.

La sorpresa de este encuentro me cautivó de tal modo que olvidé toda precaución. No pensé que desde nuestro último encuentro yo había cambiado por completo en mi aspecto externo y que ahora, en el cuerpo de un sucio rapazuelo de nueve años, seguía huyendo de aquellas consecuencias que me pisaban los talones de forma vivísima. De un modo impersonal y deslumbrado me alegré de verlo, como aquel que estando en el extranjero se alegra de encontrarse con un solitario compañero de fatigas. Me dirigí a él.

-*¡Magisterl* ¡Sois vos!... ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

Me dedicó su habitual mirada distraída, perdido siempre en cualesquiera especulaciones.

-¿Cómo?... ¿Qué me dices?... ¿Qué quieres, pequeño? ¿Quién eres?

Las palabras se quedaron atascadas en mi garganta. Me miré de pronto y entonces, desconcertado y horrorizado, emprendí la fuga. Mientras lo hacía oí a mis espaldas su sorprendida voz ronca:

-¡Espera!... ¡Detente!... ¡Eh! No huyas, no voy a comerte. ¿De dónde...?

Pero yo seguí corriendo, jadeando, acelerando el paso, corrí adonde me condujeran mis pies, cruzando el largo puente de madera sobre el Lahn, por las calles resbaladizas, llenas de barro, y sólo me atreví a detenerme a descansar cuando llegué a un pequeño cobertizo de herramientas que había detrás de nuestra casa, después de haber cerrado la puerta a mis espaldas.

«¿Quién eres?», resonaba la pregunta de Amadeus Bahr en mi interior.

¿Qué deberla haberle respondido? ¿Qué tendría que haberle contestado a esta pregunta? ¡Yo era Hans Burgner! El asesino de un anciano dulce, sabio e indefenso. Yo había matado al mago que sabía con toda certeza que yo atentaría contra su vida y que, sin embargo, no se había defendido. Yo le daba lástima, la víctima lloraba por su verdugo. ¡Oh, ahora sabía por qué! Lo había comprendido, porque en una ocasión, mucho más tarde, después de muchos nuevos sufrimientos, me habló en el círculo mágico de tiza y me dijo lo siguiente:

-La Tierra es una oscura silueta que se refleja en el océano astral. En ese espejo todo está al revés. De tal manera que lo malo es bueno, y lo bueno, malo.

Saber que Amadeus Bahr estaba en la ciudad no me dejaba vivir tranquilo. Me sentía lleno de una ansiosa curiosidad. ¿Qué efectos habría producido en él el terrible *Arcanuml* ¿Sería también él un desdichado, un esclavo de rostros terribles como yo? Y de no ser así, ¿qué había pasado? ¿Por qué aquel remedio se había convertido para mi cuerpo en un veneno mientras que para otro quizás había sido un medicamento que le había salvado la vida? Fue entonces cuando empecé a esperar, con timidez y en secreto, sin atreverme a expresar en palabras mi esperanza, que si conseguía adormecer su desconfianza y acercarme a él, quizá me hablaría de Rochard, del destino de Ro-chard y de los acontecimientos que hubieran sucedido después de mi huida. El miedo a que pudiera sucederme algo en el aspecto corporal, o el temor a ser reconocido, disminuyó. En el cuerpo de Heinz Knotek estaba por completo a salvo de la justicia terrenal. Todavía no pensaba que las leyes terrenales fueran siempre órganos ejecutores de la justicia espiritual, aunque en el momento en que se produce parezca caer sobre

un inocente. El ser humano siempre es alcanzado por sus propios actos, aun cuando durante su huida del lugar de los hechos intente en vano, una y otra vez, esconderse tras la máscara de un nuevo cuerpo.

No me resultó difícil averiguar dónde trabajaba en esta ocasión Amadeus Bahr, porque, al fin y al cabo, sólo había dos posibilidades: la universidad o el castillo del duque de Hessen. Para mi sorpresa, daba clases en la universidad como catedrático de literatura alemana, bajo otro nombre, lo que no me sorprendió. Al límite de una vida natural, había renunciado, como medida preventiva, a su antiguo nombre. Respetado controversista en materia de fe y poseedor de un espíritu agudo e invencible, marchó a Marburgo, una ciudad que todavía se mecía sobre el oleaje de la discusión que tuvo lugar en 1529, entre Zwinglio y Lutero, donde se hizo merecedor de un gran respeto. Esta controversia convirtió la ciudad en el centro mágico de la discusión espiritual, e incluso después de cuarenta años, seguía proporcionándole una permanente agitación. Así pues, hasta para el más sencillo de los artesanos, la explicación de alguna abstracta tesis religiosa se había convertido en una necesidad que estaba dispuesto a discutir hasta la muerte, si se encontraba con alguien que se atreviera a contradecirle.

La esencia de Bahr sólo podía florecer en una atmósfera como aquella. Nadie podía medirse con la riqueza de su espíritu, su fulminante rapidez y su ardiente interés. El duque consideraba un honor tenerle a su mesa y con todo el respeto y el reconocimiento que le inspiraba un espíritu elevado, pasaba por alto aquel humor cáustico suyo, que como un castillo de fuegos artificiales inagotable, surgía chispeante de su cerebro y no respetaba ni el rango, ni el prestigio, ni las costumbres, ni los dogmas. Si la Inquisición hubiera podido atrapar a Bahr, ya haría tiempo que estaría muerto. Pero así, en cambio, había ido ganando terreno hacia una nueva época que se avecinaba y que, sacudida en su fe ciega, se atrevía a dudar, si no de la omnipotencia de Dios, sí, sin embargo, de la omnipotencia de los hombres.

Habían descubierto al amigo de Rochard. El enmohecido ratón de biblioteca se había convertido en un respetable erudito, cuyas inteligentes observaciones se extendían por todo el mundo en alas de la fama. Los conversadores de la mejor sociedad adornaban su palabrería con sus plumas. Se reían de él, se indignaban, y a pesar de todo, el mundo entero lo admiraba. Pero, por lo que se refería a su aspecto externo, no había cambiado en absoluto. Parecía llevar todavía la misma capa que usara en sus tiempos de Nuremberg, cuando se alojaba en aquel oscuro agujero junto al taller de sastrería. Su pelo grisáceo le seguía cayendo todavía sobre la nuca, y a uno de sus zapatos le seguía faltando la descolorida hebilla de metal. Sus ropas estaban llenas de manchas y de hilachas, pero también esto se le consentía, ya que sus palabras hacían olvidar su aspecto.

Me dediqué a rondar cerca de su alojamiento hasta que pude prestarle algunos pequeños servicios. Vivía en la habitación de arriba de un pastelero que elaboraba un exquisito pan especiado llamado *Lebkuchen.* Su ventana quedaba por encima de la tienda, justo sobre una pequeña hornacina en la que había una estatua de la Virgen. Cuando hacía buen tiempo, desde el escalón más alto de la escalera de la casa de enfrente podía ver su figura, inclinada sobre un libro. A veces se levantaba, recorría la habitación con espíritu ausente, se detenía, hacía gestos impacientes y de rechazo y hablaba consigo mismo. En ocasiones, me sentía inclinado a creer que también a él lo asustaban la chusma astral de ocultas emociones. Veía cómo los demonios lo rodeaban en un amplio círculo, pero se me hacía incomprensible el motivo por el cual no se le podían acercar más. Estaba envuelto por un círculo brillante de pureza, como si se tratara de una fogata que se hubiera encendido en algún rincón de la selva para mantener a una distancia respetable a las fieras salvajes. Más adelante, cuando le conocí más de cerca, descubrí que durante sus paseos solitarios se peleaba con cosas bastante abstractas que debatía consigo mismo, y que se servía a menudo de terribles argumentos.

A veces se detenía ante la ventana y miraba a la calle con mirada ausente, sin ver nada. De poco servían mis gritos, mis saltos y silbidos, ni siquiera una vez conseguí que me llamara al orden. Pasaron las semanas, y por fin pude atraer su atención hacia mí, pero incluso entonces, sólo salió de su ensimismamiento porque al parecer echó algo en falta. Escribía. Escribía. Con una larga pluma gris garabateaba apretadas líneas una bajo otra. Trabajaba desde hacía horas y ya empezaba a oscurecer. Durante todo el día no había comido nada y su estómago empezó a reclamarle sus derechos, pero él, al parecer, no tenía todavía ningunas ganas de apartarse de su tema. Indeciso e inquieto, se asomó a la ventana, inclinándose hacia fuera, buscando algo, y sus ojos se encontraron con los míos. Pareció ale-

grarse al verme, o quizá fue simplemente la muda oferta que le hice llegar lo que lo llevó a llamarme para que le llevara pan y leche. Me tiró el dinero por la ventana. Entonces comprendí que, con voluntad y paciencia, el ser humano está en situación de esperar el cumplimiento de todos sus sueños.

* * *

Con el corazón que me latía de emoción, subí la ancha escalera de madera, llevando bajo el brazo una hogaza de pan caliente con su corteza rojiza, que me calentaba de forma agradable el costado, y con un tazón lleno de leche, todavía tibia y espumosa. El campesino la había ordeñado ante mis ojos de las hinchadas ubres de la vaca pía.

Sabía que había llegado el momento de establecer entre nosotros una relación más estrecha. Tenía un plan que había preparado con todo detalle.

Tuve que llamar con los nudillos a la puerta, ya que aquel hombre menudo se había perdido de nuevo por la vía láctea de sus pensamientos. Preguntó: «Quién anda ahí»; ni siquiera se acordaba de mi existencia ni del encargo que me había hecho. Cuando por fin comprendió de qué se trataba, entonces no atinaba a encontrar la llave. Pero por fin logré entrar en su agradable estancia, en la que reinaba un enorme desorden. Los objetos de uso cotidiano aparecían en los lugares más sorprendentes, entre los numerosos infolios, los rollos de escritura y los gastados manuscritos cubiertos de líneas de un negro verdoso. Revolvió debajo de la cama, buscando una vela, mientras rezongaba para sí y me alentaba al mismo tiempo:

-Oh... esto sí que debería... ¿Dónde habrá ido a parar esa maldita cosa?... En seguida, hijo mío... Sólo quiero encender una vela para que haya algo más de luz... (Dios mío, padre celestial... ¡exactamente así había estado hurgando en busca de una vela en el crepúsculo matutino cuando le llevé la carta de Rochard!) Ahora mismo te daré algo por tus servicios...

Poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la penumbra en que estaba bañada su habitación. A la luz de la media luna vi cómo, sorprendido, hacía girar en su mano un birrete que sacó de debajo de la cama, del que sobresalían los restos de una vieja pluma. Cuando por fin comprendió qué clase de objeto tenía en la mano, lo lanzó impaciente lejos de sí. Luego se inclinó jadeando y esta vez sacó una vela.

-Fue a parar ahí la pasada noche... -me explicó-. Y todavía no había tenido tiempo de sacarla. ¿Prefieres dinero o dulces...? En tu lugar, yo preferiría ambos...

Yo tenía la garganta seca, a causa de la emoción: ¡ahora!

-No quiero ni dinero, ni dulces, *Magister*... y... si tenéis la bondad de permitírmelo, quisiera traeros cada día leche y pan. Quisiera ordenar vuestra habitación y serviros en todo aquello que necesitéis', cortar madera, calentar la habitación, ir a buscar agua...

La luz de la vela llameó y se alzó por encima de mi cabeza. El profesor mantuvo la vela en alto y me miró asombrado a la cara. Sus hundidos e inteligentes ojos de pájaro observaban inquisidores mi figura y mis rasgos, luego se inclinó pensativo, acercándose más.

-Ya te he visto antes en algún lugar, ¿no es cierto?

-Sí -dije en voz baja-. En la calle de la Universidad y luego aquí, delante del edificio.

-¡Claro! Ahora me acuerdo... Bien, ¡cuéntamelo todo! ¿Qué es lo que quieres?... Pero no te me vuelvas a escapar... ¿De dónde has salido?

-Mi padre es maestro hojalatero. Siempre está borracho y predica sin parar. Su nombre es Stefan Knotek. Yo me llamo Heinz Knotek y acabo de cumplir nueve años. Tengo otros cinco hermanos. Creo que, incluso sin mí, ya son demasiados en casa. Teniendo en cuenta las circunstancias parecerá muy ridículo, pero quiero aprender. Quiero aprender de vos, *Magister,* por eso estoy siempre cerca de vos, desde que me enteré de que os encontrabais en la ciudad.

Había elegido a propósito este lenguaje algo pretencioso, que por fuerza tenía que resultar de una madurez asombrosa en un niño de nueve años.

Aquel hombre menudo se sorprendió tanto que se quedó sin habla. Me miró con fijeza, reflexionando en su interior, sin poderme ubicar en ninguna parte. Suplicante, me incliné más, acercándome, porque me di cuenta de que la lástima y el interés luchaban en él contra un leve rechazo.

-Os lo ruego... os lo ruego con toda mi alma, *Magister,* ocupaos un poco de mí... ya sé leer y escribir...

-¿Dónde has aprendido?

-Con... con un viejo libro... a escondidas y...

-¿Tú solo?

-S... sí. ¡Ay ya veo que no me creéis!

-No. Pero puedes convencerme.

Despacio, puesto que apenas podía apartar la mirada de mi rostro, se dio la vuelta, se acercó a la mesa, puso la vela encima y cogió un libro.

-¡Ven aquí! -me dijo. Abrió el libro al azar, por una página cualquiera-. ¡Siéntate y lee! -La invitación era firme y seria.

Cogí el libro y acerqué más la vela a mí. Los dos nos comportábamos con solemnidad, como si fuéramos a iniciar una actividad mística. En medio de la increíble tensión de aquel momento, contemplé perplejo mi delgada mano de niño, tan escuálida que tenía una tonalidad blanco verdosa, con las uñas sucias, mientras que en mi cerebro se ocultaba la vieja y cansada conciencia de mí mismo. Puse un dedo entre las páginas abiertas y pasé las hojas hasta llegar a la que tenía el título. Era el segundo tomo de los Apócrifos y Seudoepígrafes del Antiguo Testamento, un ejemplar escrito a mano, muy poco corriente, encuadernado en cuero. Empecé a descifrar despacio la escritura gótica vertical:

> Llegarán días en que los habitantes de esta Tierra serán sacudidos con violencia. El ámbito de la verdad quedará a salvo y la tierra de la fe no dará frutos.
> La injusticia se multiplicará, más aún que cuanto hayas conocido y vivido hasta hoy. Y esta Tierra que hoy contemplas como dominador, será un desierto infranqueable y despoblado. Si el Todopoderoso te permite vivir, verás el caos una vez transcurridos los tiempos triplicados.
> El sol iluminará de pronto la noche.
> Y la luna el día.
> La sangre goteará de los árboles,
> y las piedras gritarán.
> Los pueblos se alzarán,
> y en apariencia, no habrá ninguna escapatoria.
> Y se hará con el poder aquel a quien no esperan los habitantes de esta
> Tierra, el Anticristo.

Mi aguda voz de niño sostuvo la carga de aquellas graves palabras, como si tuviera que aguantar con mi frágil cuerpo un peso de toneladas. El catedrático me quitó el libro de las manos sin decir una palabra, puso papel, pluma y tintero ante mí y empezó a dictar. Mientras yo escribía, sentía que de vez en cuando se inclinaba sobre mí, para ver lo que hacía.

> Los pájaros huirán volando. El mar de Sodoma escupirá los peces y la voz de la noche será como un rugido, que algunos no comprenderán, pero todos lo oirán.
> En muchos lugares se abrirán abismos y el fuego seguirá brotando durante largo tiempo.
> Los animales salvajes abandonarán sus guaridas. Las mujeres parirán monstruos. Los amigos se convertirán de pronto en enemigos.
> La razón se ocultará, la sabiduría se refugiará en su tumba.
> Muchos lo buscarán y no lo encontrarán.

La mano débil e inexperta de Heinz Knotek sólo podía transmitir con dificultad y torpeza los conocimientos de escritura de Hans Burgner, pero a medida que escribía se fue habituando cada vez más. Las letras adoptaban cada vez una mejor forma, la velocidad aumentó. Escribí el texto sin faltas y hasta el final, manteniendo con pulcritud la distancia entre las líneas.

-¡Es suficiente, es suficiente!

Levanté la mirada hacia él. Su rostro mostraba una expresión conmovida.

-¡Que Dios tenga misericordia de ti, hijo mío! Ojalá este don proceda del Señor y no del Maligno. Porque el saber oculto es peor que cualquier ignorancia. Proceda de quien proceda, te has cruzado en

mi camino; el destino, por motivos inexcrutables, te ha encaminado hacia mí y yo te aceptaré. Mañana iré a hablar con tu padre...

Así pues, entré al servicio del amigo de Rochard, como su alumno y criado, yo, que era el asesino de Rochard. Suena horrible, ¿no es cierto?

Compartía su comida conmigo, yo dormía junto a su habitación, y aunque de vez en cuando mis manifestaciones cargadas de una extraña madurez despertaban su rechazo, en cierto modo yo le daba lástima, y me fue tomando cariño, dándole el superabundante afecto de su solitaria vida, aunque lo sorprendente de esta situación sólo residía en que yo sabía quién era yo y me acordaba. Por lo demás, hay millones de personas que se encuentran, sin el conocimiento y sin el recuerdo, y con un nuevo cuerpo; personas que en sus vidas anteriores han torturado, robado, perseguido hasta la muerte, maldecido y asesinado unas a las otras. Las madres traen al mundo a su peor enemigo y lo acuestan en la misma cama que al hermano y a la hermana, habiendo sido quizás él o ella el verdugo del otro. Por lo que a mí respecta, yo ya era un coetáneo menos peligroso que algún seguidor de Amok de esta clase, en el que la venganza de la represalia dormitaba paralizada, y de vez en cuando, de forma inesperada, hacía explosión en él y caía sobre aquel que le debía algo. Yo ahora era incapaz de matar gracias a aquel acontecimiento horrible que hizo germinar en mí la verdad, es decir que yo mismo me habría ejecutado si llegara a asesinar a alguien. No habría conseguido robar y asaltar, porque estaba convencido de que al robar sólo estaba privándome a mí mismo de los dulces regalos que me ofrecía el decurso procedente del propio crecimiento. No quería más que ser libre y encontrar la fórmula que me ayudara a salvarme del infierno.

11

El *Magíster* y su enemigo

Mi padre no puso ningún reparo; incluso se sintió orgulloso de que el famoso catedrático hubiera tomado a su hijo como discípulo. De todas formas, mi organismo estaba tan deteriorado, tan debilitado y tan enfermo, que habría sido imposible que aprendiera un oficio como artesano. Pero fue mi madre la que hizo el milagro, ese milagro de cuyo secreto Cristo había dejado como bendito testamento, después del misterio de la multiplicación de los panes y de los peces, a las madres que tenían las manos agrietadas de tanto trabajar, las espaldas encorvadas y las piernas hinchadas. En las manos de esas mujeres se multiplica el pan, surgen de la nada tesoros de comida y de ropas en los arcones, como por arte de magia, y en sus flacas bolsas las monedas crian. De esta manera, cuando ocupé mi lugar en el cuartito con la ventana inclinada, situada al lado de la habitación del profesor, aparecieron en mi pequeño arcón de madera dos mudas, y entre los gruesos calcetines tejidos a mano, también algo de dinero. Por los postigos abatibles de la ventana, de madera cepillada, entraba la luz gracias a una abertura en forma de corazón, por la que también soplaba el viento y entraba el frío, así que la tapé con un papel grueso. El cuartito era un agujero oscuro e inhóspito con las vigas ennegrecidas, que se inclinaban sobre mi cama; gordas arañas se balanceaban en sus hilos y tejían polvorientas telarañas en los rincones, llenas de cadáveres de moscas y mosquitos que se me pegaban a la cara. Sin embargo, aquella estancia significaba un refugio y, al mismo tiempo, un punto de partida para alcanzar mi objetivo.

Detrás de la vida chapucera, dispersa y desordenada, vista desde fuera, del catedrático, se ocultaba un imperturbable sistema interno. Sus estudios, anotaciones y reflexiones constituían la única realidad de su vida. Todas las cosas que llenan a un ser humano medio: rango, respeto, éxito, placeres y bienes, no eran para él más que efectos secundarios, molestos y superfluos; un mal necesario. Más adelante, también descubrí que entre su afilada lengua, su cáustico y mordaz humor y su naturaleza compasiva y comprensiva capaz de ponerse en el lugar de cualquiera, existía una violenta contradic-ción. Esta sorprendente doblez luchaba en su interior como dos almas en un solo pecho. Sus ojos descubrían en todos los ámbitos de la vida lo caricaturesco, lo grotesco, la necedad y la hipocresía de la vida. En su cerebro, estas observaciones se convertían de inmediato en brillantes pensamientos que la rica fuente de su creatividad refundía en formas irresistibles. Allí donde caía su concentrado bombazo de palabras, se producía una explosión que destruía de inmediato los impulsos violentos. Pero a él, el éxito, las carcajadas, los aplausos y la mezquina malicia de las masas ya no le proporcionaban ninguna alegría. Se empezó a sentir inquieto e insatisfecho. En realidad, comprendía a su contrincante y lo compadecía. La triunfal erupción de la lucha le producía náuseas. Sabía que la necedad es una enfermedad lamentable y que la maldad no es más que el síntoma contagioso de la limitación. Y también sabía que incluso en el interior de las personas en apariencia perdidas, el ser divino esperaba su liberación y que el mundo estaba habitado por un montón de desdichados que andaban dando traspiés en medio de horribles pesadillas.

-He vuelto a luchar contra las sombras -comentó en una ocasión, cansado, cuando regresó a casa después de una de sus escapadas. Había vuelto a pasar un rato en el círculo de sus colegas y diseccionado en vivo con su ingenio al mojigato y rencoroso profesor de teología, para franco deleite del grupo. Y allí quedó entonces el gran hombre, arrellanado entre los cadáveres de sus derrotados argumentos, mudo, jadeante, con el corazón lleno de rabia impotente; no hubo nadie que lo compadeciera, porque tampoco había nadie a quien él no hubiera escandalizado ya con su ego enso-berbecido, tiránico, susceptible en grado enfermizo, y con su engreída prepotencia. Pero, de pronto, al catedrático le dio lástima. La compasión se apoderó de él como era habitual, de modo brutal y a traición, como un dolor físico. Los ojos inyectados en sangre de su colega, su mirada errática, el traicionero temblor de sus manos y su respiración pesada y jadeante le recordaron a una rata que,

acorralada en un rincón, buscaba una escapatoria, y a la que sus compañeros de infancia habían apedreado hasta la muerte delante de sus ojos.

-Tenía ese mismo aspecto... el mismo... Heinz, ¡puedes creerme! -me dijo mientras recorría la habitación de un lado a otro-. Da igual que sólo sea un necio... no importa que sus pensamientos, sus palabras se parezcan a cucarachas perniciosas... ¡no conoce nada mejor! No se puede esperar otra cosa de él. Y yo, que sé que su estado no es más que algo aparente y transitorio, que su limitación es sólo un síntoma pasajero, lo he atormentado, escarnecido y acosado hasta la muerte. Me he mofado de un ciego porque tropieza, he infundido un temor demencial en alguien, muerto de miedo, he puesto en la picota a un aborto. ¡Ay, qué vergüenza! Si no supiera qué se oculta detrás de la flagelación, querría azotar mi cuerpo, ¡pero también de eso el miserable obtendría placer! ¡Señor Jesús, ¿por qué no soy capaz de conseguir no volver a hacer jamás algo así?!

Conmigo era bondadoso, de un modo cordial y torpe. Siempre que me encargaba un trabajo difícil, como cuando me ordenaba subir algo de madera para la estufa o me hacía copiar un libro poco corriente que hubiera tomado prestado de la biblioteca de la Universidad, era evidente que lo atormentaban los remordimientos, e intentaba compensarme de cualquier manera imaginable.

-¿Comes suficiente, chico? -me preguntaba a veces preocupado-. Si necesitas algo, basta con que me lo digas, ya sabes que tengo muchas cosas en la cabeza. Estás pálido. Tienes los ojos hundidos. Voy a poner una estufa en tu cuarto... Vé y compra *Lebkuchen* recién horneados al dueño, ¡es bueno para tus huesos! Aquí tienes el dinero..., ¿no quieres ir a jugar con otros niños?, puedes ir cuando quieras ...

-No, *Magister.* Os agradezco vuestra bondad. Prefiero quedarme con vos. Los otros son tontos, violentos y aburridos. Los libros son mucho más interesantes, y además más tranquilos y amables.

-Hablas como si tuvieras cien años en lugar de diez...

-Quizá soy incluso más viejo, *Magister.*

De nuevo detuvo perplejo su mirada sobre mí.

-Por supuesto que eres más viejo, pero, ¿cómo te has enterado, alma de cántaro? -exclamó-. A tu edad yo cazaba mariposas y quería ser armero, porque envidiaba la voz profunda de estos hombres y sus músculos. Es una ley de la Naturaleza que el alma, durante el tiempo en que el cuerpo se va formando, sea un espejo ciego, ante el cual pasa con fugacidad el pálido reflejo de sombras pasadas.

-La ley de la Naturaleza... -dije yo despacio y levanté la vista hacia él desde mi taburete bajo, donde estaba sentado cerca de la ventana con un pesado tomo manuscrito sobre las rodillas-. En eso tenéis razón, *Magister...* Pero, ¿quién se atrevería a afirmar que entre nosotros no viven seres que se han escapado de ese orden, porque, o bien están muy por encima o bien muy por debajo, bendecidos con la rica luz de la videncia o golpeados por la carga del conocimiento tenebroso?

Me miró serio y pensativo y me di cuenta de cómo volvía a apoderarse de él aquella angustia cargada de rechazo.

-¡Heinz, Heinz, no puedo entenderte, sólo puedo sentir preocupación por ti! Tú sabes mejor que nadie por qué has acudido a mí..., ¿no podrías revelarme algo más?, ¿quién eres?, ¿quién fuiste?, ¿qué sabes de tu verdadero yo?, ¿de qué puedes acordarte?

Mi respuesta resultó distinta de lo que yo pretendía. Ya había dicho más de lo que nos convenía a ambos, pero yo estaba poseído por una oleada ardiente y dolorosa de deseo de liberación, aunque sabía que no podía confesarle nada. Desde mi destierro, él era el primer ser humano que se ocupaba de mí, que me apoyaba de forma desinteresada y que quería ayudarme.

-Sé algunas cosas de las que no quiero acordarme, y conservo imágenes en mí cuyo secreto no puedo compartir con nadie. Si quisiera hablar de ello, sólo podría hacerlo con vos, *MagLSter,* pero no puedo, ni debo, aunque una simple revelación podría aliviar mi estado...

El catedrático se inclinó hacia delante, sus ojos y su voz irradiaban el calor de la compasión que todo lo comprende.

-¡Desahógate! Sea lo que sea lo que hayas hecho, no voy a juzgarte... no hay ningún abismo del que no pueda salirse por uno u otro camino.

-¡De mi infierno no hay escapatoria, *Messer* Bahr!

Sus ojos se achicaron y me sentí invadido por el miedo.

-¿Has nacido aquí, en Marburgo?

-Sí -contesté en voz baja.

-¿Has estado fuera de la ciudad... quiero decir... muy lejos... digamos... en Nuremberg?
Yo guardé silencio, sin saber qué hacer.
-¡Contéstame, hijo mío!
-No... no he estado en Nuremberg... pero... vos sois un hombre famoso, *Magister*... Cuando llegasteis a la ciudad estabais en boca de todos... y... -balbuceé confuso, sin reflexionar.
-¿Y entonces oíste decir que en Nuremberg me llamaban Amadeus Bahr?
-¡Exacto! -se me escapó, y de pronto, el miedo invadió todos mis miembros. Sabía lo que ahora pasaría antes de que él lo dijera.
-Amadeus Bahr se arrojó al agua, puesto que la Santa Inquisición había proclamado una orden de captura contra él. Este hecho fue confirmado por sus ropas y sus papeles, que dejó abandonados en la orilla del río. Su cadáver fue hallado cerca de un pueblo. Algunos, entre ellos también el médico del conde de Zollern, dijeron que podían reconocer en él al antiguo bibliotecario. La mujer de un maestro sastre juró solemnemente que el cadáver era idéntico al viejo hereje. Así que hace más de diez años fue declarado muerto...
-Pero vos... ¡vos sois Amadeus Bahr!
-Sin duda -dijo y se recostó en su asiento-. Pero eso no debería saberlo nadie aparte de mí y de un viejo amigo de quien heredé mi nuevo nombre y mis papeles, y que ya murió... pero tú me has llamado por el nombre del antiguo bibliotecario de Nuremberg... Heinz, veamos... Alguien... algún conocido de Nuremberg que de alguna forma ha venido a parar hasta aquí, ha hablado de mí en tu presencia... ¿fue así como sucedió?
-Sí, así fue. -Me aferré a aquella posible explicación-. El... el posadero del albergue «Sebaldus» es un conocido de mi padre... Estuvo en Marburgo de paso debido a un asunto de una herencia... Vio al *Magister* en la calle y...
-¿Te refieres a Wilhelm Drumann?
-Sí.
-Ya hace doce años que está muerto.
A través de sus ojos palparon mi rostro dos prolongaciones vivas de su pensamiento, cuyo contacto físico pude percibir con toda claridad. Penetraron en mi cerebro hasta el fondo, hasta el nido de mi horrible secreto. Un brutal terror interior, un deseo de emprender la huida se apoderó de mí. Me levanté y con un movimiento involuntario di un paso hacia atrás.
-¡Detente, hijo mío! -me dijo con voz firme y tranquila-. No debes temer nada de mí. Me doy cuenta de que has buscado mi compañía con un firme objetivo. Sé que no puedo medirte por el mismo rasero que al resto de las criaturas. Tú quieres algo de mí que, con toda probabilidad, sólo yo puedo darte... ¿Por qué no eres franco conmigo? Tengo que saber cuáles son tus problemas para poder ayudarte. ¿Cómo sabes quién soy yo? ¿cuándo estuviste en Nuremberg?, ¿dónde nos encontramos allí?, ¿quién eras tú en aquel entonces y cuál era tu nombre?
Lo miré a los ojos. Estaba a punto de estallar por dentro, tanto era mi deseo de comunicación y de liberación, pero permanecí callado. Mis labios estaban sellados por el miedo, por la desconfianza y por el horror que me causaba mi acción, y permanecieron cerrados con firmeza, como las puertas de una prisión.
-¿Cargas con una gran culpa?
Incliné la cabeza, las lágrimas brotaron de mis ojos y empecé a sollozar de forma convulsa y cada vez más desesperado. El cuerpo débil e infantil de Heinz Knotek fue sacudido como un delicado recipiente de porcelana en el que el agua empieza a hervir cuando las llamas son muy altas. Y este cuerpo ya no tenía a su disposición la tenaz fuerza del elixir. En su delicado sistema nervioso, tan sobrecargado ya, aquella conmoción horrible había desencadenado un cortocircuito provocado por el terror ante el hecho de ser descubierto, y por la insoportable tensión del deseo de una confesión cargada de arrepentimiento.
Amadeus Bahr, completamente trastornado y lleno de una compasión impotente, daba vueltas a grandes zancadas a mi alrededor. Con su mano fría y delgada me daba golpecitos en el hombro e intentaba consolarme.
-Bueno, bueno, jovencito... por el amor de Dios, deja de llorar... si quieres, no te preguntaré nada más... No llores... Al final te pondrás enfermo...

Yo quería, pero no conseguí poner fin a aquellos sollozos que me sacudían. Aquellos estertores me causaron un dolor punzante en el pecho, como si todo el arrepentimiento y todo aquel dolor desesperado que había en la pecaminosa y trágica vida de Hans Burgner se hubiera roto en lágrimas en el frágil cuerpo de Heinz Knotek. Desfallecido, sacudido por una fiebre nerviosa, permití que el Magister me desnudara, me llevara a la cama y me colocara compresas frías sobre el corazón.

En el amodorramiento de la fiebre, que me robaba los sentidos, se confundían los acontecimientos en mi conciencia. La pesadilla del tiempo me atrajo al pasado. Estaba en el granero en ruinas con su deteriorado tejado, a solas con Rochard. Me arrodillé ante él, y con la voz débil y temblorosa de Heinz Knotek le supliqué, le rogué, exigí de él el elixir. Luego, como si los demonios me hubieran impuesto el suplicio del cilindro de un organillo infernal, reviví el crimen, bañado en sudor, llorando y resistiéndome; el crimen se repetía una y otra vez, tal y como había sucedido entonces.

En un momento dado, cuando a causa de mis propios gritos fui capaz de regresar al presente, vi muy cerca de mí el rostro pálido y trastornado de Amadeus Bahr. Sujetaba mis brazos con todas sus fuerzas, porque yo quería saltar de la cama... pero las ardientes oleadas de fiebre me arrojaron de nuevo al asfixiante aire del húmedo granero, me precipitaron al rincón donde yacía como un montón oscuro el cuerpo de Rochard. Desde el dulce y anciano rostro, me miraban sus ojos muy abiertos, de un gris verdoso, y apunté con el ladrillo justo entre esos dos puntos de luz. Una y otra vez golpeé sin misericordia y de forma mecánica con la fijeza de los acontecimientos que ya no pueden volverse atrás, y una papilla caliente y sanguinolenta me salpicó la cara... entonces, de pronto, todo empezó de nuevo desde el principio. Mi espíritu se resistía desesperado, horrorizado y como loco contra aquella acción. De la pobre garganta infantil de Heinz Knotek brotaban gritos enloquecidos en la cama de la buhardilla de Marburgo. A través de la roja nebulosa incandescente de la fiebre, de los profundos abismos del pasado percibí la vocéenla que gritaba en falsete:

-¡No!... ¡No quiero!... ¡Piedad!... ¡Auxilio!... ¡Auxilio!... ¡Que se acabe de una vez!... ¡Mi mano... debéis sujetar mi mano... no debe matar!... ¡A mí tenéis que golpearme y pegarme..., a mí!... ¡Matadme a golpes como a un perro rabioso!... ¿Es que no lo comprendéis?... ¡Que cierre los ojos!... ¡Rochard debe cerrar los ojos!... ¡Que no siga mirándome fijamente... no debe mirarme así!... Flamel... Flamel no puede ni debe morir, y yo... yo debo matar una y otra vez... ¡Dios mío, ayudadme! ¡Dios mío, no volváis a permitirlo!... ¡Dios mío, no quiero volver a matar!... ¡Dios mío, ya no necesito el elixir!... ¡No de esta manera!... Hágase Tu voluntad... Hágase... ¡Auxilio! ¡Auxilio!... Otra vez...

Cuando el ataque remitió, la fuerza vital de Heinz Knotek empezó a extinguirse. La fiebre de aquella agitación horrorosa lo había consumido. La luz mortecina, que apenas se agitaba temblorosa en su cuerpo débil, deshecho en sudor, se apagó de forma definitiva a causa de la debilidad de su corazón, del corazón que había heredado de Stefan Knotek. Pero durante las horas que precedieron a la muerte volvió la conciencia y se consolidó. Desesperado, se aferraba al frágil hilo a través del cual la vida todavía permitía latir el martilleante pulso, que se detenía de vez en cuando, para poder escuchar las últimas palabras del Magister: El sabio anciano, que estaba sentado junto a la cama, oyó y comprendió el secreto que yo, Hans Burgner, el asesino de Eduard Anselmus Rochard, dejé salir a gritos de mi interior a través de la boca de Heinz Knotek.

12

La inoculación cósmica

Cuando el ataque de fiebre remitió y yacía allí tendido, con los ojos hundidos, abiertos de par en par y rodeados por oscuros cercos, me di cuenta de inmediato de que el *Magister* lo sabía todo. Lo percibí en su conmoción.

-Perdonadme ... -murmuré en voz baja, respirando con levedad. Él me indicó que guardara silencio.

-No digas nada... ¡pobre hijo mío! Puedo comprenderte... Y no tengo nada que perdonarte... Lo que vive no puede ser destruido. Rochard vive, pero ya no se refleja más en el espejo de la materia. Pero tú has caído en una terrible trampa. Querías atrapar la vida y te has perdido en el pantano de la muerte. Sé por qué has venido hasta mí. Ahora lo sé. Lo sé todo sobre ti y quiero ayudarte... en la medida en que un ser humano puede ayudar a otro. Quiero mostrarte dónde empieza el camino, pero tú debes dar el primer paso. Te diré todo cuanto pueda decirte sin peligro...

Cuando percibió el brillo de alegría agradecida en mis ojos y mi esfuerzo por decir algo, colocó su mano delgada sobre mi frente.

-¡No digas nada! Necesito tus fuerzas. Por eso no hago llamar a tus padres... cada momento es valiosísimo... ¿o quieres que mande a buscarlos?

Yo sacudí con fuerza la cabeza.

-Está bien. Comprenderás que no puedo darte más que indicaciones. Lo que debes hacer no te resultará por ello más fácil ... El elixir que conseguiste mediante el asesinato te ha convertido en un esclavo en el punto más bajo del mundo emocional. Para ti fue como un veneno mortal. Y contra ese veneno tan sólo existe un antídoto: la transmutación. Deberás llevarla a cabo y hacerlo en los tres niveles al mismo tiempo. La transmutación es tu salvación. Tienes que esforzarte, aprender y experimentar hasta que hayas descifrado el secreto de las tres llaves que abren al mismo tiempo. Esta operación no puede hacerla nadie por ti. ¡Escucha! ¡Debes encontrar la *Materia Prima!* Descubrir cómo se llama aquella materia original, que oculta en sí misma la muerte, la putrefacción y la resurrección. Debes abrirte paso hasta el gran y oscuro seno materno, del que procede la vida. Este es el punto más decisivo del nivel material y la atadura sólo puede deshacerse en él. Esto nunca sucederá en los dos niveles más elevados, el nivel astral o el nivel mental, porque en ese caso la materia sigue atada. En lo astral y en lo mental no se da el nivel material, pero lo astral y lo mental existen en el nivel material. Todo esto ahora todavía puede parecerte incomprensible y confuso, pero quiero inoculártelo. ¡Busca el sentido! Todo tu ser, todas tus experiencias responden a que detrás de todo hay un sentido. La simultaneidad es sólo posible en el mundo lleno de pesadillas de la materia. En una estancia se reza, en otra se blasfema. En una se asesina, en otra se engendra. En el Evangelio se habla de las dos mujeres que están recolectando en el campo, y se dice que una es tomada y la otra rechazada...; en ese campo, en el nivel de la materia, pueden estar una junto a la otra según las leyes del cuerpo. Todas las posibilidades existen en esta Tierra: la posibilidad de la condenación, pero también la de la resurrección. *El ser humano es el equinoccio del Cosmos. Es la encrucijada de todas las fronteras.*

»Por lo tanto, ¡la transmutación debe tener lugar en los tres niveles al mismo tiempo! El desarrollo de la operación es un proceso que, en contraposición con el esfuerzo, se encuentra en el ser, en dirección opuesta al proceso del deseo, el engendramiento y el nacimiento. El nacimiento es un movimiento en dirección hacia la materia. El polo opuesto del nacimiento es la muerte. Todos los sabios y filósofos llaman sin interrupción a las puertas de la muerte, porque saben, sienten o intuyen que detrás está la solución a todos los misterios, la libertad y la resurrección. Según los adeptos a la alquimia todo debe morir y descomponerse antes de poder resucitar. En el ámbito del cuerpo físico, por lo tanto, la transmutación está en oposición al engendramiento y al nacimiento, pero guarda analogías con ellos, sólo que en dirección opuesta. Para ello es necesaria la comunicación del principio femenino y masculino, la *boda química.*

»En la boda química, que tiene lugar en el seno original de la *Materia Prima*, resuena una irresistible palabra: el conjuro que convoca a todas las fuerzas físicas y astrales del mago, las formas materiales y emocionales creadas, también aquellas que vagan errantes expulsadas como *Golem*, y también las que descansan en estado latente.

»La *Materia Prima* es ese matraz en el que el mago, en la medida que la transmutación ha tenido éxito, mete al espíritu en plena posesión de su fuerza y el complejo de la creación que hasta el momento vagaba sin dirección. Y este espíritu estará ahora a su servicio y cumplirá todos sus deseos. Sus fuerzas regresarán a él, las dominará, y su poder será ilimitado. Pero el éxito del experimento dependerá de que él haya dado muerte en su propio interior al deseo de poder. Porque sólo puede conseguir la piedra filosofal quien efectivamente la utilice al servicio de la sabiduría y vea en ella las llaves que abrirán ante él las tres puertas de la liberación.

* * *

La ola del enorme océano me azotó de nuevo y me arrancó de los débiles y pequeños pilares del cuerpo de Heinz Knotek. En el suelo del cuartito apareció en tres dimensiones el rostro del delgado y bendito anciano que se inclinaba sobre mi cama. De nuevo me revolcaba en la sucia espesura astral, de un verde negruzco, echando espumarajos por la boca como un lobo guía expulsado, rodeado de una manada de lobos hambrientos, asustados y espantosos. Para entonces ya sabía que mis acompañantes, los apocalípticos monstruos y signos de mal augurio, eran yo mismo, formaban parte de mí, eran mis criaturas, mis propias fuerzas, que me dominarían mientras yo no consiguiera dominarlas a ellas. El salvaje huracán del miedo y de las sensaciones me zarandeaba de aquí para allá, me arrastraba, pero ellos, impotentes, iban conmigo, encadenados a mí por cientos y cientos de cordones umbilicales. Si los seres humanos asistieran alguna vez a la aparición de estas formas extravagantes, asombrosas, infames y malignas, si descubrieran el terrible secreto de su propio ser, de su fuerza vital, nunca permitirían que brotara en ellos ni el más mínimo pensamiento instintivo, lascivo, emocional: matarían sus pasiones, de la misma manera que el ser humano destruye los huevos de cobra.

Este estado entre la vida y la muerte tan sólo se diferenciaba de aquella otra condición de la época anterior al nacimiento de Heinz Knotek, por el hecho de que yo tenía una idea. La minúscula semilla de la idea de la transmutación había empezado a germinar en mí. En medio del vertiginoso caos de voces y formas, de aquel torbellino de fuerzas que me atraían y amenazaban con absorberme con todo su poder, me agarraba desesperado a mi objetivo, y me aferraba a él con fuerza como a una boya sacudida por la tormenta, que sale una y otra vez a la superficie a través de la espuma sucia. En medio de los rojos torbellinos de la voluptuosidad que giraban por encima de cuerpos humanos que se apareaban, hubo algunos que me atrajeron sedientos, y aunque me dispuse a acercarme a la oscura puerta gris, la idea en la que concentraba todas mis fuerzas y todos mis pensamientos tomó en mí una extraña figura, que no me permitió cruzar ese umbral. Gracias a la idea mágica de la transmutación me especialicé, lo que me llevó a cambiar mi estructura y a exigir otras condiciones.

No fue fácil, con aquel extraño embarazo anímico, echar el ancla en algún lugar. Todas las veces que encontré un útero que establecía contacto conmigo con su afinidad nerviosa, sensible y extravagante, era incapaz de llevar el embarazo a término. O bien me expulsaba, o bien no podía acumular la suficiente fuerza vital para que yo pudiera sobrevivir más de un par de meses después de mi nacimiento. Fueron experimentos agotadores y horribles aquellos intentos de concepción, de desarrollo embrional, de nacimientos malogrados y de muerte, hasta que por fin conseguí alcanzar tierra firme el 25 de diciembre de 1616.

13

Sol y Luna

Me pusieron el nombre de mi padre, que en el momento de mi nacimiento ya tenía bastantes años, y me llamaron Giuseppe Francesco Borri. Borri aparece en la historia de la alquimia bajo el famoso nombre de Burrhus. Aquella parte de mi vida que se había desarrollado en el mundo exterior no había sido más que el símbolo de un enigma cuya solución se encontraba en muy diferente lugar. Los atributos que fueron ligados al nombre Burrhus se basaban en la estrechez de miras, en el rechazo de personas de pocas luces frente a lo inusual y lo incomprensible. Burrhus en modo alguno era un charlatán sin escrúpulos que se valiera de cualquier medio para conseguir el objetivo de asegurarse una vida regalada. ¡Qué lejos estaba yo, ya entonces, del deseo de una vida regalada! Pero, ¿qué habría podido revelar a mis contemporáneos acerca de mi verdadero objetivo?, ¿a quién podía permitir echar una ojeada a mi cosmos interior acosado y lleno de cataclismos?, ¿a quién podría contarle algo acerca de mis extravagantes ataduras y sobre mi trágica unión con el Homunculus?

Mi padre era médico y la práctica de la alquimia era su ocupación predilecta. Su carácter apacible, que le hacía eludir cualquier discusión siempre que le fuera posible, lo hacía retroceder con espanto ante aquellas luchas apasionadas que había en torno a aquella ciencia, por lo que se dio por satisfecho con modestos éxitos parciales. De haber vivido en la época actual, lo más probable es que se hubiera dedicado a la biología en algún instituto pequeño y gris. Mi madre era una criatura enfermiza e hipersensible, mucho más joven que su esposo. Había llegado a la casa en calidad de lejana pariente pobre para ocuparse de las tareas del hogar. Pero con ella entró una dulce alegría en la vida de mi padre, que le tomó a aquella mujer frágil y adorable un cariño infinito, sin pensar ni en sueños en llegar a tomarla por esposa. Fue mi madre la que quiso casarse con él. Todo el mundo consideró sus propósitos un capricho incomprensible y se hizo lo imposible por quitarle de la cabeza la idea de querer unir su vida a un hombre que era veinticinco años mayor que ella. Pero mi madre no se dejó disuadir de su plan y por fin consiguió confundir, conmover y asombrar con sus argumentos a su elegido, a ese hombre que se asustaba incluso ante la evocación de un tardío temporal como aquél. Ya no contaba con que pudiera aparecer en su destino una posibilidad semejante, y tampoco la deseaba. Ansiaba reflexionar en soledad, la tranquilidad senil de su cama no compartida.

-Se podría escudriñar el mundo entero -argumentaba mi madre- sin encontrar a una mujer o a un hombre con quien poder pasar la vida en paz, siendo amigos y manteniendo sensatas conversaciones. Soy demasiado débil para soportar la ruda pasión de los jóvenes fuertes y ardientes, y tú no eres lo bastante joven como para encontrar una compañera que se ocupe de todo, que comprenda tus pensamientos y tu trabajo y no altere tu tranquilidad con absurdas incongruencias. A ninguno de los dos nos gusta estar solos, ambos nos sentimos a gusto en compañía del otro. ¿Por qué no deberías casarte conmigo?, ¿sólo porque no responde a la norma establecida? i Gracias a Dios, ni tú ni yo encajamos dentro de ninguna norma! Todo depende de si decidimos atrevernos a emprender el único camino correcto, a pesar de la opinión de la gente... ¡de si nos atrevemos a ser felices a nuestra manera!

No fue tanto la magia de aquel cuerpo joven, sino más bien la personalidad de mi madre, encantadora, generosa y original, la que venció las dudas de mi padre. Incluso en mi presencia se reían a menudo de las circunstancias de su boda, de la energía de aquella muchacha joven, por lo demás más bien pasiva y obediente, que al final consiguió imponer su voluntad.

El matrimonio dio la razón a mi madre. Amables y desapasionados, mantenían un trato mutuo lleno de ternura. No necesitaban más que lo que recibían del otro. El misticismo, las alucinaciones de mi madre, las extrañas historias contadas en voz baja, llenaban a mi padre de admiración. Él respetaba a aquella persona que estaba llena de cosas santas. La dejó participar en sus trabajos, le pedía consejo, confiaba a ciegas en sus palabras e intuiciones, se adaptaba a sus veleidades nerviosas y sufría con ella cuando se veía atormentada por migrañas, ataques de vértigo o su período femenino. Y mi madre

estaba satisfecha y agradecida por su fe incondicional, por el entusiasmo con el que rodeaba a su esposo, y por el papel de guía espiritual que le había sido asignado. Sus caracteres, defectos y virtudes, encajaban entre sí como los bordes de un cántaro roto. Cada uno por su cuenta era extraño, incomprensible y sin forma, pero juntos formaban una unidad, completa y cerrada en sí misma.

Este fue para mí un terreno bien abonado. Por fin había llegado a un entorno que se asemejaba a mí en su peculiaridad y extravagancia. Me sentí como un animal que tiene que esconderse bajo la protección del perfecto mimetismo. No necesitaba ocultar mi eterna angustia, la permanente presencia de otro mundo, ya que mi padre creía con convicción en su existencia, mientras que mi madre por otro lado la percibía, a veces incluso la veía. Su cuerpo de muchacha, que no se había desarrollado lo suficiente, su sistema nervioso que reaccionaba al más leve influjo, no eran más que un velo transparente ante su tercer ojo, abierto al mundo de los espíritus, y observaba ese reino como desde detrás de una cortina de tul que por las noches se cuelga en las ventanas y a través de la cual se vislumbran a la luz de la luna los perfiles del jardín resplandeciente.

Siempre que los recuerdo, no puedo dominar la emoción. ¡Cuánto me amaron! Su amor era ilimitado e incansable. Cuántas veces, desde que yo era un niño de pecho, permanecieron sentados junto a mi cama, respirando con suavidad, cogidos de la mano, sin apartar los ojos de mí, contemplándome expectantes cuando mi alma erraba por el laberinto del mundo astral o mi cuerpo infantil se bañaba en sudor a causa de los recuerdos. Si me despertaba sobresaltado de mis sueños, siempre me encontraba con esos dos pares de ojos ante mí, resplandecientes de dulzura y ternura.

Mi madre percibía lo que me sucedía y sabía lo que tenía que hacer. Era la primera mujer en mi vida por medio de cuya figura bendita comprendí el misterio del otro sexo. Detrás de la existencia de mariposa de la mujercita meticulosa, ansiosa, egoísta, caprichosa, excitable y superficial, en su figura vislumbré los perfiles del dulce y gran ser maternal. Sólo a su lado empecé a sospechar que la solución de las cosas debía buscarse en ese ser protector, atento, que todo lo entiende, sanador y femenino.

Mi madre era la única que podía mantener alejados de mí a mis espíritus atormentadores. Con sus manos delgadas, de largos dedos, huesudas y llenas de venas, me acariciaba el cuerpo tres o cuatro veces. Todavía hoy veo la expresión de su rostro en esas ocasiones, atenta, concentrada en su propio interior: sus grandes párpados hinchados y abolsados caían sobre sus ojos, y yo creía poder ver sus ojos brillantes, acariciadores, castaño claros, incluso a través de los párpados. Despacio, dejaba resbalar su mano sobre mi cuerpo bañado en sudor, encogido y convulso. No me tocaba, podía percibir la distancia entre la palma de su mano y mi piel, pero aun así, podía notar un contacto tibio y dulce. La rigidez me abandonaba, la sofocante proximidad astral remitía, el denso olor a podrido desaparecía y mis pulmones se llenaban de aire fresco. Mis miembros se relajaban. Una agradable sensación de cansancio se apoderaba de mí como un fresco soplo de viento. Me adormecía. Una imagen recurrente me permitía abandonarme al sueño en las noches de insomnio: yo estoy echado boca arriba, con los ojos entornados, en el interior de un bote, que se desliza sin hacer ruido sobre aguas transparentes y tranquilas como un espejo. En la proa del bote hay una figura, de espaldas a mí, que lleva una larga túnica de color pálido, con capucha, remando con movimientos lentos y silenciosos. A mi alrededor el agua está tranquila, me rodea un aire nítido, y por encima de mí hay un cielo claro, que se refleja en el agua y que se cierra en un círculo. Así viajamos los dos con un objetivo desconocido a través del espacio infinito hasta que nos fundimos en la modorra de esta luz fresca e idílica...

Cuando se trataba de mí, el ingenio creativo de mi madre no tenía límites. Importunaba a su mundo interior con insistencia, con toda clase de deseos y súplicas de ayuda, insistiendo hasta que conseguía traspasar las puertas del misterio. Sola por completo, avanzándose a su tiempo, sin haber oído hablar jamás en su vida de ello, se adentraba en su profundo misterio, descubriendo antiquísimos métodos que se hallaban bajo el sello de revelaciones ocultas. Abriéndose paso, atenta, hacia su propio interior, desenterró en sí misma soluciones y respuestas que demostraron ser auténticas llaves. Cuando se dio cuenta de la forma tan despiadada en que yo era perseguido, cuando fue consciente de mi continuo terror, que sólo se calmaba durante un breve espacio de tiempo bajo sus caricias mágicas, consiguió hacerse con el secreto de «la capa protectora», gracias al delicado instrumento de su propia alma, en

algún lugar procedente del *Ákasha.* Noche tras noche me envolvía en una capa protectora invisible, tejida de concentración.

-Ahora te tapo bien -decía en voz baja, mientras permanecía sentada en mi cama con una expresión seria y concentrada en el rostro. Yo sentía el tacto fresco de una tela suave e invisible que rodeaba mi cuerpo doce veces a lo ancho y doce veces a lo largo. Era un contacto dulce y leve que me hacía un bien infinito. Sabía que estaba envuelto en una envoltura de momia impenetrable, que me protegía como una coraza contra la intrusión de las furiosas garras astrales. El tejido se derramaba a través de los ojos de mi madre, desde su alma: un tejido limpio y denso, más fuerte que cualquier pecado y cualquier pasión, porque me envolvía con un amor insuperable y con una voluntad invencible.

En una ocasión escuché una conversación que mantenían sobre mí. Por aquel entonces yo tenía once años; les había revelado algunas cosas, pero todavía no podía decirles que me acordaba de mi vida anterior, de mi nombre y de mis acciones. No les ocultaba mi forma de pensar, que era mucho más madura de lo que correspondía a mi edad, mis oscuras relaciones con el otro mundo; pero temblaba ante el pensamiento de que me rechazaran llenos de espanto en cuanto conocieran mi pecado. La conciencia viva de mi identidad estaba despierta en mí de forma permanente. Consideraba mi cuerpo una mera máscara y me reconocía a mí mismo en ese envoltorio, como aquel Hans Burgner, el asesino, que intentaba huir de su pecado. El ser humano, que se siente atormentado por la curiosidad, que se mueve dentro de las limitaciones del tiempo y del espacio, nunca puede comprender en toda su magnitud esa gracia que, como un regalo divino, cae en su regazo gracias a la carencia de cualquier recuerdo, gracias a la *tabula rasa* que se produce en cada reencarnación de un mismo ser, ya que si se diera todo al mismo tiempo, sería para él sencillamente insoportable. En la actualidad, los médicos intentan por medio de precavidos y laboriosos experimentos hacer aflorar desde el subconsciente las heridas y pequeños delitos de una única vida y analizarlos. E incluso esas minúsculas piedras que se han sumergido, ¡cuántos impedimentos pueden construir, cuántos trastornos del sistema nervioso pueden causar! ¿Cómo podría el ser humano con su alma lábil, que se balancea en el fino alambre de una única generación gravada por el miedo, soportar la carga infinita de la reencarnación, del afán de gloria y de los tormentos de la muerte, persiguiéndolo durante generaciones?

Mi padre y mi madre estaban sentados en el pequeño patio interior cuadrado, cubierto de baldosas de mosaico negras y blancas, en el que reinaba una paz inusual. En el centro, sobre la superficie del agua irisada de un pequeño estanque, temblaba un ligero velo de polvo. En el borde del estanque ronroneaba nuestro gato de pelaje rojizo, agazapado bajo el alto ciprés, que exhalando un velado perfume, con sus ramas planas y levantadas, de un verde grisáceo, crecía hacia lo alto en un lugar del jardín donde la tierra quedaba al descubierto. Bajo este árbol se sentaba también mi madre en su sillón de brazos de respaldo rígido y bordaba flores con hilos de colores, en un pedazo de seda que brillaba como la laca. Siempre llevaba un vestido azul. De las largas mangas ahuecadas de su corpino de terciopelo azul oscuro, de escote cerrado, asomaban los pliegues de lino azul claro. Cubría su pelo rubio ceniza, peinado en pequeños tirabuzones, con una redecilla de seda también azul. En el pecho y en los dedos portaba antiguas joyas, una de las cuales mostraba un extraño dibujo: una figura de mujer, de pecho plano, alta, delgada, metida en un triángulo invertido, que pisoteaba la cabeza de una serpiente. Su tía, una anciana monja, le había dejado esta joya en herencia. Había muerto cuando mi madre todavía era una niña pequeña. Esta Virgen gótica de plata, vestida de esmalte azul, y la serpiente despertaban mi interés, pero mi madre no quería revelarme el significado de ese símbolo, y cada vez que le preguntaba, se inquietaba y entristecía. Sólo más tarde comprendí el porqué. Mi padre descansaba su dolorido pie sobre un taburete, debía de padecer reuma, y sostenía los hilos a distancia cuando elegía los colores para un bordado. Era un hombre alto y fuerte, con unos alegres e infantiles ojos azules.

Irradiaba la afabilidad propia de las personas corpulentas, bondad y una torpe disposición a mimar a los demás.

Ese día yo tenía un poco de fiebre y después de comer me acosté. Mi madre, con su maravillosa intuición, me había preparado una bebida refrescante y amarga contra la calentura: zumo de limón mezclado con miel y agua. Cuando me desperté solo en mi habitación, me levanté y, tras ponerme las zapatillas de suela de tela, me dirigí hacia el patio donde a esas horas siempre solía encontrarme con mis padres. Estaba a punto de correr la cortina cuando percibí la voz inquieta de mi padre.

-¿Francesco?

-Sí -respondió mi madre-. Francesco sufre bajo un gran pecado.
-¡Si supiera de dónde sacas esas cosas, Marietta!
-Lo percibo.
-¡Esta vez te equivocas, muchacha! Francesco no podría hacer daño ni a una mosca. ¡Acuérdate si no de cómo suplicó a la vieja Lena que no cortara el cuello a los pollos!
-También esto es una prueba de lo que te digo. Por lo general, los niños son crueles y sanguinarios, porque al nacer han bebido del agua del olvido. No saben lo que se oculta detrás de la sangre y el grito de muerte. Francesco, sin embargo, sí lo sabe. Francesco se acuerda, pero no se atreve a hablar de ello. Si pudieras percibir una sola vez su entorno invisible y conectar con sus miedos, que van más allá de todos los miedos infantiles, comprenderías lo que quiero decir.
-Pero, ¿qué es lo que teme?; ¿de qué puede acordarse?
-Algún día nos lo contará, tan pronto como descubra que nada de este mundo podrá apartarnos de él.
-Si crees que hay algo que no se atreve a confesar, ¿por qué no lo animas a hacerlo?
-Porque tendría tan poco sentido como ponerme delante de un árbol en primavera y animar a sus verdes brotes a convertirse en pocas horas en frutos maduros y rojos. En Francesco la confianza todavía debe madurar, porque está infinitamente solo, retraído y horrorizado, como lo están todos los perseguidos...
-¡Marietta, Marietta! ¡Me llenas de confusión y de inquietud! -exclamó mi padre.
-No creas que no lo lamento, Giuseppe, pero, ¿qué quieres que haga? Ya no puedo seguir llevando sola la carga de mi preocupación y de mis penas.
-¡Marietta mía, tú ves fantasmas! ¿Quién iba a querer perseguir a nuestro pobre y temeroso Francesco? Si apenas da un paso fuera del jardín... crece aquí, ante nuestros ojos...
-El pecado de Francesco es un viejo pecado y no lo ha cometido con este cuerpo.
-Oh... ¿en eso es entonces en lo que estás pensando?
-Sí.
-¡Dios mío! ¡En ese caso, detrás del rostro angelical de cualquier niño habría que buscar a un asesino!
Mi madre se inclinó hacia delante, lo vi con toda claridad a través de la ranura que se abría entre las cortinas de la habitación, que poco a poco se iba consumiendo en la oscuridad. Puso su mano sobre la mano de mi padre. Graves preocupaciones llenaron de profundas arrugas su alta y pura frente.
-Escúchame e intenta de una vez comprenderme del todo. El sufrimiento de Francesco es más grande que el sufrimiento de cualquier otra criatura, porque ha traído consigo el recuerdo de su acción también a su nuevo cuerpo. Es como si a una persona le cortaran los dos párpados, de manera que tuviera que estar viendo y mirando con los ojos abiertos y fijos en la eternidad. De esta manera se le niega a Francesco esa bendita ceguera que es inherente al sueño de la muerte, al nacimiento, a la ignorancia de los años infantiles y a los años que van pasando de forma superficial en la edad adulta. ¡Si supieras lo agotado, lo atormentado que está! ¡Y cómo el miedo destruye por medio de la tensión sus últimas fuerzas! ¡Y yo no puedo ayudarlo! ¡No puedo hacer nada por él! ¡A veces quisiera yo misma huir en la muerte de mi propia impotencia y desesperación! -Su voz fue ahogada por las lágrimas. Ocultó el rostro con ambas manos y sollozó con suavidad y desesperación. Mi padre alargó los brazos hacia ella y la tomó, como a un niño, sobre sus rodillas. El jardín se sumergía ya en un crepúsculo plateado y sus figuras se difuminaban bajo la densa sombra del ciprés. A través de esa niebla nacarada, me llegaba el murmullo tranquilizador y consolador de mi padre.
-Tranquilízate, querida... No te atormentes... Calma, hay que conservar la calma... Sé que tú nunca huirías de forma pecaminosa de los sufrimientos y de la responsabilidad. Todos nosotros nos vamos forjando en la sagrada vasija de Dios, y todo aquel que es tocado por el torturante y maravilloso fuego del amor debe considerarse afortunado... ¿Acaso no amamos nosotros a Francesco más que a nuestra propia vida?... ¿Quién iba a comprenderlo, quién iba a consolarlo si también nosotros le falláramos? Viviremos tanto como nos haya sido concedido ¡y nos mantendremos a su lado!... Si él ha cometido un error, nosotros no dejaremos en paz al cielo y suplicaremos perdón, cuando esté cansado le prepararemos su cama con nuestra ternura, y cuando tenga miedo le protegeremos con cuerpo y alma.
-Giuseppe... mi bien amado... -Percibí la voz ahogada en llanto de mi madre. La oscuridad del atardecer caía ya sobre nuestro jardín-. ... Soy débil como la pálida y endeble Luna. ¿Dónde estaría yo sin la firme y vivificadora energía solar que tú tienes?

-Eso está bien, Marietta... el Sol y la Luna son un poderoso tiro místico. La auténtica unión de dos seres sólo puede llevarse a cabo allí donde un alma irradia las cualidades de la Luna, mientras que la otra irradia las del Sol...

Mi madre se levantó, de manera que su cabeza quedó iluminada por la luz crepuscular de la Luna. Se pasó la mano por la cara.

-Cuánto duerme hoy Francesco...

-Es por la fiebre.

Cuando mi madre, con una vela en la mano, se acercó a mi cama, me encontró con los ojos cerrados echado de espaldas. El roce de su vestido me reveló que se inclinaba sobre mí. Sus suaves dedos tocaron mis mejillas húmedas.

-Ha llorado -susurró hacia atrás.

-Ha llorado en sueños, querida...

¿Por qué fingía ante ellos? ¿Por qué no me había precipitado corriendo al jardín? ¿Por qué no me arrodillé llorando ante ellos, golpeando mi pecho? ¿Qué me detenía? ¿Quizás una falta de confianza? No. Sabía que podía confiar más en ellos que en mí mismo. Sabía que su amor era ilimitado e incondicional. ¿Por qué me había vuelto a meter en mi cama, con los ojos cerrados, la boca apretada, mudo? ¿Por qué fingí dormir cuando nunca antes se me había ofrecido una oportunidad semejante, que me atraía con la fuerza vivificadora y curativa del amor? Todo mi interior respondía desde ese caos ardiente a esta llamada. Todos mis recuerdos oscuros, horribles, petrificados, se desataron, se rompieron contra las rocas, contra las esclusas, en el enloquecido deseo de desbordarse por fin por los canales de las palabras; pero permanecí mudo. Me vi paralizado por un sentimiento absolutamente nuevo, el de la compasión. Si sólo pensara en mí habría descargado mi pesada carga sobre ellos, buscando alivio con ansiedad. Pero desde que podía pensar, me invadió un anhelo afectuoso, nunca antes experimentado y dolorosamente dulce, el deseo de proteger a alguien. Ante Amadeus Bahr, todavía habían sido la vergüenza, el miedo y una reservada precaución lo que siempre me había impedido hablar. Sin embargo, esta vez quería llevar la carga de la responsabilidad de mis pecados yo solo. Sentía que, a pesar de lo mucho que mis padres se preocupaban por mí, les resultaría más fácil soportar esta situación que conocer mi pasado y sus consecuencias.

Durante días, durante semanas, lucharon en mi interior la necesidad de hablar y la reflexión. Mi madre, que probablemente percibía mi lucha interior y que también sabía que ya no me quedaba mucho tiempo, se decidió a hablarme con franqueza y empezó a rogarme llorando que me desahogara de una vez. Cada vez que me alejaba de ella, mi resistencia se veía rota por sus lágrimas y sus palabras; lo que más habría deseado habría sido correr y contárselo todo. Pero cuando me encontraba frente a ella, me horrorizaba su doliente aspecto. Esperaba otro niño y había adelgazado terriblemente. No podía retener ningún alimento, sufría dolores de espalda, apenas podía caminar y al final no quiso levantarse más de su cama. Incluso mi padre enfermó de preocupación.

Una noche sucedió lo que todos habíamos temido. El parto prematuro se inició con una violenta hemorragia. Debían ser unos dolores inhumanos los que desgarraban el delicado y débil cuerpo de mi madre. Lanzó inarticulados gritos de dolor, que se repetían de forma rítmica, y que salían de su boca, a veces más débiles, a veces más fuertes, como las arias terribles de un compositor de ópera enloquecido. Esta voz estremecedora llenó la casa de espanto y de desesperación impotente. Aún hoy me invade todavía aquella absoluta confusión intuitiva con la que vagaba por las habitaciones a oscuras, que estaban llenas de mujeres de una palidez horripilante, de una silbante corriente de aire, de ligeros murmullos, de chapoteos y de asmáticos y enfermos olores. En mí se agitaba el pánico ante lo desconocido, ante el destierro, ante el absoluto desamparo. Me escondía en apartadas habitaciones de los gritos ensordecedores del tormento. Murmuraba, tartamudeando para mí mismo, con los dientes castañeteándome, dejando escapar palabras sin sentido, rezando y maldiciendo, me arrojaba en las camas abandonadas de la servidumbre, tapándome los oídos y, enloqueciendo, exigía:

-¡No! ¡No! ¡No quiero que esto suceda! ¡Es infame y malvado hacerle daño a ella! ¡Ella es buena! ¡Eso ya lo sabes tú mismo! ¡Tú mismo sabes que es mejor que todos y que es débil! ¡No debes atormentar a esta pobre mujer, menuda y débil! ¿Te enteras? ¡Nó la atormentes! ¡No puedes hacerle

daño! ¡Dios! ¡Dios mío! ¡Ayúdala de inmediato! ¡Ahora mismo! -Su voz siguió chillando, me fustigó hasta hacerme huir al jardín, pero la preocupación me hizo volver.

Los gritos no cesaban. Dos días y dos noches laceraron nuestro corazón y nuestra alma como un cilicio. Vi cómo Maddalena, la comadrona, sostenía al segundo día a mi padre cuando éste abandonó la sala de partos. Lo conducía como a un niño. Mi padre lloraba y se lamentaba, sin ocultar el rostro.

-¿No vais a dejarla morir, verdad, Maddalena? ¡Por el amor de Dios, no permitáis que mi pequeña niña se desangre! -Estaba en camisa, con manchas de sangre dibujadas sobre el lino blanco. Su mano temblaba y se tambaleaba como un borracho. Maddalena lo condujo hacia el sillón.

-Dejadlo en nuestras manos, tened calma, *Messer* Borri. Hacemos todo cuanto podemos por ella. De todas formas, vos no podéis seguir ayudando, apenas podéis sosteneros en pie.

-No... no... debo volver... debo volver... -repetía el pobre hombre de forma mecánica. Sus párpados se cerraban pesados como el plomo una y otra vez. Por algunos instantes le sobrevenía la impotente inconsciencia del sueño, luego volvía en sí con un estremecimiento, se levantaba de un salto y se apresuraba con paso tambaleante a volver a la habitación.

Mis propios sufrimientos físicos, el ácido concentrado y corrosivo de mi miedo, mi vergüenza y mi conciencia de culpa no podían abrir en mí una herida más ardiente que la compasión que sentía por mi padre y mi madre.

Al tercer día se hizo el silencio. Pero ya antes pudo percibirse en su voz débil y rota, que las fuerzas de mi madre estaban agotadas. El silencio que cayó sobre nosotros era mucho más horrible que los gritos desatados. En las habitaciones, donde reinaba un desorden absoluto, y que se encontraban como paralizadas, sumidas en las sombras del crepúsculo y de la muerte, se detuvo toda vida. También los seres desasosegados, que actúan en las sombras, se quedaron petrificados y enmudecieron ante la desolación de su lucha sin esperanza. Por entonces se produjo un ligero movimiento deslizante. Mi padre se acercó, viejísimo y encorvado, y tomó mi mano. La húmeda palma de su mano estaba fría como el hielo. Me condujo al dormitorio matrimonial, sobre cuya cama desordenada yacía tendida mi madre como la víctima de una titánica lucha. La habitación estaba llena de sillas caídas, ropa tendida y manchada de sangre, cubos con un contenido horripilante, charcos de agua y de sangre por el suelo; un olor pesado y dulzón pesaba en el ambiente. Sin embargo, la figura que yacía sobre la cama, desangrada, con el rostro pálido como la cera y con los labios violetas, irradiaba dignidad y producía una impresión que infundía respeto. Nos acercamos. La extraña expresión expectante y alegre de ese rostro desconocido y huesudo que descansaba sobre un montón de almohadones, me sorprendió. Era como si detrás de los ojos cerrados aguardaran voces importantes, llenas de esperanza, que desde algún lugar llegaban hacia ella. En su mano extendida, exangüe y transparente, brillaba mate el anillo de plata con la Virgen gótica que pisoteaba la cabeza de la serpiente, y en ese momento fue como si en mi interior percibiera la dulce voz susurrante de mi madre.

-¿Comprendes ahora?... Nunca debería haber amado ni dado a luz... El iniciado debe pisar la cabeza de la serpiente... Eso dice el mensaje que la hermana Beatriz, la monja, transmitió... el mensaje a todos los caídos, pero nunca liberados de sus votos... Sacerdotisa... Las sacerdotisas de Isis son ahora las monjas... oh, Isis... Isis...

Estas sentencias resonaron de forma inesperada, como si tuvieran voz propia, en la estancia vacía. Me estremecí y me incliné acercándome más a mi madre para poder leer lo que viniera de sus labios, pero su boca fría era ya una puerta cerrada para toda la eternidad, y su cuerpo una ruina cuya habitante ya lo había abandonado. Sin embargo... mi corazón aceleró sus latidos. Tras el brillo vidrioso de sus ojos, ligeramente entreabiertos, se asomó su alma y me saludó, esa alma que ya se había abierto a niveles más puros, con una sonrisa casi alegre y de complicidad, como si quisiera infundirme valor:

-Francesco... ¡estoy viva!... Siempre he vivido... ¡y viviré por toda la eternidad!

Este estímulo incorpóreo hizo que el miedo, ya convertido en hielo, se fundiera en mi interior y se transformara en una extraña e incomprensible esperanza. Y bajo la influencia de este gozo trascendente empezaron por fin a fluir mis lágrimas, que durante tres días de tinieblas no habían podido derramarse.

14

Reflejo

Y el instante de comunicación pasó. Mi madre murió, y mi padre, debido a este golpe del destino, se convirtió en un anciano lloroso y enfermizo. Su espíritu cambió de tal modo que asustaba a todos. El hecho de que mi madre estuviera muerta se le escapaba cada vez más. Con el corazón lleno de temor yo observaba cómo, de vez en cuando, con el pie enfermo, salía de debajo del ciprés y me hacía un gesto a través de la ventana, con una sonrisa dulce y radiante.

-¡Apresúrate, mi querido Francesco, trae las llaves! Tu madre pronto volverá de la iglesia.

-Ya voy, padre. -Habría querido gritar de desesperación a la vista de aquella alegría radiante que al mismo tiempo era horripilante y digna de compasión. Mi padre se impacientaba.

-Tráeme de una vez las llaves, ¡si no tu madre no podrá entrar!

Tan pronto como le ofrecía las llaves que me había pedido, alargaba codicioso la mano, se acercaba cojeando al portón, metía la llave en la cerradura y la hacía girar, abría el portón de par en par y esperaba. A veces miraba con una sonrisa expectante hacia la calle, con una sonrisa que revelaba la alegría que le producía aquel momento feliz que se acercaba, luego salía a la calle. Angustiado yo le seguía. Entonces me sonreía, dándome ánimos, aunque su sonrisa ya revelaba una creciente inseguridad.

-En seguida va a doblar la esquina... -decía y asentía sin sentido, con la cabeza temblorosa.

Allí estábamos de pie, en una espera plúmbea y sin esperanza, mientras que él, debido a su pie enfermo y a su creciente desaliento, apoyaba su peso cada vez más en mí. No me atrevía a hablarle o a llamarlo, ya que esos ataques de pérdida de memoria siempre conducían al mismo fin. En su rostro se apagaba la sencilla y amable sonrisa, feliz e infantil, y se ensombrecía con una preocupación racional y antiquísima.

-Vamos dentro -decía en voz baja-. Pobre hijo mío... -Se apoyaba sin fuerzas en mí, con todo su peso, y dejaba que lo condujera al jardín, para sentarse debajo del ciprés.

* * *

María Dora, una religiosa pedante y solterona, administraba nuestra casa. Era una tía de mi padre, una hermana de su padre, una auténtica figura secundaria de esta vida. Ella era quien cuidaba a los enfermos de la familia hasta que se morían, quien atendía a los recién nacidos, y nunca dejaba de quejarse de su ingratitud cuando los niños emprendían el vuelo, porque se cerraban ante ella y rechazaban sus intromisiones en sus pequeños asuntos. Era buena y se sacrificaba, pero por extraño que parezca, la mayoría de las veces sólo cosechaba desabrimientos y se convertía en una carga para aquellos a los que cubría con sus desvelos. Tenía que tener siempre a alguien cerca para mimarlo, para obligarlo a comer, a beber y a descansar, y esto siempre en el momento en que el interesado no tenía la menor gana de hacerlo. Su desorientado instinto la engañaba siempre y la hacía aparecer en escena en el momento más inoportuno, sin quererlo y también sin sospecharlo. Creo que formaba parte de sus secreta necesidad, de su satisfacción y de sus pasiones, derramar lágrimas agridulces, que la atormentaban a ella misma, sobre las diversas indignidades con las que se le agradecían sus buenas obras, que no toleraban la menor contradicción.

Mi padre y yo le vinimos muy bien a aquella mujerona pesarosa, encargada oficial del luto y la pena. Arrullando, aleteando y con extraordinario celo nos amparó bajo sus alas, a nosotros dos, a aquel viejo desamparado y demente, y al niño débil y sin madre. A pesar de todo el reconocimiento y el agradecimiento que yo sentía por ella, me sacaba de quicio, no sólo por su presencia diligente y apremiante, sino también por aquella rigidez ciega con la que trataba a mi padre. María Dora, en su manera de ser extraña y retraída, era inflexible como el hierro. ¿Cómo habría podido seguir a mi padre, encorvado por un sufrimiento insoportable, a los dos reinos extremos, al reino del conocimiento lleno

de aflicción y al de la enloquecida esperanza? ¿Cómo habría podido percibir sus nebulosas luchas interiores e inconscientes? Le daba de comer y de beber, lo ayudaba a vestirse, lo bañaba y lo mimaba, pero en cuanto se daba cuenta de que erraba por el tiempo, en cuanto se iluminaba el breve y falso brillo de la esperanza en su rostro, lo hacía callar con la compasión y la paciencia de un ángel.

-¡Pero, Giuseppe! Sabes muy bien que Marietta está muerta, que murió de parto, que no volverá nunca más de la iglesia. ¡Tranquilízate, tesoro! ¡Nunca volverá! -Le daba a mi padre con su mano ruda unos golpecitos en el hombro, y se sentía dolorosamente sorprendida cuando su dulce y desamparado paciente sufría un ataque de llanto y la echaba de su lado, alterado de forma inusual.

-¡Vete, desaparece, mujer horrorosa! ¡No la dejas reunirse conmigo, eres tú quien la ha encerrado fuera de nuestra casa!... Está fuera, ante la puerta...
¡Tiene frío y está cansada!... ¡Tú le has quitado la llave, la cama y sus armarios! ¡Socorro! ¡Marietta, Marietta, mi único bien!

Mi padre sólo sobrevivió a la muerte de mi madre un año.

El viejo maestro tejedor de seda, un hermanastro de mi padre, al que se otorgó mi tutelaje y que de tanto trabajar no sabía cómo arreglárselas, se alegró de poder dejarme del todo en manos de María Dora. Después del entierro sólo lo vi un momento. Era un hombre inquieto, con la mirada vacía y los dedos amarillentos. Apenas pudo esperar a que se leyera el testamento; se movía inquieto de un lado a otro en su silla, y podía verse a las claras que aquel acontecimiento y el encargo que se le había encomendado le resultaban una carga. Apenas se hubo pronunciado la última palabra, se levantó de un salto y se acercó a nosotros. María Dora me rodeaba con su brazo los hombros como una satisfecha y vencedora reina del duelo. Me sostenía ante ella como un escudo. Sus ojos, enrojecidos por el llanto, no podían ocultar su íntima altivez, la realidad de que se encontraba en su elemento. Mi tutor me miró con preocupación, como si fuera una comida estropeada que tuviera que comerse.

-Así son las cosas -dijo con acritud-. Giuseppe siempre fue un inconsciente. Ya de niño cambiaba sus tortas de fruta por ranas de zarzal. Y encima a sus años, tuvo que casarse... Ahora está este muchacho...

-¡Por eso no hace falta que os preocupéis! Mirad de que reciba aquello a lo que tiene derecho, ¡todo lo demás es asunto mío! -le replicó María Dora con rapidez, y adoptó un aire tan ofendido y con tal violencia que mi tutor se echó atrás y empezó a bizquear.

-Bien... hm... por supuesto. De hecho a mí debería darme igual. -Y así quedó la cosa. Él cumplió sus obligaciones como correspondía, sus envíos de dinero llegaron todos los meses, pero no se dejó ver nunca más.

Por suerte, María Dora le tomó gusto a nuestra vieja casa, tan amplia y acogedora, así que seguimos viviendo allí, rodeados de todos aquellos sombríos recuerdos, hermosos aunque desdichados. No teníamos preocupaciones en asuntos de dinero. La renta de los pequeños bienes que mis padres habían dejado bastaba para cubrir nuestras modestas necesidades.

Nunca experimenté una juventud tan interesante y protegida como allí en Milán, bajo la protección de todos aquellos espíritus delicados y llenos de tacto que habitaban aquella vieja casa, que se erguía a la orilla del canal Catarańa. Con María Dora me las arreglaba con facilidad. Conocía sus debilidades y sabía salirles al paso. Ella creía que todo se hacía según su voluntad cuando en realidad bailaba al son que yo tocara, y por primera vez en su vida estaba contenta. Cuando recuerdo todo lo que pensaba de mí en su preferente predilección por mí, me avergüenzo. Creía, porque yo así se lo susurraba, que yo era un dechado de virtudes. Que el ser que vivía bajo aquel techo, solo y retraído, rebosaba bondad de corazón, agradecimiento, religioso temor de Dios y celosa diligencia.

Me miraba como a un ser superior, sobre todo desde el momento en que Fra Niccolo, uno de los sacerdotes docentes de San Marco, a quien había aceptado como maestro para mi propia tranquilidad, cantó mis alabanzas. Por supuesto, aquel monje, de escasa inteligencia, estaba como aturdido a causa de mis rápidos progresos en la lectura, la escritura y el cálculo. Con una o dos horas al día podía quitarme de encima a aquel buenazo de fraile. Pero el resto del tiempo lo dedicaba a auténticos estudios, leyendo libros o efectuando mis experimentos en el modesto laboratorio de mi padre.

No disponía de nada más que de mi ávida y desesperada aplicación para iniciar mis estudios. Derrotado, me di cuenta de lo desorientado que estaba. No sabía por dónde debía empezar, qué camino seguir. La esencia de la alquimia me pareció un complicado laberinto, cuyo extremo nunca llegaría a

alcanzar para poder desenmarañar la madeja. Conocía algunas de sus formas aparentes y sabía algo acerca de aquellas enigmáticas pantomimas con las que se manifestaba al mundo exterior. Yo que viví cerca del mago, que pude observarlo día a día, que admiré y que al final asesiné, arrebatándole la gran Esencia para beber de ella, haciendo que mis ojos se volvieran videntes, vivía al mismo tiempo en dos mundos. Había efectuado la transmutación en un laboratorio de alquimista aficionado. En la habitación de la torre del castillo de Dreisesselberg había conjurado entre cuatro espejos verdes al elegido. Había traspasado dos veces la puerta de la muerte y de la vida con la conciencia viva, pero no sabía nada sobre la esencia de las cosas. Las utilicé como fuerzas cerradas, poderosas, de la misma manera que un ser humano en la actualidad se sirve de la electricidad. Conseguí incluso desvelar algunas de sus formas de actuar, pero no conseguí descubrir sus leyes internas y sus peligros. De manera que a todas mis provocaciones reaccionaban de una forma cada vez distinta a la que yo esperaba, se revolvían contra mí, me aplastaban y me desgarraban, siguiendo aquella desconocida ley que les era inherente.

15

Homunculus

Me entretendría demasiado si me pusiera a contar cómo, después de cientos de intentos fallidos, llegué a descifrar, al menos en parte, el lenguaje simbólico de la alquimia. Digo a propósito «en parte» porque todavía me encontraba muy lejos de poder extraer de todo ello indicaciones concretas. Cuando creía haber encontrado por fin una solución, mis nerviosos y torpes experimentos terminaban en un auténtico fiasco. Como es fácil suponer, me atreví a profundizar, yo solo y sin guía alguna, en la obra de Raimundo Lulio, donde busqué la receta de la Piedra Filosofal. No obstante, aunque a menudo derrotado, tuve que hundir la cabeza entre las manos, mientras bailaban ante mis ojos imágenes dispersas de una pesadilla y me daba cuenta de que cada vez comprendía menos cosas.

«La piedra se prepara», decía más o menos el texto de Raimundo Lulio, «recogiendo la esencia de la hierba luna y extrayendo sus vapores a fuego lento, manteniendo las llamas bajas. Como resultado de este proceso habremos obtenido uno de nuestros mercurios bajo la apariencia de agua blanca, que servirá para la purificación de nuestra piedra y de toda su naturaleza. Este es uno de los misterios más grandes y la primera puerta. En este líquido deberá purificarse el Gran Dragón y derramarse por el inmenso desierto de Arabia, porque a causa de su situación en el Gran Mar, se ahogaría y desaparecería sin remedio. Así que dale la vuelta y mándalo al reino de Etiopía, donde nació por naturaleza, porque decimos que si no se le da la vuelta y no encuentra su lugar en su tierra primigenia, se alejará y se dirigirá a otras costas. Por eso debes saber con seguridad que cualquier otro clima, cualquier otra comarca, mata a nuestra piedra, la oculta ante aquellos que son ignorantes y no entienden nada de todo esto.» Luego otro alquimista, Basilius Valentinus, hace pasar al León Rojo tres veces por el lobo gris.

Las dificultades se multiplicaban porque cada uno de los grandes alquimistas enmascaraba los distintos procesos y materiales químicos con nombres de animales y símbolos de la naturaleza siempre cambiantes. También la Materia Prima tenía cien nombres: *Leo viridis, Venenum, Nutrix, Chaos, Azoth, Draco devorans caudam suam;* muchos la llamaban incluso *Mercuñs Philosophorum.* La indicación más clara la encontré en los trabajos de Cornelius Agrippa von Nettesheim.

Para empezar me fui haciendo un diccionario y anotaba, detrás de cada una de las palabras, aquellas palabras clave de las que se servían los Maestros. Llegué incluso al conocimiento de los procesos de *cineratio, putrefactio, áblificatio y resurrectio,* pero la piedra angular sobre la que debería edificar, la *Prima Materia,* no la encontré.

¡Cuántos años estuve persiguiendo la pesadilla de la Prima *Materia]* En cualquier lugar, en cualquier substancia creía haberla descubierto: en la sangre, en el agua, en el esperma, en los excrementos y en el aire, y cuando por fin, con la ayuda del Homunculus llegué a la sorprendente simplicidad de la solución, ¡qué prematura demostró ser aquella alocada alegría del triunfo! *Terra virgínea,* anoté en mi diccionario, al lado de las otras denominaciones de la Materia Prima.

Debo reconocerlo: sin la ayuda del Homunculus nunca hubiera llegado a la Materia Prima.

Casi me gustaría abandonar ahora que por fin ha llegado el momento de informar acerca de una de las aventuras más extraordinarias y disparatadas de mi vida. ¿Cómo describir a ese pobre y espantoso fantasma que ha inspirado a algunos alquimistas obsesionados para que llevaran a cabo disparatados experimentos y que con su sombra agobia a algunos organismos sensibles? Detrás de los tristemente célebres experimentos medievales de seres humanos artificiales, se encontraba siempre la figura demoníaca del Homunculus. Todo él irradiaba la firme voluntad de encontrar una escapatoria para apoderarse por la fuerza de un cuerpo, porque las eternas leyes del Cosmos le cerraban todas las puertas. Pero en cierto modo, esos médiums suyos sólo podían relacionarse con él «cruzando el muro», por medio de las «interferencias» imperfectas del ser humano corriente, a través de inestables visiones en sueños, en el crepúsculo de confusas sospechas. Nadie lo había visto jamás, nadie había hablado con él y con ninguno había establecido una alianza, sólo conmigo.

Durante siglos, el desdichado había buscado y experimentado, hasta que por fin se topó con mi persona, con el otro prisionero con el que ahora podía relacionarse de forma directa y de quien él, en su impotente parálisis, podía servirse. La situación del Homunculus era, hasta cierto punto, semejante a la mía, aunque él estaba bastante peor. Yo había sido atrapado en la prisión del mundo físico y del astral, sumido en las borboteantes erupciones de lava de los instintos, de las emociones, de los miedos y pasiones, pero estas violentas erupciones me arrastraban con sus movimientos en espiral siempre hacia delante, a través de los cambios de la vida y de la muerte, a través del sufrimiento de la experiencia, conduciéndome hacia las aguas refrescantes, libres y tranquilas de las consecuencias. Sin embargo, el Homunculus vegetaba en el mundo glacial, infructuoso y rígido de la razón, que carecía de aquella sabiduría que se encuentra más allá del nivel astral y a este lado del nivel mental, sumido en el reino de las «tinieblas exteriores». No podía hallar un punto de conexión en ningún lugar, no podía echar el ancla en ningún lugar. Estaba seco por completo y era insensible como sólo puede estarlo y serlo un sofisma vacío. El placer no lo estimulaba y estaba exento de toda emoción. El torbellino astral lo había vomitado como a un campo de fuerzas demasiado complejo con vibraciones ajenas, y la abstracción radiante y sublime del nivel mental no podía aceptarlo debido a que sólo era una masa muerta de letras que, confusa e indigerible, se alzaba como una enorme barrera de hielo donde las temperaturas, debido a su total aislamiento, siempre estaban por debajo del punto de congelación. Era el *«nihil»* en esta tierra de nadie que se encuentra entre el ser y el letargo latente.

Cuando todavía era un ser humano, en la época floreciente de una cultura distinta, antiquísima, llamada mágica, llevó a cabo una obra maestra a partir de una teoría estremecedoramente cierta e irrefutable y de sus derivaciones, cuyas etapas se cerraban como los eslabones de una cadena y que intentaba negar su propio espíritu. Este acontecimiento tuvo lugar en el tercer eslabón, es decir, con el ofuscamiento de la capacidad espiritual de ver, cuando en lugar del tercer ojo, que posee la capacidad de leer e interpretar los símbolos, desarrolló el gran cerebro, semejante a los dedos palpantes de un ciego, con cuya ayuda, a partir de entonces, el ser humano no podía reconocer de forma instantánea y plástica la verdad, sino tan sólo intuirla, lleno de esperanza, de una manera imperfecta y subjetiva, haciendo conjeturas sobre las etapas individuales de la causa y el efecto. Al construir este castillo infernal causal, que se iba complicando cada vez más hasta convertirse en un laberinto, celebraba la tenebrosa plenitud del mundo de los ciegos, un palacio infernal por cuyos pasillos el ser humano, que había errado hasta llegar hasta allí, era conducido hasta su féretro del cual no hay resurrección posible. Desde entonces, esta cultura había ido decayendo, había sido destruida por los cataclismos. Y aquellos seres que habían vivido en ella se instalaron en otros planetas, en condiciones materiales más sutiles o más densas. Pero el Homunculus, que había atrapado en su trampa espiritual algunas almas débiles, se quedó condenado a la ficción de la muerte.

EL Homunculus negaba la vida con un convencimiento que en cierto modo se había convertido en una idea fija. Todo lo que era calor, movimiento, luz y fe, fue diseccionado por él y convertido en polvo, sin encontrar para sí mismo un punto de apoyo o la huida como sucedáneo. Con increíble tenacidad y genialidad consiguió de esta manera matar en sí mismo las fuerzas de la vida astral física. Si hubiera quedado en él siquiera algún rastro de los dos niveles inferiores, lo más probable es que se hubiera sumido en las profundidades de la existencia física para convertirse en una piedra, insensible y dura. De esta manera, sin embargo, sin la savia, sin la fuerza, sin las pasiones motivadoras y los sufrimientos de estos dos niveles, vegetaba como un repudiado, como un polvoriento, enmarañado y oxidado bastidor de la inteligencia del que habían desaparecido la cubierta y el meollo, y trasgueaba y erraba como un fantasma ante las puertas cerradas de la resurrección.

Durante nuestros extraños y horripilantes encuentros, conseguí poco a poco averiguar de qué manera, a partir del fracaso del cuerpo humano artificial, había llegado a ese conocimiento de que, también para él al igual que para mí, tan sólo había una posibilidad de liberación: la transmutación que tiene lugar en los tres niveles a la vez. Al parecer él también había llegado al conocimiento de que este gran experimento sólo podía ser realizado por un ser *humano.* ¡Al Homunculus, al fantasma paralizado, nunca le sería posible!

Mis solitarias reflexiones y la luz amarillenta de la lámpara de aceite de mi polvoriento taller de alquimia atrajeron al eterno condenado, siempre al acecho, de forma mágica. Me observó durante mucho tiempo antes de decidirse a intentar establecer contacto conmigo.

La conmoción que experimenté en nuestro primer encuentro la recuerdo todavía hoy con toda claridad.

Después de un trabajo de meses, de nuevo debía registrar un gran fracaso. Había realizado experimentos con sangre, superando mi horror inicial y mi asco y aceptando los terribles ataques de mi entorno, ya que aquella sedienta y encolerizada legión, en cuanto olió los vapores de la sangre, tal y como sucede cuando se echa aceite sobre el fuego, se había vuelto más fuerte, ensordecedora y escandalosa. En esos ensayos había intentado filtrarla, calentarla, condensarla, diluirla y congelarla, secarla y evaporarla, pero, a pesar de todo, las ataduras que me rodeaban no hicieron sino estrecharse cada vez más. Estaba completamente agotado y vacío debido a mi falta de éxito. Desde hacía tiempo había superado la indignación y la desesperación para ir a caer en una especie de letargo. Recogí los matraces sanguinolentos para que me dejaran en paz los lobos astrales, y así, en el tranquilo vacío de la noche, en ese entorno frío y plomizo, también ellos se tranquilizaron por un breve espacio de tiempo, como los embriagados asistentes a una fiesta de carnaval el miércoles de ceniza. Me sentía enfermo, y aunque apenas me había dado cuenta de mi dolor de espalda mientras ardía en la fiebre del trabajo, ni de que los ojos, debido a noches en vela y al esfuerzo, me lloraban y escocían, en ese instante, sin embargo, me sentí asaltado de pronto y a la vez por todos mis sufrimientos. Tenía frío. Mis fuerzas exhaustas no eran capaces de calentarme lo suficiente, porque en gran parte la sangre la había sacado de mi cuerpo. Ese estado debilitado, sin emociones y sin sentimientos, fue lo que más atrajo al Homunculus, que vio entonces la posibilidad de lanzar hacia mí la primera cuerda de aquel puente que se establecería entre nosotros.

Debía de haber transcurrido una hora después de la medianoche.

Todo empezó cuando la luz de mi lámpara se redujo. Primero pensé que el aceite se había acabado o que la mecha estaba cubierta de hollín. De forma mecánica la enderecé. No tenía ningún sentido que esa noche permaneciera despierto mucho tiempo más, pero estaba demasiado débil y sin fuerzas para llegar hasta mi cama. Y allí estaba yo, con la espalda encorvada y dolorida, entre todas mis anotaciones, los ojos abiertos por completo, y tambaleándome, en una postura incómoda, en esa especie de duermevela que paraliza las sensaciones físicas y en medio de la cual el alma vacila desprotegida en el enorme y tenebroso reino intermedio.

Y de nuevo mis ojos abiertos percibieron que la luz de la lámpara se consumía. Un par de pensamientos perdidos rodaron como guijarros por mi interior, razonando para mí: «Acabo de llenar la lámpara de aceite... he cortado la mecha y la he sacado hacia fuera... y aun así, parece como si la luz de la lámpara estuviera ahogándose a causa de algún objeto frío y húmedo...».

La llama, que había ido disminuyendo, chisporroteó y humeó. Poco a poco me di cuenta de que su luz ya no se desparramaba en círculo, sino que, contra todas las leyes de la física, se prolongaba hasta la esquina izquierda de la habitación, y allí, en cierto modo, empujaba hacia fuera la pared trasfiriéndola al infinito, y me dejaba ver en el extremo del rayo de luz amarillenta, a una distancia horrenda y sorda, algo... o a alguien.

Es muy difícil describir la apariencia del Homunculus, sí, es casi imposible. Su ser se parece más bien a una existencia negativa. El polvo cósmico apagado, los llamados sacos de carbón, pueden ser en su color y en su consistencia tan densos como él, tan mortalmente negros; de una negrura en cuya masa no puede descubrirse perfil alguno, y en la que, sin embargo, puede intuirse la presencia de abismos amenazadores, de túneles infinitos que conducen al infierno. Este tipo de tinieblas se distinguiría sobremanera de aquellas tinieblas que el ojo humano puede percibir, en sus numerosas sombras. Así es como se me presentó el Homunculus, más allá de la forma material y astral que se manifiesta sin energía, con su sombra poderosa de tinta china. Tenía el aspecto de la extravagante entrada a una cueva del mundo subterráneo dibujada por un pintor chino, mientras sus perfiles se modificaban continuamente y sin parar: cada vez en lugares diferentes sobresalían picos afilados como agujas y curvas, ganchos y tentáculos que se agitaban como serpientes. Su figura crecía hasta hacerse gigantesca, o bien se adelgazaba y empequeñecía, o se hacía más densa para caer por último en una espiral que se arremolinaba sobre sí misma. Esas eran sus formas de pensamiento, es así como funcionaba su ser fantasmagórico, ya que también en él existía el movimiento, como en todos los organismos vivos. Abúlico, y sin el menor eco interior, me sumí en la contemplación de su figura. Después de un rato me vi obligado, por una gradual exigencia y premura, a escuchar en mi propio interior una voz desconocida, clara e impertinente, que martilleaba mi cerebro.

-¿Puedes verme? -oí decir a esa voz que se escuchaba como si alguien gritara las palabras a través de una enorme sala vacía. Resonaba en mí, pero sabía con seguridad que se trataba de ese alguien titánico que me hablaba desde el torbellino de una sorda lejanía.

-¡Sí! -Mi voz penetró, con un extraño y ronco sonido, en el polvoriento silencio del laboratorio y rompió el encantamiento en pedazos. La escoria astral que me rodeaba se puso a gritar como una bandada de buitres espantados. El corazón me dio un vuelco, y entonces, deteniéndose de vez en cuando, empezó a latirme con violencia. Rompí a sudar aunque estaba helado. Me tambaleé hacia mi cama y me cubrí, sin desnudarme siquiera, con las mantas.

¿Qué era aquello?

El temblor de mi cuerpo no remitía. La lejana sombra paralizadora del Homunculus me había sacudido más profundamente que cualquier otro acontecimiento de los que había vivido hasta entonces, porque él era la perfecta antítesis de la luz, de la que se oculta una chispa incluso en el más terrible demonio astral. Pero el Homunculus la absorbía y la extinguía en sí mismo, ya que él era las tinieblas: «el diablo».

Pasaron semanas antes de que pudiera volver a establecer contacto conmigo. Su voluntad observante, apremiante, que me llamaba, pesaba sin interrupción en mí; me atravesaba igual que el viento otoñal fantasmagórico que sopla en una habitación en la que las ventanas y las puertas están abiertas de par en par. Ahora, casi debía mostrarme agradecido a aquel torbellino astral que, como un baile de carnaval, me protegía de él.

Era diciembre. Los días pálidos desaparecían deprisa y cedían paso a las largas y oscuras noches. Desde las frías paredes corría un helado viento invernal, las brasas de un brasero de leña sólo cubrían con su calor un estrecho círculo. En los corredores, el viento enfurecido se metía hasta los huesos y gemía en las chimeneas.

Un fuerte resfriado me postró en cama. Durante los fuertes accesos de fiebre, todo iba bien. Pero luego, mi temperatura bajó de nuevo en extremo. En mi cuerpo debilitado y enfriado por el sudor se dio una nueva situación, un estado en el que el Homunculus podía volver a aparecer. Y así fue, de nuevo se introdujo en el extremo de aquel alargado rayo de luz que surgía de la lámpara. Su voz grave y profunda resonó otra vez como en una gran sala, a través de mi cerebro. -¿Puedes verme?

-Sí... -Esta vez la respuesta surgió en forma de un leve y tembloroso pensamiento en mi interior-. ¿Qué... qué es lo que quieres? -¡Establecer un pacto contigo!

Procedentes de todos mis sentimientos, de mi instinto y de mis sensaciones brotaron salvajes oleadas de rechazo contra mi cerebro, pero el tono imperativo del Homunculus ahogó la incipiente marea.

-¡Espera! ¡Espera, loco! ¿Te crees que jugando con la sangre y con los excrementos podrás llegar alguna vez a alcanzar la Materia Prima? Tú solo no la encontrarás nunca... ¡Sólo podrás hacerlo con el Homunculus!

Y así es como quedó tendido el puente entre nosotros. Este problema era el núcleo de toda mi existencia. Todo lo demás se veía empujado a un segundo plano, todo desaparecía: el temor, la reflexión, los signos que se alzaban en pie de guerra y me producían rechazo, hasta tal punto que sólo la palabra mágica ardió entre nosotros con la luz cegadora del cristal: ¡La *Materia Prima!*

El primer paso, la base sobre la que se puede edificar el templo cósmico de la transmutación. La cuna del Gran *Magisterium.* La sagrada madre primigenia, en la que podía tener lugar el engendramiento de mi liberación.

Esta vez fue la emoción que se despertó en mí, mi ávido anhelo, lo que hizo que perdiéramos el contacto. Pero ahora era yo quien, con anhelo desesperado, perseguía a ese tremendo ser, cuya mirada alcanzaba otros horizontes y que estaba en posesión de todo el conocimiento... mientras yo me limitaba a andar a tientas, como el resto de los gusanos humanos.

«Quiere ayudarme. Me ha ofrecido establecer una alianza conmigo. Me ha elegido para sí.»

Que semejante pacto tuviera un precio me era indiferente. Estaba dispuesto a pagar por ello.

Cuanto mayor era mi insistencia en apremiarlo a un nuevo encuentro, cuanto más apasionadamente lo deseaba, menos conseguía establecer contacto. Empecé a sospechar que para un encuentro con el Homunculus era necesario un extraño estado anímico, frío y tranquilo, donde los sentimientos, las emociones y todas las fuerzas físicas estuvieran en reposo, y en cierto modo, desconectadas. Intenté conjurar el estado crepuscular de nuestro primer encuentro. Pero la falta de concentración de mis pensamientos, acompañada del séquito histérico de mis sentimientos, se oponían

a mi propósito como animales de presa que rechinan los dientes hambrientos. Era incapaz de conseguir en mi interior, ni siquiera por unos segundos, un espació vacío. Tras algunos esfuerzos pude por fin ver de nuevo al Homunculus y extraer de sus palabras deslabazadas el consejo con cuya ayuda, después de un agotador esfuerzo de meses, establecí un contacto permanente con él.

Tuve que aprender a practicar un particular tipo de respiración, además de una postura sentado. Más adelante me serví también de una especie de sahumerio que preparé siguiendo una receta suya. Quiero decir que él, por su parte, también se esforzaba y me salía al paso, a medio camino, en estos encuentros, ya que tan pronto como nuestro contacto se interrumpía, yo solo no podía recomponer aquella clausura que nos protegía a ambos de las corrientes intranquilas del mundo físico y astral.

Pasó casi un año entero antes que nuestro contacto se estabilizara.

Las tranquilas horas de la noche, iluminadas por la luz de la lámpara de aceite, eran las más adecuadas para nuestros encuentros. Esas infernales sesiones pusieron en ebullición, de una forma extraña, el mundo de mis pensamientos y de nuevo hicieron salir mi vida de su tranquilo puerto.

El Homunculus producía en mi forma de pensar un efecto similar al de la piedra de afilar en el cuchillo. De él aprendí, además de algunos retazos de conocimiento, el método de la especulación abstracta, que penetra capa por capa hasta el núcleo de las cosas, y la magia de las preguntas destructivas que acaban por negarlo y matarlo todo, sin que nunca se alcance en algún lugar un punto de descanso. Él no era un ateísta, simplemente demostraba la inexistencia de Dios, de la misma manera que sostenía, utilizando argumentos impresionantes, que la vida eterna era una ficción. La sucesión de sus especulaciones era invulnerable y no dejaba ningún resquicio abierto. Sin embargo, vivía sin cuerpo desde hacía siglos, en una prolongada conciencia, en el callejón sin salida de una teoría en sí misma perfecta, pero completamente falsa, que se desmoronaba ante la realidad de la forma mística. Nuestras discusiones eran muy extrañas, aunque no duraban mucho. Aplastaba mis argumentos con su violento mecanismo vacío, mascullando para sí, del mismo modo que el león hambriento devora un ratón que se ha perdido en su jaula.

Yo siempre había creído que el orgullo era un sentimiento cálido, una pasión astral, que fustiga y mata. Pero en el caso del Homunculus conocí una increíble forma de la soberbia, una momia mágica de la soberbia que trasgueaba con él, embalsamada para una vida de siglos, con su figura reseca pero resistente, en ese trágico intelecto. Este monstruo del pensamiento se esforzaba en manifestarse. Quería mostrarse con sus espantosas conclusiones, y por lo tanto no podía mantenerse escondido. No podía soportar que su obra floreciera oculta o que yo me adornara con sus laureles. Yo tenía que darlo a conocer, de lo contrario nunca habría malgastado ni siquiera una palabra hablando de ello. Me sorprendía la enorme y sombría satisfacción que le producía la estupefacción y el pasmo de los necios.

-Los desprecio -sugería él en mí-, pero su admiración me corresponde por derecho, como los impuestos a un rey, aunque, por supuesto, la relación entre el soberano y el subdito comparada con nuestra relación sólo es un pálido reflejo.

Según su teoría, el Universo no era más que un cuerpo sin espíritu, perecedero, cuyo cerebro sabe tan poco acerca de esas células que se acumulan y se mantienen atrapadas en su cuerpo, como cualquier asno de la Tierra, sólo que su vida no transcurre de acuerdo con la medida del tiempo de los seres humanos. Hay que matar a ese titán ignorante y ciego para que las pequeñas partículas dolientes puedan ser liberadas de la prisión de su vida, prolongada durante millones de años, y puedan volver a sumirse en la paz de la oscura nada. El liberador lleva el nombre de Homunculus, el salvador de la Muerte Eterna. La daga asesina es la transmutación. El Mago blanco, en posesión del Gran *Magisterium,* sigue tejiendo el hilo de la vida, porque ese cuerpo gigantesco se ha convertido en una célula delicada, en células cerebrales, y por su mediación erige el centro en la divinidad, que sostiene la vida y se manifiesta a través de él. Pero llegará un momento en que en la mano del Homunculus el poder abrirá la arteria principal por la que se derramará la sangre del macrocosmos inmisericorde, despiadado y estúpido. El titán morirá, el movimiento se detendrá. La sustancia se desintegrará, se convertirá en nada, y con él la materia, el excremento de la materia concentrada en lo más importante: la ficción del espíritu.

Nadie conocía la composición y el mecanismo de las cosas mejor que él. Era como un médico dedicado a diseccionar, sólo que se ocupaba de una materia mucho más sutil, hasta alcanzar las ilimitadas profundidades de la reducción. Desenmascaraba la vida, empezando por la función del cuerpo humano, pasando por los misterios de la composición de la sangre, las glándulas y la circulación sanguínea, desde los genes hasta el sensible y genial mecanismo de vibración del cuerpo astral, y me reveló, ya entonces en el año 1633, enormes perspectivas, de las que nuestra ciencia médica, en la actualidad, apenas si tiene una idea.

Cuando él, a lo largo de sus especulaciones, descubrió que para llevar a cabo el gran Opus de su liberación, tenía que transmutarse al mismo tiempo en los tres niveles, inició, con el trabajo de Sísifo que esto supone, una serie de experimentos con seres humanos artificiales, que llevó a cabo utilizando el cerebro de algunos alquimistas. Según su opinión, estos experimentos fracasaron debido al «sucio y deficiente filtro del cerebro», que reproducía sus indicaciones de forma fragmentada. Había acabado por rechazar estas ideas de forma definitiva, porque a través de mí se le ofrecía una solución más fácil. Mi organismo estaba dispuesto para el experimento en los tres niveles, y él sólo tenía que cruzar con su propio genio las puertas abiertas que yo había forzado con mi pecado místico y que daban acceso al otro mundo. Entre nosotros no se alzaba ningún muro. Podía verle, y gracias a la creación de un método común, habíamos conseguido mantener un contacto directo y permanente.

A fin de poner los fundamentos necesarios para esa obra, según su opinión, había que «pulirme», poner «orden» en mi cerebro, «expurgar» los conceptos turbios y confusos, y «aguzar» mi capacidad de pensar, haciéndola irresistible, como la cuchilla más afilada. Nuestros debates debían servir a este objetivo. El proceso de purificación, como es de suponer, se hizo a fondo, y empezó también a manifestar sus efectos en mi vida, incluso durante el día. El escepticismo destructivo que me fue inoculado y que destruía la espuma metafísica en mi cabeza, en la que se mezclaban sensaciones nebulosas, frágiles y temerosas, me hizo grandilocuente e impaciente, provocativo.

Por cierto que no podía ni pensar en seguir tolerando el blando dogmatismo de María Dora. Discutí con ella y su presencia me incitaba al escarnio. Fra Niccolo, aquel monje bondadoso y de escasa inteligencia, empezó a temerme abiertamente. Mis preguntas sobre Dios, sobre la creación, sobre el pecado y la caída y sobre el libre albedrío eran sólo una leve sombra de las que planteaba el Homunculus y, sin embargo, hacían que su frente se cubriera de sudor, y, después de tartamudear algunos argumentos insostenibles, acababa exclamando horrorizado *«Apage, Satanás!»*, mientras se persignaba sin parar. Estas preguntas volvieron a plantearse más adelante a raíz del materialismo, enemigo de la religión, del siglo xix, cuyos defensores creían con la misma embriagadora superioridad que habían conseguido cortar todas las cabezas a la «hidra mentirosa de la metafísica», de la misma manera que yo lo creí en su momento.

Sin duda, no era muy inteligente por mi parte comportarme de aquella manera, pero la fiebre de mi convencimiento se apoderó de mí, llevándome a ese estado que se manifiesta en todos aquellos casos y en todos los seres humanos en cuanto cae sobre ellos el fuego de una nueva fe. Hoy es ya manifiesto que el ateísmo y el materialismo son una fe tan apasionada y dogmática como sus contrarios.

*** * ***

Nuestra buena y pobre María Dora casi enfermó a causa de mi cambio. Cuando Fra Niccolo le comunicó que por ningún tesoro de este mundo estaba dispuesto a darme clases, me suplicó entre lágrimas que entrara en razón de una vez. Mi comportamiento no sólo ponía en peligro la salvación de mi alma, sino también la integridad de mi cuerpo. En la ciudad se había extendido ya el rumor de que yo había vendido mi alma al diablo y que en el pacto había actuado de intermediaria mi difunta madre, que no había sido otra cosa sino una bruja. Estaba claro que el pacto tenía como condición que yo aprovechara cualquier oportunidad para oponerme a las enseñanzas de la Iglesia, confundir a las ovejas creyentes y apartarlas cada vez más del camino correcto. Este propósito encontraba su confirmación en aquellas preguntas que yo planteaba con astucia satánica y que sólo podían proceder del infierno, porque en otro caso una persona decente y religiosa las podría haber contestado de inmediato. Sólo el diablo estaba en situación de tender semejantes trampas a las sencillas palomas de Dios.

Yo sabía que este chismorreo ofendido, insostenible e hipócrita sólo podía tener su origen en el convento de San Marcos, desde donde se propagaba en círculo por todo Milán, y que representaba un serio y creciente peligro para mí. Me habría gustado marcharme, pero el Homunculus me indicó que

me quedara un poco más porque, de todas formas, pronto tendría que partir. Según él, el laboratorio de mi padre era demasiado pobre y sus instalaciones dejaban mucho que desear para poder realizar el gran experimento, y, además, yo no había concluido mis estudios ni de lejos. Por el dinero y las influencias no debía preocuparme. El Homunculus conocía todos los resortes que ponen en marcha el mecanismo de la necedad y la credulidad humanas.

Sin embargo, los acontecimientos tomaron un rumbo que me obligaron a marcharme antes de lo que él hubiera deseado. María Dora, a causa de su amorosa preocupación por mí, fue quien dio el paso decisivo, y como era costumbre en ella, hizo caer la desgracia sobre aquel a quien quería salvar. Está demostrado, por ejemplo, que fue ella la que, además de lamentarse de mi impiedad ante Fra Niccolo, herido en su bondad y en su orgullo, lo hizo también ante todas las mujeres viejas de su círculo de conocidas, ante las mujeres del convento de rostros llenos de pústulas y ante los indignados sacerdotes.

No pasó mucho tiempo antes de que la sentencia cobrara cuerpo: ¡había que expulsar de mí al diablo!

El exorcismo es una ceremonia solemne y grandiosa. Llenas de curiosidad y de un reverente temor, las multitudes siguen al apreciado especialista, experto en cuestiones relacionadas con el cielo y el infierno, que hace oscilar su incensario, esparce agua bendita y sostiene una lucha victoriosa contra el Maligno, blandiendo la espada llameante de palabras cargadas de unción.

Pero mi diablo demostró ser tozudo y escurridizo. El agua bendita no pudo hacerle proferir ni el más mínimo sonido, y el incienso sólo le produjo unos molestos estornudos. El rostro sombrío y en apariencia santo de *Fra* Niccolo, los rasgos llorosos de María Dora y un muchachito sucio y descalzo que se había colado de alguna forma y que no paraba de hurgarse la nariz, me causaron diversión y al mismo tiempo indignación. Se presentaron de forma inesperada en mi tranquilo taller y me arrebataron de las manos el libro de Trismosin, el *Aureum Vellus,* sobre el que echaron incienso y mojaron con espanto, como si se tratara de una rata muerta. Luego también me salpicaron a mí con agua bendita, pero todo fue en vano. A mi diablo no podían expulsarlo. Al contrario. En su ímproba rabia y en su temeridad, empezó a burlarse de todo aquello, discutió con una malicia más viva e ingeniosa que nunca y, para terminar, echó a todo el grupo.

Por suerte me libré con una simple excomunión. Aunque esto sólo se debió a que ya había abandonado mi ciudad natal cuando llegaron para llevárseme.

Sin embargo, durante las últimas horas que pasé en aquella acogedora y vieja casa, tuve claro que me sentía mucho más unido a aquellos lugares de lo que había creído en mi estado colérico y febril. La dulce figura de mi madre, envuelta en sus ropajes azules, flotaba como un recuerdo por la habitación. Los poros de las paredes ya hacía tiempo que habían absorbido los ecos de sus murmullos, y los muebles del comedor, con su brillo apagado, ocultaban las redondeces de cuerpos pasados. En los minutos de la despedida, que sabían a muerte, el pasado parecía consolidarse en el umbral del presente, y tuve la sensación de que bastaría con llamar a mi padre para que se acercara con su mirada perdida, arrastrando los pies, y con un oloroso recipiente de barro entre los dedos teñidos de amarillo por el azufre. Los cubrecamas adquirieron volumen como si alguien yaciera debajo de ellos. Los gritos de aquel parto sangriento, los cuchicheos temblorosos y cargados de miedo, los vapores enfermos y la corriente de aire silbante, todo flotaba a mi alrededor y llenó mi interior de soledad, de tristeza y de una ternura cargada de añoranza. Los objetos me hablaban y alargaban sus manos hacia mí, porque yo los había despertado a la vida con los intensos sentimientos y pensamientos de muchos años. El polvoriento y denso ciprés que se reflejaba en el agua del pequeño estanque me comunicó con su modesto y alargado perfil cosas inexpresables. Las vetas de las baldosas negras y blancas, el eco de mis pasos, los pálidos estampados desteñidos de las cortinas floreadas, los cuadros oscuros, el olor que fluía de los aparadores y de los armarios roperos, todas y cada una de esas cosas me hacían daño, como si fueran parte de mí y estuvieran entretejidas con mis propios nervios.

Era el año 1636. Estaba a punto de cumplir 20 años.

Ya anochecía cuando abandoné la casa a toda prisa, envuelto en una capa oscura, con un pequeño hatillo en la mano, acompañado por los suaves sollozos de María Dora y por el vacío que me embargaba. Durante un buen rato no me atreví a mirar atrás. Mantenía con rigidez la vista clavada en las hojas mojadas y marchitas que el viento agitaba ante mí. Era un viento de octubre, nervioso, de

solterona, que la lluvia de la tarde había dejado tras de sí, y que me ponía la piel de gallina. El agua del canal estaba oscura y emergía de ella un olor a podrido.

Por un momento pensé en visitar la tumba de mis padres, pero este propósito remitió en seguida: ¿para qué?; allí ya no podía encontrarlos. Aquellas tumbas estaban vacías. No contenían más que las envolturas polvorientas y abandonadas, que poco a poco se descomponían. No eran más que las ruinas de un castillo, lo mismo que la vieja casa junto al canal Catarafia. Luego me detuve en el Víale *dei Colline*, el Camino de la Colina, y miré hacia la casa. Allí estaba, con las ventanas apagadas, perfilándose contra el cielo encapotado. Era vieja y ahora quedaba abandonada para siempre. Un sollozo se ahogó en mi pecho, y la certeza de que yo, sin mi madre, estaba perdido, me sobrecogió de forma tan poderosa, que grité en voz alta su nombre.

Después de mi excomunión, pasé algunos años infructuosos en los que vagué por media Europa. Fue una época extraña, llena de un mosaico de acontecimientos aventureros, confusos, divertidos y tristes, en los que me dediqué poco a trabajar de verdad y a enriquecer mis conocimientos, aunque, con la ayuda del Homunculus, me hice con cierta fama de alquimista, brujo y curandero, sin que me alcanzaran las amargas consecuencias de este nimbo que me rodeaba. En cuanto la situación tomaba mal cariz, el Homunculus me hacía una señal para partir y yo ponía pies en polvorosa, en ocasiones a pie, las más de las veces en un coche de posta, pero a menudo en un carruaje de cuatro caballos y arreos caros, dependiendo de con qué víctima me hubiera topado y de hasta dónde alcanzara la generosidad de mi ocasional protector. El Homunculus sabía de verdad hacer oro, pero ni siquiera él podía transmutar el deseado metal sin la ayuda de la necedad humana.

Mi método, con cuya ayuda también convencía al más cínico de los dudosos, no se basaba en un simple juego de manos, sino sobre todo en mi capacidad de reconocer la forzosa lógica de los acontecimientos y las relaciones ocultas, además del profundo conocimiento que poseía en el ámbito de las leyes de la naturaleza. Por supuesto, era el Homunculus quien disponía de esas capacidades, y no mi modesta persona. Él podía predecir los cambios de tiempo, inundaciones, terremotos, e incluso tensiones políticas y guerras, y me hacía utilizar dichas predicciones como amenazas. Así pues, las plagas que caían sobre el hombre o sobre los animales aparecían en el momento preciso que él había anunciado, al igual que los cambios, para mejor o para peor, en las diferentes enfermedades. Sus diagnósticos eran infalibles. No se equivocaba nunca en lo que se refería al momento de la muerte. Ante sus éxitos se engreía, como yo ya había notado, de un modo seco y espiritual, pero no toleraba que yo comenzara a convertirlo en mito.

-Todo esto no son más que conocimientos, no son más que deducciones, no es más que una capacidad adquirida, no es más que el saber acumulado a través de la observación de siglos. He conseguido averiguar las cualidades ocultas de la materia, y esto no sólo de forma especializada, sino partiendo de la síntesis del macrocosmos como un todo dependiente. Así sé, por ejemplo, cómo reaccionan las células del más pequeño ser vivo a las manchas del Sol, al igual que un médico que se precie de serlo tiene que saber que cuando hay un trastorno en el funcionamiento de los riñones, los pies se hinchan.

El Homunculus tenía razón en todo lo que se refería al mundo físico e incluso a los componentes de la más sutil de las materias y a sus efectos, pero se encontraba en un grave y básico error por lo que se refería a lo esencial. Sus cálculos podían ser precisos e irrefutables. Las matemáticas le daban la razón, pero no la Vida Mística.

Ahora bien, de esto hablaré más adelante.

16

El hermafrodita

En Hasenburg, bajo la protección soberana de la reina Cristina de Suecia, se me ofreció por fin la oportunidad de poder quedarme en un lugar fijo para llevar a cabo experimentos minuciosos e interesantes.

Sobre este extraño ser híbrido ya se escribió mucho por aquel entonces. Fue descrita como romántica, trágica, genial, loca, enferma y santa. En realidad había en todo ello una pizca de verdad, pero ninguna de estas descripciones era del todo acertada.

Sin duda se trataba de un hombre. Su ávida, inteligente y perversa curiosidad la mantenía presa en un cuerpo femenino que ella honraba con tanta pasión, que quería ser una con él, no sólo durante el breve paroxismo del placer sino durante un tiempo prolongado, para poder investigar, desde su interior, el misterio de su sistema nervioso, su cerebro, sus intuiciones, su sangre y su carne. Quería experimentar todos los estados de ánimo, todos los sueños silenciados, toda su bajeza y toda su exaltada bondad, de un modo en que ningún hombre puede conocer nunca a una mujer, aunque haya nacido del seno materno, se haya colgado del pecho de su nodriza, abrazado a su compañera de cama y penetrado en su vientre, ya que el otro polo sigue siendo para él, a pesar de todo y para siempre, un planeta situado a años de luz de distancia.

Esta doblez fue la causa de aquella división extraordinaria, inexplicable para el observador, que esta criatura manifestaba. El mundo de los instintos que proceden de la psique masculina y de aquellas leyes del cuerpo femenino estaban presentes en ella al mismo tiempo, pero en una lucha constante de variable intensidad. Como hombre, esta criatura era ponderada, estaba sedienta de conocimientos, era diestra en la escritura y escéptica, a menudo un asceta que se sometía a penitencias físicas, para convertirse luego en un enervado poeta, un galante amante, a veces un compañero de bebida de la más pura cepa, una adicta a las comidas bien condimentadas, con un atractivo homosexual, voluptuoso y femenino. Como mujer era exaltada y lunática, a veces una piadosa feligresa, silenciosa y sumida en la oración, pero la mayoría de las veces era una mujer impredecible, furibunda e histérica, orgullosa, cruel, que se entregaba sin limitaciones a cualquier sentimiento que brotara a borbotones de su cuerpo, de su estado anímico y de sus nervios.

Las personas de su entorno lo tenían infinitamente difícil. Nadie sabía cuál de sus facetas se manifestaría en el momento siguiente. Lo que una construía lo destruía el otro. Lo que una amaba era odiado por el otro. Aquello de lo que una se avergonzaba lo hacía suyo el otro. Nunca antes había yo presenciado una dualidad más trágica y una protección más segura que la de la reina Cristina.

Su naturaleza débil, instintiva y femenina era la que ansiaba el poder, pero era el hombre que había en ella quien sentía preocupación, quien se responsabilizaba por él y quien lo sentía pesar sobre su pecho. El hombre era rebelde y clamaba por la libertad. Pero era la mujer, la mujer blanda, supersticiosa, hambrienta de vida y orgullosa la que estaba empeñada en convertir su poder en oro.

Cristina quería oro, y el Homunculus y yo necesitábamos un laboratorio bien equipado, una amplia biblioteca y la posibilidad de trabajar sin que se nos molestara. De esta manera, Hasenburg se convirtió durante largo tiempo en un interesante escenario para nuestros experimentos. La reina, en interés de nuestro trabajo, que no debía ser estorbado, tuvo que soportar algunas luchas internas. Sus cortesanos, envidiosos y preocupados por si su posición corría peligro, temían, no sin motivo, mi influencia, aunque también los había de buena voluntad. No obstante, Cristina, al igual que yo, se vio poseída por la fiebre que sólo conoce en todas sus dimensiones aquel investigador que se empeña en luchar en un ámbito desconocido del conocimiento. Por supuesto, también la tentaba el oro, aunque a veces incluso se entusiasmaba con los interesantes resultados en sí mismos.

En lo que a mí se refiere, luchaba por mi propia liberación y por la idea fija del Homunculus. En lo sucesivo, no podría interesarme por el oro en lo más mínimo.

De manera que la reina y yo pasamos juntos algunas tardes, algunas veladas y algunas noches en el enorme vestíbulo embaldosado de piedras de colores, de cuyo techo colgaban de las vigas caras lámparas de alcohol cuyas llamas envolvían en una luz resplandeciente todos los crisoles de arcilla cocida, las calderas para el agua, los recipientes de resina, los aparatos de mezcla, las tenazas del fuego, los frascos de ácido, los recipientes llenos de limaduras de hierro y fragmentos de cinc, los conductores de vapor y los matraces, todo aquel desorden de instrumentos que se amontonaban sobre la mesa sin cepillar y en los estantes abarrotados.

Trabajábamos con varios hornos, de los llamados permanentes, en los que alimentábamos un continuo y tenaz fuego. Nos servíamos también del estiércol, que desde los tiempos de Valentinus se consideraba obsoleto, para conseguir aquel calor que se produce en el proceso de descomposición. En el seno del amplio horno de obra, construido con ladrillos rojos, descansaban la sal de cocina, el azufre y el mercurio, purificados mediante complicados procesos, filtrados y refinados en su lecho preparado de tierra virgen, como el embrión en el seno materno.

El crisol estaba siempre rodeado de estiércol de vaca fresco, y desde abajo el calor filtrado y uniforme de una brasa de carbones penetraba a través de las paredes de separación de ladrillos perforados hasta el «embrión», de la misma manera que la incandescencia fertilizadora del Sol penetra en la semilla que descansa en el seno de la tierra.

En cada horno, en cada crisol, había depositada una substancia diferente, cada una de ellas preparada siguiendo un proceso distinto, y cada una de las diferentes mezclas, sometida a temperaturas distintas, esperaba nacer al cabo de trece meses.

La reina demostró ser un *famulus* sorprendentemente impersonal e incansable. Quería participar en todo, incluso en el trabajo físico, levantando las tinas y manejando el fuelle. Sus músculos, su fuerza y su destreza la llenaban de alegría mientras que al mismo tiempo el misterio del horno, esa «madre embarazada», mantenía despierta en ella una excitación femenina, casi tierna, como si fuera ella quien llevara en su seno un niño de la realeza. Naturalmente, ella sólo podía saber y ver lo que el Homunculus consideraba adecuado, es decir, las operaciones más groseras, que tenían lugar en el ámbito de lo físico. Pero no tenía ni idea de la importancia de cada momento, cuándo debía tener lugar la «concepción» en el marco de las correspondientes influencias cósmicas y de las constelaciones. No podía sospechar la estrecha relación que guardaba mi ascética forma de vida, limitada a las verduras, con la operación, y no sabía nada de los difíciles ejercicios de concentración que yo llevaba a cabo al amanecer, en la soledad de mi estancia, bajo las indicaciones del Homunculus. Es posible que su mente inquieta le hubiera susurrado que yo guardaba algún secreto ante ella, ya que no cesaba de hacerme preguntas. Mis respuestas nunca podían satisfacerla del todo, pero se sometía con disciplina a todas aquellas reglas que yo imponía como condición imprescindible para su participación en los experimentos.

¡Cuántas esperanzas se despertaban con cada concepción! ¡Cuánta tensión expectante se cocía durante trece meses alrededor del manto incandescente del horno! Sólo los miles de pequeños quehaceres en el laboratorio, atizar el fuego, manejar el estiércol, trabajar con el fuelle, los cuidados propios casi de una nodriza, aliviaban el acuciante miedo al resultado final de las semanas y meses que transcurrían con lentitud.

Después de la concepción todo está tranquilo y la tensión decrece...

Las lámparas de alcohol, pecaminosamente caras y difíciles de alimentar, se van apagando...

El ojo oscuro del cielo plagado de polvo estelar se asoma por el elevado hueco de la ventana abovedada. El deprimente frío del norte lucha contra el calor que irradia el horno, y en el escenario abierto de la bóveda aparece la luna nueva, empieza a crecer, se convierte en una luna llena que altera los humores, que fustiga los nervios, y luego, poco a poco, vuelve a menguar.

Y un mes ha pasado en la Tierra.

Durante la época de los primeros grandes experimentos en serio, la seguridad del Homunculus también hizo presa de mí. Me pareció impensable que en alguno de los crisoles no fuera a nacer el «niño divino», de la misma manera que consideraba imposible que después del invierno no llegara la primavera. El Homunculus contaba con esta posibilidad, que descartó y redujo a cuatro variaciones con la

ayuda de una lenta y detallada aplicación del principio de eliminación. Después las rodeó de un círculo y esas eran precisamente las que se cocían en los cuatro hornos antes descritos, tomando poco a poco forma. Uno de los cuatro tenía que ser el correcto, una de esas cuatro posibilidades debía aportar la solución.

La apertura del primer crisol no me provocó ninguna clase de decepción. ¿Por qué motivo debería ocultarse lo que estábamos buscando precisamente en el primer crisol?

Sin embargo, después de cuatro meses y dos días, la esterilidad del segundo crisol hizo surgir en mí una ligera angustia.

-En todo el Universo no hay ni un solo argumento que pueda desmentirme -me susurró el Homunculus con sombría seguridad-. ¡Dentro de cuatro meses, o de ocho, habremos alcanzado nuestro objetivo!

Pero no alcanzamos el objetivo.

Ciertamente no había en el Universo ningún argumento que pudiera desmentir al Homunculus, pero la transmutación no se produjo, los factores no quisieron fundirse entre sí, tal y como sucede en unos instantes y sin ningún esfuerzo en el horno mágico de la naturaleza, sino que se mantuvieron separados con testarudez y se encapsularon. Al parecer, el Universo no se ha construido sólo a base de tesis, antítesis y síntesis, sino también y además con otro factor con el que nosotros no habíamos contado.

De entrada -a pesar de la amarga decepción- sólo podía tratarse de algún error, de algo o de alguna circunstancia que todavía nos era desconocida, pero que llegaríamos a descubrir y a investigar a fondo mediante un análisis todavía más tenaz, abnegación, paciencia y constancia. Podía tratarse simplemente de un matiz, de un insignificante pero enojosamente importante muelle de reloj de la construcción. Habíamos perdido veinticuatro meses, ¡pero nos sentíamos llenos de confianza! ¡Qué más daba! ¡Empezaríamos otra vez desde el principio!

Y empezamos otra vez desde el principio.

Por supuesto, los experimentos costaban dinero, mucho dinero. Y la falta de éxito pocas veces va acompañada de paciencia. La reina Cristina, teniendo en cuenta sus problemas externos e internos, perseveró durante bastante tiempo. En su más próximo entorno había difamadores, intrigantes, enemigos declarados y secretos de sobra, contra los que su yo masculino luchaba con arrogancia, pero ante los cuales la mujer cedía, haciendo callar a los ofendidos abominadores con ricos e impetuosos regalos. El soberano duro y reflexivo nunca podía alcanzar a la mujer lunática, y aunque ella participaba en victoriosas batallas que acrecentaban el país con ricos territorios y llenaban la cámara del tesoro con botines de guerra, el oro en los bolsillos de la reina sólo estaba de paso. Pero para todas las situaciones desagradables, preocupaciones y desdichas, y para el frágil equilibrio financiero, tenían a mano un chivo expiatorio: el desacreditado y temido Burrhus con su diablo atrapado.

El consejo de Estado presionó para que se produjera una toma de postura decisiva y se ocupó de que su exigencia llegara a la reina a través de la piadosa masa del pueblo:

-¡Fuera el brujo! -exigían las masas incitadas.

La lucha entre los Oxenstierna con el pueblo, por un lado, y la reina, por el otro, duró años. Pero al final, la obstinación y el odio adquirieron proporciones tan peligrosas que el Homunculus vio llegado el momento de la partida, ya que, de lo contrario, me habría arriesgado a ser víctima de su violencia.

La reina, aunque en sus arrebatos cargados de rabia y de amargura me echaba la culpa de todo diciendo que la había arruinado y dejado en la estacada, en el fondo se alegraba de poder poner fin a esa lucha sin esperanzas de éxito. Ella lo habría hecho ya mucho antes, pero no sabía cómo sin vulnerar su propio orgullo. Y es que, simplemente, se le habían pasado las ganas de continuar. Los crisoles se burlaban una y otra vez de nosotros, en su interior no germinaba la liberación sino la desconfianza. No había forma de que se iniciara en ellos ningún proceso en Hasenburg, ni siquiera pudimos llegar al cuerpo negro, o *caput corví,* de la primera fase.

-El aire en Suecia es frío y produce fatiga. Está lleno de impedimentos y de la radiación mortal de las fuerzas astrales -me comunicó el Homunculus con un sugestivo convencimiento-. Vamos a seguir viaje. El círculo se estrecha cada vez más, necesitamos unas condiciones más perfectas. Lo intentaremos añadiendo salitres y alumbre. Utilizaremos otro proceso de sublimación. Tampoco

dejaremos fuera las finas placas purificadas de oro. Además, necesitamos un mecenas que sea lo bastante rico y poderoso como para darnos una protección absoluta, es decir, un hombre en el cuerpo de un hombre. Es importante que consigamos su incondicional y obediente confianza, firme y ciega, que no se vea sacudida ni por la impaciencia ni por la desconfianza si los resultados tardan en llegar.

Todas estas condiciones las encontramos en el rey de Dinamarca, Federico III.

17

El amigo del rey

Gracias a mi semihuida de la corte real sueca, el terreno para mi aparición en Dinamarca quedó bien abonado, ya que este hecho en sí era para los daneses, que siempre estaban metidos en desastrosas guerras contra los suecos, un acertado motivo más que suficiente para aceptarme y concederme el asilo que solicitaba. Mis relaciones con la reina Cristina de Suecia se habían convertido en toda Europa desde hacía bastante tiempo en el tema más importante de conversación. Esta simple relación, fundamentalmente impersonal, era descrita de todas las formas y colores posibles, hinchada hasta el escándalo y adornada con numerosos detalles sucios. Entre los perdedores de la guerra, los daneses, que después del tratado de paz de Roeskielde y Copenhague se habían visto obligados a entregar a Suecia todas sus posesiones situadas más allá del Sund, hervían las emociones del que se siente impotente y al que le ha tocado la peor parte. Y puesto que nunca iban a vencer, se dedicaron a la conspiración y a las intrigas, forjaron acusaciones y despilfarraron su capacidad de acción en riñas sin sentido. Como resultado lógico de la derrota, el país se desmembró en grandes y pequeños grupos que luchaban a muerte entre sí. Tras la pérdida de Schleswig se fundaron sociedades secretas contra los alemanes. Vivían de forma permanente al rojo vivo, consumiéndose de puro odio contra los suecos, pero la nobleza, en particular la joven generación, copiaba, en una sorprendente perversión de sí misma, la moda sueca, propagaba ideas cosmopolitas y defendía la libertad individual supranacional, lo que en este caso significaba rechazar cualquier sacrificio en aras del bien común, y despreciar tanto al rey como a sí mismos. La nobleza desfogaba su inquietud innata en orgías perversas, en un ascetismo sin sentido o en extravagancias religiosas, que atraían sobre ella la indignación de los ciudadanos y del clero. Este descontento generalizado condujo finalmente a la alianza y a la acción. El decreto real del 14 de noviembre de 1665, la *Lex regia*, afirmaba que el feliz monarca, el perdedor, bajo cuya débil mano el reino danés se desmoronaba, debía ser fiel a la confesión evangélica y mantener la unidad del país y el cumplimiento de la ley real. Por lo demás, de sus actos sólo tenía que responder ante Dios. El consejo del reino fue disuelto, y la jerarquía de funcionarios dependiente del gobierno y el leal ejército se convirtieron en el apoyo de la monarquía absoluta.

Y el monarca absoluto de este reino absoluto era Federico III.

Un rey que sólo a Dios debía rendir cuenta de sus acciones.

A menudo, este hombre me daba la impresión de ser un comicastro protegido y sin talento que, para su propia desgracia y para la de todos, interpreta en algún que otro drama serio el papel protagonista, y que actúa llevando un disfraz demasiado rico y demasiado grande; que nunca encuentra el tono adecuado y que no tiene demasiada confianza en sí mismo, por no decir ninguna. Incluso a un hombre corriente que tenga un carácter lábil le resulta difícil decidirse cuando la decisión que se espera de él es inaplazable y debe tomarse sin dilación. Y Federico III tenía que decidir y actuar en todo momento, aunque era incapaz de tomar una decisión reflexionada ni de actuar, porque incluso para la elección de un traje se veía refrenado por mil escrúpulos. Ni siquiera el hecho de ser tan influenciable le servía de ayuda. Consejeros, favoritos, astrólogos, filósofos de paso, arribistas y auténticos científicos revoloteaban a su alrededor, y a todos prestaba oídos sin quedar satisfecho con ninguno de sus consejos. Era un carácter desdichado que se agotaba a sí mismo, en el que la desconfianza que sentía por todo y por todos iba emparejada con una ilimitada sed de gloria y una enfermiza sensibilidad. Incluso sin sus fracasos, su alma estaba llena de llagas y de secretas heridas, pero sus constantes humillaciones lo empujaban cada vez más a un estado de ánimo maníaco-depresivo. Detrás de cada palabra olfateaba la burla, detrás de cada sonrisa un desprecio que lo ofendía hasta lo más profundo, y para evitar ambas cosas, él era el primero en decirlo. Así pues, los que estaban a su alrededor se desesperaban constantemente, ya que siempre hablaba en lugar de ellos, atribuyéndoles pensamientos

blasfemos. Como era de esperar, los afectados o bien reaccionaban de un modo exagerado en proporciones inimaginables, o tartamudeaban y balbuceaban cualquier cosa, lo que confirmaba su desconfianza hacia ellos y lo enfurecía. Tenía mil ojos que miraban en mil direcciones, y sus conclusiones se basaban a menudo en minúsculos indicios que sólo su mirada de halcón podía percibir. Sus observaciones eran a veces terriblemente agudas y precisas. De esta forma andaba siempre buscando aquellas armas que a él mismo le producían heridas mortales de las que no se curaba nunca. En los ojos de todos, asqueado y atormentado, sólo podía ver su figura caricaturizada, lo que le llevaba a depender continuamente de las personas, al mismo tiempo que se batía con ellas en una lucha llena de odio.

A su alrededor no había nadie a quien no le «debiera» algo. La sociedad, sin embargo, aquel titán fundido en una vaga masa, se lo debía casi todo, y por ello deseaba todos los tesoros de este mundo para poder, de un solo golpe, modificar, cambiar y derrotar cualquier opinión despectiva. Naturalmente, quería ser el más poderoso y rico de los reyes: un conquistador, famoso y temido a la vez, terrible, sombrío, fuerte y tiránico, un gigante que moviera el mundo, que fuera ensalzado en las canciones de gesta.

Federico III no sólo deseaba el oro, sino también el poder del mago. Las heridas y fracasos que había acumulado en sus colisiones con la realidad lo iban empujando poco a poco fuera de este mundo, llevándolo a las regiones de la fantasía. Así pues, es comprensible que el Homunculus lo eligiera como víctima y protector e incluso como paciente; porque no éramos nosotros los únicos que nos aprovechábamos de aquella extraña unión, ya que al rey también le permitió fijarse una meta. Su vida, hasta entonces insoportable, se hizo al menos llevadera, y experimentó lo que nunca antes había experimentado: supo esperar, confiar y creer hasta el día de su muerte.

Nosotros tres, los que participamos en esa obra, nos tomábamos aquello que hacíamos tremendamente en serio, con toda el alma. Ninguno pretendía engañar a los demás. Al rey, a ese pobre y desdichado loco, que en su interior yacía en el potro de torturas, le regalamos numerosas y valiosas horas en las que olvidaba su lamentable estado. El Homunculus le reveló a él muchos más secretos que a la lunática Cristina, y en una ocasión, después de infinitos preparativos, incluso permitió que lo viera. La experiencia le hizo enfermar, pero a partir de ese momento su convencimiento fue absoluto. Confió ciegamente en nosotros y en el éxito de nuestro proyecto. Sólo muchos años más tarde llegué a comprender qué era lo que le impresionaba tanto del Homunculus: su parecido, de un modo difuso, vago y lleno de sombras, con él. Interiormente tenían el mismo rostro. El intelecto del rey se asemejaba a una espiral dirigida hacia abajo, como el del Homunculus. También en él aquella duda infructuosa que se perdía en la Nada lo desmembraba todo, aquella duda que sólo destruye y no afirma nada, que desnuda las cosas hasta el extremo, hasta que definitivamente escapan a su vista. De esta manera el rey agotaba y destruía todo cuanto había a su alrededor: amistad, amor, relaciones familiares, el aprecio de sus subditos. Echaba en todo ello, gota a gota, su propio veneno: la desconfianza, para después revolcarse en esa masa séptica:

-¡Así es como eres! ¡Así es como sois! ¡Eso es lo que valéis!

Al final, no le quedó nada más en este mundo que «el diablo», bajo la forma del Homunculus, y yo.

* * *

Un personaje que caracterizaba a la perfección el sentir de este rey era el viejo, enfermizo e inútil Hyacinthus, un hombre que había sido desterrado de todos los grandes países de Europa. Había estado preso en una docena de calabozos por hurto, rufianismo y diversos delitos sexuales, así como por la distribución de escritos pornográficos y por difamación, pero Federico III le concedió asilo con una cínica alegría por la desgracia ajena, en contra de sí mismo y de otros, porque ese hombre era capaz de contar, con sucias palabras y sin parangón, rumores que ponían los pelos de punta sobre las debilidades, la vida privada y los acontecimientos de alcoba de los potentados europeos; estaba tan corrupto por fuera como por dentro, de manera que servía al rey para su satisfacción secreta.

Hyacinthus se describía a sí mismo como vidente y filósofo, aunque me atrevo a afirmar que ni siquiera sabía leer y escribir correctamente. Sostenía que el único ejemplar de sus obras lo llevaba en su cabeza. Era un hombre grueso y bajo con pechos de mujer y una piel grasienta y sucia. Hablaba con una aguda voz de soprano, y su cráneo aplastado y torcido estaba rodeado de un escaso pelo. Bajo sus ojos amarillentos, inyectados en sangre, colgaban unas bolsas violáceas, que revelaban una vida entregada al vicio. Allí donde las posara, sus manos siempre dejaban rastros de humedad. Era tan repugnante como una ostra podrida y su insolencia no tenía límites, aunque su originalidad era a veces sorprendente.

Hyacinthus, confiando en su instintivo conocimiento del ser humano, se atrevía a burlarse abiertamente del rey. Era consciente de que con sus acciones se situaba por encima de todos aquellos cortesanos intimidados y prudentes. Y además sabía que podía atreverse a hacerlo, ya que el rey, a su manera lamentable y terrible, quería obligar al resto de sus subditos a comportarse de un modo semejante, pero las gentes no querían creer que él quisiera oír algo parecido, y tenían razón. No había nada que éste deseara más que lo convencieran de su error, pero se comportaba como un loco celoso que intenta con torturas hacer decir a su adorada el nombre de su amante, y que en su interior tiembla ante la posibilidad de que algún día ésta confiese.

Y Hyacinthus confesaba, y el rey lo odiaba por eso desesperada y mor-talmente, pero a pesar de todo lo retenía en la corte, y después de cada insolencia lo premiaba con abundancia delante de los demás.

Fue él quien extendió un rumor que corría acerca del rey, sobre el motivo por el cual el monarca no quería volver a besar a ninguna mujer, ya que la primera, durante el beso, había cerrado los ojos con asco, la segunda los abrió para ver lo repugnante y ridículo que era, y la tercera los entornó con desprecio. Sin embargo, las tres afirmaban unánimes que el beso les había gustado. A las tres las había amado, pero sin dejar de atormentarlas día y noche con sus preguntas, hasta que finalmente se derrumbaron de cansancio y le dieron la razón en todo. Fue entonces cuando el rey rompió a llorar y a gritar, las echó y persiguió y anunció que estaba decepcionado para siempre de las mujeres.

Esta historieta Hyacinthus la contó también en presencia del rey, que, por su parte, se reía, forzada y ruidosamente, de la historia y aplaudía con fingida hilaridad.

-¡Muy bien! ¡Extraordinario! Sólo quisiera saber cuál de esos tres inocentes lirios te ha dado más propina para protegerse de mí... ¿o te aprovechas de las tres, viejo rufián?

-¡Eso seria lo adecuado, Majestad! -replicaba Hyacinthus mirando con insolencia al rey a la cara.

En la sala se hizo un penoso silencio, el aire casi podía palparse, frío y húmedo, en aquella desagradable situación. Todos conocían a aquellas damas de las que allí se hablaba, que durante un tiempo se habían enseñoreado de los sentimientos del rey y que después habían desaparecido en un agujero de la corte que no tenía ninguna salida hacia la superficie.

-¡Nada más lejos de mi intención que ofender a alguien de entre las damas y caballeros! -Hyacinthus dirigió entonces a los hostiles y desorientados asistentes en la reunión, que en su asombro ni siquiera intentaban dar la apariencia de una discreta conversación.

»Estas tres damas que menciono -continuó Hyacinthus sin inmutarse-son sólo en apariencia tres conocidas personalidades. En realidad no se trata más que de tres diferentes variaciones, tres máscaras de nuestra distinguida Majestad... ¡Así es! ¡Así es! Y de inmediato comprenderéis a qué me refiero. Nuestra graciosa Majestad, que sólo debe rendir cuentas a Dios, se asemeja a un espíritu único y poderoso que no sólo llena todo su país, sino también a cada uno de sus subditos que le rinden homenaje, a sus admiradores, a sus amados y a sus amigos en igual medida. A través de todos los ojos se contempla a sí mismo, se piensa en cada cerebro, y nosotros, gusanos ciegos, podemos afirmar lo que queramos, que él nos ve por dentro, vive en nuestro interior y obliga a nuestro espíritu a dejarle espacio. De otro modo, ¿cómo sería posible que hablara en lugar de nosotros, dudara de nuestras alabanzas, de nuestra fidelidad y de nuestro amor, y pronunciara todo lo que ve a través de nuestros cuerpos, de nuestros ojos y de nuestra alma? Aquellas damas amaron y desearon al rey, pero nuestro magnífico señor, que se contemplaba a través de los ojos de sus amadas, no las quiso ni las deseó. Porque el rey sólo tiene un único enemigo, un único burlador mortal, un único rival invencible, una única amada infiel y sólo un único amigo traidor: él mismo.

Así pues, yo negaría en vano que el Sol, brillante dispensador de vida y de mi bienestar espiritual y material, no es otro que nuestro poderoso, sabio y buen señor, ¡a quien Dios quiera conservar por todos los tiempos, para nuestro bien! -terminó lleno de unción su sorprendente discurso.

Nuestro trabajo era lento, concienzudo y costoso, pero por ese lado no teníamos nada que temer. El rey asumía generoso todos los gastos. Nos convertimos en el centro de su vida. El Homunculus ponía siempre un juguete en sus manos, le arrojaba cualquier hueso que lo tranquilizara, para que así pudiera superar el tremendo tiempo de espera que requerían nuestros experimentos, que eran un intento de reproducir los procesos naturales. De las paredes de su dormitorio y de la sala de trabajo colgaban diversos cuadros en los que con letras exageradamente grandes y enormes se proclamaban sugestivas sentencias.

¡No te contemples por fuera,
es mejor que mires desde tu interior!
¡La opinión de la gente no vale nada!
¡Aquel que quiere alzarse por encima de todos
está solo y únicamente es fiel a sí mismo!
¡Utiliza a cualquiera para sus fines,
pero no confía en nadie!

Con la ayuda de este tipo de fórmulas mágicas y otras parecidas intentaba sostener y remendar su ser descompuesto. Durante horas se sentaba ante estas tablas con el ceño fruncido y los labios apretados mientras sus manos rodeaban tensas los reposabrazos de su sillón, y después se sentía tan agotado como si hubiera cavado una fosa. A menudo se adormecía ante ellas, y entonces le sobrevenían sueños que yo debía interpretar. En esos sueños se veía constantemente perseguido: se escondía en los arcos de las puertas, subía por interminables escaleras de caracol, y se ocultaba en las profundidades oscuras y llenas de hollín de las chimeneas, a las que se mantenía sujeto hasta que bajo él se encendía el fuego. Su único sueño agradable, siempre el mismo, era uno en el que dormitaba como un bebé indefenso en la cuna. Una mujer vestida de negro lo mecía, una figura de mujer con enormes pechos, que olía a leche. De vez en cuando, se inclinaba sobre él y le subía hasta la barbilla la manta que él había apartado con los pies.

Sólo aquellas fuerzas misteriosas que determinan el destino sabían por qué habían hecho un rey de aquel pobre ser humano mediocre y débil. Las tareas propias de su cargo sobrepasaban en mucho sus capacidades. Antes de que el Homunculus y yo apareciéramos en su vida, había sufrido horriblemente a causa de sus dudas, y emprendido el camino directo que conduce a la locura y al suicidio. Pero nosotros le proporcionamos el alivio que necesitaba, lo narcotizamos, le devolvimos la conciencia de sí mismo y le dejamos participar de aquel bálsamo de la complacencia que da la superioridad espiritual. La felicidad que proporcionan las mujeres, los amigos, los parientes y los niños, no la había disfrutado nunca. Siempre tenía que luchar con los impedimentos de su propio complejo de inferioridad. Sólo nosotros estábamos en situación de darle alegría durante minutos, horas o incluso semanas, al confiarle un ejercicio particular, un estudio o un trabajo manual que sólo él y nadie más en este mundo podía llevar a cabo. Y mientras trabajaba en ese tipo de encargos, olvidaba su propio ser herido y se sumergía en el nirvana de la curativa y liberadora impersonalidad.

El Homunculus consideró adecuado instalar nuestro laboratorio un poco alejado del palacio, en un edificio bastante poco acogedor e incómodo, rodeado de un muro de cuatro metros de altura y probablemente del mismo grosor. Gracias a la generosidad del rey pudimos equipar la planta baja y las estancias del sótano mejor que en anteriores ocasiones. Además, el rey puso a nuestra disposición enormes sumas de dinero y un gran número de ayudantes. Dadas nuestras anteriores experiencias, durante el primer año apenas me dejé ver por palacio. Sólo aparecía por deseo expreso del rey o cuando éste estaba enfermo. Quería ocultarme a todos los ojos curiosos, desconfiados, envidiosos y

cargados de odio. Más adelante apenas lo conseguí, porque el rey ya no pudo vivir sin mí y me incluyó cada vez con mayor frecuencia, y contra mi voluntad, en sus asuntos cotidianos.

Durante los primeros tres años de nuestra estancia allí llevé una vida muy agradable y retirada con el Homunculus, en nuestra pequeña fortaleza, que quedaba alejada de palacio y de la ciudad. Sólo el rey tenía libre acceso a nosotros. La mayoría de las veces se presentaba al atardecer, en su carroza, y a pesar de todos los ruegos y protestas, dejaba que sus acompañantes acamparan fuera de la casa. Me asignó, para que me atendieran en mis necesidades, a un viejo matrimonio que había elegido de entre su propio personal, y que cumplían con su trabajo con una sumisión neutral y sonámbula, mostrando menos curiosidad que las losas del empedrado de mi patio.

Las amplias y frías habitaciones de techo alto del piso superior fueron remodeladas para que me sirvieran de vivienda: con muebles reales, tapices, plata y cuadros propiedad del monarca, una oscura y recargada pompa que, a pesar de todo, contribuyó muy poco a aliviar la lobreguez de la estancia. Incluso la chimenea parecía más bien una sala pequeña. En vano ardían en ella enormes montones de madera cuyas llamas vivas huían siempre hacia arriba, ya que el viento absorbía el calor a través de su ancho cuello. Mis ventanas, que gracias a la benevolencia real habían sido provistas de cristales emplomados sujetos por hierro forjado, pecaminosamente caros, daban a un parque descuidado. Aquellos viejos criados no tenían ni idea de jardinería, pero yo no quería tener cerca del laboratorio ojos más curiosos. La hierba crecía sobre el suelo húmedo con un oscuro color verde oliva, mientras los árboles, viejos y contrahechos, inclinaban sus copas sobre los caminos, en los que brotaban también los hierbajos. Por esa época empecé a comprender aquella analogía que era común tanto a los símbolos congelados como a las móviles y fluctuantes líneas de fuerza del mundo astral. Me di cuenta de cuan a menudo todos esos jeroglíficos están presentes también en nuestra vida física, sólo que pocas veces estamos en situación de interpretar su sentido. En las ramas y en las hojas de los árboles, en sus troncos inclinados, reconocí y percibí todas aquellas emociones, todas aquellas pasiones, todos aquellos ruegos mudos, al igual que en las convulsiones de mi furibundo mundo astral, sólo que éstos, aquí en la Tierra, se paralizaban de forma misteriosa. Estaba allí, maldita y encantada en la espesura impenetrable del ser físico, atrapada en la magia del espacio y del tiempo, para luego, cuando hubiera pasado su hora, caer de nuevo en un salvaje torbellino. A partir de entonces, también la naturaleza muda del nivel físico halló resonancia en mí, y desde aquel mismo instante me ha parecido comprender también a los árboles. Entre ellos hay jóvenes y fuertes insurrectos, hay algunos que están siempre alegres y cantan odas jubilosas al Sol. Pero también hay árboles débiles y sin conciencia de sí mismos, árboles vacilantes y mendigos, que alargan sus rotas manos astrales pidiendo una limosna de luz. Hay intrigantes hipócritas y retorcidos, que ponen la zancadilla a cualquiera, tiranos que se despliegan a costa de los otros, hay criaturas doctrinarias, cerriles puritanos y criaturas dulces y maternales. Hay ermitaños que se han desprovisto de cualquier adorno, que espasmódicos y resecos hacen penitencia. Hay árboles enamorados, divertidos, poetas y sabios pacíficos, así como conciliadores que lo comprenden todo y se limitan a sonreír siempre. Hay corpulentas mujeres burguesas que llevan ricos frutos, campesinos lerdos y sometidos, y genios sombríos, solitarios y masculinos, que filosofan. Pero también entiendo la expresión vistosa de todos los millones de rostros de las flores, el agua, los abismos, y las tinieblas, llenas de odio, desdichadas y con miles de aristas, que yacen al borde del camino; y las revelaciones de los cristales que poseen ocultos símbolos. Veo sus rasgos y a través de ellos me hablan. Revelan su ser, su especie, su estado y sus sufrimientos, de la misma manera que los mudos rasgos de una escritura ante los ojos del grafólogo desvelan sus secretos.

Ese laboratorio, instalado con tanta magnificencia, se convirtió también en escenario de múltiples fracasos. Se necesitaba la idea empecinada y obsesiva de un Homunculus, que a lo largo de siglos se ha condensado en esencia, para alimentar mi constancia. Pero ahora ya ni siquiera se trataba de eso. En mi interior empezó a crecer y a reafirmarse una sospecha, de que el Homunculus se hallaba perdido en un callejón sin salida. Por esas vías nunca podría alcanzarse el objetivo. Pero frente a mi poderoso aliado y a su inteligencia invencible, yo no poseía ningún tipo de argumento, ya que lo único que podía hacer era «intuir», más allá de toda lógica y de toda argumentación. Es decir, tenía una «corazonada» (hoy lo

llamaríamos intuición), y por ese motivo sólo habría podido expresar de forma vaga ese tipo de cosas que el Homunculus, con todo su ser seco y lógico, negaba con decisión.

Seguí efectuando mi trabajo bajo sus indicaciones. Lo realizaba todo con exactitud, aunque mi convencimiento cada vez era más débil, y la certeza de que mi trabajo era en vano, de que sólo estaba perdiendo el tiempo y tirando el dinero del rey a la chimenea, se hacía cada vez más intensa. También mi cuerpo empezó a rebelarse contra el frío húmedo e inhumano de mi vivienda. Cogí un resfriado, y me vi atormentado por los catarros y el reuma. Había cumplido ya mis cincuenta y cuatro años de vida. Tampoco el rey se contaba ya entre los más jóvenes, y yo me sentía conmovido por su inquebrantable constancia. Su amistad ya no dependía del oro, que yo intentaba en vano elaborar. Me necesitaba, confiaba en mí y se mostraba agradecido por su relativa convalecencia. Yo sabía que él debía agradecer esta circunstancia mucho más al Homunculus, ante el cual sólo sentía temor. En cambio a mí me apreciaba, y yo correspondía con franqueza y de todo corazón a sus sentimientos amistosos, porque le compadecía en su trágico abandono.

Mi maltrecha salud le asustó y, lleno de una preocupación desvalida, me rogó que me cuidara y que velara por mi pronta recuperación, al tiempo que con un penoso guiño amistoso me hizo saber que él quería morir primero. No se apartó de mi cama, y cuando bajo el resplandor del fuego que se apagaba en la chimenea, con los pies helados y la nariz enrojecida, empezó a estornudar, le aconsejé en broma que huyera, para que aquella maldita cueva de hielo no le deparara el mismo destino que a mí. Sólo entonces fue consciente de las condiciones en que yo vivía. Se culpó de mi enfermedad y empezó de inmediato a trabajar.

Lo que sucedió en el año 1670 fue todo un acontecimiento. El Homunculus dio su aprobación para el traslado, y sólo puso como condición que el laboratorio permaneciera intacto y sin modificaciones. El rey hizo levantar en alto4a casa, en el sentido literal de la palabra, con la ayuda de máquinas y trasladarla a su nuevo emplazamiento, cerca del palacio, donde yo ocupé una suite cómoda y bien caldeada. Mis estancias se comunicaban con el laboratorio por un pasillo. Para el traslado se requirió la intervención de todo un enjambre de maestros constructores y de un gran número de trabajadores. Los preparativos requirieron meses y costaron una fortuna. Es fácil imaginar cómo la nobleza, hostil y desconfiada, los burgueses puritanos y el indignado clero de Dinamarca reaccionó ante esto. También en las casas principescas de Europa se burlaron de este acontecimiento y el pueblo difundió versos burlescos. En lo que a mí se refiere, ya entonces odiaba toda aquella comedia. Me avergonzaba por el rey, y habría preferido emprender la fuga, pero no quería dejar en la estacada a aquel hombre que, a pesar de que no había nada en el mundo que temiera más que al ridículo, asumía la burla sólo para darnos gusto.

Los pocos años que todavía pasé junto a este amistoso y desdichado personaje no fueron más que un servicio que le hice por pura benevolencia. Pero con su último suspiro terminó la representación de mi papel en Copenhague.

Huí durante el crepúsculo vespertino, como lo hice en su momento de Milán, y de nuevo tuve que partir a toda velocidad. El tiempo, con la magia de los acontecimientos que se repiten, conjuró aquel día ventoso y húmedo de octubre en que abandoné la ciudad que me había cobijado. Caía una ligera lluvia y allá arriba, en el norte, estos días lluviosos de otoño desencadenan una inquietud y una desesperación que destroza los nervios. Pocos días antes, la mano delgada y sin fuerza del rey había descansado sobre mi brazo, y con ojos febriles, que nadaban en lágrimas, había pedido misericordia al conjunto de parientes y cortesanos que se habían reunido en la habitación y esperaban su muerte.

-No... no le hagáis ningún daño... Él... me ha... todo... más que nadie... No quiero... Os prohibo, os ordeno... -dijo luchando por respirar.

El pobre. Ni siquiera cuando estaba sano nadie le había tomado en serio.

Sus parientes y todas aquellas personas notables que se habían congregado allí observaban su agonía con fría curiosidad, mirando con fijeza, inconmovibles, su rostro contraído, bañado en sudor. Escuchaban su respiración pesada y convulsa y esperaban expectantes el momento en el que el médico pronunciara aquel texto prescrito para una situación así.

Nadie sentía compasión por el rey y nadie le quería. Ya no le necesitaban. Miraban a través de él, dirigiendo sus ojos al futuro poder. La habitación estaba llena de gente, pero él sabía que estaba solo conmigo. Apartó la vista de aquellos rostros sin compasión, cerrados, y la dirigió a mí, que lo

compadecía, que lo comprendía y lo quería. Su voz era tan sólo un murmullo. Tenía que leer en sus labios sin fuerza lo que quería decirme.

-Vete... huye... ya no puedo seguir protegiéndote... apresúrate...

En sus ojos completamente abiertos apareció una terrible y desconocida expresión con la que mantuvo apresada mi mirada lo más cerca posible de él. Parecía ver en mi interior todos los abismos y todos aquellos infiernos horrendos que había en mí, con una mirada que ya no tenía nada de humana. Luego dijo en voz alta y aguda:

-*¡Abandónalo! ¡Abandónalo!... ¡Entérate de su nombre! ¡De su verdadero nombre!... ¡Dios tenga misericordia de ti!*

Esta sentencia y esta imagen me acompañaron mientras recorría los caminos oscuros y resbaladizos, reblandecidos por la lluvia.

El viejo y servil matrimonio de criados hizo a su fallecido señor el último servicio procurando mi salvación. En la puerta principal del castillo, así como en las numerosas salidas secundarias y en la puerta del laboratorio, me esperaban ya aquellos que no habían considerado la cámara mortuoria como el lugar más adecuado para apresarme. Yo era consciente de esto, pero me dejaba frío. El trastorno que sentí después de la muerte del rey y de sus palabras de despedida hizo disminuir en mí cualquier interés por mi propio destino. Me había hecho viejo y estaba cansado. Había despilfarrado toda mi vida en esfuerzos agotadores, pero no me había acercado ni un ápice a mi objetivo, sino todo lo contrario, estaba más lejos que nunca de conseguirlo. Tenía la sensación de que el cuerpo de Francesco Borri estaba agotado, un estado que no anima a empezar de nuevo, y además sabía que la alianza con el Homunculus era una terrible carga para mí. Era imposible seguir avanzando mientras estuviera con él. Pero, ¿cómo abandonarlo sin su consentimiento? Me necesitaba, me había convertido en su instrumento. Entre nosotros se había establecido un puente, yo era su servidor, su poseso, su prisionero.

«¡Entérate de su nombre! ¡De su *verdadero* nombre!» Una y otra vez volvían a mí las últimas palabras del monarca moribundo, desde las cuales salía a mi encuentro, llameante, la mirada del omnisciente, del que va a cruzar el umbral...

El eco de mis pasos resonaba delator a mis espaldas, mientras recorría los pasillos y las amplias escaleras del palacio, llenas de sombras.

... «Ante la puerta me estarán esperando los engreídos presuntuosos para cargarme de cadenas», pensé. Daba igual. Aquellas cadenas que aprisionaban mi alma eran mucho más terribles, aunque en apariencia pudiera caminar con libertad por todas partes...

«¡Entérate de su nombre! ¡De su *verdadero* nombre!» Pero yo ya lo conocía. ¿Como podría llamarse de otro modo más que...?

De la primera columna de las arcadas se separó una figura delgada y encorvada que me hizo una seña. La seguí. Nuestro camino conducía al mundo subterráneo del palacio. Pasamos por el corredor, que estaba lleno de calabozos, por aquel pasadizo por el que mis enemigos me habrían arrastrado de un modo completamente diferente. El aire enmohecido, los ligeros y apresurados rumores por entre las ranuras de las piedras que rezumaban humedad, provocados por las ratas que huían de nosotros, me recordó otro calabozo...

Cuando salí, cerca de los límites de la ciudad, del laberinto de los pasadizos subterráneos y pude respirar de nuevo con libertad, me alegré incluso de sentir cómo la lluvia me azotaba la cara.

18

La casa sin puerta

Mi intención fue en un principio marchar a Turquía, de nuevo por orden del Homunculus, y aunque contaba con suficiente dinero, ya que había conseguido salvar una enorme suma con la venta de los obsequios del rey, me vi complicado en una enojosa aventura que cambió el destino de mi viaje. Ante las puertas de Viena me topé con una ola de desconfianza, relacionada con la conspiración de Nádasdy-Frangepan. En aquellos días cualquiera era sospechoso, en particular un extranjero que estuviera de paso, porque algunos se habían dejado arrastrar con entusiasmo por estos trágicos acontecimientos: simpatizantes, ardientes patriotas, soñadores y entusiastas aventureros. Me tomaron por un correo secreto y me llevaron a Viena, acompañado de una escolta armada. Los registros e interrogatorios acabaron por fin con un pretexto cualquiera y me pidieron disculpas. El Homunculus, por su parte, realizó en estos días una obra maestra al llamar mi atención sobre el ministro de finanzas, el conde Sinzendorf, un secreto adepto a la alquimia. Conseguí que me recibiera en una audiencia, después de la cual me tomó a su servicio.

El Homunculus estaba satisfecho con esta nueva situación, pero yo no. Me horrorizaba instalar de nuevo un laboratorio para volver a empezar aquellos infructuosos experimentos en los que tendría como asistentes a un aristócrata codicioso y a un obstinado fantasma. ¡Estaba harto! La impaciencia y una perpleja desesperación tomaron posesión de mí. ¿Qué podría hacer para liberarme de esa trampa? Del Homunculus no podría librarme ni siquiera con mi propia muerte, por lo que debía encontrar otra posibilidad de huida.

Él estaba alerta y me observaba. Vio con claridad lo que me sucedía, pero apenas se preocupó por mi indignación y mis dudas. Su posición de poder, la autoridad que ejercía sobre mí, lo hacían sentirse seguro.

Yo me limitaba a realizar mi trabajo con torpeza y de mala gana, y cuando me apremiaba, le replicaba. En esas ocasiones, me amenazaba.

-¿Y qué pasaría si lo dejara todo tal como está? -estallé desesperado.

-Entonces vendrás a parar a este lado, a este lado donde yo me encuentro -murmuró-. Mis poderes son más fuertes que esa chusma astral que te rodea. Tú eres mi criatura, tu intelecto, tus ideas son creación mía. *Exclusivamente mía.* El anzuelo se ha clavado en ti muy adentro. Nuestra alianza perdura, y cuando tu cuerpo se desprenda de ti, tensaré el hilo del anzuelo. Serás como yo, y estarás preso, conmigo... por toda la eternidad.

Así es como descubrí mi desdicha en toda su amplitud.

Después de haberme comunicado esto, el Homunculus se retiró y me dejó solo con mi abatimiento, para que mi docilidad con respecto a él madurara. Quería que comprendiera en todo su alcance el hecho de que en realidad ya no había vuelta atrás. Me había alejado de la costa y ahora debía nadar hasta el final en la oscura corriente de los misterios, o hundirme en ella.

Mientras me hallaba sumido en este estado anímico, confuso, desconsolado y desdichado, se produjo uno de aquellos cambios que como siempre intervenían en mi destino desde fuera, desbaratando todos aquellos precisos cálculos que había hecho el Homunculus, ese ser, negado e invisible, que no se podía incluir en ninguna cadena de pensamientos, situando de nuevo su genialidad, que no podía cuestionarse con argumentos, dentro de sus limitaciones.

Roma observaba mi actividad ya desde hacía mucho tiempo, pero hasta entonces no había podido someterme a un interrogatorio, por lo que en Viena me alcanzó mi destino.

El conde Sinzendorf luchó casi un año para poder retenerme, pero al final fui entregado al Papa gracias a la intervención del Nuncio Papal.

El viaje hasta Roma lo realicé bajo estricta vigilancia. No podía esperar nada bueno, pero no tenía miedo. Era ya un viejo encorvado, desdichado hasta los tuétanos. La prisión, la tortura y la ejecución que quizá me esperaban, se hacían insignificantes y no eran nada al lado de la penosa sombra del Homunculus, que pesaba sobre mí.

Me encerraron en el castillo de Sant' Angelo, y de momento no fui sometido a ningún interrogatorio. Puesto que conocía de oídas el procedimiento, me preparé para un largo y monótono cautiverio. La forzosa inactividad me vino bien, aunque en la soledad de mi oscura celda aquel otro mundo se acercaba de nuevo y se estrechaba alrededor de mi cuerpo. Así pasé días y semanas en el torbellino opresor de una pesadilla, entre rostros contraídos, símbolos amenazadores, monstruos apocalípticos y cuerpos de emoción sin rasgos. El deseo de huir del Homunculus empezó a romper poco a poco aquel dique que había construido con su ayuda para rechazar a estos demonios. Y he aquí que la marea impura que cayó sobre mí alteró también el puente existente entre el Homunculus y yo. Sólo en algunas ocasiones, durante unos minutos, su oscura figura penetraba el sucio barro astral. Me llamaba, me daba órdenes, pero yo me resistía a ejecutar aquellos ejercicios que habrían consolidado de nuevo nuestra relación. Luego empezó a acercarse, poniendo en juego todas sus fuerzas, y yo percibí cómo su ser paralizador iba abriéndose paso hacia mí, suavizando el vertiginoso y tórrido lazo de las sensaciones, disolviendo ese círculo que me rodeaba y alejándolo de mí.

Me rendí. Bien, sigamos con los experimentos, le dije. Pero, ¿dónde? Me habían quitado la libertad, y cuando mi proceso acabara con una sentencia, quizá fuera merecedor de la muerte.

En este aspecto él podía tranquilizarme, y pronto me di cuenta de que no se había limitado a observar sin hacer nada.

Una noche recibí una visita. Cuando el visitante se echó atrás la capucha, me di cuenta de que se trataba de un elegante alto cargo eclesiástico. Su nombre no me era desconocido, se le consideraba el diplomático más hábil de la Corte papal. Era uno de esos espíritus llenos de una prudente curiosidad. Alargaba sus antenas en todas direcciones e intentaba tener siempre cubiertas las espaldas. Sus sermones y discursos fascinaban a la gente, aunque después llegaran a darse cuenta de que era muy diestro en predicar utilizando una deslumbrante retórica y muchas palabras, sin decir prácticamente nada. Nunca se sometió a nadie, pero estaba dispuesto a adaptarse hasta el extremo. Se movía como una resbalosa anguila entre los arrecifes de los hechos consolidados, en las peligrosas aguas profundas de las corrientes políticas.

Este hombre inteligente, frío y egoísta, que en definitiva no valía nada, se convirtió en mi nuevo protector, y en la medida en que pude enterarme de sus más secretos pensamientos, comprendí que lo hacía no tanto en su propio interés como en el de una persona situada mucho más arriba. Por otro lado, habría sido impensable que yo disfrutara de tantas ventajas en esta prisión de triste fama. Disponía de una cama cómoda y de una alimentación exquisita, podía moverme con libertad, y tenía a mi disposición un laboratorio de alquimista que había sido equipado con todo lujo por alguien que poseía profundos conocimientos.

Entonces empezó de nuevo aquel conocido proceso que me tenía harto, y que durante los últimos años me había ido llenando de una creciente indiferencia. Las tareas que me ponía el Homunculus las llevaba a cabo con esa indiferencia mecánica: preparaba la materia cada vez en nuevas variaciones y alimentaba el fuego bajo la ficción de un seno materno, aunque desde el principio sabía que ese vientre nunca sería fértil.

Sin embargo, mi liberación del Homunculus, que se aproximaba en silencio y de un modo apenas perceptible, de la misma manera que los grandes acontecimientos siempre se inician a partir de reacciones minúsculas y crecen hasta convertirse en oleadas de marea que lo arrastran todo consigo, tuvo lugar gracias al protector que él mismo había elegido y al nuevo laboratorio.

Mi *famulus,* que traía la madera y el carbón, y se encargaba de lavar los objetos, ponerlos en orden y de limpiar las lámparas, tenía una hija de trece años; según la gente, una criatura enfermiza y retrasada, la luz de los ojos del cojo Alessandro, cuya madre había muerto en el parto. En algunas ocasiones en que, como sucedía a menudo, mis experimentos se alargaban desde las primeras horas de la madrugada hasta muy adentrada la noche, lo que obligaba a Alessandro a quedarse cerca para estar en todo momento a mi disposición, su hija, la pequeña Marietta, le traía la cena, moviéndose como un ratónenlo, sin hacer el menor ruido. Al principio ni siquiera tuve conciencia de que existiera, ya que

Alessandro, durante los experimentos, no podía quedarse en el laboratorio, sino que debía esperar mis instrucciones en su el cuarto contiguo, que hacía de almacén.

Una noche, debían de ser las diez pasadas, Marietta entró en el laboratorio. Primero creí que lo había hecho movida por la curiosidad. El resplandor del fuego, rojo y demoníaco, temblaba por las paredes. En ese momento yo estaba evaporando sobre la llama de alcohol el agua obtenida de la arena lavada doce veces, por lo que no me di cuenta en seguida de su presencia. Se quedó quieta, en el umbral de la puerta, con los ojos muy abiertos, viéndome trabajar. Alessandro, después de la cena abundante, se había adormecido, y yo había olvidado cerrar la puerta. De esta manera fue cómo la niña pudo acceder a la estancia prohibida. Su vocecilla delgada, dulce y cantarína me asustó, sacándome de mi ensimismamiento.

-¿No es verdad, *Messer* Burrhus, que esto de aquí es el infierno?

El pelo le caía en dos trenzas oscuras sobre sus hombros, y el corpino de su largo vestido azul que se ceñía a su cintura revelaba la espantosa delgadez de su cuerpo mal desarrollado y diminuto. Tenía el rostro enjuto y un aspecto avejentado, sus ojos llamativamente grandes y azules brillaban como los de un poseso. Había cruzado sus manos amarillentas sobre el pecho y esperaba una respuesta. La sorpresa me hizo enmudecer. Había algo en el aspecto de esa niña pequeña que me asustaba y al mismo tiempo me tranquilizaba. Coloqué el crisol a un lado y dirigí la luz de la llama de alcohol hacia ella.

-¿Quién eres?..., ¿cómo has llegado hasta aquí?

-Soy Marietta... la Marietta de Alessandro Combatas. Es tu criado.

-Oh... ¿eres la hija de Alessandro?

-Sí. Le traigo la cena. Hace tiempo que quería entrar aquí porque tengo que hablar contigo, pero mi padre no me lo permite cuando está despierto. Hoy se ha quedado dormido.

Me acerqué más a la niña, me senté y la atraje hacia mí, para que el brillo de la lámpara iluminara su extraño rostro. Ella no se resistió, se quedó de pie con sus ojos serios, brillantes e inquietantes entre mis rodillas y levantó la vista hacia mí.

Marietta...

Este nombre me conmovió profundamente, ya que era el de mi madre, y algo en mi interior empezó a sangrar como una herida abierta. Esta niña pequeña no tenía ninguna semejanza con ella, sólo el mismo nombre, y, sin embargo, su presencia hacía fluir el recuerdo en mi alma, despertando en mi persona la tristeza y una desesperada añoranza de su presencia pura.

-Sí -dije en voz baja-. Lo has adivinado, pequeña Marietta... Esto de aquí es el infierno... ¿De qué quieres hablar conmigo?

-Aquí no... Es un mensaje, el que más se oye de entre todas las voces desde que tú estás aquí...

-¿Entre qué voces?

-Las voces que yo oigo -dijo con seriedad, como algo que se da por supuesto-. Una *madonna* me ha encargado transmitir este mensaje a *Messer* Borri, que ahora se llama Burrhus. Pero no cerca del infierno, porque ahí nos amenaza a ti y a mí la impiedad de un diablo, que es muy poderoso y está vigilando para que tú no te escapes de su dominio...

En el hueco de la puerta apareció el rostro horrorizado de Alessandro suplicando perdón. Tiró de la niña hacia él.

-¡Marietta, Marietta! ¿No te lo había prohibido?... ¡Perdón, Messer! Os juro por la Santísima Virgen que no volverá a suceder... Mi pobre Marietta no está bien de la cabeza... No sabe lo que hace, ni lo que dice...

-No te preocupes, Alessandro... ¡Deja de lamentarte! No sabía que tuvieras una hijita tan lista. Nos entendemos de maravilla... Vete y sigue durmiendo -dije empleando un tono jocoso, aunque en mi interior temblaba de impaciencia y de preocupación por si algo o alguien podía impedir que me llegara aquel mensaje, cuya importancia estremecía todo mi ser. Oí el lejano susurro de la voz de mi madre en ella, la voz de mi madre que no podía alcanzarme directamente, de la misma manera que el efímero vaho, blanco como la nieve, no puede penetrar bajo la gruesa y densa capa de la tierra, y que a pesar de todo quería ayudarme... salvarme del terrible abismo del infierno, que apestaba a azufre, en el que yo había caído. El débil cuerpo, traslúcido y puro, de la pequeña Marietta tenía que servirle de herramienta para hablar conmigo... ¡Qué tenaz constancia, qué amor tan ardiente y dispuesto al sacrificio tenía que haber puesto en juego para encontrar el camino, para abrirse paso hasta aquí!...

Alessandro se retiró y yo tomé a la niña de la mano.

-Salgamos de aquí, Marietta... tú debes transmitirme el mensaje ahora mismo, porque de lo contrario nunca más encontrarás otra ocasión de hacerlo.

La luz de la lámpara empalideció y a pesar del espléndido fuego del horno, el aire en el laboratorio se tornó glacial. Pude ver el rayo de luz que se alargaba hasta la esquina. En todo mi cuerpo, en toda mi alma sentí el espanto que se apoderaba de mí. También la delgada mano de Marietta tembló en la mía. Abrí la puerta que conducía al patio...

Se trataba de un pequeño patio circular, empedrado, en cuyo centro se levantaba una fuente decorada con esculturas de niños jugando. Fuera me recibió una noche luminosa y clara. Noté cómo temblaba. Cuando levanté el liviano cuerpo de la niña para poner sus labios a la altura de mis oídos, noté cómo temblaba.

-Dimeló, querida... no tengas miedo... la *madonna* te protege...

Y Marietta me murmuró el mensaje de mi madre al oído.

Dejé que la niña y Alessandro se fueran a casa y volví a mi laboratorio.

La dulce voz de mi madre, que me llegaba desde la tumba, susurraba en mi interior llena de luz y devoción. Me envolvía en un sortilegio y me otorgaba la fuerza necesaria para entrar en esa estancia que se extendía muda ante mí, llena de sombras negras y de un rojo púrpura, donde la paralizadora figura horripilante del Homunculus, petrificada en una ira mortal, me esperaba para que ajustáramos cuentas. Debido a su presencia hostil, el aire estaba pegajoso y denso, cargado de humedad. El miedo alargó sus afiladas garras hacia mí, ante cuyo soplo el ser humano mortal se derrumba cuando este aire lo roza en sus peores pesadillas, en sus vagas y enfermas intuiciones.

El Homunculus concentraba todas sus fuerzas y todo su poder para obligarme a caer de rodillas y aniquilarme con el garrote de su tenebroso conocimiento.

El fulgurante fuego del horno se ensombreció, se redujo y vomitó un humo negro que olía a azufre. Fuera, la noche era tibia, pero procedente de alguna fuente, fría como un cadáver, soplaba un frío glacial que se fue extendiendo por el caldeado laboratorio. El frío se hizo cada vez más intenso, y como un resbaladizo cuerpo de reptil se enroscó en espiral a mi alrededor, se pegó a mi rostro, se arrastró bajo mis ropas, traspasó mi piel y se metió en mis huesos. Tenía la sensación de estar convirtiéndome en hielo, ya que ese frío paralizador penetraba cada vez más en mi interior para apagar la llama que el mensaje de mi madre había encendido. Y yo sabía que tan pronto como ese brillante punto de calor se extinguiera, el pánico se apoderaría de todo mi ser, por lo que debía resistirme con toda mi fe y con todos mis recuerdos...

Me apoyé en la mesa y me incliné hacia delante. Por el rayo de luz que se prolongaba sin fin en la esquina, rodó mi voz, enérgica, con inusual firmeza, y retumbó por las paredes.

-¡Te conozco! ¡No puedes hacerme daño porque no te temo!

El extraordinario y estridente eco de un huracán resonó en la sala. Las esferas de cristal de las lámparas de alcohol estallaron con gran estruendo y los pedazos cayeron al suelo produciendo un tintineo. En los estantes, los crisoles empezaron a oscilar, chocaron entre sí y se tambalearon de un lado a otro, como si quisieran huir. Uno de los hornos escupió una nube de hollín con un ruido sordo. Mis manos, mi rostro, mis ropas se volvieron negras, mis ojos se enturbiaron, y en mi boca sentí el repugnante y pastoso sabor del hollín. Mi estado físico se vio acosado, agotado y doliente, pero me revolví contra mi atacante, como un animal en peligro de muerte y grité, ciego y sordo:

-*¡Conozco tu verdadero nombre! ¡Eres la casa sin puerta! ¡Ya no tengo nada más que ver contigo! ¡He cortado las ligaduras, he vencido la atracción! ¡Apártate de mí, Leviatán, desaparece para siempre, yo así lo quiero!*

Grité tan fuerte, sujetándome con ambas manos a la mesa, el cuerpo agarrotado e inclinado hacia delante, que después me sobrecogió una debilidad aturdidora. Rompí a sudar, y cuando mis rodillas al fin cedieron, caí al suelo, temblando, junto a la mesa.

La danza de brujas que había hecho presa de mis miembros fue cediendo poco a poco. Las oleadas de horror iban y venían una y otra vez por mis nervios. No sé cuánto duró este agobiante estado de inconsciencia. Cuando el temblor hubo remitido en parte y las lágrimas hubieron limpiado el hollín de mis ojos, me di cuenta de que mi laboratorio había cambiado de un modo extraño. Un viento tibio, suave, acariciaba mi piel. La llama desnuda de la lámpara de alcohol temblaba con una luz blanca y diáfana y se levantaba hacia arriba con un susurro agradable, alegre, presuroso. Los hornos ardían. Por

la ventana penetraba desde la noche, repleta de polvo estelar, la lenta canción de cuna de los grillos, y allí, por un breve espacio de tiempo, sucio de hollín, destrozado por la debilidad y la conmoción que había sufrí* do, experimenté una alegría que hasta entonces nunca había conocido. Habría querido reírme y gritar, tartamudeé una oración, y mientras lo hacía las lágrimas corrieron por mis mejillas. Primero me puse de rodillas, luego me incorporé a duras penas, al tiempo que murmuraba palabras deslabazadas sobre Dios y mi madre, daba las gracias y cantaba alabanzas, y por último me tambaleé por la sala, me asomé a la ventana y bendije a los grillos...

* * *

Era libre. Pero, ¿qué significaba esa palabra? Quizás alguien que ha sido condenado a muerte y es indultado en el último momento, tenga una pálida idea de lo que yo sentí cuando el telón místico cayó entre mí y el Homun-culus. En todo caso, la brutal realidad se hizo insignificante a la vista de aquel sufrimiento incomprensible, infinito y sin esperanza que me esperaba si hubiera tenido que compartir el destino de aquel ser; ya que, al fin y al cabo, la muerte física contiene siempre en sí misma la resurrección y la liberación.

La puerta de la celda del Homunculus había vuelto a cerrarse con llave y de nuevo estaba solo con sus ideas estériles; así se quedaría durante otros cuantos siglos. En aquel momento me horrorizaba tanto su existencia que ni siquiera podía compadecerme de él. Ahora sí he llegado a hacerlo.

Estos son los escasos instantes que llenan también al ser más desdichado de una esperanza ilimitada, con el recuerdo imborrable de un regreso a casa perfecto y feliz. Es un sabor que nunca desaparece, y como del mismo modo que el grano de arena se aloja en la ostra, esos instantes se alojan en la carne y en la sangre, incluso bajo el caparazón más duro, y maduran mediante el sufrimiento y las lágrimas hasta convertirse en una valiosa perla, sin que importe cuántas vidas se requieran para ello, sin que importe bajo qué nombre, qué recuerdos o qué etiquetas pasajeras. A partir de ese momento en que la transformación ha tenido lugar, se da también la fecundación. Fuera de esto, cualquier cuerpo y cualquier circunstancia es sólo una envoltura, una protección y un estímulo, por decirlo de algún modo, el horno de alquimista que en su insignificancia es ya un ser de enorme importancia.

Después de haber roto con el Homunculus, no me quedaba mucho tiempo ya. Esta última y violenta conmoción aceleró la decadencia del famoso Burrhus. Las fuerzas ya no me alcanzaban ni siquiera para dar mi paseo diario por los baluartes. No podía salir del castillo. Por lo demás, estaba rodeado de atenciones y de abundancia. Obtenía todo cuanto deseaba. También me estaba permitido recibir visitas, pero no quería hacer uso de este derecho, aunque durante mi larga y aventurera vida mi persona se había vuelto interesante y conocida y atraía a algunos curiosos. A menudo me venía a ver mi benefactor, que se informaba de los resultados de mi trabajo. No silencié mis fracasos. Simplemente me faltaban las ganas y la convicción para mentir. Me hacía reproches, estaba insatisfecho, y probablemente todo aquello habría acabado mal si no hubiera conseguido tratar con éxito a su señor, todavía más poderoso que él, con hierbas y una dieta adecuada, curándolo de su afección intestinal. De manera que me dejaron en paz, y para gran alegría mía, poco a poco fui cayendo en el olvido. Sólo Alessandro y Marietta siguieron siéndome fieles. Cuando ya no pude abandonar el lecho, mi viejo *famulus* me cuidó, y la presencia amable y extraordinaria de su hija tenía el poder de romper durante unas horas aquel círculo de brujas que poco a poco volvía a estrecharse a mi alrededor.

El afecto de Marietta era conmovedor. También yo había aprendido a querer a aquella criatura y me alegraba de sus visitas, aunque nunca más adoptó la voz de mi madre. Esta cuerda había enmudecido en aquel rico confusionismo de voces que me rodeaba sin pausa. Marietta no podía ver nada, sólo oír. Almas desorientadas en su viaje de traspaso, almas que andaban a la búsqueda y preguntaban por el mundo de la carne, o aquellos que olfateaban el peligro e intentaban ayudar sin poder hacerlo, gritaban en medio de aquel extraño espacio acústico. De lejos y de cerca me susurraban al oído, suplicaban, transmitían mensajes, lloraban, se quejaban, se amontonaban y se alejaban luego hacia el infinito. Sus voces se alejaban y se retiraban como la marea mientras corrían por las órbitas prescritas de su destino, dejando lugar a otros.

¡Qué desesperada era una ventana tan pequeña en todo aquel grueso muro de piedra del otro mundo, entre los sonámbulos de la carne! Nadie se detenía a mirar a través de ella. Rígidos, con la cabeza vuelta, todos pasaban de largo, ciegos y sordos, mientras al otro lado los llamaban las voces de las almas de sus amados muertos, con sollozos, súplicas y amonestaciones.

Todos pensaban que Marietta estaba loca; sólo Alessandro, que vivía con ella, sospechaba que era una elegida, pero no se atrevía a hablar de ello. Temía que la acusaran de brujería y le hicieran un proceso. Por eso prefería extender el cuento sobre la tranquila locura de su hija, con voz aduladora, y en la medida de lo posible, intentaba protegerla de su entorno. A mí, sin embargo, no me tenía ningún miedo. Estaba contento de que su hija solitaria y menospreciada hubiera encontrado un amable protector, que entendiera a la muchacha y apreciara su extraño don.

A través de la boca de Marietta pude participar en lamentables, sorprendentes y extravagantes conversaciones. En ocasiones deletreaba con esfuerzo extrañas y exóticas lenguas, mientras escuchaba con la frente fruncida las voces que yo no entendía, y luego, de pronto, a medida que me transmitía los gritos emocionales y salvajes, las acusaciones y las presiones de mi propio entorno, se inquietaba.

-Esos de ahí son malos y te atormentan, *Messer* Burrhus..., ¿por qué no los echas?

Tuve que reconocer con amargura que no tenía ningún poder contra esas fuerzas, y la apremié a ayudarme también en esto. Quizás ella podría volver a distinguir una voz que pudiera indicarme el camino. A mi ruego no obtuve ningún tipo de respuesta. ¿De dónde habría podido llegarme?, ¿quizá de fuera? Todo cuanto pudiera llegar a saber de mí desde fuera ya lo sabía gracias a Amadeus Bahr. Pero seguía teniendo la esperanza de poder enterarme, con la ayuda de Marietta, del secreto de la transmutación, que en cierto modo era el camino de la gracia. Mi primera decepción en este sentido fue el Homun-culus, que había asumido el problema en el plano físico. La segunda fue, a pesar de todo el amor y el agradecimiento, Marietta, aunque ella no hizo más que iniciar la larga sucesión de aquellos experimentos que sólo mucho más adelante llevé a cabo en el fanático, atractivo, confuso y peligroso reino astral de las intuiciones, premoniciones y extrañas visiones, profecías y mistificaciones.

Sin duda fue aquella niña la que me inculcó la expectante esperanza y la curiosidad de una nueva posibilidad. Eso fue lo que me llevé conmigo de la larga, dura y extraña vida de Francesco Borri, que al cabo de unas semanas de guardar cama, finalmente murió.

Había pasado setenta y nueve años en ese cuerpo, ya muy maltratado, y noté cómo se iba convirtiendo cada vez más en un cadáver, insensible y helado. Fue una liberación deshacerme de él.

El dinero y las pocas joyas que poseía y que me había regalado Federico III se las dejé a Alessandro y a su hija. Sé que me lloraron amargamente. Eran seres aislados, respetuosos y amigables, que llevaban su vida excluidos de cualquier contacto humano con las masas, sólo porque eran diferentes de los demás. Esos elegidos, en la medida en que su destino los une, se reconocen entre sí y se saludan como hermanos.

Marietta y Alessandro lloraron en mí su fiel retrato.

Antes de fundirme en las sombras, plagadas de espíritus, del castillo de Sant' Angelo, me quedé durante un corto tiempo junto a aquella pequeña luz que me ofrecía el alma de Marietta, que se mostraba ante mí como un libro abierto. Alrededor de ese tranquilo y dulce asilo se amontonaban aquellos seres desesperados sin cuerpo que gritaban hacia la otra orilla un mensaje, un ruego, quizá también una maldición a sus amados o a sus enemigos y que querían transmitírselo.

Pero, esta vez, esa luz era para mí, el anhelo dulce e inmaterial que Marietta me conjuró: me llamaba por mi nombre. Pero no mencionaba aquel nombre que me habían puesto durante mi existencia terrenal, sino el nombre que de entre todos los seres sólo me pertenece a mí. No sé de dónde le vino la iniciación, pero con mi muerte ella entró en posesión de él. Había conquistado el poder sobre el núcleo más íntimo de mi ser y me atraía de forma irresistible.

No quiso retenerme durante mucho tiempo, sólo el necesario para una breve despedida, luego me dejó seguir mi camino... Dios revela estos secretos sólo a aquellos que no van a hacer mal uso de ellos...

LIBRO SEGUNDO

El crisol en el fuego

¡Cómo giran en la infinitud del Universo, cómo se buscan en el torbellino del Cosmos aquellos que se han escapado de la gran alma del mundo! ¡Se precipitan de planeta en planeta y lloran en las profundidades, añorando el hogar perdido! Estos son tus libros, Dionysos... ¡Oh, gran espíritu! ¡Oh, divino liberador! ¡Alza a tu hija y llévala de nuevo a tu regazo esclarecido!

Fragmento órfico

1

Louis de la Tourzel

Mi renacimiento tuvo lugar en los umbrales del siglo xvm. Mi encuentro con Marietta me condujo a relaciones todavía más inusuales y complicadas. Desde mi muerte, en el año 1695, tuvieron que pasar cinco años hasta que pude construirme un cuerpo viable. Aquella mujer que acabaría trayéndo-me al mundo y que durante unos años me educó, hasta que su espíritu se trastornó del todo, tuvo que padecer mis intentos experimentales. La desdichada sufrió tres abortos, y en el cuarto intento, a causa del shock del parto se rompió la unión que se había establecido entre mí y el pequeño cuerpo sanguinolento del niño, y éste nació muerto. Hasta que, por fin, pude permanecer en su cuerpo tan doliente.

Esta mujer digna de compasión, con los nervios muy alterados, estaba enferma de miedo y temerosos presentimientos. En cada minuto de su vida se revolvió en la cautivadora red de la superstición y finalmente fue vencida por la locura.

Vivíamos en una polvorienta y pequeña ciudad francesa donde la vida transcurría con calma, en Varennes, aquel lugar que más tarde, con motivo de la huida de Luis XVI, adquiriría trágica fama.

Mi abuelo, al que nunca conocí, se llamaba David Pétion. Era hijo ilegítimo de un noble y de la hija de un funcionario de la ciudad, un don nadie sin casta y sin raíces, lo que en su época, dada la estricta delimitación de las clases sociales, suponía un aislamiento absoluto. No tenía ningún tipo de relación o lazos familiares. Su madre lo hizo educar en el campo, cerca de Varennes, en una granja, entre la fatiga y el trabajo, donde muy pronto fue consciente de su situación poco clara. Acabó por darse cuenta de que los campesinos lo consideraban un intruso, y los señores no lo aceptaban. Pétion era un muchacho listo, egoísta e imaginativo, que no tardó en comprender que debía decidirse, porque de lo contrario no encontraría ningún lugar para sí bajo el cielo de Francia. La vida en el campo despertó en él el sentimiento primitivo de unión con el terruño. Amaba este oficio, el más difícil y el más venturoso de todos, y conocía bien su trabajo. Mientras tanto su madre contrajo un ventajoso matrimonio, y cuando su hijo fue mayor le hizo llegar una cuantiosa suma de dinero. Aunque decidió ser campesino, no olvidó, sin embargo, que la identidad de su padre le otorgaba ciertosMi renacimiento tuvo lugar en los umbrales del siglo xvm. Mi encuentro con Marietta me condujo a relaciones todavía más inusuales y complicadas. Desde mi muerte, en el año 1695, tuvieron que pasar cinco años hasta que pude construirme un cuerpo viable. Aquella mujer que acabaría trayéndo-me al mundo y que durante unos años me educó, hasta que su espíritu se trastornó del todo, tuvo que padecer mis intentos experimentales. La desdichada sufrió tres abortos, y en el cuarto intento, a causa del shock del parto se rompió la unión que se había establecido entre mí y el pequeño cuerpo sanguinolento del niño, y éste nació muerto. Hasta que, por fin, pude permanecer en su cuerpo tan doliente.

Esta mujer digna de compasión, con los nervios muy alterados, estaba enferma de miedo y temerosos presentimientos. En cada minuto de su vida se revolvió en la cautivadora red de la superstición y finalmente fue vencida por la locura.

Vivíamos en una polvorienta y pequeña ciudad francesa donde la vida transcurría con calma, en Varennes, aquel lugar que más tarde, con motivo de la huida de Luis XVI, adquiriría trágica fama.

Mi abuelo, al que nunca conocí, se llamaba David Pétion. Era hijo ilegítimo de un noble y de la hija de un funcionario de la ciudad, un don nadie sin casta y sin raíces, lo que en su época, dada la estricta delimitación de las clases sociales, suponía un aislamiento absoluto. No tenía ningún tipo de relación o lazos familiares. Su madre lo hizo educar en el campo, cerca de Varennes, en una granja, entre la fatiga y el trabajo, donde muy pronto fue consciente de su situación poco clara. Acabó por darse cuenta de que los campesinos lo consideraban un intruso, y los señores no lo aceptaban. Pétion

era un muchacho listo, egoísta e imaginativo, que no tardó en comprender que debía decidirse, porque de lo contrario no encontraría ningún lugar para sí bajo el cielo de Francia. La vida en el campo despertó en él el sentimiento primitivo de unión con el terruño. Amaba este oficio, el más difícil y el más venturoso de todos, y conocía bien su trabajo. Mientras tanto su madre contrajo un ventajoso matrimonio, y cuando su hijo fue mayor le hizo llegar una cuantiosa suma de dinero. Aunque decidió ser campesino, no olvidó, sin embargo, que la identidad de su padre le otorgaba ciertos privilegios. Si le reconocía, podría, por ejemplo, comprar tantas tierras como quisiera, así que empezó una despiadada y tenaz lucha por su legitimación en contra de su padre, que se encontraba en una situación difícil, y que dependía también, en gran medida, de su matrimonio. Lo amenazó y lo chantajeó hasta que por fin éste cedió, aunque bajo la condición de que ante el mundo siguiera renunciando a su nombre y a su título nobiliario, ya que su hijo legítimo en esos momentos estaba comprometido con una princesa real. Pétion aceptó esta condición: el nombre y el rango no le interesaban, sólo la tierra; y así fue cómo se hizo en Varennes con un pequeño patrimonio. Lo administraba de maravilla y sus riquezas empezaron a multiplicarse de forma visible, aunque no siempre de acuerdo con las reglas de la ética. Era un hombre solitario que eludía a la gente y avaro en extremo. En cuanto se enteraba de que en casa de algún noble, a quien ahogaban las deudas, se tambaleaba el equilibrio financiero, se hacía con toda la propiedad y de esta manera sacaba un jugoso provecho de la desgracia de algunos. De esta misma manera fue como consiguió también su serrería y su negocio de cría de ganado vacuno. Era lo bastante astuto como para aprovecharse de las ventajas de su situación, ya que como hijo de un noble estaba libre de las distintas cargas e impuestos, mientras los campesinos, entre cuyas masas llenas de odio se cocía ya la revolución, abandonaban a centenares los pueblos y las casas para ganarse su miserable vida fuera de la ley, como furtivos, contrabandistas de sal o mendigos. El Tercer Estado se hundía sin remedio bajo el yugo unilateral de los impuestos señoriales y las tasas reales, mientras el negocio de David Pétion florecía. Se casó dos veces. Mi madre nació de su segundo matrimonio: una niña frágil, enfermiza, atormentada por ideas delirantes, de la que su padre no se ocupó en absoluto. Este segundo matrimonio había sido estrictamente un matrimonio de conveniencia, ya que su mujer aportó una rica dote a la casa, y era una persona por la que cualquiera hubiera dado lo que fuera para liberarse de ella: vieja, fea y con un carácter histérico, siempre ofendido.

Cuando mi madre, Sophie Pétion, cumplió los dieciocho años, llegó a Varennes, directamente de París, Louis de la Tourzel, que se instaló en las posesiones de sus parientes por un buen motivo: tuvo que abandonar la capital debido a sus enormes deudas y a un sucio escándalo relacionado con el juego. Algunos creían poder afirmar que sólo se había librado de la excomunión porque estaba emparentado de lejos con los poderosos Soubisen. Aparte de su romántica capa de terciopelo, su jubón de seda, su pañuelo de encajes y sus zapatos con hebillas de plata, no trajo nada consigo. Resultó para sus parientes una carga, de la misma manera que para él resultaba una carga la aburrida monotonía de Varennes. Corrían terribles rumores sobre su persona. Los señores del vecindario, que temían por la virtud de sus hijas y sus mujeres, se distanciaron de forma ostentosa de él. Su propia tía y su propio tío le hicieron saber con claridad que toleraban su presencia en su casa y lo proveían de comida y de bebida, pero que estarían muy contentos de verlo lo menos posible. Así que aquel inútil de elevada estatura, nariz aguileña y el rostro pálido a causa de su vida disoluta, pasaba la mayor parte del día en la fonda «El Buen Soberano» donde, con sospechosa fortuna, jugaba a cartas con los tratantes de ganado que estaban de paso o con el tendero y el panadero del pueblo.

De la Tourzel consideraba su estancia en Varennes un mero accidente laboral pasajero, una situación en la que se encontraba tan sólo por culpa de las «intrigas de sus adversarios». Con gran locuacidad, hablaba con largueza y prolijidad en la taberna de cómo había vivido en París, de cuánto dinero gastaba, de cuántos duelos había librado, dando a conocer incluso los nombres de sus numerosas amantes. Lo único que calló siempre fue aquel ominoso acontecimiento que lo había empujado a las aguas tranquilas de Varennes. Era grandilocuente, jactancioso, insustancial, tierno y sensual como un sátiro. Las mujeres se peleaban por él, los hombres lo despreciaban. Apenas había una campesina o una hija de campesinos a la que no se hubiera acercado, pero habría podido recibir mucho más con sólo haber alargado la mano hacia ellas. La fama de su carácter dominador y desenfrenado se extendía en murmullos y llenaba de espanto a las mujeres de los alrededores.

Este «pálido caballero, desterrado y noble» atraía a la solitaria, sensible y nerviosa Sophie Pétion como la luz a las polillas. Ella era entonces una dulce muchacha rubia con un pecho inusualmente abundante, que oscilaba por encima de su talle de avispa. Su barbilla, en forma de corazón, la

rejuvenecía de forma delicada, mientras que los pómulos sobresalían con claridad bajo los ojos oscuros de corte oblicuo. En ese par de ojos ardía la húmeda y exaltada luz de la sensualidad exacerbada. No hizo falta mucho para que aquellos dos seres apasionados y descontrolados se encendieran el uno al otro, haciendo caer todas las barreras y quemando todas las convenciones.

Sophie ardía como una antorcha y se inclinaba como posesa bajo el yugo dulce y aplastante de su amor. La entrega sin condiciones de la muchacha cautivó durante cierto tiempo incluso la aguzada sensualidad de Tourzel, lo mismo que su admiración y su dulce entrega, con la que lo seguía ciegamente en sus vicios. Sophie, en su ignorancia inocente y entusiasta y con su instintiva disposición al aprendizaje, se sometió a sus perversiones, que ella satisfacía sin poner condición ni límite.

-¡Eres una pequeña y maravillosa ramera, Sophie! -se reía Tourzel, después de sus abrazos, con una risa de sátiro satisfecho y lujurioso-. ¡Ni siquiera en el establecimiento de *Madame* Pérault podría encontrarse a alguien parecido a ti!

Cuando Sophie, inquieta y algo trastornada, preguntó por el tipo de establecimiento que tenía *Madame* Pérault, Tourzel, divertido y brusco, le respondió que *Madame* reunía a su alrededor a las muchachas más bellas y respetables de París para introducir a sus clientes en la vida matrimonial.

Al cabo de unos meses Sophie se quedó embarazada. Esta brutal realidad trajo consigo un cambio absoluto. El hecho de encontrarse mal físicamente la hizo consciente de los peligros de su acto con un miedo lacerante. La extraña fuerza que había entrado en su cuerpo con su pasión, desapareció como un vapor pasajero. Estaba débil y asustada. Los prejuicios de su educación y los dogmas éticos de la pequeña ciudad puritana que estaban arraigados en su alma, la sometían a juicio y la abocaban a la desesperación. Adelgazó, su rostro se alargó, su piel se llenó de manchas y se volvió amarillenta; sus ojos estaban enrojecidos e hinchados debido a las noches que se pasaba llorando. Las pocas veces que se encontraban, eludiendo mil peligros, en algún lugar entre los viejos árboles del bosque cubiertos de musgo o en la cabana de un guarda de campo sobornado, Tourzel ya no era esperado con besos y balbuceos lujuriosos, sino con reproches, exigencias y explosiones violentas y desvarios. También la voz de él había cambiado: se volvió ruda y despiadada, y al final dejó de acudir a las citas. Al darse cuenta de la desgracia en que había caído, Sophie se quedó del todo aturdida. En su desorientada sensación de acoso, desesperada, quiso suicidarse. Ya lo había preparado todo y planeaba hacerlo con la daga de Tourzel, un propósito en el que se mezclaban el placer perverso y los sentimientos de venganza que se unían contra aquel hombre, ya que de esta manera resultaría sospechoso y, tal y como esperaba en su autocompasión sentimental, algún día sería destrozado por un apasionado y tardío arrepentimiento. La daga se la había quitado durante una discusión y la había ocultado entre amenazas en su media. Quería ir al bosque, a su lugar de encuentro, en un claro, rodeado de árboles viejos y nudosos con rostros de buho, cubierto con un suave y liso tapiz de agujas de abeto.

En el último momento tuvo la sensación de tener que despedirse de alguien. Primero pensó en su confesor, a quien todavía no se había atrevido a revelar su vergonzoso acto; pero cuando se imaginó el rostro serio, burlón y anguloso del sacerdote, se asustó y se echó atrás. No, no tendría valor para hacerlo. Sólo más tarde se le ocurrió su padre, el avaro, egoísta y cerrado Pétion, a quien no veía durante días y que los domingos la conducía a la iglesia con el rígido rostro de un sonámbulo. Daba igual. Era su padre, su propia sangre, el único ser humano con el que estaba estrechamente ligada.

Así fue como ella, con un amor anhelante y desesperado en el corazón, entró en las estancias de su progenitor, que, como si se tratara de otro planeta, quedaban aisladas en el otro extremo de la casa. No podía recordar haber acudido allí jamás. Muy pronto había aprendido que nada tenía que hacer en ese lugar, donde no era esperada ni tolerada. A lo largo de su vida sin acontecimientos, que transcurría como en sueños, en una niebla agradable e irreal, no había sentido la necesidad de estrechar las relaciones con su padre. Sin embargo, ahora, bajo la insoportable carga de este problema que había caído sobre ella, no podía seguir descuidando ese vínculo. Naturalmente ni siquiera había pensado en insinuarle su decisión. Se limitaría a entrar, saludar, decir algunas palabras agradables, preguntar si quizá podía hacer algo por él y pedirle que se ocupara un poco de ella porque estaba muy sola. No... ese... ese hombre estaba tan embrutecido que nunca se había ocupado de ella... tenía un carácter tan brutal e irascible que era peligroso despertar al león. Más bien se sentía dispuesta a prometerle que a partir de ahora sería una buena hija y a decirle que lo quería mucho, aunque hasta entonces todavía no se lo había manifestado. Por supuesto, era más fácil imaginarse todo eso que pronunciar aquellas palabras, en el fondo fraudulentas, a alguien que en toda su vida no había dado ningún paso de acercamiento a excepción de haberla engendrado... ¿Como hablarle de amor y dedicación a un hombre con

unos ojos grises de simio, hundidos entre pequeñas arrugas y frente estrecha, y bajo cuya barba blanca hirsuta las comisuras de la boca se torcían con desprecio hacia abajo?

El olor rancio a pipa, que llenaba el pasillo de piedra, casi consiguió asustarla. El recuerdo de los grandes miedos, del rechazo horrible y glacial de los días de infancia afloró en ella, pero siguió andando con valentía.

Oscurecía.

El viejo todavía no había encendido ninguna luz, porque tenía la sensación de que cada gota de aceite que pudiera ahorrar se convertía en sangre en sus venas.

Su habitación daba la impresión de un amplio trastero, una especie de taller. Él mismo reparaba los muebles, las herramientas, las sillas de montar, incluso se ocupaba con sus propias manos de cambiar las suelas a sus botas. Sus ropas desgastadas las llenaba con pericia de zurcidos apenas visibles. No tiraba nada, ni un hilo, ni un pedazo de madera, cuero o tela. Bajo su cama, sobre los armarios, sobre la mesa y por el suelo se apilaban cajas, caji-tas, herramientas, sillas de montar, sillas cojas, ruedas de carruaje, trozos de vajillas estropeadas, crisoles y recipientes con cola, amontonados con tanta estrechez que todos juntos despedían un desagradable olor a moho. Aquí vivía, comía, dormía y trabajaba Pétion durante el largo invierno, cuando se limitaba a estar en casa. En primavera y en verano, tan pronto como empezaba la dura servidumbre del campo y la agricultura, la mayoría de las veces pasaba las noches al aire libre.

En ese día de otoño tardío estaba en casa. Cuando Sophie entró con timidez en la habitación, Pétion se hallaba sentado en su rígido sillón ante la oscura y fría chimenea. En la habitación reinaba un frío húmedo. La pequeña ventana que había sido abierta en el muro a la altura de un hombre apenas dejaba entrar luz, y mientras fuera de la ventana se iniciaba un crepúsculo gris perla, la habitación estaba casi a oscuras.

Sophie se acercó. La figura muda e inmóvil ante la chimenea vacía la llenó de una creciente angustia. Tuvo que proponérselo varias veces antes de atreverse a dirigirle la palabra, pero incluso entonces la voz amenazaba con fallarle, como un pie que se apoya sobre un suelo que se mueve.

-Buenas noches... padre...

Desde el sillón no le llegó ninguna respuesta. Sophie se disponía ya a dar la vuelta aliviada y a emprender la fuga; quizás estuviera dormido y no tendría que enfrentarse al glacial rechazo de su padre, cuando de pronto la presencia de la muerte la rodeó como un reptil fuerte y repugnante.

Sería imaginable, y hasta probable, que el petrificado egoísmo del viejo Pétion hubiera rechazado incluso los últimos intentos de aproximación de Sophie, pero ahora que estaba muerto, la desdichada y nerviosa muchacha se atormentaba como un verdugo con el pensamiento de que nunca debería haber cometido un pecado irreparable.

Un terrible enemigo vivía en ella, un indomable e insaciable «otro», al que nunca le bastarían sus autoacusaciones, sus temores cargados de premoniciones y sus amargas lágrimas derramadas. Desde el momento de su muerte, ella empezó a adornar y a elevar la imagen del padre, sólo para poderse humillar a sí misma a conciencia y poderse castigar dolorosamente por sus omisiones. Tendría que haber sido ella la que se hubiera acercado a él. El viejo estaba solo y necesitado de amor. Vivía en su cuartucho como un animal en su establo, había renunciado a todo para poder darle todavía más a ella, una criatura desagradecida y corrupta que andaba por el bosque con su amante mientras el padre era martirizado por una enfermedad oculta hasta la muerte. Quién sabe cuánto había sufrido él, qué dolores le habían atormentado mientras estaba solo y abandonado. No había nadie allí para alcanzarle siquiera un vaso de agua... nadie que hubiera llamado al sacerdote cuando cayó sobre él la debilidad de la muerte. Estaba solo. Estaba solo, ¡y quizás ella tenía la culpa de que su padre hubiera caído en la condenación eterna! Ayunó, rezó, encargó misas, se sometió a diversas penitencias con un deseo insaciable de autoinculpación y autocastigo.

* * *

Las riquezas del viejo Pétion eran mucho mayores de lo que su hija y sus vecinos sospechaban. Aparte de los ricos y agradecidos campos, granjas, la serrería y el negocio de cría de ganado vacuno, salió a la luz una enorme suma de dinero que estaba oculto bajo el suelo de su habitación, metido en arcones con

herrajes y artísticos cerrojos. Aquel hombre frío y receloso no había confiado su dinero a ningún banco, de la misma manera que también recelaba de cualquier tipo de valores o efectos. Las monedas de oro se amontonaban en su prisión, envueltas con esmero en rollos de pergamino numerados. Era un tesoro de cuento de hadas el que salió a la luz del mundo.

Alrededor de Sophie, la única heredera, todo cambió de la noche a la mañana. Incluso los jóvenes nobles de los alrededores, agobiados de deudas, se atrevieron a presionar y a cubrir con sus proposiciones a aquella muchacha alocada y sin experiencia en la vida; tanto más cuanto que el origen de Pétion estaba rodeado de las más diversas leyendas. Tenían la esperanza de que un examen a fondo de este oro joven y desnudo podría darle a Sophie, como correspondía, una pátina de honorabilidad.

Por supuesto, también Tourzel se enteró de esos rumores, pero él supo de inmediato que había llegado su momento. Unas semanas después del entierro apareció en la casa, sumida en el luto, y con una arrogancia que barrió cualquier desconcertada protesta, asumió el lugar de un albacea, y el puesto de un prometido y de futuro marido.

Sophie jadeó, se resistió, lloró y pataleó, pero fue de nuevo atrapada y vencida por el fuerte y cínico brazo de fauno de Tourzel.

-¿Por qué te pones así? -le dijo después del abrazo a la muchacha que sollozaba avergonzada de sí misma-. No has parado de llorarme diciendo que debía casarme contigo porque te había hecho un niño. ¡Y ahora que estoy dispuesto a convertirte en *Madame* Louis de la Tourzel, te comportas como si este asunto no te gustara!

-Sí, ahora estás dispuesto a casarte conmigo. ¡Pero, a qué precio! -gritó Sophie.

-Querida, ¡un noble como yo no puede prestar oídos sólo a su corazón! Ahora, por lo menos puedo casarme con una muchacha que responde tanto a mi corazón como a mi condición. El niño nacerá dentro de unos meses. Debe llevar un nombre. Si nos casamos en el plazo de una semana todavía será aceptado como un nacimiento prematuro. Con un vientre hinchado te aseguro que sólo se casaría contigo algún estúpido endeudado, por tu dinero, y además durante toda la vida te haría sentir su desprecio. Yo por lo menos te quiero, Sophie -añadió mientras una sonrisa erótica y humillante torcía su rostro-, ¡y tengo la prueba palpable de que yo fui el primero para ti y de que el niño es mío!

* * *

Esta fue la historia de mi madre antes de contraer matrimonio. Cuando ya estaba medio loca, me lo contó todo hasta el detalle más horrible, con el propósito de hacer penitencia con esta confesión.

Quebrantada, desesperada, con los sentidos todavía hambrientos y azuzados, con una enorme repugnancia hacia sí misma, se convirtió en la esposa de Tourzel. Su vida en común, si es que puede llamársela así, no le produjo más que preocupaciones, vergüenza, un amargo arrepentimiento y unos celos destructores. Sus malos presentimientos, en lo que se refería a él, se cumplieron uno tras otro. Su esposo, pocos días después de la boda, viajó a París. De las arcas del viejo Pétion saldó sus sucias deudas, alquiló un palacio, compró un caballo y un carruaje y volvió luego a casa de visita durante una semana. En ningún momento mencionó que quisiera llevarse también a Sophie con él a la capital. Y cuando su mujer hizo amargas insinuaciones en este sentido, apeló a su estado.

-iPrecisamente por eso! -estalló Sophie-. ¡Quédate conmigo! ¡Paso por días terribles y tengo miedo aquí sola en esta casa vacía!

-¡Querida mía, debes también comprender mi situación! -dijo Tourzel grandilocuente-. Mi orgullo no me permite dedicarme tan sólo a gastar tu dinero. Ahora que he arreglado mis asuntos, puedo conseguir ocupar un brillante cargo, digno de mí. Sin embargo, para eso es necesario que me mantenga todo el tiempo cerca de donde se cuece todo.

«Debes comprenderlo» -la coletilla «querida mía» desapareció al cabo del tiempo- era el texto que Tourzel, durante sus siguientes visitas, muy breves, recitaba una y otra vez. De todos modos, aquellas visitas suyas tenían siempre, sin lugar a confusión, el mismo ruin objetivo, ya que para disponer de grandes o de pequeñas sumas seguía necesitando la aprobación o la firma de Sophie... Aquel cargo siempre estaba en perspectiva. Durante meses, incluso años, Tourzel estuvo en numerosas ocasiones a punto de recibir el nombramiento. Se encontraba presente en la Corte, en las salas de juego y en los «salones elegantes», siempre dispuesto. Se dejaba llevar por la ardiente corriente sanguínea de París, su

corazón latía con el corazón de la ciudad del mundo, al mismo ritmo. ¡En todas partes y en todos los lugares tenía que estar presente!

Sophie perdió el niño en el cuarto mes de su matrimonio. Un mensajero al galope llevó la noticia a Tourzel, quien lamentándolo mucho no podía acudir ya que en su ausencia habría perdido la ocasión de tratar con una importante personalidad que precisamente estaba de paso y de quien dependía todo su futuro, y por lo tanto también el futuro de Sophie.

Seis semanas más tarde, sin embargo, se presentó en casa. En su lascivia, que germinó después de la comida, embarazó de nuevo a aquella mujer anémica, atormentada por los vértigos, que apenas se había recuperado, le sacó una importante suma de dinero y viajó de nuevo a la capital. ¿Qué había sucedido con aquella importante personalidad por cuya causa él no había podido apresurarse a acudir al lecho de su esposa enferma? Había sido una contrariedad, no habían coincidido, y cuando se encontraron de nuevo, el personaje en cuestión ya había recomendado a otro para ese importante cargo, pero no tenía de qué preocuparse. En realidad, habría tenido que darse de golpes contra la pared si en ese momento lo hubiera aceptado con rapidez y sin reflexionar, ya que la posibilidad que ahora tenía en perspectiva superaba todas las que le habían sido ofrecidas hasta el momento. Le expuso a Sophie con todo lujo de detalles cómo sus protectores se preocupaban de él y qué elevada opinión les merecía, y le habló de esa red de intereses, donde manos diligentes tejían sus asuntos y se ocupaban sin interrupción de su carrera. Por supuesto, esas manos debían ser estimuladas y untadas con perseverancia. Ese era el motivo por el que su presencia y el dinero de Sophie eran imprescindibles; por cierto, pronto devolvería a Sophie su préstamo con intereses y recargos. En cuanto hubiera ocupado su cargo, también su esposa se trasladaría a París. La presentaría en la Corte. Montaría una gran casa, en la que nunca más tendría que echarla de menos, pero hasta entonces no tenía sentido que ella lo acompañara. Desde la madrugada hasta muy tarde estaba fuera, a menudo tenía incluso que abandonar la capital para visitar en sus fincas a determinados señores, de cuya protección dependían muchas cosas, para así poder hablar de sus asuntos sentado a una mesa bien servida, en un ambiente relajado y amistoso, tomando un buen vino, con opulentas comidas y picantes chistes masculinos. Mencionó toda una serie de nombres influyentes y rangos, de manera que la pobre Sophie se mareó ante aquella avalancha de palabras, y después, para terminar, lleno de sentimiento y con solemnidad pronunció el eterno estribillo: « Debes comprenderlo...».

•.. Después de algunos años, Sophie lo comprendía muy bien.

Yo tenía diez años cuando mi padre murió. Su muerte fue digna de la vida que había llevado. Fue asesinado en una casa pública durante una pelea, y de su asesinato se culpó a varios miembros del grupo que frecuentaba. Las Prolongadas investigaciones no sólo sacaron a la luz la vida inútil y sucia Rué había llevado, sino también pusieron en evidencia de que no se podía determinar con exactitud la identidad de su asesino, ya que todos habían Perdido el conocimiento y estaban borrachos, y el cuchillo que se le encontró clavado se identificó como su propia arma. En este tumulto violento quedaron heridas varias personas que a su vez habían herido a otras. La pelea se inició por culpa de una muchacha llamada Lolette. Hacía poco que había llegado a esa casa y Tourzel la habla declarado de su propiedad, como a toda carne fresca. Varios de entre aquellos bellacos reclamaron también sus derechos a ese «bien común», lo que Tourzel se tomó muy mal.

El Parlamento condenó a galeras de por vida a toda la banda, cerca de ocho personas, todos ellos considerados ovejas negras de familias nobles. Un terrible y cruel destino, pero la única posibilidad de protegerlos de **su** propia bajeza. Su cuerpo quizá falleciera, pero su alma podría aspirar a nuevas orillas, a una nueva vida.

A mi padre sólo lo había visto durante sus breves visitas. Su forma de vida viciosa e insana había ya destrozado a fondo su organismo. Sus enrojecidos párpados rodeaban unos ojos que flotaban en un líquido infectado, hundidos en unas profundas ojeras y arrugas. Su nariz grande y aguileña, con sus anchas fosas, y su rostro estaban cubiertos de una red de venillas violáceas. Su voz tenía un sonido áspero, ronco, cargado de maldad y de odio hasta el extremo. Cuando llegaba a nuestra casa, lo hacía con una enorme resaca y descargaba sobre nosotros todo el asco que le producía su propio malestar. Entonces sólo necesitaba beber un poco más para caer en la estúpida alegría de una reconciliación amistosa, un estado que luego**,** durante la noche, se convertía en una ira atroz. Si no lo hubieran matado, pronto habría muerto, ya que sus entrañas y nervios estaban en un estado terrible.

Mi madre lo recibía siempre como un castigo de Dios, que ella misma hubiera provocado y se hubiera merecido. No pronunciaba una palabra de queja o de enfado. Pero ya no le daba tanto dinero como él exigía. En vano la amenazaba, ya que mi madre se mantenía en sus trece.

-¡El dinero pertenece a tu hijo! ¡No lo veré convertido en un mendigo sólo porque su padre sea un borracho, un inútil y un hombre sin honor!

-¡¿A mí me dices eso?! ¡¿A mí?! -gritaba él, tan alto que retumbaba.

Puedo acordarme de las náuseas que sentía cuando percibía a través de la puerta el sordo sonido de dos bofetadas. Después de los golpes no se oía nada más. Ni un grito de dolor salía de los labios de mi madre. Pasados algunos momentos salía por la puerta con el rostro tranquilo y rígido y me cogía de la mano.

-Ven...

Yo temblaba. El cuerpo débil y menudo de muchacho que yo llevaba se ponía rígido junto a la superficie de la mesa, mientras le gritaba:

-¡No quiero que te pegue! ¡Te ha pegado! ¡Lo he oído! Yo... ¡voy a pegarle hasta matarlo!

La rígida expresión de su rostro se ablandaba.

-Tú... mi pequeño hombrecito...

-¡Échalo! ¡Dile que se marche! ¡No tiene nada que ver con nosotros!

-Lo voy a echar, eso es lo que quiero...

Me condujo a su dormitorio y corrió a un lado la cómoda tallada, con la superficie de mármol, detrás de la cual había hecho construir un hueco para el arcón; sacó de él una cantidad de monedas y las contó. Sabía que en cuanto pagara, mi padre abandonaría de inmediato la casa.

La disposición de dinero no se llevaba a cabo sin ceremonia. Por aquel entonces mi madre, ya llena de ataduras y condicionamientos supersticiosos, y antes de tocar el dinero, siempre llevaba a cabo un determinado rito. Pero eso también se repetía en todas las cuestiones y a cualquier hora del día. Se detenía a pensar, cuando se levantaba de la cama, en el zapato que se ponía primero, o qué mano alargaba hacia la campanilla, y el día se echaba a perder del todo si por las mañanas, al mirar por la ventana, veía un perro negro, un hombre con una escalera, una mujer embarazada, un niño pelirrojo o un tullido. Antes de abrir el arcón del dinero escupía en el aire, y también sobre la primera moneda de oro que tomaba en la mano:

-¡Multiplícate y regresa!

-¿Por qué haces esto? -le preguntaba yo con curiosidad.

-Para conjurar al oro y llamarlo de vuelta.

Cuando yo me iba a la cama o me levantaba, también practicaba una extraña ceremonia. Por las noches, mi madre colocaba sobre dos mesillas, a ambos lados de mi cama, un recipiente de barro lleno de agua, luego traía en un cuenco de hierro dos pedazos de carbón al rojo vivo y ponía un carbón en cada recipiente. Cuando el carbón incandescente se apagaba silbando en el agua, gritaba:

-¡Así debe perder el mal su poder!

Luego se colocaba a los pies de mi cama y empezaba con rostro lloroso a lamentarse:

-Ya no vive, ¿no lo veis? ¡Está muerto! ¡Muerto! Elevándose con rapidez los ángeles se han llevado su alma. ¡Aquí está todo vacío! Vacío y en silencio. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Elevaos y marchaos! -Acto seguido, trazaba con harina blanca un círculo alrededor de mi cama, pero su alma estaba siempre tan trastornada y tan llena de miedo que las sombras, alimentadas por este miedo, permanecían como montones temblorosos dentro del círculo. La víspera del día de Santa Lucía esparcía siempre un saco de granos de amapola ante mi puerta, ya que creía que las brujas no podrían entrar en mi habitación hasta que hubieran recogido del suelo una por una las semillas de amapola. La pobre no podía ayudarme. Todo cuanto hacía no era más que una inconsciente Magia Negra, que no expulsaba a los poderes de las tinieblas sino que más bien los atraía. Estos poderes ganaron poco a poco un poder ilimitado sobre ella, ya que los temía y no conocía sus auténticos nombres. Me daba lástima, y yo la quería de una forma compasiva e impotente. Ella me amaba y se preocupaba por mí a su manera ciega y desesperada, pero en sus sentimientos no había ni rastro de aquel amor comprensivo, limpio, sensato y constructivo del que me había rodeado la Marietta de Milán, en mi vida anterior.

Sophie de la Tourzel se fue desgastando de manera irremediable a causa de su tensa maternidad, de la que se sentía culpable de forma misteriosa, y que la llevó al borde de la locura. No se me habría ocurrido ni en sueños revelarle algo de mi secreto. Se habría derrumbado bajo aquella carga, puesto que, a partir de lo poco que intuía, me llamaba «niño precoz», me consideraba «listo de una

manera casi enfermiza», y no podía hacer lo bastante para poner de acuerdo por las buenas a Dios y a todos los diablos del infierno, para que la envidia que en ellos pudieran despertar mis inusuales capacidades no me apartaran de ella.

No pude acceder a su alma para conducirla fuera del laberinto de su superstición, que inevitablemente la arrastraba hacia abajo. Órdenes interiores, que cada vez se hicieron más exigentes y tiránicas, la llevaban a acciones sin sentido. Su razón era demasiado débil para luchar contra los dos enemigos que vivían en ella: sus instintos desenfrenados, que la habían llevado a caer y la habían arrojado a aquellos vicios sensuales con Tourzel, y su catolicismo puritano, que la juzgaba con dureza y que no podía comprender ni perdonar nada.

Tras la vergonzosa muerte de mi padre empezó de pronto a tener «visiones». En vano le expliqué que era ella misma, debido a su miedo concentrado y a su disparatada conciencia de culpa, la que las había conjurado a partir de la materia de sus fuerzas astrales. No podía comprenderlo.

Primero se le apareció por la noche, antes de que se encendieran las velas, mi abuelo, el viejo Pétion, llevando una larga y ondulante mortaja, por el pasillo que conducía a la cocina. Con una mano palpaba la pared, como si estuviera enfermo. Al llegar a la puerta de la cocina se volvió y la miró. Su rostro estaba serio, alargado y amarillo como el azafrán.

-¡Reza por tus pecados! -le dijo el viejo pecador con una voz ronca de ultratumba, aunque en mi opinión él tenía muchos más motivos para rezar por los suyos propios... y luego desapareció. Los criados encontraron a mi madre en el pasillo y la hicieron volver en sí de su desvanecimiento. En cuanto recuperó el conocimiento, me explicó de inmediato su experiencia.

Yo estaba enojado y desesperado. ¿Cómo podría explicárselo? ¡Como si no hubiera ayunado, rezado e impuesto ya suficientes penitencias hasta entonces! Ahora, en la figura del viejo Pétion ella había vuelto de nuevo a la vida el despiadado dogma, y lo proyectaba de este modo para aumentar con ello sus sufrimientos.

Mis explicaciones, sin embargo, sólo consiguieron despertar en ella la ¿ra y un miedo supersticioso.

-¡Silencio! ¡Cállate! ¡Digas lo que digas, yo lo he visto! Me ha hablado... y sé también que él está enfermo sólo por culpa de mis pecados ¡y no puede encontrar la paz!

-¡Pero madre! ¡Bastarían sus propias inmoralidades para robarle la paz! ¡Tú misma me has contado cómo reunió su fortuna y que fue él quien empujó a una muerte temprana a mi abuela, porque la trataba tan mal!

-¡Silencio, guarda silencio, por el amor de Dios! ¡Los muertos oyen cuando se les insulta y se vengan!

Pálida, como estaba, empezó a escupir a su alrededor, luego cayó en la letanía acostumbrada:

-¡Ay, vosotras almas blancas y negras, vosotros los muertos, que volvéis y trasgueáis por aquí, este niño no está bien de la cabeza, no lo escuchéis! El pobrecito, este desgraciado bendito de Dios, no sabe lo que dice. ¡Reíos de él, compadeceos del pobre loco y apresuraos a marcharos de aquí! Yo, su madre, cumpliré con su parte en su lugar. Haré todo cuanto haga falta y todavía más...

Contra esto yo no podía hacer nada.

Después de la aparición del viejo Pétion empezó a torturarse. Se encerraba en su habitación y castigaba su cuerpo desnudo. Bajo el vestido llevaba un cinturón de clavos. Ayunó hasta que sólo fue una sombra de sí misma. No se lavaba, y nunca antes había hecho rezar tantas misas como entonces por Pétion. Pero el viejo no quería alejarse. Visitaba la casa cada vez con más frecuencia, e incluso trajo a un invitado, aunque al hacerlo actuó con una extraña falta de lógica, ya que se hizo acompañar por su yerno, mi padre, apuñalado en una casa pública, que a causa de sus pecados por lo menos tendría que haber estado achicharrándose en el fuego del infierno, y eso sin tener en cuenta, además, que en vida no se habían conocido.

Él y el viejo trabajaban juntos de maravilla. Consiguieron arrebatarle a mi pobre madre el resto de razón que le quedaba. Se apoderaron de su habitación. Incluso de día se sentaban en los sillones, la acechaban por los rincones del armario, los pasillos, y se mostraban por todas partes, sin proble-nia,

ante ella; la perseguían y con voces solemnes le comunicaban órdenes cada vez más estrictas. También Tourzel estaba poseído ahora de una firme virtuosidad, desde que alguien, por culpa de Lolette, lo mandara, con ayuda de una daga, al más allá. Nunca se saciaba de oraciones y penitencias, y su desdichada viuda podía esforzarse tanto como quisiera, que él seguía amenazándola sin parar también con el fuego del infierno. Ya en vida fue un hombre desagradable, pero después de su muerte se convirtió en un fantasma repulsivo y asqueroso.

Tuve que ver, cruzado de brazos, cómo mi madre, perseguida por sus alucinaciones, se sometía a las criaturas de sus pensamientos y enloquecía cada vez más. Pero mi destino no se parecía al suyo, aunque ya sabía qué era lo que me rodeaba. Tampoco yo tenía ningún poder sobre mis fuerzas rebeldes.

La situación en nuestra casa poco a poco se hizo insoportable, y un día estalló la tragedia.

Mi madre se había convertido ya en una lamentable ruina. Hablaba en voz alta para sí misma, atisbaba a su alrededor, con la mirada de un animal salvaje perseguido, a través de su pelo en desorden, que colgaba sobre su frente, movía con brusquedad la cabeza de un lado para otro, gesticulaba y echaba a los pequeños diablos de los muebles, que desde hacía algún tiempo, al parecer por invitación de los dos fantasmas de la casa, llenaban su habitación. Por lo que ella me decía en sus lamentaciones, esa chusma del infierno le impedía incluso comer. Ensuciaban sus comidas, y cuando se castigaba desnuda, estorbaban sus oraciones con gritos obscenos indescriptibles.

Un día, a primera hora de la mañana, abrió de par en par la puerta de su habitación y corrió a la calle en su horrenda y delgada desnudez, con el cabello suelto al viento, profiriendo gritos ensordecedores. Esto sucedió de forma tan inesperada que yo, aunque salté en seguida de la cama, no pude ya detenerla. Cuando me hube vestido de cualquier manera para correr tras ella, comprendí ya por sus gritos, que rompiendo el silencio matutino hacían estremecer hasta los tuétanos, y por la gente que se asomaba a las ventanas o que alborotada formaba un pasillo en la calle, que corría hacia la plaza de la iglesia. Me apresuré a ir hacia allí, tanto como me lo permitieron mis piernas. La vi un instante bajo el portal de la iglesia, donde en esos momentos quería interrumpir la misa del alba. Su cuerpo lleno de cicatrices, gris y marchito, ofrecía una visión lamentable e inhumana que producía rechazo. Quise envolverla en una manta que le habían echado desde una ventana, pero ella no lo permitió. Luchó conmigo, me arañó, me mordió, me maldijo con voz ronca e intentó golpearme con el látigo que sostenía en la mano y con cuya ayuda solía flagelarse para hacer penitencia. Yo ya estaba bastante agotado cuando a algunos de los que estaban mirando se les ocurrió ayudarme. Por fin conseguimos sujetarla, envolverla en una manta y levantarla entre tres. Se resistía contra nuestro ataque como una serpiente gigantesca. Una fuerza enfermiza y demoníaca se apoderaba de sus miembros mientras lanzaba insultos, se lamentaba y gritaba sin parar. Toda una procesión nos acompañó hasta nuestra casa, entre ellos también el sacerdote, que había terminado la misa, el notario, la esposa del alcalde, que se ufanaba en medio de aquella sensación, el farmacéutico, que siempre tenía que ser el perejil en todas las salsas, y un tal Bayon, al que más adelante volveré a referirme.

Mientras tanto, mi madre se tranquilizó. Dejó de retorcerse y permitió que la lleváramos; cuando la metimos en la cama, se quedó tendida con el cuerpo rígido, tieso como una vela, con los ojos en blanco, pálida como la cera y sin moverse. Después de algunos esfuerzos conseguimos traer al médico, pero a todos nos pareció que ya estaba muerta. Él constató una elevada insensibilidad de la piel junto con una rigidez general del cuerpo y las pupilas, además de una cierta debilidad de corazón: mi madre vivía, pero su desgracia había salido a la luz pública, y con ello empezó mi lucha sin esperanza contra la Iglesia y contra las autoridades. La primera lo atribuía todo al demonio, y con sus malabarismos la habría acabado de volver loca, pero las autoridades querían encerrarla en la Salpetriére. Finalmente éstas obtuvieron la victoria, y mi madre, cuyos ataques se hicieron cada vez más frecuentes, fue llevada esposada a la Salpetriére, en el año 1718, por imperativo legal.

2

Monsieur Bayond

Cuando me quedé solo en nuestra casa de Varennes, con algunos criados insolentes y chapuceros, contaba diecisiete años.

Aunque llevaba el prestigioso nombre de Louis de la Tourzel, mi noble familia se cerró con hermetismo y me ignoró. Habrían preferido que mi padre no hubiera dejado ningún vastago. Por supuesto, a los notables de la ciudad ni en sueños se les habría ocurrido dejarme en paz; al contrario, por desgracia eran muchos los que se preocupaban por mí. Bayon, el farmacéutico, asumió de forma generosa mi tutoría, queriéndose hacer responsable, hasta que yo alcanzara la mayoría de edad, del bienestar de mi cuerpo y de mi alma, así como de la administración de mi fortuna. En lo que se refiere a ésta, establecí con él un acuerdo bastante bueno, ya que era un extraño esnob del honor, siempre entusiasmado con su propia postura ética, que realizaba todas sus acciones sobre un escenario imaginario, ante su público que, aunque invisible, se mostraba absolutamente arrebatado.

La casa Pétion se cerró, los criados fueron despedidos y esparcidos a los cuatro vientos, pero yo no derramé ni una lágrima por ninguno de ellos. De estas estancias incómodas y frías no tenía ni un solo recuerdo agradable. No me hacía demasiado feliz mudarme a casa de los Bayon e instalarme en una habitación, llena a rebosar de imágenes de santos y provista de un reclinatorio, donde la estufa en invierno echaba humo y la ventana cerraba mal, pero sabía que debía esperar con paciencia mi liberación. Tenía ya la suficiente experiencia para apreciar aquellos periódicos métodos de aclimatación que enmascaraban mi destino, tan irregular, extraño y poco corriente. Podía esperar. Tenía tiempo de sobra.

En casa de Bayon pude disfrutar de la ridicula comedia de una vida familiar, encabezada por un tirano engreído y mezquino. Me di cuenta de que una persona que está ansiosa por obtener a cualquier precio el reconocimiento y el aprecio de los demás, pierde de manera irremediable su respeto y lo único que consigue es convertirse en diana de todas las burlas, y esto incluso en su círculo más estrecho.

Bayon tenía una esposa excepcionalmente fea que, en apariencia, lo servía y lo adoraba como a un ídolo. Su único hijo Étienne, respetuoso y pálido, estaba pendiente de sus labios aquella noche en que yo me mudé a su casa y el señor de la casa soltó delante de mí su primera y enérgica aria de autoalabanzas. El hijo se unió a la oración común, sin decir otra cosa que «¡Exacto, padre!», «¡Os lo agradezco, padre mío!». Aquel dechado de virtudes y de perfección me hizo estremecer. Los criados servían a su señor con aduladora sumisión. El mantel resplandecía, y el cabeza de familia bendecía el pan. Además, solía bendecir sin vergüenza todo objeto que fuera a parar a sus manos. Lo hacía en voz alta, empleando palabras ampulosas, y se conmovía hasta las lágrimas con facilidad. Su vulgar esposa, con la barbilla afilada y la boca desdentada siempre en movimiento, asentía con aprobación mientras le temblaban las aletas de la nariz, y ponía su mano sobre la de él casi dándole las gracias por que le fuera permitido estar a su lado. También Étienne introducía su «gracias, padre» como un actor pronuncia su frase, y yo, en mi interior, suspiraba: «Dios mío, ¿por qué tiene que decir "padre mío"?». De pronto cogí al vuelo una mirada de reojo de Étienne, y creí que mis ojos me engañaban. Era una mirada insolente, hipócrita, burlona. Más tarde comprobé que no me había equivocado. A espaldas de Bayon, toda la casa se burlaba de él. Los criados charlaban entre ellos con prolijidad de sus repulsivos hábitos corporales, y Étienne, que era dos años más joven que yo, me reveló al segundo día que había sorprendido a su padre en la oscuridad del pasillo con la mano metida bajo la falda de la cocinera y relinchando con voz afilada. Desde luego no habían hablado de aquel incidente, pero desde entonces el viejo no se atrevía «a tratarlo de cualquier manera» cuando estaban a solas. *Madame* Bayon estaba tan llena de amargura y de susceptibilidad que la fuente de su desprecio y de sus lamentos se desbordaba a la más mínima ocasión. Bayon había sido durante toda su vida una nulidad, sin un céntimo en el bolsillo. *Madame* Bayon era quien había aportado el dinero, el orden y el bienestar a la casa, y como

recompensa, tres días después de la boda había pillado a su marido en el jardín con una sucia gitana. ¡Hay que imaginarse los sufrimientos de aquella desdichada mujer joven, humillada de una forma tan grosera, cuyo marido se dedicaba a correr detrás de todas las faldas mientras en casa tenía la osadía de predicar su virtud! Predicaba incluso cuando se sentaba en el orinal. Sería interesante saber qué es lo que cuchicheaba al oído de su confesor. Con toda probabilidad, le mentía como un bellaco y rebosaba autoalabanzas, hasta que, al final, al sacerdote todo aquello acababa pareciéndole demasiado subido de tono y le daba la absolución para todos sus pecados presentes y futuros, con tal de librarse de él de,uña vez por todas. En la farmacia apenas hacía o se ocupaba de nada, y si el hijo no hubiera llevado el negocio, no tendría de qué vivir. Bayon se pasaba todo el tiempo por el vecindario, hablando sin parar. La gente huía de él porque se les atragantaba la sopa boba que quería hacerles tragar... y así con todo, cada pequenez era analizada en sus pormenores, con un detenimiento cargado de odio.

Una vez por semana, *Madame* Bayon invitaba a sus amigas a una especie de reunión, para tomar café. Las invitadas devoraban increíbles cantidades de pasteles, leche azucarada y *Lebkuchen*, y se dedicaban a criticar sin pausa al marido de ésta. Se citaban sus palabras, se imitaban sus gestos y se divertían de lo lindo. De todo esto Bayon no tenía ni idea, y quizá tampoco demasiado interés en saberlo. Cuando los cáusticos y humorísticos comentarios irónicos se hacían por casualidad en su presencia, no se daba ni cuenta, porque no tenía ningún sentido del humor. Étienne, como me confesó, lo llamaba por pura insolencia «mi querido padre» y lo hacía desde el día en que lo había pillado con la cocinera en el pasillo. Pero su padre aceptaba condescendiente que se dirigiera a él empleando esta sumisa expresión, sin pestañear, y cuando terminaba la cena, se ponía a explicar, con retórico entusiasmo, el verdadero significado de estas palabras y a dejar claro a los presentes hasta qué punto le correspondía a él este titulo, tan lleno de resonancias sagradas y patriarcales.

Durante largo tiempo no pude comprender qué era lo que obligaba a la familia de Bayon a ejecutar esa danza de los derviches de la veneración, si además era la mujer quien había aportado el dinero a la casa. Luego descubrí que el personaje en sí podía enfurecerse terriblemente en cuanto cedía un poco el rito que rodeaba a su persona, cuando la disciplina se relajaba, y se veía obligado a mirar en aquel abismo que separaba la realidad de la comedia.

Todavía me acuerdo muy bien de que en esa época me enriquecí con el conocimiento que me enseñó que las acciones de los seres humanos no sólo deben contemplarse desde dos aspectos, desde sus traspiés engañosos, velados y corpóreos, o en el trasfondo de la densidad astral de su vida emocional, que de esta manera sólo inspiran desprecio, sino también tener en cuenta el tercer nivel que traslucían, donde se ocultan el sentido y la solución de todo, y gracias a este conocimiento conseguí incluso compadecer a ese espantajo de hombre.

En una ocasión, Bayon fue testigo involuntario de algunas observaciones burlonas que se hacían sobre él durante las reuniones que organizaba su mujer. Se había apresurado a volver de la farmacia porque había olvidado la llave de la caja. Si hubiera mandado a su oficial, como acostumbraba a hacer en esos casos, no habría pasado nada. Pero, para su desgracia, poco antes se había peleado con él y por lo tanto no había querido pedirle ese favor. Lo que Bayon oyó sobre sí mismo a través de la puerta entornada del dormitorio no pude saberlo con exactitud, pero no resulta difícil de imaginar. Yo me enteré más tarde del escándalo. De pronto irrumpió, blanco como el papel y los labios temblorosos, en medio de aquellas mujeres que estaban allí de chismorreo. Vociferó como si hubiera perdido el juicio y echó de su casa a puñetazos y a puntapiés a todo aquel grupo de cotillas gritonas. Al torpe y delgaducho Étienne le dio una bofetada que le hinchó la mejilla, aunque fue su mujer la que cargó con la mayor parte de sus iras. Los criados que intentaron salvarla recibieron también un par de sopapos. Y fue de este modo como ese ridículo hipócrita, que quería engañar a todos con su virtud, dio pruebas por fin de ser alguien verdaderamente fascinante e imponente, gracias a sus errores que con fuerza elemental surgieron de debajo de la máscara piadosa que se había colocado. En total, a lo largo de su matrimonio esas explosiones sólo se habían producido en tres ocasiones, pero estos ataques eran los que le habían hecho merecedor del respeto que hacía que las personas de su entorno al menos fueran capaces de guardar las apariencias. Bayon era para ellos como una serpiente gigantesca ahita, sorda y ciega, que la mayor parte del tiempo está dormida. Saltaban a su alrededor a una distancia respetuosa, como simios burlescos, se atrevían incluso a provocarlo, pero detrás de esta insolencia siempre acechaba el miedo de que un día despertara y de que esto tuviera consecuencias desagradables para sus torturadores.

Después del gran acontecimiento cayó un sombrío silencio sobre la casa. Pero pude constatar, sorprendido, que en los ojos bizcos de *Madame* Bayon había algo así como una asustada ternura y una muda admiración cuando miraba a su esposo. Tampoco detrás de la expresión compungida de Étienne acechaba ningún sátiro burlón, y la servidumbre, con una sumisión muda y silenciosa, se ocupaba de servir a su señor.

Bayon ganó la batalla en el momento en que creyó que todo estaba perdido. Y después se lamentó de ello con absoluta sinceridad, ya que no volvió a hablar con nadie, adelgazó y adquirió una gran palidez debido a las muchas recriminaciones que se hacía a sí mismo. Recorría las calles pegado a las paredes de las casas, como un ladrón a quien están señalando con el dedo. Pero lo que más penoso le resultaba era haber perdido los papeles ante sí mismo. Quería considerar al personaje que representaba como si fuera su propia personalidad, que él mismo admiraba y fomentaba. Tenía el ardiente deseo de identificarse con él. Anhelaba ser imponente, respetable y virtuoso, pero de momento no era más que una mala imitación de su ideal. Con toda seguridad había conseguido ya inocular en su alma este ideal. Sus sucesivas reencarnaciones, su destino, le empujarían con toda certeza en esa dirección, y después de sufrimientos impredecibles, al final alcanzaría ese objetivo que tanto deseaba. Su modelo ya ardía en su alma a través de la ridicula, superficial y externa piel de la mascarada, mientras el fuego se abría paso en su carne a través de su sangre y de sus nervios, transformando así su personalidad. Por cierto que sólo la mágica irradiación de la verdadera grandeza de alma le proporcionaría el respeto de los demás, pero cuando la consiguiera, ya no significaría nada para él.

3

El espíritu de José de Assis

En el año 1724 por fin pude instalarme en mi propia casa en París. Al llegar a la mayoría de edad pude disfrutar de mi absoluta independencia económica. Para gran consternación de Bayon, vendí todo cuanto poseía, cortando así los hilos que me ataban al suelo de Varennes. Mi madre ya no vivía y mi último encuentro con ella, poco antes de su muerte, forma parte de mis más lúgubres recuerdos.

Conseguí obtener un permiso de visita para Salpetriére, a cuyos pacientes, tan dignos de lástima, sólo Pinel, más de cien años después, liberaría de sus grilletes. La historia de la psiquiatría se ocupa de forma bastante detallada de este vergonzoso capítulo aunque yo, como testigo ocular, puedo afirmar que la realidad supera cualquier idea que nadie pueda hacerse. En su época, Salpetriére se llamaba *Hospice de ¡a Víeúlesse.* Alrededor de cuarenta o cuarenta y cinco edificios se amontonaban alrededor de una iglesia con una elevada cúpula. Entre los grandes patios, los que daban al exterior estaban llenos de árboles muy bien cuidados y de geométricos parterres, pero a medida que se avanzaba hacia el interior, había un número cada vez mayor de aparatos terapéuticos, repulsivos y tragicómicos, que alteraban la dulce excelsitud del jardín. Pequeños puentes se arqueaban sobre estanques artificiales, en cuyo centro se podían ver jaulas en forma de pagoda con las que se intentaba despertar a los pacientes negativo-apáticos, provocándoles un susto mortal. Sillones giratorios en los que aquellos desdichados, que rugían como animales asustados, eran sometidos a un movimiento en remolino para expulsar de ellos los delirios que los trastornaban mediante la fuerza centrífuga, y que lo único que conseguían era, como máximo, que las personas sometidas a aquella tortura horrible vaciaran a su alrededor el contenido de sus estómagos. Norias, ruedas rotatorias, para insuflar a los enfermos letárgicos nueva vida, y otros muchos aparatos grotescos, surgidos de la impotencia y la falta de conocimiento. Todo aquello tenía el aspecto de un gigantesco parque de atracciones.

En las salas comunes de los edificios estaban hacinados los llamados «casos leves». Su excitación enfermiza se manifestaba en todo momento por medio de salvajes gritos y de ataques explosivos indescriptibles. El personal, sobrecargado de trabajo e infectado de ese contagioso estado de excitación, tenía la difícil tarea de poner orden en aquel caos y mantener dicho orden, y, como es lógico, no estaba a la altura de las circunstancias. La mayoría eran mujeres rudas, ignorantes e insensibles, que desfogaban su ira, fruto de su cansancio y de su agotamiento, en aquellos seres indefensos, o simplemente se limitaban a vengarse, dejando de intervenir a tiempo. Era habitual que los enfermos se hirieran unos a otros o que se ensuciaran de forma repugnante. Sus imprevisibles y súbitos arrebatos sexuales tenían lugar ante los ojos de todo el mundo y se convertían en una bacanal infernal que los arrastraba a todos. La situación se veía sin embargo potenciada de forma terrible por el hecho de que, entre ellos, también arrastraban su existencia niños dementes.

Encontré a mi madre en una celda sin ventanas, de dos pasos de largo y dos de ancho, cuyo aire viciado apestaba de un modo espantoso. Le habían sujetado los brazos abiertos a la pared, los pies al banco, y la espalda unida al techo por medio de una larga cadena. Estaba sentada en un banco sin respaldo, sólidamente amarrado al suelo. El joven y presuntuoso médico que me llevó hasta ella me murmuró al oído con falsa compasión que su estado era muy preocupante, y que sufría un ataque tras otro, de manera que se habían visto obligados a utilizar este «último y lamentable recurso». Cuando la vi, mi corazón se estremeció, sentí asco, y lo que más me habría gustado habría sido hundir su estúpida cabeza, rolliza y enrojecida, en los excrementos de mi desdichada madre, que ya habían ulcerado su cuerpo extenuado, delgado hasta los huesos. Grité de rabia, desesperación y compasión. Rogué que la dejaran ir a casa, yo cuidaría de que estuviera siempre limpia y me ocuparía de ella. ¡Incluso un delincuente sería mejor tratado que esa pobre mujer, cuya única culpa era estar enferma!

Se ofendieron. Todos mis ruegos, mis exigencias, mis amenazas no hicieron más que echar leña al fuego. Al final rechazaron de lleno mis propuestas y me alejaron por la fuerza del edificio.

Durante años me sentí enfermo después de presenciar las imágenes que me había llevado de la celda de mi madre. Sus brazos huesudos extendidos, la piel llagada y cubierta de infecciones, que asomaba entre los harapos de su vestido, el rostro contraído, marcado por la muerte, y aquellos ojos llenos de espanto, acosados, me perseguían, me quitaban el sueño y el apetito. Me sentí aliviado cuando me enteré de su muerte, como si fuera mi propio cuerpo encadenado y devorado por la suciedad al que hubieran liberado de las argollas de hierro de la celda, para por fin extenderlo sobre la camilla.

El París del año 1724 estaba sumido en un estado de desesperada inquietud. El Rey Sol, fallecido en 1715, había dejado al país en una situación en extremo explosiva, y la regencia de Felipe, duque de Orleans, durante la minoría de edad de Luis XV, sumida en una brutal corrupción de las costumbres y perjudicada por sus desafortunadas medidas financieras, había sacudido hasta los cimientos la paciencia del pueblo, que ya no estaba dispuesto a fiarse sin más de los prometedores inicios del joven rey, aunque para entonces la pacífica e inteligente política de estabilización del cardenal Fleury dirigía los confusos asuntos de Estado. Sin embargo, éste tampoco estuvo en condiciones de salvar aquel régimen anticuado y podrido hasta los cimientos, debido a que él mismo pertenecía al antiguo mundo, y como máximo lo único que podía intentar era paliar la situación en la superficie, mientras que por debajo seguía hirviendo la terrible antitoxina, la revolución, que no buscaba encontrar un equilibrio, sino que tenía como objetivo la destrucción, para que de las ruinas surgiera una nueva vida. El cardenal Fleury ganó tiempo para los Borbones. Prolongó la agonía del paciente, y con los afeites y polvos del rococó creó una ilusión de salud en su rostro arrugado.

La personalidad del joven rey todavía no había adquirido perfiles claros. Su indolente e irresponsable lascivia, su falta de tacto frente a todos los problemas urgentes, su amor ciego a la comodidad y su arrogancia, de la que se servía para recluirse en el vacío que rodea a un soberano absoluto, se ocultaban tras la blanda cera de la juventud con su capacidad de adaptación, y tras la figura decidida y diestra de Fleury. La esperanza es inmortal, y mientras un soberano no ha demostrado que no se diferencia en nada de sus tiránicos predecesores, el pueblo está dispuesto, para su propia tranquilidad, a rodearlo de leyendas y excusas. Nunca antes se había esperado con tanto anhelo a un reformador, de manera que algunos de los más entusiastas se dedicaron a adornar al joven Luis XV con la decisión del reformador, con la comprensión del humanista, en la esperanza de que él fuera aquel que introduciría los cambios necesarios para compensar las lacerantes e insostenibles desigualdades de la sociedad francesa. Pero la gran mayoría seguía observando con desconfianza las actividades de la corte, y cómo las sustanciosas prebendas y regalos continuaban siendo otorgados a aquellos que habían sido elegidos por la Gracia de Dios, sin tener en cuenta sus méritos y su capacidad.

La extraña casa que se encontraba en uno de los pequeños callejones sin salida del Faubourg Saint-Germain y que fue absorbida por el tiempo sin dejar ni rastro, la adquirí a los herederos de un estrafalario portugués, que se llamaba José de Assis.

El edificio de ladrillo rojo, que se ocultaba detrás de un muro de piedra densamente cubierto por una parra silvestre y de frondosos árboles, se me ofreció como un amigo en cuanto lo vi. Prueba de que no sólo el pasado es el que hace vibrar en el alma las cuerdas conocidas, sino también el escenario del futuro, que ya se va perfilando, para servir de bastidor a los próximos acontecimientos que nos depara el destino.

También iba incluido en el precio de compra un viejo criado, respetuoso y retraído, el extravagante Maurice. Formaba parte de la casa, como aquellos objetos, a los que rodeaba una extraña atmósfera, que había en las estancias escasamente amuebladas y con revestimientos de madera de nogal. Maurice se ocupaba con gran celo de que yo no cambiara nada de sitio. Si por distracción colocaba un libro en otro estante, podía estar seguro de que al día siguiente éste volvería a ocupar el hueco correspondiente en la gran biblioteca que cubría las paredes. De esta forma se estableció entre nosotros una silenciosa y tozuda lucha, en la que él obtuvo finalmente la victoria. Por aquel entonces ya me faltaba la fuerza y la convicción para ese tipo de batallas, que sólo pueden sostener con esa constancia pretenciosa aquellas personas que se limitan a vivir el momento. Tampoco habría tenido el deseo de alterar el orden de una habitación de hotel, sabiendo que al día siguiente o al cabo de una semana proseguiría mi viaje. Así que me sometí con amable sumisión a los deseos de Maurice, y procuré no vulnerar en él el dogma de Assis. Había servido durante treinta años a su señor, quien lo había empapado de su fe supersticiosa,

convenciéndolo de que incluso después de su muerte seguiría viviendo con plena conciencia y regresaría para darle una señal. El viejo criado no hablaba nunca de ello, era la discreción y la fidelidad personificadas. Mientras yo investigaba en la biblioteca, me hice una imagen del carácter de mi predecesor a partir de las confusas notas que había dejado en los márgenes de sus libros.

Su biblioteca era una interesante mezcolanza de libros de ocultismo y escritos teológicos. Además de los tomos eróticos, me sorprendió el gran número de libros que trataban sobre la Inquisición. El libro de Sencia sobre *Fra* Giorgio da Cásale, el Papa de la Inquisición Julio II, estaba repleto de gruesos trazos hechos con pluma, y sus márgenes provistos de un gran despliegue de signos de interrogación y de exclamación. En algunos puntos se apretujaban, junto a las líneas impresas, anotaciones febriles, fragmentos extraídos de una veloz corriente de pensamiento, que podían completar la idea y la intuición y que evocaban en este mundo el universo interior de un desfigurado espíritu original. La primera página estaba adornada con un retrato de Cásale, obra de un pintor desconocido, que mostraba a un pálido anciano de mejillas hundidas, pesados párpados y una boca de expresión maligna, bajo el cual Assis había escrito, con sus alterados garabatos, el siguiente texto: «¡Sí! Es él. ¡Así es como acostumbro a mirarme en el espejo! Me acuerdo y siempre me acordaré, en cuanto haya conseguido forzar el portón». Y más adelante, bajo la descripción resumida de la juventud de Cásale, decía: «¡Esto es un error! ¡Qué poco capaces son los seres humanos de ver lo que hay detrás de las acciones! Giorgio actuaba así porque temía haber dejado de hacer algo. Era cobarde, y su miedo era el que lo convertía en un tirano. Mi Dios y Señor. Los árboles primaverales en Verona. Una figura femenina se acerca, camina por el camino amarillo entre densas hileras de árboles azules. Pesado terciopelo envuelve su cuerpo, y su pecho rebosa del profundo escote cubierto con velos. "¡Giorgio, Giorgio!", la conmoción de su voz duele como si alguien le hundiera un cuchillo en los lomos, y sin embargo... ay... el contraído rostro del muchacho está lleno de granos, y signos brutales se abren paso entre las dóciles líneas de la oración... Esta imagen es segura... clara... perfilada... Las grandes y rojas baldosas de piedra del claustro, y en la pared de la celda el rostro doliente y afligido del crucificado... ¡Sí, es seguro, absolutamente seguro!».

Así pues, Assis había luchado por esos recuerdos, que durante la fracción de un instante pasan por el espíritu de cada persona. De forma metódica asaltaba en su interior aquella puerta prohibida que cerraba para él el pasado. Quizás en su caso se habían producido esporádicos e intensos momentos reveladores, o quizá simplemente se viera arrastrado por el descubrimiento del ser humano solitario, observador y pensante, que tiene lugar en esos casos de manera inevitable. Al fin y al cabo, todas las cosas están presentes en nuestro interior y a nuestro alrededor, sólo tenemos que abrirnos y concentrarnos en ellas sin prejuicios. Lo único que tenemos que hacer es preguntar, y ellas nos contestarán.

Una serie de primitivos dibujos eróticos, que representaban a una mujer opulenta, que se contemplaba voluptuosa en un espejo, estaba cubierta por todas partes de agitados trazos. «… La carne de una mujer mala es fría y huele como las bayas silvestres a las que ha rozado la helada... Esas que sólo vienen a mí en sueños y que me roban mi virilidad... Auténticos súcu-bos de cuerpos escurridizos... las más hermosas y las más terribles... me acuerdo...»

En la última página del Antiguo Testamento, un enorme tomo encuadernado en marfil, encontré la siguiente nota, hecha con una antojadiza escritura en espejo, casi infantil.

«Maurice esperará... Maurice recibirá un signo cuando yo ya... Maurice también estaba en Verona... En aquel entonces...»

La primera persona con la que trabé conocimiento en París fue el doctor Péloc, a quien hice llamar para que atendiera a Maurice, que respiraba y jadeaba con dificultad, aunque éste se opuso con firmeza a que lo hiciera.

El doctor era un hombre de mediana estatura, con un aspecto desaseado, aunque a él no parecía molestarle en absoluto que su traje de terciopelo azul estuviera desgastado, que su pechera de encaje pareciera una carta de comidas manchada, y que sus medias estuvieran desgarradas y llenas de agujeros grandes y pequeños. Allí donde aparecía con su figura diligente, menuda y alegre, el ambiente se impregnaba de la afabilidad que irradiaba. Se frotaba las manos enrojecidas, con la piel agrietada a causa de los constantes lavados y cepillados, con tantas ganas de intervenir y con tanta decisión, que el paciente, postrado por su enfermedad, notaba en seguida que aquel pequeño David obtendría con

seguridad la victoria sobre el Goliat de la enfermedad sin que importara lo poderosa que ésta fuera. También a Maurice se lo ganó de inmediato, no sólo porque el sahumerio que el doctor le preparó para que lo inhalara, mezclando las más diversas hierbas, le produjo alivio y le facilitó la respiración, sino porque a Péloc no había más remedio que quererlo. Vivía pendiente de los asuntos, las preocupaciones, las alegrías y los problemas de los demás. Comer, beber y dormir eran actividades que realizaba con rapidez, sin prestar atención y de cualquier manera, como si se tratara en cierto modo de algo accesorio. Ni siquiera en invierno llevaba capa, a no ser que se encontrara con alguien que se la pusiera sobre los hombros. Me sorprendía ver cómo conseguía solventar aquella cantidad de trabajo que siempre le caía encima. Las gentes olfateaban en él al servidor divino, al hombre que los liberaba de sus cargas, al entusiasta oyente, y se arracimaban a su alrededor con sus quejas. Requerían sus servicios día y noche, a menudo sin pagar un céntimo de sus honorarios. Y cuando sus pacientes acomodados le retribuían sus servicios de forma principesca, lo que también sucedía en mi caso, el dinero no se quedaba mucho tiempo en su bolsillo. En casa de uno cobraba, mientras que en otro lugar, allí donde hubiera necesidad, lo daba. Este tipo de personas siempre se convierten en un centro mágico, debido a que no abundan. La mayoría están tan preocupados de sí mismos que ni siquiera un granito de arena de la vida de los demás tiene cabida en su interior.

Péloc fue el primer hilo con cuya ayuda pude sacar a la superficie las densas algas, el bagaje de experiencia de mi nueva vida de debajo de la oscura y tranquila superficie del agua de mi futuro.

Su figura deslucida se movía con inquebrantable y curiosa bondad a través de las salas interiores de toda una serie de destinos humanos, por en medio de los cuarteles del sufrimiento, a través de la estrecha y marginal co-tidianeidad de viviendas burguesas, por los alojamientos provisionales de ilusos, arribistas y prostituidos, por los palacios de los prelados, nobles y aristócratas con sus habitaciones llenas de espejos y sus ambientes sublimados. Él siempre era el mismo en cualquier situación. Bajo su mirada escrutadora el marco que rodeaba a las personas se fundía, se aclaraba el aire en torno a los pacientes, que le mostraban desnudas sus heridas físicas o anímicas. También le faltaba la superioridad del revolucionario que quiere mejorar el mundo. Se compadecía, comprendía y ayudaba a los ricos y elegantes, lo mismo que al mendigo más harapiento. Esto a él le era indiferente en el auténtico sentido de la palabra. Quizá fuera esa absoluta e ilimitada obligación y carga lo que me impelía a evitar que nuestra amistad, verdaderamente profunda y valiosa, creciera hasta alcanzar una absoluta franqueza. No quería cargarlo también con mis problemas, descargar sobre él mis dificultades. ¡Se veía siempre tan agotado cuando se sentaba a descansar media hora junto a la chimenea! Sus ojos enrojecidos por la falta de sueño se le cerraban continuamente, allí junto a aquel calor radiante, y cada vez que al cabo de pocos minutos se despertaba de nuevo a causa de su propio y breve ronquido, se disculpaba con una pequeña sonrisa.

-La pobre *Madame* Lacroix, sabe usted, la mujer del panadero, que acabo de mencionarle. Esta noche ha traído al mundo gemelos. Los dolores de parto le empezaron ya por la tarde, hacia las siete, y por la mañana tuvimos que sacar a los dos pequeños con una intervención, los dos muertos. Tanto como había hablado de ellos... Debo hacer algo por ella, para que pueda superar los momentos difíciles por los que tendrá que pasar hasta que pueda volver a tener un niño. Sus pechos estallan de leche, y la cuna está vacía. La cuna para la que había bordado una hermosa colcha de raso... Para las mujeres esto supone un terrible sufrimiento... ¿Qué le parece, *Mon-sieur* De la Tourzel?... ¿Y si intentara conseguir en algún lugar un cesto lleno de garitos?... Sí, sí... ¡creo que sería una buena idea! -Y ya volvía a sentirse lleno de una viva preocupación y compasión, sin registrar su propio agotamiento.

La figura extraña y descolorida de Assis le interesaba mucho. Sólo se lamentaba de no tener suficiente tiempo para ocuparse del tema. Sin embargo, leía muchísimo, y si era necesario, lo hacía por las noches. En su amplia y limpia mente elaboraba síntesis en todos los ámbitos. Tenía una clara visión de conjunto en lo que se refiere a la alquimia, y con mano segura extraía la valiosa realidad de entre el fango del engaño y la fantasía. Conocía la importancia de Paracelso, y siguiendo esta línea de actividad curaba con una gran proporción de éxito.

En una ocasión le pregunté si, en su opinión, Assis ya había dado una señal a Maurice. Yo no quería forzar al viejo a hablar de ello para no asustarlo, ya que él no podía sospechar que yo tuviera conocimiento de esta promesa trascendental.

-Todavía no se le ha manifestado -contestó Péloc.

-¿Cómo lo sabéis? -me sorprendí.

-Porque me lo ha dicho.

Un ligero disgusto empezó a brotar en mi interior, pero desapareció de inmediato. Naturalmente. Un sombrío manojo de problemas como yo ya podía esforzarse durante años, que el viejo y retraído Maurice siempre le revelaría sus secretos a Péloc, porque éste era como una llave universal que abre todas las almas.

Maurice le daba de comer al doctor Péloc como una madre a su hijo. Entraba cuando menos nos lo esperábamos, arrastrando los pies, le ponía la bandeja llena de comida delante y le reñía cuando se dejaba algo.

-Todo esto apenas le cabe en el estómago, *Monsieur le docteur*, porque ya ha perdido la costumbre de comer. La sopa de verduras es muy nutritiva. ¡Haced el favor de tomárosla toda! Me gustaría saber quién cura a un médico cuando éste se pone enfermo, ¿qué me decís?

También a mí me dispensaba todas las atenciones imaginables, y a su manera me apreciaba, pero ponía un gran empeño en mantener siempre la debida distancia. A Péloc lo idolatraba. Ante él no guardaba ninguna distancia. En su presencia desaparecía cualquier rigidez, y las gentes siempre estaban dispuestas a mostrarle su oculta alma de niños.

En una de sus visitas Péloc se fijó en un cuadro que colgaba sobre la chimenea. Era como si alguien hubiera puesto a propósito ese cuadro, un hermoso y soleado paisaje italiano, en aquel rincón sombrío y poco favorecido. Yo ya había intentado cambiarlo de lugar, sobre la dorada mesita-vitrina rococó del salón, donde la luz que entraba a chorros desde la izquierda lo iluminaba de forma ventajosa, pero al día siguiente volvía a aparecer sobre la vitrina, envuelto en una celosa penumbra.

-¿Qué representa este cuadro?... No puedo distinguirlo del todo -preguntó Péloc.

-Un paisaje cerca de Verona, *Monsieur* -contestó Maurice.

-Siempre ha estado colgado en este lugar -intervine yo.

-No. Antes lo estaba sobre la mesita-vitrina, al otro lado.

-¿Entonces por qué...? -Lo miré de pronto. Su boca se había endurecido en una línea cerrada y despectiva. Guardé silencio. Maurice esperó durante un rato y luego salió sin hacer ruido.

A principios del siglo xvm la alquimia mostraba ya todos los signos de una derrota definitiva. Todo cuanto estaba velado en esta ciencia, todos los errores, todo aquel ávido desconocimiento que le eran inherentes, testificaban en su contra. Los entusiastas de la nueva corriente, la llamada Ilustración, que sólo habían vislumbrado la esencia interior y misteriosa de esta ciencia, con muchos siglos de antigüedad, y sus verdades, celebraban su triunfo, porque habían conseguido con los resultados parciales de su descubrimiento, efectivamente impresionantes, matar a golpes las dos primeras letras de la palabra original. La joven química había nacido. El descubrimiento de los cuerpos simples, que parecían indivisibles, y con ello el reconocimiento de que, en este sentido, se trataba de elementos, tomó impulso. A la vista de los hechos experimentales, se debilitó tanto la antigua versión aristotélica según la cual la tierra, el agua, el aire y el fuego son la materia básica de todos los cuerpos, como la nueva visión alquimista, de que todo cuerpo está formado de mercurio, azufre y sal, hasta desaparecer en la nada. Se descubrió que tanto en el caso del aire como en el del agua se trataba de uniones de elementos, e incluso se determinó la cantidad relativa de cada uno de sus componentes. Con la creciente selectividad y habilidad de los procesos de análisis químicos se consiguió diferenciar el oro y la plata de aleaciones parecidas, y a partir de ahí dejaron de ser posibles los errores de buena fe o los engaños maliciosos que tenían su fundamento en las semejanzas aparentes. Pero no fueron los adelantos de la ciencia y las pruebas experimentales las que tuvieron un papel decisivo a la hora de enterrar la alquimia. También hubo muchos que se impusieron como tarea descubrir el fondo histórico de las cosas, dispuestos a borrar de la faz de la Tierra incluso las raíces del «árbol podrido» de la alquimia. Las saetas de la burla y del desprecio caían con fuerza como una tormenta sobre las figuras titánicas de un Hermes Trismegisto, de un Geber, de Basilius Valentinus, de Paracelso y de todos aquellos alquimistas que se perdían en el pasado. Al final, los jóvenes guerreros, obsesionados por la victoria, creyeron haber apagado de forma definitiva la fuente mágica de la luz, aunque lo único que habían hecho era, como las personas deslumbradas, ponerse una mano sobre los ojos y creer que con este gesto habían oscurecido el disco solar.

El doctor Péloc observaba con preocupación esta absurda actividad, la ruidosa impaciencia de esta nueva religión, que condenaba de raíz y para siempre todo aquello que era antiguo. Muy a menudo conversábamos sobre esta revolución espiritual, como observadores pasivos de aquel violento es-

cenario donde tenían lugar los preparativos para el espectáculo sangriento de un cambio social y anímico.

-En modo alguno pretendo impedir la actividad o la disposición al descubrimiento de esta gente -decía Péloc-, He asistido a la grandeza de los experimentos químicos y reconozco las posibilidades ocultas que conllevan. Sé que llegará el día en que la química ampliará y transformará toda la imagen del mundo. Sin embargo, lo que me enoja es el engreimiento de estas jóvenes cabezas recalentadas, que no toleran ninguna réplica a sus teorías elaboradas. Sólo están en los inicios, pero se comportan como si ya hubieran alcanzado todos los objetivos. Por el simple hecho de estar poniendo en tierra virgen la primera piedra del futuro, se creen con el derecho de destruir, llenos de odio, las obras magistrales clásicas del pasado, aunque nunca se hayan adentrado en los misterios y en la sabiduría de ellas. Un presente sano sólo puede surgir del pasado, como el niño del seno de sus padres. Pero hoy en día, la química está empeñada y dispuesta a cometer un parricidio. Siempre ha habido épocas en las que, por influencia de algunos hechos revolucionarios externos o internos, se ha negado y perdido el pasado. Inmensas y ricas culturas fueron destruidas, enterradas y sumidas en el olvido a causa de cataclismos físicos y anímicos. Sin embargo, aquellos que quedaron y los jóvenes que se unieron a ellos, se precipitaron de nuevo en las tinieblas primitivas de los principios. ¿Qué sabemos hoy en día sobre los superiores conocimientos astronómicos de los caldeos y de los egipcios, sobre sus matemáticas, sobre su potencial místico y su impresionante filosofía, que ocultaron en sus jeroglíficos poniéndolos en clave mediante miles de signos? La resplandeciente superficie del espíritu griego, que ilumina y parece perfecta en su belleza, ciega nuestros ojos, pero ¿a cuánta distancia estamos de sus profundidades, de la comprensión del misterio éulico, de Orfeo y Pitágoras? La verdadera misión de la alquimia consiste en conservar la herencia esotérica. Y el velo artificial que todo lo envuelve, se parece a aquellos monstruos que protegían los lugares sagrados. Por este motivo, nadie debe hacer ni un solo reproche a los adeptos. En la historia del partidismo humano hay numerosos ejemplos de los peligros mortales a los que tuvo que enfrentarse. El incendio de la biblioteca de Alejandría y el vandalismo fanático de Savoranola son un ejemplo gráfico de que el fanatismo, independientemente de si se trata de un fanatismo religioso o científico, siempre es el mayor enemigo de todo lo antiguo, que tiene un valor permanente.

»En realidad, la oposición entre la ciencia y la tradición sólo puede ser pasajera cuando para ambas partes salen auténticos espadachines imparciales y se enfrentan. El servidor inflexible de la ciencia, que recorre con honestidad su camino, como máximo puede dar un rodeo antes de llegar al conocimiento de que todos los caminos conducen al misterio del espíritu creador. El iniciado de la revelación parte ya desde el principio de este hecho. La ciencia primero tiene que dividir de forma sutil el denso material e irlo reduciendo hasta que se convierta en un principio espiritual. La química de hoy ha puesto ya en marcha este proceso, y de entrada ha dado a las cualidades de la materia nombres populares, comprensibles para todo el mundo, que la alquimia también conocía en profundidad, pero que en su caso se vieron envueltas en un lenguaje enigmático y figurativo. La química intenta a su manera lenta, tanteando y experimentando, conquistar sus resultados en un mundo en el que impera la lógica. Las grandes analogías de la alquimia, sin embargo, ocultan los fundamentos en sí mismas. No se requiere ningún don profético especial para predecir que la química, a pesar de sus descubrimientos, que sin duda son importantes y en general beneficiosos, no conseguirá alcanzar en las próximas décadas, e incluso en siglos, con sus medicamentos éxitos terapéuticos como los de Paracelsus, el alquimista. Paracelsus había seleccionado los motivos, gracias a una particular observación del organismo humano en su totalidad, teniendo en cuenta la estructura anímica y física del ser humano. Nuestra química producirá durante muchos años toda una serie de medicamentos especializados y complicados, para cada órgano del cuerpo, sin tener en cuenta que con él se envenena a los demás.

-Vos, Péloc, por lo tanto, ¿creéis sólo en el *Doctor Universalis?*

-Sin duda alguna. Y también creo que llegará un día en que la química, y la ciencia médica que se base en ella, de nuevo volverán a encontrarse con Paracelso y, por mediación suya, respetarán las ciencias y revelaciones sabias que tienen siglos de antigüedad.

3

El mensajero de los «Corderos»

Fue el doctor Péloc quien introdujo en mi casa ajean Lepitre. En realidad el pobre hombre no había tenido esa intención, ni en sueños se le habría ocurrido, pero era incapaz de negarle nada a nadie. Balbuceando y sintiéndose culpable, me confesó que había encendido al rojo vivo la curiosidad de ese hombre, en lo que se refería a mi casa y a mi biblioteca, y que Lepitre, a partir de ese momento, había querido visitarme a toda costa. Él había intentado quitárselo de la cabeza, pero Lepitre era una de esas personas que no resulta fácil sacarse de encima. Había logrado obtener del doctor la promesa de que, por lo menos, hablaría conmigo del tema.

-¿Qué clase de persona es ese tal Lepitre? -intenté eludir la respuesta con prevención, antes de dar mi consentimiento.

-Bien... es un tipo estrafalario... pero en el fondo muy sociable. Quizá tenga más ideas fijas que el resto de la gente en general. Posee una tienda de devocionarios en la *rué* Saint-Honoré, donde también vende libros viejos y manuscritos. Vive con una mujer que es mucho mayor que él. Conviven en una llamada comunidad espiritual, ya que entre ellos no hay el más mínimo contacto físico, y se pasan casi todo el tiempo rezando sin parar. Han fundado algunos círculos bíblicos, donde dan conferencias, y de la mañana a la noche andan por ahí, ocupados en asuntos de otras personas. Se llaman entre sí hermano y hermana, no dan importancia a su aspecto externo, no comen carne, siempre están inmersos en un estado de embriagada sublimidad y, de acuerdo con su fe, experimentan paso a paso los dos grados de la santificación.

-¡Vaya... parece muy complicado!

-No quisiera asustaros demasiado. En todo caso, la realidad se diferencia de esa imagen estática del mundo que ellos han creado en su fantasía. Yo trato la afección pulmonar de Lepitre. En mi opinión, los esfuerzos, por otro lado hermosos y respetables, de esta extraña pareja carecen en gran medida de moderación y rectitud. Para empezar, fingen ante sí mismos, también lo hacen el uno ante el otro y finalmente ante el círculo de sus discípulos. La más elevada excelsitud humana de la santificación requiere otro tipo de éxtasis. Jean Lepitre y Rosalie Bault son demasiado pasionales, sólo que no quieren reconocerlo. Es en extremo peligroso ocultar y dar la espalda a las poderosas fieras que viven, sin lugar a dudas, en el bajo vientre, así como al mundo de los instintos, negando simplemente su existencia. Rosalie Bault ha estado desde siempre enamorada del joven y activo Lepitre, y sólo con el tiempo se ha convertido de una mujer físicamente hambrienta en una discí-pula entusiasta, dispuesta a adaptarse a cualquier ideal, mientras que Lepitre se mueve por impulso de los escalofríos de la tuberculosis. Pero ambos han cubierto con una tapadera ese fuego subterráneo y me temo que algún día se produzca una explosión.

Me reí.

-En cualquier caso, doctor, hay algo que sí habéis conseguido de mí, y es haber despertado mi curiosidad. Aunque no puedo evitar tener la sospecha de que esos dos quieran convertirme... ¿Cuándo debo esperar su visita?

-El domingo...

Después de las explicaciones de Péloc me pareció natural que el domingo por la tarde éste también se presentara en mi casa con Lepitre y Rosalie Bault. Eran en verdad una extraña pareja. La figura alta, delgada y encorvada de Lepitre estaba embutida en una casaca de paño, pasada de moda desde hacía ya mucho tiempo, y que en cierto modo recordaba la vestimenta de un sacerdote. Los pantalones ceñidos de media pierna y las arrugas en forma de acordeón de sus medias negras de algodón revelaban la delgadez de sus piernas zancudas. Su abundante pelo, de un negro azulado, que daba la impresión de ser una única masa y que crecía de forma desordenada e indomable, probablemente nunca había visto un peine. En su rostro delgado y gris, que relucía grasiento, ardían rojizas manchas de fiebre sobre los pómulos cruzados de venas. Su nariz era grande, carnosa y

ganchuda, sus labios, en los que en todo momento temblaba una sonrisa entusiasta, eran abultados y no tenían forma alguna. Con la cabeza echada hacia atrás, mantenía siempre entornados sus ojos brillantes y oscuros provistos de unos gruesos y arqueados párpados, como si estuviera entregado al éxtasis de un placer espiritual. En el rostro de Rosalie ardía el embriagado reflejo de la misma expresión. Pocas veces había visto yo una mujer más desaseada, aunque más tarde descubrí que ella era mucho más instruida que Lepitre. Sus desordenados rizos grises, su rostro rollizo y lleno de granos, sus ojos, que brillaban de manera enfermiza, su boca descolorida y sus ropas andrajosas y deterioradas ofrecían a la clara luz del día una visión que inspiraba rechazo. En las profundidades de un bosque tenebroso, adonde nunca hubiera llegado un ser humano, su presencia quizá me habría inspirado respeto, pero en París despertó mi desconfianza. Una apariencia extravagante exagerada es siempre resultado de la necesidad de poner de relieve públicamente la propía superioridad sobre el resto de la Humanidad, tanto si esa persona se inclina por un lujo desmesurado como por todo lo contrario.

Lepitre tomó mi mano, la acercó a sí mismo y la estrechó con expresión bienaventurada, como si mi visión lo hubiera llevado al cielo. Habló en voz baja, velada, casi me susurró lo mucho que había anhelado conocerme y qué particular alegría le producía poder estar bajo mi techo.

Un deseo de este tipo siempre es chocante y desconcertante al mismo tiempo. Me avergoncé un poco por él e hice como si todo aquello no fuera algo inusual. También habría preferido que soltara de una vez mi mano, ya que la palma de la suya estaba cubierta de un pegajoso sudor. De su boca flotaba a mi encuentro un aliento febril, que olía a podredumbre. Por un momento me vi asaltado por la horrible sospecha de que se propusiera estamparme un ardiente beso fraternal en la mejilla, pero por suerte prescindió de ello. En cualquier caso, cumplimenté a la pareja sumido en un equilibrio anímico algo lábil y los hice pasar al salón, mientras me sentía francamente enojado con Péloc, que me había echado encima a aquella gente. Sólo más adelante reconocí que Péloc no había sido más que el instrumento de aquellas cosas que me estaban dirigidas y que sin su intervención me habrían alcanzado por otros caminos.

De inmediato, después de las primeras palabras que intercambiamos, Lepitre me comunicó que todos éramos hijos de Dios y por lo tanto hermanos. En el fondo, éramos de la misma opinión, sólo que sus declaraciones, adornadas con empalagosas y floridas metáforas, cogidas por los pelos, despertaron en mí el deseo de llevarle la contraria. Siempre me invade un sentimiento de vergüenza y de rebelión en cuanto alguien se pone a hablar con entusiasmo, en un tono pretencioso y untuoso, de nuestro «amado Padre Celestial, tan misericordioso» y de «la preciosa sangre derramada de Cristo que sólo exhala bondad», a pesar de que me siento muy próximo a él y respeto la oración hecha con sencillez en la soledad. Pero Lepitre y Rosalie paladeaban incluso las más dulces palabras con un placer tan excitado y apasionado como el de un buen catador ante un exquisito manjar. En el rostro de Rosalie y en su cuello arrugado aparecieron manchas producidas por la agitación, sus labios goteaban saliva, las lágrimas llenaban sus ojos y se le quebraba la voz. Mientras tanto, Lepitre se entregaba de forma creciente a manifestaciones cada vez más íntimas. Confesó que vivía con Rosalie en una relación puramente platónica y que tan sólo sus almas se unían en un éxtasis que a veces duraba horas.

-Interesante -observé con una ligera repugnancia-. Y... ¿de qué manera consiguen este... contacto?

Lepitre descendió gustoso a los detalles. Sus camas estaban pegadas a las dos paredes opuestas de la habitación, muy alejadas la una de la otra y separadas por una cortina. Por las noches, después de haber apagado la luz, se echaban de espaldas y pensaban el uno en el otro concentrados en un ardiente amor, hasta que se veían arrebatados por el ardiente estremecimiento de un placer celestial. A menudo, esta unión anímica se acrecentaba de tal forma que, llevados de su felicidad, prorrumpían en gritos, lloraban, se reían y rezaban.

Arriesgué una mirada a Péloc. Pero él había bajado los ojos y ponía una cara como si estuviera sentado sobre clavos, ya que consideraba inadecuado hablar de ello.

Rosalie se inclinó hacia delante con la rapidez del rayo y colocó la palma de su mano, fría y áspera, sobre mi mano.

-Debe venir sin falta -dijo-. Debe asistir a nuestras reuniones. Quizá vos seáis uno de los nuestros, sin saberlo. El Señor reúne a sus ovejas para la vida eterna y deja a los lobos la destruccción. La lluvia de fuego, la peste, la muerte, las inundaciones y los maremotos abrirán las puertas del infierno. Los obscenos, los que están poseídos por su lógica, aquellos que son esclavos de las nuevas ciencias, los

fríos, los blasfemos, los que no rezan y maldicen, los borrachos y los que se dejan llevar por la gula, los sacerdotes ateos, los infieles, herejes y judíos, todos acabarán bajo el suplicio de la gran rueda, que machacará su carne pecadora y sus vientres ardientes hasta convertirlos en una única masa sanguinolenta. De esta manera se convertirán hasta el fin de los tiempos en bazofia de Satán, en condenados vivientes, temblorosos, que gritarán atormentados, sufriendo eternamente, arrojados a la muerte eterna.

La voz de Rosalie temblaba con un deleite repugnante que la traicionaba. Las comisuras de sus labios se estremecían hacia abajo, su labio inferior se adelantaba. En su rostro y en su cuello arrugado ardían manchas oscuras. Ofrecía una imagen espantosa y al mismo tiempo repulsiva.

-Os hemos advertido... hemos hecho lo que era nuestro deber -añadió el segundo componente de aquel dúo, con la voz apagada y una sonrisa pegajosa-. Los «Corderos» os esperan...

«Con que esas tenemos...», pensé.

Lepitre dejó una nota sobre la mesa con la dirección exacta.

-Por supuesto... seguro que vendré... naturalmente... algún día... sí...

Lo que más deseaba era verlos marchar. Se despidieron como si estuvieran untados de cola de arriba abajo. Tuvieron que despegar sus extremidades una a una de mí.

-Perdonadme -me susurró Péloc acongojado.

-¡Nunca! -le contesté también en un murmullo, pero con una sonrisa.

En aquel momento no pensaba ni en sueños visitar el *Palais* de la *Marquise* D'Anjou, cuartel general de los «Corderos».

-¿Cómo podéis soportar a esta gente? -le pregunté a Péloc cuando llegó por la tarde, a su hora acostumbrada-. ¿No han intentado conduciros también a vos a su establo?

-Les rogué un aplazamiento y de forma excepcional me fue concedido -dijo Péloc con una picara sonrisa, que dibujó en su rostro mil arrugas-. Les he prometido que en el último momento me encaramaré con toda seguridad a su bote de salvamento, pero que ahora todavía no disponía de tiempo. Creo que Lepitre y Rosalie están de acuerdo, de forma tácita, en hacer valer sus buenas influencias delante de su estricto Señor, tan sediento de sangre, y que rezan sin pausa por la salvación de mi alma. Por favor, creed-me, no son unos monstruos desesperados, tal y como se han presentado ante vos. En su fe hay algo conmovedor y digno de compasión. En verdad sólo quieren lo mejor, y también temen el más pequeño paso en falso. Han alzado por encima de ellos a un dominador que es mezquino y carece de la más mínima comprensión, que los asusta de forma permanente, pasa de manera superficial por encima de sus virtudes y sólo registra sus faltas. Al mismo tiempo los hace consumirse en miles de dudas, y también despierta en el más pequeño de los grupos de los numerosos miembros de su secta la idea de que sólo ellos están en posesión de la verdad, mientras que el otro grupo, como consecuencia de sus falsos conocimientos, irá a parar de cabeza al infierno. La intensidad de sus discusiones se aproxima a los apasionados debates de los Concilios. A Lepitre, y todavía más a Rosalie, le causa gran preocupación que cada uno de los grupos del movimiento que ellos han llamado a la vida, sin excepción, haya elegido un guía y un predicador que anuncia su propio parecer y que interpreta la Biblia de forma absolutamente arbitraria. Algunos de entre ellos dudan de la vocación de Lepitre y manchan su vida en común con Rosalie con una maligna desconfianza; otros no creen en la Inmaculada Concepción, y los hay que niegan la resurrección de la carne. Una auténtica Torre de Babel de mentes primitivas, pero que trabajan con constancia. No hay ni un solo concepto sobre el que lleguen a estar de acuerdo, y esto se ve incrementado por el hecho de que persiguen la razón con un odio tenaz, ya que no creen en nada más que en las emociones. Se han amotinado contra el capitán de su barco, la razón, y han arrojado al mar al piloto para confiar su destino tan sólo a los vientos. Por el verano tropical de su ardiente devoción sopla el siroco de la sensualidad y de las emociones. Desde las crestas de las olas, altas como torres, de un espíritu de sacrificio lleno de abnegación, caen al instante siguiente en la concavidad de la próxima ola, acusándose unos a otros con malicia. A partir de una sola palabra pueden entusiasmarse hasta la muerte o enfurecerse de forma terrible. Observan y critican sin parar la vida de sus hermanos, y se les llena la boca haciéndolo. Tienen una permanente predisposición a saltar y a atacar, con el látigo de fuego de la predicación en la mano, pero el hermano que recibe la bofetada inicia de inmediato una contraofensiva tan ultrajante como una fortaleza erizada de cañones. Se

pavonean como profetas torturados, como si fueran perseguidos injustamente, pero siempre están dispuestos a echar sermones fulminantes para salvar las almas perdidas de los demás...

Mis carcajadas interrumpieron sus palabras y él me acompañó.

-Pero a pesar de que me ría de todo esto, estoy dispuesto a negar lo risible de su osadía -se defendió a continuación-. Imaginaos por un momento lo difícil que lo tiene Dios con ellos. Su caso es quizás el hueso más duro de roer de toda la creación. Los incrédulos confirman la existencia de Dios a través de su negación, los dudosos lo conjuran a través de su tenacidad, los sencillos, por medio de su docilidad, encuentran en definitiva el camino hasta Él, pero entre todos ellos no hay ninguno que lo vincule como Lepitre con semejante monstruo antropomórfico. Hace tiempo que creo que los escépticos llegarán a ver antes el Reino de los Cielos que esos representantes charlatanes que atraen a cualquiera con la esperanza de un mayor provecho, y que en muchos casos resulta que comercian con los bienes del diablo. No crea que mi discurso es un puro sofisma. El alma del sectario es un recinto estrecho que, como una tiendecilla, está llena a rebosar de ídolos toscos e incómodos, donde sólo el espíritu y la verdad, es decir Dios, no tiene cabida.

Lo observé con atención. La compañía de Péloc era infinitamente fascinante y entretenida. Me propuse arrancarle una confesión sobre este último secreto humano, que se oculta con pudor y que, cuanto más profundo y colectivo es, más se convierte en un asunto privado.

-Señor... Vos habláis con una decisión y una pasión de Dios, Péloc, que me hacéis sentir una gran envidia. Viendo la fuerza de vuestras alusiones, me da la impresión de ser un pobre de espíritu y de andar a tientas.

-Creo que es más fácil hablar de cualquier tipo de relación que sobre la relación con Él -dijo Péloc con la mirada perdida ante sí-. Quizá por eso nunca he hablado de ello, porque este concepto está cambiando en mi interior de forma permanente. Mi Dios, en los días lejanos de mi infancia, vivía tras los escenarios colmados de estrellas que colgaban sobre el mundo. Tenía una larga y algodonosa barba y estaba sentado sobre un trono. Me parecía un anciano señor aburrido que estaba muy lejos de mí, con quien algún día, después de mi muerte, tendría que dilucidar penosos asuntos. Luego, más adelante, en las difíciles horas de mi pubertad, se acercó de pronto mucho más a mí y se convirtió en un fiscal sordo y sombrío que no me dejaba escapatoria. Superé esa época y Dios se encogió, se convirtió en una cosa insignificante y secundaria, como una especie de raída antigualla en el desván. A raíz de una inflamada piedad volví a sacarlo de allí y lo revestí de diferentes cualidades. Lo convertí en cierto modo en un fetiche. Lo adulaba, porque Él era orgulloso, y le rezaba para sobornarlo, pero seguía siendo una persona aislada y respetable, fuera de mí, a quien me limitaba a hacer breves visitas de cortesía. Siendo ya un hombre joven empecé de pronto a interesarme por su verdadero ser. Lo palpé, lo medí y lo miré al rostro para descubrir que se parecía a mí, que Él era tan imperfecto, finito y desvalido como yo. Durante largo tiempo estuvo muerto y ahora se me aparecía como un fantasma. Fuera ya no se le podía encontrar, y a partir de entonces empezó a dar vueltas como un espíritu en algún lugar del alma, sin cuerpo, sin perfiles, inaprensible, a una gran profundidad interior. Ya no tenía voz, sólo impulsos, que llegaban hasta el umbral del pensamiento, pero de todas formas es más que cualquier pensamiento, que cualquier palabra, más que el aparente mundo de las formas que me rodea, más que todos los espejismos y dolores, más que el temor y la muerte. Es mucho más que aquello que conozco y que puedo reconocer.

Guardamos silencio. Las últimas palabras que había pronunciado en voz baja resonaban en mí y conjuraban también a mis muertos que habían ejecutado los instrumentos de precisión del Homunculus. Sentía en mi alma el extraño desarrollo y conformación de su ser, aquella transformación que se asemejaba a las experiencias de Péloc. Era extraño que yo, desgarrado entre mis increíbles circunstancias externas, hubiera podido expresar con las mismas palabras mis relaciones interiores y esenciales con Dios.

Entre nosotros se estableció un breve y confuso silencio. Atrapados por el vértigo, buscábamos un camino que nos condujera de regreso desde ese sendero, desde donde no había ningún paso humano que llevara más allá.

-Bien... ¿qué clase de persona es esa dama, esa *Marquise* DAnjou, a casa de quien Lepitre me ha invitado? -pregunté.

-¿Queréis ir?

-Dios me libre... pero la gente extraña siempre me ha interesado.

-Oh... la *Marquise* DAnjou es muy diferente de esa pareja tan llena de celo que os ha horrorizado tanto. Se trata de una dama instruida y bien cuidada, una viuda. La muerte de su marido la empujó a unirse a los «Corderos». Hasta ese momento su vida no fue diferente de la de las otras damas de su posición, quizá con la única particularidad de que, en opinión de la Corte, durante toda una década estuvo unida a su esposo, hasta su temprana muerte, con un amor y una fidelidad poco menos que escandalosos. Tras el trágico acontecimiento intentó seguir a su amado, que se llevó con él sus ganas de vivir. Sólo su profunda religiosidad la detuvo ante el suicidio, aunque sus intentos en este sentido la condujeran por el mismo camino. Dejaba que el viento helado de febrero envolviera su cuerpo humeante después del baño, visitaba a pacientes con enfermedades contagiosas y buscaba a escondidas, en el borde de aquellos recipientes de los que éstos habían bebido, las huellas de sus labios; a pesar de todo, la muerte no le dejó ni una vez la esperanza de un superficial contagio o de un ligero resfriado. Se mantuvo sana y fuerte. Finalmente, fue un sueño el que la convenció de lo erróneo de sus planes y de la realidad de que debía vivir para sus dos hijos y para una vocación que todavía no conocía, pero que pronto le llegaría. Poco después, durante un aguacero, se vio obligada a buscar refugio con sus hijos y su institutriz Jeanne Girard en una pequeña tienda de la *rué* Saint-Honoré. Esta Jeanne Girard era, por cierto, quien había tenido aquella visión reveladora. Lepitre, rodeado de sus devocionarios, empezó de inmediato a pescar almas, y he aquí que consiguió que mordiera el anzuelo el pez más grande, aunque con la ayuda de Jeanne, la visionaria y perejil de todas las salsas. La *Marquise* D'Anjou se convirtió en la protectora y en la base financiera de los «Corderos». Si bien es verdad que algo perpleja y con algunas reservas, está dispuesta a servirlos con una obediencia agradecida, porque cree haber encontrado un importante objetivo, placentero a los ojos de Dios. Se lo toma como una penitencia, después de la cual podrá unirse por toda la eternidad con su esposo.

-El destino de la *Marquise* es en verdad conmovedor -le dije a Péloc-, ¡pero no puedo comprender del todo cómo el parloteo de una criada que posee una viva fantasía y su bondadosa exaltación, que quizá se debía a alguna influencia, pudieron convencer a una dama elegante e instruida!

-Según lo que cuenta la *Marquise,* en este sueño le fueron revelados detalles tan íntimos, que para ella no cabe la menor duda de que fue él quien le transmitió un mensaje a través del sueño de Jeanne. Eran cosas sobre las que sólo ella y su esposo tenían conocimiento.

-¡Un criado atento puede enterarse de esas cosas siempre que quiera!

-Cierto, pero Jeanne entró a trabajar en la casa después de la muerte del *Marquis,* hace ahora cinco años, y nunca conoció personalmente al esposo de su señora. Sin embargo, en sueños vio al *Marquis* D'Anjou vestido con un frac verde, que había llevado en Versalles, en el escenario de su encuentro con la *Marquise,* en una recepción donde ambos se encendieron de amor el uno por el otro. Este frac se perdió junto con otras cosas durante un viaje. El arcón en el que estaba metido se soltó del carruaje, sin que nadie se diera cuenta, al pasar por un puente muy deteriorado y rodó hasta el agua. Nunca se retrató con él puesto, y además no era una pieza de ropa del vestuario del *Marquis* que éste utilizara con frecuencia, tanto por lo que se refiere al color como al corte, aunque la *Marquise,* por motivos comprensibles, conservara el recuerdo de este frac en su corazón. Jeanne describió con exactitud el color y la forma de los botones, el estampado del chaleco de brocado, el tipo de tejido del jubón de encaje, y el mismo frac hasta el último detalle. Además, en su sueño, el *Marquis* mantenía una mano sobre la empuñadura de su daga, mientras permanecía sentado con las piernas cruzadas en el borde de un surtidor, moviendo con nerviosismo el pie como si esperara a alguien, cosa que solía hacer con frecuencia en vida, aunque nadie lo mencionara después de su muerte. En el transcurso del sueño, Jeanne vio el agua del surtidor, sobre cuya superficie borboteante y espumosa bailaba un barquito de papel amarillo. El *Marquis* distraía el tiempo de espera cogiendo pequeñas piedrecitas del suelo y arrojándolas una tras otra al interior del barquito, hasta que éste poco a poco se hundió. Esta imagen del sueño era una réplica exacta de la realidad. Así había sucedido en su momento. Sin embargo, en esa ocasión era la Marquise quien, desde detrás del tronco de un árbol, observaba al *Marquis* cómo se inclinaba sobre el pequeño barquito de papel amarillo y arrojaba piedras. Durante esta cita, que tuvo lugar tan sólo dos días después de haberse conocido, se habían confesado su mutuo amor, ese amor que había despertado de pronto y que borraba de un plumazo todos los reparos y todas las dificultades que pudieran sobrevenirle. En efecto, este amor se ha mantenido más allá de la tumba. Según el sueño, fue Jeanne la que se acercó al *Marquis,* que se mostró comprensiblemente decepcionado. Jeanne es una camarera bajita y gruesa con ojitos porcinos. El hombre que esperaba se levantó impaciente de un salto,

pero entonces dijo desesperado: «¡No ha venido! ¡De nuevo no ha venido! ¡No puedo llegar hasta ella a causa de su desesperación!». Y entonces le comunicó todo cuanto acabo de deciros.

-Sea como sea... resulta interesante.

-Sí. Aunque si vos conocierais a Jeanne...

-¿Y bien?

-Para un mensaje desde el más allá podría imaginarme un buzón mejor... pero el ser humano es corto de vista y los caminos de Dios son inescrutables. La *Marquise* D'Anjou, por supuesto, cree firmemente en la vidente, le pide consejo en todos sus asuntos, presta atención a sus sueños y la colma de regalos. Y eso que Jeanne, aparte de sus sueños y sus intuiciones, es una persona astuta, egoísta, necia y orgullosa, que aprovecha a fondo su ventajosa situación. Exije el reconocimiento de su público como una bailarina, y todo cuanto hace tiene un carácter más bien productivo, acompañado de dudosas perturbaciones.

-Reconocedlo con toda franqueza, Péloc... ¿la consideráis una estafadora?

-N... no... es decir, sólo en parte. Se trata de un ámbito bastante confuso, donde los límites se difuminan. Jeanne dispone de cualidades sorprendentes y tiene sueños dignos de tenerse en cuenta, pero... y es ahí donde, fracasan este tipo de naturalezas... son poco frecuentes y aparecen de forma del todo inesperada. No se pueden ni encargar ni conducir. La diligente Jeanne, sin embargo, para hacerse la interesante y por vanidad, a partir de cierto conocimiento primitivo del ser humano llena esas pausas con algunas historietas, con las que consigue considerables éxitos ante su señora y entre los «Corderos», porque ya se sabe que el círculo de los impostores sólo es superado por el círculo de la gente de buena fe. Las voces interiores de los sueños de Jeanne se han puesto de moda, tiene toda una corte que la rodea. Un tal Cortey, miembro del Consejo, daría su vida entera por Jeanne, y estaría dispuesto a empalar a cualquiera que se atreva a dudar de la vocación divina de su ídolo. Una especie de loco gruñón que como un perrito embriagado trota detrás de su *Prima donna.* Pero también hay muchos otros a los que hace bailar como marionetas. Sus discípulos ni siquiera se atreven a moverse sin su consejo. La *Marquise* D'Anjou vela celosamente por ella y la mima como a una exótica mona prodigiosa. -¿Y quién se ocupa de los niños?

-Corinna ya tiene quince años y en medio de toda esa confusión se ocupa de su hermano de seis. No pude evitar reírme.

-La verdad es que ya no necesito ir, Péloc. Vos habéis sabido describir a toda esa comunidad de una manera tan viva, que ya no sería capaz de descubrir en ellos ningún otro rasgo característico aunque visitara su casa durante años.

-Lo dudo mucho. Olvidáis que la imagen que uno se hace de las mujeres siempre resulta deficiente, ya que una mujer tiene tantos rostros como personas hay en las que se refleja.

-¿También entendéis algo de mujeres, Péloc? Nunca había conocido esta faceta vuestra.

Una dulce sonrisa burlona iluminó su rostro enjuto, inteligente e impersonal.

-*Apage, Satán!* Sólo sé que es más sano mantenerse alejado de ellas. Soy su amigo, conozco sus sufrimientos y sus secretos de alcoba a menudo espeluznantes, las compadezco y las curo... Hay ciertos venenos que lo mejor que se puede hacer es conservarlos bien cerrados en un frasco y marcarlos con una etiqueta en la que aparezca una calavera.

-Una opinión tan mala de las mujeres, doctor, debe responder al menos a una filosofía fruto de una rica experiencia.

-¡De mí no vais a conseguir oír ninguna aventura picante, amigo mío-

En este sentido, tengo la misma opinión de las mujeres que de los hombres. Todo este asunto, si no te has emborrachado con el vino de la naturaleza, parece bastante miserable y mezquino, y gracias a algún error se me ha ahorrado la general embriaguez. Estoy sobrio. Procuro observar con escepticismo a los embriagados con los rostros enrojecidos, pero soy absolutamente comprensivo con ellos en su lamentable estado, y sostengo su cabeza cuando les sobreviene el gran vómito. Eso es todo.

Oímos a Maurice arrastrar los pies por el pasillo. La llama de la vela que sostenía en la mano arrojó una luz espectral sobre su rostro consumido y arrugado. Encendió las velas del gabinete de trabajo una tras otra, hasta que los lomos de los libros y las curvaturas de los muebles empezaron a brillar. Péloc bostezó y se golpeó con la palma de la mano la boca.

-A pesar de todo, lamento que no conozcáis a la *Marquise* D’Anjou.

-¿Es una mujer hermosa?

-¿Si es hermosa? No lo sé. Más bien produce una impresión maternal y dulce. Por el contrario, su hija...

-¿Qué pasa con ella?

-Es una sorprendente pequeña composición de Eros. De momento no es más que un excitante bosquejo lleno de talento, pero creo que más adelante producirá algunos hermosos torbellinos...

Cuando Péloc se hubo marchado, pensé todavía durante un rato en la *Marquise* viuda, en Jeanne con sus visiones, y en Corinna, que más adelante quizá produciría algunos hermosos torbellinos, pero no tenía ni la menor idea de que empezaría su prometedora carrera precisamente en mi vida...

4

Oleadas astrales

Tan pronto como entró Péloc, me di cuenta en seguida de que se traía algo entre manos. La atmósfera que lo rodeaba estaba cargada de tensión y confusión. Carraspeó, anduvo inquieto de un lado a otro, y era evidente que no sabia cómo empezar. Me dio lástima.

-Hablad, doctor... empezad, ¡todo irá bien!

Interrumpió su paseo y me miró sorprendido.

-¿Por qué suponéis que...?

-¿Importa eso?

-No... es decir -y parpadeó sintiéndose culpable-, en realidad no quería caer en esto. Había dado a entender con toda claridad que no estoy dispuesto a ejercer ningún tipo de mediación...

Con la cabeza ladeada, yo le miraba sonriendo y con suspicacia.

-¿Lepitre?

-¡No, no! -dijo sacudiendo con firmeza la cabeza-. Jeanne. Ha soñado algo sobre vos. Lamento infinitamente...

Me reí a carcajadas.

-¡No hay por qué! ¡Al fin y al cabo, el ser humano no puede dirigir sus sueños!

Él hizo una mueca.

-¡Quizá! ¡Pero Jeanne posee un particular órgano conductor!

En mí empezó a despertarse algo parecido a una ligera curiosidad.

-¿Podríais revelarme por fin qué es lo que ha soñado?

-Creedme, no es tan fácil. En la mayoría de los sueños de Jeanne parece como si ella, con los brazos sumergidos hasta el codo, agitara el interior de una bañera llena de jarabe, intentando atrapar dos cerezas... Vio un gran puerto marítimo, donde había dos barcos dispuestos a levar anclas. Uno de los barcos, por supuesto, era blanco y el otro negro. En la cubierta de ambos barcos remaba una febril actividad. Por encima de la borda del barco negro... Jeanne de hecho posee una fantasía muy pintoresca... se inclinaban diablos negros y peludos, abrazando a un enjambre de mujeres desnudas que se reían con disimulo, cuyos blancos cuerpos resplandecían con una luz pecaminosa. En el barco blanco, por el contrario, permanecían de pie los miembros del grupo de los «Corderos», vestidos con túnicas blancas que les llegaban hasta el suelo. A la cabeza del grupo había reconocido con toda claridad a la *Marquise* D'Anjou, como a aquella a quien correspondía ese lugar incluso siguiendo las reglas sociales del cielo. Angustiados, también ellos miraban hacia la orilla, asomados por la borda, y desde ambos barcos resonaba la llamada: «¡Louis... Louis de la Tourzel! (para que no hubiera ninguna duda) ¡Louis... aquí... aquí!». En la orilla había un hombre delgado y pálido que llevaba una capa negra y que, desorientado, dudaba entre ambas pasarelas. En ese momento se deslizó a su lado la figura de una mujer que llevaba una capucha de seda azul claro. No pudo reconocer su rostro, pero vio cómo le tomó del brazo y le señaló el barco blanco. Jeanne pudo percibir las palabras que pronunció la figura femenina, como si hubiera estado a su lado: «¿Por qué quieres huir de tu destino?». «¡Ay! -dijo el hombre sorprendido-. Estaba esperando un tercer barco, uno azul, pero si tú, enviada del cielo, crees que...»

Péloc me miró y vio que yo luchaba contra la risa. Estaba relatando aquella pomposa historia con una gracia irresistible.

-Por favor, esperad... se trata de una conmovedora escena y todavía no ha terminado. El hombre alto se dejó conducir como un niño en dirección al barco blanco, desde donde se elevó en ese momento un alegre canto de alabanza hacia el cielo, mientras que desde la cubierta del barco negro brotó una marea de ardientes maldiciones. En cuanto el hombre estuvo a bordo, el barco blanco surcó con rapidez las olas, pero sólo flotó durante un rato sobre la superficie del agua, luego se elevó por el aire y abrió sus alas como un pájaro poderoso. Por su parte, el barco negro empezó a zozobrar, envuelto en llamas y en

humo, y en medio de un tenebroso torbellino se hundió definitivamente, acompañado de llantos, gritos de dolor y crujir de dientes.

-¡Un cuadro digno de un pintor de iglesias con una profunda religiosidad y una bendita sencillez! -asentí con reconocimiento-. Por lo que veo, Lepitre ha informado a fondo a nuestra Jeanne Girard sobre el estado de mi cuerpo y de mi alma.

-Más bien se ha informado acerca de vuestra posición social y de vuestra situación financiera. Jeanne tiene debilidad por la nobleza, en particula-lar cuando ésta va acompañada de una buena reserva de oro. A estos círculos es a los que sirve con verdadero celo, para esa gente es para la que más le gusta soñar, mientras que se sirve del pueblo y de los burgueses como instrumento. A mi modo de ver, alimenta cierta secreta esperanza de conseguir reconducir algún día a alguno de sus distinguidos admiradores desde las regiones abstractas a las cosas tangibles, y de esta manera legalizar, mediante un contrato matrimonial, su papel en las altas esferas, donde hasta ahora sólo ha desempeñado un papel de invitada. En cualquier caso, la gente que la rodea está tan deslumbrada, que tiene muy buenas perspectivas. Cortey, en su estado etéreo, exhala vapores de entusiasmo y lo que más le gustaría sería ganarla para sí, como oráculo doméstico. Ya a primera hora de la mañana se sienta en el borde de su cama para escuchar antes que todos los demás la primera revelación. Y... Jeanne es lo bastante lista para eliminar un día la pequeña distancia que hay entre el borde de la cama y la cama en sí, y guiar ese éxtasis por los canales correctos, cuyo objeto y cuyo detonante al fin y al cabo son los mismos, y conducir por fin al pobre y engañado Josef a la única solución satisfactoria. Ah, sí, había olvidado algo de ese sueño... Cuando el barco blanco salió volando y el negro se hundió, la mujer que llevaba la capa azul claro se quitó la capucha, y Jeanne reconoció en ella a su pupila, la hija de la *Marquise* D'Anjou. Se apresuró a acercarse a la muchacha y la interpeló: «¡Corinna, querida mía!... ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? Ya es muy tarde. Venid, voy a llevaros a casa». Pero Corinna la miró extrañada y sorprendida. «No sé quién sois vos, no os he visto nunca. No me llamo Corinna. Me llamo Marietta».Y después de decir esto se dio la vuelta y se apresuró a alejarse por la orilla.

Cualquiera puede imaginar la súbita mezcla de emoción, alegría, dudas, esperanza y confusión que me invadió. No podía comprender cómo el nombre de aquella mujer, que había sido mi madre y mi liberadora, que de entre todos los seres vivos era la que estaba más próxima a mí y que yo consideraba la solución de mi vida, podía haber ido a parar a aquel entramado de repugnantes intrigas. Jeanne la había visto con su capa de seda azul, envuelta en el puro azul celeste del espíritu, un color que representaba a ELLA... Pero, ¿por qué me había dado una señal precisamente a través de los sueños de esa alma servil y calculadora, enredada en engaños? ¿Hasta qué punto era Jeanne más indicada que mi alma, que estaba llena de añoranza? No entendía prácticamente nada, pero en mi interior empezaron a repicar todas las campanas con sonido jubiloso:

¡Corinna... Marietta...

Marietta... Corinna...!

La *Marquise* D'Anjou recibía los viernes. El *Palais* D'Anjou, construido hacía apenas media década, reproducía el estilo rico y recargado de su época. Era lujoso, compacto y fascinante, y ejercía el mismo efecto que una deslumbrante dama del rococó, de apariencia majestuosa, que bajo todas sus sedas, todas sus joyas y sus pelucas, seguía sin lavarse. En el *Palais* había salas doradas, adornadas con brocados, con pulidos espejos y suelos de parqué de unos veinte metros de longitud, con gobelinos de ensueño, jarrones chinos de la altura de un hombre, delgados como el papel, canapés estrechos, abombados como bizcochos, mesitas de pura plata, sillas, cuyos respaldos semejaban arpas eólicas, caprichosos secreteres, cojines de seda, chimeneas de porcelana pintada y delgados y altos candelabros de plata, aunque en todo él no pudiera hallarse un solo cuarto de baño. Como más tarde me enteré, únicamente Corinna había conseguido, tras ardua lucha, una bañera de asiento, relegada con vergüenza a su vestidor y disimulada por un pesada cubierta como si fuera el objeto más escandaloso del mobiliario de la casa, que en realidad no es digno de mención. Por el contrario, el grácil y decorado bacín no se ocultaba detrás de ninguna cubierta.

Los «Corderos» se reunían en una sala que estaba tapizada de damasco de color crema. Cuando entré, acompañado de Péloc, sólo había allí unos cuantos asistentes, aunque las frágiles sillas, con sus gráciles patas, alineadas unas junto a otras, revelaban que se esperaba a un gran número de invitados. Mientras observaba a los que ya estaban presentes, comprobé que se trataba de un grupo muy

heterogéneo, que respondía perfectamente a mis expectativas. En pequeños grupos, sostenían conversaciones más o menos ruidosas. Su mirada, dirigida a la puerta adornada con amorcillos, adquirió un particular brillo en cuanto me vieron entrar: «la nueva alma». Durante unos pocos segundos se interrumpieron las conversaciones. Todos aquellos interrogantes desconocidos formaron de pronto un corredor, y deslizándose sobre la mullida alfombra vi acercarse a mí la figura extasiada de Lepitre, con las manos enlazadas a la altura del pecho, como un fraile, la barbilla alzada, la cabeza piadosamente ladeada. Detrás de él avanzaba, siempre dispuesta a la lucha y dando traspiés, Rosalie, en sus harapos divinos. Pensé en huir, pero ya era demasiado tarde.

-¡Amado hermano!... ¡Por fin... por fin!

Sólo me sentí en parte compensado de tener que oír esa voz estridente, pegajosa y dulzona, por el hecho de que Lepitre tropezó con el borde de la alfombra y tuvo que separar sus manos entrelazadas para conservar el equilibrio, lo que hizo que la máscara de devoción cayera de su rostro. Durante un breve momento resultó muy humano en su ira y con su rostro rojo como un cangrejo, hasta que pudo reunir de nuevo los perdidos instrumentos de su dignidad. De alguna manera conseguí superar su saludo, sus preguntas y sus palabras introductorias, que caían desbordantes sobre mí ante aquella tropa reunida, mientras tenía la sensación de ser un asado de conejo que se sirve cubierto con una espesa salsa. Fui ensalzado, me puso por las nubes, me atribuyó sorprendentes intenciones con respecto al movimiento de los «Corderos» en el futuro, y después de que me hubiera transmitido el saludo de Dios y su invitación al cielo, pude por fin refugiarme en el hueco de una ventana con Péloc, quien de forma desvergonzada parecía divertirse a mi costa.

-Yo en vuestro lugar más bien me avergonzaría -le susurré-, ya que como resultado de esta mala pasada, sin duda iréis a parar al infierno.

-Es posible. Pero la visión de vuestro rostro durante el interminable dicurso del pobre y buen Lepitre es algo por lo que valdrá la pena quemarse un poco allí abajo.

-¿Dónde están la señora de la casa, la visionaria Jeanne y *Mademoíselle* Corinna?

-Aparecerán más tarde, cuando todos estén reunidos. Es decir, Corinna no participa en absoluto de estos encuentros. Jeanne y la *Marquise* dicen para disculparla que todavía es una niña, pero por lo que yo sé, encuentra aburridas estas reuniones y se dedica a cavilar sobre diversiones muy diferentes.

Yo estaba decepcionado. Había esperado ver de inmediato a Corinna, hablar con ella y... esta breve observación no sólo me robó la esperanza, sino que hizo más profunda todavía la confusión en la que me encontraba. Lo que Péloc me dejaba intuir sobre la pequeña Corinna no encajaba en absoluto con la imagen que yo alimentaba en mi interior de una anterior, dulce y pura Marietta... ¡Daba igual! Debía descubrir qué era lo que se ocultaba tras aquella enigmática pesadilla que me había atraído hasta allí.

-Pero yo quiero conocer a Corinna... ¡por eso he venido! -dije de pronto.

En los ojos de Péloc brilló la sorpresa, que, sin embargo, de inmediato derivó a una discusión neutral.

-Faltaría más... no hay nada que lo impida... Estos debates tienen siempre un punto de ebullición, durante el cual se puede desaparecer de la sala sin que nadie se dé cuenta; es más, llegado ese punto, es incluso aconsejable emprender la huida. Corinna se alegra cuando la visito, y os recibirá gustosa también a vos si vais conmigo...

Bajo su mirada escrutadora tuve que echarme a reír.

-No, mi querido Péloc. ¡No soy ni un libertino que camina entre los lirios, ni un bobo sentimental! Corinna sólo me interesa debido al sueño de Jeanne. De hecho, Jeanne ha sacado para mí las dos cerezas de la bañera de jarabe. Este sueño contiene dos momentos que despiertan mi curiosidad por la mujer de la capa azul, por esa figura en la que Jeanne reconoció a Corinna.

Malhumorado, Péloc rezongó para sí.

-Esta Jeanne sabe cómo confundirme siempre. En cuanto he llegado a la conclusión de que es una estafadora, produce algún fenómeno incomprensible para hundirme de nuevo hasta el cuello en su pantano de embustes...

Un hombre alto, de aspecto ascético, con una melena blanca revuelta y ondeante que le llegaba a los hombros, cruzó en ese momento el umbral de la puerta.

-Prestad atención -murmuró Péloc-. Éste es uno de los profetas oponentes, Frédéric Boisson, el pintor. Lepitre y Rosalie lo califican de espía del Anticristo y hacen todo cuanto está en sus manos para eliminarlo de la sociedad de los «Corderos», pero Boisson tiene un círculo bastante grande de seguidores. Puede hablar mucho mejor que Lepitre, y vive solo, en una pobreza inimaginable,

grandiosa y puritana. Puesto que como artista está muy dotado, sabe mucho mejor cómo transmitir al hombre su idea fija. La *Mar-quise* DAnjou y Jeanne lo aprecian, de manera que no pueden hacer nada contra él.

-Y Lepitre ¿por qué lo odia tanto?

Observé a Boisson, con su rostro consumido y su baja frente, que se unía ahora a un grupo más grande. En seguida se vio rodeado por sus seguidores.

-Boisson escribe libros sobre la creación, el Apocalipsis de Juan, el fin del mundo, y trata esos temas con comentarios bastante arbitrarios, diame-tralmente opuestos a las explicaciones disparatadas, también arbitrarias, de Lepitre. A estas alturas ya puedo deciros que ambos se dedican a provocar escenas dignas de ser vistas. En el fondo viven el uno para el otro, como las grandes parejas de enamorados. Estudian el uno para el otro, trabajan, escriben y hablan el uno para el otro, temblando a la esperanza del violento placer de la réplica.

Entraron nuevos grupos.

-Ahí viene Georges Duflin seguido de su rebaño -continuó Péloc con su informe-. Niegan la Inmaculada Concepción, y Lepitre alimenta una ira ofendida contra ellos, como si propagaran rumores sucios sobre sus propias virtudes. Por cierto, esto último también es cierto.

En ese instante entró en la sala, anadeando, un hombre bajo y corpulento, con nuca de toro y pies planos. Era rubio, casi albino. De gruesa nariz, sonrisa untuosa y rostro rojizo cruzado de venillas, destacaba por su viveza campesina de entre los muchos rostros pálidos y enfermizos que había en la sala. Más tarde me enteré de que podía ponerse furioso con facilidad. Hablaba en susurros y con servilismo, y se frotaba sin parar las manos, como el comerciante después de un trato ventajoso. Detrás de él venía, jadeando, su enorme esposa, que parecía una ballena y que le había dado diez hijos. El sí debía saber de qué iba lo de la Inmaculada Concepción. Les acompañaban dos muchachas altas y corpulentas que, asustadas y torpes, empujaban ante sí sus pies gigantescos y sus manos grandes como azadones que oscilaban en el extremo de unos brazos demasiado largos. Duflin era un acaudalado orfebre, un ciudadano de la época de Luis XV, cuya estrella empezaba a alzarse en el cielo. Había asistido a una universidad, protegía artistas, compraba libros, se dedicaba a los negocios y a la industria, y había reunido una considerable fortuna por medio de transacciones financieras. Era aquel «burgués gentilhombre» del que Moliere, en el personaje de *Monsieur* Jour-dan, había dibujado una caricatura de humor mortal. Según la opinión de Péloc, había sido la insaciable nostalgia de la aristrocracia la que le había empujado al salón de la *Marquise* D'Anjou, donde su vanidad enfermiza y sabelotodo encontraba el terreno abonado para florecer y crecer en el rico y bien abonado humus de los «Corderos». Había descubierto en sí mismo a un predicador, más instruido que los demás, al sutilizador innato, al *gourmet* de las fiorituras y las palabras fútiles. Los brotes de su limitado espíritu se abrían en una excitada alegría primaveral, junto con aquel jactancioso e ilimitado convencimiento de que estaba llamado a dar lecciones al mundo. Su temperamento belicoso reaccionaba ante las opiniones contrarias con la violencia de un perro joven en una pelea. El cielo era para él una inversión prioritaria, de cuyos intereses quería disfrutar mientras estuviera todavía en la Tierra. No cabía imaginar nada más contradictorio que Duflin y Lepitre con su Rosalie. De ahí que lucharan uno contra otro también como correspondía a cada cual: Duflin con una ira rojo púrpura, a menudo con una destructiva ironía, y Lepitre, mientras cambiaba de color con rapidez, con una voz estridente y femenina, bañado en un sudor que invadía el ambiente de manera penetrante. En esas ocasiones, Boisson, complaciéndose en la desgracia ajena, se retiraba con una superioridad neutral, para al momento siguiente, tan pronto como cualquier palabra le escocía, convertirse él mismo en una espada llameante, gesticulante y fuera de sí.

Un hombre con rostro de zíngaro, ojos saltones y piel aceitosa entró por la puerta. Por encima de sus abultados y enormes labios, de un rojo azulado, se veía la sombra de un denso bigote. En la barbilla y en la frente florecían feos granos purulentos. Poseía unas manos rojizas con hoyuelos, de dedos alargados, y unos pies que llamaban la atención por lo pequeños que eran.

-Martin Aliáis -dijo Péloc-. Su madre era española. Una existencia bastante dudosa. Ha llegado hace poco a París. Supuestamente es médico. Se dice que quería ser sacerdote, pero que antes de su ordenación tuvo que abandonar la Iglesia a causa de un delito sexual que apenas pudo disimularse. Sin duda es un instruido teólogo. Su diploma de médico todavía no lo ha visto nadie. Vive en un dudoso celibato del que hace ostentación, aunque constantemente está rodeado de mujeres, de cuya compasión e interés se aprovecha contándoles historias conmovedoras, según las cuales sufre del corazón, sus días están contados, y sabe mirar a la muerte a los ojos con una preponderante impasibilidad. Además es

con toda probabilidad la única mente consciente, solapadamente inteligente y astuto, de todo este grupo. Lo más seguro es que sea un charlatán, que tenga el salón de la *Marquise* D'Anjou como su libre coto de caza. Posee un gran número de seguidores, a los que atiende tanto en el aspecto físico como espiritual, pero a los que en realidad sólo toma el pelo, y lleva una vida magnífica gracias a sus donaciones.

Los ademanes de Aliáis recordaban con viveza a los de un sacerdote.

-¿Por qué nadie lo desenmascara? -pregunté.

-Por diferentes motivos. Para empezar, yo también soy médico y se podría creer que me empuja a actuar así la envidia. En segundo lugar, conozco muy bien a esta gente. Los argumentos lógicos les dejan indiferentes, como la flecha que choca contra un muro de piedra. Sólo ven lo que quieren ver, y se fían más de sus sentimientos que de sus ojos. Por lo tanto, de acuerdo con sus sentimientos, Aliáis es alguien especial, un hombre que sabe hablar de forma maravillosa, que cura de una manera original, tal y como se espera de él. Todos ellos viven en el pantano informe y sin fondo de la sensualidad, se hunden cada vez a mayor profundidad, ebrios de placer, en los gases sulfurosos y borboteantes y rechazan ofendidos la mano que se les alarga para salvarlos. A lo largo de mi prolongada vida, llena de extrañas experiencias, he aprendido que hay que dejar a las personas vivir a su manera. Es un intento inútil y erróneo querer sacarlos de esos círculos donde tienen que ir acumulando sus propias experiencias, porque de lo contrario, buscarán en otro lugar la misma situación. Sé que para ello hay que tener mucho autodominio y saber observar de brazos cruzados cómo alguien deliberadamente, y a pesar de todas las advertencias que se le han hecho, corre hacia su perdición... pero con el tiempo uno se acostumbra.

Los grupos se iban formando. Me llamó la atención la expresión de los rostros, exaltados y ausentes, y la actitud de aquellas mujeres y hombres que se reunían alrededor de Lepitre. Todos mostraban casi una misma actitud, que los convertía en hermanos gemelos. También sus ropas oscuras, sombrías y descuidadas eran parecidas, como el uniforme de una orden religiosa desconocida. Los observé mientras hablaban y cuchicheaban entre ellos, mientras apretujaban sus cuerpos cada vez más. Sus manos se encontraban, sus ojos y sus labios tenían un brillo húmedo, e intercambiaban miradas como adolescentes en plena pubertad ante el placer secreto.

El grupo de Boisson, que también era muy numeroso, ofrecía una visión más pintoresca, más grotesca. Había viejas damas vestidas con elegante sencillez, en cuyos rostros las lágrimas derramadas en su aflicción por sus muertos habían dejado profundas huellas; jóvenes aprendices de artistas, de pelo largo, vestidos con excentricidad, con las huellas de sus excesos bajo inocentes ojos de niño, envueltos en telas ondulantes, de gesto rudo y figura de escultura, que a ojos vista, desnudos como Dios los creó, se habían convertido ante el puritano pintor; muchachas dulces, jóvenes e ingenuas, acompañadas de sus estrictas madres; un tipo raro, calzado con sandalias y con una barba de Cristo, también constante modelo de Boisson, para el que ese papel se había ido convirtiendo poco a poco en una idea fija; una mujer mayor que tan pronto lloriqueaba como soltaba risitas; un escultor enajenado y medio muerto de hambre, con la cabeza temblorosa, que durante toda su vida había trabajado en una única escultura, que nunca había mostrado a nadie.

En el círculo de Duflin, por el contrario, los tipos que marcaban la pauta eran muy diferentes; de esa clase de personas satisfechas, siempre dispuestas a transigir en asuntos tanto del cuerpo como del alma, que se arrellenaban con untuoso resuello en la galería y que observaban la competición entre los ascéticos con la agradable convicción de que ellos mismos participaban en ella como los dueños de los caballos en las carreras hípicas, convencidos también de que, en lo que respecta al resultado palpable, en realidad serían los primeros en cruzar la meta, porque el gran premio del cielo les sería otorgado a ellos por la gracia divina. Gruesas mujeres burguesas con el cerebro de una gallina, que habían conseguido dar el salto, vestidas con chillones trajes de colores, parodia de los vestidos de las damas nobles, soltando risitas, sudando la grasa de sus contundentes comidas por sus poros tapados con polvo de arroz, rodeaban al triunfante Duflin. *Madame* Duflin era como una imponente montaña de carne anclada a su lado. Su rostro, que ostentaba una sonrisa vacía e inamovible, recordaba el de una vaca rumiando. Los hombres del grupo de Duflin se le parecían, o por lo menos se esforzaban en parecérsele. En parte procedían del asustado y sumiso rebaño de sus compañeros de oficio, que se encogían en presencia de su maestro, impresionados por aquel deslumbrante y confortable entorno. Las dos hijas de Duflin, que tenían el aspecto de dos hipopótamos entristecidos, se habían instalado cómodamente en un frágil canapé con respaldo, lo que hacía gemir bajo su peso a aquel mueble digno de

compasión, mientras su turbación crecía hasta convertirse en éxtasis. Yo tenía la sensación de que de pronto se caerían rodando, y debo reconocer que esa tensa y maligna expectación me hacía esperar que eso sucediera, a pesar de que, debido a su imponente estado corporal y anímico y a su penosa pubertad, las compadecía.

Continuamente entraban nuevos invitados. El ambiente estaba lleno del confusionismo de las voces, del arrastrar de sillas, de las toses y sonar de narices, y de todos esos ruidos colectivos de las multitudes que algo tienen de embriagador en sí mismo. Entre los recién llegados me llamó la atención un hombre sombrío y barbudo, de rostro delgado. Con aquella tosca túnica marrón de dril y las sandalias atadas con cuerdas que llevaba, daba la impresión de ser un penitente indio. Por Péloc me enteré de que poseía un taller de sastre junto al Pont Saint-Michel y que se llamaba Charles Banet; también era un líder entre los «Corderos». Hacía ayunar a sus discípulos y les administraba una dieta exenta por completo de sal y de carne, ya que la sal es la esencia del diablo. Tan pronto como la sal es eliminada del organismo, el alma se ve liberada de sus pecados y se convierte de nuevo en ángel. Su polo opuesto en el grupo era más Duflin que Lepitre. El círculo de Banet tildaba con sarcasmo al círculo de Duflin de ser un grupo de devoradores de carroña, Pilatos y fariseos, y éstos a su vez acusaban a Banet de atiborrarse a escondidas de embutido de pimienta, de meter mano a las mujeres bajo la falda en las callejas oscuras y de emborracharse a menudo.

Debido a todas aquellas impresiones y a todas aquellas fuerzas y emociones que se estrellaban entre sí y caían en torrente sobre mí, la cabeza me daba vueltas, ya que no estaba acostumbrado a abrirme paso en la atmósfera confusa, hostil y agresiva que se extiende alrededor de una multitud de esas características.

Por fin se abrieron los batientes de la puerta de la sala por donde todavía no había entrado nadie. Una dama alta, de hombros anchos y pecho considerable, vestida de oscuro, apareció en el umbral de la puerta, apoyada en el brazo de una mujer baja y corpulenta, de rostro plano y tosco: la *Mar-quise* D'Anjou y su oráculo *en vogue,* Jeanne Girard. Al lado de Jeanne iba, inclinado sobre ella celoso y protector, un hombre de unos cincuenta años, alto y huesudo, que llevaba la peluca torcida y ponía una cara como si estuviera conmovido hasta las lágrimas por un ser invisible, balbuceando y afilando los labios. Sólo podía ser Cortey, el cordero hipnotizado de Jeanne, el consejero que exhalaba vapores de embeleso. Se decía que los sueños de Jeanne incluso lo habían curado de una fea enfermedad. Péloc me susurró que Cortey estaba escribiendo un libro sobre la nueva Pitia y que quería publicar esta obra, corriendo él con todos los gastos.

La *Marquise* D'Anjou seguía siendo una mujer hermosa, cuidada, de cutis trigueño, con un delicado rostro en forma de corazón, unos labios algo gruesos, sensibles y sensuales, unos ojos de corza grandes de color café y una voz ampulosa, descolorida. Podía percibirse en ella su mansedumbre, su quebranto, su maleabilidad, toda la indefensión de esos seres que se ofrecen a cualquier personalidad fuerte: «¡Ven, debes venir, actuar y decidir en mi lugar!». El carácter ambicioso de Jeanne Girard había comprendido esta invitación.

Los «Corderos» rodearon a las damas de la casa con respeto y pegajosa adulación, pero este cortejo era válido tanto para la favorita como para la *Marquise.* Cortey trataba de mantener a la multitud alejada de Jeanne, movido por los celos, como un niño enojado y mezquino. La defendía con tozudez, para que nadie se acercara a ella, para evitar que la sensible alma de Jeanne se viera agobiada por malas radiaciones y que su valiosa fuerza se derrochara por culpa de intensos deseos ajenos. A menudo parecía un chiflado, lunático e insoportable, pero al mismo tiempo resultaba también conmovedor y desconsolador en la veneración que prodigaba a un objeto indigno.

Fue Lepitre quien llamó la atención de la *Marquise* sobre mí. El grupo se dividió y el camino hasta ella quedó libre. Me incliné sobre su mano. De cerca, pude percibir en su rostro las huellas de una vida solitaria. Con una sonrisa amable y maternal recibió mis corteses palabras. Me invitó a ser huésped habitual de sus reuniones. Detrás de su mirada se encontraba el velo de la inseguridad de esas mujeres que viven en el mundo de su fantasía y vagan perdidas en sus recuerdos. En muchas ocasiones percibía la realidad de forma súbita, como alguien que despierta de un sueño.

Jeanne se aprestaba, febril e impaciente, para el momento en que por fin podría incautarse de mí, y a pesar de lo mucho que me repugnaban su aspecto externo y la irradiación de su personalidad, yo también esperaba inquieto la conversación que quería mantener con ella. Se derritió literalmente cuando también le besé a ella la mano, como si fuera una dama del más elevado rango. No pudo ocultar su intenso sonrojo, su risa nerviosa y ordinaria, una especie de inútil graznido reflejo. Pero

luego, su desvergonzada decisión y la rutina se impusieron. Con la barbilla alzada, se puso a observar mi rostro con fijeza, luego adoptó una expresión de superioridad que no toleraba réplica alguna, y anunció, levantando la voz:

-Sí... sí. Lo he visto. ¡Es él! ¡Louis de la Tourzel!

Sus palabras desencadenaron un murmullo general. Los ojos de Cortey se nublaron, luego empezaron a brillar con desconfianza. Yo registré, desconcertado y con aversión, cómo dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Los ojos zorrunos, pequeños y astutos de Jeanne así como los de todos los asistentes a aquella reunión esperaban la confesión de mi más servil conversión. Me di cuenta de que si la evitaba o si intentaba hacerlo siguiendo el dorado camino intermedio de una diplomática serenidad, toda aquella expectación se convertiría en ira y que quizá Cortey me haría saltar un par de dientes de un golpe. Cuando se está entre fanáticos, toda precaución es poca. Tampoco puede hacerse responsable al dulce Cristo del hecho de que durante los Concilios fueran aplastados algunos cráneos por la fuerza de la Palabra. Sostuve el hueso en la mano y lo arrojé a aquella horda hambrienta para que lo devoraran, inclinándome de nuevo, con toda solemnidad, ante Jeanne.

-Confieso, *Mademoiselle*, que vuestro sueño me ha conmovido profundamente y ha introducido en mi vida un gran cambio. Espero que si la *Mar-quise* DAnjou se digna honrar mi modesta casa con su visita, me permitáis daros a vos también la bienvenida.

Su respuesta fue vehemente, rápida y vulgar.

-¡Desde luego! ¡Iremos sin falta, *Monsieur* de la Tourzel! Hemos oído hablar mucho de vuestra extraordinaria casa, de vuestra biblioteca, de vuestro criado... Ja, ja, ja...

Era significativo que sin siquiera consultarlo con ella, actuara en nombre de la *Marquise*, quien con su actitud pasiva, ratificaba cada una de sus palabras.

Las dos mujeres siguieron caminando bajo la protección de Cortey y tomaron asiento en un estrado, donde Lepitre ya las estaba esperando. Frente a él, en primera fila, resplandecía el rostro enrojecido y arrugado de Rosalie. Por debajo de sus pupilas se habían acumulado ya las lágrimas, dispuestas a caer de sus ojos. También en esta ocasión, su rostro era el espejo del de Lepitre. Su ídolo, con la cabeza levantada, las cejas arqueadas y los ojos entornados miraba a los reunidos, quienes, arrastrando las sillas y parloteando, fueron tomando asiento. El doctor Péloc y yo nos sentamos cerca de la puerta. Junto a Rosalie, los andrajosos y sucios lepitristas con su entusiasta sonrisa. Las dos hileras siguientes fueron ocupadas por Fré-déric Boisson y su pintoresco rebaño. Boisson y sus discípulos juntaban las cabezas sonriendo ya de entrada, con reservas. En respuesta a una observación a media voz, Rosalie volvió de pronto la cabeza y con un enojado rostro de buitre dejó oír un contundente «¡Pst!». Sin embargo, cuando volvió a mirar hacia delante, su rostro estaba de nuevo rodeado por una aureola. Detrás de los Boissones estaban los Duflines. Las pequeñas y gráciles sillas gemían desesperadas bajo sus cuerpos, que se derramaban por ambos lados. En la siguiente hilera se hallaba Martin Aliáis, rodeado de un denso corro de mujeres. Todas se inclinaban hacia él y escuchaban las palabras que salían de sus gruesos labios azulados. Charles Banet no se había sentado en una silla sino en el suelo, y sus discípulos siguieron su ejemplo. Allí estaban ahora todos sentados muy incómodos con rostros sombríos, orgullosos y ridículos.

Por fin, Lepitre hizo sonar una campana de plata. Después de esta señal, toda la comunidad se levantó de pronto y reinó un silencio absoluto. Lepitre colocó con cuidado la campana ante él, sobre la mesa, y apoyó las puntas de los dedos ligeramente unas contra otras.

-¡Alabad al Señor! -dijo sin levantar la voz, en un tono grave y ahogado, luego alargó el cuello y lo torció como un gallo dispuesto a gritar, y empezó a graznar en un falsete sorprendente, agudo y solitario:

¡Padre de la Trinidad,
nuestro querido Padre,
glorioso, poderoso, irascible Señor,
aleluya!

La comunidad se unió a aquella voz solitaria y entonces estalló en un aleluya tan horripilante y amenazador que sentí miedo y angustia. Sonaba como un grito de guerra. Después, a la primera le siguieron todavía unas diez estrofas con un texto engatusador y empalagoso, verdaderamente sediento

de sangre cuando se refería a los pecadores. Durante ese rato, todos aquellos que llenaban la sala se fundieron en una sólida unidad empapada de una absoluta devoción. Yo observaba sus rostros absortos, dichosos, radiantes, en los que podía leerse una encendida ingenuidad, conmovedora en su simplicidad. ¿Era posible que estas gentes se pelearan entre sí y se calumniaran unos a otros? Durante el cántico que bullía de pasión celestial, apenas podía imaginarme algo semejante, y lo que siguió a continuación, superó también todas mis expectativas.

Lepitre empezó el sermón con la introducción acostumbrada de la semana, por la cual me enteré de que «el Señor los había conducido a todos ellos a este acogedor y bendito establo hacía cuatro años». Lancé una mirada furtiva a la *Marquise* D'Anjou, para saber qué pensaba ella de este «establo», pero la señora sonreía beatífica. En sus ojos podía percibirse que en realidad no estaba presente y que se encontraba, en una misteriosa unión, con su amado fallecido. Este amable idilio, sobre el que la voz contenida, ronca y baja de Lepitre flotaba como una gris niebla de ensueño, cambió de pronto para transformarse inesperadamente y de forma horrible en un aquelarre de gritos iracundos, cosa que yo hasta ese momento sólo había experimentado en el mundo astral. Supongo que yo por mi parte me había ido adormilan-do, de manera que me costó un poco enterarme de qué era lo que los había alterado tanto. Sentí que el pánico se apoderaba de mí y me levanté para huir, pero mi mirada cayó sobre Péloc, que con una tranquilidad inquebrantable seguía sonriendo para sí mismo. Me guiñó un ojo y me volví a sentar.

-¿Qué ha pasado? -chillé, porque de lo contrario, en medio de aquel griterío, golpeteo y pataleo general apenas habría podido entenderme.

-Nada de particular -articuló él-. Lepitre hablaba de que el Espíritu Santo le ha manifestado a través de Rosalie las siete verdades de la santidad. Duflin le ha interrumpido diciendo que no le extrañaría que dentro de nada les saliera diciendo que Rosalie no es otra que el profeta Isaías en persona. Esto ha hecho que Boisson a su vez se sintiera muy ofendido, porque en su círculo más íntimo se rumorea desde hace algún tiempo que su maestro es una reencarnación del profeta y...

Me cogí la cabeza.

Por encima de los rostros alterados y vociferantes apareció la greñuda cabeza de gorgona de Rosalie. Movía los labios, pero no se podía oír nada de lo que decía. De pronto desapareció, como si la hubieran arrastrado a las profundidades. Lepitre gritó con los brazos abiertos y el rostro enrojecido como un cangrejo, luego cogió la campana y empezó a hacerla sonar, pero con ello el estruendo no hizo más que aumentar. La profunda voz de bajo de Boisson taladró aquel espeso mar de ruidos:

-¡Lo habéis visto y no lo habéis reconocido! ¡Pobres de vosotros, hipócritas fariseos!

-¡¿A quién?!

-¡¿A quién se supone que hemos visto?!

-¡¿A quién no hemos reconocido?!

La delgada figura de Boisson se levantó, con el rostro contraído por una enloquecida arrogancia y un salvaje entusiasmo:

-¡A Isaías! -rugió.

Por un instante se hizo el silencio, luego pudo oírse la voz de Rosalie, a la que se veía hacer grandes esfuerzos para controlarse:

-¡Bueno... esto... esto... es inaudito!

Del grupo de Duflin se levantó un coro de sucias carcajadas.

-Ha llegado vuestra hora, me dijo el Señor. Arrepentios, porque las trompetas del Juicio Final resuenan, las puertas del cielo y del infierno se están abriendo...

-Pero bueno... ¡Callaos! ¡Callaos!

El grupo de Banet golpeaba el suelo con los pies. Más tarde me enteré de que Banet era partidario de Juan el Bautista y que se sentía celoso de todos los demás profetas.

-¡Anticristo! ¡Que muera! ¡Expulsad al lobo de entre las ovejas! ¡No debemos tolerar la presencia de la mala hierba!

Una mujer vieja y pálida, vestida de oscuro, suplicaba horrorizada con la mano bien alzada:

-¡Paz, hermanos míos! ¡No va a luchar un cordero contra otro!

-¡También el Señor expulsó del templo a los usureros con el látigo! -rugió Duflin.

Péloc se inclinó hacia mí.

-¡Es sorprendente con qué rapidez recurren a esta comparación los que se inclinan por la violencia! -me dijo mientras me hacía un signo de asentimiento con la cabeza. Comprendí. Nos levantamos y nos escabullimos por la puerta.

6

El Eros negro

El estruendo nos siguió un buen trecho por los amplios y laberínticos pasillos de espejos, pero poco a poco se fue reduciendo, y cuando entramos en el pequeño salón verde manzana apenas se oía como un enjambre de abejas asustadas.

El sol ya había desaparecido. Un crepúsculo gris plateado, teñido del resplandor rosado del recuerdo, se asomaba al interior del salón por el gran ventanal, ante el cual, en el cuidado parque, se aburrían los árboles recortados para darles una forma redondeada, pero todavía con la desnudez del invierno.

Corinna estaba sentada, con las rodillas encogidas, sobre el sofá de respaldo curvado, con un bloc de dibujo y un carboncillo en la mano. El pequeño Christian yacía boca abajo sobre la alfombra y contemplaba los dibujos de colores de un enorme libro.

El gobelino que colgaba por encima del asiento de Corinna representaba a la delgada cazadora Diana, acompañada de su séquito. Cuando entramos, los dos niños levantaron la mirada con regocijo, y la reserva temerosa propia de las personas jóvenes sólo brilló en sus ojos después, cuando descubrieron mi presencia detrás de Péloc.

Me resulta difícil evocar aquel momento en que vi a Corinna por primera vez. Esta expresión tampoco se corresponde con la verdad. Cada uno de sus rasgos, las angulosas e inquietantes curvas de su menudo cuerpo de adolescente, la torpe pero provocativa y perversa gracia de sus movimientos actuaron sobre mí con la conmoción del conocimiento, como si una inmensa aunque inconsciente sensación de carencia hubiera hallado por fin su razón de ser. Hasta entonces, durante todos mis viajes al infierno, vividos de forma consciente, el amor no había significado mucho para mí. El episodio con Charlotte Brüggendorf, que sin satisfacción alguna acabó causándome repugnancia, me había convencido por completo de la necesidad de mantenerme alejado de los lazos astrales de la sensualidad. Siempre había sido un lobo solitario, exiliado, solo y sin compañeros, un ser que vagaba como un alma en pena, sumido en su trascendente ambición y más tarde en su pecaminoso secreto. Mi afanosa carrera por conseguir el elixir y más adelante mis fracasados intentos de encontrar una escapatoria habían gastado y consumido mis fuerzas, que no me alcanzaban para el juego amoroso con las mujeres. Este campo dormía latente en mí. Ese enajenado auto-sacrificio que lleva a entregarse por completo a otro ser me era desconocido, así como los celos torturadores, la sumisión llena de autodesprecio, el servilismo, la pasión, que se asemeja al odio, el desgarramiento propio del otro, desequilibrado y parecido a la ira, la lucha desesperada por la unión con un ser, que aún siendo horrendo y distinto de forma incomprensible, es sin embargo irreemplazable y de una importancia vital. No conocía el rostro con millones de facetas de la ternura, los fuegos de artificio del anhelo narcótico, que protege a las personas de un modo febril y estremecedor o que las desgarra con un dolor insoportable. Todo esto yo no lo había experimentado hasta que por fin encontré a Corinna, instrumento funesto, bello, inconscientemente hermoso, irresponsable, engañoso, corrompido e ingenuo del tenebroso Eros.

Cuando se incorporó sobre el canapé y me sonrió con timidez, pero en cierto modo también con picardía, barrió mi interior una tormenta de violenta conmoción. Me sentí como un joven necio, aunque ella todavía estaba bastante poco desarrollada y parecía un encantador muchacho malayo de miembros alargados, caderas estrechas, hombros anchos y una aterciopelada piel tostada. El oscuro y abundante cabello, atado con una cinta verde, rodeaba en gruesos y brillantes rizos su delgada cara, que poseía un extraño atractivo. Bajo las finas y arqueadas cejas orientales brillaban un par de ojos de corte oblicuo, verdosos y brillantes bajo la sedosa sombra de las pestañas. Su expresión era de una indecible ternura, de un dulce resplandor, reclamando placer, y actuaba sobre aquél sobre quien caía su mirada como un contacto que estremecía. Los pómulos sobresalían un poco, su nariz era corta, pero se alzaba con

atrevimiento y estaba cincelada como una joya. Su boca llena y roja se torcía un poco hacia abajo cuando miraba con seriedad y otorgaba a su rostro una expresión entre dolorosa y dulce. Cuando se reía, resplandecían sus dientes de animal de presa, blancos como la nieve, afilados, y su expresión se transfiguraba, se volvía burlona y provocativamente desvergonzada. Entre esta salvaje risa de Perdita y la conmovedora máscara trágica con las comisuras de los labios hacia abajo, disponía también de una sonrisa infantil dulce y atractiva, cuando las sombras aniñadas de sus hoyuelos se deslizaban sobre su rostro... Y Corinna tenía aún un gran número de rostros diferentes, tantos como la misma y seductora Naturaleza que empuja a todas las criaturas a emparejarse. ¡Y qué hambrienta estaba, qué desesperadamente hambrienta de amor, de innumerables e inagotables abrazos y de todos aquellos pequeños juegos que esto comporta! ¡Qué espantosa capacidad para aprender y qué riqueza de ideas tenía, inconsciente y sin asustarse ante nada! No conocía ni barreras ni límites, y ni la menor sombra de un sentimiento de culpa cayó nunca sobre su alma. Jugaba y disfrutaba. A ella le daba lo mismo en quién encendía la llama del fuego y qué encendida pasión, qué aflicciones, qué desgracia provocaba. En esta insensibilidad sensual, en su risa despreocupada y provocativa que acallaba cualquier caos, había algo horripilante, que ya no era humano. Así son las ninfas, que se ríen con disimulo en los sensuales bosques fantásticos del nivel astral, los demonios susurrantes de las ninfómanas terrenales, que arrojan suciedad sobre la delicada y blanca figura de la madre Isis y sobre sus discípulas terrenales, las mujeres luchadoras y fieles, aquella madre eterna y nodriza de los hombres, de quienes son compañeras y con quienes comparten todo sufrimiento. Son ellas las que ayudan al lascivo a alcanzar su ruidoso triunfo, ya que son dueñas de una llave terrible y no están sometidas o comprometidas a ninguna ética, a ninguna compasión, a ningún escrúpulo. Están sola y exclusivamente al servicio del placer impersonal, pero nunca del ser humano. Sin embargo, ellas son, sin quererlo y sin proponérselo, sus maestras, en todo aquello que ocasiona el mayor placer y el infinito sufrimiento. Así que Corinna se convirtió en mi maestra.

Durante un tiempo ni siquiera registré la existencia de Christian. Desde el momento en que conocí a Corinna, las cosas y las personas que la rodeaban sólo constituyeron un nebuloso torbellino de sombras irrelevantes durante largos meses, hasta que las brutales y profundas emociones me devolvieron la facultad plástica de ver. Más adelante me fijé en Christian, un muchacho precoz con rostro sombrío, y pensé que su madre debió llevarlo en su seno cuando recibió el terrible golpe que supuso para ella la pérdida de su esposo.

Todavía buscaba con rapidez las palabras en mi mente, aterradora-mente vacía, cuando en Corinna la alegre excitación causada por la aparición del hombre ya había borrado la primera reacción de timidez. Más adelante me confesó que se había enamorado de mí al instante, y en aquel entonces me sentí extasiado, lleno de un estúpido y fatuo entusiasmo. Todavía no sabía con qué perfección y sinceridad podía ella sentir ese anhelo, aunque sólo durante un breve espacio de tiempo y siempre ante alguien diferente. Cuando reflexiono sobre sus posteriores aventuras, debo reconocer que permaneció conmigo durante un tiempo sorprendentemente largo, y que incluso después de sus diferentes pasos en falso una y otra vez volvía a mí. Yo significaba para ella más que aquellos hombres a los que en general arruinaba, pero, por supuesto, esto no me proporcionaba ningún consuelo.

Fue Corinna la que se dirigió a mí primero, con un encanto tímido aunque curioso y estimulante.

-Vos sois *Monsieur* de la Tourzel, ¿no es cierto?

Mudo, hice una reverencia y tomé la delgada y delicada mano que me alargaba. Corinna se rió.

-¡A la pobre Jeanne le ha costado mucho trabajo haceros aparecer por aquí! La descripción de su sueño encaja con toda exactitud con vos: «un hombre alto, joven y pálido, de rasgos románticos»... -Su voz sonaba burlona e incitante.

-*Mademoiselle* quiere adularme, diciéndome que ya se ha mencionado aquí mi insignificante persona.

Corinna me guiñó un ojo como una conspiradora.

-¡Sentía una enorme curiosidad por conoceros! -exclamó con un atolondramiento infantil.

El corazón me latía tan deprisa que casi me fallaba la voz.

-¿Por qué?

-El doctor Péloc nos ha contado maravillas de vos...

-*Pardon,* siempre fue la propia *Mademoiselle* quien me animó a hacerlo -interrumpió Péloc confuso, pero yo habría podido abrazarlo por haber despertado el interés de Corinna por mí.

Corinna inclinó la cabeza hacia un lado y levantó la vista hacia mí con la calculada intención de gustarme.

-Verdad que vais a enseñarme esa hermosa casa antigua, vuestros libros, vuestro criado y todo -dijo con voz cantarina y suplicante. El arco de su cuerpo se inclinó hacia mí como el de un gato zalamero. Le aseguré tartamudeando que toda mi casa estaba a su disposición y que me sentiría afortunado si me visitaba acompañada de su madre y de Jeanne. Cuando alargué la mano hacia el dibujo que estaba haciendo en el momento en que entramos, ocultó la hoja detrás de su espalda.

-No... mejor que no... es muy chapucero, y además... -Pero entonces sacó de pronto el dibujo y me lo mostró. Era el dibujo infantil de una mujer desnuda con grandes pechos, que yacía en su cama sin taparse y sobre la que un hombre alto con cara de caballo se inclinaba.

-¿Los reconocéis? -preguntó. Cuando pensativo sacudí la cabeza, escribió con grandes garabatos los nombres en el dibujo: «Jeanne y Cortey». Luego soltó una larga carcajada, maligna y fáunica, y bailó alrededor de la mesa.

Mi encuentro con Corinna agitó en mí el mismo torbellino que en cualquier otro necio enamorado. Cavilando, dubitativo y esperanzado, contemplaba en el espejo la figura alta de Louis de la Tourzel, el rostro pálido, que había heredado de mi padre. Pero en este envoltorio físico se ocultaba también la sensualidad de Sophie Pétion. Desde hacía siglos, mi cuerpo era una sombra hostil, difuminada, que pasaba con rapidez sobre la brillante superficie de diferentes espejos. Mi conciencia sólo se dedicaba a contemplar con intensidad mi cámara de torturas interior, hasta que descubrí el cuerpo de La Tourzel como el instrumento del entusiasmo lleno de sentimiento, del vanidoso deseo de gustar, y de los placeres cada vez mayores hasta alcanzar el dolor. Me hice hacer trajes a la moda, mi peluca me fue suministrada por el peluquero de la corte, compré un nuevo y elegante carruaje y caballos árabes de pura sangre, y tomé clases de equitación. De esta manera pasaron algunas semanas. Durante este tiempo entre Corinna y yo, a pesar de que sólo nos habíamos visto de forma fugaz y durante poco tiempo, el tejido mágico de la sensualidad se fue haciendo cada vez más denso. En secreto, le enviaba poemas y ñores, y ella me saludaba desde detrás de las cortinas, cuando yo me paseaba durante horas bajo su ventana. Por fin, tras una larga reflexión, la *Marquise* D'Anjou, o mejor dicho Jeanne, decidió visitarme. No me resultó difícil arreglar las cosas para que trajeran consigo también a Corinna. Sabía que si los sentimientos de Corinna se inclinaban hacia mí, sólo debía asegurarme la ayuda de Jeanne con regalos, dinero y adulaciones, para que nos soñara simple y llanamente en el estado del matrimonio.

Era un notable día, a fines de abril, un miércoles por la tarde, lleno de fragmentos de melodías, inquietos, agitados y febriles. Las nubes cruzaban el cielo a gran velocidad, unas nubes que parecían de algodón y que arrastraban al sol a una extraña y caprichosa danza de los velos, llena de sombras oscuras y luz primaveral. El viento levantaba el polvo y el lejano aroma de las flores, pero también traía consigo un soplo glacial.

También en mis habitaciones engalanadas, dispuestas para una abundante comida, bailaba el sol clavando sus flechas de oro brillante en los jarrones llenos de rosas encendidas, de largo tallo, que había comprado por una fortuna en un comercio. Maurice lo preparó todo con relajada puntualidad, mientras dirigía al personal auxiliar con no disimulado disgusto.

La *Marquise* D'Anjou llegó con sus hijos y con Jeanne Girard alrededor de las seis, en un carruaje azul oscuro, grande y elegante, sobre cuya portezuela con adornos dorados, resplandecía el escudo de los D'Anjou y cuyo interior estaba tapizado con un grueso brocado de color verde reseda.

La *Marquise* D'Anjou llevaba de la mano a su hijo pequeño, con el rostro serio y precoz, y se disculpó por haberlo traído. Christian había llorado y pataleado, porque quería venir a toda costa. Yo la tranquilicé, diciéndole que me alegraba mucho y que no había esperado otra cosa. Sí... yo me alegraba infinito por todo, como un beodo o como un loco, con tal de que brillara cerca de mí la menuda y preciosa cabeza de cobra cincelada de Corinna.

La mirada aterciopelada, anhelante, de sus ojos almendrados se sumergió en mi mirada, y me sonrió con su pálida sonrisa llena de hoyuelos, que en ese momento la convirtió por arte de magia en una criatura semejante a los ángeles. Su cuerpo delgado y flexible se cimbreaba lleno de gracia dentro del señorial vestido de terciopelo rojo adornado con encajes antiguos. En el cáliz del lirio dorado que llevaba sobre el pecho brillaba el resplandor de una perla auténtica. Desde el gracioso sombrero que

daba sombra a sus ojos, una pluma roja, dibujando un alto arco, caía sobre sus hombros. Me pareció tan hermosa, tan misteriosa, tan inalcanzable y yo la deseaba tanto, que un temblor interior me hizo estremecer. Apenas podía controlar mis dedos mientras me inclinaba sobre las manos de las damas. Cuando mis ardientes labios rozaron la muñeca de Corinna, vi cómo su brazo desnudo se cubría de una ligera piel de gallina.

El doctor Péloc, el querido y amistoso doctor Péloc, me ayudó a salir de esta situación imposible. Se había librado con esfuerzo de sus miles de obligaciones para estar presente en este recibimiento. Conocía los sentimientos que yo alimentaba por Corinna, y también mis intenciones de matrimonio, que quería hacer realidad tan pronto como fuera posible. En mi locura, me preocupaba bien poco de sus palabras murmuradas, de sus indirectas advertencias y de sus tímidas insinuaciones, con las que intentaba comunicarme sus reparos. Por nada del mundo hubiera pretendido inmiscuirse en mis asuntos, lo único que quería era rogarme que reflexionara de forma madura antes de dar este importante paso y sobre todo que, con mi capacidad de observación que él conocía bien, contemplara con detenimiento el objeto de mis sentimientos. Nunca estaba de más, decía, mientras elegía con cuidado sus palabras, que antes de la boda el enamorado conociera algo mejor a su pareja. Las cualidades de una persona en sí misma podían ser extraordinarias, pero sin embargo poco adecuadas para adaptarse a otro carácter. La atracción sexual no significa nada, es pasajera.

Sus palabras me resbalaban como el agua sobre un cuero empapado en aceite. Su inusual insistencia con la que intentaba, aunque de forma muy prudente, apartar mis pensamientos de Corinna, acabó por irritarme.

-Pero, por el amor de Dios, doctor, ¿qué tenéis que objetar contra Corinna? Es una dama joven, elegante y bien educada, ¡y ningún niño podría ser más inocente e inexperto que ella! -estallé.

-Y eso ¿lo decís vos, *Monsieurl* -Me miró con una sonrisa resignada-. Conozco a Corinna desde hace tiempo y mi inclinación por ella es diferente a la vuestra. Podría decir que la conozco y la compadezco. Y todavía hoy quisiera prevenirla contra una sola cosa: contra sí misma. Y para seros del todo franco, como corresponde a nuestra amistad... A vos querría preveniros contra ella, contra esta niña que hoy todavía es inexperta, inocente.

-Pero, ¿por qué?, ¿por qué?

-Acordaos de lo que os dije de ella la primera vez. Os prometo que ésta será la última vez que hablemos de ella en este sentido. No voy a inquietaros nunca más, pero me siento obligado, ante mí mismo, a abriros los ojos ante el peligro y la desdicha que la posesión de Corinna significaría. Corin-na es la aventura excitante, el placer de un momento, el deleite irresponsable en persona. Siempre será sólo fiel al momento y a sí misma. Los deseos de Corinna son como mariposas de un día, que mueren y, sin interrupción, nacen otras nuevas. Todos sus juguetes, sus pensamientos, sus movimientos, su capacidad de entusiasmarse, reflejan esa llama caprichosa, un fuego que hace arder a cualquiera y luego se apaga para volver a encenderse de nuevo en algún otro lugar. Corinna es hoy todavía una niña, pero su atractivo cuerpo, inusual y peligroso, oculta cierto elemento primitivo, espectral, de perversión inconsciente, satánico, que agita la corrupción y la tragedia a su alrededor. Quien caiga en este torbellino del infierno, que arrastra a cualquiera hacia abajo, se verá perjudicado en el cuerpo y en el alma o será destruido, mientras que ella misma, este torbellino eternamente hambriento, impotente y cada vez más oscuro, seguirá funcionando inconmovible e irresponsable, mientras no lo detenga algún cataclismo.

Las palabras de Péloc ejercieron un extraño efecto sobre mí. Era como si hubiera atizado con un fuelle el fuego que ardía en mí. Sus oscuras insinuaciones se convirtieron en mis sentidos en dulces y placenteros acicates...

-La amo -repetí con tozudez-, y aunque supiera que por su causa mañana iba a ser empalado, la amaría a pesar de todo.

-Corinna os ha convertido en un poeta: estáis en llamas, como el profeta Jeremías. Quizás habla el Señor por vuestra boca, pero quizá también alguna otra cosa que vos habéis desterrado de vuestro cuerpo y mandado al infierno.

-Es posible que ya esté bordeando el oscuro seno de este torbellino, quizá será mi muerte, si el torbellino me devora. Pero debo hundirme en él, debo atravesarlo, no hay vuelta atrás. En cuanto vi a Corinna por primera vez supe que no podía huir de mi destino.

Nos miramos perplejos. Ambos pensamos en el sueño de Jeanne, en el que ambas damas con la capucha de seda habían pronunciado las mismas palabras.

Pero, ¿qué tenía que ver la etérea Marietta con Corinna? ¿Qué espejismo o qué profundo misterio había convertido en idénticas a ambas figuras en aquel mensaje que me había llegado?

Péloc, preocupado y confuso, desvió la mirada hacia un lado, luego, al cabo de un rato, eligiendo las palabras, dijo en voz baja:

-Claro... visto así... todo es distinto. Pero entonces... La verdad es que no puedo hacer otro papel... que el de ayudante, si aceptáis mis servicios... si vos permitís que esté a vuestra disposición con todas mis fuerzas, en el supuesto de que...

Yo lo tranquilicé, diciéndole que contaría con él, le agradecí su consejo y le rogué que me perdonara si no lo seguía.

La luz de grandes velas, asentadas en candelabros de plata, se reflejaban en los bruñidos espejos del salón. El inquieto temblor de las vivas llamas se reflejaba en los ojos de Corinna, en los que el fuerte vino había puesto un velo. La *Marquíse* DAnjou y Jeanne Girard se divertían con las observaciones de Péloc, ya que el pobre hacía cuanto podía para que yo pudiera dedicarme tan sólo a Corinna. Christian jugaba con mi juego de ajedrez indio, tallado en marfil.

Corinna y yo jugamos durante todo el tiempo a un maravilloso juego. Yo le mostraba dibujos, grabados y libros sólo para poder inclinarme sobre ella y tocarla. Ella me salía al paso en todo y me ayudaba. Sentados a la mesa sentí su larga y delgada pierna, que se estrechaba contra la mía, y su contacto hizo que todo mi cuerpo temblara. Después de habernos trasladado al salón, de pronto se levantó de un salto y pregonó con voz caprichosa y exta-siada que quería volver a oír otra vez el minueto que tocaba el reloj del comedor, porque había olvidado la melodía. La seguí complaciente, con las rodillas temblorosas. En el oscuro pasillo se estrechó sedienta contra mí, se me pegó como una lapa. Yo abracé su fuerte cuerpo, que con una desvergonzada ofuscación se adaptaba a todos los rincones del mío, y besé su boca que ella me ofrecía y que se abrió en una encendida pasión. Suspiré sofocado, porque ya no podía soportar la creciente intensidad de mis sentimientos, la tensión de mis sentidos, esa pasión que sentía de una manera casi do-lorosa.

-Oye... oye... -tartamudeé- quita... apártate de mí... te haré daño... Corinna... Corinna, tú aún no sabes...

Ella colocó los brazos alrededor de mi nuca.

-Bésame... más todavía... bésame mil veces... -decía en un murmullo, exigente, con la respiración agitada.

Obcecado, me precipité en un torbellino rojo oscuro. Besé su boca cada vez más ávida, su cuello, sus hombros, de los que el vestido había resbalado. Una puerta que se cerró de golpe nos hizo separarnos de un salto. Corrimos al comedor y puse en marcha el reloj. Corinna, con dedos diestros, se recompuso la ropa, alisó sus cabellos, con alarmante rapidez su rostro se convirtió en una fría máscara, mientras yo seguía sacudido por una corriente de fuego. Me puse a sus espaldas y acaricié con manos temblorosas su cuello, sus hombros y su cintura.

-¡Corinna... te amo!... ¡Te amo!...

Ella echó la cabeza hacia atrás.

-Sí -dijo en voz baja-. Yo también te amo. En cuanto te vi, deseé que me besaras...

Cuando regresamos al salón, Corinna, con una ingenua sonrisa, atrajo sobre ella las miradas que estaban dirigidas a nosotros empezando a tararear la melodía del minueto.

-Por fin lo he aprendido -decía de vez en cuando y seguía tarareando. Yo me retiré al hueco de la ventana para ocultar mi conmoción. Fuera, ante la ventana, silbaba ya el frío viento de la noche y lanzaba piedrecitas contra los cristales. Llamé para que Maurice viniera y cerrara las cortinas. Cuando su rostro pasó por el claro círculo de luz del candelabro de siete brazos, por un momento me llamó la atención su aspecto cerúleo y cansado. «Pobre viejo -pensé-, esta velada lo ha agotado mucho...»

En el silencio que siguió a la entrada de Maurice, resonó de pronto la débil voz infantil de Christian.

-¿Verdad, mamá, que no todo el mundo tiene que morirse, sino sólo quien quiere morirse?

Durante algunos segundos esta sorprendente pregunta no obtuvo respuesta alguna. Maurice, que estaba junto a la ventana, con la espalda vuelta a la concurrencia, se volvió de repente. La estancia estaba llena de una extraña tensión. Observé el alargado rostro moreno y los grandes y oscuros ojos del muchacho, que tenían un brillo mate, como si lo viera por primera vez. Ese rostro no tenía edad, era serio, casi sombrío.

-¿De dónde has sacado esto, hijo mío? -La estridente voz de la *Marquise* D'Anjou rompió el hechizo.

Pero Jeanne Girard, presuntuosa y llena de unción, dijo:

-Todo el mundo tiene que morirse, Christian, pero las almas puras resucitarán.

En los ojos de Christian y alrededor de su boca apareció una expresión de terquedad, y dijo levantando la voz:

-Yo no quiero morir, mamá, y no voy a morir... -Levantó la vista y yo creí que miraba a Maurice, quien, a su vez, tenía los ojos clavados en el muchacho y lo miraba de hito en hito, pero entonces me di cuenta de que el niño contemplaba algo por encima y más allá de la cabeza del viejo criado. Seguí su mirada y vi el cuadro que colgaba sobre la vitrina.

-He vivido siempre -dijo Christian con tozudez.

-Este niño me asusta -espetó la *Marquise* D'Anjou levantándose de pronto.

Busqué palabras tranquilizadoras, aunque aquel ambiente, que no presagiaba nada bueno, también me tenía fascinado.

-Vos habéis hablado hasta la saciedad de la muerte, *Madame*...

-Sí, pero, ¿qué es lo que puede comprender un niño pequeño de estas cosas, *Monsieur* de la Tourzel?

La *Marquise* D'Anjou cogió a Christian de la mano para llevarlo afuera, pero el muchacho se quedó allí de pie, como si hubiera echado raíces.

-Levanta la vela, mamá, quiero ver ese cuadro de allí -dijo en tono autoritario.

-Christian... ¡me habías prometido que te portarías bien todo el tiempo y que jugarías como un niño bueno si te llevaba conmigo a casa de *Monsieur* de la Tourzel!

Maurice se acercó con su habitual paso cansino, arrastrando los pies, apoyándose con las puntas de los dedos en diferentes piezas del mobiliario, y con el brazo tembloroso levantó un candelabro.

De improviso, Christian se echó a reír y lanzando un penetrante chillido, señaló el cuadro, colgado en un rincón, y que ahora, a la luz temblorosa y alargada de la vela, de alguna manera parecía estar extrañamente vivo y alterado.

-Corinna... Mira... fíjate, la primavera en Verana... Sí, la reconozco de nuevo... Esto es lo que...

Todos percibimos el ruido que se produjo, como si un pesado fardo hubiera caído al suelo. Maurice se había derrumbado boca abajo sobre la alfombra. El candelabro cayó de su mano con un gran estruendo, y las llamas empezaron a lamer la alfombra con avidez. Péloc se acercó a él de un salto, y lo volvió de espaldas. Jeanne y yo apagamos el fuego, mientras la *Marquise* D'Anjou y Corinna permanecían en pie como petrificadas. Entonces se oyó el llanto asustado y sollozante de Christian.

-Mamá... mamá...

Péloc, que se había arrodillado junto al cuerpo inmóvil, se levantó.

-Llevaos al niño fuera de la habitación -dijo en voz baja y serena.

-¿Vive todavía? -le pregunté en un murmullo.

Péloc negó con la cabeza.

Supe por Corinna que un boceto en color de ese mismo cuadro aparecía en un álbum que Christian hojeaba a menudo. Corinna acostumbraba a leerle los títulos de los cuadros. La explicación era plausible, sin embargo... el hecho de que los eslabones de la cadena se hubieran concatenado de esta forma y que hubieran transmitido a aquel viejo y cansado criado el mensaje de su señor, significaba para el vidente más que una simple casualidad. No estoy seguro de si era el propio Assis quien habitaba en el cuerpo de Christian, que por un instante traspasó la ciega inconsciencia de la infancia, o de si su espíritu se había unido sólo por un momento al niño, a esta personalidad blanda como la cera, con su sobrecargado sistema nervioso, tan fácil de manejar... ¡daba igual!... El aura de Christian, en aquel momento funesto, había brillado con un resplandor oculto y fue ensombrecido por la figura de un enorme ser que desbordó con mucho sus perfiles infantiles, como el espíritu prisionero que se alza por encima de su frasco. Maurice había comprendido el mensaje que había estado esperando, y murió porque ya no tenía nada más que esperar.

Deploré la muerte de mi extraño y extravagante criado, ya que ese extraño ser de alguna forma había ocupado un lugar en mi corazón. De acuerdo con el principio de semejanza, me había sentido siempre atraído por los seres humanos extraños, solitarios y retraídos. Las personas gregarias me eran más

ajenas que los peces o los escarabajos. Sin embargo, con la muerte de Maurice me libraba de un problema muy espinoso. Tenía el propósito de casarme y sabía que en medio del esplendor de la suntuosidad que rodeaba a Corinna, Maurice habría dado la impresión de un viejo buitre carcomido por las polillas, y me resultaba difícil imaginármelo como mayordomo en medio de un ejército de ágiles y despiertas doncellas de rostros picaros. Era curioso que me hubiera acompañado justo hasta el umbral, cuando me disponía a abandonar la celda de mi soledad.

La astuta mente de criada de Jeanne adivinó con rapidez mis propósitos que, tal y como sospeché más tarde, habían sido más suyos que míos. Mis pensamientos parecían inspirarla mucho. La pieza de brocado y los anillos que le mandé le produjeron hermosos y llamativos sueños, y cuando deslicé en su mano un collar de perlas de doble vuelta, soñó por fin también la aprobación de la *Marquise* D'Anjou a nuestra boda. Recurrí a ella, aunque esta camaradería engañosa y reprobable me resultaba muy repulsiva. Yo sabía también lo que ella todavía no sospechaba, es decir, que estaba jugando con fuerzas que algún día se volverían contra ella misma, pero en mi ciega pasión eso no me preocupaba. Los breves y furtivos encuentros que hacían aumentar de día en día mi deseo por Corinna, ahogaban la voz de mi conciencia.

Nuestro compromiso matrimonial, que por deseo mío tuvo lugar tan sólo un mes antes de la boda, se celebró en la intimidad, en el *Palaís* de la *Mar-quise* D'Anjou, y a él asistieron la familia y un pequeño círculo de amigos, de entre los cuales quiero mencionar a Péloc en primer lugar. Por supuesto, también estaba presente Cortey En cuanto a los «Corderos», o bien había que invitar a todos los cabecillas o a ninguno, porque de otro modo se habría producido un amotinamiento. Jeanne solucionó el problema con diplomacia haciendo venir a la celebración a toda la comunidad «para consagrar y bendecir aquel matrimonio nacido del sueño santo y etéreo». Esta definición es una imagen exacta de su relación con la realidad. El abismo que la separaba de ésta era tan grande como aquel que se abría entre nuestro matrimonio y el concepto del sacramento etéreo.

Remodelé mi casa por completo. El espíritu de Assis, exceptuando su biblioteca, desapareció e hizo su entrada el París insustancial, grácil y empolvado, el corrompido, enfermo y caduco París de Luis XV En lugar de los oscuros revestimientos de madera, cubrió las paredes de mi habitación un brocado irisado con abundantes pliegues, y resplandecientes espejos de plata. Corinna, con certero instinto, había elegido, a juego con su belleza morena, los colores verde y amarillo sol. Compraba de manera infatigable, pero yo me consideraba feliz de satisfacer todos sus caprichos. A un aristócrata desterrado le compró sus piezas de salón de plata maciza y su carruaje. Hizo mandar a mi casa gobelinos, jarrones, valiosas alfombras, esculturas, pesadas telas, ropa interior de encaje, que costaban una fortuna, zapatos de punta cubiertos de joyas, pelucas monstruosas de la altura de una casa de los más diversos peluqueros de moda y proveedores de la corte, joyeros, frascos de cremas, candelabros, perfumes y sahumerios. Revolvía caprichosa, infantil y sin un propósito concreto en toda esa oferta de mercancías, y mientras en su casa su virtuosa y distraída madre preparaba para ella un sólido ajuar, ella, amparada por Jeanne, iba de tienda en tienda como quien, poseído por el deseo y los apetitos, va de burdel en burdel. Durante un tiempo, este placer clandestino la distrajo de su impetuoso deseo de juegos amorosos, puesto que apenas tenía tiempo para estar a mi lado.

No quería permitir que la zozobra de los malos presentimientos se apoderara de mí. Con argumentos cada vez nuevos intenté ocultar mi inquietud y el recuerdo de las palabras de advertencia de Péloc.

«Todavía es una niña -intentaba defenderme-, su cuerpo ha alcanzado la madurez, pero su espíritu todavía está adormecido. A mí me queda la tarea de hacerlo despertar. Cuando se haya serenado la pasión y el fuego del principio entre nosotros, cuando...» Pero yo era incapaz de pensar más allá de esta ardiente pasión, ya que las llamas se cerraban por encima de mi cabeza. Eso era lo único que había en mí y nada más.

Ese mes ajetreado y perturbador transcurrió con rapidez. Puesto que, tras la muerte de su esposo, la *Marquise* D'Anjou se había apartado por completo de la vida social y no mantenía ninguna relación con las familias aristocráticas de su casta, a la vez que se había alejado de la Corte, a nuestra boda sólo asistió una numerosa representación de los «Corderos». Llenaron la pequeña capilla en la *rué* Saint-Michel y luego se trasladaron, en carruajes y a pie, al *Palais* de la *Marquise* D'Anjou, donde esperaba a los invitados una opulenta comida. Yo contemplaba todo aquel cuadro inmerso en la

nebulosa de la región limítrofe entre el sueño y la realidad. No conseguía estar del todo presente. Las imágenes se cubrían de inverosimilitud, en vertiginosas oleadas febriles, se retiraban y se acercaban como las formas del mundo astral. De en medio de esta niebla surgía de vez en cuando un rostro de entre el pintoresco, charlatán o desaseado rebaño de los corderillos, y yo sentía sobre mi brazo el ligero contacto de la mano de Corinna cubierta con un guante blanco. Mi mirada cayó sobre su inteligente y atractivo perfil, que durante unos instantes me pareció terriblemente lejano y extraño. Luego se me pasó de nuevo por la cabeza que por la noche podría tenerla desnuda en mis brazos, y mientras escuchaba el solemne sonido del órgano, este pensamiento me pareció del todo pecaminoso y abyecto, y a pesar de todo, en cierto modo, deseable de manera angustiosa. Los maternales besos, húmedos de lágrimas, de la *Marquise* rozaron mis mejillas, los «Corderos» se arremolinaban a mi alrededor, y tuve que estrechar manos toscas, blandas o húmedas. Corinna presionó mi brazo y se inclinó hacia mí.

-Rosalie suda hoy más que nunca, y por desgracia va a besarme. ¿Crees que los Lepitre se besan?

Estaba a punto de soltar una carcajada, pero la reprimí. -Sólo sus almas se besan -

murmuré. Corinna hizo una pequeña mueca.

-Ya me gustaría que Rosalie fuera más guapa... -Y en ese momento ofreció con una sonrisa angelical la frente a Rosalie, que con su grasienta y gris cabeza de gorgona se precipitó al altar y «ungió» a Corinna con su ajada boca desconchada. Lepitre se acercó en un estado de arrobamiento preocupante, pero todavía estuve a tiempo de arrastrar a Péloc entre nosotros, de manera que el apasionado beso aterrizara en su mejilla izquierda, aquel beso que de hecho iba dirigido a mí. Corinna se rió, ocultando el rostro en su pañuelo de encaje, y Jeanne colocó compasiva el brazo alrededor de ella.

-Llora, llora mi almita... la novia que llora será una feliz esposa... Bajo la impresión de sus palabras, Cortey sollozó de forma audible. Su rostro descubierto se desfiguró, se contrajo en una especie de penosa sonrisa. Su boca tembló, de sus ojos y de su nariz fluyeron las lágrimas, mientras profería débiles y gimoteantes sonidos:

-Hiihii... mmm... mmm... mmm.

A Corinna ya le temblaba todo el cuerpo. Se apoyó en Jeanne y casi se ahogó de risa. Cuando levantó el rostro, enrojecido y bañado en lágrimas, tenía de verdad el aspecto de haber estado llorando. Más tarde, los «Corderos» cantaron salmos en el palacio y devoraron los escogidos manjares a grandes bocados, con expresión de rechazo y de desaprobación, y mientras se entregaban llenos de alegría a los placeres terrenales, observaban con afán codo cuanto engullía su vecino, para poder reprocharle de inmediato con tristeza su actitud materialista. Jeanne lo había organizado todo de forma que ninguno de los cabecillas de los «Corderos» pronunciara por su cuenta un brindis, porque esto habría llevado a violentas discusiones. Pero sus esfuerzos fueron en vano, ya que los cabecillas, sin necesidad de discurso alguno, también acabaron tirándose de los pelos. Los encendió de manera considerable el champán que, ocultándose los unos de los otros, se tomaron a escondidas en los huecos de las ventanas y en los pasillos. Sólo Duflin, su mujer y sus dos hijas comieron y bebieron con constancia inquebrantable, devorando terribles porciones en un metódico trabajo en común. A las dos muchachas las habían embutido en el rígido traje de damas de honor. Casi se les saltaban los ojos, de tan prietos que llevaban atados los corsés. Sus rostros enrojecidos, llenos de granos, estaban encapotados por las pelucas empolvadas, en las que llevaban rosas clavadas. Sus corpinos de seda amenazaban con estallar, pero a pesar de todo comieron más de lo que era admisible y por eso, en el momento en que Duflin se inclinó hacia su esposa e hijas para hacer alguna observación sarcástica sobre Banet, el vestido de una de las hijas, como resultado de un estallido de hilaridad, reventó con un audible chasquido. Las dos partes fueron lanzadas tan lejos que todo el mundo tuvo que preguntarse cómo esos dos trozos habían podido estar unidos. El pobre cuerpo de la muchacha se ensanchó con una dulce satisfacción, fluyó y se abrió paso a través de las costuras como un río que se desborda de su cauce. Las risas generales, los llantos y las exclamaciones de pesar se unieron en una confusa mezcolanza. *Madame* Duflin cogió a su hija por el grueso brazo y la condujo con movimientos temblequeantes fuera de la sala, mientras con las manos intentaba reunir aquellos encantos colgantes e inmensos que se desbordaban. El ataque de risa de Corinna no tenía fin. La conduje al salón amarillo. Se apoyó en mí, me abrazó, se reía y se reía; empecé a besarla hasta que, medio asfixiada, de nuevo seria y jadeando, me suplicó: -¡Ven... vamonos de aquí... vayamos a casa... a tu casa!

Lo que me ataba a Corinna, lo que me convirtió en su poseído y en su esclavo, era aquella genialidad que manifestaba en sus abrazos, aquella genialidad, que ni por un momento se perdía en una torpeza desconcertada. Nunca había conocido a una pareja de amantes que, tan pronto como sus relaciones se hubiesen hecho más profundas, con la creciente confianza no se hubieran confesado el uno al otro que la primera noche, a la que acudían febriles y sedientos, siempre y cuando de verdad fuera para ambos la primera noche, no les había supuesto más que dolor, intentos torpes y una decepción descorazona-dora. En el caso de Corinna, el dolor fue vencido por el placer, en seguida y desde el principio, y sabía, fruto de su ingenio, prolongar los momentos hasta convertirlos en horas. Era la oscura sacerdotisa del placer, la embajadora de una religión voluptuosa que aportaba, ya completa, su proclamación. Cuando después de nuestra noche de bodas se hizo con la colección pornográfica de Assis, leyó las costumbres eróticas de todas las razas de este mundo como alguien que por fin regresa a los lugares largo tiempo añorados de su mundo secreto. Como fui yo quien rompió el sello de ese cuerpo funesto y maravilloso, abriendo puertas y ventanas a aquel demonio que se manifestaba a través de ella, también fui yo quien tuvo que expiar a su lado durante más tiempo y con más dureza en la espesura astral de la pasión. En mí afilaba sus armas, mientras yo era el instrumento de sus ejercicios; ella se convirtió en mi maestra y yo en una marioneta de esa creciente magia sexual.

Pronto desapareció el atractivo juvenil de muchacho malayo para dejar paso a la mujer siempre hambrienta y exigente, que no conocía ninguna limitación, en la que cada curva de su cuerpo era un arco tensado, dispuesto sin descanso al amor y lleno de ardientes promesas. Se arreglaba con tanto esmero y tanto detenimiento y amor, como las más grandes hetairas. Para horror de la servidumbre, se bañaba dos veces al día, empapaba su cuerpo en esencias olorosas y espolvoreaba su piel limpia y suave, de fragante frescor, con escurridizos polvos. Su pelo era como un entoldado, ligero y aromático. Sólo llevaba peluca cuando íbamos al teatro, a los bailes o de visita y, más tarde, también cuando empezó a deslizarse por el silencioso palacio sumido en el sueño, para recorrer sus caminos secretos.

Corinna tenía una debilidad por las máscaras. Había reunido toda una colección y aprovechaba cualquier ocasión para ponérselas. Adoraba meterse a hurtadillas por las noches en mi habitación, con su resplandeciente desnudez, llevando puesta una máscara de encaje, negra o blanca, sobre el rostro. En su mano, todavía alzada, sostenía una vela. Me saludaba con voz extraña, como si no nos conociéramos. Acudía a mí como una perseguida que buscaba mi protección.

-¡Por el amor de Dios, *Monsieur* Perdonadme que invada vuestros aposentos, pero no he tenido más remedio... Ocultadme... Ocultadme, os lo suplico... Me están persiguiendo... -decía horrorizada, con voz ahogada.

-¿Quién sois vos, *Madame...* y cómo es que aparecéis al amparo de la noche, enmascarada, en mi habitación?... -replicaba yo siguiéndole el juego.

-No sigáis haciéndome preguntas... no puedo revelar nada más... ya vienen... los oigo... ¿dónde podría esconderme?

-Aquí... en mi cama... si gustáis...

-¡Me da igual! -Y de un salto yacía a mi lado en la cama y fingía retroceder temerosa, pero el arco desnudo de su espalda y sus caderas eran toda una oferta muda. Así se me entregaba, cada noche de forma distinta, con una pasión que cada vez tenía distinto sabor, detrás de nuevas máscaras y nuevas mentiras.

Su cuerpo joven, hambriento y estéril no se cansaba de los abrazos, pero yo, a quien ella cada vez volvía a encender de nuevo, obligándome a participar y estrujándome sin misericordia, empecé a consumirme a causa de las pasiones de mi Mesalina. Adelgacé, sentía punzadas en la espalda, rompía a sudar, tosía, y al andar me daban vahídos. Si no hubiera intervenido Péloc, mi estado habría llegado a ser critico en poco tiempo.

Primero no quise ni oír hablar de que me separaran de Corinna. Con la expresión de una niña pequeña horrorizada se estrechó contra mí, después de que Péloc la hubiera sermoneado, y me preguntó suplicante si era cierto que me estaba aniquilando con su amor. ¿Qué podía yo responder a aquello? Lo negué todo, la abracé y le aseguré que ella era mi salud, mi felicidad y toda mi vida. Fue fácil y rápido tranquilizarla, y ella supo seguir extrayendo de mí su ración de placer, como siempre. Más adelante, cuando en una ocasión perdí el conocimiento, fue ella quien insistió en que partiera hacia la costa. Con el rostro serio, hizo referencia a cuanto había dicho Péloc y lo mandó llamar, y entre ambos me sometieron a un fuego cruzado. Péloc empleó todos los argumentos imaginables en mi contra. Precisamente porque amaba a Corinna y todavía quería pasar muchos años feliz a su lado, debía

curarme del todo de mi inicial tuberculosis. Se lo debía a Corinna, que no podría sobrevivir ni un minuto a mi prematura muerte. Ella lloraba y suplicaba, haciéndome saber el sacrificio tan grande que supondría separarse de mí durante unos meses, pero eso sería mejor que tener que estarlo durante el resto de nuestras vidas. Sorprendido, comprobé en su aura que mentía, pero supuse que Péloc la habría aleccionado a fondo y que lo que estaba intentando era ocultarme la verdad. El confuso torbellino que irradiaba aparecía atravesado por oleadas candentes de sensualidad, y yo me sentí halagado, suponiendo que era mi persona la que despertaba en ella ese oleaje. Entonces habló del amargo destino de su madre y me suplicó que no la condenara a una temprana viudedad. Consiguió conmoverme, arrastrarme, cegarme y... convencerme. En aquel momento todavía no podía sospechar que en realidad debía agradecer la prolongación de mi vida a un guapo y bien desarrollado mozo de establo de pelo ensortijado, que hacía poco Corinna había tomado a su servicio, y que desde los barrios bajos de París traía consigo una cínica y grosera sensualidad y esa clase de experiencia que pondría los pelos de punta a cualquiera. Aquel hombre joven tenía una atrevida nariz aguileña y unos labios carnosos, femeninos. Por sus ojos asomaba el confuso embotamiento del espíritu todavía dormido y la corrupción malintencionada del futuro chantajista. Pero Corinna clasificaba a las personas de acuerdo con otros criterios. Marcel significaba para ella una nueva variación del placer, y la robusta salud de este hermoso joven le permitía, de forma imponente, estar a la altura de los agotadores torneos amorosos.

La conciencia de Corinna en ningún momento se vio ensombrecida por los reparos o el arrepentimiento. De forma inconsciente, con la naturalidad de un animal joven, se unía con cualquiera a quien deseara en su insaciable afán de vivir, y todas las veces que yo, indignado, le pedí cuentas, me mintió con una tozudez preocupante que nunca desfallecía, con la única intención de tranquilizarme y consolarme como a un niño a quien se distrae de sus deseos imposibles contándole cuentos. Primero contempló mi enfurecimiento casi con admiración: ¿qué significaba todo aquello? No iba yo a imaginarme que a ella le bastaba sólo conmigo. Me amaba, por supuesto, yo era para ella un importante punto de apoyo, pero en el duelo amoroso la había defraudado. Los deseos de su cuerpo, su belleza, que traspasaba cualquier vestidura, su pericia en el abrazo amoroso necesitaban siempre de nuevos resortes, de un nuevo público, de infinitas variaciones. Ese era su alimento, su condición vital, su atmósfera. A ella se la podía poseer y disfrutar, pero nunca declararla en propiedad. Era el placer en persona, en la que se había materializado la legión lasciva de demonios del mundo astral como mecanismo del placer y a la que no se podía forzar a la prisión de la virtud, ya que la irregularidad, la falta de límites y el dominio triunfal del instinto eran su esencia. Este era el verdadero contenido de su interior, que ni siquiera una vez materializó en un pensamiento, mientras, sin parpadear, mentía con rotundidad y calma, recitaba tópicos, me aseguraba su fidelidad y su inocencia y me exigía que confiara en ella ciegamente aun cuando las apariencias la delataran. Era escurridiza como una anguila, diestra, fuerte, inaccesible e inconmovible.

Después de un año de matrimonio la dejé sola por primera vez para viajar a Córcega en un estado físico y anímico desolador. Cerca de Porto Vecchio alquilé una primitiva granja en las proximidades de la rocosa costa desecada por el sol, para que los ardientes rayos extinguieran la enfermedad y la borraran de mi cuerpo. Si no hubiera estado atormentado por el aguijón de la pasión, habría pasado allí una temporada hermosa y feliz. Dormía en el porche para que el pesado bochorno de la ciudad fuera enjugado de mis pulmones y de mis poros. También este era un método del Homunculus, lo recordaba muy bien.

Yo era insaciable en lo que se refiere al juego cambiante del cielo y el mar. Nunca me cansaba de ver este deslumbrante espectáculo, las obras maestras de estos dos artistas caprichosos y colosales, que se encendían de pronto en variaciones siempre nuevas, y con la misma rapidez se apagaban. Tras el telón del vaporoso crepúsculo matutino aparecía la barca real del círculo solar acompañado cada día de nuevos colores, y se transformaba ante mis ojos en una esfera gigantesca incandescente y lejana, que llenaba el aire de un calor de horno. El amplio espejo del mar reflejaba el misterio celestial como el ojo gigante, muy abierto, de una mujer. Durante el crepúsculo vespertino siempre refrescaba en cuanto el sol ardía por última vez y la tiara de fuego prestada, dorada, roja y violeta, caía de la corona de cabellos de las nubes. Desde el mar empezaba a soplar un viento frío, el agua se volvía de un verde oscuro, hostil e inquietante, y exhalaba aromas insípidos y salados. Toda la vida que había sido paralizada por el calor empezaba a agitarse. En el cielo de color lapislázuli se encendían las estrellas, y fuera, en la cocina, Clara, esa mujer campesina con ojos de vaca y rostro dulce, que mantenía limpia la casa, cocinaba para mí y me lavaba la ropa, empezaba a cantar en voz baja. Con buen oído y siguiendo la

melodía con seguridad, entonaba una dulce y antiquísima canción de amor, una de aquellas canciones que sólo brotan allá abajo, a orillas del mar Mediterráneo. En mi cuerpo apareció el estremecimiento insidioso y escalofriante de la fiebre cada vez más alta y trajo el recuerdo de Corinna a mi cama empapada en sudor. El fantasma de aquel cuerpo deseado y torturante se apoderó de mis brazos como un súcu-bo que supiera otorgar malignos deseos. Aniquiló y consumió mis fuerzas. En vano me había separado de ella, ya que siempre estaba junto a mí. Le escribía largas y nostálgicas cartas que ella contestaba con frases breves, escritas con una letra tosca y con el estilo de una colegiala obediente. Mensajeros al galope se las llevaban. No me dolía el dinero, pero estaba medio loco de impaciencia porque la correspondencia tardaba tanto tiempo en llegar. El mensajero, un sujeto presumido y corto de luces, con la cara de un babuino, un tal Vernier, el inútil hijo de un zapatero de París, estaba encargado de fijarse e informarme de todo: si *Madame* tenía buen aspecto, lo que había dicho, lo que me comunicaba de forma oral, cómo iba vestida, qué decían 'os criados, si pasaba miedo cuando estaba sola. El estúpido muchacho, que Por supuesto quería ganarse su dinero, me tranquilizaba con una amplia sonrisa: Corinna tenía un aspecto deslumbrante, llevaba pomposos vestidos durante el día y también por la noche, salía a menudo acompañada de Jeanne Girard, y cuando estaba sola no se dejaba arrastrar por la tristeza, sino que cantaba. Junto con su doncella, la pequeña, hermosa y coqueta Josette, solía divertirse mucho, tanto que a ambas se les saltaban las lágrimas de risa. Daba igual lo tarde que se fuera a la cama, a primera hora de la mañana salía a montar a caballo con Marcel, el nuevo caballerizo Sólo me mandaba recado de que debía cuidarme y no interrumpir la cura demasiado pronto para que recuperara del todo la salud para ella.

A pesar de los sufrimientos causados por el amor y mi desdicha, poco a poco el aire libre y el sol fueron apagando los temblores enfermizos de mis pulmones y de mi sangre. Los baños en el mar, las horas de natación me llenaban de un beneficioso cansancio y aumentaban mi apetito. Con las comidas abundantes, sencillas y sabrosas de Clara, mis delgados miembros empezaron a redondearse, a la vez que el sol y el viento me dieron un tinte bronceado. Emprendía largos paseos y nadaba en el mar, alejándome cada vez más de la costa. La salud que iba recuperando y mi equilibrio físico me hacían sentir alegre y seguro de mí mismo. Ya hacía cuatro meses que estaba separado de Corinna y, aunque seguía amándola con pasión y la añoraba impaciente, mi estado general había perdido mucho de su insoportable tensión. Una persona descansada, con buen apetito y un sueño reparador puede liberarse con mucha más facilidad de sus celosas pesadillas que otra cuyo sistema nervioso está maltrecho, incluso arruinado. Paralelamente a esta mejora, percibí un peculiar cambio en el comportamiento de mi entorno astral. Durante largo tiempo no había querido darme cuenta y lo único que hacía cuando ese estado alcanzaba el umbral de mi conciencia, adoptando la forma de una inquietud punzante y horrorizada, era emprender la huida... Mis verdugos se habían retirado y me observaban con un silencio cargado de amenazas, me seguían a distancia, conteniendo la respiración, siempre dispuestos a lanzar en cualquier momento aquellas carcajadas maliciosas y taimadas, y en silencio, junto conmigo, reprimían algo desastroso que se encontraba cada vez más cerca; era la misma sensación que se apoderó de mí en aquellos días, en Straubing, cuando, por culpa de mi vanidad, caí como un necio en las redes de Antón Brüggendorf. Este extraño paralelismo fue lo que me impidió apresurarme a volver a casa de inmediato. Dudaba. Temblaba de ansiedad al pensar en poder abrazar a Corinna con nuevas fuerzas, pero al mismo tiempo también tenía miedo, y la cobardía me dominó. Me oculté, me aislé, no quería saber detalles, mandé a Vernier por delante para que anunciara mi llegada.

Sin embargo, contra lo que cabía esperar, llegué a casa antes que Vernier. A Vernier lo habían asaltado y robado por el camino, en Toulon. Fue ingresado sin conocimiento en un hospital y durante semanas se debatió entre la vida y la muerte, por lo que no pudo dar ningún signo de vida.

Era un esfuerzo ímprobo e infantil querer cambiar algo que el destino había determinado para mí. Aunque Vernier hubiera llegado antes que yo a París, pocos días más tarde me habría enterado de todas formas de lo que ni siquiera se ponía empeño en ocultar a mis ojos. Ay, ni siquiera se trataba de la aventura con Marcel. Para aquel entonces, Marcel se encontraba ya en una especie de asilo, donde como un perro sucio y rabioso profería maldiciones contra Corinna, desde donde le hacía escribir cartas amenazadoras, y cuando Corinna, riéndose, arrojó estas cartas al fuego, se dirigió directamente a mí, primero por carta, pero luego también en persona.

No sólo era la codicia la que movía a este chantajista a dar a conocer su relación, los deseos de Corinna, su abandono, su perversa maldad; era también la venganza celosa del hombre herido, arruinado, maltrecho. Ningún hombre podía apartarse del lado de Corinna sin llevar consigo una herida

mortal. Por un instante registré con amarga satisfacción en qué se había convertido aquel musculoso, perfumado, cínico y «hermoso» Marcel. Las abultadas bolsas bajo sus ojos, la nariz hinchada, su mano temblorosa y su voz ronca eran testimonio de las noches de copas. También él había buscado refugio en el narcótico de las gentes primitivas, el alcohol, para borrar de su propio cuerpo, de su cerebro, de sus sentimientos, el recuerdo de la desnudez de Corinna, de su aroma, de sus gritos de placer y de sus exigencias y apremios. Su cuerpo quebrantado, torturado, iba envuelto en sucios harapos y emanaba un olor rancio, acre, aunque tan sólo pocas semanas antes Corinna había jugado con él. Por supuesto no lo recibí, y cuando se puso impertinente, ordené que lo echaran. Del todo degenerado, vivía de atracos y asaltos, hasta que cometió un crimen por encargo y fue condenado a muerte.

Me maravillaba que ese miembro del hampa, capaz de todo, corrompido de raíz y obsesionado por el deseo de venganza al que lo empujaban los celos, nunca hiciera el menor daño a Corinna aunque fuera ella quien lo había empujado a la perdición. Durante meses se había dedicado a vigilar sus pasos, se le había acercado, siempre que ella, sin temer nada, salía a caballo, viajaba con el carruaje o daba sus paseos. Incluso la había observado y seguido durante sus salidas nocturnas enmascaradas, pero no se había atrevido a dirigirle la palabra. En una ocasión se cruzó en su camino entre los árboles del Bois-de-Boulogne, andrajoso y tambaleándose de borracho que estaba, pero cuando Corinna, tranquila y sonriente, lo miró a los ojos y le preguntó qué quería, no pudo emitir ningún sonido y se marchó como un animal salvaje hipnotizado.

Cuando regresé de Córcega en una noche inusualmente cálida, a principios de octubre, no fue a Marcel a quien encontré en mi lugar en la amplia cama de nuestro dormitorio, sino a un actor de sexto rango, llamado Alfred Le Coeur, un hombrecillo histérico y simiesco, de miembros blandos y piel rosada, que casi se desmayó del susto cuando me vio, y con sus pantalones de seda roja bajo el brazo corrió de un lado a otro de la habitación sin poder encontrar la puerta. Es probable que yo estuviera más trastornado que él, ya que me quedé del todo aturdido y mudo. Mi mente estaba vacía y confundida hasta la falta de conciencia. Sólo Corinna conservaba la sangre fría. Con voz aguda indicó a su amante que la puerta se encontraba a la derecha y que desapareciera antes de que yo lo matara, luego se levantó -sin considerar ni siquiera necesario cubrir su cuerpo desnudo con una bata-, se acercó a mí y me preguntó con voz tranquila y provocadora:

-¡Ahora crees, por supuesto, que te he engañado! Por ese motivo te has deslizado hasta aquí, al amparo de la noche, de puntillas, para espiarme como un cobarde, para poder probar algo contra mí, en lugar de estar a mi lado como un amante esposo, que protege a su esposa de la tentación, la toma en sus fuertes brazos cuando ella lo desea, sella sus labios con sus besos y no la deja dormir sola en su fría cama con sus ardientes pensamientos. ¡Oh, cállate! Hace mucho tiempo que podrías haber vuelto a casa. -Su voz se hizo cada vez más amarga y acusadora-. Estás fuerte y sano, pero a pesar de todo te has mantenido alejado durante semanas, durante meses, mientras yo te echaba de menos... -Ahora hablaba en voz baja y se acercaba cada vez más-. Estaba famélica... Revivía cada instante que había pasado en tus brazos, pero tú no venías... no has venido... Los hombres que se pegaban a mis talones me murmuraban palabras de amor al oído... ¡No he podido resistirlo por más tiempo! Entonces apareció ese máscara de Elfo, ese afeminado... que no es ningún hombre, más bien es un eunuco... me propuse aturdirlo con mi desnudez, con mi proximidad, entregándome a él... Le leí fragmentos de los libros en voz alta... gemía... se acostó a mi lado y... con esa tortura me sentí satisfecha, sin cometer ningún pecado, sin engañarte y...

Le di una sonora bofetada. Fui consciente de lo que hacía cuando levanté mi mano como un látigo. Luego, empujado por el asco y la desesperación, abrí la puerta para huir de allí, para salir de aquel horrible dormitorio profanado que apestaba a pecado, lejos de mi lastre astral, que lanzaban gritos de satisfacción en el paroxismo del escarnio..., pero los brazos desnudos de Corinna me rodearon como las resistentes lianas del más profundo de los pantanos y me retuvieron. Gritando, maldiciendo, golpeando a mi alrededor, me liberé de sus brazos y de la presión de sus muslos, pero ella se aferraba a mí con una fuerza espantosa, me mordió en el cuello y en los hombros, mientras me derribaba y me envolvía en la magia de sus palabras balbuceadas con vehemencia:

-Te amo... te amo... amo tu mano que me ha pegado... Sólo te quiero a ti… Qué fuerte te has vuelto... Tu piel está morena y suave... Nunca antes... te he deseado tanto... No... no... no voy a soltarte... Anda, ven... ven... tú eres el primero... el único...

Lo cierto es que con objetividad y sin querer engañarme a mí mismo, veía el averno sin esperanza de su carácter, sabía que ella mentía y sabía adonde me conducía el camino bajo su influencia. Sin

embargo, su apremiante pasión fue más fuerte que todo el respeto que me tenía a mí mismo, que mi asco y mi conmoción ética, y dejé que de nuevo me inflamara. Caímos sobre la cama. Permití que me arrastrara al rojo torbellino, que en medio de truenos ensordecedores y rayos cegadores me engullera a las profundidades de su seno y me corrompiera.

Debería haber echado a Corinna. Todos aquellos que nunca antes hubieran sido atacados por esta epidemia sensual, habrían preguntado con sorprendida indignación por qué la toleraba a mi lado, tal como hacía también la mejor mitad de mi yo dividido que tanto ansiaba la libertad, pero la otra mitad estaba atrapada. Mi yo astral, prisionero de una pasión que hacía castañetear los dientes y temblar las rodillas, atacado por la lepra abrasadora de hábitos y recuerdos cargados de placer, estaba tan ligado al nivel astral a través del seno hechicero de Corinna, como en mi vida anterior Giuseppe Francesco Borri en su momento lo estuvo al nivel más inferior de la materia por medio de la alianza satánica con el Homunculus.

Ni siquiera una vez fui capaz de justificarme ante mí mismo con el supuesto que Corinna había conseguido hacerme creer en su inocencia, y que ésta era la razón de que yo colaborara con toda aquella farsa de la reconciliación, que se escenificó con un alto grado de dramatismo, con juramentos y lágrimas. ¡En absoluto! La veía con toda claridad ante mí y sabía qué era lo que sucedía en su interior y a su alrededor. Me producía asco, la despreciaba y la odiaba. Mi conmoción no me impedía levantar la mano contra ella una y otra vez, llevado por mi indignación y mi desesperación. La golpeaba, la arrastraba por los cabellos por todas las habitaciones, aunque nunca antes me habría podido imaginar que un hombre maltratara a una mujer. Pero cuanto peor la trataba, más sumisa volvía a arrastrarse Corinna ante mí y tanto más me destrozaba, con una fuerza invencible y cada vez mayor, por medio de la irresistible tentación de su cuerpo. Nada podía producirle mayor placer que poseer a un hombre contra su voluntad, maldiciendo y Heno de odio en la ciega emoción de la ira y del placer. Sus sentimientos estaban cada vez más dominados por la magia del Eros negro. Ahora ya no buscaba los cuerpos sencillos, fuertes y jóvenes, el encanto primitivo y la potencia natural de la primavera. Lo perverso, lo estrafalario, lo trágico y lo peligroso era lo que la encendía.

Veía hacia dónde era arrastrada y no podía salvarla. Vivía en un constante horror entre los cataclismos, cada vez más frecuentes, de las palizas y las reconciliaciones que tenían lugar entre Corinna y yo.

Me iba de viaje y regresaba a ella a toda prisa. Me iba de casa, me metía en burdeles, para bloquear el recuerdo de su cuerpo con el cuerpo de otras mujeres, pero en el momento de la plenitud gritaba su nombre. Me había empapado de su aroma, de los matices de su voz, de los colores de su cuerpo, de las caricias, las formas, de cada uno de sus movimientos y del encarnizado azote de su risa teñida de satisfacción. Mis sentimientos tan sólo se despertaban por la magia del recuerdo de su cuerpo, y se tensaban en el banco de torturas del placer sensual.

Cuantas más veces tropezaba, cuanto más bajo caía, siendo del todo consciente de sus vicios y su infamia, más vida cobraba y más indestructible se volvía su demonio, no sólo en su realidad física, de carne y hueso, sino también en mi entorno astral, donde mi pasión le había permitido establecerse y desarrollarse a sus anchas hasta alcanzar un poder inmenso. Pero aquel complejo que crecía y cobraba vida allí, en el .otro mundo, más allá del umbral, no guardaba ninguna semejanza con aquella máscara de declarada hermosura que llevaba Corinna. Era más bien un reptil blando y grueso, hinchado, de belfos viscosos y ojos saltones con la babosa untuosidad del placer hecho carne, al que sólo la perversidad de la excitación sexual permitía parecer deseable durante breves segundos. La substancia de este monstruo, que alargaba sus siempre hambrientos tentáculos en busca de víctimas, se expandía cada vez más en el pecaminoso flujo del esperma y la sangre corrompida, una substancia a partir de la cual no podía construirse ningún cuerpo, no podía brotar ninguna vida en el vientre estéril de Corinna. Los seres humanos saben poco acerca del misterio de la sangre y del esperma. Creen que este aceite espantoso en la lámpara del placer estéril, convertido en pasión impulsiva, se derrama sin consecuencias en el círculo mágico de dos amantes. Pero este oscuro éxtasis engendra una vida tenebrosa. De las caderas malditas y abyectas surgen súcubos e íncubos, vampiros elementales del mundo astral que visitan las camas solitarias, que al abrigo de la noche, con la tentación de los sueños o

la soledad, minan las fuerzas de jóvenes llenos de granos, de trémulas vírgenes, de viudas con sueños ardientes y de personas presas de un pudor enfermizo, y mediante el placer perverso los convierten en ruinas de manos temblorosas, espaldas abatidas y ojos hundidos... Los sacerdotes satánicos de las misas negras conocen este secreto. En su época corrió el rumor de que Diana de Poitiers y un *Abbé* habían celebrado la famosa «misa del esperma», cuyo repulsivo demonio, hecho cautivo durante esa ceremonia, debía obedecer a su engendrador y c0njurador, de acuerdo con la ley de la conjura. Al parecer, este hechizo amoroso fue el secreto de la pasión que alimentó el joven Enrique II hasta *SÜ* muerte, por una mujer que por su edad habría podido ser su madre.

Josette, la primera doncella de Corinna, se casó y Corinna tomó a su servicio a una mujer delgada y alta, de barbilla barbuda y modales autoritarios, una tal Germaine Regnier, a quien había encontrado en cierto club secreto de jugadores de cartas, que a menudo visitaba sin mi conocimiento.

Germaine Regnier no sólo ejercía al lado de Corinna los derechos de una doncella, sino también los de una amiga íntima y una adepta conspiradora. Con tono de superioridad, dejaba caer veladas insinuaciones sobre su aristocrática procedencia, que, sin embargo, «por buenas razones», debía mantener en secreto. Mencionaba relaciones con círculos aristocráticos y del alto clero, y afirmaba poseer información con la que podría «hacer temblar los cimientos incluso del palacio real». Era una taimada arribista y disponía también de todo el talento necesario para serlo. Fue ella la que organizó mejor la confusa e instintiva corrupción de Corinna.

Bastaba con verla para tener claro cuáles eran sus tendencias. Su aspecto, su aire masculino, sus ropas sorprendentes y travestidas la traicionaban, y me recordaban mucho aquella moda que, en su época, solía preferir la reina Cristina de Suecia.

Se convirtió en esclava y dueña del dormitorio de Corinna, del que se me excluyó por medio de algunos pretextos inventados. Yo me enfurecí y proferí amenazas, desvelé la verdadera identidad de Germaine y sus propósitos; exigí que fuera expulsada de mi casa de inmediato, porque no quería consentir que Corinna, después de un enjambre de hombres, también se envileciera con mujeres, pero se mantuvo tozuda e inflexible. Lloró, me miró con su inocente sonrisa infantil, se lamentó de que yo la atormentara mortalmente con cosas que ella ni siquiera comprendía. Germaine era una pobre y respetable dama, digna de compasión, que la tenía a ella por su salvadora. Y ella, Corinna, estaba dispuesta a seguir a Germaine en la desgracia y el abandono antes que echarla de la casa. Según ella, yo veía fantasmas por todas partes, convertía su vida en un infierno, estaba ya enferma anímicamente por culpa de mis celos, y tanto como lo había deseado en su momento, tanto más la asustaba ahora el hecho de tener un dormitorio común. Hacía poco había soñado con su padre, quien le aconsejó entrar en un convento y tomar los hábitos. Le había hecho prometer que durante dos semanas viviría de forma casta e iría a la iglesia. Ese era el verdadero motivo de que no me dejara entrar en su dormitorio. Era una diestra alumna de Jeanne Girard. Sí, había aprendido de ella, en su propio interés, incluso el arte de soñar. Por un momento, la ira me dominó de tal modo que creí que iba a romperle la cabeza. Pero horrorizado ante mi propia cólera, huí de la habitación. Cuando regresé, la puerta estaba ya cerrada y Corinna me rogaba que la dejara sola y que controlara mi temperamento, porque tenía terribles dolores de cabeza. Sabía que Germaine estaba en la cama con ella. Di una patada a la puerta y, desesperado, las dejé yaciendo juntas.

Péloc quiso ayudarme de todo corazón. Él era el único a quien le mostraba mis heridas, el asco que sentía ante mí mismo y mi desamparo. Me dio consejos sorprendentes por su sensatez, diciéndome cómo debía intentar librarme de mi esclavitud sensual y modificar mi estado espasmódico y ardiente con ayuda de la autosugestión y de la desilusión practicada de forma consciente. Debía reunir con cuidado todo aquello que encontraba repugnante en Corinna, pensar en ello con insistencia, en todo aquello que en general es repulsivo al cuerpo humano. También debía pensar en la doctrina india, según la cual «la mujer no es otra cosa que un recipiente lleno de orina y excrementos», pero todas las veces que intenté utilizar este método en la práctica, me di cuenta de que era incapaz de hacerlo.

Germaine arrastraba a su desvalida señora a todos los placeres y a todos los pecados habidos y por haber. El entorno astral de Corinna se hacía cada vez más horrendo, sofocante y opresor. Con cada desorden se unía un nuevo demonio a la legión de ese ejército famélico de la corrupción. Había incluso probado el sabor infernal de las misas negras. Tenía veintiún años y desde hacía cinco era mi esposa, cuando Jeanne consiguió por fin uncir a Cortey con el yugo del matrimonio.

En la boda de Jeanne volví a ver a Lepitre y a Rosalie. Lepitre estaba todavía más flaco, más encorvado y, si eso fuera posible, más inflamado que nunca, mientras Rosalie estaba más exaltada, fea y desaseada. Durante esta fiesta me di cuenta de que la ansiosa y perversa fantasía de Corinna se volvía hacia el agitado profeta, que se consumía en la hoguera nunca extinguida de la sensualidad insatisfecha y que irradiaba por todos los poros el hambre mortal de una ascética desesperada. Corinna y su entorno invisible se sintieron impresionados y acuciados por ese botín que nada sospechaba, por esa energía sexual acumulada por el autocastigo, bloqueada y embalsamada por la penitencia. Además también estaba allí Rosalie, esa vieja y enamorada Furia, esa loca siempre hambrienta que se aferraba con uñas y dientes a su ídolo y a quien se podía obligar a soltarlo. ¡Qué variaciones del placer masoquista y sádico, qué peligro y qué tragedia! Supe que Lepitre estaba perdido, que no había escapatoria para él, que la magia sexual de Corinna apuntaba hacia su persona. Si de verdad hubiera sido puro y santo, la tentación habría rebotado en él como la flecha de un niño contra una pared. Pero Lepitre estaba contaminado astralmente. Su relación impura y confusa con Rosalie mantenía bajo presión, de forma permanente, sus sentimientos, su febril sensualidad, entre un extremo y otro.

La absurda y tragicómica boda de Jeanne Girard conjuró en mí el recuerdo de mi propia boda con Corinna, con su corona de flores de azahar, rodeada por la aureola de su velo. ¡A qué trampa me había arrastrado aquella infernal virgen con su sonrisa infantil, en la que imaginé abrazar el cielo!

La exaltación que la alegría daba al rostro plano y empolvado de Jeanne, tan sólo lo hacía aparecer aún más tosco y desafiante. La alta peluca blanca hacía resaltar su piel fofa y desgastada, así como los rasgos vulgares de su cara. Las joyas auténticas que había reunido con la ayuda de sus «sueños», parecían joyas falsas sobre su pecho enrojecido y abultado y en sus dedos carnosos. En sus modales escandalosos y desequilibrados, en los que se combinaba un servilismo propio de los lacayos con la insolente confianza del criado, empezaba ya a reflejarse aquel retraimiento condescendiente propio de aquellas mujeres que han tenido suerte. Después de una larga competición, después de hacer lo que fuera por abrirse paso a codazos, después de tantos embustes, de un trabajo a prueba de nervios, tenso y agotador, había alcanzado por fin su objetivo. Ahora estaba algo aturdida, llena de un vacío asombro y del cansancio que siente quien alcanza su objetivo y encuentra la satisfacción de quien se afana por las cosas terrenales. Una vez que el estallido de alegría y de triunfo ha pasado, en este sentimiento suele mezclarse siempre cierta decepción y resignación, el reconocimiento inconsciente del hecho de que algo ha llegado a su cumplimiento y que por lo tanto ha muerto, es decir, el objetivo en sí mismo que se ha acariciado, que ha dado contenido a nuestra vida y que durante largo tiempo ha alimentado el fuego en nuestro interior.

En el rostro de Cortey, que se derretía en una veneración llorosa, resplandecía la simpleza de un niño corto de luces. Cortey era feliz, y Jeanne también. Pero, ¡qué diferencia había en la misma palabra aplicada a dos personas tan diferentes! Nunca fui tan profundamente consciente de la impotencia de las palabras, del hecho de que, en definitiva, sólo enmascaran y cubren de velos las cosas, pero que pocas veces ponen de manifiesto la verdad.

Mi suegra, la *Marquise* D'Anjou, envejecía llena de dignidad y algo ausente. El abismo entre ella y el mundo se hacía cada vez más profundo. Con una sonrisa pálida y absorta y con la leve locura del conocimiento oculto, que ya se había convertido en ella en una idea fija, miraba desde la orilla opuesta de este abismo a las personas a las que efectivamente veía, pero a las que apenas ya percibía. Dios también le había otorgado el regalo de hermosos sueños después de infinitos rezos, ruegos y súplicas. Acariciaba a ese dulce y fiel niño, que, ingenuo, se abría paso a través del peligroso torbellino que la fe de Jeanne y de los «Corderos» agitaba. Cada noche se encontraba con su esposo, y de esta manera se veía indemnizada por la pérdida de Jeanne, ahora que iba a contraer matrimonio. Pasaba los días como en sueños, y sólo de noche vivía la realidad en brazos de su esposo. Aquella mujer, replegada en sí misma, no dudaba ni por un momento de la integridad de cuanto se refiriera al carácter de Corinna y a nuestro matrimonio, y yo ni podía ni quería abrirme paso hasta ella a través de aquel espacio vacío que la separaba de toda realidad.

Corinna se había puesto para la boda un vestido de brocado de color verde pastel. El bajo escote cuadrado del corpino firmemente atado, ponía de relieve de forma ostensible las dos colinas nacaradas de su pecho apenas cubierto. La blanca y sedosa peluca y los resplandecientes brillantes de sus pendientes con su fulgor azulado otorgaban una increíble belleza a su nariz nerviosa que se alzaba con atrevimiento, a sus ojos rasgados, a sus cejas, que parecían arcos trazados con tinta china, y a sus burlones labios rojos. Utilizaba un perfume oriental, denso y dulzón, que había comprado por una fortuna a un viejo eunuco turco, que a causa de un misterioso pecado había huido a París. Este perfume actuaba en mí como un inquietante estímulo erótico y cuando lo olía se apoderaba de mi persona una ira amarga y celosa y un punzante deseo. En su mano hacía girar un enorme abanico veneciano, de encaje negro, que multiplicaba y esparcía este aroma.

Cuando entré en la pequeña sala de lectura que comunicaba con el salón amarillo, vi en el hueco de la ventana a Corinna en compañía de Lepitre. Una gruesa alfombra absorbió el eco de mis pasos. Ni siquiera volvieron sus cabezas hacia mí, sumidos en una especie de trance. La expresión del rostro de Corinna, su porte, el torbellino rojo que ardía a su alrededor, me hicieron darme cuenta al instante de lo que estaba pasando. Lepitre, con los ojos entornados y mientras la agitación hacía aparecer manchas rojas en sus mejillas repletas de rojas venillas, hablaba en voz baja, contenida y apasionada, y Corinna lo escuchaba. Qué bien conocía yo ese rostro, su dulce y ávida sonrisa infantil, con la que en apariencia escuchaba atenta las palabras que se le dirigían, cuando en realidad sólo escuchaba detrás de las palabras el eco de sus propios sentimientos. Enjuiciaba a quien tenía delante, se imaginaba sin pudor alguno su rostro y su voz en el momento del acto sexual, y en medio de la corriente de las frases grises que iban en otra dirección, se desnudaba, se dejaba despojar de todas las ropas y se ofrecía de forma explícita y sin posibilidad de confusión.

Tomé asiento en un sillón de alto respaldo en la habitación que se hallaba en penumbra.

Lepitre intentaba sin duda convertir a Corinna, sin ni siquiera darse cuenta del modo inusual e impetuoso, apasionado y placentero en que esto sucedía. Las palabras fluían con un nuevo sabor de su boca, en sus venas estallaba una oleada de sangre tras otra. En esta peligrosa situación en la que, enardecido como estaba, se había metido y cuyo reflejo intentaba interpretar como una luz celestial, se convirtió en poeta, aunque este fuego era avivado por demonios muy por debajo del umbral de la conciencia, donde las esferas del instinto, a menudo negadas y reprimidas, se convertían en hambre y emociones. Corinna, como sumida en una admiración extática y olvidada de sí misma, levantó los hombros y se acercó al cuerpo de Lepitre con los pechos desnudos y con aquel aroma que brotaba de su cuerpo. Se inclinó hacia delante para beber directamente de la boca de él las palabras con sus labios abiertos, voluptuosos y ávidos. Yo estaba seguro de que Lepitre, un segundo antes, nunca habría soñado en llegar a besar a Corinna, y que incluso habría rechazado este pensamiento con santa indignación. Pero de pronto, en medio de una frase llena de unción, se abalanzó sobre los labios de Corinna y la rodeó con fuerza con sus brazos. Y mientras el cuerpo de ella se aferraba a él como un pólipo y lo seguía azuzando, lanzó un sordo gemido, como un animal herido. Luego de pronto se soltaron y se separaron. Lepitre miró fijamente con los ojos horrorizados y muy abiertos el rostro encendido de Corinna, luego tartamudeando pronunció unas palabras de disculpa, se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación. Corinna, con un lascivo movimiento de hetaira se alisó el traje, se subió el vestido por encima de los hombros, se volvió a medias... y me descubrió sentado en mi sillón, como en una especie de palco frente a ella, un espectador petrificado y alterado. Pero ni por un instante se sintió insegura. Nunca la vi perder el dominio de sí misma. Se rió.

-¿Lo has visto? -dijo mientras la risa la sacudía cada vez con más fuerza. Me hizo un gesto con los ojos entornados, como un pilluelo, como si yo supiera un buen chiste-. ¡Valiente profeta! No se me ocurre otra cosa. ¡Y en medio de su sermón...! ¡Es una lástima que Rosalie no lo haya visto! -casi se ahogaba de risa-. ¡Pensé que me arrancaría la cabeza de un mordisco!... Si no fuera porque es un sujeto tan disparatado y extraño, ahora mismo armaría un escándalo... -Se apretó los costados con las manos, sacó un pañuelo transparente de su pecho y se secó las lágrimas.

Mi sombrío silencio empezó a ponerla nerviosa.

-¿Por qué te callas? ¿Por qué me miras fijamente como un verdugo a su víctima antes de la ejecución? ¿Acaso crees que tengo yo la culpa? Estoy aquí escuchando sin ninguna malicia los aleluyas que salen de su boca, casi me duermo de aburrimiento, hasta que de pronto me ataca como un animal salvaje. Pero tú te quedas ahí sentado mirando. -Su voz se volvió agresiva y acusadora-. ¡En lugar de

protegerme! ¡En lugar de abofetearle!... ¡Por lo que a ti respecta podrían violarme delante de tus ojos!... Tú... tú...

Yo me levanté y ella se echó hacia atrás.

-Claro... a mí puedes pegarme... ¡A mí sí!... ¡Ya te conozco! -me espetó angustiada. Luego huyó en dirección a la puerta y se deslizó con rapidez fuera de la habitación.

Cabe pensar que Rosalie notara de inmediato el cambio de Lepitre. Pero también es fácil imaginar que aquel hombre trastornado y alterado reconociera él mismo su pecado, arrodillándose ante ella, golpeándose el pecho y suplicándole entre lágrimas que le diera su apoyo y lo ayudara a vencer esta gran tentación de Satanás.

Péloc siguió siendo hasta el final el confidente de esta trágica pareja. Fue él quien me contó los detalles de su crisis, con la intención de realizar en mi ánimo una intervención quirúrgica para arrancarme del alma a este monstruo del sexo que se aferraba a mi vida, desvelando ante mis ojos, sin paliativo alguno, la corrupción ilimitada, inhumana y ciegamente inconsciente de Corinna y sus consecuencias. ¡Pobre Péloc!

Aunque Rosalie perdonó de palabra a Lepitre, en su interior había estallado una revolución. Su ídolo no había caído derribado, pero se había hundido en el mundo de las tinieblas, el subterráneo templo del Hades, y después de la caída se había convertido en un ser de carne y hueso, terriblemente vivo y deseable. El amor desgarrado y celestial de Rosalie se convirtió al instante en una pasión exigente, celosa, ofendida, enloquecida y corporal. Lepitre era de su propiedad, en su grandeza y en su pureza, lo mismo que en su deseo físico. Nadie podía robárselo. Se pertenecían el uno al otro, tanto en el cielo como en el infierno. Los dos juntos se habían elevado hacia el cielo, ¡y ahora deberían arder también juntos en el infierno! Le ofreció a Lepitre que intentara satisfacer con ella sus oscuros deseos, porque esto seria un pecado mucho menos condenable que si lo hiciera con la esposa de otro. Después harían penitencia juntos. Sólo una vez... sólo una única vez. Pero Lepitre se horrorizó ante su enfermiza exigencia que casi lo abrasó... y ante su... fealdad, su olor desaseado, su piel vieja, arrugada y grasienta, sus pechos fofos y colgantes como bolsas, que ella le ofrecía con un dudoso y salvaje espíritu de sacrificio. Lepitre ya estaba infestado por la belleza de Corinna, por su aroma, por el sabor de sus labios y por el recuerdo de su cuerpo firme y elástico. Rosalie se dio cuenta de la triste verdad, y nuel rotundo rechazo se convirtió poco a poco en un bilioso y enfermizo odio contra Corinna, contra Lepitre... y contra sí misma. Todas las cosas nue se derrumbaron sobre ella, trastornaron su espíritu. Se encerraron en su vivienda común porque no querían revelar a los «Corderos» y a los profetas oponentes el odioso fracaso de su vida, pero eran como dos animales salvajes que han sido encerrados en una jaula, dos animales salvajes de los cuales uno se ocultaba, huía, se camuflaba y eludía al otro, mientras que el otro se mantenía siempre al acecho, espiando furioso al otro, forjando tétricos pensamientos a partir de los más mínimos indicios. Sus camas, esas cunas de sus arrebatos celestiales, se convirtieron en bancos de tortura, ya que el puente mágico que habían creado entre sí durante sus misas negras celebradas en el plano espiritual, seguía manteniéndoles comunicados, pero esta vez les transmitía el veneno del rechazo impotente, de la desconfianza, del odio lacerante y de la encendida acusación.

No dudé ni por un instante que Corinna buscaría el encuentro con Lepitre. A partir de una observación de Jeanne, que después de su boda nos hizo una visita de cortesía con su esposo, me enteré de que Corinna había sorprendido a su antigua educadora regalándole valiosos libros antiguos, procedentes de la tienda de Lepitre. Pero Corinna pasó con rapidez a otro tema sin siquiera parpadear. Sin embargo, en aquel momento no dije nada. Estaba cansado de todo aquel asunto. Y además ¿qué habría podido decir? En su alma no se abría ni la menor rendija que diera cabida a la compasión y a la comprensión. Era una hoja en blanco, un ser astral hecho carne, ignorante y sin misericordia, sin experiencia de lo que puede ser el sufrimiento. Yo vivía a su lado como un condenado que paga su culpa y la prolonga sin interrupción, con nuevos pecados, sin querer evitarlos.

Cuando estaba lejos de su cama y de su cuerpo, la odiaba. Pero no podía mantenerme durante mucho tiempo lejos de ella, aunque no llegaba a rebajarme tanto como para tomar la iniciativa. Temblando y lleno de repugnancia hacia mí mismo, esperaba el momento en que volviera a desear la infernal unión conmigo, entrara en mi habitación con su desvergonzada desnudez para provocarme, para encenderme hasta el rojo vivo y acabar rebajándome con la magia de su cuerpo a un animal dominado por el sexo. De vez en cuando me necesitaba, porque sólo a mi lado podía obtener lo que

necesitaba, es decir, la satisfacción sádica de su poder ilimitado sobre todo mi ser ético. También su cacería contra Lepitre y Rosalie se nutría de las mismas raíces venenosas, una caza que era alimentada sin pausa por las fuerzas impulsoras demoníacas que se tendían más allá de su cuerpo.

El desdichado Lepitre y su Rosalie, a causa de las suaves y apasionadas mentiras con las que se seducían a sí mismos, estaban listos para el fuego del infierno astral. El momento de la explosión, del derrumbamiento, se aproximaba. Yo los compadecía, pero cuando por unos instantes de conciencia podía librarme de mi propia enfermedad, veía con toda claridad que Corinna, en aquel asunto, no era más que un instrumento. Había algo en ellos que debía ser destruido, algo que era caduco, que conducía al error y los cegaba, para que más allá de las ruinas pudieran encontrar el camino de regreso hacia ellos mismos. En esas horas en las que, desde una lejanía de ensueño, me llegaban los fragmentos de melodías bienhechoras, sentía también que todo aquello por lo que yo ahora estaba pasando, en medio de horribles tormentos, hallaría en algún lugar su sentido y su liberación. Debía experimentarlo como el novicio que debe cruzar el pasadizo negro como la pez de la iglesia iniciática, tropezando, con los ojos vendados, lleno de un miedo glacial ante lo desconocido. Pero esta sensación sólo me embargaba durante unos breves minutos, que pasaban con rapidez. Por lo demás, mis días y mis noches, las semanas y los meses, me rodeaban como una telaraña gris y sin consuelo que me asfixiaba y ataba. Sentía que el aire que respiraba estaba sucio y cubría mis pulmones de una capa espesa y fangosa, y mi cuerpo de un sudor pegajoso y sucio; asmático y sofocado, en vano me bañaba en nuestro cuarto de baño de mármol verde, que había sido construido como antesala del placer.

Mi respiración se hizo cada vez más dificultosa, las fuerzas me abandonaron, mi tuberculosis empezó de nuevo a torturarme. Tosía. Durante la noche me veía sacudido por terribles accesos de fiebre y en la primavera de 1736 escupí sangre. El bueno y pobre Péloc consiguió con un esfuerzo sobrehumano que volviera a irme de viaje.

Esta vez me dirigí a Suiza, a la cumbre de las montañas con sus casquetes de nieve y su aire puro, donde las ramas que se balanceaban sobre el chapoteante arroyo de montaña se envolvían con una túnica de hielo resplandeciente al amanecer. El brillo llameante del sol que se desprende de la sobria luz crepuscular con olor a nieve, me traía, de manera sorprendente y con gran intensidad, el recuerdo del nido de águilas de Dreisesselberg, aquel castillo desde cuya torre, por la ventana de la habitación, podía contemplarse un paisaje parecido con sus extraños colores y neblinas. En las ventanas abiertas de la pequeña cabana de caza relucían las estrellas, tan cercanas y brillantes como en aquel entonces. También en esa época estaba pasando por una crisis, y los violentos ataques de fiebre de las diferentes enfermedades físicas y astrales no me habían abandonado desde aquellos días.

No me despedí de Corinna. Durante dos días no había vuelto a casa, una circunstancia que facilitó nuestra separación. Debía utilizar las llamas de la indignación que ardía en mí antes de que con su presencia volviera a convertirme en una marioneta indefensa. Le dejé una nota escrita. Esa fue nuestra despedida.

* * *

De hecho, mi viaje fue una huida. Tenía la esperanza de que si conseguía que el desgastado cuerpo de Louis de la Tourzel se repusiera, se rompería al mismo tiempo también el lazo que me tenía encadenado a Corinna.

Quería morir en soledad. El gigantesco horno de alquimia del sol de la alta montaña no podría llevar a cabo el milagro de la transmutación de mi curación, porque en mí no había una importante condición previa, es decir, la voluntad de vivir aquella vida que llevaba.

Así que contemplé sin hacer nada cómo las fuerzas de la liberación hacían sus progresos en mí. Sumiso, yacía en el horno de fundición de la noche, deshaciéndome en sudor y sangre. Pero Corinna no se apartaba de mi lado. La oscura chusma astral me inoculaba despacio el mortal veneno de los Borgia como una horda fanática que conspiraba contra mí, hacía aparecer por arte de magia el penetrante y dulce olor de su perfume en mi nariz, me susurraba al oído sus palabras balbuceantes, llenas de lascivia, sus clamores, sus gritos de placer, y proyectaban, con colores encendidos, la imagen de su cuerpo desnudo sobre la pantalla de mis párpados cerrados. También ellos, los lobos, celebraban el cénit de su poder sobre la llama de mi sensualidad, que estaba ya a punto de apagarse y que sólo se encendía todavía, una y otra vez, gracias a mi enfermedad. Se enfurecían, se acercaban y rodeaban bailando esta hoguera como un enjambre de luciérnagas embriagadas.

A pesar de mi estado cada vez más debilitado, mandaba cartas tranquilizadoras a Péloc y le rogaba que me informara sobre todo lo que sucediera en torno a Corinna, ya que ella ni siquiera se tomaba la molestia de escribirme. Sólo por medio de mensajeros me hacía llegar algunas pocas palabras, que me arrojaba según su capricho, y que en su conjunto no eran más que mentiras, amables o sarcásticas, dependiendo de su estado de humor.

Por Péloc me enteré de que Germaine se había convertido en la señora absoluta de la casa. Dirigía a los criados y organizaba las recepciones en las que, a causa de la nueva pasión de su ama, los juegos de cartas, que cada vez la tenían más poseída, se apostaban grandes cantidades de dinero. Por lo que respecta a los participantes no se preguntaba mucho por el rango y el título. Cualquiera que Germaine considerara por algún motivo interesante o entretenido era bien recibido. Aristócratas que se dedicaban a no hacer nada, gentes dudosas, fulleros, hombres y mujeres con inclinaciones enfermizas, actores y cortesanas llenaban el salón verde convertido en sala de juego desde donde una puerta conducía al dormitorio de Corinna. Se produjeron una serie de robos, estafas y escándalos sexuales que sólo un alto y respetado cargo de la policía pudo apenas tapar en alguna ocasión. Quien entraba en mi casa comía y bebía a mi costa cuanto quería. Como ya he dicho, Péloc me informaba con toda la intención de todo esto. Lo consideraba una medicina, una droga que me devolviera el sentido común. Él creía que el odio y el desprecio por Corinna podrían curarme. Sin embargo, el odio sólo es la otra cara de la pasión. Yo me habría redimido si hubiera conseguido que ella me resultara indiferente, si no me hubiera importado en absoluto saber cómo vivía y en qué sucios pantanos se revolcaba todavía su cuerpo.

Durante el tercer mes de mi ausencia, Rosalie mató a su Lepitre y luego se suicidó. El modo y manera en que sucedieron estas muertes es digna de mención y puso de manifiesto aquella emoción, que rozaba la locura, en que se había agitado aquella mujer mayor enloquecida, empujada por el amor y por unos celos enfermizos. Partió en pedazos, en el sentido literal de estas palabras, a su ídolo, a ese hombre que, con toda seguridad murió con las primeras cuchilladas, pero al que ella, obsesionada y desdichada, quiso hacer pagar por todo, encontrando en ello por fin su propia satisfacción después de tanto deseo acumulado, después de tantas lágrimas, después de todo aquel exaltado onanismo espiritual y después de aquella vergonzosa y degradante caída. Lo despedazó y descuartizó y se bañó en su sangre, porque lo había convertido en un ídolo y nunca pudo abrazarlo, porque había creído en él y había sido decepcionada sin medida y más allá de lo humanamente soportable. Luego se cortó las venas de brazos, piernas y cuello, se echó junto al cadáver destrozado y desangrado, lo abrazó con fuerza y esperó la muerte en ese horrendo, último y único abrazo.

La noticia me llegó a través de las líneas conmovidas de Péloc. Fue él quien encontró los cuerpos. El día del entierro, Corinna dio un concierto en su casa en honor de una nueva estrella en el cielo musical, un arpista llamado Rene Gillet. Ahora podía vérsela a menudo en compañía de Martin Allain, el charlatán, que era considerado su médico de cabecera.

Después de recibir esta carta, guardé cama y obligué a mi cuerpo a no volver a levantarse. ¿Para qué iba a hacerlo? Entre constantes ataques de tos y de asfixia, escupí mis pulmones a pedazos, y adelgacé hasta convertirme en un esqueleto, mientras los bacilos de la pasión destruían el resto de mis fuerzas.

Mi última y corta carta iba dirigida a Péloc. Le agradecía su amistad, que era lo único de valor que me llevaba conmigo de mi pobre vida...

... Pero mi último aliento se ahogó en mi pecho con el nombre de Corinna.

Había vivido treinta y seis años en el desdichado cuerpo de Louis de la Tourzel, hecho de pasión y castigado con una exacerbada sensualidad.

7

La Ventana Verde

A continuación vino aquel fragmento de mi camino que, en su rareza, apenas puede describirse y comprenderse. Quiero intentar hacerle justicia con las palabras, aunque los estrechos límites a que éstas están sometidas no pueden describir aquellos ilimitados colores y matices y la horripilante intensidad de las cosas que constituyen la esencia de las capas bajas de un mundo astral, donde se expanden las raíces de las pasiones y de los instintos reprimidos. De los niveles más elevados del mundo astral, donde la razón da lugar a su delicada y maravillosa pareja dual y donde de su unión surgen las grandes obras del arte y de la intuición, ya hablaré más adelante.

Mi conciencia y todo mi ser se apresuró en el momento de la muerte a volver a Corinna, como si se hubiera liberado del extremo de una cadena. En mi cuerpo astral seguía siendo su prisionero, atormentado por la lepra de la añoranza, en la que el hambre sensual toma formas inimaginables para el organismo humano y donde los sentidos, más allá del sistema nervioso humano, se convierten en circuitos de contacto cargados con tensiones de millones de voltios. Este cuerpo astral se alimenta de las migajas del mundo finito y lábil petrificado en la materia, sin saciarse jamás.

Así pues, fui encadenado a aquella legión que rodeaba el cuerpo de Corinna, el horno de fundición al rojo vivo que irradiaba calor, cuyo fuego se alimentaba con el aceite de la añoranza y del deseo y que se propagaba, lleno de odio, con dedos como garras, a través de los mendrugos de placer de los que se apoderaba.

Vi la vida de Corinna. No pude alejarme ni por un momento, ni siquiera cuando quería darle la espalda lleno de espanto. Y esta manada de lobos formada por mis pensamientos, mis deseos y mis pecados, convertida en demonio y encadenada a mí, me hacía ejecutar sin pausa ese infernal baile de san Vito.

En ese negro aquelarre estaba ya presente también el hermoso Marcel, al que la soga de la horca había expulsado de su cuerpo, y con los horrendos rostros cadavéricos de un blanco azulado, bailaban también en ese corro, con una desesperación sin límite, Lepitre y su desdichada compañera del alma, Rosalie, como esclavizadas lunas del mundo inferior.

El destino de Corinna, como una novela de horror pornográfica, se representaba ante nuestros ojos hasta en sus últimos detalles, en el gigantesco escenario de la existencia física. Se vestía y se desnudaba, se ponía máscaras, se reía, gritaba, mentía, destruía, amaba, bebía, jugaba a cartas, se ofrecía por todas partes, se revolcaba en todos los charcos, obtenía placer para su cuerpo de cualquier perversión, de cualquier emoción. Pero los más fuertes eran los demonios, que no la perdían de vista y la conducían de la misma manera que titiriteros a sus muñecos, haciéndolos bailar tirando de delgados hilos. El juego se hacía cada vez más perfecto. El resistente cuerpo de Corinna podía soportar sin dificultad los excesos, porque el alma que lo habitaba todavía se hallaba en un estado de muerte aparente. Su fortuna, a pesar del apoyo de sus amantes, se había reducido de forma preocupante durante todas aquellas desmesuradas partidas de cartas y en manos de los servidores del amor. Su vientre era del todo estéril, una puerta cerrada a la vida y a cualquier relación. Sus años se consumían uno tras otro y se apagaban como un fuego de paja.

Martin Allain se mantenía con voluntad férrea a su lado, y también ella lo toleraba gustosa, porque en su decidida perversión, que no se asustaba ante nada, había descubierto a un alma gemela.

Allain nunca participaba físicamente en las orgías, sólo estaba presente. La mirada de sus ojos saltones, que siempre ardían con un brillo aceitoso y rojizo, azuzaba a Corinna más que cualquier otra cosa. Ella lo arrastraba a las peores bacanales, se encerraba con él a solas en su dormitorio, lo provocaba con su cuerpo, con sus palabras obscenas, con los venenosos textos de los libros pornográficos de

Assis, pero él se mantenía firme. Este sanguinario *gourmet*, este fullero que había elaborado una teoría, particularmente destructiva, sobre la belleza del pecado y sobre su santa y universal necesidad, que hacía escarnio y se reía de todo, resistía los ataques de Corinna como un muro inexpugnable. Él la encendía, la adulaba, la criticaba y le enseñaba, le daba los consejos pertinentes, la chantajeaba y no se apartaba de su lado. Cuando ella se bañaba, improvisaba sobre cada una de las partes de su cuerpo versos ingeniosos y cínicos pero al mismo tiempo enardecedo-res, hasta que Corinna empezó a sentir un sincero interés por él, más que por cualquier otro.

Allain era un granuja muy astuto. Quería conseguirlo todo, y con este fin sacrificaba año tras año, dominaba su temperamento bilioso y pendenciero, reprimía su secreto deseo por Corinna, venciendo sus celos vengativos y su envidia. Al fin consiguió aquello por lo que se había esforzado tanto. Su método infalible y su esfuerzo eran impresionantes, incluso aunque los empleara en interés de su repugnante objetivo. Corinna, la hambrienta, deslumbrada y hechizada Corinna, que intuía en el abrazo nunca disfrutado de Allain alegrías desconocidas, cayó en el lazo que le había tendido. Sumisa, echó a Germaine, su espíritu maligno menos peligroso, quien, a su manera, le había sido siempre fiel de un modo incondicional, y convivió abiertamente bajo el mismo techo con Martin Allain, le entregó las llaves de su dormitorio y de su caja.

Allain no tardó en sorprenderla. Sabía que vigilaba la puerta de la jaula de un hermoso animal salvaje, que cuando vuelve en sí quiere escaparse y volver a la libertad de los bosques. De la misma manera metódica y tenaz con que había cercado y sometido a Corinna, la mantuvo también prisionera. Encerró bajo llave su dinero y sus vestidos y echó a sus amigos de la casa. Cuando ella, furiosa, se rebelaba, conseguía escaparse de vez en cuando y huir de él durante un breve espacio de tiempo, Allain la golpeaba sin piedad, tanto, que Corinna después debía quedarse en cama durante días, asombrada, asustada y, en el fondo, embelesada.

Él no se hacía ilusiones. Tenía claro que un solo hombre, por apasionado e imaginativo que fuera en el arte amatorio, nunca le bastaría. Así que la arrastró a tales abismos de perversión que ella, gimiendo y destrozada, le pedía clemencia.

La segunda y todavía más espantosa sorpresa para Corinna fue el envenenamiento de su propia sangre. Las feas pústulas de Allain no despertaban ninguna sospecha en alguien a quien sólo veía por su cama y por sus ojos. Pero, más tarde, la enfermedad abrió una enorme brecha en la insensibilidad de su alma.

Cuando las consecuencias se hicieron visibles externamente, ella apenas tenía cuarenta años. De todas formas, su demencial estilo de vida ya la había consumido y desgastado con mayor rapidez que a cualquier otra mujer, aunque mientras estuvo sana pudo luchar con éxito contra el tiempo.

Su repentino envejecimiento y su decadencia se manifestaron primero en su piel. La tersura la abandonó y pronto estuvo cubierta de sarpullidos y manchas resecas y rojas. Las sombras del placer bajo sus ojos se convirtieron en bolsas con reflejos azulados. Tampoco pudo seguir exhibiendo sin pudor sus pechos, ya que los músculos que los sostenían se aflojaron. La candente alegría que brillaba en sus ojos, fruto de la conciencia de su belleza, fue sustituida por una expresión de miedo desconcertado. En sus encías inflamadas, los dientes se aflojaron y fueron cayendo uno tras otro. Las encías y las amígdalas empezaron a infectarse. Su voz se hizo ronca, y su pelo, negro como el ala de un cuervo, que en el pasado había chisporroteado con la electricidad de la vida, se convirtió en una peluca gris, muerta. Su fortuna también había desaparecido... Allain, a quien la sífilis había convertido en un viejo calvo con la garganta llena de llagas, se marchó de su lado con el resto de su dinero y de sus joyas, y la dejó sola con su desgracia y su terror ciego y perplejo.

Pero no fue sólo él el que abandonó ese envoltorio vacío al que sus codiciosas manos de ladrón habían robado su belleza, su salud y su fortuna; sus demonios también le dieron la espalda como a una ruina del todo expoliada que se arroja al estercolero.

Nadie quería ya poseer a Corinna. Con asco y desprecio se apartaban del camino de aquella mendiga siempre borracha, tambaleante y leprosa, que suplicaba una limosna con voz ronca. Tenía el aspecto de una vieja nonagenaria, aunque ni siquiera había cumplido los cincuenta. Sólo el hermoso Marcel no se apartó de su lado. Estaba atado por misteriosos hilos, imposibles de romper, a su cuerpo fosforescente y podrido. Lepitre y Rosalie, gracias a la particular ley de su destino, fueron lanzados lejos por aquella bola de fuego que se apagaba para, bajo la apariencia de otros cuerpos, seguir buscando la expiación, seguir buscándose el uno al otro, seguir buscándose a sí mismos y seguir buscando su redención. Pero yo...

Fue una experiencia estremecedora y, quisiera librar a esta palabra de cualquier impureza, conmovedora. Sólo mi liberación del Homunculus podría compararse a ella, aunque este fue un proceso más lento, que de acuerdo con los cálculos de tiempo humanos duró años. De esta manera, a medida que la belleza de Corinna desaparecía, a medida que se desmejoraba su cuerpo impregnado de magia sexual, poco a poco fueron cayendo de mí aquellas ataduras que me unían a ella y a esa ciega pasión. No sólo porque ella hubiera perdido su encanto físico, sino porque su descomposición en vivo, que tenía lugar ante mis ojos, ardía en mi alma como la piedra infernal de un misterio iniciático en la Antigua Grecia. La tragedia de la caducidad, del desmoronamiento de toda forma, incluso de la belleza más triunfal, me despertó de mi aturdimiento astral. Comprendí la desesperación y la ofuscación del placer corporal, el engaño egoísta del placer en sí mismo, comprendí el peligro mortal del brillante castillo de fuegos de artificio de los sentimientos y de la sensualidad, su esencia satánica que engendra la materia, que lo arrastra todo al abismo. *Comprendí* -pero esto es sólo una palabra, una palabra sin fuerza, que para cada uno significa algo distinto-, *que gracias a ese conocimiento me zafaba de aquella atadura que sólo había podido mantenerme cautivo mientras creí en ella, aunque fuera con repugnancia, intimidado, pero creyendo en ella más que en Dios.* Esta falsa creencia mía se había roto. El tembloroso espejismo producto del calor fue destruido por la fresca y pura ráfaga de viento del conocimiento; porque todo sufrimiento, toda atadura, todo amor, todo horror, desgracia, enfermedad y muerte no son más que una ilusión. *Todas estas apariencias sólo tienen poder sobre nosotros mientras nosotros les proporcionamos con nuestra fe y con la fuerza de nuestros pensamientos materia y cuerpo para* su *existencia.* Todo esto lo reconocí en su esencia y en todas sus consecuencias, y al hacerlo fue como si pronunciara el nombre de esta pasión astral, como en su momento mencioné el nombre del Homunculus y de esta manera me convertí en su señor.

Los vínculos inferiores del mundo físico y del astral se habían desprendido de mí. En estos dos mundos estaba libre. En el cuerpo de Corinna, que se encontraba en el punto más profundo del nivel astral, había deshecho aquellos nudos con los que aquel que está ciego, con los ojos vendados, debe tropezar. Todas estas cosas sólo pueden experimentarse desde el interior. Hay que identificarse con ellas para poder dejarlas atrás con todas sus posibilidades y peligros. Quien consigue elevarse del mundo inferior se ve liberado del infierno. Pero quien cree que puede pasar por encima de él por un estrecho sendero, cae una y otra vez en el abismo. Los «Corderos», Lepitre, Rosalie, Banet, Boisson y todos los demás se tambaleaban, se tambaleaban todos juntos, dominados por el vértigo pero jactanciosos, sobre este puente tembloroso y espeluznante, y creían no tener que detenerse nunca más hasta haber alcanzado el Reino de los Cielos. Pero se equivocaban. Lepitre y Rosalie cayeron de cabeza en el más ardiente crisol. Y yo me sentía invadido por la compasión cuando pensaba en todo aquello por lo que tendrían que pasar y experimentar para encontrar por fin el camino que conduce a la libertad.

Fue un estado de transformación, el momento de gracia en que se anudan tantos conceptos humanos, erróneos y ridículos. El único sentido de la gracia es la ley, que convierte lo malo en medicina, el punto más bajo del pecado, de la muerte y del dolor en punto de partida para ver con claridad. Ni siquiera Dios puede ahorrar al hombre ningún paso, ninguna culpa, ni quitarle ninguna carga de sus hombros, mostrando predilección fruto de un capricho por algún individuo, porque en ese caso el trozo de camino que no se ha recorrido quedaría como una mancha blanca en el mapa del alma, una laguna peligrosa que no se ha rellenado por medio de la experiencia, a través de la cual las tinieblas pueden volver a invadirlo en cualquier momento.

Ya tenía dos llaves en mi mano, las dos llaves de Hermes, pero me faltaba la tercera.

Los demonios del mundo astral ya no me asustaban y no podían someterme, porque había dejado de temerlos. Sabía que su existencia dependía de mí, que yo era su creador y soberano. No debía huir de ellos, sino plantarles cara, porque sólo así se encogían, se convertían en nada, porque sólo así eran absorbidos como el vaho. Había sido un largo camino el que había tenido que recorrer para llegar tan lejos, pero valía la pena cualquier sacrificio. Reconozco que no podía haber omitido nada desde el momento en qye huí del cráneo partido de Rochard con la lata dorada que había robado y que ocultaba el Gran *Arcanum.*

Temer algo significa convertirse en un imán para el objeto del temor. Tan pronto desaparece el temor, desaparece también la fuerza de atracción.

La compasión me hizo permanecer durante un tiempo junto a Corinna. Pero el conocimiento de que su sufrimiento, su horror y su desdicha no eran otra cosa que los dolores del parto a través de los cuales pasaría a convertirse de un desdichado demonio que vaga sin ninguna relación con los mundos superiores en un ser humano, en la medida en que más adelante el sufrimiento puede convertirse en luz, me redimió y me liberó por fin también de esas estériles vacilaciones. La abandoné con un sentimiento de calma y tranquilidad, porque de momento no podía hacer nada más por ella.

Lo que yo necesitaba era una vida monótona, tranquila, inperceptible desde fuera, que creciera hacia dentro, para descansar de aquella hoguera de la que después de todo había descendido, y para reunir mis fuerzas a fin de poder lanzarme al más elevado nivel mental, el más difícil de conquistar. Yo no era más que cenizas y cansancio. Mi cuerpo astral estaba cubierto de quemaduras que apenas estaban curadas. Este horno de alquimista apagado, gris y escorificado, debía ser llevado ahora mediante otro fuego al rojo incandescente de la catarsis.

Antes de seguir avanzando en el tiempo debo dedicar algunas palabras a Jeanne Girard, ya que su destino es un notable ejemplo de los peligros que suponen los experimentos diletantes con los poderes de las tinieblas. Su vida posterior, que a veces, mientras contemplaba a Corinna, pasó ante mí, la observé desde la otra orilla, a través de la Ventana Verde, de forma mucho más penetrante de lo que le habría sido posible a mi cuerpo, a pesar del hecho de que mis pecados habían abierto el tercer ojo en mi frente, este órgano sensorial espiritual de los mágicos seres humanos de la Atlántida. Al fin y al cabo, el cuerpo está ligado al lugar y al tiempo y me había rodeado de un muro que ahora, al otro lado del umbral, ya no era para mí ningún impedimento. Cuando despertaba mi interés por Jeanne, *Madame* Cortey, me apresuraba sobre las alas de la fuerza del pensamiento a ir a su lado, y sus procesos, tanto exteriores como interiores, eran tan claros y manifiestos a mi mirada como un pez exótico en un acuario iluminado por rayos X.

A pesar de que Jeanne poseía capacidades ocultas, su ser engañoso, emanado por bajos y egoístas motivos, la arrastraba a las capas de la existencia más profundas y densas, donde se convirtió en la iluminada estación de paso de los violentos nadadores, de los monstruos del profundo lago astral, llenos de un frío mortal, saturados de corriente eléctrica. En esas profundidades la luz se convierte en un calor que posee un atractivo irresistible, pero destructor, en una triste y lejana reflexión del resplandor divino. Este es el motivo por el que también el velado ser, tanto de los animales salvajes como de los escarabajos, ronda el fuego, lleno de miedo, pero también de un profundo y embriagado anhelo. Es su oración muda, inconsciente y desesperada.

Jeanne estaba saturada de monstruos elementales, que se aferraban más y más a ella, penetrando en el enredo de su organismo anímico-físico y en la obra finamente tejida de sus funciones vitales. Cada resorte que había en ella era manejado por una garra diletante diferente, hasta que era echada a un lado por una voluntad más codiciosa y más fuerte. De acuerdo con los conocimientos actuales de la ciencia médica, se podría decir que fue presa de un extraño e impresionante estado de esquizofrenia. Se dividió de forma explosiva en diferentes personalidades, y las diferentes voces, aspiraciones y horripilantes emociones se sucedían unas a otras. De su boca salía el grito de seres extraños que luchaban entre sí de una forma destructiva y llena de odio. A veces escribía con cada mano un texto diferente, mientras palabras completamente distintas salían de su boca. Se veía forzada a las más diversas actividades: permanecía de pie durante horas, de cara a la pared, negándose a comer, negándose a lavarse y haciéndose sus necesidades sobre la alfombra. Luego, de pronto, ocultaba cualquier objeto que cayera en sus manos en los más diversos lugares, que después no podía volver a encontrar. La mayoría de los espíritus horrorizaban al asustado personal y al lloroso y confuso Cortey con encargos repugnantes. Al principio, cuando todavía asistían a reuniones sociales, se veía obligada por los espíritus que la poseían a pronunciar palabras obscenas y blasfemas y a confesar cualquier pecado que se suponía que había cometido. Su estado se hizo cada vez más amenazador. Empezó a prender fuego a las cosas, a destrozar y arruinar objetos, luego de pronto, se abalanzaba sobre su esposo e intentaba estrangularlo, con tal fuerza que a Cortey le resultaba difícil escapar de la presión de sus dedos agarrotados. Por fin fue a parar allí donde también habían llevado a mi pobre madre: la Salpetriére.

Una vez me vio en sueños, durante un breve y claro momento de total agotamiento. Perturbada y dubitativa alargó el brazo hacia mí y murmuró:

-¿Sois vos... Louis... *Monsieur* de la Tourzel?... ¿Queréis... queréis comunicarle algo a la pequeña Corinna...? Yo no le diré el aspecto que tenéis... tan gris y tan cubierto de llagas... yo... yo le diré algo bonito... para que pueda alegrarse...

De pronto se alteró y lanzó un prolongado grito, como de alguien que es consciente de su profundo sufrimiento.

-¡Ayudadme!... ¡Ayudadme, Monsieur, por el amor a Cristo!... Vos no formáis parte de todos ellos... ¡Hay que atrancar las puertas!... Antes de que sea demasiado tarde... Me están robando la vida... Me despedazan... ¡Cerrad las puertas!... ¡Cerradlas!... ¡Apagad las lámparas... apagadlas! -Pero su conciencia fue barrida y aniquilada al instante por otras fuerzas y de su boca brotó una profunda y ronca carcajada.

LIBRO TERCERO

El Fénix levanta el vuelo



¡Oh, alma ciega! ¡Ármate con la antorcha de los misterios, y encontrarás en la noche de la tierra tu segundo y brillante cuerpo, tu alma divina.'

¡Sigue al guía celestial!

¡Será tu genio! ¡Él es quien guarda la llave de tu futura y venidera reencarnación!

Llamamiento a los iniciados en el *Libro de los Muertos* egipcio.

¡Escuchad en vuestro interior, mirad en la infinitud del espacio y del tiempo! Desde allí resuena la canción de las estrellas, la palabra de los números y la armonía de las esferas. Cada sol es un pensamiento de Dios, y cada planeta una expresión de ese pensamiento.

Subid y bajad, almas en el camino de los siete planetas, y en los siete cielos de los siete planetas.

¿Qué dicen las estrellas? ¿Qué anuncian los números? ¿Qué revelan las esferas? ¡Oh, vosotras almas perdidas o salvadas, las estrellas, los números y las esferas anuncian, celebran y proclaman vuestro destino!

Fragmento atribuido a Hermes

1

Bajo el signo de Acuario

Aquella mujer, cuyo cuerpo me concibió junto con mi nuevo objetivo, era dulce y equilibrada como el fuego del verdadero horno de alquimista.

El lugar en el que nací un gris amanecer del 17 de febrero de 1760 estaba penetrado de la radiación mística de las ciencias ocultas. Mi padre, Cor-nelius von Grotte, era músico de la Corte, confidente y cofrade de Karl, conde de Hessen-Kassel. También sabía manejar con destreza el pincel y la pluma, pero toda su vida había dirigido en exclusiva su viva fantasía y su vena artística a un único foco, al *Opus Magnum*, que cuanto más se perfecciona en el interior, más desaparece del mundo exterior y se hace invisible en éste. Sus pinturas, sus escritos no estaban destinados a este mundo. Se conservan en la Biblioteca secreta de la Orden y sólo pueden acceder a ellos quienes dominan el lenguaje en tres niveles de la historia de los símbolos.

El castillo de Grotte se alzaba en medio de los oscuros y frondosos bosques del Rhón. Las ventanas de su elevada torre del homenaje daban al recodo irisado del Fulda y se asomaban al norte sobre las espumosas cascadas del parque de Karlsaue, sobre los delicados contornos del naranjal y los baños de mármol con su extravagante belleza.

En el castillo reinaban el silencio y el recogimiento; el profundo silencio de la meditación. En sus limpias y grandes salas, sumidas en la penumbra, incluso los pocos visitantes a quienes acogíamos en casos muy poco frecuentes andaban de puntillas. Todos los objetos irradiaban la fascinante renuncia de la clausura, y los que por allí pasaban tenían la sensación de estar molestando a alguien que estaba concentrado en su trabajo o sumido en un profundo reposo, o de romper algún petrificado hechizo que envolvía aquellos parajes en un dulce éxtasis.

Las conversaciones que se mantenían en voz baja al atardecer a la luz de las velas, o las notas procedentes del gran órgano con sus apagadas y majestuosas vibraciones, no rasgaban el velo de esta magia, sino que le proporcionaban el acompañamiento de la belleza artística.

Mi madre, una figura alta y gótica, con unos dedos de una increíble delgadez, un rostro delicado y transparente y una alta y noble frente, era la mujer más silenciosa que había encontrado jamás a lo largo del camino de mi vida, pero su silencio tenía esa naturaleza tranquila y expresiva que se adaptaba con suavidad a todos y a todo. Quien le dirigía la palabra nunca se sentía tratado con indiferencia o con reserva. Su sonrisa, sus ojos, su silencio comprensivo y estimulante animaba a confiarse incluso a aquellos que eran tímidos o reservados. De ella fluía la fuerza del silencio. Era una mujer instruida y muy inteligente. Aunque retraída, siempre en un segundo plano, había recorrido junto con mi padre los escalafones de la Orden. Ella era la primera que leía y juzgaba sus escritos, y sus observaciones al margen revelaban la original intuición que se elevaba a todas las alturas. Quizá la mejor manera de describirla sea afirmando que era la fuerza concentrada en persona, de la que no se malgastaba nada, pero nada en absoluto, en cosas secundarias. Mi padre recibía una enorme fuerza de esta mujer tranquila y equilibrada, ya que él era un artista, entusiasta, inconstante y genial, a menudo entregado a los extremos, que podía entristecerse hasta la muerte. Lo que eso significaba para mí no puede expresarse en modo alguno con simples palabras.

Él se había preparado para mi recibimiento. Ambos sabían quién iba a nacer de ellos. Sabían más sobre mí que yo mismo, pues mi tercer ojo sólo lo había abierto el elixir obtenido mediante un crimen. La Orden ya había contado conmigo, y eso desde hacía algunos siglos, y esperaban mi llegada bajo el signo de Acuario. No necesitaba ocultar nada ni hablar de nada. Mientras mi cuerpo de lactante y el de niño que iba creciendo no estuvo durante años en situación de transmitir mi espíritu, se dedicaron a tratarme como correspondía. Pero más adelante, a la edad de diez u once años, fui considerado con toda naturalidad al igual que todos los júniores de la Orden: un adulto, pero todavía no un iniciado.

Conocían mi objetivo y sabían que dependía de ellos conducirme a este fin. Me amaban y me esperaban, ellos y sus compañeros. Me amaban con un sentimiento mucho más profundo y me esperaban con una alegría mucho mayor que la de otros padres que esperan a su hijo y otros amigos al recién nacido, porque sabían con exactitud el largo camino que había recorrido y desde qué

profundidades del infierno había trepado. El hijo pródigo había regresado a ellos, harapiento, débil y cubierto de llagas; pero la crisis había pasado.

Quien ha sido ya iniciado una vez y ha caído, pierde el recuerdo primigenio. Sólo como un aguijón destructor, como un anhelo nunca satisfecho, arde en él durante su deambular errático por el laberinto la vaga sospecha de la gran pérdida, durante siglos y siglos. Siempre se esfuerza en alcanzar la luz oculta, enloquecido y ciego como una mariposa nocturna. Se rompe las alas, cae, para volver a alzarse de nuevo en un nuevo cuerpo e intentar la ficción de aquella tesis mística que dice: «Consume tu cuerpo en el fuego de tus pensamientos». En estos infructuosos intentos lo cierto es que el cuerpo siempre se consume, aunque en el fuego del anhelo astral que fortalecido por este alimento se mantiene siempre vivo. A partir de ese núcleo de fuego sólo crece a su vez un cuerpo mortal. La luz fría y trascendental del pensamiento se inflamó en mí junto al cuerpo descompuesto y arruinado de Co-rinna, que unificó en un solo foco toda mi inquietud astral, mi entrega apasionada a la imagen engañosa de la belleza de todas las formas y mi enfermiza creatividad, que sin respeto ninguno por mí mismo se habían entregado al esfuerzo egoísta de la búsqueda del placer. Todo esto se había congregado en su interior, había sido absorbido por su sangre y por su carne, se había enlazado a las cadenas de sus formas, y cuando la fórmula mágica de su cuerpo fue destruida, todo se deshizo en la nada. Junto con estas ligaduras despareció también mi deseo, que no sólo iba ligado a ella, sino también al mundo de pesadilla de las ciénagas astrales. En el fuego mental del pensamiento se había consumido también mi segundo cuerpo, forjado de pasiones, prisionero, sideral; y el tercero, todavía como un niño paralizado, adormecido, ignorante, atacado por la amnesia e inexperto, había aparecido ya, listo para el viaje, para alcanzar nuevas orillas del despertar, del conocimiento y de la iluminación.

Mientras duró la fase de desarrollo de mi cuerpo y de mi sistema cerebral, no participé en ninguna reunión. Mi padre y mi madre me alentaban a realizar ejercicios mentales, sobre todo me obligaron a proceder de forma sistemática, por mucho que yo me resistiera. A determinadas horas del día, y esto sin excepción y sin aplazamientos, siempre a la misma hora, tenía que realizar mis tareas: trabajos escritos, traducciones de textos difíciles del francés al alemán o, lo que me parecía más difícil, aprender de memoria pasajes de libros en lenguas orientales, para mí extrañas y desconocidas, que habían sido transcritos a la escritura latina. Más adelante tuve que estudiar todas las lenguas cuyos signos de escritura me resultaban desconocidos: egipcio, hebreo, urdu, sánscrito, tibetano y chino. De esta manera fue educada mi inquieta y precipitada capacidad de pensar, que desfallecía con rapidez, me forzaron a la concentración y a una constancia paciente y aplicada incluso cuando aquello que tenía que hacer ni me atraía ni me interesaba. Todo esto no era más que la antesala del aprendizaje. Sin embargo, me veía recompensado con largueza de estos áridos ejercicios por aquellas otras horas que despertaban mis sentidos místicos, que ejercitaban los finos tentáculos de la intuición, que avanzaban a tientas, más allá del tiempo y del espacio, siguiendo los pensamientos hasta la crónica del *Akasha* etérea.

La música y la poesía ocultas fueron mis amas de cría: me contaron aquellos cuentos, me empaparon con la estremecedora luz lunar de los misterios, encendieron mi fantasía y me enseñaron a comprender el sentido de los símbolos.

2

El templo de la Luna

Gracias a los numerosos años de sosiego y protección, volvió el recuerdo de las horas, de un gris argentado, durante el crepúsculo vespertino, que había pasado en la habitación de trabajo de mi padre, horas que en apariencia se asemejaban como gotas de agua en cuanto a la inmutabilidad del tiempo, que quedaba en suspenso. En el dorso cobrizo de los enormes tubos del órgano se reflejaban sin estridencia siempre las mismas luces, y las descubiertas y sonrientes teclas de los tres teclados manuales se adaptaban siempre de la misma manera a la presión de los dedos huesudos y ágiles de mi padre. Organizaban para mí la belleza de la poesía trascendente, que supera con mucho todo lo físico, al igual que Orfeo en su época recreó las noches eleu-sinas, Orfeo, a quien se le había concedido un don y que más adelante sería el más incomprendido mediador del arte divino.

Cuando mi padre quería contarme una historia, sabía siempre comunicarme su contenido emocional mediante un especial preludio al órgano, comprensible y rico, alegre y colorista. Al hacerlo tocaba acordes místicos, hipnóticos, sólidos, que abrían en abanico, ante los ojos videntes, un remolino de color maravilloso, brillante, que llenaba la estancia y daba forma de símbolo viviente a la historia que él entonces, con su agradable voz, dulce y suave, sólo tenía que convertir en palabras.

La primera historia era como la relato a continuación: En la ciudad de Ur, donde los seres humanos llevaban el delicado rostro lunar de las criaturas de la noche, vivía la princesa Bel-Salti-Nannar, la hija de Nebunaid. Esto sucedía en los últimos tiempos de la ciudad de Ur, la ciudad de Abraham, tras la muerte del gran Nabukadnusur. En los ojos de la princesa Bel-Salti-Nannar resplandecía el reflejo del elevado templo de la Luna con sus puros perfiles y las frías sombras de las claras noches de luna llena, que envolvían las lisas superficies de los muros en la oscuridad. Bel-Salti-Nannar era hermosa y extraña a todos. Sus compañeras de juegos se apartaban de su lado, porque percibían que, a pesar de su joven cuerpo, era mucho mayor que ellas; los hombres la evitaban, porque sus sentidos les advertían que detrás de esa doncella no ardía el devorador fuego de los deseos, ya que en su interior callaban, como un ligero y gris puerto, las cenizas de terribles experiencias de tiempos pasados. Así que Bel-Salti-Nannar fue consagrada al templo del dios de la Luna y de la diosa de la Luna, Nin-gal, a la bóveda celeste, que se arqueaba por encima de las pirámides escalonadas del zigurat y al disco lunar.

Bel-Salti-Nannar amaba y conocía la tradición. No se cansaba de preguntar a la Tierra sobre el sagrado y glorioso pasado de la ciudad de Ur, y de modo semejante a su padre, que tenía un sentido especial para la investigación científica, leía los mensajes secretos de sus antepasados, que les habían sido transmitidos en esculturas y tablillas. Era un espíritu reflexivo, inquieto e inquisitivo, valiente, y no le asustaba plantear también sus preguntas a Nannar, el dios lunar, y a su radiante esposa Nin-gal. También a ellos los asediaba e interrogaba sin tregua. Quería comprender a los dioses en lugar de limitarse a creer en ellos y a honrarlos.

Los nueve ancianos sacerdotes observaron con una ligera sonrisa omnisciente cómo su alta y delgada figura, cruzando los rayos de luz de la luna crepuscular, recorría con paso ligero el camino sagrado que atravesaba el recinto sagrado y penetraba en el pasadizo de las nueve columnas.

Después, se retiraron en silencio al pequeño santuario y encendieron las cuatro lámparas de aceite que rodeaban el trono de la velada diosa Nin-gal.

Bel-Salti-Nannar subió los peldaños de la escalera, cuatro veces siete, y se situó en lo alto de la torre cuadrada de los astrónomos, frente a la luna llena. La suave tela de su túnica azul fue envuelta en la luz de un vivo crepúsculo argentado, mientras la densa sombra de su propio cuerpo se perfilaba con nitidez a sus espaldas.

-Aquí estoy -dijo sin emitir ningún sonido al disco de luz-. Tú me has llamado y yo he venido para servirte. Mi cuerpo y mi rostro brillan con tu resplandor, así como tu rostro brilla por el reflejo del sol.

Pero detrás de mí caen densas sombras sobre la tierra y tu sombra oscurece el cielo. Todo cuanto tengas que decirme, y todo cuanto yo te transmita, posee una sombra que cae sobre el cielo y sobre la tierra. Por eso, si sigo sirviéndote, porque tengo que servirte unida a tu cadena de luz, lo hago con preocupación y lágrimas, ya que no te comprendo a ti, ni me comprendo a mí misma.

Así habló Bel-Salti-Nannar durante siete años a la luna llena, pero ésta guardó silencio durante siete años y transmitió sus órdenes en el lenguaje mudo del agua, de la sangre y de los jugos. Bel-Salti-Nannar, sin embargo, no desesperó, no dirigió su atención a ninguna otra cosa, y nunca preguntó a los nueve ancianos sacerdotes que siempre encendían las cuatro luces en el pequeño santuario, aquellas luces que rodeaban el trono de Nin-gal, porque sabía que su sabiduría sólo se convertiría en su interior en el bebedizo que sostiene y renueva toda la vida, cuando fuera ella misma quien sacara el agua de aquella fuente misteriosa que los nueve sacerdotes también buscaban, uno a uno y en soledad.

En el séptimo mes del séptimo año fue cuando por fin la luna llena empezó a hablar a Bel-Salti-Nannar.

-A quien pregunta con denuedo se le dará una respuesta. El ser humano pocas veces puede esperar hasta que su pregunta toma forma y se convierte en una flecha que acierta de lleno y rompe el mágico sello del silencio. Tú has esperado todo este tiempo y debes obtener la respuesta. Escucha, enciérrala en tu propio interior y transmítela tan sólo a quien, como tú, la haya merecido.

»En esa infinitud que Él es, en esa verdad, perfección y eternidad que Él es, no puede haber límites. De todo aquello que existe, ya sea la verdad, la perfección y la eternidad, *también es posible e imaginable su absoluto contrario.* Si no fuera así, también Su libertad no sería entonces más que una ficción.

»Así que por lo tanto, ante cualquier ser libre que haya surgido de la eternidad, debe haberse alzado el Árbol de la Ciencia del Bien y del Mal, la Gran Analogía.

»Por lo tanto, ese ser habrá estado en pie ante aquel camino, ante aquella escapatoria perniciosa, contradictoria, mortal y desdichada, delante de ese castillo de fuegos artificiales atractivo, prometedor de placeres, hermoso y, sin embargo, tan pernicioso, que el mundo material, suscitado por su propio anhelo, le presenta con engañosas apariencias, *contra el que el Todopoderoso le ha advertido, pero sin haberle prohibido seguir este camino.*

»No ha sido dado a los seres humanos dejar en herencia su experiencia del mundo a la generación más joven. Las cosas se repiten siempre hasta el infinito, de la misma manera que los círculos del agua se siguen expandiendo cuando se arroja una piedra.

»E1 ser tiene que descubrir y experimentar el camino secundario, la maldad, el mundo de las formas de la muerte, para no sólo creer y aceptar, sino saber, traspasado por el conocimiento, que el camino correcto se halla en Él, es paralelo a Él y que la salvación está en Él.

»La divina dualidad: el Eterno y todas las posibilidades contrarias de aquello que Él es, es la siguiente: Nin-gal, la diosa velada, que ya ha reinado en el hogar primigenio sumergido en el pequeño santuario, a la que los pueblos pasados y futuros honraron y honrarán cada vez bajo un nombre distinto, la dominadora de todas las mujeres pecadoras y benditas de esta tierra que reina sobre mí, su más sumisa servidora, mi nombre secreto, Sin, la mediadora que reina sobre los planetas, sobre el sistema solar, sobre todo el Cosmos, cuyo velo es la Vía Láctea y la inmensa nebulosa estelar. Ella es la diosa de tus padres y la radiante diosa de la tierra primigenia sumergida: Istar, la Isis de la Atlántida.

»En Nin-gal está latente el deseo vehemente. Nin-gal es la tentadora. En Nin-gal se ha despertado el deseo de la reflexión.

»El Eterno es el engendrador. Nin-gal es el gran vientre maternal fecundado, de donde fluye el tercero, el ser con toda la carga del deseo mortal de jsjin-gal y con el conocimiento del Eterno, aniquilado en la muerte.

»Nin-gal fue creada a través de su Sí, pero Él mismo permaneció sin revelar.

»El fruto del vientre de Nin-gal empezó a transformarse.

»Y con ella se inició la Gran Ley: Como abajo, así arriba.

»El ser se dividió en la Gran Madre y el Gran Padre a causa de la ansiedad y la curiosidad por el camino no señalado. Pero la separación hizo nacer las fuerzas contrarias de la atracción y el rechazo. A partir de estas dos fuerzas surgió una tercera, que de nuevo imitó a sus padres. Así surgió del vientre de Nin-gal la multitud de seres, iguales a aquel ser único, y cada uno era una repetición que seguía

alejándose siempre, como los círculos del agua que se van distanciando de aquel magnífico drama divino que se representaba arriba.

»É1 había pronunciado su Sí. Porque la medicina del deseo es la satisfacción, pero para la maldad es el sufrimiento. Y allí donde el mundo dormita latente, allí dormita también el peligro, que sólo puede rechazarse con la entrada en la vida a través de aquellos círculos que penetran en el universo de una existencia plena y perfecta.

»Es verdad que Él no se ha manifestado, pero Él es parte de todos los seres como esencia no manifiesta, indestructible, que habita en todo.

»Este Yo divino no necesita ninguna experiencia, no lo afecta ningún cambio y está por encima de la muerte.

»Nin-gal tiene un anhelo, arde en el deseo de la concepción, pare el fruto de su cuerpo con sudor y con dolores, se regocija en la danza deslumbrante del tiempo e intenta formar la belleza a partir de la materia corrompida, obteniendo una y otra vez un tremendo fracaso, como el escultor que emplea la nieve para dar forma a sus obras.

»Nin-gal acumula experiencias, se decepciona, sufre y se pierde en excitantes e interesantes aventuras del ser, a la vez que intenta por medio de los hornos de fuego del dolor encontrar el camino hacia su paciente, muda, omnisciente y divina pareja, para fundirse en Él. Pero para ello los tres deberían convertirse en dos, y los dos en Uno.

»E1 ser regresa a Nin-gal, y Nin-gal regresa a Él.

»Y puesto que cada ser contiene en su propia esencia el Yo divino omnisciente y lleno de paciencia, en cada ser vivo no sólo está presente el hecho de sus existencia, dramáticamente analógica, sino también el anhelo de Nin-gal -nacido de su amarga decepción y de su conocimiento- de regresar junto a la pareja divina.

Esta es la meditación, el conocimiento y la decepción causada por la materia de la Nin-gal más madura, mientras asciende hacia el Único, hacia el Eterno no manifestado.

»La llamada anhelante, amarga, llena de arrepentimiento de Nin-gal re-suena todavía hoy por el Universo.

»E1 grito de placer tira hacia abajo, hacia la escabrosidad de la existencia.

»El grito de compunción regresa a lo eterno.

»Así discurre la espiral paralela de la caída persistente, eterna, y el enaltecimiento, a través de todos los tiempos.

»En cada novia, la velada Nin-gal se apresura, llena de una placentera excitación y de alegría, a salir al encuentro de la peligrosa aventura del deseo, del anhelo y de la creación de formas.

»En cada sacerdotisa, Nin-gal hace voto de virginidad y se resiste contra los deseos y pasiones que no generan más que sufrimientos.

»Cada seno materno es un nuevo acto de fe y un laboratorio experimental de Nin-gal.

»Y cada féretro es el doloroso fracaso de Nin-gal, del que surge el arrepentimiento y el conocimiento.

»Todo aquello que debe resucitar debe primero morir y corromperse.

»Nin-gal y aquellos seres que proceden de ella deben pasar primero por la puerta de la muerte y de la corrupción, para que Nin-gal pueda resucitar en Él por toda la eternidad.

»Como arriba, así abajo.

Bel-Salti-Nannar permanecía en pie, erguida y tranquila, en la torre cuadrada del observatorio, frente al gran y pesado disco lunar que se hundía tras los elevados montículos de arena. Su respiración brotaba lenta y profunda de su pecho. El rostro pálido y misterioso de Sin había desaparecido, arrastrando tras de sí el largo velo de las galaxias y había dejado paso a la oscuridad.

Bel-Salti-Nannar no esperó a ver la lámpara de las rojas alegrías, el sol. Descendió los cuatro tramos de siete peldaños de la escalera y se apresuró por el pasillo de las nueve columnas, cruzando el rayo de luz del crepúsculo matutino que alargaba su largo brazo resplandeciente hacia ella, sin darse la vuelta. Pasó de largo junto a los nueve ancianos sacerdotes que estaban de pie ante la puerta del pequeño santuario, a ambos lados, formando un corredor; cuando Bel-Saíti-Nannar llegó a la puerta, levantaron ante ella la cortina.

Bel-Salti-Nannar entró en el santuario. En las cuatro esquinas de la base del trono cuadrado ardían cuatro lamparillas de aceite que rodeaban a la figura velada de la diosa de una luz apagada. Se

arrodilló ante el trono, echó sahumerios en el cuenco de cobre y encendió las hierbas aromáticas; luego, a través del humo azulado que serpenteaba en su ascensión, miró hacia arriba donde pudo intuir, tras el velo, el rostro de la diosa.

El santuario se llenó con el silencio del éxtasis. Sólo los sacerdotes que hacían guardia contaron los días ante la puerta.

Fríos y sin ruido alguno, fueron cayendo los velos de la figura de Nin-gal. Al cuarto día, después de la cuarta prueba, Bel-Salti-Nannar pudo ver los suaves contornos de su rodilla, sus caderas y sus brazos. Al quinto vio la mano que sostenía la llave de la vida, y al sexto, cuando también el último velo cayó, vio por fin el rostro de la diosa...

... que era el suyo propio, como si se estuviera mirando en un espejo.

Entonces descubrió lo engañoso de todas las cosas, el engaño que se había condensado para formar la materia y que separaba Aquello que es Uno. Comprendió y reconoció la tragedia que habita en el mundo de los seres y también la suya propia, y le pareció que la solución y la liberación se hallaban infinitamente lejanas, en algún lugar al final de la absorción del mundo solar, por lo que el cansancio y la amargura de la desesperación llenaron su interior.

-¡Oh, Nin-gal, pobre, silenciosa y decepcionada madre, Nin-gal, desdichada madre del mundo! Así que tenemos que permanecer aquí hasta que se consuma el último deseo en el Cosmos, hasta que el faro de la última emoción se apague, hasta que la última curiosidad se convierta en cenizas, hasta que la última burbuja de la muerte estalle en la superficie del flujo del tiempo... Debemos esperar aquí y bailar la danza de la gran espiral acompañados de la música de las incansables flautas de hueso...

... Y las lágrimas rodaron por sus mejillas, mirándose a los ojos en el rostro desnudo de la diosa, en el que brillaba el reflejo de su propio llanto.

Por séptima vez llenó las cuatro lámparas de las cuatro esquinas del trono y echó nuevos sahumerios en el platillo de cobre.

En el crepúsculo matutino del séptimo día, después de una noche que transcurrió despacio, las lágrimas de la diosa se habían secado. En su rostro resplandecía una misteriosa sonrisa, la sonrisa de la novia delante de la cámara nupcial, y detrás de ella, de pronto, se llenó de luz la puerta que conducía al gran santuario, a la noche sagrada de Nannar. En el umbral se hallaba de pie el más anciano de los sacerdotes, ataviado con su túnica blanca, adornada con el símbolo verde pálido y dorado de Acuario. Alargó en silencio la mano hacia Bel-Salti-Nannar, en cuyo rostro apareció ahora la sonrisa alegre y esperanzada de la diosa. Se levantó y siguió al sacerdote a través de la puerta del Gran Santuario...

3

El Gran Santuario

En otra ocasión, durante el crepúsculo vespertino, mi padre continuó su historia de la siguiente manera:

... El recinto del Gran Santuario estaba oscuro como el interior aterciopelado de la más elevada contemplación. Bel-Salti-Nannar tenía la sensación de que esta oscuridad se aferraría a sus ojos abiertos como una especie de espesa tela. Siguió caminando hacia delante y alargó temerosa las manos, para palpar. El santuario era largo, en declive y empezó a estrecharse. El suelo bajo sus pies era resbaladizo, y aunque con la frente rozaba el techo ya no podía inclinar más la cabeza. El aire se hizo asfixiante, lleno de un olor húmedo, repulsivo, extraño.

En sus oídos penetraba un sonido informe, sordo y pulsante, amenazador, que se alzaba ante ella casi como un obstáculo invisible. De rodillas siguió resbalando entre todas aquellas cosas desconocidas que se oponían a ella con obstinación. La angustia se arrastraba tras su persona como un buho negro; el murmullo de las vibraciones rozaba su piel y la cubría de minúsculas perlas, que procedían del escalofrío del horror. Le pareció estar penetrando en lo imposible. Su cuerpo se estiró a lo largo en el estrecho círculo, sus uñas arañaban convulsas, buscando un asidero para poder arrastrar tras ella la pesada carga.

De repente vio dos puntos de luz verde oscuro justo ante sus ojos, directamente frente a su rostro cubierto de sudor. Se quedó mirando fascinada esos dos fuegos fatuos, mientras una serpiente de espanto glacial rodeó su corazón. Los dos puntos de luz la miraban desde un rostro que llenaba todo el círculo visual, desde el foco de dos ojos fríos, burlones y llenos de odio.

-¡Detente! -ordenó ese par de ojos a Bel-Salti-Nannar, a medida que los rasgos iban iluminándose poco a poco en una luz verdosa. Era la piel escamosa y viscosa de un reptil, que brillaba en el resplandor fosforescente de la corrupción. La nariz chata, semejante a unas aletas, se encontraba hundida en esa masa blanda, que cambiaba de forma una y otra vez. Bel-Salti-Nannar comprobó con horror que en medio de la frente tenía un ojo grande, cubierto de un párpado enfermo, cerrado y muerto, un tercer ojo del que fluía pus sanguinolento. En el oscuro agujero de la boca del monstruo reinaba una animada vida: gusanos negros que se contorsionaban enroscándose, con los lomos de un verde brillante que resplandecían con los colores de la sangre, se dedicaban a lo suyo en grandes y ávidas masas. Pero en su descompuesta cabeza de espanto bullía una intensa y maligna vida. Bel-Salti-Nannar sintió cómo los cenagosos y absorbentes pensamientos de ese rostro se situaban alrededor de su espíritu, cómo ese espíritu era envuelto por los brazos como lianas del sarcasmo y de la duda, para ser arrastrado a las profundidades donde pululaban los reptiles astrales, en el sufrimiento de la conciencia de la existencia animal desgarrada.

-¡Mira y fíjate! -dijo el rostro en una muda sugestión. Y tras esta comunicación que en el cerebro de Bel-Salti-Nannar se convirtió en palabras, se acumularon los recuerdos y sentimientos inexpresables-. ¡¿Me reconoces por fin después de decenas de años, a mí, a quien has negado, rechazado y matado, de quien huíste detrás de los siete velos de la materia, por cuya causa derramaste en tu oído el plomo fundido de las voces de los hombres, por cuya causa hiciste cegar tu ojo a las luces de la Tierra?! Tú saliste corriendo y gritaste, te has embriagado y has amado. Te has entregado en templos extraños a dioses extraños, bajo el sonido de las cítaras y las flautas, bajo el resonar de los gongs, para alejar el recuerdo de mi rostro, para aplazar ese momento en el que volveríamos a estar el uno frente al otro: asesino y víctima, tú y yo. Si hubieras sabido que a través de la trampa del Pequeño y del Gran Santuario salías a mi encuentro, si hubieras sabido que soy yo quien te llama, quien te atrae y te tienta y que al final de este horrible camino no hay esclarecimiento alguno, no hay salvación, sólo yo, únicamente Yo, entonces habrías preferido arrojarte desde la torre del zigurat, para que tu cerebro, ese oscuro laberinto, se hubiera estrellado sobre los escalones de piedra del templo. Pero no lo sabías. El pecado del olvido se ha vuelto contra ti y tú has venido, debilitada, siempre sedienta de nuevos

conocimientos, has venido para entregarte a aquel que gracias a la espera, gracias al odio y a tu ilimitado temor se ha fortalecido, a aquel que se alimenta de tu sudor, de tu sangre y de tus lágrimas y ahora quiere luchar contigo por su propia libertad: por el camino de salida, por el poder sobre ti y contra ti.

En el cuerpo rígido de Bel-Salti-Nannar empezaron poco a poco a aflorar los vapores del recuerdo y chocaron como pensamientos temblorosos contra las paredes interiores de su cerebro. Ahora ya sabía quién era aquel monstruo de tres ojos: era la fe que ella había rechazado, traicionado, la santidad que había condenado al infierno, la concentración de las fuerzas en el tiempo mancillada por la magia blanca convertida en negra, que ella llena de horror y confusión había rechazado, como una mujer que abandona el fruto prohibido de sus pecados en algún lugar ante una puerta desconocida, para pasar por la vida con más ligereza tan pronto como se haya librado de esa carga. Todo esto había sucedido hacía ya mucho tiempo, en su país de origen, antes de la gran destrucción, en la época en que reinaba el Tercer Ojo, cuando los seres vivían en el Paraíso de los Tres Mundos y por lo tanto no temían a la muerte. El Tercer Ojo, esa puerta de la visión mágica y del poder sobre la frente del ser humano, se convirtió en el cráter del in, fiemo de la rebelión y de la caída, y la fuerza de los Titanes se volvió contra ellos mismos y entre sí, a la vez que la Serpiente de la Sabiduría se convirtió en pasión en el mundo de los instintos. Bajo el ardiente cuerpo de la pasión fueron incubados los huevos de cobra del egoísmo, de la exclusión, de la depravación y de la destrucción. Los Titanes veían el mundo espiritual, pero no tenían ninguna clase de experiencia con la materia, que contenía el pía-cer absoluto y la tentación marcada por la muerte. Eran recién nacidos en el laberinto de la materia y se perdieron en ella. Las fuerzas procedentes del Cosmos que habían conjurado con la ayuda del Tercer Ojo se hicieron cada vez más densas y destructivas, porque con su ayuda atacaban el círculo mágico del otro, al que había que arrebatarle aquello que apetecieran en un momento dado los sentidos envidiosos. El puro resplandor del radiante Sol dio la espalda a la Tierra, y los brazos de vampiro de los planetas apagados, que todo lo devoran y todo lo engullen, se abrieron paso a través del órgano trascendental, del tercer ojo de los seres errabundos, penetrando así en el mundo. Incluso la sacerdotisa consagrada fue arrastrada por aquella mágica tormenta. En su alma se hundió el templo, las malas hierbas crecieron sobre su pecho, se perdió la llave, y en el interior del santuario, bajo tierra, la idea sagrada y reveladora se convirtió, con la caída, en un fantasma amargo, corrompido y terrible, en un demonio poderoso ante el umbral. Cuando los Jueces del Cosmos consideraron llegado el tiempo de poner fin a este infernal espectáculo, una pequeña Luna cayó y el fuego y el agua cubrieron con sus mareas la Tierra. El Titán rebelde fue expulsado del Eterno Paraíso del espíritu. Perdió su tercer ojo, y el lugar que éste ocupara permaneció como centro de intuiciones bajo la tapa del sarcófago de los huesos de la frente, manteniéndose como una pequeña, misteriosa y encogida glándula. El Titán se hizo hombre, había experimentado el pecado y el sufrimiento. En lugar del tercer ojo que había perdido, con el que podía ver los espíritus, desarrolló sus circunvalaciones cerebrales, dedos de pensamiento tangibles y causales, con cuya ayuda rozaba con torpeza los jeroglíficos de la Naturaleza, pero sin poder establecer ya un concepto total de la maravillosa síntesis.

El cielo se cerró y un miedo mortal cayó con toda su insoportable carga sobre los hombres. Sus dedos de pensamiento palpaban con tenebrosa impotencia en la oscura nada. Sus dioses, nacidos del miedo, eran tiranos mortales que sólo amenazaban y asustaban, y el consuelo que les proporcionaban siguió siendo ineficaz ante los duros golpes del destino

□ue les asestaba la existencia material. Sus dos ojos ciegos ya no podían mirar más allá ni por encima de los muros de la prisión de la cuna y je la tumba. Pero la serpiente, que se deslizaba desde su cabeza y por su espalda hasta los lomos, les exigía cada vez nuevas víctimas del placer, vivas y llenas de sangre. El ciego candidato a la muerte engendraba hijos ciegos para la muerte.

El gran poema épico del acabado Titán Gilgamesch sobre la primera conmoción de la muerte, lo compuso junto al cadáver de su amigo convertido en mortal:

¡Enkidu, amigo mío, el veloz asno, el asno salvaje de las montañas,
la pantera de la estepa! Después de que nosotros, haciéndolo todo juntos, subimos a la cima de
la montaña, nos apoderamos de la ciudad..., matamos al toro del cielo, también asesinamos a Chumbaba, que vivía en el bosque de cedros, en los pasos de las montañas matamos leones. Amigo mío, a quien amé más allá de toda medida, que pasaste conmigo por todas las adversidades. Enkidu, amigo mío, a quien amé más allá de toda medida, que pasaste conmigo por todas las adversidades, se ha apresurado a alcanzarle el destino de la humanidad. Por él lloré seis días y siete noches, no permití que lo enterraran hasta que los gusanos

cubrieron su *rostro.* Me *horrorizó el aspecto de mí amigo, ¡me espantó la muerte y huí a la estepa! ¡El caso de mí amigo me pesa tanto que corrí por lejanos senderos a la estepa! ¡Enkidu, el caso de mi amigo me pesa tanto que corrí por lejanos senderos a la estepa! Ay, ¿cómo voy a callarme? Ay, ¿cómo voy a guardar silencio? /*Mi *amigo, al que amaba, se ha convertido en tierra! ¡Enkidu, mi amigo, al que amaba, se ha convertido en tierra! ¿Me acostaré también yo como él para no levantarme por toda la eternidad?*

Sin embargo, bajo las aguas del recuerdo, en el vientre cenagoso del mar sumergido, esperaba en silencio el Templo Olvidado, cuya llave se había Perdido y en cuyo santuario amurallado vagaba como un fantasma convertido en monstruo el dios muerto de los sacerdotes y sacerdotisas caídos.

Bel-Salti-Nannar supo de inmediato que se encontraba de nuevo en el Templo Olvidado. Ella había descubierto el acceso, perdido en la memoria de los tiempos, que ya había recorrido una vez, pero cuyo recuerdo habían borrado de su alma las manos del Juez. Detuvo sus pasos ante la puerta del santuario convertido en prisión, ante la cual hacía guardia el culto negado y escarnecido, aquel demonio que había tomado forma a partir de la fuerza de sus propias fórmulas mágicas, de la fe que ella había repudiado y escarnecido.

Bel-Salti-Nannar sintió temor, tenía un miedo que no se puede expresar con palabras. Y a medida que su temor crecía cada vez más y se convertía en un férreo espanto, más vivo resplandecía el Guardián del Umbral en la luz fosforescente de la corrupción. Este salvaje horror, superior a cualquier sentimiento, estaba a punto de estallar en ella, convirtiéndose en pánico, en locura, en un grito enloquecido y estridente, cuando en su interior surgió desde las profundidades, como la proa de un barco, la imagen de un diagrama que estaba grabado en las columnas del Templo y que representaba al Guardián de la puerta y a aquel sacerdote que lo venció iluminándolo con su lámpara y atravesando su corazón con una daga. En ese mismo momento Bel-Salti-Nannar fue consciente de la fórmula que debía emplear. De este modo, la oleada de temor retrocedió y se convirtió en una tensa y lisa superficie de atención. La luz de la lámpara empezó a ganar en intensidad... y el rostro del monstruo empalideció. En medio de esa semioscuridad triste resonó la voz interior de Bel-Salti-Nannar, que como una daga alzada brilló ante el rostro del demonio.

-¿Cómo quieres vencerme tú, pobre sombra, a mí que soy tu creador y señor? ¿Cómo podría la criatura vencer a su creador, y cómo podría el creador dejar mano libre a su propia obra para que actúe a su libre albedrío y como mejor le parezca? Yo soy la responsable y en mí está la solución. En ti me he encontrado ahora con una parte de mi ser, al que humillan mis antiguos pecados, pero que ahora quiero purificar. Quiero liberarlo en aquel Dios que habita en mí, no fuera de él ni contra él. Te liberaré, Guardián, porque no te odio; sólo te compadezco, y voy a hacerlo sin rechazarte, atrayéndote hacia mí, no huyendo de ti, sino saliendo a tu encuentro para estrecharte contra mi pecho. Acariciaré y lavaré tus heridas para que las llagas oscuras y purulentas se abran a la luz blanca y el tiempo que fluye se convierta en eternidad. Ven...

De este modo el rostro empalideció, al tiempo que las escamas viscosas e hinchadas se convirtieron en cenizas secas para ir a caer ante la luz de la lámpara. Los dos ojos se apagaron y, detrás de la materia que se desintegraba, por un momento se hicieron visibles los firmes trazos del cráneo, aunque éste también se desmoronó y se convirtió en nada, como el vaho. En el lugar que ocupara el Guardián quedó una minúscula luz del tamaño de la cabeza de una alfiler, y en el interior de Bel-Salti-Nannar se produjo un murmullo de devota alegría: la única llama sobre el altar del Gran Santuario la saludaba, la «Luz Eterna», que nunca se apaga, en el cáliz de alabastro.

Bel-Salti-Nannar se irguió en el interior de la sala que se había ensanchado. Su mirada contempló atónita el contorno liso de las enormes columnas, y después se alzó hacia el manto de estrellas de la aterciopelada bóveda celeste.

Ocho salas se alzaban una tras otra, cada una mayor que la anterior. Sobre el altar de la octava se encontraba el cáliz de alabastro con su solitaria llama, y detrás del altar, el espacio se extendía hasta el infinito.

Cuando sus ojos se hubieron acostumbrado a la suave penumbra, ante el altar pudo ver un sarcófago, que en ese mismo instante empezó a abrirse. El cuerpo joven y caliente de Bel-Salti-Nannar intuyó con un escalofrío el frío y mortal contacto de la piedra. El olor mohoso de la cámara mortuoria le golpeó en la cara y en su cuerpo percibió pequeños y desesperados gritos de espanto como si cada partícula de su cuerpo, despertada a la vida, lanzara gritos de dolor, como si su sangre, carne y músculos, sumidos en el pánico de aquel miedo mortal, se amotinaran y lanzaran prolongados

chillidos. Estos rebeldes del instinto vital tiraban de ella y la empujaban apartándola del sarcófago abierto. Pero Bel-Salti-Nannar se mantuvo firme. Libró a su clara conciencia anímica de toda sublevación y ordenó silencio desde las alturas del Sagrado Objetivo.

El escándalo cedió y se hizo el silencio, un silencio profundo, petrificado, un silencio cargado de esperanza. Bel-Salti-Nannar se metió despacio en el sarcófago. Se echó de espaldas y se tendió entre los brazos glaciales de la piedra.

Su cuerpo se fue enfriando poco a poco y se quedó rígido.

Sus párpados temblaron, luego sus ojos se aquietaron también.

Todavía pudo sentir cómo resbalaba su mandíbula y se abría su boca, y luego, de repente, como empujada por una fuerza violenta, empezó a caer hacia el interior a una velocidad de vértigo...

Su conciencia, a la que se aferraba convulsa, la abandonó. Las tinieblas la penetraron y la cubrieron como la cascada de agua cubre al que se está ahogando. Sabía que no debía perderse a sí misma, que tenía que orientarse, que debía recordar... Pero, ¿dónde? Pero, ¿hacia dónde?... No... eso era falso... Tenía que pensar en el presente... La luz ante el altar... y detrás se abre el espacio... Un enorme espacio interior... se hace más profundo y se estrecha como un embudo... El cuello del embudo es estrecho...

Ahora percibía que caía de cabeza en la abertura del embudo. Su conciencia empezó a estrecharse, se convirtió en un punto minúsculo, inconmensurable...

... Y se deslizó a través del estrecho anillo.

Fue a parar a la corriente sanguínea de un Universo enorme, gigantesco, ruidoso, sonoro, radiante, apresurado, borboteante, circulante, al Cosmos del mundo inferior, donde los planetas, soles, sistemas solares, las vías lácteas y el torbellino de la nebulosa estelar ejecutaban la eterna danza de la muerte y la renovación.

Sintió un inmensurable placer, el embriagador placer del poder, la sensación del absoluto concentrada en sí misma, y pudo percibir también cómo su conciencia crecía, aumentaba y atravesaba el Cosmos.

¡Estas fuerzas eran sus fuerzas! En ella, a través de ella y por ella giraban, fluían, brotaban, barbotaban, morían las estrellas, los soles y los sistemas solares y nacían de nuevo una y otra vez. Ella era la poderosa conciencia colectiva, la síntesis, el Titán y la Diosa de este Universo. El torbellino que cantaba y cascabeleaba, radiante, ardiente y resplandeciente, penetrado de vida, era su creación, que se reflejaba en ella y que a través de ella adquiría un sentido.

Todo era armónico, conforme a las leyes, integrado en un orden de imponente belleza, traspasado de incansable movimiento y de fuerza inagotable.

Majestuosos acordes de satisfacción y de orgullo resonaron en ella acompañados de la jubilosa armonía de las esferas.

Reinaba en inmensurables y majestuosas alturas sobre las cosas, y cuando miró hacia abajo, hacia la Tierra, se desencadenó en ella la feliz revelación del último día de la creación:

-¡Y he aquí que era muy bueno!

Y así siguió, a través de infinitas épocas con los incansables torbellinos, giros y repeticiones del equilibrio. Y así cantó y sonó, así rugió, ardió y resplandeció la totalidad del Universo en ella, a través de ella y a su alrededor...

... Hasta que poco a poco, con el paso de tiempos infinitos y repeticiones sin fin, aparecieron el agotamiento y el cansancio.

Este cansancio se convirtió paulatinamente en indiferencia, en un gris aburrimiento, para luego dejar paso a una impaciente insatisfacción.

En esos instantes, ya no se sentía como un Titán vencedor, como la feliz Diosa del feliz Universo, sino como la prisionera en un calabozo hecho de muros de piedra y rodeado por las cadenas de una ley primigenia. Como último motivo y conciencia colectiva apareció la soledad de todo un Universo glacial e indivisible.

Más tarde, en esa soledad insoportable, en esa soledad desolada e irremediable, se inclinó hacia los átomos de su universo interior y empezó a acercarse a ellos, para buscar a aquellos seres en los que podía reflejarse con su sensación de carencia.

La imagen unitaria se desperdigó en fragmentos. Vio las innumerables unidades por todas partes, copias de su propia imagen, que se apresuraban a huir distanciándose entre sí y cayendo unas sobre otras. También vio cómo se empujaban, cómo luchaban, cómo se amaban, cómo rezaban, maldecían, parían y eran paridas, cómo morían y eran consumidas por la enfermedad y cómo toda forma que

producían se descomponía a su alrededor. En su ser reconoció los mismos círculos, los mismos torbellinos que se repetían en su cosmos interior, y miró una a una cada unidad cerrada de aquel microcosmos interior, cuyos átomos llevaban en sí mismos la misma ley, que se repetía hasta la infinitud. Después de eso se vio sacudida profundamente por el espanto, la desesperación, por la tristeza mortal y el tormento desamparado, al reconocer la caducidad de la materia, su ser demoníaco, que arriba y abajo lo penetra todo y todo lo destruye, por lo que concentró toda su conciencia en un único esfuerzo anhelante: liberarse.

Pero, ¿hay una salida allí donde todo gira en círculos?, ¿hay escapatoria del abrazo asfixiante de la serpiente que se muerde la cola?

Su deseo de liberación se hizo cada vez más intenso y firme y poco a poco se fue condensando en un centro de energía también más fuerte. Su conciencia se estrechó hasta convertirse en un único y penetrante rayo de luz y se identificó con ese esfuerzo. Esa varita mágica irrompible e inflexible convertida en daga encontró por fin aquella única y oculta ranura a través de la cual podía acceder desde aquel laberinto circular en espiral a algún otro lugar.

El estado al que accedió recibe el nombre de la Antesala de los Mesías.

4

La antesala de los Mesías

Allí no había nada más que una tensión informe, y reinaba tan sólo la penumbra de la caída, el presente de la Concepción Inmaculada, donde lo No-revelado se esfuerza en adquirir el ser.

Esta era la puerta de la Buena Nueva, a través de la cual toda revelación fluía, antes de que se invistiera, en el mundo de Nin-gal, de las vestiduras materiales de la Palabra.

Y en ese lugar fue donde el misterio del conocimiento absoluto y de la liberación se hizo inherente a Bel-Salti-Nannar.

Para terminar, tenía que volver por el misterioso sendero: todos los seres deben volver, al fin y al cabo, desde la antesala de los Mesías, ya que fueron fecundados a través de la Palabra.

Cuando Bel-Salti-Nannar se levantó de su sarcófago en el Gran Santuario, los nueve ancianos sacerdotes ya la rodeaban; detrás de ellos se hallaban sus noventa discípulos en formación, y finalmente todos aquellos que pertenecían al Verdadero Templo. Esperaban que les hablara y les anunciara el motivo de su regreso.

El más anciano de entre los sacerdotes se inclinó ante ella y la llamó por su nombre.

-¿Así que has regresado, Bel-Salti-Nannar?

-He regresado -contestó ella en voz baja, ella a la que habían nombrado con su nombre divino-. He regresado para hablaros. ¡Escuchad! Lo que tengo que deciros no puede quedar fijado en ningún texto, ni conservarse en ninguna imagen. Lo que os revelaré es el *Camino* en sí mismo, la *Acción* en sí misma y el Fin de Toda Actividad. Es la Última Entrada. Escuchad, porque lo que os digo es lo mismo que actuar, que alejarse, que hundirse solo e indivisible en lo separado, cuyo embudo conduce desde el torbellino, desde el desmembramiento a la liberación de la *Unidad.* No es ningún lugar de allí de donde vengo, porque allí termina todo lugar y todo espacio e incluso la palabra «fin» ha sido borrada. El hilo de las palabras sólo pueden conducir de un umbral a otro, más allá del umbral el hilo se rompe:

»¡El misterio es el ser humano!

»El ser humano es una imagen de Dios.

«Refleja a Nin-gal.

»Y oculta lo eterno en sí mismo.

»Nin-gal sólo podrá liberarse a sí misma en la succión del Gran Crepúsculo del mundo, en el momento preciso en que hasta el último ser que haya salido de su vientre haya regresado a ella.

»Pero el ser humano puede seguir su propio camino.

»El ser humano puede liberarse a sí mismo.

»En los seres humanos está aquella Puerta que conduce hacia fuera, y esta puerta recibe el nombre de Dios, El-que-engendra, el No-revelado.

»Estad atentos al Mesías, al Enviado, que una y otra vez aparece para revelar el misterio. Él va delante, abriendo camino, su llamada resuena y conduce a la libertad.

»É1 recorre todo el camino... *y luego toma el sendero oculto que conduce a la puerta secreta.*

»¡Estad atentos!

»E1 vientre de una mujer dará fruto. Siempre y en todo lugar, muy alejados unos de otros, sin saber el uno del otro, entre diferentes razas, en la lejanía de los siglos y de los océanos vuela la noticia, llevada por las alas de la leyenda, acerca de la Inmaculada Concepción.

»De la misma manera que el ser es concebido de forma inmaculada en el seno de Nin-gal mediante la Palabra de Dios.

»Pero el momento en el que el Niño Divino aparece en la Tierra es oscuro y lleno de tensión.

»Los planetas en una constelación bochornosa y asesina llenan el mundo de horror, estrellas fijas envían rayos paralizadores y opresores. Las manchas del Sol, las tormentas magnéticas sacuden las

redes de las vías nerviosas, la tierra y el agua. Toda aflicción sale a la luz. La enfermedad se agudiza, la manía se convierte en locura, la ira en venganza, las discusiones en guerra, y la guerra en un mar de sangre que no puede detenerse.

»Los tres niveles del microcosmos y del macrocosmos empapados en sangre, sacudidos por las tensiones, mantenidos con vida y rodeados de coros de plañideras, observan temblando aquella persona importante que ahora aparece y que inicia su camino...

»E1 Niño se convierte en Hombre. Primero sigue las huellas de otros, se acuerda y se prepara. Pero las cosas que le rodean lo observan ya con el pelo erizado y se oponen, jorque olfatean el peligro, un peligro que supera a todo lo anterior y cuya fuerza de destrucción es más poderosa que lo que hasta ese momento se ha conocido. En ella vive algo desconocido, un principiante se muestra hostil a la vertiginosa corriente de vida y que lo paraliza todo. Lleva en sí misma un bien oculto, un explosivo mortalmente peligroso, que hace estallar la materia.

»Y por ese motivo la materia se rebela. Se revuelve en su propio cuerpo, en su sangre, en sus sentimientos, en su carne y en sus nervios y empieza a martirizar al Niño. Lo atormenta con la incapacidad, con la ridiculez, con obstáculos insalvables, con la difamación, el hambre, el sufrimiento y la enfermedad, por medio de las dudas, por medio de la belleza y por medio de la tentación del placer, con sus múltiples caras.

»Pero estas tentaciones se convierten en pruebas purificadoras y fortalecedoras que permiten seguir avanzando al Mesías.

«Apresura sus pasos. Ya camina por nuevos senderos, por su propio camino. Las huellas han desaparecido. Él es quien abre el nuevo camino, Él es quien deja las huellas y establece los signos.

»Ha descubierto su verdadero yo. Alrededor de su solitaria figura se alza un murmullo lleno de odio. Lo han reconocido: ¡es Él!

«Alrededor de su solitaria figura se alzan las llamas del deseo enloquecido y una salvaje esperanza. Lo han reconocido: ¡es Él!

»Pies agotados siguen sus huellas. Lo han reconocido: ¡es Él!

»La corriente circular borbotea con fuerza poderosa, arrastra consigo las manos de aquellas criaturas del momento que, desesperadas, buscan un asidero, inunda las calles, desintegra la materia en constante flujo y le da nueva forma. La rueda del ser sigue girando sin detenerse en un remolino deslumbrante y vertiginoso, cuyo torbellino enturbia la visión y donde los ojos se ciegan...

»... Pero ante el Mesías se abren, gracias al movimiento de rotación, con-densadas paredes de sombras, y Él pasa por alto las mareas de la creación. Ante aquellos tres mundos, que asisten como espectadores, aparece el sendero durante un momento cegador, bañado en una luz resplandeciente, y durante el breve instante que dura un latido del corazón se hace visible la puerta. En vano intenta la materia atacarlo, obligarlo a caer de rodillas, negarlo y hacerlo desaparecer. La muerte, llena de sufrimientos, del Mesías se convierte en martirio, y el martirio en la llave que abre la puerta de la libertad.

»El Misterio ha tenido lugar ante los espectadores, la Revelación se ha producido, la Palabra ha sido dicha. Los fuegos que indican el Camino permanecen encendidos y las huellas lo muestran: es aquel Camino que a través del sufrimiento y de la muerte conduce a la Liberación.

Cuando se hubo apagado el eco de sus palabras, en la gran sala reinó el más absoluto silencio. La figura delgada de Bel-Salti-Nannar fue difuminán-dose cada vez más sobre el fondo azulado lunar de la sala, que se había extendido hasta el infinito.

El momento en que desapareció fue increíble.

Primero la siguió el más anciano de los sacerdotes, y a éste los otros ocho, después siguieron sus huellas los noventa discípulos y todos aquellos que pertenecían al verdadero templo: los sacerdotes secretos, mundanos, los que servían a la sagrada ciencia, los verdaderos videntes de sueños y sabios.

Fue así como en la época en la que el destino de Ur se cumplió, el templo, el templo de Nannar, quedó solo como una cascara vacía a la que su alma había abandonado. Enmudeció, y en sus salas no volvieron a sonar los himnos de Nannar y su esposo divino. De entre sus columnas no volvieron a surgir serpenteando aquella serie de procesiones, llenas de color, bajo la protección de los caracoleantes símbolos sagrados y el acompañamiento del sonido de las arpas y los laúdes. La tormenta que tras los cambios de las fuerzas espirituales retumbó durante largo tiempo en el Este, estalló de inmediato. Belsazar, el hermano de Bel-Salti-Nannar, que actuaba como representante de su padre, fue

vencido y muerto por el ejército persa invasor. Na-bunaid fue hecho prisionero, y las tierras de Babilonia cayeron en manos del gran Ciro. El pueblo, que como un niño ignorante, vivía en los alrededores del templo, empezó a sentir un extraño frío y se congregó junto al cadáver del culto muerto. Empujado por la insatisfacción emigró y se dispersó, para encontrar una nueva fuente de luz como un enjambre de grillos indecisos y errantes. En los muros del templo de Nannar, el tiempo empezó a levantar sus lentos molinos pulverizadores.

Por aquella época, los reyes persas ya habían abrazado la religión de Zo-roastro, entregándose de lleno y por completo a su nueva fe. De esta manera, la caída de las imágenes también contribuyó al aceleramiento de la destrucción natural y lenta de Ur. De la ciudad, en su momento tan poblada, tan sólo quedó un montón de ruinas, e incluso su nombre cayó en el olvido. En los huecos del zigurat anidaron los buhos y los chacales se refugiaron en sus arcos. A la sombra de la torre los beduinos plantaron sus tiendas, sin sospechar que aquel santuario, enterrado bajo la arena y las piedras modernas, había sido en sus días el último y más sagrado puerto de las estrellas, desde donde los liberados habían partido en el pasado hacia la Antesala de los Mesías...

5

El hombre que no muere

A los dieciocho años abandoné el grupo de los Teóricos, es decir, el segundo de los tres niveles, para pasar al de los Practicantes. Bajo la dirección de mi padre, el trabajo en el laboratorio me resultó novedoso, muy estimulante y entretenido. En esas horas de silencio y concentración aprendí la verdadera naturaleza y las propiedades de la materia, así como aquella poderosa ley de la divina fuerza vital que actúa detrás de la materia. Homunculus Burrhus, aquel infeliz y ciego buscador, tan sólo había jugado con estos fenómenos como el niño con la pólvora. Homunculus sabía ya mucho, pero infinitamente poco en comparación con una única célula en funcionamiento, llena del misterio de la vida, que como partícula de un organismo realiza en todo momento el milagro de la transmutación.

La Orden a la que yo pertenecía, tanto si llamaba a sus miembros rosa-cruces, templarios o trinósofos, era en lo fundamental continuadora de las comunidades primigenias que conservan la tradición y se ocupan de la filosofía más profunda. La Orden de Pitágoras también se erigía en guardián de este eterno fuego sagrado, así como la de los esenios en Judea, en la que Jesús se preparó para el cumplimiento de su misión como Cristo. Llegado a este punto prefiero no mencionar a la logia de los masones, que durante un tiempo siguió las mismas directrices que las otras tres antes mencionadas, aunque más tarde se apartara de su objetivo original para dirigir su atención a cosas mundanas.

El centro de la Orden en el siglo xvm se ubicaba en el castillo de Karl von Hessen y en la escuela mística de Louisenlund, en Schleswig. Su superior era un personaje de mala fama a los ojos de las masas, temido, malin-terpretado y admirado por los aristócratas, y profundamente venerado por los elegidos, el conde de Saint-Germain, amigo de Karl von Hessen, el hombre que nunca muere. El misterioso hechicero, sabio y mago, testigo de los siglos, arcano enviado de la hermandad secreta.

La Orden hermética, de origen egipcio en sus rasgos y ritos básicos, abarcaba también la mística cristiana de Christian Rosenkreutz [Rosacruz]. Este personaje, nacido en 1388, fue un noble alemán educado en un convento que, con ocasión de un viaje de peregrinación que realizó a Tierra Santa, fue iniciado en el misterio de las ciencias ocultas por unos eruditos árabes de Damasco. Allí permaneció tres años para viajar después a Fez, en África, donde adquirió otros conocimientos sobre las ciencias de la magia y de las relaciones entre el microcosmos y el macrocosmos. Después de pasar por España, regresó a Alemania, donde fundó una sociedad de características monacales bajo el nombre de Sanctus Spiritus, a la que se retiró para continuar sus estudios. Más tarde aceptó como discípulos a algunos monjes del convento donde había pasado su infancia y fundó la primera sociedad de los rosacruces; los resultados de su investigación quedaron registrados en numerosos libros, que todavía hoy están en poder de dicha orden.

La tumba de Rosenkreutz fue descubierta ciento veinte años después de su muerte. Una escalera conducía a la cripta funeraria, en cuya puerta podía leerse la siguiente inscripción:

Post annos CXX patebo.

Dentro ardía una luz que se apagó en el mismo instante en que su descubridor entró en ella. La cripta tenía siete paredes y siete esquinas, y cada lado tenía cinco pies de longitud y ocho pies de altura. La parte de arriba simbolizaba el cielo, y la de abajo la Tierra. El techo se dividía en triángulos, los lados en cuadrados.

En el centro se levantaba un altar al que se había fijado una placa de cobre con las letras A.C.R.C. y las palabras: *Hoc Universi Compendium vivus mihi Sepulchrumjeci* grabadas en ella. El altar estaba rodeado de cuatro figuras, cada una de las cuales llevaba una inscripción:

Nequam Vacuum
Legis Jugum
Libertas Evangelii
Dei Gloria Intacta

Fue bajo este altar donde se encontró el cadáver incorrupto de Rosenkreutz. En su mano sostenía un rollo de pergamino en el que brillaba una «T» dorada.

Los miembros de la Orden de los rosacruces pronunciaban un juramen-to,con el que, ante todo, se obligaban a guardar secreto. En realidad, Rosenkreutz había llevado a cabo una misión y actuado de acuerdo con las indicaciones de maestros de lejanos países, que vieron llegado el tiempo de transmitir «mensajes espirituales». La historia de la *Fraternitas Rosae Crucis* es tan conocida en la actualidad que no necesito seguir profundizando aquí en este tema. Sin embargo, la persona de Saint-Germain es todavía blanco de las más-confusas especulaciones. Su^vida, la que se mostraba en público, fue tan sorprendente, y su personalidad tan atractiva y atrayente, que no se puede analizar ni cpmprender^eón la capacidad de raciocinio de una persona corriente. Sus viajes, sus cualidades universales, su riqueza, que procedía de fuentes desconocidas, su penetrante inteligencia, que reconocía de inmediato la esencia de todas las cosas, su naturaleza ingeniosa y su agudeza provocaban asombro, inquietud y desconfianza. Muchos lo han tildado de aventurero y estafador, para poder así seguir viviendo dentro de sus estrechas miras, pero ninguno de los que le conocieron pudieron probar que hubiera cometido ni una sola estafa, ni tampoco que uno solo de sus experimentos fuera fraudulento. No cabe tampoco ninguna duda acerca de sus apreciadas relaciones como consejero y amigo de emperadores, filósofos, eruditos y artistas.

Yo tenía veinte años cuando le conocí. Llegó, como una visita inesperada, al castillo de Grotte. Por aquel entonces yo ya había oído hablar mucho de él. Incluso obtuve permiso para visitar aquella misteriosa biblioteca que contenía, en gran parte, la colección de libros ocultos -famosa y tan completa que causaba asombro- de Saint-Germain y sus extraños y valiosos manuscritos. Sus amigos mundanos, que conocían estos tesoros, lo buscaron en vano después de su aparente desaparición física. También conocía sus cuadros, pintados con unos colores tan radiantes, por él mismo mezclados, que fascinaban de inmediato a quien los contemplaba. Era del dominio público que Vanloo, el pintor francés, le suplicó que le revelara el secreto de su mezcla de colores, y que Saint-Germain se negó a satisfacer sus requerimientos.

En Versalles daba conciertos de violín, dirigía conciertos sinfónicos sin partitura, escribía *Heder y* óperas.

Federico el Grande, Voltaire, *Madame* de Pompadour, Rousseau, Pitt y Walpole, todos cuantos le conocieron competían entre sí, empujados por la curiosidad, para descubrir el misterio de sus orígenes. En general se creía que era uno de los hijos de Rákóczi, príncipe de Transilvania, aunque más tarde la teosofía esgrimió la opinión de que se trataba del propio Franz Rákóczi en persona, en cuyo lugar, cuando murió a los ojos del mundo, fue enterrado otro. Hubo también algunos que sostuvieron que había aparecido en los más diversos países, cada vez bajo un nombre distinto, en Venecia como *Marquis* de Montferrat, *Comte* Bellamare o Amyar, en Pisa como *Che-válier* Schvening, en Milán y en Leipzig como *Chevalier* Weldon, en Genova y en Leghorn como *Comte* Soltikoff, en Schwalbach y en Triesdorf como conde Trarogy en Dresden como Rákóczi, y en París, en La Haya y en San Petersburgo como Saint-Germain. Algunos de los escritores místicos creyeron descubrir en su persona una relación con el misterioso conde Gabalais, que se apareció al *Abbé* Villiers y le transmitió algunos textos sobre espíritus submundanos. En cambio, otros lo identificaban con aquel prestigioso *Sigñor* Gualdi, que hizo que el Hargrave Jennings en su libro *Los rosacruces, sus ritos y misterios* escribiera sobre él. También se le identificó con el *Count* Hompeschel, el último Gran Maestro de la Orden de Malta. Esta multiplicidad vertiginosa de su vida se prestaba con razón a crear confusión en el enjuiciamiento de la gente, aunque finalmente podía comprobarse que no se ocultaba detrás de ninguno de los nombres antes mencionados. Por aquel entonces el mundo todavía era inmensamente grande y las distancias enormes. La famosa y llamativa figura del conde de Saint-Germain estimulaba la fantasía de algunos aventureros que, cuando se encontraban en lejanos países, se aprovechaban con largueza del nimbo que

envolvía a esta gran personalidad. Ese fue también el caso de otro iniciado, el conde Cagliostro, cuya figura, digna de respeto en sus esfuerzos, fue identificada por los historiadores con la persona del arribista Giuseppe Balsamo, aunque yo mismo pude convencerme de que Cagliostro y Balsamo no eran una, sino dos personas distintas, dos personas que se diferenciaban de forma contundente la una de la otra.

Pero quien creyera que las distintas formas de aparición del conde Saint-Germain sólo tenían un único objetivo, vulgar y bajo, esto es, la finalidad de conseguir de esta manera ventajas materiales, se equivocaba por completo. Sus colecciones de cuadros y de joyas no tenían parangón en este mundo. Según los testimonios escritos de *Madame* Pompadour enriqueció las cámaras del tesoro del rey con cuadros de Velázquez y de Murillo. Y a la *Marquise* le regaló las más refinadas joyas, de un valor incalculable. Saint-Germain fue siempre un mecenas y no un aprovechado. Tampoco abusó nunca en lo más mínimo de aquella confianza de la que le hicieron depositario. Todos los esfuerzos por determinar el origen y la amplitud de su fortuna fueron infructuosos. No tenía ningún tipo de relaciones con bancos o banqueros, y a pesar de eso sabía rodearse de un ambiente como quien dispone de un crédito ilimitado.

Tenía amistad con Luis XV, al que fascinaban sus conocimientos de química. En la corte, a petición del rey, quitaba manchas a diamantes y esmeraldas y, en el teñido de las piedras preciosas, obtenía resultados sorprendentes, ya que los pigmentos que él mismo había inventado los mezclaba con perlas pulverizadas. El rey le tributaba agradecimiento y admiración, y con él la vida de la corte sufrió una profunda transformación. Aportó vivacidad, un nuevo tono y una nueva corriente de aire mística y fresca al rígido formalismo de la aristocracia. En todas partes se esperaban maravillas, todo el mundo hablaba de alquimia, de magia y de adivinación y de las extrañas .cartas y comentarios de Saint-Germam. El conde Saint-Germain conocía con exactitud una serie de acontecimientos que habían sucedido siglos atrás. Acerca de ciertas discusiones en4á corte de Francisco I habló como alguien que hubiera estado presente, describió el aspecto del rey, imitó su voz y su forma de andar, siendo a su vez capaz de aportar datos concretos y hablar de insignificancias y detalles íntimos de Babilonia en la época de dominación del gran Ciro. Había algunos que lo consideraban un embustero enfermizo, un charlatán que quería llamar la atención como fuera, aunque sin negar la espontánea naturalidad de sus exposiciones, la exactitud de sus datos y su deslumbrante conocimiento que hacía que sus palabras resultaran convincentes. Por último, su genio se caracterizaba por su profunda visión de conjunto, lo que le permitió analizar la situación de Europa en aquella época, así como por la perfecta destreza con que paraba los golpes de su adversario político.

Siempre tenía algún escrito de recomendación a su disposición, que le abría las puertas de los más elevados círculos. Durante el reinado de Pedro el Grande residió en Rusia, y entre 1737 y 1742 fue invitado de honor en la corte del Sha de Persia, aunque el aprecio y respeto por su persona se extendía de Persia a Francia, y de Calcuta a Roma. Su conocimiento de las lenguas era sobrenatural. Hablaba con fluidez alemán, inglés, italiano, portugués, español, francés -con acento del Piamonte-, griego, latín, sánscrito, árabe y chino, hasta el punto de que en cada país que visitaba se le recibía como a un auténtico nativo. Tenía tal destreza con las manos que era capaz de escribir el mismo texto con las dos a la vez. Y si se colocaban ambas hojas al trasluz, una sobre la otra, se podía comprobar que las líneas y letras de los dos fragmentos coincidían con exactitud. También era capaz de escribir dos textos diferentes al mismo tiempo: un soneto con una mano y con la otra una poesía mística.

Dos veces llevó a cabo en público la transmutación, y sus elixires, reju-venecedores y embellecedores, y sus medicamentos eran acogidos con entusiasmo fuera donde fuera.

Debo reconocer que todo lo que oí decir de él me confundía un poco, no porque dudara de sus extraordinarias capacidades y múltiples conocimientos, que también debía poseer si realmente era un mago e iniciado, sino, sobre todo, y eso es lo que más me sorprendía y extrañaba, por su modo de actuar, abiertamente, casi provocativo, y rodeado de una deslumbrante fortuna, que mostraba ante los tontos, asombrados, asustados o los sarcásticos. ¿Qué necesidad tenía un adepto de tener dos criados y rodearse de lacayos vestidos de uniforme color tabaco con adornos dorados?, ¿por qué viajaba con un guardarropa tan completo y fastuoso como el de una cortesana?, ¿por qué cambiaba cada semana sus joyas, y sus nombres cada año?

Expuse a mi padre mis dudas y él se sonrió.

-Saint-Germain necesita toda esta farsa tan poco como tú o como yo. No le pide nada a esta vida, y lo único que quiere es regresar al albergue de

ermitaño en el corazón del Himalaya, de donde vino y desde donde fue enviado al mundo, por fuerzas más poderosas que él, para llevar a cabo una determinada misión, y así lo hará en cuanto la haya cumplido. Debes saber que incluso en los banquetes más opíparos no prueba alimento alguno y sólo vive de una escasa dieta sin carne, preparada siguiendo sus propias recetas. Durante las primeras horas de la madrugada realiza sus ejercicios de concentración y de meditación, basados en el esoterismo oriental, y no se acuesta con mujer alguna. Puesto que domina tanto el secreto de la tran-substanciación de la piedra más sencilla en una piedra preciosa como también el secreto de hacer oro, le resulta muy sencillo hacerse con cualquier máscara complaciente con la que el mundo lo acepte mejor y lo escuche con más atención que si apareciera como un monje calvo llevando una túnica amarillenta. El arte del deslumbramiento, que se hace visible de algunas maneras, no es más que el abracadabra del médico, con cuya ayuda atrapa la fantasía de un niño enfermo mientras lo ausculta, le introduce por arte de magia en la boca una amarga medicina, o incluso le extirpa peligrosos tumores. Este mundo enfermo y corrupto, separado de la fuente de su salud espiritual, no comprendería al Mago en su enorme sencillez; ese mundo que, veleidoso, en extremo complicado y poseído por la locura, está abocado a la crisis. También Saint-Germain, como cualquier comisionado, ha sido enviado a la más tenebrosa oscuridad y adonde la tierra tiembla para levantar islas de salvación del alma. ¡Pero qué gongs deberá hacer sonar, qué campanas echar al vuelo, qué colores, qué fenómenos nunca vistos tendrá que conjurar para que los desdichados, deslumhrados y ensordecidos por la materia, los enfermos de suspicacia le presten atención! Tiene que ser un rey entre reyes, un creso entre los ricos y un mago entre los filósofos. Debe comprender la lengua de todos, ver con los ojos de todos, percibir las voces secretas que susurran detrás de los acontecimientos visibles y el grito a través de las paredes y a lo largo de los países; él mismo debe poder atravesar las paredes.

-¿Pero quién es él en realidad?, ¿desde cuándo vive en un único cuerpo? -le pregunté con ardiente curiosidad.

La inteligente y comprensiva mirada de mi padre descansó con dulzura sobre mí.

-Lo mismo le pregunté yo-hace ya muchos años. Por aquel entonces también yo pertenecía a los Practicantes, como tú ahora.

-¿Y qué te contestó? -pregunté con interés.

-Dijo que su padre era la Ciencia Secreta, y su madre los Misterios.

-Y ¿tú... tú te diste por satisfecho? -pregunté decepcionado.

-No de inmediato. Más tarde tuve que reconocer que su respuesta agotaba todo aquello que un auténtico adepto puede decir de sí mismo.

Casi era de noche cuando, al volver del parque, subí a la habitación de trabajo de mi padre. Allí afuera, hasta que la oscuridad envolvió los colores y formas visibles, estuve realizando mis ejercicios de contemplación de la Naturaleza y de desciframiento de los símbolos. Junto al arroyo que se deslizaba veloz entre los viejos árboles, recogí guijarros pulidos y de extrañas formas, cuyos cuerpos finos y transparentes estaban llenos de líneas de fuerza, recordatorio de los antiquísimos jeroglíficos, que transmitían extraños mensajes de Lilith, la madre de la Naturaleza. De las mudas líneas surgían llamadas dolientes, anhelantes, rebeldes; sólo había que leerlas. También observé al pie de un gigantesco plátano que con sus raíces como dedos agarrotados se aferraba al suelo, un hormiguero en el que pululaban las hormigas; y seguí a las que se arrastraban por el tronco y las hojas de aquel majestuoso árbol: una auténtica metrópolis, esclava del instinto colectivo, que estaba inmersa en su fascinante trabajo. Mientras observaba el hormiguero, comprendí con claridad el eterno fracaso de los intentos de masificación, que en nombre del espejismo de una libertad externa condena a la más baja esclavitud en una jaula circular. Se mantiene una forma de vida y se sirve a una forma de vida que no conduce a ninguna parte, que muele sin grano, que se esfuerza enormemente sin contenido, multiplica sus mecanismos sin objetivo hacia una obra maestra precisa, hasta que la demoníaca conciencia colectiva estalla en millones de fragmentos, se arranca del infernal torbellino de esta sociedad de células tan genial como terrible, para volver a nacer como individuos únicos y conscientes.

Por la noche acostumbraba a informar a mi padre de los resultados obtenidos, por lo que ese hermoso y tibio día de septiembre también descargué mi botín, las piedras, sobre su escritorio, donde él

estaba trabajando. A mi discurso añadió sus delicados comentarios, que a menudo iluminaban complejos de pensamientos enteros, animándome e inspirándome. Después, una vez concluido mi informe, me despedí para prepararme para la cena, pero me retuvo.

-Quédate. Vamos a recibir visita.

-¿Visita?

Me sorprendí. Que yo supiera no había llegado noticia alguna, ningún mensajero a caballo, ningún heraldo que la anunciara.

-¿De quién se trata?

La oscuridad se había ya extendido por la habitación, y de pronto noté que aparte de nosotros dos había alguien más presente... alguien que pocos instantes antes todavía no estaba allí. Mi padre percibió la aparición en seguida y se levantó. Seguí la dirección de su mirada y también me di la vuelta. El recién llegado, que estaba de pie en la penumbra gris satinada de la ventana, dio un paso hacia delante.

-Quizá podríamos encender la luz, Cornelius. -Su voz sonaba infinitamente cautivadora, y su pronunciación era pulida y agradable.

-¡Bienvenido! -dijo mi padre, y estrechó su mano con profunda alegría.

Ahora ya sabía quién era el visitante; la excitación me hizo sonrojarme y me quedé petrificado, mientras mi padre se ocupaba de la lámpara de alcohol. En la luz blancoazulada que se fue extendiendo, Saint-Germain se acercó a mí, me alargó la mano y me miró escrutador a la cara.

-¡Así que éste es! -dijo con una sonrisa amistosa mientras le guiñaba un ojo a mi padre. La presión de su mano fuerte y seca me conmovió de forma agradable y rompió mi confusión-. Después de tanto tiempo, de nuevo... pero no por primera vez... ¡buenas noches! -dijo en voz baja hundiendo su mirada en la mía.

-¡Buenas noches! -repuse yo liberado, al tiempo que me olvidaba de mí mismo, mientras me perdía en la contemplación del rostro de ese hombre tan misterioso. Yo por mi parte también tenía la impresión de que esta no era la primera vez que me encontraba con él. Su recuerdo dormitaba en algún lugar, en las profundidades de mi interior. «Después de tanto tiempo, de nuevo... pero no por primera vez...». Él sabía dónde, en qué lejanía creadora de torbellinos profundos pasados nos habíamos encontrado, pero para mí tan sólo era una sombra del recuerdo, que de forma pasajera apareció en mi interior. Sus ojos eran oscuros, misteriosos, dulces, brillaban con un humor inteligente, penetrantes, inquisidores, y al mismo tiempo lo comprendían todo. Su rostro era alargado, su nariz fina, delgada y algo arqueada. En las comisuras de su boca aleteaba la misma sonrisa inteligente y cautivadora que se ocultaba en su mirada. Cuando se reía ganaba en belleza, no sólo por la perfección de su dentadura, sino sobre todo gracias a una expresión infinitamente cautivadora, limpia y alegre, que dominaba su rostro. Tenía la piel algo bronceada, y el pelo negro. Su figura, de estatura mediana, bien proporcionada, estaba envuelta en una sencilla túnica de tela fina. Las pantorrillas musculosas y rectas, enfundadas en medias de seda. No se podía determinar su edad.

Su nombre no se mencionó. Tampoco era normal que me lo presentaran, ya que aquellos que se encuentran en el escalón más bajo de la Orden no pueden conocer a sus hermanos de rango superior, sólo a los hermanos que estaban un escalón más ar/riba. Mi situación era, por nacimiento, una excepción. Mi padre pertenec/a al octavo nivel, es decir, al penúltimo: era Maestro. A ese escalafón sólo le seguía el de Mago. Había dirigido mis primeros ejercicios y se había convertido en mi maestro. A Saint-Germain, cuando de forma inesperada aparecía en los encuentros de la Orden en Rotenburg, nadie lo llamaba por su nombre mundano, ya que al igual que los demás miembros, dentro de la comunidad recibía otro nombre. Así pues, dentro de la sociedad era conocido como *Tempio Aperto* (Templo Abierto), excepto cuando celebraba los ritos de iniciación secretos, porque entonces era llamado el Hierofante. La Orden estaba dividida en nueve niveles: *Junio-res, Teóricos, Practicantes, Filósofos, Minores, Majores, Adeptus exemptus, Ma-gister,* y finalmente *Magus;* todos éstos formaban aquella oculta jerarquía. En los escalafones más bajos contaba con numerosos adeptos, pero a medida que se iba subiendo se hacían cada vez más escasos y solitarios; su extremo final, de acuerdo con el número mágico nueve, era Dios, el número 10, o la dualidad de 1 Dios y 0 Mundo.

Pero la posibilidad de conocer a un hermano de rango superior no era una gracia que me hubiera caído simplemente del cielo. En algún momento lo había ganado. En el silencio cada vez más profundo de la iniciación, recordé de pronto. Antes de mi caída, a lo largo de muchos siglos, había alcanzado como miembro de la sociedad el umbral de las últimas pruebas. Estaba dotado, era sensato y

disciplinado, pero sólo en el marco de los parámetros humanos. En la crisis de la muerte consciente y del convulsivo renacimiento fui atacado por mis debilidades: por el temor que espantó todos mis conocimientos parciales, por la curiosidad que procedía de la escasa experiencia, y por aquella pasión que subyacía a una sensualidad reprimida. Al mismo tiempo, sin embargo, mis ideales eran muy altos, y comprendía muchas cosas respecto a la teoría de los misteriosos símbolos y verdades de la existencia. Mi regreso llenaba a mis hermanos y al Mago de una profunda alegría interior, sobre todo al Mago, que nunca había dejado de considerarme un miembro de la Orden. Esta recaída temporal fue, a pesar de todo el sufrimiento personal, el experimento práctico de una tesis que había sido expuesta en el ámbito interior de la iniciación mística, que yo, fuera, en medio de la realidad enrevesada, conflictiva, desconcertante y material debía aprender, comprender y despertar a la vida eterna.

El misterio de la iniciación tiene siempre lugar en dos ocasiones. Una, cuando el ser inmerso en la esfera de la Tierra entra en el templo de los misterios con la experiencia de la vida, pero con la conciencia del otro mundo todavía sin empañar. Las pruebas que él solo, en el silencio del tiempo concentrado y del espacio rejuvenecido supera con ardor, se graban en su alma, en unas pocas y simples líneas de contornos comprimidos, porque estas pruebas contienen en sí mismas todos los símbolos de aquella tentación tardía, todas las posibilidades y todos los peligros y el verdadero sentido de todo. El desarrollo se conserva en el alma. Sus perfiles brillan también a través de la vestidura del cuerpo, que se hace cada vez más densa, y así se pierde el recuerdo, que se hace poco a poco más borroso, y la clave para poder descifrarlo. Esta penumbra dolorosa y ardiente, que entreteje los inquietos sueños de la vigilia, le empuja a uno de un lugar a otro, de una experiencia a otra, entre las barricadas del mundo diurno. Es la eterna insatisfacción, el impotente avanzar en el tiempo para alcanzar objetivos efímeros, tras los cuales siempre está la Quimera, esta luz errática sagrada que sigue atrayendo más allá de la pasión, del afán de gloria, del conocimiento humano, de la muerte y del nacimiento; siempre más allá de nuevas formas de vida, siempre más allá, para volver, sin embargo, al punto de partida por un camino trazado de acuerdo con un mapa. Y aquí tiene lugar la segunda iniciación, la última, al final del camino, después que los fuegos han sido apagados, en función de todas las vivencias y experiencias, en el sacudimiento de la teoría despertada a la vida. La puerta del templo del primer misterio se abre hacia dentro, la puerta del segundo misterio hacia fuera. Pero aquel que ha cruzado la puerta una vez no puede encontrar la salida antes de haber recorrido el enorme arco del camino, de puerta en puerta.

La aparición de Saint-Germain en Grotte trajo un gran cambio a mi vida. Mi padre me comunicó que viajaría a París con el conde. Sentí la atención tensa con la que me observaba y esperaba mi reacción ante aquella posibilidad. ¿Me alegraría?, ¿tomaría la noticia con una sospechosa efusión de sentimientos?, ¿reaccionaría con timidez o con confusa inquietud? Miré honradamente en mi interior y no me avergoncé de manifestarle aquella serenidad apagada, cubierta de cenizas, que había en mí al respecto. Sabía que debía viajar cuando se me enviara, había aprendido que cada acontecimiento que me salía al paso o que se me imponía era una parte característica de mi tarea, que sólo y únicamente afectaba a mi persona. Me incliné obedientemente ante la decisión.

-¿Qué debo hacer en París? -pregunté en voz baja.

-Serás el secretario, *dfamulus* del conde. Vigilarás, observarás, aprenderás y obedecerás sus indicaciones en todas las cosas.

-¿Durante cuánto tiempo permaneceré ausente? -Ardía en mí la dolorosa y dulce añoranza de mis padres, de mi viejo parque y de todos aquellos días que había pasado sumido en la paz del trabajo.

-Hasta que tu misión haya concluido -dijo mi padre con firmeza, pero yo me avergoncé a causa de mi ansiedad y de mi inmadura curiosidad.

Mi madre estaba a si\ lado de pie. Su rostro delgado y pálido irradiaba tanto ánimo y con tal viveza que la abracé.

-La distancia no afecta al espíritu -me murmuró al oído-. Antes de un examen importante siempre hay que repasar la materia aprendida hasta el momento, para comprobar la existencia de posibles lagunas en el conocimiento. Vete en paz, Cornelius...

6

El primer enviado del pasado

Mi viaje en compañía del amable e ingenioso conde Saint-Germain fue muy entretenido. Nuestro carruaje, de construcción y tapizado excelentes, en el que los más diversos y refinados artilugios procuraban comodidad a sus ocupantes, era tirado por los famosos pura sangre del conde. Nuestro viaje estaba tan bien organizado que incluso cuando había que cambiar los caballos nos esperaba siempre su propio tiro y uno de sus criados. En el carruaje de Saint-Germain vi por primera vez mesas plegables, una pequeña despensa empotrada, enfriada con hielo, depósitos de agua, un dispositivo para cocinar, con cuya ayuda Yidam, el escurridizo y silencioso criado tibetano, podía preparar en pocos minutos té o café, sahumerios que funcionaban pulsando un botón y que, dependiendo de lo que se deseara, reanimaban o adormecían sin ningún otro efecto secundario.

-¿Te gustan mis juguetitos? -Se sonreía ante mi asombro.

-Son bastante desconcertantes -tuve que reconocer.

-Luis XV consideraba estas extravagancias obra del diablo y las deseaba tanto que intentó arrebatármelas. Pero estos modestos artificios no son más que un pequeño préstamo del futuro. Los seres humanos llegarán a hacerse con este tipo de comodidades y los reducirán a trivialidades inútiles. El progreso avanza sin duda alguna en esta dirección, y además, con un empuje que hoy todavía nadie puede imaginar, como tampoco puede imaginarse en qué breve espacio de tiempo tendrá lugar todo esto. Los espacios vitales exteriores se expanderán de forma tremenda, las castas se igualarán en cierto modo y las masas, con sus problemas sin solucionar, arremeterán contra esos pocos.

-¿Os referís a la revolución?

Él asintió.

-A las revoluciones, a esas numerosas revoluciones interiores y exteriores que a lo largo de los siglos estallan una y otra vez. -Su rostro adoptó una expresión pensativa, su mirada se hizo soñadora y se perdió en la lejanía-. Para la primera revolución pronto se habrá dicho la última palabra -murmuró en voz baja.

Antes de partir hacia París pasamos todo un mes en Bélgica, en Gante, en la más estricta clausura. Saint-Germain no salió para nada de nuestro acuartelamiento. Era yo quien mantenía el contacto entre él y el mundo exterior.

La vieja ciudad, que parecía haberse detenido en el tiempo, con sus viejas casas, sus estrechas ventanas, sus arcadas, la madera tallada y su peculiar adoquinado, despertó en mí recuerdos de Nuremberg, donde pasé por el mundo también en compañía de un Mago. En lo esencial era uno con aquél a quien ahora seguía, aunque hubiera adoptado otro cuerpo y otro rostro. Pero yo, y el conocimiento hacía brotar en mí el agradecimiento y una alegría interior, me había distanciado de aquel ansioso y obsesionado desdichado que en su tiempo se llamó Hans Burgner.

Durante su clausura, Saint-Germain se sometió a una dieta aún más estricta de lo habitual, introduciendo días de ayuno. Yo supervisaba la preparación de sus comidas, aunque Yidam no necesitaba esta supervisión, ya que siguiendo las indicaciones telepáticas de su señor lo hacía todo de forma insuperable, por lo que mi vigilancia tenía más bien como objetivo ampliar mis conocimientos en este campo. Uno de los ingredientes más importantes que no faltaba en las comidas de Saint-Germain era la harina de avena, que Yidam trituraba, unas veces más y otras menos, valiéndose de un molinillo de mano. Apenas empleaba la sal, pero sí mucha miel, limón y leche. La única grasa que utilizaba para cocinar era de origen vegetal, y el menú se completaba con mantequilla fresca o mucha fruta cruda. A mí también me gustaba, porque en casa de mis padres se me había acostumbrado a la comida sencilla, sin carne. Menciono todos estos detalles relacionados con la dieta para llamar la atención sobre el hecho de que los alquimistas de épocas anteriores conocieran ya a fondo las reglas de la correcta alimentación y la importancia de las vitaminas, que les llevó a afirmar, ya en su época, que la dieta desempeñaba un papel decisivo en la prevención y curación de todas las enfermedades. Rochard, a quien había servido doscientos treinta años antes, también prescindía de la carne en sus comidas y se alimentaba de fruta fresca y productos lácteos; a sus pacientes solía prescribirles una dieta. Además, el medicamento con que tanto él como Paracelso, Trismosin, Alberto Magno, Sentivogius o Saint-Germain socorrían, reanimaban y fortalecían el organismo enfermo, era la esencia concentrada de

las fuerzas curativas de la Naturaleza, el misterio de la regeneración, que él había desvelado gracias a su profunda sabiduría e intuición.

Yo tampoco podía ver al conde más que de vez en cuando, al atardecer, durante una hora. Entonces comprobaba que la vibrante y fogosa vivacidad del caballero mundano, del atractivo *faiseur,* había desaparecido del todo, rodeado ahora de la noble y sencilla serenidad de una atmósfera muy dife-[re]nte, del todo abstracta, que procedía de él. Estos eran los períodos de lempo en que se dedicaba a reunir aquellas energías que después debía esparcir por el mundo, para que por lo menos algunas de entre los millones de semillas caídas empezaran a germinar en algún lugar de este suelo infecundo. Escuchaba el informe resumido que le hacía de las cartas que se habían recibido y él me daba algunas indicaciones para que las respondiera. Mantenía correspondencia prácticamente con todas las personalidades importantes de Europa, y las noticias le llegaban de primera mano a través de peticiones de consejo, con lo cual no sólo conocía los acontecimientos en su origen, sino que a veces incluso logró cambiar su curso, por desgracia no con la suficiente frecuencia como para dar al mundo, siquiera por un momento, un rostro lleno de sentido. No obstante, los seres humanos siempre filtran los consejos que han pedido y que han recibido a través de su propio yo y los mezclan con aquellos numerosos elementos subjetivos que modifican del todo lo esencial.

Gracias a Saint-Germain tuve en Gante una significativa y memorable vivencia.

Una mañana, los dos criados -uno de ellos era fijo y el otro había sido contratado de manera provisional-, llevaron a pasear a los pura sangre por delante de la pensión. Yo acababa de regresar de mi caminata matutina y me llamó la atención un hombre que contemplaba los caballos con evidente satisfacción y que luego se detuvo a hablar con los criados. Sus ropas eran extrañas, llamativas, ostentosas, y delataban, al mismo tiempo, que se trataba de un extranjero. De tez y ojos oscuros, llameantes y provistos de pesados párpados, su enorme nariz aguileña y la fuerte barbilla, precedida por unos labios abultados y sensuales, revelaban sus orígenes romanos. Calculé que su edad oscilaría entre los cuarenta y cinco y los cincuenta años, aunque su figura alta todavía conservaba una buena musculatura y delgadez juvenil. Sin embargo, no fue su inusual aparición la que despertó mi interés sino la súbita certeza, que me asaltó con la rapidez de un rayo, de que lo conocía de algo, aunque había olvidado su nombre. Oculto bajo las arcadas de la pensión observé la apasionada expresión de su rostro y sus impetuosos gestos. Preguntó a los criados por su señor, y se informó de quién podía ser el distinguido personaje que poseía aquellos animales tan hermosos y poco corrientes. Nuestro caballerizo de siempre no le respondió, pero el otro, dándose importancia y pavoneándose, le dijo que los pura sangre pertenecían al conde Saint-Germain, el adepto. Hacía ya un mes que el conde se alojaba allí y nunca abandonaba sus estancias. Todo aquel que se encontraba de paso en la ciudad intentaba visitarlo, pero Saint-Germain no recibía a nadie.

Al parecer aquel nombre causó tanta impresión en el extranjero, que exclamó con entusiasmo:

-¿El conde Saint-Germain? ¡Pero si le conozco! A mí seguro que me recibirá... ¡Debo hacerme anunciar de inmediato!

Mientras los criados horrorizados se oponían a sus propósitos y yo me enojaba a causa de la impertinencia del desconocido, de mí se apoderaba cada vez más la extraña e inexplicable certeza de que le conocía, acompañada de un repulsivo y aprensivo sentimiento de miedo.

-¡Bien, entonces le escribiré! -dijo el extranjero poniendo fin a la discusión, con un gesto orgulloso, ampuloso y terco, que reflejaba aquella conciencia exacerbada de uno mismo y la teatralidad propias de la persona que no atiende más que a lo externo. Ese gesto fue lo que por fin hizo caer la venda de mis ojos.

¡Louis de la Tourzel! El aventurero que había sido asesinado en un bur-del, el bebedor empedernido y sátiro, eternamente hambriento de amor, que en mi vida anterior había sido mi padre.

Observé su figura que se alejaba, sus movimientos elásticos, que había traído a su nueva vida sin modificación alguna, la constitución de su cuerpo, que seguía siendo una envoltura de la pasión, sólo que esta vez contenía algo más de juicio e intereses.

Por la noche, Saint-Germain notó de inmediato aquella cavilosa inquietud que me dominaba y, respondiendo a su pregunta, le conté mi experiencia. Todavía no había llegado al final cuando una carta, atada a una piedra, voló a través de la ventana abierta al interior de nuestra habitación.

-Muy propio de él -dije ligeramente avergonzado y enojado, como si se tratara de un pariente mal educado. Levanté el escrito. ¡Qué impertinente era y qué afán de notoriedad!

El texto estaba pergeñado con una caligrafía grande y vehemente, pero a pesar de su tosquedad resultaba ingenioso y original.

¡Querido conde! Ni siquiera el dragón de siete cabezas podría impedirme irrumpir ante vos con los derechos de un viejo amigo.

¿Cuándo estaríais dispuesto a recibir a alguien que como vos sabe vivir y que se muere de impaciencia por estrechar vuestra mano?

Mañana, al atardecer, vendré personalmente para obtener vuestra respuesta.

Vuestro Casanova.

Cuando vi la firma no pude evitar exclamar sorprendido:

-¡Casanova! ¡Vaya progreso!

-No -replicó Saint-Germain con calma-, cumplimiento. El punto final de una vida mal encaminada que contiene en sí misma la destrucción.

-Creo que exagera excesivamente cuando afirma ser un viejo amigo vuestro –dije yo de pronto, sin poder resistirme al deseo de informarme acerca de él.

-Hay amistades unilaterales, Cornelius..., y efectivamente algunas veces me encontré con él en aquellos escenarios comunes sobre los que ambos interpretábamos cierto papel.

-Estos papeles, sin embargo, tienen en verdad un carácter del todo opuesto -dije yo en voz baja.

-Sí, pero es probable que ese sea el motivo de que, hasta cierto punto, se complementen.

-Como la luz y las sombras.

-Lo uno no puede existir sin lo otro, allí donde existe la materia.

-Despierta extraños sentimientos en mí -dije pensativo-. Me da lástima y me repugna al mismo tiempo. Me gustaría hacer algo por él, porque me produce espanto. Siento cierta responsabilidad, como si todavía fuera algo mío. Me avergüenzo de él y me intereso por él... ¿Estáis dispuesto a recibirlo mañana?

No respondió de inmediato, pero su mirada escrutadora descansó sobre mi persona.

-Creo que debo recibirlo... para que tú puedas comprenderlo y desprenderte del todo de él, Cornelius. Para que veas que, en este momento, ni tú ni yo podemos hacer nada para salvarlo, y que ni siquiera Dios tiene prevista otra cosa que dejar que siga viviendo... viviendo y adquiriendo experiencia...

Al día siguiente, y así tuve que confesárselo a Saint-Germain, esperaba a Ca-sanova con sentimientos mezclados, con una maligna excitación que no había vuelto a sentir desde hacía mucho tiempo.

Esa noche el conde volvió a ser aquel hombre de mundo, tal y como todos lo conocían. Los botones guarnecidos de joyas de su traje oscuro y de su chaleco valían una fortuna, llevaba el pelo empolvado, y en su anillo brillaba un enorme zafiro de la más resplandeciente pureza.

-Esta noche tendrás conocimiento de algo importante, Cornelius. Nadie puede convertirse en Maestro sin antes haber comprendido la verdadera naturaleza de las cosas, esa ley que afirma que sólo podemos aproximarnos a alguien a su manera, y esto sólo dentro de los límites de su capacidad. Donde no hay lugar, en vano intentarás meter los tesoros más grandes y más dispensadores de felicidad de este mundo. Y un profeta que intenta anunciar el Evangelio a las piedras se convierte sin remedio en un loco ridículo.

-Jacques de Casanova de Seingalt -anunció el criado.

Saint-Germain se levantó y se apresuró a salir al encuentro de su invitado, pero yo me mantuve en un segundo plano, como mudo observador. Mi apariencia externa, subrayada por mis sencillas ropas, por fortuna resultaba insulsa y apenas llamaba la atención entre las multitudes. Durante los años que pasé junto a Saint-Germain esta ventaja me resultó beneficiosa en más de una ocasión.

En la sala en la que Casanova entró ardía un gran número de velas, pero los huecos de las ventanas cubiertas por las cortinas estaban sumidas en profundas sombras. Ése fue el lugar al que me retiré y desde donde, sumido en un oleaje de extraños sentimientos y pensamientos, observé de cerca a ese célebre hombre de mala fama, del que en realidad se sabía tan poco, pero del que todo el mundo

hablaba, y de cuyo pasado, velado a su propio recuerdo, yo formaba parte de un modo tan estremecedor. Había cambiado mucho y parecía mayor de lo que yo había calculado cuando lo vi en la calle, de lejos. No me refiero a su aspecto externo, ya que tenía unos rasgos completamente diferentes a los de Louis de la Tourzel, aunque dejaban traslucir ciertos elementos básicos comunes, que también esta vez venían determinados por su carácter. El rostro de Casanova era sombrío, apasionado y experimentado, estaba desgastado, pero no con la expresión aturdida de un bebedor. Sus ojos brillaban rápidos y desconfiados, mientras su mirada lo observaba todo con mucha precisión. Eran los ojos de un aventurero que busca su destino y lo determina él mismo. En algunos momentos aparecía también en él algo parecido al humor inteligente, amargo todavía y ciertamente cínico y poco plausible, que aún no era, en el punto en que se encontraba, más que las cenizas del cansancio, del hastío y de la edad, pero que indicaba ya el extremo de un hilo con cuya ayuda el espíritu empieza a separar la intrincada y densa masa de la materia. Aunque sus ropas extravagantes, vistosas y caras, elegidas con una friyplidad casi femenina provocaban, sobre todo en los hombres, un rechazo ^absoluto, nadie podía librarse del influjo de su personalidad y de su presencia. Buscaba siempre la mirada de su interlocutor, se inclinaba hacia él con todo el cuerpo, con cada una de sus palabras, mientras que con la ardiente^ fuerza de su pletórica voz casi lo asediaba. De esta manera conseguía siembre pillar por sorpresa a los hombres inseguros y a las mujeres pasivas y barrerlos como una marea de aguas vivas.

Con la sonrisa en los labios, Saint-Germain permitió que derramara sobre él la erupción volcánica de su admiración y sus aseveraciones de amistad, para luego desarmarlo y tranquilizarlo con su fría amabilidad, como el magote los océanos calma la tormenta.

-Me decíais en vuestro escrito, amigo mío, que ambos sabemos vivir. Así que vamos a dejar de lado las armas de que nos valemos cuando tratamos con las masas: la adulación, los cumplidos y la exaltación, que sólo hacen efecto en los tontos y les hacen perder la cabeza. Creo que durante esta velada, teniendo en cuenta nuestra riqueza, podemos permitirnos el lujo de la absoluta franqueza para no ser más que nosotros mismos.

Casanova accedió con entusiasmo.

-¡Sabe Dios que esta es la proposición más estimulante y excitante que podíais hacerme! ¡Así que pongámonos el batín y las zapatillas!

Saint-Germain sonrió.

-¡No, mi querido Casanova! ¡Absoluta desnudez!

Por el rostro de nuestro invitado pasó una expresión desconcertada, que dejó lugar a una atenta cautela.

-¡Como ordenéis! ¿Queréis despojaros primero vos?

Saint-Germain asintió tranquilo.

-Sí, empezaré yo -continuó con férrea voz.

Condujo a su invitado a la mesa que ya estaba puesta. En el umbral de la puerta, que ahora se abrió, apareció con paso silencioso Yidam trayendo una bandeja llena. Sirvió las comidas que olían a especias, y sirvió vino en la copa de Casanova, dejando vacía la de Saint-Germain, para luego alejarse en silencio.

-Servios y reunid vuestras fuerzas para el inusual esfuerzo que os espera -dijo Saint-Germain con cordialidad.

-Vuestra comida es muy diferente de la que hay en mi plato y vuestra copa está vacía -observó Casanova, respondiendo a la sonrisa de su anfitrión, que en su rostro adquirió un tinte desconfiado y lóbrego-. ¿Cómo puedo saber que el mayor mago de Europa no pretende envenenarme?

Saint-Germain asintió.

-Correcto. Sin embargo, fijaos en que habéis sido vos el primero en quitarse una prenda de ropa. ¡Cornelius!

Yo salí de debajo de las arcadas. Casanova se quedó sorprendido ante mi repentina aparición, se estremeció y me miró escrutador a la cara.

-¿De dónde demonios sale este muchacho? -estalló de forma involuntaria.

-He estado aquí todo el tiempo, mi señor -repliqué yo e hice una reverencia-. Cornelius von Grotte, a vuestro servicio.

-Mi *famulus.* ¡Mi sombra, si lo preferís así! Consideradlo en todo caso como tal. Se quedará con nosotros y no desempeñará ningún papel. ¡Prueba la comida de nuestro amigo Casanova y bebe de su vino! -me ordenó.

Casanova tomó su copa y la apuró.
-¡Gracias, no es necesario!
Los cálculos de Saint-Germain siempre eran exactos. Yo estaba horrorizado porque nunca tocaba las bebidas alcohólicas ni la carne. Y ante Casa-nova humeaba toda una espalda de venado. Pero bastó dudar de su valor y de su desprecio por la muerte para que hiciera los mayores disparates. Durante la comida volvía una y otra vez su mirada intranquila hacia mí. Yo había ya tomado asiento junto a la mesa.

-Espero que la presencia de mi buen Cornelius no os moleste -le dijo Saint-Germain saliendo al paso de la situación.
-En modo alguno. ¿Por qué debería molestarme? Sólo que me parece condenadamente extraño...
-¿El qué?
-Dime, hijo mío -se dirigió de pronto a mí-. ¿No nos hemos visto alguna vez en alguna parte?
Miré a Saint-Germain, que contestó tranquilo en mi lugar:
-¡Puedes decírselo, no te preocupes! Aunque sea algo excepcional en vos, él fue... vuestro hijo legítimo... mi querido Casanova. Pero no ahora, sino en vuestra vida anterior.
-Así es, mi señor -dije yo con calma.
Casanova se sintió invadido por un sentimiento inconciliable e inquietante que no quería revelar. Se echó a reír a carcajadas.
-¡La verdad es que vuestra fantasía no tiene parangón, Saint-Germain! Pero, ¿por qué experimentáis con un viejo hereje como yo?
-Os equivocáis, amigo mío. Me limito sin más a comportarme de acuerdo con nuestro pacto, siendo del todo honrado y franco con vos.
-¿Por qué debería yo entonces negarlo? Toda esta historia pergeñada no es más que una mentira -dijo con rudeza-. Pero bueno, lo asumo. Seguios despojando. ¿De dónde habéis sacado a vuestro cocinero negro?
-Lo traje conmigo del Tíbet.
-¿Cuándo estuvisteis en el Tíbet?
-Hace ochenta y cinco años.
-Por lo tanto... ¿qué edad tiene ahora?
-¿Yidam? Ciento veinte.
-¿Ciento veinte,..? ¡Bueno! Os he preguntado por vuestra edad.
-No tengo edad.
-Esto va contra las reglas. ¡Eludís la respuesta!
-No es más que juna definición inexacta... pero si así lo deseáis... vivo desde que fue creado el mundo de las formas.
-¿Y os acordáis?
-Me acuerdo.
-¿Quizá querríais revelarme algún detalle picante sobre Cleopatra?
-Me pareció bastante vulgar. Era una ilusa y estaba obsesionada por el placer, una mujer a la que el resplandor decreciente de un poder que terminaba empujó a la locura. Cleopatra no es más que un cuervo tardío, que levantó su cuartel general en el sillón del trono vacío de la nobleza real de entonces. Ella no tenía ya nada que ver con el alma de Egipto, con los faraones-sacerdotes que habían sido sus antepasados, los poseedores del gran conocimiento. Tampoco su agradable aspecto superó nunca la belleza de una joven esclava, sólo la pompa que la rodeaba y su rango fueron los que la hicieron deseable. Su voluntad era por completo fruto de la arbitrariedad y no de la concentración creativa de quien es consciente de su objetivo, ni de la magia que determina el destino... por eso tuvo que caer.
-¡Es suficiente! Resulta interesante el modo en que jugáis, ¡pero jugáis haciendo trampa!
-¡Rechazo de lleno esta afirmación!
-No era mi intención heriros, sólo que... yo también estoy desnudo.
-Correcto.
-¿Puedo pues seguir preguntando al charlatán?
-Os lo ruego.
-Si lo deseo, ¿contestaréis cualquier pregunta y desvelaréis todos vuestros secretos?

-Os lo repito, quiero ser franco.

-¿Qué significa la franqueza?

-Vos, mi querido Casanova, habláis de secretos. Y yo tengo algunos, de la misma manera que la Naturaleza los tiene. No depende de mí revelar esos secretos. Tampoco la Naturaleza expone sus secretos a la luz. Pero a quien la interroga, ella le contestará, aunque en su propio lenguaje. Y para comprender ese lenguaje, antes hay que haberlo aprendido.

-Entiendo. Por lo tanto me consideráis todavía absolutamente limitado.

-En absoluto, sólo os considero un ser humano que primero estudia otras lenguas.

En el rostro de Casanova apareció una sonrisa fáunica, de autocomplacencia.

-Es cierto que hay algunas lenguas que domino muy bien. Pero en este arte vos apenas me vais a la zaga. La misteriosa atmósfera de la que os rodeáis tiene sobre las mujeres el mismo efecto que mi terrible fama. De vez en cuando, cuando la puerta de un dormitorio permanece cerrada ante mí, siento envidia de esos afeites y esos remedios cosméticos, con cuya ayuda puede hacerse reaparecer la sombra de la juventud en el rostro de aquellas beldades que temen la decrepitud...

-¿Por qué?

-Pues porque esta es la llave que abre todas las puertas.

-Puede ser. Por lo que a mí respecta, todavía no he abierto así ninguna puerta hasta el momento.

Los ojos de Casanova se abrieron con un espanto burlón y cínico.

-No pretenderéis afirmar que el amor no os interesa.

-A mí me interesa todo. Incluso el amor.

-¿Cómo debo entender entonces vuestras manifestaciones anteriores? ¿Nunca habéis hecho uso de una oportunidad que se os ofreciera?

-Quizá me he servido de ella de otra forma que vos... pero para mí fue siempre una perfecta satisfacción.

La sonrisa de Casanova se convirtió en una amplia y maligna risa.

-Y a vuestra pareja, conde, ¿la habéis satisfecho también a ella del todo?

-Me lisonjea creerlo. Han estado dispuestas a distinguirme con su amistad a partir de entonces, agradecidas además por el hecho de no tener que sentir hastío ni arrepentimiento.

-Entonces, amigo mío, tuvisteis que abandonar sus camas sin tocarlas.

-Físicamente sí.

-Así pues, una unión de almas. Creía que Saint-Germain, el caballero sin mácula, temería mucho más el ridículo que alimentar a una mujer hambrienta con hostias.

-Veis, mi querido Casanova, ahora hemos vuelto a llegar a uno de esos misterios sobre los que hablaríamos en vano. Para vos la llama del placer sólo arde mientras no se consuma la mecha en la larga vela del espinazo. Además, debo llamaros la atención y advertiros de que ha llegado el momento de administrar vuestras fuerzas. Mis éxtasis no consumen mi fuerza. Cuanto más tiempo arde, más viva se vuelve, y aquellos con quienes la comparto nunca sentirán el cansancio de lo que se extingue.

-Oh... el cuento del placer infinito... lo conozco hasta la saciedad. ¡Pero no creo en él! He pasado por todos los infiernos y todas las desviaciones del placer, pero hasta el momento no lo he encontrado en ningún lugar. He conocido mujeres satánicas de piel oscura, que han aprendido la perversión en libros sagrados y han sabido prolongar durante horas todo aquello que el desasosegado ser humano de Occidente lleva a cabo en pocos momentos. He amado alas sucesoras de Safos en Grecia, que convierten el amor en un rito maligno y hermoso, mortalmente excitante y prolongado. He tenido en mis brazos a damas italianas en sus gabinetes, junto al dormitorio de sus viejos maridos, que estaban más sedientas y ardientes que la arena del desierto. He seducido a vírgenes españolas, que llevaban su virginidad como una cruz de fuego. He disfrutado del beso gratuito de cortesanas francesas, cuyo arte frío, dispuesto a lo que sea, es más enloquecedor que todo cuanto haya conocido jamás. Pero al final todas me condujeron tan sólo al cansancio de lo que se extingue. Sin el cuerpo no hay ningún placer, y antes o después el placer se extingue, porque las fuerzas del cuerpo tienen sus límites.

-La fuerza del cuerpo también es infinita, sólo se le escapa a aquel que no sabe retenerla y renovarla una y otra vez -dijo Saint-Germain.

-¿Os referís a vuestro famoso remedio milagroso, el Athoéter?

-También me refiero a él. Aunque se trata tan sólo de un símbolo del espíritu universal.

-¿Me lo mostraríais?

-Con mucho gusto.

Para mi sorpresa, Saint-Germain se levantó, sacó de su armario un frasco de cristal, sellado cuidadosamente con cera, y se lo entregó a Casanova, que ávido alargó la mano hacia él. En el pomo que Casanova escrutador sostenía contra la luz de una vela, se irisaba un líquido blancuzco y lechoso, que no llenaba del todo el frasco y que se movía de acá para allá en la dirección del ángulo de inclinación.

-También este líquido, al igual que el cuerpo humano, contiene fuerzas concentradas no investigadas -dijo Saint-Germain con tranquilidad-. Podéis verlo y sentir su peso. Agitadlo, dejad pasar la luz a través de él. Pero debo advertiros de que si vos o cualquier otro, que no conoce el secreto, intentara probarlo, el líquido se volatizaría ante sus labios como vapor. ¿Lo creéis?

-¡No!

-Aquí tenéis un punzón. Perforad la cera, y si conseguís siquiera tragaros una sola gota, podréis renovar vuestra fuerza viril durante años.

Casanova cogió impaciente el punzón, perforó la cera, lo sacó de nuevo y sostuvo otra vez el frasco contra la luz. El cristal resplandecía con un brillo transparente ya que el líquido lechoso había desaparecido en una milésima de segundo.

-¿Adonde ha ido a parar? -exclamó Casanova.

-¿Adonde va a parar la fuerza de la juventud y la viva capacidad de engendrar que posee el semen derramado en sueños? ¿Adonde va a parar la vida que se derrama en un momento por el muñón sangriento de una cabeza cortada?

-No lo sé. Pero yo también podría hacer preguntas al igual que vos, sin dar ninguna respuesta.

-La respuesta está ante vos, en vuestras manos. Pero vos no entendéis este lenguaje.

-Ya es la segunda vez que me echáis esto en cara. A mí me basta lo que comprendo del mundo, siento, palpo y veo. No tengo ni ganas ni tiempo de volver a sentarme en el pupitre de la escuela. Pero debo reconocer que el hombre rejuvenecido me ha tocado de lleno el corazón. No conozco el misterio, pero vos sí, tal y como afirmáis. Dejad pues entrar en mi organismo algo del huidizo Athoéter, ¡prolongad en mi vida lo que para mí significa la culminación, y yo seré siempre vuestro agradecido servidor!

-No puedo hacerlo, amigo mío, porque con ello haría aplazar vuestro crecimiento. Pero con mucho gusto estaré dispuesto a curar vuestra gota. Quince pildoras que yo mismo preparo harán desaparecer vuestros dolores en el plazo de tres días y os devolverán la elasticidad.

-¡Al infierno con vuestras pildoras! Sin duda se trata del mismo truco de magia engañoso que vuestro remedio rejuvenecedor. Al final afirmaríais que el remedio no ha hecho efecto porque durante el tratamiento pensé en un asno cojo. ¡Mostradme algo positivo! ¡Algo que pueda tocar como una copa de vino o como el cuerpo caliente de una mujer! ¡Algo que atempere y dé fuerza como una comida bien condimentada que se queda clavada en mi tenedor cuando quiero probarla! -estalló con rudeza Casanova.

-Como queráis -dijo Saint-Germain tranquilo y llanamente-. ¿Tenéis una moneda grande de plata?

-Claro. ¿Para qué? -preguntó Casanova y sacó su bolsa de dinero.

-Prestadme una durante un rato. Os prometo que os producirá intereses antes de que nos hayáis dejado.

Casanova alcanzó a Saint-Germain una pieza de doce sueldos.

La puerta se abrió y Yidam entró con un pequeño horno de hierro portátil. Puso una plancha de hojalata sobre el suelo, colocó el homo sobre ella, trajo carbón de madera, lo encendió y empezó a alimentar el fuego.

-¡La compenetración es fantástica! -asintió Casanova con reconocimiento-. No necesitáis ni la menor indicación. El criado mudo aparece en el momento preciso y cumple las órdenes que habéis acordado con anterioridad.

-Le he dado la orden a Yidam de traer el horno y preparar la operación en vuestra presencia -dijo Saint-Germain con sencillez.

-¿En mi presencia?, ¿cuándo? No he oído nada.

-Pero Yidam sí. Yidam oye de otra forma diferente a vos. Lo ha aprendido.

-¿Por qué tenéis que insistir con tanta frecuencia en que me consideráis un necio?

-No insisto en nada, me limito a exponer los hechos. Lo que un hombre no sabe todavía puede aprenderlo, siempre y cuando esté dispuesto a hacerlo y ponga suficiente interés y constancia por su parte.

-Yo no tengo ni una cosa ni otra, pero tampoco creo que haya algo que deba aprender. No me atrae esta clase de presunción que a vos os estimula, es decir, el ser considerado un ser sobrenatural.

-Por supuesto. Vos no creéis en nada y nada puede atraeros. Está bien. ¿Quizá querríais examinar este crisol antes de que lo cierre?

Saint-Germán le alargó a Casanova un crisol de hierro, que éste puso primero boca abajo y luego golpeó de arriba abajo con su anillo. Saint-Germain arrojó la moneda de plata en él, fijó la tapa y lo colocó sobre las brasas del horno de hierro.

Yidam hizo girar el reloj de arena que había sobre la mesa. Casanova y Saint-Germain no intercambiaron palabra alguna, mientras Yidam llevaba a cabo su trabajo en silencio, y yo me eclipsaba en las sombras, como lo había estado durante todo el tiempo.

Sólo podía oírse el regular sonido del fuelle. Sin embargo, la sala estaba llena de la ruidosa e inquieta irritabilidad de Casanova, que se hacía cada vez mayor, y que de la misma manera que el crisol de hierro poco a poco se ponía al rojo vivo. Las densas oleadas de su insatisfacción, su muda protesta y su instintiva rebelión ardían alrededor de la figura tranquila de Saint-Germain, que había cruzado los brazos y observaba las llamas.

Entonces, cuando hubo caído el último grano del reloj de arena, Yidam asintió y dejó el fuelle, tomó dos pinzas de hierro con un mango de madera y desenroscó la tapa del crisol.

Casanova y Saint-Germain se acercaron al mismo tiempo al crisol, en el que brillaba la plata completamente fundida. Saint-Germain sostuvo la mano sobre él e hizo caer una pequeña bola de cera en su interior. Yidam volvió a colocar la tapa, dio la vuelta al reloj de arena y de nuevo empezó a avivar el fuego con el fuelle.

El calor en la estancia se hizo insoportable, tal y como sucedió aquella vez en el laboratorio de alquimista de Antón Brüggendorf.

Casanova no se apartó ni un paso del horno. Los alimentos condimentados, el fuerte vino y sus confusas emociones lo caldeaban también por dentro. Bajo su peluca aparecieron gotas de sudor y se deslizaron por su frente. Su grueso jubón de brocado de seda se humedeció bajo las axilas y en su rostro enrojecido latía a la altura de la frente la oscura serpiente de una vena.

El tiempo pasó. Yidam abrió el crisol para meterlo luego en agua fría. Saint-Germain fue quien sacó del crisol el oro puro que se había enfriado con rapidez, y lo alargó a Casanova.

-Hacedlo analizar mañana por un orfebre... pero no olvidéis hacer- pesar una pieza de plata de doce sueldos para poder comprobar el peso del oro, que debe corresponderse exactamente con el de la moneda de plata.

Entonces Casanova estalló en una ira salvaje.

-¡Esto es un fraude! ¡No es más que un bajo y malicioso truco malabar! -dijo con voz ahogada, cargada de odio-, ¡He visto cómo habéis metido a escondidas el oro en el crisol!

La expresión del rostro de Saint-Germain se mantuvo fría y relajada.

-De vuestras palabras debo deducir que ya no es necesario prolongar este encuentro.

Hizo una ligera reverencia ante Casanova y Yidam fue hasta la puerta y la abrió. Casanova se echó la capa sobre los hombros y tiró el oro al suelo. Mientras bajaba precipitadamente las escaleras, todavía podíamos oír sus iracundas maldiciones.

-¡Sucia y cochina banda!; ¡hacerme esto a mí! ¡Charlatán! ¡Mono engreído! Un don nadie, un sabelotodo... todavía llevaba pañales cuando yo ya...

Su voz, el eco de sus pasos, su figura fueron engullidos por el oscuro silencio de la noche.

Me volví hacia Saint-Germain. Yidam ya había desaparecido. El Maestro se acercó a la ventana y la abrió. Los densos y calientes vapores, hostiles y aromáticos, se dispersaron y dejaron lugar al fresco aire otoñal.

Apagué las velas una tras otra hasta dejar solo una, luego me acerqué a Saint-Germain, que estaba junto a la ventana, y le di las gracias humildemente por aquel misterio que se había desarrollado ante mis ojos.

7

Paris 1780

Fue una sensación extraña regresar después de tantos años y ver, percibir y sentir los progresos del tiempo, las manifestaciones cada vez más claras de la descomposición, los desprendimientos del incipiente desmoronamiento, las fuerzas tensas de la explosión que se aproximaba, a cuyo incremento contribuían sobre todo, con el fuelle del odio, aquellos que bailaban también sobre el volcán, es decir, la mayor parte de la nobleza.

En aquella época Versalles y Trianon eran ya dos castillos enfrentados, y el corpulento y desvalido rey Luis XVI, a quien todo le parecía bien y todo le era indiferente, oscilaba de acá para allá, como el badajo de una campana entre ambas fortalezas.

El pueblo, a pesar de los versos satíricos pagados y las acusaciones que cada vez se extendían más, estaba dispuesto a reconciliarse con María Anto-nieta, y los ciudadanos, pese a la venenosa y descontenta opinión pública, seguían todavía fascinados por aquel atractivo impersonal que irradiaba el trono.

A fines de octubre llegamos a París. De entrada, el conde no se dejó ver por la corte. Su palacio se ocultaba detrás de la iglesia de San Roche, en medio de un enorme parque. El castillo propiamente dicho estaba oculto por una pequeña construcción, y de esta manera, visto desde fuera, tal y como se asomaba por entre los árboles, tenía una apariencia gris y deslucida. El interior de la casa reflejaba la misma duplicidad y era un fiel reflejo del propio Saint-Germain. Quien accedía al palacio por la puerta principal, lo hacía a través de un invernadero con ambiente tropical, lleno de extrañas plantas trepadoras, abundantes racimos de flores, artísticos estanques de lotos, y surtidores situados en suntuosas salas cuya opulencia, con sus paredes tapizadas de damasco y brocado, las tapicerías de los muebles, cortinas, espejos venecianos, chimeneas de porcelana, alfombras, candelabros dorados, pinturas y sus objetos de arte amontonados en las vitrinas, superaban la pompa de Versalles. Sin embargo, de las habitaciones del piso de arriba, donde se encontraban de hecho las estancias de Saint-Germain: su gabinete dormitorio, su despacho y su laboratorio, había sido desterrado todo lujo. Su dormitorio parecía una celda. Por encima de la sencilla y estrecha cama de hierro colgaba un retrato de Cristo pintado por él mismo, que miraba al que entraba de una forma fascinante y estática. Los colores de este cuadro resplandecían con un brillo apagado en la oscuridad. La segunda joya del gabinete era un Buda de marfil, de unos cincuenta centímetros de altura, en cuya frente resplandecía una piedra preciosa con destellos verdes, que estaba colocado en una hornacina sobre un taburete de madera de ébano. Ante la estatua ardía una luz permanente en un recipiente de cristal en forma de loto. El gabinete tenía dos puertas. La de la izquierda conducía a un cuarto de baño bien equipado, que incluía el vestidor, y la de la derecha daba a una estancia cuadrada, pequeña y casi vacía, ante cuya ventana colgaba una gruesa cortina. El suelo no estaba cubierto por alfombra alguna, sólo una estera de paja. De las paredes colgaban, en todo el derredor, veintidós tablillas ampliadas de jeroglíficos en colores, salidas de la mano de un artista. El único mueble de la habitación era una mesa estrecha y larga sobre la que había un enorme globo celeste enmarcado por dos candelabros de plata de siete brazos. Las estrellas en este mapa celeste brillaban igual que los jeroglíficos de la pared o que el cuadro del Cristo. Desde esta sala de meditación se llegaba al laboratorio y a la biblioteca.

Mi vivienda, en el piso más alto del palacio, estaba acondicionada casi igual que la de Saint-Germain, aunque no había biblioteca ni laboratorio, por lo cual acudía a trabajar a las estancias del conde. Encima de la cama de mi celda-dormitorio no colgaba un cuadro de Cristo sino un crucifijo.

Desde que conocí personalmente a Saint-Germain, todas mis dudas y mi inseguridad se habían disipado como un ligero humo. Lo admiraba y confiaba en él de forma ilimitada.

Nos levantábamos al amanecer. Después del baño, nos vestíamos con nuestros largos y oscuros hábitos que no eran muy distintos de los de los monjes, luego nos retirábamos a nuestras respectivas

habitaciones y llevábamos a cabo los ejercicios de meditación. Por lo que a mí respecta, además de ocuparme en la recuperación de los jeroglíficos, también me dedicaba a la formación de mis capacidades telepáticas, para lo cual, en un determinado momento, una vez realizados los ejercicios elementales, Saint-Germain me enviaba primero símbolos, luego letras y más tarde frases enteras, que yo debía anotar con exactitud, desde el ala opuesta del palacio. Durante estos ejercicios llevaba una cinta egipcia que me ceñía a la frente, en cuyo centro, entre los ojos, se alzaba la cabeza de una serpiente dorada.

Después salíamos una hora a pasear por el parque y tomábamos juntos el desayuno, que consistía en una papilla de avena con leche y fruta fresca. La mañana la pasábamos habitualmente en el laboratorio. Por la tarde yo leía y tomaba notas, mientras Saint-Germain se quedaba en su escritorio. Durante esta época escribió su obra principal, *La Tres Sainte Trinosophíe, La santísima trinosofia,* cuya importancia sin parangón es incalculable. Es el diario de la prueba de madurez del alma y posiblemente no sea más que la descripción del ingreso de Saint-Germain en la hermandad mística, de la que acabó siendo Gran Maestro. El objetivo de esta obra se encaminó a orientar a aquellos discípulos que ya conocían la terminología secreta. Toda la descripción, en sus detalles alegóricos, parte de las ceremonias tomadas de la Edad Media clásica, y su lenguaje es simbólico. Así pues, a simple vista, el texto parece incomprensible, pero su análisis profundo y meticuloso lleva a su progresivo desciframiento. Ningún detalle carece de un significado oculto.

La obra consta de doce partes, y cada una está ilustrada por el dibujo correspondiente. Las primeras partes proceden de la tradición neo-egipcia, del llamado rito de Memfis, y se refieren a los cuatro elementos de las tesis de examen de los candidatos: tierra, agua, fuego, aire. Utilizó como modelo el zodíaco y sus doce casas. El zodíaco y la órbita solar atravesada por él es aquella forma originaria de donde el sacerdocio original deduce la prueba del sagrado movimiento circular. Los antiguos tomaron el primer signo del zodíaco como el principio, y el último, como el fin de toda actividad mundana.

En este libro de la sabiduría en tres niveles, Saint-Germain utilizó, por regla general, símbolos alquimistas. Pero, como es lógico, no describió ningún auténtico proceso químico, ya que en su caso, como en el de todos los grandes alquimistas, la elaboración del oro material sólo constituía una mínima parte de su sabiduría; son procesos que desencadenan más bien el progreso espiritual y conducen finalmente al estadio de adepto.

Durante las horas de la tarde, yo contestaba la correspondencia, después tenía de dos a tres horas libres para pasear por las calles de París y si lo deseaba, volver a mis recuerdos, aunque ni la añoranza ni la curiosidad me empujaban a hacerlo. Aun así, recordando las palabras de mi madre, no quería eludirlos. Así que decidí dejarlos atrás de forma definitiva y «repasar una vez más las viejas facturas para comprobar si en mis conocimientos quedaba alguna laguna».

Primero visité la pequeña tienda en la *rué* Saint-Honoré. Su apariencia externa no había cambiado en absoluto. Ante la puerta de chapa, de un verde sucio, que daba al sótano, se amontonaban en las estanterías sin pulir los polvorientos devocionarios como en la época de Lepitre. Desde abajo me salió al paso un frío olor a podrido, que conjuró en mí el recuerdo de las excitadas y desaseadas figuras de Lepitre y Rosalie con una viveza penetrante e inquietante. En el interior, como entonces, se exponían los libros para su venta. Ese olor putrefacto, que se aferraba a sus cuerpos y a sus ropas, también los había rodeado a ellos. En las concavidades que el tiempo había excavado en los siete escalones de piedra, había un apestoso charco de agua.

La puerta de madera que conducía a la tienda hacía sonar, al abrirse y al cerrarse, una triste y ronca campana, que con su viejo sonido, volvió a darme de lleno en el corazón. En medio del mohoso silencio de la tienda había sentada una muchachita, insignificante y fea. Cuando se levantó para recibirme, la luz mortecina del crepúsculo vespertino que entraba por la única ventana, situada a cierta altura, me permitió vislumbrar su pelo descolorido, la cara chupada, los ojos pequeños, asustados y bobalicones.

-Por favor, *Monsieur,* en qué puedo serviros... Voy a encender una luz ahora mismo... Elegid lo que queráis...

La contemplé pensativo mientras ella encendía una vela, turbado por la pesada conmoción de los recuerdos. Ella interpretó mi silencio como indecisión.

-Mi padre hoy ya no volverá... pero yo puedo serviros igual que él, Monsieur:.. ¡lo que queráis!

Presté atención de forma instintiva. Por el tono deduje que me ofrecía alguna mercancía secreta, que aquellos días andaba muy buscada...

-¿Todo? -pregunté con intención.
La niña asintió, desapareció tras la sombra de la cortina zurcida y regresó con un folleto amarillento.
-¡Lo más reciente! -dijo en voz baja.
Me incliné acercándome a la vela y abrí el panfleto...

Chacun se demande tout bas:
Le Roi peut-il?
Ne peut-il pas?
La triste Reine en desespere...

Se trataba de unos versos satíricos sobre la reina. Como quería continuar leyendo, la mohosa muchachita empezó a suplicarme horrorizada:
-¡Aquí no, *Monsieur!*... ¡En cualquier momento puede llegar alguien!
Para tranquilizarla escondí con rapidez la peligrosa mercancía, pagué y me despedí. A través de tenebrosas calles y callejas me apresuré a regresar a casa. Desde la oscuridad llegaban voces a mis oídos, murmullos, risas, fragmentos de maldiciones, el eco de pasos apresurados. De entre los murmullos de voces de chicos se destacó la voz de un adolescente que empezó a citar burlón los versos prohibidos, mientras los fragmentos eróticos se perdían una y otra vez en medio de las carcajadas reprimidas.

Durante la cena mostré a Saint-Germain el manuscrito y le conté en qué circunstancias y de qué manera lo había conseguido y cómo más tarde había oído los versos a mis espaldas con la voz impersonal de la calle.

-También este veneno ha salido de palacio y ha ido a parar a las calles -dijo el conde mientras hojeaba el cuaderno-, ¡Qué necios! Los reproches y ataques que se forjan contra el trono hacen tambalearse el único centro mágico que sanciona y mantiene firme su propia posición, sus propios privilegios. ¡Y ellos pagan al poeta por su propia sentencia de muerte!
Estas palabras proféticas hicieron que un estremecimiento de frío me recorriera la espalda; palabras que también habían engendrado en mí una premonición y una desagradable tensión desde que me encontraba en París.
-Se dicen cosas horribles sobre la reina... Pero vos la conocéis... ¿Es de verdad tan negra como la pintan?
-No es ni mejor ni peor que aquellos que la rodean, sólo que está menos dispuesta que ellos a parecer otra cosa de la que es. No es perversa, sólo es algo excéntrica, curiosa, ansiosa de vida y superficial. Posee valiosas cualidades como un niño que no es consciente de sí mismo, lo que pasa es que este niño juega con peligrosos explosivos, sin conocer su efecto.
-Quizá si la hubierais advertido...
-Ni siquiera lo he intentado. Las palabras la cansan, cuando no están tejidas con los transparentes encajes del rococó. En la actualidad, la profundidad de su espíritu todavía no es mayor que la de algún pequeño estanque del Trianon. El destino elige siempre sus herramientas de manera correcta para cumplir la ley. Para la transmutación del carácter de María Antonieta se requiere el calor de violentos acontecimientos, que devoren a su alrededor y en su interior todo material combustible. Pronto la conocerás, Cornelius.
-¿Yo? ¿Cómo es eso?
-Porque me necesitará -fue su evasiva respuesta.

8

El cristal vivo

Peregriné también a mi anterior casa, en cuyo lugar había una pequeña cabana de madera a punto de derruirse. El jardín estaba cubierto de maleza y sólo las ruinas de la antigua verja sobresalían del suelo. ¿Qué habría sucedido? Era imposible que en pocas décadas el tiempo la hubiera reducido a polvo.

Cuando me acerqué, salió de la cabana de madera un viejo mendigo que me dirigió una mirada desconfiada con sus ojos irritados. Me dirigí a él.

-En el pasado hubo aquí una casa... Un palacete de ladrillos rojos.

-Puede ser -dijo el viejo, parco en palabras.

-¿A quién pertenece ahora este terreno?

Su desconfianza se convirtió en un recelo hostil.

-¡El terreno no está en venta! Pertenece a la ciudad -rugió, me dio la espalda y se arrastró de nuevo al interior de su sucio cubil.

Empecé a preguntar por las casas y tiendas de los alrededores. Por fin, gracias a una vieja vendedora de verduras, me enteré de que la casa había ardido hasta los cimientos en 1750. El fuego había empezado en su interior, en las habitaciones que estaban cerradas, y no se pudo encontrar las llaves a tiempo.

Un destino digno de aquella casa de las pasiones, cuyos habitantes también habían sido devorados por las llamas de su fuego interior.

El *Pedáis* de la *Marquise* DAnjou, el asilo de los «Corderos», se erguía todavía, sin haber experimentado cambio alguno, en medio de un hermoso y cuidado parque. La casa había cambiado de dueño aún en vida de Corinna, que gastaba dinero a manos llenas. Después de la muerte de su madre, ella fue la única heredera de la considerable fortuna de los DAnjou, ya que su hermano menor, el enfermizo Christian, había muerto hacía tiempo. Todo el dinero, todas las posesiones, las casas, el *Pedáis,* los carruajes y las joyas, se volatilizaron en el plazo de pocos años con la ayuda de Germaine y de Martin Aliáis. En el año 1780 también este *Pedáis* cayó en manos de los Polignac y fue habitado por unos parientes lejanos. Con la ayuda de Saint-Germain me habría sido fácil entrar en aquellas lujosas estancias, pero no sentía ningún deseo de hacerlo. La nostalgia que se despertó en mí en esas conocidas calles y a la vista de mi casa se dirigía más bien a la querida y amable figura del doctor Péloc.

El 29 de noviembre murió María Teresa, la emperatriz de Austria, la madre de María Antonieta, sin haberse enterado del nacimiento del Delfín, con el que esperaba que se estabilizara la posición de su hija y su veleidosa mentalidad. María Antonieta se quedó sola, y Mercy el embajador de la emperatriz, sus ojos y su voz en la corte francesa, sin la consideración que mereció la emperatriz en vida, ya no valía nada.

La desaparición de la madre, que de lejos se ocupaba de su hija, a la que de vez en cuando mandaba largas e incómodas advertencias, y aconsejaba y reñía como si de una niña pequeña se tratara, espantó y horrorizó a esa mujer frivola. Sintió que había perdido su único respaldo, la persona con quien siempre había podido contar, que la había querido y defendido ante todo el mundo, incluso de su frivolo yo. Se sintió asaltada por el miedo y la angustia al lado de un esposo débil e indiferente, y frente a un mundo que la observaba con desconfianza, rechazo, indignación y hostilidad, rodeada de todos su amigos frivolos y egoístas. La pequeña Lamballe, su única dulce y fiel amiga, no sabía hacer otra cosa que llorar con ella. La condesa Polignac era retenida lejos de la corte a causa de una enfermedad. Y la reina se veía atormentada por una aflicción desconsolada y por tétricas premoniciones.

Una tarde, durante los oscuros días de principios de diciembre, cuando regresaba de mi paseo, vi que las hileras de ventanas de las salas de la planta baja estaban todas iluminadas. Por el gran número de velas que había encendidas deduje la presencia de un distinguido visitante. Rodeé la casa y entré en

mi habitación por la puerta de atrás. Yidam ya me esperaba y me dio recado de parte de Saint-Germain para que me vistiera con solemnidad, porque teníamos un importante invitado, la reina de Francia.

Intimidado y lleno de curiosidad, entré en el salón donde encontré a dos damas vestidas de riguroso luto en compañía de Saint-Germain. La atractiva y dulce princesa Lamballe y la alterada y desasosegada María Antonieta, con los ojos enrojecidos por el llanto. Habían dejado a un lado sus máscaras. La reina atendió a mi presentación con naturalidad pero impaciente, sin prestar mucha atención, y apremió al conde para empezar con el experimento.

Saint-Germain condujo a sus invitadas a su lujoso despacho, que nunca utilizaba.

Sobre el escritorio había una brillante bola de cristal que reflejaba la luz de las velas. Obedeciendo a una orden muda de Saint-Germain, las apagué todas menos dos que había a ambos lados del escritorio.

Las damas se instalaron en cómodos sillones tapizados y Saint-Germain se sentó ante la bola de cristal, mientras yo me dispuse a encender el sahumador, que en pocos segundos llenó la habitación de un agradable, embriagador y solemne aroma.

La princesa Lamballe se acercó temerosa a la reina y, con los ojos muy abiertos, se quedó mirando fijamente al conde, que estaba sumido en la contemplación de la bola de cristal, hasta que su mirada también quedó atrapada por el brillo que ésta desprendía.

En el prolongado y adormecedor silencio observé a hurtadillas a esa mujer que, inmóvil y afligida, mantenía la mirada fija ante sí: la mujer más envidiada y más odiada de Francia. La regularidad y la delicadeza de sus rasgos no podía competir con la belleza infantil de la princesa Lamballe. Su vibrante desasosiego, la viveza, eran las que daban al rostro de María Antonieta mayor relevancia. La Lamballe era dulce, complaciente e inocente, una planta trepadora que se agarra con gracia, que no es autónoma por sí misma, que no pone en marcha ningún acontecimiento y que no influye en ellos. El carácter de la reina irradiaba una tozudez frivola y desbordaba impaciencia. Su emocional y apasionada boca era la puerta de no pocas palabras irreflexivas, de ofensas irreparables y de algunos silencios fatales. Su insaciable afán de diversiones y placeres siempre nuevos, distintos y superficiales, a los que daba prioridad por encima de cualquier otro interés, podía percibirse con claridad en las nerviosas curvas y en las temblorosas aletas de su nariz. Sus ojos claros y brillantes no tenían profundidad alguna, no poseían ningún resplandor interior. Miraba sólo hacia el mundo exterior, desde donde esperaba el brillo oculto de las cosas y lo reflejaba. Ese par de ojos mostraba ahora el rastro de las lágrimas. Su desfallecida aflicción había liberado por un momento las fuerzas y cualidades malgastadas, las emociones olvidadas y las inminentes de su cámara mortuoria, de esa cámara donde reposaba en silencio el lejano pasado de la reina y su futuro.

Mi mirada se deslizó por los jeroglíficos descifrados y volvió a la bola de cristal, cuya superficie ya se había enturbiado y empezaba a vivir. En su interior se agolpaba una niebla blancuzca, atravesada de manchas, que de vez en cuando se oscurecían en el mudo tumulto de la sustancia astral...

... Ante mi mirada perdida en el infinito se desveló poco a poco el dulce rostro de la pequeña Lamballe... pero sus ojos eran dos cavernas vacías, y su expresión como de cera y sin vida. La niebla alrededor del rostro ardió, se volvió de un color rojo sangre, y algunas partes de su cuerpo desnudo fueron surgiendo de ese horrible baño. Pero la carne de estos miembros manchados se estaba pudriendo y su color recordaba a la de los muertos...

Un estridente grito me sobresaltó. Era la princesa Lamballe quien había gritado con un horror delirante y tembloroso. Se cubrió la cara con ambas manos y de su boca brotaron sonidos inarticulados, sollozos y balbuceos.

-Jesús, ayúdame!... Vamonos... abandonemos este lugar... ¡Tengo miedo! No quiero seguir viendo esto... y no nos dejes caer en la tentación... Oh, esta imagen...

La reina se arrodilló ante ella e intentó tranquilizarla, acariciándola y serenándola. Saint-Germain dejó caer una gota de un remedio tranquilizante en una copa de vino y la obligó a beberlo, sosteniendo la copa ante sus labios temblorosos. Luego se serenó un poco, pero aunque la reina la apremiaba, no quiso revelar qué era aquello que la había horrorizado tanto.

-No tenía nada que ver con Vuestra Majestad, sólo conmigo... si lo deseáis me quitaré la vida hoy mismo, pero no puedo hablar de lo que he visto en el cristal... Os suplico que no os enojéis conmigo... No me exijáis... Ni siquiera me atrevo a volver a pensar en ello... horroroso... no... no... -Sus labios empezaron de nuevo a temblar y de su boca salió un sollozo. A la reina le dio lástima y no siguió insistiendo. Se volvió a Saint-Germain.

-¿Y vos?... ¿vos no podéis darle ningún tipo de consuelo? -Su voz sonaba cargada de reproches, una voz en la que temblaba la acusación gimoteante y exigente de un niño consentido.

-El futuro inmediato, Majestad, es un extraño crepúsculo, que más tarde se convierte en una noche oscura, donde los perfiles se borran. Si os contentáis con la luz crepuscular de unos pocos años...

-¿Y bien? -La voz de María Antonieta estaba llena de expectación y secreto temor.

-Justo dentro de un año nacerá el Delfín...

El pecho de María Antonieta ahogó un pequeño suspiro, y aquella posibilidad, esperada con tanto anhelo, iluminó su rostro con una sonrisa maternal, casi feliz.

-El Delfín... Dios mío... ¡si fuera verdad!

-Eso ya está decidido, Majestad. Esta parte del futuro nos espera como un albergue... digamos en Varennes... Sólo tenemos que viajar hasta allí en el carruaje del tiempo...

María Antonieta estaba del todo encandilada con ese pensamiento.

-No sabéis... no podéis saber en absoluto lo que significaría para mí..-todo lo que podría quedar solucionado...

-Solucionará algunos problemas, Majestad, pero aquellos que deberían callar, levantarán sus voces todavía más alto. El nacimiento del Delfín desbaratará algunos planes...

-¡Entonces todavía debo preocuparme menos de esa gente! -Esta personalidad despreocupada fue lo que más caracterizó a la reina durante los años que precedieron a la tragedia-. ¿Qué podrán hacer contra mí si el trono posee un legítimo heredero?

-Desearía dirigir a Vuestra Majestad un humilde ruego -dijo Saint-Germain en voz baja.

-¿Qué deseáis, Maestro? -contestó María Antonieta bromeando, electrizada y generosa-. ¡Sabéis muy bien que estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por mis amigos!

-Cuando dentro de un año nazca el heredero del trono, y Vuestra Majestad vea así confirmadas mis modestas palabras, debéis reflexionar acerca de un consejo que quisiera añadir a mi profecía.

Por el rostro de la reina pasó un leve soplo de indignación.

-Hablad, conde Saint-Germain... Estoy incluso dispuesta a escuchar vuestro consejo.

-¿Y Vuestra Majestad lo tendrá en consideración cuando...?

-¿Cuando nazca el heredero del trono? Bueno, entonces... quizá lo haga. Siempre y cuando vos no me exijáis algo que contraríe mi naturaleza, me aburra o me humille.

-Quizá no haya elegido la palabra adecuada, Majestad. Lo que tengo que deciros es más que un simple consejo, es más bien una advertencia. Puede ser que aburra a Vuestra Majestad, o que incluso la humille, ya que con toda seguridad va en contra de todas las reglas básicas de vuestra naturaleza. Quiero rogaros que después del nacimiento del Delfín recorráis el corto camino que hay desde el Trianon hasta Versalles. Construid un puente que haga regresar a la nobleza y al pueblo... Con eso todo estaría decidido y todo estaría salvado.

-Oh, sí, sí... yo... lo pensaré -dijo la reina con poco interés y se recostó aburrida en su sillón-. Pero primero debe cumplirse la profecía. -Hizo una ligera mueca maliciosa-. ¿Habéis visto ya en Versalles a las tres tías del rey, y a *Madame* de Noailles, el viejo mausoleo? Cuando pienso en ellas me coge la enfermedad del sueño, o el deseo de alborotar y de reír. ¡Quieren vengar en mí sus vidas desperdiciadas! ¡A causa de mi juventud, de los pocos momentos de libertad que he conseguido con mucho esfuerzo, lo que más les gustaría, si pudieran, sería empalarme! ¡Si tan sólo pudiera comprender por qué les duele que de vez en cuando me tome un respiro y quiera divertirme como cualquier mujer sencilla de Francia!

-Por desgracia, Vuestra Majestad no nació como una sencilla mujer de Francia; Vuestra Majestad está sentada en el trono de Francia en una época en que la situación del país es crítica, amenazado por peligros exteriores e interiores. En la actualidad, el trono debe ser un símbolo vivo, dispuesto a luchar, para llevar a cabo la batalla más grande de su historia y conquistar la fe, la confianza y el amor de su pueblo. Ahora, vuestra misión no sólo debe ser la de traer al mundo al Delfín, sino también la de elevar la idea de la monarquía, para salir airosa de todos los peligros y nuevas tendencias, y perdurar por encima de todos los movimientos que se iniciaron en época del rey Sol y que desde entonces se han fortalecido de forma alarmante. Sois lo bastante valiente como para enfrentaros a los prejuicios del viejo mundo, estáis dispuesta a emprender la lucha contra las tradiciones de Versalles, a soportar el odio y las calumnias de la nobleza... por un poco de libertad, por algunos ligeros e inocentes placeres, por una salida enmascarada por París, por vestidos, bailes, juegos y minuetos. ¿Por qué no deberíais hacerlo entonces por el bienestar del pueblo? Conseguid aliados, intentad conocer sus acuciantes

problemas, su insostenible situación, para comprenderlos y buscar ayuda. Nadie puede luchar al mismo tiempo contra dos enemigos sin salir derrotado. Hay que aliarse con uno de los dos para poder permanecer arriba. No necesitáis el pasado. Así que aliaos con el futuro bajo el signo de una revolución incruenta y de las reformas deseadas con tanto afán, que llegarán de todas formas, con Vuestra Majestad, o... y eso sería horrible... contra Vuestra Majestad.

La reina escuchaba con incomodidad creciente las palabras tranquilas y ponderadas de Saint-Germain. Su rostro se convirtió en una máscara de rechazo.

-No quiero... es decir, no me gustaría ni siquiera comprender lo que decís, conde Saint-Germain -dijo fría y arrastrando las palabras-. Si lo comprendiera, debería constatar que no me estáis advirtiendo, sino amenazando. Gracias a Dios, la monarquía en Francia siempre ha sido lo bastante fuerte como para acabar con los rebeldes en sus plazas. Es tarea del rey reinar y ocuparse de los problemas del pueblo. No quiero inmiscuirme en eso. Con toda seguridad, el rey hace cuanto puede. Ninguna persona ajena puede juzgar si alguien que ocupa cargos de responsabilidad comete negligencias o es guiado por la fuerza de la necesidad. Os equivocáis si creéis que mi rechazo personal contra las intrigas significa una rebelión contra el pasado y contra la tradición. Creo en el poder del rey, querido por Dios, en la impalpable y antiquísiiha majestad del trono. El pueblo pasa por buenos y por malos tiempos. El pueblo murmura de vez en cuando y canta versos satíricos, pero en los momentos importantes y grandes en la vida de la nación, todos se agruparán en torno al trono. No temo al pueblo... a mi pueblo... y no estableceré con él ninguna alianza, porque soy su reina. La actitud hostil que manifiesta una parte de la nobleza no es más que la amargura de los amantes que ya no son correspondidos, pero que saben muy bien que su venganza haría tambalear al trono y causaría también su propia perdición. La nobleza nunca puede ser peligrosa para la reina.

Habló con orgullo, erguida e inflexible, como si el sillón en el que estaba sentada se hubiera convertido en un trono. Era digna de compasión, y al mismo tiempo resultaba majestuosa en su ceguera. Entonces, con un leve suspiro, se reclinó cansada en su asiento.

-Os habéis equivocado, Saint-Germain, y voy a considerar este asunto como si no hubiéramos tocado el tema en absoluto. ¡Espero que tengáis más suerte con vuestra profecía!

-Majestad, he puesto un plazo bastante corto para que se pueda poner en duda mi posible error. Sólo un año...

Una vez que se hubieron ido las damas, mencioné a Saint-Germain la imagen espantosa que había visto en la bola de cristal. El conde asintió.

-La bola de cristal flotaba efectivamente en una niebla sangrienta, Cor-nelius. Proyectaba la tenebrosa imagen del futuro de una manera tan densa y estremecedora que su fuerza penetró incluso en el alma infantil y horrorizada de la princesa Lamballe. Eso fue lo que la alteró tanto... pobre pequeña princesa... ¡Qué final!

9

Trianon

En el año 1781, justo en la fecha que Saint-Germain había predicho, nació el Delfín. Pareció como si durante las jubilosas celebraciones hubieran desaparecido todas las sombras, toda la desconfianza, todos los malentendidos que había habido entre la reina y el pueblo. La nobleza callaba. Los difamantes versos satíricos fueron silenciados por himnos y odas, y la esposa del rey, la madre del sucesor del trono, fue agasajada con entusiasmo por todas partes.

María Antonieta, en su triunfal y feliz maternidad, no se olvidó de Saint-Germain. La condesa de Polignac en persona le trajo la invitación al Tria-non, en la que incluso se mencionaba mi modesta persona, ya que la reina quería verme a su lado como testigo de la primera profecía mística.

La invitación era para el Trianon, aquel palacete de estilo rococó que con orgullo y tozudez estaba cerrado al mundo.

-Sólo estarán presentes unos pocos amigos íntimos, un par de personas alegres y divertidas, en cuya compañía la reina quiere descansar de las numerosas solemnidades y obligaciones protocolarias -dijo la condesa de Polignac, la adorada amiga de María Antonieta, a cuya dirección, insinuante y llena de tacto, se sometía en todo ciegamente. Pero esta mujer, no demasiado inteligente y poco generosa, que estaba dedicada por completo a los intereses de su propia y codiciosa familia, a cuyo frente se hallaba, no supo conducir a la irreflexiva, susceptible y superficial reina en la única dirección correcta. Quizá si se hubiera dado cuenta a tiempo del peligro que suponía este pequeño castillo de cuentos de hadas, contiguo al de Versalles y tan lejos de París, y además encerrado en la magia caprichosa de su artificiosidad, habría podido evitar, o al menos modificar, el destino de María Antonieta y los crueles acontecimientos que lo acompañaron. Pero para la condesa de Polignac y para su familia era mucho más importante una reina alejada de todas las influencias, una reina que viviera en una especie de vacío, y que sólo ocasionalmente saliera de su castillo para volver siempre con un nuevo botín del agitado y espantoso Versalles, una parte del cual iba a parar a los Polignac, mientras que la otra permanecía en el Trianon, que siempre devoraba inmensas sumas.

La belleza de la condesa de Polignac quizás era más impresionante que la de la princesa Lamballe. Su aspecto extemo engañaba a la reina y a todos aquellos que eran vulnerables al encanto de una criatura complaciente. Su delicada y frágil figura, su delgado rostro de *Madonna*, sus grandes, suplicantes e inocentes ojos, sobre los que los pesados párpados con las pestañas larguísimas sabían caer de forma inesperada y sumisa, reflejaban el desamparo de una criatura siempre necesitada de ternura y protección. Su voz trémula, armoniosa y llena de inflexiones cristalinas, estaba constantemente dispuesta a defender, a rogar y a adular. Sus movimientos eran infinitamente gráciles y flexibles, aunque tras esa figura suplicante, fluctuante y transparente se ocultaba una tenacidad increíble. Su mirada perspicaz y fulgurante reconocía de inmediato las oportunidades ventajosas que se le presentaban, así como los peligros que encerraban, y su lengua, con una gran facilidad de palabra pero con mortal seguridad, daba siempre en el blanco allí donde quería ejecutar a un enemigo o un propósito que la contrariara.

En esos momentos la mujer que se apresuró a salimos al encuentro avanzando por la suave alfombra de la sala de recepción, bajo la chisporroteante luz de las velas que se reflejaba en incontables espejos, entre gobelinos maravillosos de colores pastel, entre muebles de alegres y musicales curvas, entre porcelanas que se asemejaban a hojas de flores, me pareció un ser completamente diferente al que yo había conocido en el palacio de Saint-Germain: aquella mujer enlutada, abatida por la preocupación, trastornada, estremecida por críticos sentimientos y por la inquietud, ahora había desaparecido, presentándose ante nosotros la personificación del rococó: una fluctuante y hermosa diosa del rococó,

de piel sonrosada, que nos alargó sus delgados dedos para responder a nuestro agasajo con un generoso signo de agradecimiento.

-Venid, venid, Saint-Germain... ¡quiero proclamar al mundo vuestro maravilloso conocimiento y vuestra sabiduría! -Y nos condujo, arrastrándonos consigo, hasta sus curiosos invitados.

Su forma de andar tenía una especie de cadencia inimitable, sin que ella lo buscara o fuera consciente de ello. Estaba rodeada de una fresca y vibrante atmósfera, de la atmósfera de la alegría y del triunfo. Tampoco el segundo parto había dejado en su cuerpo rastro alguno. Su talle se erguía delgado y orgulloso por encima del amplio pedestal del gigantesco miriñaque de brocado azul. En sus hombros desnudos empolvados con polvo de arroz, en su delgado cuello, en sus orejas, dedos y brazos brillaban piedras preciosas, e incluso en la alta peluca blanca había brillantes disimulados, que disparaban sus destellos de fuego cada vez desde ángulos distintos.

La mayoría de los invitados eran personas jóvenes, hermosas y vestidas con elegancia, y entre ellas sólo llamaba la atención un único rostro de mujer marchito, semejante a un pájaro, pintado de muerte, vivaz e inteligente, ingenioso y malicioso: el de la condesa D'Adhemar. Más tarde comprendí por qué la habían incluido en aquella reunión, congregada con propósitos tan confusos. Era divertida como un payaso, tenía una lengua afilada, colorista e inagotable, un espejo deformante que reflejaba sin tregua una sociedad carnavalesca. Pero ¡cuánto se había esforzado en alcanzar su posición en el Trianon! Qué ingentes trabajos le había costado camuflar su vejez y su aspecto externo con el humo caliente y silbante del delicioso cotilleo, de historias picantes y explosivos comentarios. Cuántas cosas había tenido que relacionar, leer, observar, elaborar de forma febril, para servir al vampiro de las carcajadas y del entretenimiento que, desde que hubo probado el sabor de la sangre, llevaba sus abusos a todos los lugares donde ella apareciera. La sociedad esperaba, exigía de ella entretenimiento, y ella intentaba de forma compulsiva, empleando todas sus fuerzas, su tiempo y su talento, satisfacer este deseo.

Todos se precipitaron sobre Saint-Germain y le suplicaron predicciones, cosméticos y «elixires». Le planteaban preguntas infantiles, le decían necedades jamás oídas y a menudo ofensivas, pero él respondía con una paciente sonrisa. Por fin la reina lo salvó de su indigna situación. Le rogó que la siguiera, acompañada de la princesa Lamballe y de la condesa de Polignac, hasta una apartada sala para, como dijo, solicitar su consejo médico.

También en esta ocasión me aproveché de mi apariencia poco llamativa. Sin que le llamara la atención a nadie, me retiré en la penumbra de una pequeña habitación lateral y observé a través de la puerta abierta a aquel grupo pintoresco que se reía y charlaba, que se movía en el brillante e iluminado escenario de la sala. La condesa D'Adhemar llevaba la voz cantante, y por supuesto, tenía un sinfín de cosas curiosas y muy interesantes que contar acerca del conde Saint-Germain: había sucedido en la corte de Versalles, todavía en tiempos de Luis XV En presencia de la condesa D'Adhemar, la entonces ya vieja condesa De Gergy se encontró de pronto ante el conde Saint-Germain. Cuando la anciana dama vio al famoso mago, dio desconcertada un paso atrás, y entre ambos tuvo lugar aquel tenso y famoso diálogo:

«-Hace cincuenta años yo era la esposa del embajador francés en Vene-cia -dijo la condesa De Gergy-, Me acuerdo muy bien de haberos visto allí. Teníais entonces el mismo aspecto que ahora, pero me parecisteis entonces de edad más madura, ¡es evidente que durante este tiempo habéis rejuvenecido!

»E1 conde hizo una profunda reverencia.

»—¡Es para mí un honor, condesa, que me hayáis reconocido!

»-En aquel entonces os hacíais llamar *Marquis* Baletti...»

»Saint-Germain sonrió.

»-¡La memoria de la condesa De Gergy sigue siendo tan precisa como hace cincuenta años!

»-Bueno... del mismo modo, tampoco he olvidado que debo agradecer mi magnífica salud y mi buena memoria a vuestro remedio milagroso. Me alegro mucho de volver a ver a una de las personas más extraordinarias de este mundo, aunque ahora lleve otro nombre...

»-Espero que ese *Marquis* Baletti no tuviera muy mala fama.

»-¡Al contrario! -dijo la condesa con entusiasmo.

»Saint-Germain la tomó del brazo con amabilidad y la condujo fuera. Luego dijo a media voz, dirigiendo sus palabras también a la condesa D'Adhemar:

»-En ese caso, condesa, ¡estaré encantado de reconocer que fue abuelo mío!»

Esta conversación llegó más tarde a oídos de la *Marquise* de Pompadour, quien centró entonces su curiosidad en el conde Saint-Germain sin el menor disimulo. La condesa D'Adhemar se enteró de los detalles por *Madame* du Hausset, la dama de honor de la *Marquise* de Pompadour. Saint-Germain disfrutó de la amistad íntima del rey y de la *Marquise,* a cuyas estancias tenía acceso libre a cualquier hora del día. Sin embargo, hizo siempre un uso en extremo lleno de tacto de este privilegio, y nunca apareció en algún lugar en el momento inadecuado. Fuera cual fuese la frecuencia con que acudiera, era esperado, era deseado, su presencia era bien recibida y siempre obedecía a una invitación. Así sucedió también después del encuentro con la condesa De Gergy. La *Marquise* de Pompadour y su dama de honor estaban hablando de él en un gran alarde de fantasía, cuando de pronto lo vieron ante ellas, sin que se hubieran dado cuenta de su llegada. La Pompadour se asustó visiblemente.

«-¡Oh... esto raya ya... en la magia! -exclamó, dudando entre el espanto y la admiración-. ¿Cómo es que de pronto os encontráis aquí, de pie ante nosotras, justo cuando estábamos hablando de vos?

»-Es muy natural, *Madame.* Me habéis llamado y yo he aparecido.

»-No, no... yo no me he movido de aquí, tan sólo...

»-Tan sólo habéis pensado en mí de una forma muy intensa y deseabais plantearme algunas preguntas... ¿No es así?

»-¡Sí!

»-¡Estoy a vuestra disposición!

La *Marquise* de Pompadour, asombrada y desconcertada meneó la cabeza.

»-¿Qué voy a hacer con vos? Cuando quiero reteneros siempre huís de mí y contestáis tan sólo aquellas de mis preguntas que queréis contestar. Debo resignarme a que mi curiosidad no sea satisfecha cuando deseo saber algo sobre vuestra persona. Reconozco que a veces creo que os gusta jugar al hombre misterioso y que en algunas ocasiones habláis a propósito de forma velada. Por otro lado, conseguís convencerme, fascinarme, ¡y estaría dispuesta a jurar que poseéis un poder sobrenatural! ¡De una cosa, sin embargo, sí que estoy segura!, y es de que me es imposible prescindir de vuestra amistad y de vuestro consejo.

»-Ahora habéis sido sincera conmigo, *Madame.* Quisiera pagaros con la misma moneda. ¡Por favor, preguntadme lo que queráis!

»-¿Os encontrasteis de verdad hace cincuenta años con la condesa De Gergy en Venecia?

»-Cierto, me encontré con ella.

»-Entonces ahora deberíais tener más de cien años.

»-¿Es eso en realidad imposible?

»-¡Dios mío ... sí! ¡Vos tenéis como mucho cuarenta años!

»-No puedo contradeciros, *Madame.* Por lo tanto, lo que cuenta la condesa De Gergy, a quien por lo demás respeto mucho, tiene que ser un disparate.

»-De nuevo queréis eludir mi pregunta, pero esta vez no os lo permitiré. No tengo ningún motivo para dudar de las palabras de la condesa De Gergy, sean cuales sean las cosas fantásticas en las que insista. También me ha confesado que le administrasteis un elixir de extraños efectos y que después de tomarlo, durante mucho tiempo no aparentó tener más de veinticuatro años.

»-Es muy posible.

»-¿Lo hicisteis o no lo hicisteis?

»-Lo hice, aunque la condesa, debido al gran afecto que me tiene, exagera mucho en lo que se refiere a los efectos. Con esta esencia la curé de sus malas digestiones y su organismo pudo asimilar determinadas substancias que la rejuvenecieron.

»-¿Y por qué no le dais un remedio así también al rey?

»-El rey no lo necesita.

»-Permitidme que lo dude. Sabéis que a menudo tiene un mal día, se encuentra cansado, siente vértigos y se ve atormentado por los dolores de cabeza..., ¿por qué no podría estar siempre fresco y mantenerse joven durante mucho tiempo?

»-Por lo que respecta a esto ya le he dado al rey algunos consejos...

»-¿Y bien?

»-No los ha seguido. Vos sois una mujer encantadora, *Madame,* y las jóvenes damas a las que vos, para entretenimiento del rey, hacéis pasar revista con tanta generosidad, son también irresistibles...

»-¿Queréis decir por tanto... que el rey... abusa de sus fuerzas?

»-Sabéis que así es, y sabéis también que ninguno de nosotros está en situación de frenar sus alegrías, porque en ese caso quizá nos daría la espalda y tomaría los servicios de otros.

»-Eso es cierto -dijo *Madame* de Pompadour. Las palabras de Saint-Ger-main la habían afectado mucho. Su rostro adquirió una expresión pensativa y resultaba evidente que se agitaban en ella los inquietantes sentimientos y los oscuros pensamientos que a menudo la preocupaban. Intentando disimular un temblor en la voz, se dirigió al conde temerosa.

»-Si me atreviera... ahora os preguntaría a vos, conde Saint-Germain... ¿podríais quizá decirme durante cuánto tiempo podré retener todavía al rey y, cuando lo pierda..., Dios no lo permita... pero si llego a perderlo, cuál será mi destino?... Pero no... no me contestéis... no tengo el valor de plantear esta pregunta que me agobia cada vez con más frecuencia... -Y miró indecisa, suplicante, todavía con un vago temor a Saint-Germain, que le devolvió la mirada de un modo dulce y extraño. Según *Madame* du Hausset, la mirada del conde cayó con simpatía sobre el rostro de la *Marquise* de Pompadour.

»-No temáis, *Madame*... No voy a asustaros. El brillo de vuestra estrella todavía está intacto. Pero las estrellas mueren y nacen de nuevo, como las personas. Incluso el niño más hermoso está condenado a muerte ya desde el momento de su nacimiento, y quien muere aquí vuelve a nacer en algún otro lugar. Por las noches nos acostamos y nos despertamos en el reino de los sueños. Un fragmento de nuestra vida se cierra y se abre otro más importante y útil que el anterior... El cambio es de ley, pero de la misma manera también es de ley que la vida pueda apagarse si no se produce ningún tipo de cambio...»

La reina regresó a la sala acompañada de Saint-Germain y de sus dos amigas, con el rostro sonriente y la voz acompañada de risas. La condesa D'Adhemar empezó a hacer averiguaciones, ardiendo de curiosidad.

-¿Nuestro admirado conde ha anunciado de nuevo a Vuestra Majestad buenas noticias para el futuro?

La reina, con movimientos llenos de gracia, tomó asiento entre sus invitados.

-Puede ser... -dijo misteriosa.

-¿Un secreto? -insistió la condesa D'Adhemar.

-No... ¡Otros dos niños! -se rió la reina-. Dos muy pronto... Y el momento del equilibrio, de la reflexión se acerca...

Y haciéndose eco de las risas de la reina, la reunión estalló en un alegre murmullo.

-Lo de los dos niños es creíble -dijo la D'Adhemar con doble sentido.

-¿Por qué os reís? -preguntó la reina con una mueca picara-. Al fin y al cabo también yo puedo convertirme un día en una persona adulta.

-¿Nos permitís que supliquemos a Vuestra Majestad que desista de este propósito? -intervino la condesa de Polignac-, ¡Conde Saint-Germain!, ¿conocéis quizás algún elixir bajo cuyo efecto la reina siga siendo siempre tal y como es ahora... ¡una irresistible, feliz y genial niña!?

Saint-Germain meneó sonriendo la cabeza.

-No, condesa... lo lamento. Dios ha decidido que los niños deben crecer. No puedo actuar en contra de su voluntad.

-¡Oh,... qué lástima! -añadió la condesa Polignac-. ¡Los adultos son tan aburridos!

-¿Conocen las damas la historia de la isla de los niños? -preguntó Saint-Germain.

Los allí reunidos no la conocían y quisieron escucharla.

-Hace muchos siglos, en el mar Mediterráneo había dos islas gemelas, que como un par de ojos de color esmeralda levantaban la vista hacia la alegre carpa del cielo. Estas dos islas eran las cimas de dos gigantescas montañas. En su momento habían sido las cumbres más elevadas y más orgullosas de un imperio que se había hundido en la marea. De todos los millones de seres que huyeron de este terrible cataclismo, sólo unos pocos alcanzaron estas cimas, que luego serian aquellas felices islas, y pudieron salvar la vida. Cuando la terrible tormenta se hubo calmado, las aguas vuelto a sosegarse y el cielo iracundo de color plomo tomó de nuevo su suave color azul pastel, los sobrevivientes se instalaron en una de las islas para iniciar su nueva vida. A partir de los recuerdos que les quedaban de su anterior cultura, muy desarrollada, consiguieron por fin, después de denodadas luchas y algunos fracasos, alzar sus casas de forma permanente, convertir aquel suelo estéril en fértil, y domar a los animales salvajes. Hicieron anotaciones sobre apariciones naturales, sobre el recorrido de las estrellas, sobre las

costumbres y delitos de seres humanos y animales y, a partir de la revelación primitiva de las leyes de la convivencia pacífica, volvieron a ponerlas en vigor para que sus hijos, en su momento, pudieran utilizar sus conocimientos, su tradición y sus experiencias.

»Pero sus hijos, que vagaban sin vigilancia entre las rocas mientras los adultos trabajaban con sus sudorosos rostros, se habían ido acostumbrando con el tiempo a su libertad salvaje carente de responsabilidad. Saqueaban los nidos de los pájaros en las copas más altas de los árboles y se bebían los huevos crudos de su cascara y mataban a pequeños animales salvajes con piedras afiladas para repartirse el botín. Sus cuerpos se hicieron fuertes, su piel se bronceó, sus manos se volvieron toscas y su fuerza física los hizo pendencieros, a la vez que los incitaba a la lucha y a la competición. Disfrutaban con las peleas como animales jóvenes y creían que, por el mero hecho de derribar a su contrincante, podrían dominarlo todo y a todos. Eran indomables e impacientes. Cuando los adultos se dispusieron a descansar de su gran obra, en la creencia de que había llegado el momento de que sus descendientes ocuparan su lugar en la sociedad, hicieron venir a sus hijos para hacerlos depositarios de las leyes y obligaciones. Pero la preocupación y la inquietud de los apacibles y sabios ancianos se hizo todavía mayor cuando ante ellos aparecieron aquellas hordas salvajes. No les quedó más remedio que reconocer que durante el tiempo en que ellos habían domado la tierra, levantado sus hogares y reunido las sagradas ciencias del pasado, sus hijos se habían vuelto salvajes. Sus cuerpos eran ciertamente fuertes, pero sus cabezas se habían vuelto perezosas y sin fuerzas, y sus emociones los invadían con la rapidez con la que la tenaz y hostil malahierba invade la tierra no cultivada. Los adultos se esforzaron en vano en convertir en luz la oscuridad que reinaba en aquellos cerebros yermos, y en reconducir sus desenfrenados instintos a las aguas navegables del autodominio y de la comprensión. El corto discernimiento que se rebela con violencia contra cualquier esfuerzo, se rebeló también contra la dirección de los ancianos, apoyado por la ciega y necia soberbia. Los jóvenes abandonaron en masa la pequeña isla cultivada para fundar en el vecino territorio virgen su propio, libre e inconsciente reino infantil, ajeno a las leyes.

»Primero construyeron divertidos habitáculos de ramas y hojas y adornaron sus inestables techumbres con flores de colores. Aquellas extrañas y pequeñas cabanas verdes relucían con alborozo bajo la alegre luz del sol. Las había también más grandes, más bonitas y más adornadas; se trataba de las construidas por los niños emigrados más débiles, pero más listos y diestros. Los más fuertes, que se distinguían por su destreza en la lucha, su agilidad al trepar a los árboles y su habilidad para cazar y pescar, construyeron horribles y deformes engendros, ya que sus manos eran demasiado torpes y sus mentes poco ocurrentes para poder hacer algo mejor. Por este motivo, más tarde éstos obligaron a golpes a sus compañeros más débiles y más listos a abandonar sus hermosas viviendas y cedérselas a ellos, los más fuertes. Y cuando se dieron cuenta de la sumisión horrorizada de aquellos a quienes habían espantado, su propia fuerza y su propio poder se les subió a la cabeza. Los más débiles fueron obligados a realizar los trabajos domésticos más sencillos y pesados, mientras ellos se dedicaban a cazar, pescar, lanzar piedras y a ejecutar las danzas alrededor del fuego. Además, se les negó a aquellos desamparados su participación en el botín y sólo les fue concedida una pequeña y escasa parte de las sobras.

»Los débiles, debido a la mala alimentación, al trabajo pesado y a los golpes que recibían, se quedaron cada vez más delgados, pensativos, hambrientos y desesperados. Su cerebro empezó a iluminarse por causa del sufrimiento y la represión. Mientras tanto, los fuertes, con sus interminables banquetes, se volvieron cada vez más gordos y perezosos. Hacerse con el botín no requería demasiado, por lo que la mayor parte del día se dedicaban a dormir, a comer, a golpear con el látigo a sus esclavos y a dar órdenes. Pero incluso entre los gordos y fuertes tiranos se desataban, cada vez con mayor frecuencia, sangrientas luchas. Los esclavos, día tras día, eran testigos de sus estallidos iracundos, cargados de envidia, de la marea de calumnias humillantes con las que se cubrían unos a otros cuando era el rival el que conseguía los mejores bocados, o algunas piedras o huevos de pájaro más bonitos y mejor formados. Asistían en silencio a las desmedidas y enloquecidas peleas, en las que se desgarraban sanguinarios como animales salvajes, y veían cómo se trataban a patadas y se peleaban, dejando los muelles y pesados cuerpos de los vencidos retorciéndose en el suelo de dolor y de ira impotente...; fue así como los esclavos empezaron a reflexionar y a pensar. ¿Eran de verdad los fuertes tan poderosos e intocables? Su número disminuía cada vez más y más porque se exterminaban entre sí constantemente. Sus cuerpos, gracias a su injusto bienestar adquirido por la fuerza, se habían vuelto fofos y torpes. Sus movimientos eran lentos, las plantas de sus pies delicadas, y se cansaban con facilidad y con rapidez

porque ya no estaban acostumbrados a andar. Las horas del mediodía las pasaban sumidos en un profundo sueño. En los estanques pululaban los peces, en los árboles crecía la fruta silvestre, e incluso las semillas del pan las traía el viento desde la isla vecina. En aquel cálido y vaporoso clima la comida y la bebida se ofrecía de forma espontánea, pero ya eran incluso demasiado perezosos para alargar la mano y coger el botín. También esto tenían que hacerlo los esclavos por ellos, a los que obligaban a llevar hasta la última semilla que la Naturaleza les ofrecía gratuitamente, hasta sus casas, que se alzaban en las sombras, para que pudieran seguir cebándose, mientras que al pueblo trabajador sólo le arrojaban los restos, medidos con cicatería. ¿Y eso por qué? ¿Pues porque los gordos tenían un látigo en la mano? Ni siquiera disponían ya de su superioridad física, ya que con el tiempo los esclavos se habían vuelto más ágiles y fuertes: habían aprendido a trepar a los árboles, a pescar, a cazar, a cortar leña, a encender el fuego, a llevar cargas, a coser, a hacer el pan, a curtir las pieles de los animales, a cocinar, a soportar el agotamiento y el dolor... y además ahora eran mucho más numerosos...

»A1 principio sólo fueron unos cuantos los que se dieron cuenta de ello, reservándose para sí estos pensamientos sofocantes, espantosos y magníficos. Alguno que otro intentó modificar la ley del botín, comiendo hasta hartarse de aquello que había conseguido con su trabajo y su destreza, y entregando a su señor sólo los restos. Estos rebeldes fueron ejecutados con gran solemnidad ante los ojos de los esclavos, que habían sido reunidos por la fuerza y contemplaban con mirada sombría y altiva, para disuadirlos de tramar semejantes ilegalidades. Fueron torturados hasta la muerte, siguiendo un ingenioso método por ellos ideado, el único aspecto en que su inventiva y su imaginación eran inagotables. Algunos fueron desollados y su carne desnuda cubierta de sal. Otros cortados poco a poco en pedazos, en cuyo proceso se prestaba mucho cuidado en cortar primero aquellas partes del cuerpo cuya amputación no provocara necesariamente la muerte. A otros les fueron machacados los huesos, uno a uno, con una gran piedra, hasta convertirlos en papilla. También hubo algunos que fueron azotados hasta la muerte, y otros sumergidos hasta el cuello en aguas infestadas de sanguijuelas... pero, ¿cómo enumerar toda la variedad con la que las solemnidades de su administración de justicia se consagraban como un acontecimiento artístico incomparable? De hecho no debería haber sorprendido a nadie que después de semejantes celebraciones el número de delincuentes creciera. Los individuos aislados fueron substituidos por grupos bien formados, que ahora no sólo actuaban por su cuenta sino que también incitaban a otros a rebelarse. Los aparatos de ejecución, en la plaza principal de la isla, envueltos en los efluvios de la sangre podrida, funcionaban casi a diario.

»E1 aire ardía y temblaba con el calor de la gran tensión que precede a una tormenta que se aproxima. Los gordos se preparaban para una nueva fiesta. Grupos enteros de esclavos huidos eran sacados de nuevo de las cuevas. A los otros que todavía andaban desperdigados ya los atraparían. ¿Quién se preocupaba ya de los rumores subterráneos de las ratas, de los signos sin sentido grabados en las paredes de las cuevas, y de las flores rojas como el fuego que por la mañana aparecían clavadas en todas las chozas?

»Hacía calor. El calor despertaba deseos inquietantes, ansiosos e impacientes, así como una irritabilidad furiosa en los cuerpos saciados en exceso. Con una expectación ávida y temblorosa se esperaba la llegada de la fiesta para poder convertir de nuevo la propia tensión en una peligrosa calma, con los gritos de, los esclavos torturados hasta la muerte de fondo.

»Pero también los esclavos aguardaban la fiesta en un estado febril. Tenían la superioridad numérica, eso ya lo sabían. Todos lo sabían. Se había dicho ya en voz alta, el hecho se había convertido en palabra, en un lema mágico, ardiente y tenebroso, que resonaba con gravedad. Pero se pronunciaron también otras palabras. Se hablaba de la debilidad de los gordos y de la fuerza de los delgados, del botín, en el que también aquellos que habían trabajado para obtenerlo debían participar en igual medida. Conocían las calumnias, las terribles inculpaciones que los gordos en su ira envidiosa se arrojaban a gritos unos a otros, y también se dijo en un murmullo, como un gran secreto, estremecedor y estimulante que hubiera sido desvelado, que el cuerpo de los gordos también era vulnerable, que su sangre cuando se derramaba era igual de roja que la del más desdichado esclavo.

»Pero los adultos, que vivían su vida tranquila y modesta en la isla vecina, contemplaban con visión de futuro lo que sucedía en el reino de los hijos y estaban profundamente afligidos. Habrían querido gustosos advertir a los obcecados y prevenirlos contra ellos mismos y contra los demás. Con este objetivo, reunieron al Consejo y decidieron mandar mensajes, tanto a los gordos como a los delgados, antes de que estallara la gran tormenta, para advertir a los primeros y evitar así que tensaran demasiado el arco con sus abusos, y avisar a los segundos antes de que dieran el último y definitivo paso.

»Sin embargo, los esfuerzos de ambos mensajeros fueron inútiles. La llama de las emociones ya no podía apagarse. El grupo que poseía el botín y el poder no quería renunciar ni un ápice a la forma de vida que habían llevado hasta entonces, ni a sus costumbres, y a la vista de los signos amenazadores, enterraban la cabeza en la arena como el avestruz. Los desesperados y hambrientos esclavos, perseguidos hasta la muerte, estaban a su vez del todo poseídos por su odio mortal a los señores, y, como la piedra en la honda, el puño alzado para dar el golpe o la daga dispuesta a clavarse, se hallaban sumidos en el tormentoso y violento impulso de la acción, de la voluntad avasalladora.

»Los mensajeros regresaron a toda prisa a la isla de los adultos antes de que estallara la gran tormenta, y comunicaron a los miembros del Consejo el fracaso de su misión. Éstos se sintieron invadidos por la compasión y la preocupación. Sólo el jefe, el adulto más sabio y más anciano, se mantuvo alegre y tranquilo.

»-¿Por qué os preocupa que también en el reino de los niños la ley siga siendo la ley, tal y como sucede siempre en la Naturaleza? -amonestó a los desesperados—. Las fuerzas buscan siempre un equilibrio. La carga es sólo llevadera repartida de forma inteligente y correcta, de lo contrario, según la ley del contraefecto, aniquila a aquel que la lanza sobre otro. ¿Cómo van a comprender esos jovenzuelos esta tesis resumida en unas cuantas palabras? Las palabras todavía no están vivas, ante sus ojos no son más que sombras de una realidad que deben experimentar por ellos mismos para que esta tesis despierte a la vida y forme su carácter. La misión de nuestros mensajeros sólo ha sido un fracaso en apariencia. La advertencia que les hemos hecho llegar permanecerá como muerta durante el cumplimiento de los acontecimientos, mientras no se rompan los diques de las emociones, pero resucitará tan pronto como haya pasado la tormenta, como una consecuencia viva. La carne corrupta y la sangre derramada no se identificarán con la vida. Eso ya lo sabéis vosotros muy bien.

»Y la gran paz de la comprensión se apoderó de los miembros del Consejo. Regresaron a su contemplación, a sus meditaciones sobre la ciencia divina y esperaron la calma después de la tormenta...

En el salón del Trianon se apagaron chisporroteando algunas velas. Saint-Germain calló y nadie rompió el silencio que se hizo. Los oyentes permanecieron sentados, mudos, en sus asientos, fascinados por desconocidas sensaciones. El pájaro de la alegría insubstancial había huido. La reina tenía la mirada fija ante sí y los labios apretados. Incluso la mirada de la condesa Polignac, siempre al acecho de cuanto ocurría a su alrededor, se había vuelto hacia su propio interior donde las aguas turbulentas de terribles sospechas empezaban a arremolinarse. La princesa Lamballe estaba del todo encogida y había cruzado de forma convulsiva las manos sobre su falda, como si rezara. El inteligente y feo rostro de pájaro de la condesa D'Adhemar había adquirido ahora un aspecto viejísimo y de infinito cansancio.

Dos criados entraron presurosos y pusieron velas nuevas en los candelabros. Por un instante, su presencia rompió el embrujo.

-Y... ¿qué sucedió en la otra isla? -preguntó la condesa D'Adhemar con voz ronca.

-¿En el reino de los niños? -Saint-Germain se volvió hacia ella-. Bueno... exactamente aquello que cabía esperar. La fiesta terminó con una horrible borrachera de sangre. Los esclavos atacaron a sus señores y los mataron. Cuando yacían todos muertos en el suelo, los rebeldes se volvieron contra aquellos criados que habían seguido siendo fieles a los gordos, luego se dedicaron a los indiferentes y a los neutrales, y para terminar, a los que no parecieron mostrar el suficiente entusiasmo. La isla se convirtió en un matadero. Nadie podía estar seguro de cuándo le llegaría el turno en esos asesinatos generales. -Habló en voz baja, sin entonación alguna, pero los oyentes lo escuchaban fascinados-. Nadie se entretuvo en conseguir alimentos. Todos celebraban la libertad, que en realidad se había convertido en un espantoso terror. El hambre fue mayor que nunca antes durante el dominio de los gordos. Se propagaron epidemias, y al final cayó sobre ellos la lluvia tropical que derribó sus chozas mal construidas y les arrebató el techo sobre sus cabezas, lo que les obligó a desviar su atención del tenebroso placer de matar. Temblando de frío, destrozados y enfermos fueron por fin conscientes de su situación real y de su desamparo...

-Y entonces... entonces se acordaron de los adultos -dijo la condesa D'Adhemar, ensimismada.

-Todavía no, *Madame.* Durante un largo periodo de tiempo, no. Aquello era sólo una especie de lamento, pero en ningún modo un apaciguamiento... Después siguió habiendo luchas debido a que todavía no habían comprendido la ley del equilibrio. Algunos grupos aislados o niños siguieron arrojando sus cargas sobre otros, que según la ley del contraefecto los aniquilaba...

-Ha sido... ha sido una historia horrible -dijo la reina enojada-. Si hubiera sospechado su contenido no os habría permitido que la contarais. ¿Cómo habéis podido hacerme esto? Estaba tan ilusionada con esta velada... ¡Estaba tan contenta y tan serena! -Se ahogó su voz, que ya no podía ocultar su mal humor y lo ultrajada que se sentía.

-Pero si sólo se trata de un cuento -dijo Saint-Germain-. ¿O quizás Vuestra Majestad ha descubierto en él un sentido más profundo?

-¡He descubierto todo lo que habéis metido en la historia! -dijo la reina con frialdad mirándolo a los ojos-. Lo he comprendido todo muy bien y sólo puedo deciros que realmente se trata de un cuento. ¡Un simple y estúpido cuento para niños pequeños!

Se levantó y le dio la espalda.

La reunión no se prolongó mucho tiempo. La reina no se dignó dirigir a Saint-Germain ni una palabra más y pronto se retiró, alegando que se sentía cansada.

10

Dos cartas

Dos días más tarde, Saint-Germain recibió una carta de la condesa DAdhe-mar, carta que en la actualidad se encuentra en mi poder junto con la copia de la que Saint-Germain le enviara a ella en contestación a la suya. Esta mujer inteligente, de aguda mirada y que fue una magnífica cronista de su época, también conservó para la posteridad las líneas del Maestro. He aquí la carta:

Querido conde Saint-Germain:

Desde aquella extraña velada en Trianon, que para vos lamentablemente significó vuestra caída en desgracia y a la que yo también asistí, apenas puedo contener un desasosiego que me sobreviene cada vez con más frecuencia. Soy ya una mujer vieja. He vivido muchas cosas y he experimentado muchas otras, y puedo afirmar que he pasado por la vida con los ojos bien abiertos. Mi capacidad de observar con curiosidad a los seres humanos y el interés por averiguar las causas ocultas y las relaciones existentes entre los acontecimientos no se agota en la mera y superficial persecución de éxitos en la vida social, aunque no pretendo negar del todo este propósito, sino que se trata más bien de una secreta pasión interior. A pesar de todos mis defectos, la sinceridad de que hago gala frente a mí misma es tanto una auténtica carga como una auténtica bendición de mi carácter. Pero también estoy dispuesta a aplicarla a las cosas de este mundo, aun cuando me callo mi opinión por adaptarme a él, por interés, por comodidad o por cobardía. Os anticipo todo esto para que comprendáis qué es lo que me ha movido a escribir estas líneas.

El grave y verdadero contenido de vuestra entretenida historia me impresionó y alteró, porque puso de manifiesto graves problemas y peligros, a cuya fermentación yo misma asisto con gran preocupación desde hace mucho tiempo. La reina y su irresponsable, agradable e infantil círculo, tienen mi sincero afecto. Su juventud me electrifica y me entusiasma. Su belleza y su cultura me llenan de nostalgia, ya que yo sigo siendo todavía imperfecta, vanidosa y estoy sedienta de placeres, aunque los años hayan pasado a toda prisa. Sin embargo, no ignoro los errores, la ligereza y las omisiones de este pequeño reino feliz a la vista de las candentes cuestiones del presente. Tampoco ignoro el error egocéntrico y permanente de este obstinado embrollo que es Versalles, ni la lamentable impotencia del rey de Francia en una época en la que serían necesarias una fuerza superior, una actividad astuta y cambios profundos. Yo misma amo este mundo gracioso, corrupto, brillante, estúpido, elegante y podrido. Soy una parte de él, he nacido en él, entre todas sus trampas y placeres fui joven, y hoy estoy agradecida al destino por haberme dejado envejecer junto con él y no tener que sobrevivir a su última caída. Pero los jóvenes me dan lástima. Se me encoge el corazón al pensar en el futuro de estos despreocupados niños, que hoy han estado jugando como si estuvieran asistiendo al feliz amanecer de su época, cuando por encima de sus cabezas el cielo se oscurece con los sombríos colores de una sangrienta puesta de sol. Me siento desamparada y me entristezco como aquellos ancianos, los miembros del Consejo, en la isla de los adultos. Pienso mucho en qué es lo que yo podría hacer. Sería terrible que tanta finura cincelada, tanta gracia, amabilidad y tan delicada y artificial perfección cayera víctima de la venganza por las culpas de aquellos que ya hace tiempo se han convertido en polvo en sus sepulcros. La culpa de María Antonieta no es una culpa activa, sino sólo una negligencia. También el rey es un hombre inofensivo y bondadoso. Pero veo con absoluta claridad qué gran peligro supone que ante una de las mayores crisis en la historia de Francia las riendas del poder estén en manos tan débiles. Estoy desesperada y confusa. Quizá vos podáis decirme qué es lo que puedo hacer y a qué me obliga, en mi situación, la circunstancia de que siento aproximarse la catástrofe. ¡Os lo ruego, ayudadme! Devota de usted,

Condesa D'Adhemar.

La respuesta del conde Saint-Germain que también puede encontrarse en la herencia de la condesa D'Adhemar, dice lo siguiente:

Muy apreciada señora:

Sus preocupaciones son también las mías. Mi casi infantil y transparente alegoría en realidad no quería ocultar, sino poner de manifiesto, en qué peligro se encuentra la pareja real, toda la nobleza y con ellos todo ese llamado «mundo alto». Se aproxima el tiempo en que la Francia irreflexiva, envuelta en la desgracia, de la cual podría haberse prevenido, llegue a una situación comparable al infierno de Dante. Asistiremos a la caída del cetro de la realeza, del incensario y de la balanza, a la caída de las torres y blasones, e incluso a la caída de la Bandera Blanca. No sólo he intuido el futuro sino que lo he visto, condesa, y esta terrible visión me mantiene subyugado. En todas las ciudades corría la sangre a borbotones, procedente de todas partes resonaba el grito del pueblo, y su grito se hacía cada vez más fuerte mientras el valor desaparecía. De las palabras del Consejo se levantó la muerte. ¿Y Dios, el Todopoderoso? ¿Quién podría oponerse a esos jueces asesinos? ¡Si supierais qué horrenda visión se produce cuando cae la guillotina!... Pero, ¿quién quiere escuchar hoy el grito de veto? Como veis, nada me detiene, tampoco el hecho de haber enfurecido a la reina y haber cerrado de esta manera a mis espaldas las puertas del Trianon. En cuanto a ella concierne, estaría dispuesto a cargar sobre las mías mucho más. Y no creáis que ése ha sido mi primer intento. Pero los ojos están ciegos y los oídos sordos, *Ma-dame*, porque el tiempo debe llegar a su cumplimiento. No podemos hacer nada. Tranquilizaos. A vos la tormenta no os atrapará, seréis salvada. Esto es todo cuanto puedo deciros para vuestro consuelo.

Vuestro, Saint-Germain.

Después de esta carta, la condesa D'Adhemar invitó al conde Saint-Germain a una entrevista personal. Este último encuentro, de particular importancia, tuvo lugar en la iglesia de los Recoletos, durante la misa de las ocho. A ruego mío, el conde Saint-Germain me contó la conversación que mantuvieron, con todo detalle.

La condesa estaba alterada y abatida. Le rogó a Saint-Germain que volviera a hablar una sola vez con la reina, quizá por mediación de la princesa Lamballe. Ella, que también estaba intranquila acerca del futuro, podría quizá conseguir que la reina lo recibiera. Saint-Germain rechazó este ruego con el pretexto de que ahora ya llegaría demasiado tarde con sus advertencias.

-¿Por qué? -preguntó la condesa D'Adhemar horrorizada-. ¿Tenéis quizá noticia de alguna conspiración que...?

-No, *Madame.* la reina ya ha dejado pasar el momento en que podría haber cambiado su propio destino. Fue después del nacimiento del Delfín, cuando salió a su encuentro la fe inflamada, el entusiasmo y el anhelo del pueblo. Pero ella le volvió la espalda a ese pueblo y regresó de nuevo al Tria-non. De nada había servido este último castillo de fuegos artificiales, ni tampoco la ayudará la madurez que supone la maternidad múltiple... ¡No van a volver a creer en ella! Quien siembra vientos, cosecha tempestades. Las fuerzas se han puesto en movimiento y la someterán a juicio.

-¿A qué será condenada?

-A muerte.

La figura quebrantada de la condesa se tambaleó, de manera que Saint-Germain tuvo que sostenerla.

-Es horrible -murmuró ella-. Me gustaría negar vuestras palabras, tomarlas por mentiras, reírme, pero no lo consigo. Veo lo que decís. Puedo verlo... tras vuestras palabras se oculta la verdad... ¿Qué se espera de hecho de la reina? ¿De qué se le echará la culpa?

-¿Los reproches, *Madame?*... Cada pequenez caprichosa, cada placer inocente se volverá contra ella, y un día se convertirá en un monstruo feo y repulsivo. Los versos sarcásticos se convertirán en acusaciones, las calumnias en manchas imborrables... y ¿qué es lo que se pretende con esto? La definitiva destrucción de los Borbones. Serán expulsados de todos los tronos en los que se hayan sentado, y no pasarán ni siquiera cien años antes de que los descendientes de esta familia regresen a su país como simples ciudadanos. Francia se verá asaltada, sacudida y desgarrada por los regímenes mezclados de la realeza, la república y el imperio. En lugar de los tiranos de elevada posición, el poder irá a parar a manos de personas indignas y ansiosas de fama.

La condesa D'Adhemar, con la cabeza apoyada en sus dos viejas manos, rezó durante largo rato al lado de Saint-Germain, y cuando volvió a levantar la mirada, las lágrimas resbalaban por sus mejillas arrugadas.

-Si supierais cuánto amo la vida...; sin embargo, me siento llena de paz al pensar que moriré antes de que estalle la revolución.

Saint-Germain quiso protestar, pero la condesa D'Adhemar hizo un gesto que le hizo callar.

-Sé a qué se refiere la última línea de vuestra carta... ¿Cuánto tiempo os quedaréis todavía en París?

-Quizás un año todavía.

-Comprendo. «Los mensajeros se apresuraron a regresar a la isla de los adultos antes de que estallara la gran tormenta»...

Pero Saint-Germain guardó silencio.

11

La sombra del conde Cagliostro

Por las palabras de Saint-Germain me enteré también yo de que mi exilio parisino todavía duraría un año entero. No quería separarme de él; al contrario, le estaba agradecido por cada momento que podía pasar a su lado. Me había enseñado muchas cosas y gracias a él había tenido algunas experiencias importantes. Pero París, esa ciudad intranquila, que se había convertido para mí en un lugar extraño, me inspiraba rechazo. Reinaba en ella una atmósfera enfermiza, desgraciada, y estaba llena de una sensación maligna y putrefacta, como una persona a la que ronda una grave enfermedad.

En aquellos tiempos, Saint-Germain recibió numerosas visitas de los círculos nobiliarios, aunque se mantuvo alejado tanto de Versalles como del Trianon. Entre sus visitantes se contaban también artistas, eruditos, gente sencilla, e incluso personas de dudosa y extravagante vida. Mi encuentro, en su palacio, con Giuseppe Balsamo, el arribista, se mantendrá eternamente en mi memoria. Este charlatán, astuto como un zorro pero bastante limitado, tuvo la insolencia de venir a visitar a Saint-Germain, al auténtico Mago, al cofrade y amigo de Cagliostro. Balsamo era incrédulo, como todo estafador, y esperaba encontrar en el conde un torpe pero afortunado colega.

Saint-Germain lo recibió, incluso le rogó que trajera consigo a su mujer, que era su médium.

De esta manera volví a reunirme con Martin Allain, aquel viejo y taimado inútil, bajo una nueva máscara corporal, que ahora era más demoledora, corrupta y peligrosa que nunca. Sus tenebrosas experiencias y vivencias se habían convertido en él, incluso sin disponer de las imágenes del recuerdo, en la fuerza de sugestión de una serpiente, que caía sobre cualquier debilidad que se le ofreciera como víctima. Su constitución y su lengua recordaban de forma sorprendente su antiguo yo, pero se habían vuelto algo más marcadas y delicadas. Sobre sus ojos negros, brillantes como el aceite, de mirada dura, crecían sus enmarañadas cejas, negras y juntas. Sus labios volvían a ser gruesos y de un color rojo azulado, pero la línea de su boca era mucho más cerrada. Sus dedos se habían vuelto más delgados y alargados, y su voz más suave y modulada, lo que le permitía hablar de una forma más fluida, colorista y todavía más cautivadora. Esta vez, en su altisonante y ansioso anhelo, centrado en impresionar, se había construido un cuerpo alto, pero las adiposidades sensuales y ávidas de placeres todavía podían reconocerse en sus miembros. Una terrible aura lo rodeaba como una nube, de la que emergían unas garras repulsivas y siempre prestas a atacar. Conmocio-nado, intuí en su esposa y médium a Jeanne Girard bajo la ficción de una superficial belleza y juventud. Ahora se llamaba Lorenza Feliciani. Su aspecto era una copia torpe y mal conseguida de la antigua Corinna, de su brillante e irresistible figura. [Hasta qué extremos tenía que estar impregnada esa criatura codiciosa y enloquecida del deseo de alcanzar la belleza maravillosa y destructiva de Corinna! ¡Cuánto tenía que haberla envidiado y admirado, y con qué ardiente esfuerzo habría grabado a fuego esta idea en su alma, para lograr mantenerla más allá de la muerte y a través del torbellino vertiginoso, y modelarla en una nueva constitución física. Le sucedía algo parecido a lo que le sucede a una pequeña y rolliza burguesa, que desea un vestido de ensueño que alguna vez llevó una delgada figura de hada. Se había embutido en ese vestido, se había deslizado por la fuerza en ese disfraz, pero en ella producía un efecto completamente diferente. De sus brillantes y negros ojos almendrados no asomaba el hambriento y exigente deseo de placer, el poder chantajista y fascinante del Eros negro, sino una secreta y reprimida astucia. Su frente era baja y aplastada, su pelo, aunque denso y brillante, formaba una gruesa y rígida mata. Su boca roja era demasiado grande y demasiado tosca; su nariz, gruesa y achatada, y su cuerpo, en lugar de las alargadas y lascivas curvas de Corinna hacía sospechar una gordura reprimida. Era sin duda una mujer hermosa, incluso deseable para un apetito sensual, perverso, de segundo rango, pero el gusto sutil huía de su carácter vulgar que se manifestaba en cada palabra, en cada mirada, en cada movimiento. Su papel era más bien el de una víctima al lado de Balsamo, que la había convertido en un instrumento ciego para sus fines; los métodos pueden imaginarse con facilidad. Esta mujer histérica, obsesionada,

cuyo sistema nervioso estaba sobrecargado con horribles e instintivos recuerdos, se convertía en cera en manos de este hombre, que en su momento incluso había sido capaz de romper la fuerza demoníaca de Corinna y someterla. Los demonios se mantenían a la espera en cuanto un poder más concentrado que el de ellos tomara las riendas. Balsamo sabía sugestionar a Lorenza. Poseía ese talento, sin comprender del todo esta capacidad. Se servía de ella y la utilizaba de forma impropia siempre que podía. En lugar de los indecisos demonios astrales que constantemente eran arrastrados de un lado a otro por la tormenta de las emociones, el desdichado estaba poseído por un demonio que habitaba en un cuerpo y que lo arrastraba del todo en su locura. Irradiaba una enorme fuerza y una violenta e ilimitada voluntad. Practicaba la magia negra, aunque no creía en ella.

Era muy extraño que, esta vez, Lorenza-Jeanne hubiera visto la luz del mundo en Italia y Balsamo en Sicilia, cerca de Palermo, y que ambos hubieran regresado al escenario de su vida anterior. Indecisos y de forma instintiva fueron atraídos por este lugar, como si tuvieran allí algún asunto pendiente. Por supuesto, ellos daban a esta ávida impaciencia otro nombre, y sus propósitos estaban repletos de capciosos, decididos y conscientes planes, cuyo objetivo, sin embargo, lo habrían alcanzado mejor en un marco más limitado, como ya lo habían intentado en otros. Pero una y otra vez tenían que volver a su centro mágico de París.

Saint-Germain los recibió a ambos en su habitación de trabajo de la planta baja. Su seguridad y su manejo eran de verdad signos dignos de admiración. Tras su aparición casi podía percibirse de forma palpable cuántas puertas habían cruzado ya de esta forma por primera vez, dispuestos a todo, decididos a todo. Balsamo poseía un mimetismo instintivo, del que Lorenza se había contagiado y que había desarrollado tanto como los animales pre-dadores desarrollan el instinto que tienen de protegerse. Se adaptaban al instante a cualquier entorno al que hubieran ido a parar. Adoptaban su entonación, sus colores, se comportaban de forma tranquila o ruidosa según se requiriera. También en nuestra casa se adaptaron de inmediato: el lujo de la sala, las figuras de porcelana china en las vitrinas, delicadas como flores; las librerías que cubrían las paredes; el escritorio de madera tallada, las suaves alfombras orientales, los pesados candelabros de oro macizo, los valiosos cuadros, y las ventanas cubiertas de pesados cortinajes de brocado que llegaban hasta el suelo, todo los invitaba a asemejarse al conde Saint-Germain, pero para ellos su verdadero ser seguía siendo desconocido, incomprensible e invisible.

El tono del encuentro era suave y distinguido, los movimientos y gestos sopesados, relajados y blandos. Balsamo inició la conversación, cubriendo a Saint-Germain, que lo observaba sonriente, de cumplidos y adulaciones. Su sonrisa animó también a Lorenza, que después de haber aireado su pañuelo de encaje negro, expresó su admiración por la belleza del anillo de zafiro del conde. Saint-Germain se lo sacó de inmediato del dedo y lo alargó a Lorenza para que pudiera contemplarlo de cerca.

-... ¡Me avergonzáis, *Madame!* ¡Estoy seguro de que *Monsieur* Balsamo está en situación de crear mejores piedras para resaltar la belleza de su esposa, que esta chapuza de mi modesta persona!

El rostro de Lorenza expresó por un momento una sorpresa traicionera.

-¿Así que la piedra no es auténtica?

-¿Por qué no debería serlo? Un joyero me ofreció por ella una fortuna después de haberla examinado. *Madame* sigue fingiendo no saber a lo que me refiero. Pero ahora estamos entre amigos. ¿Quién podría distinguir el oro transmutado del oro auténtico? Nadie, porque el uno es del todo idéntico al otro. ¿No es cierto, Balsamo?

El interrogado frunció los ojos como alguien que reacciona a un golpe de codo y en lugar de dirigirse al conde, se dirigió a Lorenza.

-¡Aquí no tienes que hacer teatro, Lorenza! El señor conde conoce el secreto. -Pero luego su mirada y su voz se deslizaron hacia Saint-Germain-. Mi esposa no es tanto una colaboradora consciente como estática.

-Oh, comprendo. Es una cualidad muy interesante... Si *Madame* no tiene nada que objetar, me gustaría rogaros que conservara el anillo que por unos instantes ha despertado su interés... ¡como recuerdo de esta... inusual y única visita!

Lorenza miró codiciosa, pero dubitativa, a Balsamo.

-No debes ofender al conde, rechazándolo -dijo Balsamo un poco más deprisa de lo que la cortesía habría requerido.

-Es un honor para mí.

Lorenza se puso el anillo en el dedo con una alegría excitada y temblorosa. El valioso regalo la había alterado de tal modo que no pudo ocultar sus sentimientos. Balsamo se dio cuenta de mi mirada observadora, que descansaba sobre su mujer, y consigió controlar de inmediato la mirada insegura y velada de esa desdichada mujer. Fue un relampagueo terrible, que duró la fracción de un segundo, pero Lorenza bajó la vista y se convirtió al instante en un bloque de hielo. Sus ojos se apagaron, y colocó la mano derecha, angustiada y protectora, sobre la izquierda, en la que brillaba el anillo.

Durante un rato siguieron así, intercambiando cortesías. Balsamo, con mucha precaución fue tanteando el terreno, al mismo tiempo que, diestro y experto, iba provocando. Pero esta vez no había cuerpos densos, erráticos y materiales que tropezaran alrededor de su refinada trampa, sino que se enfrentaba a alguien que disponía de una visión superior a la suya, cuyo cuerpo servía, mimético y obediente, a ese espíritu visionario. Saint-Germain paró con soltura y rotundidad todos sus asaltos, contestó a todas las preguntas con aparente precisión y sin embargo con ambigüedad. De este modo, Balsamo se debatía entre creer que se hallaba sentado frente a un confiado y engreído caballero, cuya ingenua vanidad se le ofrecía como una verdadera cueva del tesoro, o atender a la oculta ironía y espantosa superioridad que leía en los ojos del conde que no se apartaban de él ni un solo instante. Durante aquel vertiginoso juego de pelota que fue su conversación, hubo algunos momentos en los que su perspicaz instinto criminal, olfateando el peligro, le advirtió que se retirara, pero su codicia y su curiosidad de jugador eran mayores, de manera que continuó con el juego.

Saint-Germain le rogó que efectuara algunos experimentos con Lorenza.

Balsamo habría preferido mucho más eludir el desafío, pero tampoco quería negarse sin más a sus ruegos.

-Estoy a vuestra disposición, conde Saint-Germain, pero esto no sólo depende de mí -dijo con marcada cortesía-. Lorenza no siempre se encuentra en el estado adecuado y me parece que hoy está algo alterada... -Se volvió esperanzado hacia su mujer, para oír de su boca la confirmación de su propia voluntad. Lorenza sin embargo, continuaba perdida en la contemplación de su anillo y no le prestó atención. Ni siquiera la afilada daga de su mirada pudo hacerla reaccionar.

Parecía inexplicablemente ensimismada en sí misma y ajena a la reunión, y cuando Balsamo en tono autoritario la llamó por su nombre, no respondió con el asentimiento de un niño asustado que ha sido pillado con las manos en la masa, sino que despacio, en voz baja y con ojos soñadores perdidos en el infinito, dijo:

-¿Sí...?

-¡Estaba diciendo que hoy no pareces estar en situación de hacer un experimento, porque esta noche has tenido un fuerte dolor de cabeza! -La voz de Balsamo sonaba apremiante y amenazadora.

-Te equivocas, Giuseppe... -dijo la voz suave y mecánica de ella-. Ahora ya me encuentro restablecida. -Levantó de nuevo la mano, la contempló, hizo brillar el anillo bajo la luz y siguió hablando, olvidada de todo lo que la rodeaba con aquella sorprendente voz, soñadora y lánguida:

-Qué peculiar y largo es el hilo del que cuelga este anillo con su piedra verde... Mira, Giuseppe... ¿Cómo ha podido regalármelo el señor conde, si no es posible soltarlo?... Va unido a este hilo...

-Creo que la disposición de ánimo de *Madame* responde con exactitud a este estado que se requiere para llevar a cabo un experimento... Quizá podríamos incluso empezar ya con él, *Monsieur* Balsamo -dijo Saint-Germain con toda calma.

Balsamo se levantó contra su voluntad. El distraído movimiento de mano con el que se ajustó nerviosamente el chaleco traicionó sus reparos y su inseguridad.

-Si necesita ayuda, Cornelius está a su disposición... -comentó el conde Saint-Germain y se reclinó expectante en su sillón.

-¡No necesito nada en absoluto! -contestó Balsamo con brusquedad y se colocó delante de su esposa-. ¡Lorenza! -apremió en voz baja y conjuradora-. ¡Mírame... Lorenza!

La mujer no levantó la cabeza. Miraba fascinada la piedra brillante y verde del anillo que parecía, a la luz de la vela, viva como el ojo de una serpiente. De pronto, su expresión cambió. La sorpresa se dibujó en su rostro, luego el miedo, que poco a poco aumentó hasta un terror indecible. Su espalda se puso rígida, pegó los brazos al cuerpo con fuerza, inclinó la cabeza con rechazo hacia un lado y de su largo cuello sobresalieron las venas.

-Giuseppe... -murmuró ahogándose y con un esfuerzo terrible-. Ayúdame... esta serpiente verde me está estrangulando... Se ha enroscado alrededor de mi cuerpo... Hazla regresar de nuevo al anillo... ¡Deprisa! -Su respiración se hizo más ruidosa y entrecortada.

Balsamo se inclinó sobre Lorenza, arrancó el anillo de su dedo contraído y lo lanzó con brusquedad al regazo de Saint-Germain.

-¡Ahí tenéis de nuevo vuestro anillo! ¡Y ahora despenadla... de inmediato! -dijo ronco de ira.

Saint-Germain no se movió.

-La despertaré... pronto... maestro Balsamo. Debo reconocer que durante un rato os he sustraído este maravilloso instrumento. La pobre pequeña, Lorenza Feliciani, es de hecho una magnífica médium.

-¿Qué queréis de ella? -preguntó Balsamo. Su rostro estaba contraído por la cólera.

-Tranquilizaos, amigo mío. Corre mucho menos peligro conmigo que cuando se presta a vuestros experimentos. Volverá en sí dentro de un rato y estará más descansada y más guapa que nunca. Me gustaría que oyerais de su boca algo que deberíais tener en consideración.

Lorenza seguía sentada en su silla, pálida, rígida e inmóvil. De su rostro no se había borrado la expresión de horror. Saint-Germain se levantó, se puso delante de ella y Balsamo dio un paso atrás de forma involuntaria.

-¿Podéis oírme, *Madame?* -preguntó Saint-Germain con dulzura.

-Sí -le llegó la respuesta mecánica.

-¿Quién soy yo?

-El... amigo... del... conde Cagliostro... y... su cofrade en la... Hermandad... secreta...

Toda la sangre se retiró del rostro de Balsamo.

-¿Y quién es Giuseppe Balsamo?

Lorenza calló y con un movimiento convulso, apretó los labios y los ojos, cerrándolos. Mi mirada cayó sobre Balsamo. Se había inclinado hacia delante para observar a Lorenza. Su cuerpo estaba inclinado, las venas de su frente hinchadas, y sus labios formaban palabras sin sonido ordenando silencio.

Ahora sonó de nuevo la voz de Saint-Germain, ¡pero qué voz!

-Debéis contestar, *Madame.* No sentís ningún temor y sólo recordaréis lo que yo quiera. Ahora ya no tenéis ningún tipo de contacto. Sois libre. Absolutamente libre, y os sentís en paz.

Los rasgos de Lorenza se suavizaron. Pero Balsamo estalló:

-¡Os comportáis de una manera imposible, conde! ¡No puedo seguir tolerando esto!

Se acercó a su mujer, se inclinó sobre ella e intentó tomarla en brazos. Pero el cuerpo de la mujer no se movió, como si estuviera lastrado con pesadas piedras. Del pecho de Balsamo se escapó un jadeo. Su cabeza se puso roja como la púrpura. Con ira ciega hizo un segundo intento, tomó los dos brazos pegados al cuerpo rígido y tiró de ellos hasta que intervino Saint-Germain.

-Si seguís con vuestros inútiles esfuerzos le haréis daño. Sentaos y comportaos con calma. Creedme, no os quedará más remedio que hacerlo.

Balsamo se incorporó jadeando, con la frente empapada de sudor. El enrojecimiento de su rostro había sido borrado por una terrible palidez. Se mareó y tuvo que sentarse.

Saint-Germain se dirigió de nuevo a Lorenza.

-Bien, *Madame...* habéis comprendido mi pregunta. ¿Quién es Giuseppe Balsamo?

Esta vez la voz contestó con llaneza y de forma mecánica.

-Es la sombra del conde Cagliostro. Siempre un paso detrás de él. Cuando él se da la vuelta, desaparece. Tienen el mismo nombre y el mismo signo: el signo de Géminis. Nacieron en el mismo mes, su cuerpo es semejante, son parientes de sangre, pero su carácter se diferencia como la verdad de la mentira. La sombra se arrastra sin hacer ruido sobre el suelo, la sombra es arrojada al suelo y baila sobre los muros... No tiene peso ni una existencia real, porque sólo es una pesadilla, un esclavo de la luz. Giuseppe Balsamo es un estafador, pero sólo se estafa a sí mismo. No sabe que el nombre robado no es más que una túnica de Neso que lleva todo aquel que hace mal uso de este nombre. No sabe que el nombre robado no es sólo un brillante escudo. El destino de la sombra son las tinieblas. Balsamo vive, disfruta y actúa en lugar de Cagliostro. Y el karma terrenal de aquél se hará realidad en su persona, porque Cagliostro le ha dejado el camino libre. Cagliostro se ha liberado de sus actos anteriores, y los perros sanguinarios del karma huyen cuando le ven. Pero sobre la tierra yace tendida la oscura sombra, el prisionero del nombre, Cagliostro-Balsamo. Uno arriba en la luz, inalcanzable, otro abajo como punto de mira de estas consecuencias. Balsa-mo-Cagliostro. ¡Desdichado Balsamo!

-Gracias, *Madame...* -Saint-Germain se inclinó un momento sobre ella y puso la mano durante un instante sobre la frente de Lorenza, luego se alejó y se sentó. Ésta abrió los ojos, miró a su alrededor con una mirada asombrada y somnolienta, luego los posó con timidez en el rostro alterado y extraño de Balsamo.

-¿Tú... me has dormido, Giuseppe?... Ni siquiera me he dado cuenta... Balsamo no contestó. Intentó dominar su confusión interior. Su fuerza de voluntad y su ilimitado cinismo borraron muy pronto la expresión cargada de

odio de un ser humano que ha sido acorralado y dio paso a una mueca de irónica superioridad. Se dirigió a Saint-Germanin.

-Mi querido Saint-Germain, podríais haberme dado a entender de otro modo que estáis al corriente de... este pequeño asunto. No olvidéis que yo pertenezco también a vuestro gremio. A cualquiera que trabaje en mi ramo le resultaría difícil sorprenderme. Es cierto que desprecio la afectación, pero me sirvo o prescindo con gozo de ella allí donde no la necesito. Sé que tenemos una filosofía común. El pintor es pagado por sus cuadros, el músico por su música, el escritor por sus mentiras... ¿Por qué entonces no debería tener también su precio el arte del estafador, puesto que éste suele proporcionar a los seres humanos más ilusiones y más felicidad que todas las otras artes juntas? Los seres humanos quieren ser engañados, porque son demasiado cobardes y demasiado necios para mirar cara a cara la verdad, es decir, para enfrentarse al hecho de que el bien y el mal, la culpa y el honor, Dios y el diablo no son más que una mentira concertada entre una exquisita banda de estafadores, para su propio beneficio y para consuelo de los tontos, una mentira que siempre es desvelada a los iniciados, a los valientes y los fuertes. ¿Por qué deberíamos nosotros engañarnos? ¿O quizás esperáis que crea que habéis engendrado todos enorme riqueza aquí, en vuestro crisol de alquimista? También yo poseo crisoles con fondo doble e ingeniosas cucharas de cocción. Nosotros dos no transmutamos más que la necedad en oro puro, mi querido conde... podéis descender tranquilo del Olimpo, poneros a mi lado y revelarme por fin con qué objetivo habéis querido improvisar aquí esta pequeña comedia.

Saint-Germain se recostó divertido en su sillón.

-Vuestra filosofía es digna de consideración, amigo Balsamo... ¡y no se puede negar que es divertida!

Balsamo no pudo ocultar su engreída y triunfal sonrisa. Satisfecho, con la barbilla hundida en su grueso cuello, miró a Saint-Germain con una amplia y picara sonrisa.

-¡Muy bien! Ahora empezamos a entendernos mejor. Yo respetaré vuestro coto de caza y vos el mío. Debería bastar para cada uno de nosotros... En cuanto al nombre de Cagliostro, por ciertos motivos que no quiero revelar ni a vos ni a nadie, tengo yo más derecho a emplearlo de lo que vos creéis... Además, se trata de un nombre cómodo, acreditado y conocido. Me gusta y me queda bien, me siento muy a gusto con él. Creedme, he hecho mucho en favor suyo y por lo tanto me corresponde a mí incluso más que a su legítimo propietario. He invertido una gran cantidad de esfuerzos y trabajo, y el nombre significa para mí un considerable capital... ¿Por qué me exigís que renuncie a él?

-Oh no, Balsamo, no es que yo os lo exija, ni que a su propietario original le importe demasiado, no. Lo único que pretendo es aconsejaros que no lo utilicéis. Deshaceos de él antes de que sea demasiado tarde, y eso os lo digo en vuestro propio interés...

-¡No estamos aquí representando ningún oráculo de Dodona! Estáis tan habituado a hacerlo que es comprensible... ¡pero yo quiero que hablemos sin rodeos y lo dejemos todo muy claro! ¿Por qué me lo aconsejáis, si tanto a vos como a Cagliostro os es indiferente?

-Quiero llamar vuestra atención sobre el peligro al que os exponéis. Quien viva en este mundo como Cagliostro deberá, dadas las circunstancias, morir como Cagliostro.

Balsamo se echó hacia atrás y se rió a carcajadas. -Había creído que el conde Saint-Germain seria un mejor conocedor de la naturaleza humana -dijo, mientras intentaba reprimir la risa-. Hace mucho que no llevo pañales. Vivir es de todos modos un asunto peligroso. Cuando elegí mi camino tenía claro lo que hacía, pero también sabía que sólo un necio en una situación difícil debería por fuerza morder el polvo. No hay ninguna prisión rodeada de muros en la que no se abra una grieta, si se conoce la fórmula mágica. Y yo la conozco. Con un abracadabra estoy dispuesto a salir del infierno. Y me importa un ápice si soy enterrado como Cagliostro o como Balsamo, el día en que, y espero que a edad avanzada, me muera de viejo..., e insisto, por supuesto, en morir de viejo, hecho un anciano decrépito...

-No debo ocultaros -continuó Saint-Germain inconmovible y con dulzura- que el nombre de Cagliostro precisamente hace imposible esa vejez. El nombre de Cagliostro significa la muerte bajo tortura en Roma, en la casamata de la Inquisición.

-¡Demonios! ¿Qué queréis conseguir con vuestros malos presagios? -dijo Balsamo enojado-. ¡No creeréis que podéis asustarme de algún modo! ¡Decidme con claridad que no deseáis que utilice el nombre de Cagliostro! Y así podré deciros con toda franqueza, ¡que nunca y que bajo ningún concepto cumpliré ese deseo!

-Acabo de deciros, Balsamo, que no es lo que yo deseo. No quiero ni pedíroslo ni amenazaros, ni menos todavía obligaros a hacerlo -repitió Saint-Germain con paciencia-. Sólo quiero daros un consejo, siendo vos muy libre de aceptarlo o rechazarlo. O para ser más exactos: quiero que tengáis claro a qué os exponéis si utilizáis el nombre de Cagliostro. Si seguís insistiendo en ello, lo haréis asumiendo vos mismo el riesgo y no bajo mi responsabilidad o la del conde Cagliostro, en cuyo lugar vos deberéis morir en horrendas circunstancias. Se acerca el momento en que os será imposible libraros de ese nombre. Luego nadie más estará en situación de testificar que Balsamo y Cagliostro no son la misma persona. En el peligro, en el sufrimiento y en la muerte, ambos se fundirán en una sola. Pero para entonces yo estaré lejos, y Cagliostro también. Y con la muerte de Balsamo, Caglios-tro se librará para siempre de su nombre.

-¡Qué disparate! -lo interrumpió Balsamo, pero Saint-Germain lo hizo callar.

-Esperad... ¡todavía no he terminado! Os descifraré las palabras que *Ma-dame* Lorenza ha pronunciado mientras estaba en trance: hay muchas fuerzas que se interponen en el camino del nombre de Cagliostro y que ya no pueden alcanzarle porque ha llegado a un nivel en que está por encima de ese camino. Pero vos no podréis escapar de esas fuerzas destructoras si os encerráis en la prisión del nombre de Cagliostro.

-No sé lo que pretendéis, sólo sé lo que habéis conseguido con todo esto... Nunca antes me ha resultado este nombre tan deseable, interesante y estimulante, a pesar de que durante años lo he deseado, odiado y luchado por él. ¡Pero sólo ahora se ha convertido para mí en algo irreemplazable! ¡Y voy a aferrarme a él como a mi propia vida!

-¿Incluso si el precio que tendréis que pagar es ser sometido a tortura hasta la muerte?

-¡No creo en todas esas patrañas!

-¡Por favor, responded!

-No os pongáis tan solemne, ¡me obligaréis a reírme!

-Reíd cuanto queráis, Balsamo... ¡pero contestad!

-Está bien... ¡Incluso aunque tenga que pagar el precio de una muerte por tortura! ¡Suponiendo que yo sea lo bastante necio como para dejarme atrapar!

Un extraño y gemebundo sonido penetró de pronto en nuestros oídos. Los tres miramos a Lorenza, de la que durante aquel diálogo tan tenso nos habíamos olvidado del todo. De sus ojos brotaban lágrimas, y su rostro se había transformado de forma extraña, como si en algún lugar a nuestras espaldas, más allá de la sala, hubiera visto una imagen horrenda.

-Giuseppe... -balbuceó llorando y castañeteando los dientes- acabas de decir lo que él quería..., el círculo se ha cerrado, la sentencia se ha pronunciado. Ya no hay ningún cuchillo que pueda librarte de esa atadura... Ninguna palabra que pueda salvarte... ¡Se ha consumado!

-¡Cierra la boca! -le ordenó con rudeza Balsamo-, ¡Pava estúpida!

El insulto le dolió como un latigazo, pese a lo cual se recuperó. Pero todo su cuerpo temblaba estremecido y sus lágrimas no dejaban de fluir.

-¡No llores! ¡Deja de llorar ahora mismo! ¡Sabes que no puedo soportar las lágrimas! -Los músculos de la cara de Balsamo se tensaron sobre sus pómulos, mientras rechinaba los dientes.

-En seguida... ten un poco de paciencia... todavía no puedo... todavía... no... puedo... dejar de llorar... -jadeó Lorenza, y a mí me dio lástima verla tan indefensa, débil y perdida.

-Tranquilizaos, *Madame*, por favor, tranquilizaos. -Salieron de mi boca de forma involuntaria las palabras de consuelo-. Si vos se lo suplicáis, seguro que *Monsieur* Balsamo dejará de llevar el nombre de Cagliostro, lo rechazará sin más y...

-¡Ni en sueños se me ocurriría hacerlo! -exclamó Balsamo-. ¡Este nombre me pertenece! ¡Tengo más derecho a llevarlo que aquel tipejo afeminado a quien le cayó en el regazo por casualidad!

-Por supuesto no va a rechazarlo, Cornelius. Balsamo ya no puede rechazar el nombre de Cagliostro. Tanto si quiere como si no... ahora se ha fusionado con él... ¡y deberá llevarlo hasta la muerte! -dijo con toda calma Saint-Germain, y sus serenas palabras llenaron la estancia de una extraña y grave tensión. Esta tensión era tan fuerte, tan opresora e irresistible que hizo estremecer incluso al estafador y embustero Balsamo.

-¿Qué queréis decir con eso... tanto si quiero como si no? -preguntó sofocado.

-Este nombre ha sido llamado a la vida y os seguirá adonde quiera que vayáis. Él domina, determina y forma vuestro destino. Si lo rechazáis, se alzará y se pegará a vuestros talones. Si lo negáis, las gentes jugarán con él. Si lo lanzáis lejos de vos, volverá como un bumerán. Si lo espantáis, regresará como un perro terco. Es un vigilante tenaz e insobornable y un despiadado ejecutor. Este nombre es una túnica mágica.

-Vamonos, Lorenza -dijo Balsamo con voz ronca. Quería huir de su creciente desazón y se defendía con groserías-. El señor conde no puede renunciar al coturno, pero a mí me aburre su arrogancia. Debo reconocer que esta visita me ha decepcionado.

-Pero a mí no, Balsamo -añadió Saint-Germain con amabilidad, y se levantó para acompañar a sus invitados hasta la puerta.

12

Ana Müller

En la primavera de 1784 volvimos a Kassel. En cierto modo, yo me sentí aliviado y contento cuando dejamos atrás la frontera de Francia. Respiré mejor, como si hubiera salido de una habitación llena de un denso vapor.

Saint-Germain estaba silencioso y ensimismado. No quería importunarlo con mis preguntas, aunque me habría gustado saber cuánto tiempo se quedaría en Kassel. Conmigo era bondadoso y considerado. Pensé con dolor en el momento de la separación, una circunstancia que me angustiaba y que ni siquiera la alegría de volver a ver a mis padres podía contrarrestar del todo. Durante mucho tiempo me aferré a la esperanza de que quizá sólo regresábamos a casa para una breve visita y que después continuaríamos viajando juntos hacia cualquier otro lugar, a donde el deber lo llamara. Pero él no hablaba nunca de sus planes, que forjaba para su más inmediato futuro, y por lo que a mí respecta, formaba parte de mis ejercicios poner freno a mi curiosidad. Aun así, aquella comunicación que existía entre nosotros, desde que yo había aprendido a ejecutar sus órdenes telepáticas, le transmitió mis problemas, y sin que yo hubiera revestido mi pregunta con palabras, él me contestó.

-No debes preocuparte por el futuro, Cornelius. Se aproximan para ti tiempos provechosos y fructíferos... Yo aún estaré a tu lado durante algunos meses y te prepararé para los exámenes que tú, como todos nosotros, deberás superar solo.

Más allá de la frontera de Kassel nos vimos sorprendidos por una intensa tormenta de primavera. El viento huracanado que se levantó de pronto trajo densas nubes sobre nuestras cabezas, que descargaron con fuerza una lluvia torrencial. Nuestro coche estaba preparado para la lluvia, pero por consideración a nuestros caballos y criados nos refugiamos en la posada más próxima.

La tormenta terminó de la misma forma repentina en que había comenzado y la luz brillante del sol envolvió de nuevo el paisaje irisado de verde y rosa, recién lavado por el agua, encendido por el fuego diamantino de millones de gotas de agua. En el suelo brillaban grandes charcos, sobre cuya superficie se mecían los pétalos que el viento había arrancado de los árboles, que acababan de abrir todas sus flores.

Cuando salimos por la puerta de la posada, se nos acercó una criada con una vara sobre los hombros, en cuyos extremos se balanceaban dos cubos de madera llenos de agua de lluvia. Se había arremangado las faldas; sus piernas desnudas, gruesas como columnas, estaban cubiertas de suciedad hasta las rodillas, el pelo mojado se le había pegado a la nuca. Su vientre deformado dejaba bien claro que estaba encinta. Desde su rostro indiferente, ancho y huesudo me miraron un par de ojos oscuros y apagados. Murmuró un saludo y rodeando la posada se dirigió al edificio de la servidumbre, donde se alineaban una junto a otra y pegadas al muro del edificio, varias pocilgas malolientes. Seguí con la mirada su lenta y deforme figura inclinada bajo el peso de la carga, hasta que desapareció por la abertura baja de una puerta de madera. Contemplé las aguas marrones que se escurrían por debajo de los establos y se desviaban hacia la paja podrida, los morros de los cerdos negros olfateando hambrientos entre los tablones de madera, el plumaje sucio y mojado de los gansos, patos y gallinas, sin poderme apartar de esa triste visión. La muchacha volvió a aparecer, esta vez sin la vara, con un cuenco en la mano. Su mirada indiferente volvió a resbalar sobre mi rostro y luego se detuvo en mi figura. Se detuvo, dio un par de pasos indecisos hacia mí y me preguntó con su dialecto campesino y pintoresco si deseaba algo.

-No -dije-. No, gracias, nada. -Pero luego, sin embargo, le pregunté su nombre.

-Anna Müller -contestó sorprendida.

Puse algunas monedas en su mano y seguí a Saint-Germain que ya estaba sentado en el carruaje.

-¿Era ella? -preguntó él en voz baja cuando nuestro carruaje ya se había puesto en marcha.

Yo asentí.

-Corinna...

Era sorprendente que, nada más verla en aquel cuerpo imposible, hubiera podido identificarla de inmediato, aquel cuerpo que se identificaba mucho más con ella que en su antigua y engañosa figura. Esa era Corinna. La otra no era más que un decorado construido con ayuda de los demonios, un disfraz robado y una máscara pasajera que inducía a la confusión. Ahora estaba allí de pie, tal cual era, un montón de materia hinchada, fea y apática, con sus fuertes y primitivos impulsos, que ella satisfacía de forma animal. Su mundo eran los establos de vacas que apestaban a estiércol, la pocilga y los gallineros, su ámbito de trabajo los servicios más rudos y pesados, que respondían a su nivel mental. Su estilo grácil, su belleza cincelada, sus complicadas perversiones sexuales se habían desprendido de ella en aquel vientre campesino que había atrapado a su alma, esa alma que se veía empujada por un anhelo salvaje, ahogado y sin objetivo. Todo lo que no había sido de verdad suyo se había desprendido de ella, se había consumido, se había podrido, y la sobrecarga anímica, demoníaca, genial y tenebrosa, había dejado de existir. Corinna se había convertido en ella misma: pobre como un mendigo, ignorante, incapaz de comprender nada, había llegado al punto de partida de su propio camino.

Con la estremecedora vivencia de este encuentro llegué a la paz y a la firmeza del castillo Grotte, que era mi hogar. Mi madre y mi padre no salieron a mi encuentro en la escalera me esperaban arriba, como era lo correcto. La relación interior que reinaba entre nosotros no necesitaba ya de ninguna manifestación exaltada de los sentimientos. No nos abrazamos ni nos besamos. Pero cuando en el despacho de mi padre, vi ante el iluminado trasfon-do las dos altas y delgadas figuras, cuyos rostros mostraban la misma e idéntica dulce sonrisa, se encendió en mi interior un sentimiento de paz y de agradecimiento que fue como la nueva, auténtica y vivaz chispa que salta en un horno de alquimista apagado.

13

El féretro

Durante mi ausencia, mi padre había alcanzado el escalafón más alto en la Orden.

En los casi cuatro años que había pasado con Saint-Germain, también yo había avanzado un buen trecho con la ayuda de mi Maestro. Había superado los niveles cuarto, quinto y sexto, y había empezado con los estudios de un *Adeptus exemptus.* Me había familiarizado con diferentes tipos de magia y con la Cabala, había llevado a cabo ejercicios de yoga indios y tibe-tanos, y me habían sido reveladas las secretas sutras, que en su época todavía representaban para un blanco tesoros espirituales inaccesibles y sin descubrir.

En noviembre de 1784 recibimos una invitación especial para acudir a Rotenburg, sin que la fecha coincidiera con los habituales encuentros mensuales. Para entonces, ya hacía una semana que Saint-Germain no había vuelto a visitarnos. La conversación que habíamos mantenido en nuestro último encuentro superaba a todas las mantenidas hasta entonces en profundidad e intimidad, y se grabó en mi interior, saturada de extrañas premoniciones. Durante el tiempo que duró tomé nota de un largo y amplio programa de trabajo, y recibí instrucciones que me servirían para trabajar los próximos años.

Percibí la despedida en sus palabras, pero al mismo tiempo la prohibición de mencionar el tema. Sabía que las manifestaciones de sentimientos y de afecto no podían retenerlo, a él que ya era libre, y que tampoco serían propias de un discípulo suyo. Para nosotros la separación, el cambio, la distancia, no eran más que ofuscación, válidos para la materia y la persona que está atada a ella y a la que ésta la somete a prueba de forma dolorosa. Pero Saint-Germain seguía siendo la cabeza de la Orden y mi Maestro, sin que importara adonde se hubiera ido al desaparecer físicamente de delante de mis ojos.

Karl von Hessen se había convertido en uno de los pilares de la Orden, y su castillo en un centro mágico no sólo por su infatigable interés por las ciencias ocultas, sino también gracias a sus cualidades espirituales, en verdad sobresalientes, y a su actitud tan ética. Se contaba entre los hombres más instruidos de su época y era lo bastante inteligente como para darse cuenta de las ventajas de su posición. No quería ocupar puestos destacados y más bien se hacía a un lado, modesto y satisfecho, sin obstruir el camino a su numerosa y poderosa parentela en sus derechos de gobierno. Se alegraba de no tener que estar en el punto de mira de cualesquiera intereses familiares o políticos, y agradecía a su ilustre destino que le permitiera poner en consonancia los deseos de los príncipes reinantes y los suyos propios en cuanto a su forma de vida tranquila, retirada y ensimismada. A su hijo Víctor Ama-deus, nacido en 1779, pudo darle aquella educación que él consideraba correcta, es decir, no lo educó para que fuera miembro de una casta privilegiada, que se esfuerza por conseguir bienes y distinciones terrenales, sino como un obediente novicio del espíritu.

Cuando a última hora de la tarde nuestro carruaje entró en el amplio patio anterior empedrado de Rotenburg, constaté con asombro que en el gran portal de la entrada ondeaba una bandera larga y negra. Miré hacia arriba. El estandarte de la torre colgaba a media asta, y los criados que se apresuraron a salir a nuestro encuentro iban de luto. Sentí despertar en mí un desagradable y grave sentimiento. Pero cuando me dirigí a uno de los criados para preguntar, sentí la mano de mi padre sobre mi hombro. Su rostro estaba tranquilo y contenido, y me hizo una señal que me ordenaba guardar silencio.

Subimos por la larga escalera. El destello de los altos espejos que siempre relucían plateados, estaba ahora apagado por los crespones de luto. También los grandes ramos de flores que había en los enormes jarrones orientales estaban enlutados.

Avanzamos por el solemne y resonante silencio de la gran biblioteca y entramos en la sala de la Orden.

Lo primero que atrajo mi mirada fue el féretro que había en medio de la sala, cubierto por un paño negro. Sobre la lisa, pesada y oscura tela destacaba una única y preciosa rosa dorada, cincelada a la luz de cuatro cirios del grosor de un brazo y de la altura de un hombre, por cuyo tronco resbalaban lágrimas de cera.

El féretro reposaba sobre un estrado al que se accedía por siete escalones. Aparte de los cuatro cirios del catafalco ardían en la sala, bajo cada uno de los siete frescos que había en los muros, otros siete cirios dispuestos en candelabros de pared. Los siete frescos de profundos y vivos colores eran obra de Saint-Germain, y despedían un resplandor que parecía proceder de una misteriosa fuente de luz. El rojo era como el color del borgoña en una botella de cristal puesta al trasluz sobre el fuego, y el verde se parecía al resplandor que tiene el sol de primavera cuando atraviesa el tierno follaje primaveral.

El primer fresco representaba una puerta cerrada y sellada, que un ángel intentaba abrir. En el borde inferior del cuadro brillaba una inscripción en letras doradas:

Signatur ne perdatur

En el segundo cuadro sonreía desde el mar una isla verde sumida en el embriagador juego de luces de la salida del sol. La luz roja jaspeada del amanecer ya había ardido, pero en el cielo todavía se podían ver las estrellas frías, puras y apagadas. Y la inscripción del cuadro decía:

Aurora ab lacrymis

El tercer cuadro era una representación muy artística y cincelada de los doce signos del zodíaco, con el Sol situado en el signo de Virgo. Se podía leer:

lam mitius ardet

En el cuarto se veían numerosos animales: leones, corderos, águilas y murciélagos calentándose a la luz del sol. El texto rezaba:

Non possentibus offert

En el quinto aparecían representados dos instrumentos de cuerda, tocados por una mano delicada y espiritual. La inscripción:

Unam tetigisse sat est

En el sexto cuadro, la paloma de Noé aleteaba sobre un fondo de cielo diáfano, por encima de una vertiginosa lejanía de violentas masas de agua, llevando una rama de olivo en el pico. Decía:

Emergere nuntiat orbem

En el séptimo, un pájaro volaba jubiloso tras haber escapado de la trampa de una red. Se podía leer:

Ad sidera sursum

En el estrado, detrás del catafalco, se erguían tres figuras en actitud de espera. En el centro, Saint-Germain, ataviado con una larga y blanca mortaja, se hallaba flanqueado por Karl von Hessen y por otra persona a la que yo no conocía, aunque su figura me resultaba de algún modo familiar: alto y musculoso; su color de piel hacía pensar en un origen italiano; ojos marrones e inteligentes, frente abombada, una fina nariz aguileña y labios delgados, que expresaban un hálito de resignación, por lo que, al cabo de unos breves instantes, la sorprendente semejanza que mostraba con Giuseppe Balsamo me dio la certeza de que no podía ser otro que el conde Cagliostro. Ambos habían nacido bajo el mismo signo -Géminis-, pero entre ellos había una diferencia de desarrollo de varios siglos. El carácter preclaro de Cagliostro, penetrado de un depurado espíritu, era una imagen tardía y utópica de Giuseppe Balsamo, que pasaba por la vida todavía poseído por tenebrosos poderes, consumido por la pasión e ignorante. Pero en lo que se refiere a la existencia de ambos, de alguna forma debían estar emparentados, incluso con un parentesco de sangre, como lo indicaba no sólo su lugar de origen común y su semejanza física, sino también la estremecedora y excitante complicidad de su destino terrenal. Más tarde me enteré de que Balsamo era hijo natural de un tío de Cagliostro, nacido de una relación con una campesina siciliana. En las cabanas de los campesinos abundaban los hijos ilegítimos de ese hombre ardiente y entregado a los vicios, de los que él no sabía nada y tampoco se ocupaba de ellos, igual que un gato en celo dominado por el instinto de reproducción, que en sus salidas nocturnas de primavera fertiliza a todas las gatas de los contornos una tras otra. Balsamo no podía contar ni con su legitimación ni con educación o ayuda y debía salir adelante solo, enfrentándose a su candente, amargo y público secreto en la altanera proximidad del castillo, para salir de su entorno campesino. Es fácil imaginar con qué fuerza el odio rebelde y envidioso de Balsamo se convirtió en una fuerte y

apasionada personalidad. Y también comprensible la razón por la cual eligió precisamente el nombre de Cagliostro, con todo el nimbo en que iba envuelto, para apropiarse de él. No había nada en este mundo que él odiara más, y al mismo tiempo deseara con más pasión, que ese nombre, que en su opinión le correspondía, y por cuya culpa tuvo que sufrir la mayoría de las humillaciones. Por culpa de ese nombre no era ni una cosa ni otra, no pertenecía a ninguna casta, ni a los campesinos ni a los señores, sólo era un paria sin raíces. Y en ese momento comprendí por qué durante la conversación con Saint-Germain mostró tanta inseguridad, tanta vergüenza mordaz y por qué mostraba un comportamiento tan presuntuoso.

La figura alta y encorvada de Karl von Hessen y su rostro barbudo permanecían serios y solemnes, mientras que el rostro de Saint-Germain se parecía al de un jerifante meditabundo, un rostro que el mundo no conocía. Mi padre apartó una cortina de un palco lateral que había al mismo nivel del suelo y me indicó las sillas. En el fondo del palco resplandecían los tres teclados de un órgano. Entramos y nos sentamos.

A un lado de la sala se movían las cortinas, ahora corridas, de los palcos que había en los diferentes pisos; todos estaban llenos de la presencia muda de algunos seres.

Saint-Germain subió los siete escalones y se colocó a la cabecera del féretro. Los cirios rodearon su figura amortajada de una pálida nebulosa dorada, su rostro serio estaba iluminado por la concentración, la experiencia y el conocimiento.

-¡Amigos míos... compañeros míos de la Hermandad secreta! -Su voz serena, cadenciosa, llenó la gran sala, que estaba sumida en una profunda y silenciosa expectación-. He llegado al fin de mi misión. He percibido la llamada. Ha llegado el momento en que el mundo anuncie mi muerte.

»He puesto en marcha nuestra Obra. De las fuentes selladas y secretas brota el agua. Proteged la fuente. Voy a nombrar a mi sucesor como cabeza visible de la Orden.

»Sin embargo, el acto de mi muerte no significa todavía que yo abandone de forma definitiva el desdichado suelo de Occidente. Esto sólo sucederá después de que se produzcan determinados acontecimientos. Oiréis hablar de mi reaparición... y antes de que me vaya para siempre de vuestro lado, mi último saludo también os llegará. Visitaré de uno en uno a todos aquellos a quienes tengo algo que decir.

»Antes de emprender mi camino hacia Oriente, os dejaré las once reglas de la Orden.

»Las seis obligaciones de los miembros de la Orden.

»Y los dieciséis signos de identificación secretos de los cofrades.

»Estas treinta y seis fórmulas son el fundamento sobre el que descansa nuestra obra y sobre las que resistirá las tormentas más violentas.

»Las *once reglas dicen:*

Debes amar a Dios sobre todas las cosas.
Dedica tu tiempo a tu propio desarrollo espiritual.
Sé del todo desinteresado.
Sé sobrio, sumiso, aplicado y silencioso.
Reconoce la procedencia de los «metales» que se encuentran en ti.
Protégete de mentirosos y charlatanes.
Pasa tu vida en una constante veneración de los bienes más elevados.
Antes de intentar la práctica, aprende la teoría.
Haz el bien a todos los seres.
Lee los antiguos libros de la sabiduría.
Intenta comprender su sentido oculto.

»Las *seis obligaciones:*

Alivia el sufrimiento y cura a los enfermos sin pedir nada a cambio.
Adáptate a las costumbres del país en el que vives.
Reúnete con tus hermanos en la Hermandad secreta una vez al año en un lugar determinado.
Elige a tu sucesor.
Las letras R.C. son el símbolo de la Hermandad.
Debes mantener en secreto la existencia de la Hermandad durante cien años a partir de su fundación.

»Los dieciséis signos de identificación:
El miembro de la Orden es paciente.
El miembro de la Orden tiene buen corazón.
No conoce la envidia.
No se pavonea de su rango ni de sus acciones.
No es soberbio.
No es disoluto.
No está ansioso de fama.
No se deja provocar.
No piensa mal de los demás.
Ama la justicia.
Ama la verdad.
Puede callar.
Cree en lo que sabe.
Su esperanza es fuerte.
Los sufrimientos no pueden vencerlo.
Siempre será un miembro de la Hermandad.

Una vez que se hubo apagado el eco de estas palabras, reinó un profundo silencio, como un gran velo invisible. Por los cirios resbalaban gruesas gotas de cera, como gotas de sudor. Luego se oyeron unos pasos. Karl von Hessen y Cagliostro se apresuraron a aproximarse desde las profundidades de su palco. Caminaron hacia el féretro, levantaron la tapa y se hicieron visibles los encajes blancos como la nieve de la mortaja.

Saint-Germain se metió dentro y se echó de espaldas, a la vez que cruzaba las manos sobre el pecho.

Sus ojos todavía estaban abiertos, pero por su rostro se extendía ya la serena e indescifrable sonrisa de los muertos.

Cagliostro extendió la mortaja sobre él. Volvieron a colocar de nuevo la tapa del féretro y la clavetearon. El ruido de los martillazos penetró, desafiante e inquietante, en el paralizador silencio que reinaba en la sala.

De pronto aparecieron en el círculo de luz que rodeaba el féretro varias figuras vestidas con túnicas oscuras y lo levantaron sobre sus hombros.

-Ve, Cornelius -me susurró mi padre-. Coge un cirio y sigue al cortejo.

Él se sentó al órgano.

Cuando cogí el cirio, empezaron a sonar las graves notas del órgano, cuyo sonido nos siguió a través de las puertas abiertas. Nos acompañó como el brillo plateado de la luna, pero no eran notas de duelo, sino notas de resurrección; de la profunda y misteriosa alegría del conocimiento.

Sentí cómo se unían a nosotros más y más gentes. Se oía el ligero rumor de numerosos pies que se arrastraban, su deslizarse precavido y solemne.

No vi ningún rostro, ni me volví, pero la enorme corriente de pertenencia, de una fuerte comunidad fundida en uno, me estremeció.

Avanzamos por un largo pasillo y llegamos finalmente a la capilla. El sonido del órgano ahora sólo se oía como un eco lejano, y luego se apagó, para caer de nuevo sobre nosotros, una vez abierta la sepultura, con fuerzas renovadas, desde el estrado de la capilla. Mi padre había compuesto la obra para esta ocasión y nunca más volvió a tocarla.

El féretro descansaba por fin en el profundo lecho de piedra de la cripta.

La procesión abandonó poco a poco el lugar.

Saint-Germain se quedó solo en su féretro.

La puerta de madera con incrustaciones de hierro de la cripta se cerró sin ruido y Karl von Hessen aseguró su cierre con el sello con el estandarte, sobre el que brillaban las letras R.C.

Regresamos de nuevo a la gran sala en penumbra.

Las figuras silenciosas, vestidas de oscuro, fueron desapareciendo detrás de las cortinas de los palcos.

También yo entré en el nuestro, donde mi padre ya vestido me estaba esperando. Salimos por la pequeña y estrecha puerta lateral, y cuando nuestro carruaje ya se hallaba fuera de los muros del castillo de Rotenburg, nos adelantaron a toda prisa tres mensajeros con la noticia:

«El conde Saint-Germain, el Mago, el mayor adivino de Europa, amigo de emperadores, reyes, poetas y gente instruida, ha muerto. Murió en el castillo de Karl Emanuel von Hessen, en Rotenburg, provincia de Kassel, donde el 7 de septiembre de 1784 fue enterrado para su descanso eterno».

14

El fantasma

Sobre las apariciones del conde Saint-Germain después de su muerte se recogieron varios testimonios. Según un cronista ruso, entre 1785 y 1786 mantuvo al parecer importantes conversaciones con la zarina de Rusia.

Posteriormente, en 1788, el conde de Chalón tras regresar de Venecia, donde ocupó el cargo de embajador, contó a sus amigos que la noche antes de su partida había conversado en la plaza de San Marcos con el conde Saint-Germain. También en esta ocasión mostró un aspecto saludable y juvenil, a la vez que ingenioso. Eludió la noticia de su muerte con una sonrisa.

-Aquel de quien a menudo se dice que ha muerto, vive eternamente -contestó sonriendo. Luego reveló información confidencial sobre la familia y los parientes lejanos del conde de Chalón, que sorprendieron bastante al embajador.

-Debo reconocer que alimentaba grandes dudas acerca de sus palabras -dijo el conde de Chalón-. Pensé que Saint-Germain actuaba con un gran engreimiento y se servía de esos medios para obtener determinados privilegios. Pero cuando llegué a casa, lo encontré todo tal y como él me había dicho, ya que durante ese tiempo se habían producido cambios en mi familia que no eran previsibles y de los cuales una persona ajena difícilmente se habría podido enterar. Lo más interesante es que ningún miembro de la familia había hablado con él y desde hacía años no lo habían vuelto a ver.

De su tercera aparición informó, en el año 1789, la condesa D'Adhemar, es decir cinco años después de su muerte. Pero en sus anotaciones sólo reproduce fragmentos de su interesante conversación. Fue en París, de nuevo en la iglesia de los Recoletos. Durante la misa matutina vio a su lado la figura vestida de oscuro de Saint-Germain. El conde la saludó con una afable inclinación de cabeza. «Su presencia era tan natural y real, tan llena de alegría y seguridad -escribe la condesa D'Adhemar- que no sentí ningún tipo de temor. Me sentía como si nos limitáramos a proseguir nuestra antigua conversación, tras haberla interrumpido durante un instante. Me habló y yo le contesté como si estuviera soñando y al mismo tiempo estuviera absolutamente despierta, más despierta que durante mi estado de vigilia durante el día.

»-La noticia de vuestra muerte fue un error, conde... debería habérmelo figurado de inmediato -le dije muy contenta.

»-La noticia era cierta para el mundo, *Madame*..., pero aquellos que no creen en la muerte saben que cualquier noticia de muerte es, en el fondo, un error...

»-Aquella dulce esperanza que despertasteis en una mujer vieja que se acerca a la tumba es más maravillosa que cualquier sentimiento terrenal... Le agradezco a Dios que nos hayamos vuelto a encontrar. Debéis saber que mi fe se asemeja a mi carácter, es débil y a veces desespera de un modo casi suicida. Temo a la muerte y deseo la certeza, pero los argumentos de mi religión y de mi cerebro son siempre barridos y destruidos por los gemebundos ecos de la duda. Odio los tenebrosos pensamientos de destrucción, los pensamientos que giran en torno a la fría y rígida oscuridad, porque el calor, la luz y el movimiento son mis elementos. Mi cuerpo es una ruina, un pedazo de madera consumido y espectral, pero mi alma está llena de fuerza y de curiosidad.

»-Viviréis, *Madame*... muchas más veces... porque queréis vivir. Vuestra alma es todavía un árbol joven y fuerte. El envejecimiento y la decrepitud de vuestro cuerpo es sólo como las hojas que caen en otoño. Pero, ¿quién afirmaría que el árbol está muerto sólo porque ha llegado el invierno que todo lo despoja y que acuna a la Naturaleza en su inmóvil sueño? Algunas primaveras producirán nuevos brotes y se abrirán de nuevo los cálices de las flores, y los veranos traerán un denso follaje y abundantes frutos...

»Deseé que esta conversación no acabara nunca y le rogué que después de la misa me acompañara a mi carruaje. Él lo hizo gustoso, me tomó del brazo y me sostuvo, porque mis viejos pies llevan con dificultad mi peso.

»Fuera, a la luz del sol, vi lo fresco y saludable que estaba. Su brazo que me sostenía mostraba una fuerza de acero, su paso era elástico. Cuando se dio cuenta de lo mucho que me apoyaba en él, subió conmigo al carruaje y me llevó a casa. Fuimos al paso, además ordené a Octavio, mi cochero, que diera un rodeo sólo para aplazar el momento

de la separación. Hablamos sobre esto y aquello. Mencioné que su profecía sobre la reina se cumplía día tras día cada vez de forma más horripilante. María Antonieta estaba completamente sola, sus enemigos la rodeaban como un cordón de hierro, aunque su carácter era ahora más maduro y serio, y después del nacimiento de sus cuatro hijos se había acrisolado de verdad. Podría ser una buena madre y una buena reina sólo con que los acontecimientos le dejaran suficiente tiempo. Intentaba establecer cada vez más relaciones, se había dado cuenta del peligro y aprovechaba cada oportunidad..., pero nadie quería creer en ella. Luego hablamos de otras cosas sorprendentes, que para mi fueron muy significativas y estimulantes, cosas que me convencieron y me fascinaron, pero, cumpliendo la promesa que le hice a Saint-Germain, no puedo desvelar nada de ello. Sintiéndolo muchísimo, pero revitalizada, serena y con el alma transformada me separé de ese hombre brillante, a quien todo el mundo creía muerto, aunque al verlo, cualquier persona viva me parecía más muerta que él, un espíritu errante...»

Por cuarta vez se apareció a la princesa Lamballe en el momento de su muerte. Incluso durante la ejecución de la condesa Du Barry se mantuvo tranquilo y concentrado junto a la guillotina, distinguido, silencioso y reservado en medio de la multitud que gritaba desenfrenada. Sobre este acontecimiento y su posterior desaparición de la prisión informó Grosley Éste afirma que en los días del reinado del Terror fue detenido ese extranjero que había estado presente en las ejecuciones y de manera manifiesta había tomado partido por la víctima y sentido simpatía por ella. Saint-Germain se dejó arrestar sin oponer resistencia y llevar a prisión, donde entre los aristócratas presos reencontró a gran número de conocidos y amigos. Con su alegre, optimista y consoladora calma y serenidad llenó de valor a muchos de aquellos desdichados, «y al oír sus palabras, el horror y el espanto de la muerte se fundían como la nieve bajo el sol de primavera». Su nombre estaba ya en la lista de ejecuciones, sí, incluso se alineó entre los condenados a muerte, pero cuando éstos subieron al carro, ya había desaparecido. Su desaparición no fue registrada de inmediato por los guardias, sino sólo después de las ejecuciones, tras el recuento de cabezas separadas de sus cuerpos. Hubo un gran alboroto, maldiciones, corridas y gritos, pero no pudieron hallar ni rastro de él. «Y sin embargo, durante todo el tiempo había permanecido de pie junto a la guillotina -dice Grosley-, tranquilo, con expresión seria, silencioso y reservado en medio de la multitud exaltada. La última mirada de los condenados descansó en su persona y el reflejo de su sonrisa se encontraba en sus rostros: aquella misteriosa sonrisa feliz que incluso permaneció en sus cabezas cercenadas cuando fueron levantadas.»

15

El Kyilkhor

En el año 1793 Karl von Hessen me confió la educación de su hijo, Víctor Amadeus. Aquel muchacho infinitamente amable, agudo y muy dotado había cumplido ya sus catorce años. En su cuerpo joven vivía un espíritu maduro, muy vivido y penetrado de un gran interés por el ocultismo. Sediento de conocimiento y dócil, me siguió por todos los senderos de la ciencia, y ya en los primeros encuentros observé cómo los conocimientos se abrían en él como la tapa, activada por un resorte, de una caja de oro llena hasta los bordes. Mi única misión fue recordarle todo aquello que, durante un breve espacio de tiempo, se había extinguido o difuminado en su interior. En él no había ni rastro de interés por las cosas mundanas, e incluso sus pasiones estaban todas apagadas, ya que sin ningún esfuerzo, sin ninguna clase de autoengaño y sin ninguna represión enfermiza, practicaba la vida de un asceta, rechazando la tentación de la carne con fría indiferencia. Mi trabajo con él era una hermosa y fácil tarea, porque él no sólo me seguía obediente a todas partes, sino que avanzaba con facilidad y ligereza, y con su rápida intuición a menudo se me adelantaba. Pronto reconocí en él al gran misionero que tenía que venir y empecé a encauzar su formación por las vías correspondientes.

Poco a poco asumí también un importante campo de trabajo de la ramificada organización de la Orden, la correspondencia. Me familiaricé con la lista secreta de los miembros y entré en contacto con casi todos los países a donde podía llegar el correo.

Mis experimentos y estudios personales también progresaron satisfactoriamente. Me dediqué a la recuperación de los símbolos, ya que al igual que sucede con los alquimistas, entre los místicos orientales también hay escrituras mágicas que enseñan la creación de ciertos seres simbólicos, con el fin de comprender y completar el proceso de la creación. Este misterio no es más que una repetición de la Gran y Universal Creación; es, en contraposición al ciego sometimiento al acto de engendrar y de concebir, la concepción consciente e inmaculada del espíritu, de la idea, que con la ayuda del principio espiritual y de la voluntad crea un karma y condensa la materia a su alrededor. Esta operación la realizan los místicos orientales no por proyección sino por transmutación; con la ayuda de fuerzas espirituales se crean determinados puntos básicos o diagramas: imágenes de Dios o de figuras demoníacas. Esa es su Materia Prima. Un diagrama así es lo que los ti-betanos denominan *Kyükhor*.

Saint-Germain me había confiado el despertar a la vida en uno de esos Kyükhor tibetanos, para que pudiera reconocer, liberar y dominar mis fuerzas en ese campo.

En el Kyükhor se atribuye a cada cambio de color, a cada forma, a cada división del espacio y a la colocación de los objetos una significación particular. En medio del diagrama se encuentra sentada o de pie la idea de la criatura mística, y a su alrededor los símbolos que expresan su personalidad. Lo repito: esa es la Materia Prima tibetana. Para continuar con la analogía alquimista: el despertar a la vida del diagrama se corresponde con las operaciones químicas de la alquimia, y el Kyükhor despertado a la vida es en definitiva la prueba de la tercera fase, de la transmutación. Los místicos tibetanos confían al Kyükhor despertado a la vida la ejecución de algunas tareas místicas, y supervisan y juzgan de acuerdo a la ejecución, la cantidad y cualidad de los rendimientos, si la idea enraizada en el Kyükhor ha producido frutos y, si es así, con qué alcance. Como resultado de la operación, correctamente realizada, el espíritu o el demonio del Kyükhor despierta a la auténtica vida, y al hacerlo realiza sin problemas la tarea que se le ha encomendado.

Mi Kyükhor era una figura de barro pintado, de tamaño natural, que el conde Saint-Germain había modelado de acuerdo con la imagen de un mago tibetano. La escultura, de un realismo absoluto, representaba a un tibetano de labios delgados y ojos rasgados, con los pómulos sobresalientes, sentado en la postura del loto. En su rostro había una peculiar, inquietante y enigmática sonrisa.

Lo primero que tuve que hacer fue superar el rechazo que me inspiraba la escultura. Cuanto más tiempo la contemplaba, cuanto más concentraba mi atención en ella, tanto más antipática y repulsiva me resultaba.

Sus ojos descansaban maliciosos, malintencionados y al acecho sobre mí, y cada vez tenía mayor certeza de que ese mago del Tíbet sólo podía ser un nigromante, ya que concentraba en él las fuerzas de la destrucción. No comprendía qué propósito había vinculado mi maestro a esta tarea, pero no podía eludirla.

Conseguí superar mi rechazo.

Pasaron trece meses hasta que la rígida superficie del barro se fue transformando poco a poco en lá suavidad viva de la carne, hasta que se abrieron los poros por donde mis fuerzas espirituales penetraron con esfuerzo y en profundidad en la materia muerta, para empaparla y despertarla a la vida.

Después de trece meses su pecho empezó poco a poco a levantarse con el hálito de la vida. Pero aún tuvieron que pasar otras nueve semanas para que empezara a respirar con regularidad y de forma acompasada.

Allí estaba ahora ante mí, sobre la esterilla, en la postura de meditación. Su cuerpo se caldeó con las radiaciones de mi cuerpo, eran mis fuerzas las que latían en sus venas. Pero todavía permanecía mudo e inmóvil.

Llegado a este punto no quiero seguir profundizando en los tremendos detalles, extravagantes y sensacionales, de este experimento, que concentraban en sí mismos toda mi fuerza y toda mi capacidad. No quiero descender a la descripción de las desoladoras fases de agotamiento durante el último acrecentamiento de esta tensión mortal, donde la fuerza vital concentrada en un único foco quiere apartarse en secreto de su objeto. Se producen entonces misteriosos e incomprensibles cortocircuitos y la materia muerta, que empieza a germinar y a vivir en la excitación mística de la creación, en el éxtasis abstracto del engendramiento espiritual, de repente cae de nuevo en la agonía. Tampoco quiero entrar en detalles que se refieren al agotador, tenso e incesante control y vigilancia de la luz de la vida, porque estas cosas sólo pueden comprenderse después de largos estudios, después de experimentar sin interrupción. Llegado a este punto, sólo quiero poner una de las últimas, de las más grandes y peligrosas pruebas, como mojón del camino. Por lo demás, para aquellos que tengan un mayor interés por el Kyükhor, existen en la actualidad un gran número de obras tibetanas traducidas a las lenguas europeas más corrientes.

Pasaron dos años hasta que los ojos del Kyükhor se llenaron de brillo y de conciencia, pero su cuerpo, sus brazos y piernas sólo se movieron a fines del tercer año.

La posición de su cabeza se había modificado.

Su mirada me seguía cuando yo iba de un lado a otro por la habitación.

Lo llamé. Él se levantó y me siguió con paso lento, tambaleante e inseguro.

Las plantas de sus pies se deslizaban sin hacer ruido, y me siguieron por todas las salas del castillo; luego, de forma mecánica y obediente volvió conmigo a la habitación de meditación y ocupó de nuevo su lugar.

Día tras día se hacía más fuerte y adquiría mayor movilidad.

Ahora había llegado el momento en que él debía conocer su nombre.

-¡Lu-giat-khan! (Ocho serpientes) -repetí innumerables veces ante sus ojos alerta-. Lu-giat-khan, el lama de la secta roja, que vive en la cumbre invisible de la montaña de Mit-hong-gat-khan...

Sus labios se movieron e intentaron temblorosos pronunciar su nombre. Pero todavía no salía ningún sonido de su garganta. Mudo, pero cada vez con mayor seguridad repetía con el movimiento de los labios:

-Lu-giat-khan.

Luego, tras su palabra muda, surgió un ligero y susurrante sonido de su garganta, que creció hasta convertirse en un murmullo ahogado, sin fuerza:

-Lu-giat-khan...

La palabra hizo sonar las cuerdas vocales que habían despertado a la vida.

De la boca del Kyilkhor escapó un susurro ronco y sin modulación alguna.

-¡Lu-giat-khan!

Después los sonidos se hicieron cada vez más y más fuertes, mientras yo lo llamaba una y otra vez, lo espoleaba y conjuraba.

-¡Lu-giat-khan! ¡Tú eres... tú eres... Lu-giat-khan!

-Tú... tú eres... Lu-giat-khan -repetía él de forma mecánica, imitándome.

Pero un día dijo por fin lo que yo había estado esperando:

-Yo. Yo. Lu-giat-khan.

Esa vez no fue ninguna repetición. La palabra había nacido en él, en su personalidad despertada a la vida.

Una corriente de alegría y júbilo triunfal me traspasó.
Creí haber alcanzado la perfección del poder creador.
Creí que había obtenido la llave de la vida, que Isis, la Gran Madre, sostiene en su mano izquierda.
Pero me había equivocado.
El camino que me había conducido hasta allí tan sólo era la mitad del experimento. Y sólo Saint-Germain sabía por qué había elegido precisamente esa estatua.

Se aproximaba la primavera. El paisaje en los alrededores rebosaba fuerza. Los troncos y las ramas de los árboles estaban todavía desnudos, pero la corteza brillaba y se había coloreado gracias a la tensión de la savia que ascendía por su interior. El humus gris, en apariencia muerto, empezaba a oler de un modo inquietante. Echaba vapores y fermentaba, lo que alteraba el sueño de los cuerpos jóvenes de naturaleza animal.
Para entonces, mi Kyilkhor rondaba solo por las salas y realizaba algunas tareas con las que yo lo había familiarizado. De noche se sentaba en mi habitación y velaba con los ojos muy abiertos mi ligero sueño.
Una de esas noches -era una noche de marzo, inusualmente cálida, en la que el gran círculo brillante de la luna llena se deslizaba por el horizonte entre fragmentos de nubes del color del arco iris- salí de pronto de mi somnolencia. Me pareció como si alguien me hubiera llamado por mi nombre.
-Cornelius... -Luego otra vez, más alto-: ¡Cornelius!
Me incorporé.
Iluminado por el débil resplandor de la luna llena, el Kyilkhor estaba de pie junto a mi cama y se inclinaba sobre mí con una extraña y sorprendente expresión en el rostro.
No permití que me dominara la creciente ansiedad que me invadía, el peor peligro, el peor impedimento de la práctica.
Le ordené que se apartara, pero él no se movió.
-Comelius... -dijo con voz apagada mientras se acercaba cada vez más, y luego, levantando la voz con una alegría extraña, marcadamente maliciosa, burlona y casi jubilosa, preguntó-: ¿Tienes miedo... Comelius?
Levantó la mano derecha y yo sentí su contacto frío, como de reptil, sobre mi pecho, allí donde mi camisa de dormir se había abierto y dejaba al descubierto la piel desnuda. Sus dedos contraídos avanzaron hacia arriba y se colocaron despacio alrededor de mi cuello. No me moví. No luché contra él, sumido en el pánico desesperado del instinto de supervivencia, ni grité pidiendo ayuda. Lo miré a los ojos. El miedo estaba muy cerca del umbral, pero yo lo expulsé con una fuerza tremenda y no permití que me arrojara a la perdición. Los dedos fríos me agarraban cada vez más fuerte, y bajo la presión de este lazo vivo sentí las pulsaciones de mis venas, tensas y a punto de estallar, y los pesados latidos de mi corazón. Sin embargo, lo miré de hito en hito.
-¡Déjame libre! -me decía ahora, pegado a mi rostro.
Yo no contesté. Su presión cedió un poco, y esta vez aprecié en su voz algo parecido a un secreto ruego.
-Déjame libre... déjame salir al jardín... salir bajo la luz de la luna, allí donde los animales se aparean y suspiran torturados por el placer satisfecho, donde los brotes se abren paso a través de la ruda corteza de las ramas... Déjame salir por la puerta y marcharme siguiendo el camino... cruzando pueblos... hasta llegar a la ciudad... entre las casas, entre los seres humanos, hacia los cuerpos cálidos, los olores y los colores... ¡Rompe el cordón umbilical!... Déjame paladear, experimentar, perderme por mi cuenta... Desapareceré para no volver a verte jamás, nunca más volverás a tener noticias mías... Déjame libre, y también tú vivirás...
Yo no le respondí. La presión de sus dedos cedió. Sus manos me soltaron y se incorporó. Su voz se hizo de nuevo suave, un murmullo lleno de una profunda tristeza.
-¡Engendrador ilegítimo! ¡Maligno creador... maldito seas! -Se apartó de mi cama, pero sus desconcertantes acusaciones y sus lamentables quejas seguían resonando en mis oídos-. ¿Dónde están mis amigos? Ay, ¿dónde está mi vida? ¿Dónde está el calor que me había caldeado? ¿Dónde está la luz que espante mi miedo...? ¿Quién me dedica una oración? ¿Quién me da fuerza? ¿Quién me protege del tirano? ¿Quién derribará los muros de mi prisión? ¡Pobre de mí, que estoy condenado mientras él viva!

Esta voz gimoteante y apagada, junto con el tembloroso dolor y la añoranza que latía en ella, me resultaba tan estremecedora que empezó a minar mi firmeza interior. Una lacerante compasión, atormentadora e insoportable, comenzó poco a poco a colarse por aquel dique que yo había alzado como parapeto contra cualquier sentimiento que pudiera estorbarme. Empecé a compadecer a mis propias fuerzas espirituales materializadas, a las que yo había puesto en la ficción de un ser que, convertido en personalidad, se alzaba contra mí y buscaba nuevos caminos. Mi cerebro, mis conocimientos y experiencias sabían ya de lo imposible e insostenible de esta situación, conocían los peligros de cualquier sentimiento espontáneo que nos acecha a todos, y sin embargo caí en la tentación. Compadecí a la parte de mi yo proyectada hacia fuera que, gracias a esta debilidad mía, casi alcanzó el dominio sobre mí. Mientras mi firmeza interior empezaba a ceder y me arrastraban las dudas y los remordimientos de conciencia, el Kyilkhor se detuvo y se volvió hacia mí. En la penumbra vi de nuevo en su rostro esa expresión llena de viveza, maliciosa y ansiosa. Su cuerpo se vio recorrido por una enorme corriente de fuerza, la corriente de mis propias fuerzas que se desvanecían, y de un salto estuvo de nuevo junto a mi cama.

-¡Venga... quiero tenerlo todo! -dijo con voz gutural y una profunda, ronca y temblorosa codicia-. Todas las venas se han abierto... la savia fluye... la sangre fluye... sangre y vida y calor y luz... en mi interior... Hay una corriente... allí se vacía, aquí se llena... ¡El poder!... ¡El poder! -Las palabras salían de su boca, delirantes, sin contexto. De pronto agarró la pesada lámpara de mármol que había sobre la mesilla de noche y la levantó por encima de su cabeza.

Contaba ya con mi perdición y esperaba resignado a que cayera la lámpara. Ya no tenía miedo y había dejado de compadecerme. La confusión de sentimientos que se apoderaba de mí se había calmado y sublimado. La lámpara aterrizó con un sordo ruido junto a mi rostro sobre la almohada e hirió mi frente. No era una mano fuerte la que había lanzado la lámpara, sino que había resbalado de unos dedos débiles, temblorosos e inseguros, ya que mi fuerzas habían regresado de nuevo a mí al recuperar yo el equilibrio interior. El aceite se derramó sobre mi cama. El Kyilkhor empezó a tambalearse, cayó de rodillas y quedó tendido en el suelo, inmóvil. Yo encendí una vela. Yacía con el rostro hacia abajo. Le di la vuelta y me incliné sobre su corazón. Sólo latía de forma muy débil. Lo levanté y lo tumbé en la cama. De la herida de mi frente cayó una gota de sangre sobre su rostro. Él se estremeció y abrió los ojos.

-Gracias -dijo en voz baja y sumisa-. Gracias...

Sus ojos volvieron a cerrarse.

La terrible lucha me había agotado del todo. Tuve que sentarme, me temblaban las rodillas. Sobre mi cama manchada de aceite yacía el fantasma conjurado y por breve tiempo vencido.

Fui a la habitación que tenía junto al laboratorio para descansar sobre la esterilla.

Allí estaba el pedestal de donde había descendido el Kyilkhor. Me hice una cama con algunas mantas y me sumí en un profundo sueño.

Me despertó la luz del amanecer y la certera sensación de que alguien me observaba. El pedestal ya no estaba vacío. Mis ojos, nublados de sueño, me dijeron que el Kyilkhor estaba sentado de nuevo inmóvil en su lugar, pero en la posición de la meditación llena de vida.

«Ya vuelve a empezar -pensé agotado-. Vuelve a empezar y quién sabe cuántas veces todavía tendré que soportar esta lucha hasta que haya agotado del todo mis fuerzas.» En mi interior llamé a Saint-Germain, el Mago, que me había sugerido una tarea que quizás estaba por encima de mis capacidades.

Mi vista se hizo más clara y estuve a punto de gritar.

En el lugar del Kyilkhor se hallaba sentado Yidam.

Cuando se dio cuenta de que estaba despierto se levantó, se inclinó ante mí, me alargó una carta y abandonó la estancia, sin esperar una respuesta. Esta carta despertó en mí tanta esperanza y una curiosidad tan ardiente que no lo detuve. Pensé que más tarde volvería a verlo, antes de que se marchara. Pero no volví a verlo. Abrí la carta.

> ¡Mátalo, Cornelius! -Esta frase saltó a mis ojos, sin preámbulo alguno-. ¡Despertar a la vida a un demonio, sin ser capaz de destruirlo de nuevo, es un peligro mucho más profundo y mucho más complicado que la muerte! El Kyilkhor que tú has llenado de vida y al que le has dado un nombre, es un camafeo que contiene los signos de fuerzas tenebrosas. Él ha conjurado a la momia de un tenebroso culto, de un tiempo que está más allá de todo recuerdo y que tú, en algún momento, has

alimentado. Él es el auténtico guardián del umbral de la puerta que conduce a tu santuario: la atadura más antigua que debes romper.

Por eso hay que matarlo siempre, de lo contrario se convierte en un tirano. El sentido profundo de este proceso de construcción y de destrucción es la verdad divina. El mundo es tu creación. ¡Tú le das sentido, tú tienes que aprender a destruirlo y liberarlo para liberarte de su dominio! ¡Debes destruirlo, debes matarlo aunque hayas despertado a la vida a un santo, a un mesías, a un dios! Y esto porque tú lo has forzado a materializarse y has tejido un cuerpo de muerte y obcecación a su alrededor.

El mundo entero, con todas sus tinieblas, con toda su demoníaca confusión de formas, no es más que un Kyilkhor construido de forma inconsciente. Los seres perdieron su clave y se convirtieron en sus subditos. El Kyilkhor se hizo más fuerte que ellos, y esta es la razón por la cual los atormenta. Su lascivia y su codicia engendran imágenes despreciables y estas imágenes, fuera del control de su imaginación, se consuman con el elixir de la vida. El demonio empieza a vivir, se hace autónomo y obliga a su creador a una existencia de esclavo. Al Kyilkhor hay que servirlo hasta el último aliento, hasta la definitiva descomposición del cuerpo, y después de la muerte hay que seguir sirviéndolo en un nuevo cuerpo, porque este Moloch de la pasión es insaciable. La debilidad y la ignorancia crea el Kyilkhor del miedo, de las enfermedades y de la muerte, que absorbe la materia prima de las fuerzas creadoras más valiosas y desprotegidas y las utiliza como arma contra los seres humanos que han caído en su trampa.

Cuando alcanzas la clave para la creación y la destrucción del Kyilkhor, has encontrado al mismo tiempo la clave para tu propia liberación y la victoria sobre el mundo.

Ahora te dejo de nuevo solo. Estarás solo. Solo has recorrido el otro camino y completamente solo has creado. Ahora tienes que regresar también solo. Esa crisis y esa última decisión y solución debe encontrarla el discípulo por sí mismo y por su cuenta.

Permanece alerta. Sé fuerte y valiente. Resiste. Piensa que para ti no hay regreso. Estás en el centro de todos los misterios y debes alcanzar la otra orilla. Depende de ti recorrer ese trecho del camino en siglos, en años o en meses. ¡Pero bajo ningún concepto derrames la sangre del Kyilkhor! El demonio es más terrible que nunca cuando se hace invisible. Por lo tanto, apagarás su vida con una daga que atraviese sus tres cuerpos. Debes quemarlo con un fuego que lo destruya en los tres mundos.

Tan pronto como lo hayas destruido, afluirán a ti fuerzas mucho más poderosas que todas aquellas de las que has dispuesto en tu camino por la Tierra, y estas fuerzas serán tus sumisos servidores.

Si demuestras ser demasiado débil para esta tarea, durante largo tiempo no volveremos a vernos, ya que no podrás conjurarme con otra cosa que no sea la solución del problema. Luego vendré para consagrar al Maestro.

El eco de pasos inseguros que se acercaban penetró en mis oídos. Me volví hacia la puerta, que se abrió poco a poco, y por ella entró a tientas el Kyilkhor, con el rostro gris y los ojos entornados, como un sonámbulo. En su frente había sangre seca, mi sangre. Tomó de nuevo su lugar. Respiraba con dificultad. De vez en cuando sus miembros se estremecían.

-Dame... dame algo caliente... tengo frío... -murmuró. Pero a la vista de su lamentable estado me sentí presa de una alegría sin sentido, y una esperanza demasiado prematura empezó a germinar en mí. Olvidé que se alimentaba de mis fuerzas, de mis sentimientos y pensamientos, y que el calor de una alegría como la mía era un dulce bebedizo para él, y la esperanza, una medicina curativa.

El gris plomizo de su rostro dejó paso a un sano enrojecimiento; sus pesados párpados se levantaron de pronto, su respiración se hizo más ligera y libre, y suspiró aliviado.

-Sí... sí... así está bien...

La lucha entre nosotros dos no había hecho más que empezar.

Siguieron semanas terribles y difíciles. En vano intentaba cerrar mis fuentes de fuerza. No conseguía llevar a cabo la operación. Todo cuanto conseguía destruir en él con un esfuerzo de días, con una gran inversión de fuerzas, él lo reconstruía en pocas horas con la ayuda de aquellas fuerzas que fluían de mí hacia él. En cuanto pretendía envalentonarme con su incipiente decaimiento, este estado mío era el que le permitía recuperar de nuevo las fuerzas. Y cuando a la vista de su vivacidad yo caía en el desánimo, él se hacía todavía más fuerte. Era un trabajo de Sísifo. Pasaron meses hasta que dejé

de preocuparme de su estado. Luego llegó un tiempo en el que estuvimos bastante equiparados. Él no decayó, pero tampoco adquirió fuerzas. Vivía y se movía a mi lado como la imagen mecánica de un espejo, pero su fuerza vital no se reducía con mis órdenes concentradas.

Su tenacidad me empujaba a la desesperación, de manera que tenía que luchar en dos frentes: contra mi propio pesimismo y contra mi tenaz y hostil criatura. Pero ahora ya sabía que estaría perdido en cuanto me sometiera en alguno de los dos sentidos.

Mi salud también empezó a resentirse. La constante tensión en la que vivía afectó a mis nervios. ¡Sufrí de inapetencia e insomnio y adelgacé! El mundo exterior había dejado de existir para mí. El Kyilkhor iba ocupando el centro de mi conciencia como una idea fija, cada vez más viva, odiada y exigente. No había nada más real para mí, sólo él. El paisaje, el castillo, las silenciosas figuras de mi padre y de mi madre se habían desplazado a una sorda y nebulosa lejanía. Los dos sabían contra qué olas oscuras estaba luchando, pero no podían hacer nada por mí.

Yo lo había intentado todo para crear una barricada contra la puerta que se abría entre mí y el Kyilkhor, para no desangrarme en aquella constante y violenta transfusión de sangre. Pero no había servido de nada y el equilibrio restablecido gracias a una lucha infinita, el equilibrio de la indiferencia amenazaba con desmoronarse. La irratibilidad y una ira sorda y peligrosa se alzaban tormentosas en mi interior contra las barricadas. Sentía que no podría dominar esta ira durante mucho tiempo más, que un día el odio mortal me inundaría y que lo mataría, clavándole un cuchillo en su cuerpo caliente, que respiraba pletórico de fuerza vital, y derramaría su sangre, incluso a pesar del peligro de que esto significara mi propia muerte. En mi cuerpo consumido se abría paso una y otra vez, por encima de la red temblorosa y vibrante de mi sistema nervioso, el ansioso deseo, disparatado y apremiante, de acabar con él, de apretar su garganta o de matarlo con mis propias manos. En mi interior no había otra cosa que el pánico y el peligro de la derrota total, y mi lamentable estado lo hacía más fuerte, más seguro de sí mismo, más exigente y prepotente. Vi que debía renunciar a la lucha. No podía encontrar la clave para separarme de él. Fuera lo que fuera lo que yo levantara entre ambos, permanecía la misteriosa conexión entre nosotros, a través de la cual circulaba sin impedimento la corriente de la fuerza vital.

Sabía con exactitud cuánto podía perder en aquello, y la vergüenza y una profunda tristeza se apoderaban de mí cuando pensaba en las luchas que había sostenido hasta el momento y que sostendría en el futuro. Mi padre, mi madre, Saint-Germain... todos quedarían decepcionados. Había suspendido el gran examen y mi destino se convertiría en el tenebroso y amargo destino del novicio caído. El Kyilkhor me había superado, sus emociones asesinas, su pecaminoso deseo de seguir otro camino se había cumplido. Me mataría para poder seguir viviendo y de esta manera habría perdido, junto con mi cuerpo, el fructífero entorno del castillo de Grotte, mis padres, y el recuerdo de aquel camino que había recorrido hasta el momento. Podría empezar de nuevo desde el principio, ciego,'a tientas, con una ardiente inquietud en el alma. Y cada acción del Kyilkhor se convertiría en responsabilidad mía. Yo había conjurado al monstruo y lo había dejado suelto por el mundo. Le había dado cuerpo, personalidad y nombre a un complejo de fuerzas ciegas que en esta Tierra, en la que es posible cualquier experiencia, sólo buscaba burdas vivencias, porque su inteligencia se había quedado en mí. Lo único que tenía era un cuerpo, lleno tan sólo de sangre y vida, una reunión elemental condensada en materia, una comunidad demoníaca llena de una ambiciosa voluntad central, dirigida a las posibilidades del nivel de los sentimientos y las emociones.

Pero si lo vencía y lo destruía, sería todavía más terrible, porque entonces sería poseído por él. Me obligaría a hacer todo aquello que en cada instante le apeteciera, es decir, utilizaría mi cuerpo como instrumento y me empujaría a mí mismo al suicidio o a la locura, sin que por ello nuestra relación se debilitara en lo más mínimo. Desde mi alianza con el Homunculus nunca había vuelto a caer en una trampa tan terrible.

Una vez que comprendí que no estaba a la altura, se apagó en mí la maligna irritabilidad. Decidí que no levantaría la mano contra él, sucediera lo que sucediera. No, eso nunca. Antes prefería ser yo la víctima.

No quería prolongar la tensión de la espera infinitamente en el tiempo. Pensé que sería mejor enfrentarse a lo que tuviera que suceder.

No me despedí de mis padres, porque creí que no tenía derecho a ello.

Me encerré con el Kyilkhor en la sala de meditación.

Luego tomé asiento en la esterilla. No sentía ningún miedo, sólo un gran cansancio. Él se hallaba sentado frente a mí, sobre el pedestal. Sentí que su mirada me quemaba en el rostro, pero no lo miré. No me interesaba. Escuché en mi interior. Desde fuera no podía esperar ninguna ayuda más.

En la penumbra de la habitación interior se expandió una superficie de aguas tranquilas, sin brillo, gris. Su masa estaba cerrada e inspiraba rechazo. Penetrar de forma consciente requería fuerza, pero yo ni podía ni quería desarrollar ninguna fuerza. Ni siquiera luchaba contra el sueño que me asaltaba cada vez más. El paisaje interior empezó poco a

poco a oscurecerse, los perfiles se borraron con mi creciente aturdimiento y mi conciencia se deslizó sin darse cuenta como un pesado e indefenso cadáver en las aguas silenciosas.

Durante este denso y plomizo adormecimiento, tuve un extraño sueño. Vi la sala de meditación desdoblada, como en un espejo. La habitación propiamente dicha estaba sumida en las sombras, pero su imagen especular brillaba con una luz penetrante. Yo me hallaba sentado en la habitación en penumbras, sobre la esterilla, con la cabeza colgando sobre el pecho. A la luz de la imagen del espejo, sin embargo, me vi allí del todo erguido y mi rostro irradiaba el éxtasis de la meditación. En el pedestal de la habitación en sombras estaba entronizado el Kyilkhor, pletórico de salud. Tenía los ojos muy abiertos y su ardiente mirada de tigre observaba mi figura derrotada. Sin embargo, en el pedestal de la imagen especular no había nadie. El lugar que ocupaba el Kyilkhor estaba vacío, una circunstancia que me dejó boquiabierto.

El Kyilkhor de la habitación en sombras se levantó y se acercó al cuerpo que se adormecía en la esterilla. Adelantó el labio inferior y sus dedos se curvaron como garras. Me sentí paralizado y quise gritar para despertar a la víctima, pero de pronto el que meditaba en el espejo se puso en movimiento, me miró y puso un dedo sobre sus labios.

-¡Pero va a matarlo... lo asesinará mientras duerme! -quise gritar, pero ni el menor sonido pudo romper aquella impotente parálisis.

El que meditaba sacudió despacio la cabeza y señaló el pedestal vacío.

-Ahí no está... ¡pero está aquí! -grité desesperado.

Mi respiración se detuvo. Los dedos del Kyilkhor rodearon el cuello del que dormía sobre la esterilla en la habitación en sombras.

-¿Cómo puede matar alguien que no existe? -oí decir con toda claridad a la voz del que meditaba, mi fiel reflejo en la habitación reflejada-. ¿Por qué afirmas y crees que existe? ¿Por qué te aferras a una teoría falsa? ¿Has olvidado que es tu fe la que te hace invencible? Tu fe es su elixir... niégasela y volverá a ser materia muerta. ¡Niégalo!

Me sentí inundado de fuerza, de alivio y luz, y de un infinito agradecimiento.

Pude volver a respirar con libertad. Clavé mi mirada en el Kyilkhor, entre cuyos dedos despiadados y fuertes pendía mi cuerpo entregado.

-¿Qué clase de fantasía ridicula es ésta que me agobia? ¿Qué clase de fantasma me persigue, de qué clase de sombra es de la que huyo? -le eché en cara, siempre sólo con mi pensamiento-. Tu vida no es más que humo, niebla y nubes que mi imaginación ha convertido en una estructura racional. ¡Pero ahora ya está bien de juegos de sombras que yo mismo me he hecho creer! ¡Desapareced, engaños elementales! Recupero la fuerza y el calor y rompo el material de unión con el que habéis podido atarme. Detengo todo movimiento fuera del mío. Retiro, tirando de ellos, los hilos de conexión. Ya no posees ninguna clase de autonomía. Ya no puedes seguir respirando, porque es mi aliento el que late en ti. No tienes sangre, porque es mi sangre la que te mantiene con vida. Tu voluntad no alcanza ni siquiera para levantar tu mano, porque es sólo mi voluntad la que actúa en ti. Pero todo esto te lo quito ahora. Te había tomado prestado y ahora te devuelvo. ¡Regresa a tu pedestal y quédate rígido en aquella posición en la que te colocó tu creador!

El Kyilkhor, cuyas manos durante esta orden mental habían caído inertes, se arrastró con pasos lentos hacia su pedestal. Cuando hubo adoptado su postura, volvió su rostro hacia mí. En sus ojos muy abiertos había ira, había un terrible miedo y un convulsivo fuego que se extendió por su boca muy abierta y sus músculos tensos, mientras adoptaba de nuevo su posición original. Antes de que su mirada se apagara y su rostro se quedara rígido en una máscara inmóvil, escapó un grito horrendo de entre sus labios. Era un sonido que, cada vez más inarticulado y más exigente, estaba lleno de dolor y resistencia, un sonido que se hizo poco a poco más insoportable, hasta que se convirtió en un alarido que me devolvió de forma definitiva al estado de vigilia. Tuve que constatar profundamente horrorizado que ese grito animal y espeluznante salía de mi propia boca, y terminó de inmediato cuando fui consciente de ello. Me ardía la garganta, seca e inflamada por el esfuerzo.

El Kyilkhor estaba sentado inmóvil en su lugar, en la posición de meditación, y sus colores pintados sólo eran difícilmente visibles.

Me levanté y me acerqué a él. Mis dedos tocaron una materia fría y dura. En algunos puntos de su rostro la pintura se había descascarillado, y bajo la capa resquebrajada se veía la arcilla amarilla, que poco a poco se deshizo en polvo.

Entonces volví a ver y oír al Maestro. Se me apareció para transmitirme todos los conocimientos de las cosas y de los procesos.

Había llegado al punto por el que me había estado esforzando desde hacía medio siglo, por el que había estado dispuesto a asesinar, a sufrir, a luchar contra los demonios, a consumirme y convertirme en cenizas y a levantarme de nuevo: ahora ya era un Maestro.

Los Maestros me habían aceptado en su Hermandad. Pero ese ser que ellos consagraron ya no tenía nada que ver con Hans Burgner, con aquel ansioso y pertinaz iluso que perseguía el sueño de la vida eterna y en cuya alma empezó el proceso místico.

Hans Burgner había sido el plomo que se había arrojado al crisol, en cuyo interior se había fundido bajo la acción del fuego gracias a las brasas de siglos y donde la fórmula de la experiencia y la consecuencia había transmutado a ese Burgner en la figura de Comelius von Grotte, el Maestro. Éste ya no tenía ningún deseo en lo que se refería al mundo, y después de haber alcanzado el poder no deseaba utilizarlo...

Pero todavía tenía que deshacerse de una culpa que, llegado a esta bifurcación del camino, le salía al encuentro.

El Maestro está ante el último escalafón. Pero este penúltimo nivel presenta trabajosas tareas que requieren una gran perseverancia y paciencia, tareas en las que nunca se puede preguntar cuándo se ha llegado al final. Debe llevar hasta el fin determinadas cosas mediante servicios impersonales. El camino hasta el último nivel puede durar décadas, a veces incluso más de un siglo. La diferencia entre el Maestro y el Mago es más o menos la misma que existe entre un talento inteligente, instruido y aplicado, y el genio.

Mis días transcurrieron tranquilos en la familiar convivencia con mis padres, mientras trabajaba con diligencia.

Al amanecer realizaba mis ejercicios. Por la mañana trabajaba en el laboratorio, las horas anteriores al mediodía las pasaba con Víctor Amadeus, cuyas clases me producían más satisfacciones que esfuerzos. La comida la tomaba con mis padres. Por la tarde daba un paseo por el parque y estudiaba las piedras, los árboles, las plantas y los insectos. Luego revisaba la correspondencia de la Orden, contestaba cartas y anotaba los acontecimientos del día.

Las veladas las dedicaba de nuevo a la lectura, a la música y a mis padres.

Era consciente en todo momento de la perfección, clara como el cristal, de esos días, semanas y meses. Había dejado a propósito entre paréntesis el pasado y el futuro para convertirlos en presente, en un presente de lo más intenso. Sabía que este tiempo era una pasajera pausa de descanso, encaminada a acumular fuerzas para los acontecimientos futuros. Este fue el motivo de que los disfrutara y aprovechara al máximo.

Los embates de la Revolución francesa, que tuvieron sus efectos en el mundo de la cultura, apenas nos alcanzaron, aunque nos mantuvimos informados sobre los acontecimientos con todo detalle y en contacto con toda una serie de personas muy hábiles e influyentes, que hacían todo lo que estaba en su poder en favor de las desdichadas víctimas. Por supuesto, no podían evitar el cumplimiento del karma ni en las masas ni en las personas individuales, y sus esfuerzos sólo tuvieron éxito allí donde coincidían con lo que estaba determinado por la Ley Suprema.

16

La imagen en el espejo

En el año 1797 un muchacho de unos quince años pidió trabajo en el castillo, un joven de huesos grandes, con la cara llena de granos y una mirada desconfiada, que evitaba mirar a la gente a los ojos. Los huesos de la frente, que sobresalían mucho sobre los ojos ensombrecidos y hundidos en las cuencas, hacían suponer una astuta y precisa capacidad de observación, pero en esa frente plana y huidiza no había espacio para las especulaciones de altos niveles. De sus abultados labios, sensuales y ávidos, las palabras sólo salían con dificultad, aunque su fuerte y tozuda barbilla partida revelaba la capacidad y la pasión por el lenguaje. Su ser irradiaba una inquietud devoradora. Durante los trabajos de primavera, cualquier tipo de mano de obra era bien recibida, por lo que este joven vagabundo fue admitido para los trabajos del campo y como leñador. Se llamaba Emst Müller.

El hijo ilegítimo de Anna Müller, la criada de la posada, había llegado a Grotte para despertar mis recuerdos con su inquietante figura y plantearme el problema más difícil de mi vida.

El destino me había puesto delante un espejo, sin la menor intención de entretejer nuevos acontecimientos, para presentarme imágenes del pasado. Sólo los personajes habían cambiado. Al otro lado del espejo había un nuevo actor que asumía mi antiguo papel, mientras que yo había ocupado el lugar del Maestro.

Al principio, la presencia de Ernst Müller no me llamó en absoluto la atención. Sólo poco a poco fui siendo consciente de que durante mis paseos por el jardín y cuando me encontraba en mi estudio, donde solía trabajar con la ventana abierta, unos ojos ansiosos y acechantes me observaban. Fue por eso que me fijé en el muchacho, que trabajaba cavando la tierra al lado del jardinero. Nuestras miradas se encontraban cada vez que yo levantaba la vista, pero entonces él desviaba en seguida la suya y seguía trabajando.

En una ocasión me acerqué de forma inesperada a él y le pregunté su nombre. Se sonrojó y empezó a sudar abochornado. No sólo me conmocio-nó saber quién era, sino también la profundidad de su mirada, que sorprendí por un instante. En sus ojos ardía cierta cavilosidad, un hambre peligrosa, el fanatismo y la exaltación, un infierno desconocido que me atraía y al mismo tiempo me inspiraba rechazo: eran los ojos de Hans Burgner. Sentí cómo se apoderaba de mí la compasión y una curiosidad invencible.

Así que había venido. «Éste es. Está ante mí, cara a cara, mi imagen en el espejo.»

¿Acaso había venido a Grotte para devolverme una anterior visita y despertar en mí una culpa de la que yo creía haberme librado a lo largo de siglos por medio del sufrimiento, la sangre y las lágrimas? Podía interrogar al pasado, pero el presente callaba y el futuro no daba respuesta, porque se trataba de mí mismo. A mi propio futuro no podía acercarme de otra manera que como cualquier otro ser humano. Mi destino personal era tabú. En él resplandecían intuiciones como en el resplandor del crepúsculo, que me atraían y me producían rechazo. Las circunstancias de Ernst Müller y su personalidad contenían, sin embargo, toda una serie de claras indicaciones... ¿podían ser malinterpretadas o explicadas de otro modo?

Continué con mis observaciones y esperé.

Al cabo de unos días me di cuenta de que alguien había entrado sin autorización en mi biblioteca. En la hilera de libros sueltos de un estante muy alto vi que faltaba uno. En ningún momento dudé de quién había sido el malhechor. Me bastaba tan sólo recordar la mirada de Ernst Müller para adivinar el estado interior de Hans Burgner. Salí al parque por la ventana abierta, situada a poca altura, y empecé a seguir aquel hilo que se había tendido entre nosotros.

Lo encontré en los establos de las vacas, oculto detrás de las barricadas que formaban las carretillas del estiércol amontonadas unas sobre otras. Estaba sentado sobre el tronco de un árbol, las manos presionando las orejas, y leía. Su rostro estaba enrojecido, en su frente resaltaban las venas, reflejando una tensa y compulsiva atención. Esta concentración formaba alrededor de él una clausura casi

palpable, tanto, que dudé si estorbarlo o no. Reconocí el libro de inmediato. Era la obra del alquimista de Karlstadt Johannes Glauber sobre *La triple piedra del fuego secreto.*

Le di un golpecito en el hombro. Levantó la cabeza con una mirada turbia y salvaje. Estaba aturdido, como si lo hubiera sacado del más profundo de los sueños. Luego se levantó de un salto. Estaba tan asustado, que se quedó de pie sin saber qué hacer y ni siquiera intentó ocultar el libro a sus espaldas.

-¿Dónde has aprendido a leer? -le pregunté con amabilidad.

Pasó un rato hasta que comprendió la pregunta. Luego volvió a sus ojos aquella mirada ladina y escrutadora.

-En... en la posada... con un forastero -dijo con voz ronca-. Habría devuelto el libro -añadió y me lo alargó-. ¿Vais a echarme ahora?

No tomé el libro de sus manos.

-Eso todavía no lo sé -contesté.

-No me echéis -suspiró en un lamento-. Yo... Veía siempre tantos libros allí... y...

-¿Y no se te ocurrió en ningún momento que también podrías haberlo pedido?

Su mirada se deslizó sobre mí con pensativa desconfianza.

-No -reconoció en voz baja-. Pensé... que no me prestaríais ninguno.

-¿Por qué?

-Porque... a alguien como yo...

-¿Sabes que esto que has hecho es robar?

-¡Lo habría devuelto! -El tono de su voz era de terquedad.

-¿Por qué has cogido precisamente este libro?

Levantó la mirada hacia mí.

-No quería robarlo -murmuró.

No permití que eludiera la pregunta.

-¿Por qué has cogido precisamente una obra alquimista?

-Porque yo... porque quiero aprender... Gerber... el hombre que me enseñó a escribir y a leer, dijo que ellos tenían un secreto...

-¿Hacer oro?

-Eso también... pero también otra cosa...

-¿El qué?

-El bebedizo de la vida eterna... y la varita mágica... Con ella se pueden provocar tormentas y granizo... Dar órdenes a los espíritus... Asustar a todo el mundo y vencer... -se le escapó con voz ahogada y vehemente, y luego de pronto se arrepintió. Su desconfiada mirada se apartó de mí-. Ya sabéis...

-¿Qué es lo que sé?

-Todo. Allá arriba, en el primer piso...

-¿Qué hay allí?

-Un... laboratorio.

Esta vez no apartó los ojos, su mirada ardía, absorta, penetrante y llena de un infinito deseo, sobre mi rostro.

Así que también había descubierto el laboratorio. Probablemente habría trepado a algún árbol alto y con su aguda mirada de halcón espiado todo cuanto hubiera por espiar. En torno al castillo de Grotte corrían algunos rumores, palabrerías bien intencionadas y malignas habían tejido leyendas sobre la casa... También él había oído hablar de todo ello, y esas historias lo habían traído hasta allí.

Una palabra mía habría bastado y Ernst Müller habría sido expulsado de allí. Pero, ¿podía echarlo? Había venido para ponerme a prueba. Había venido para medir mi paciencia, mi perspicacia y mi fortaleza. Quizás había venido para matarme. Pero también podía ser que sólo estuviera confundiéndome para comprobar si me asustaba el peligro o me enfrentaba a él. Los indicios eran demasiado claros y concretos, la repetición se asemejaba casi a un misterio. Debía estar alerta. No debía equivocarme.

Tomé el libro y le dije que pensaría en su futuro.

Durante un día entero su mirada me siguió con una secreta y suplicante preocupación. ¿Debía educarlo? Era todavía tosco y estaba sin pulir, como Hans Burgner. Tenía que vivir y experimentar un montón de cosas. Tampoco Rochard en su momento evitó a Hans Burgner, aunque...

Y entonces se produjo aquel accidente que decidió todo el asunto.

Mientras yo estaba en Rotenburg, Ernst Müller se cayó de lo alto de un pino que había delante del laboratorio, y se produjo graves fracturas abiertas en brazos y piernas. Cuando volví a casa estaba ya echado en su pobre camastro, en la cabana de madera donde vivía el jardinero. Mi padre había limpiado y vendado sus heridas, entablillado las fracturas y dado un remedio tranquilizante, de manera que a mí no me quedó mucho más que hacer. Yacía con el rostro agotado y asustado en la penumbra y respiraba con dificultad.

-¿Has estado de nuevo espiando? -le pregunté con sorna.

Guardó silencio durante largo rato.

-¡Contesta!

Desde su lecho de paja pude percibir un llanto amargo que procedía de lo más profundo; ese inesperado llanto fue el que me desarmó del todo y por completo.

-¿Cómo... cómo podría... de otro modo... acceder allí...? -sollozó-. Vos... también me... me quitasteis el libro... aunque todavía... no lo había leído... Yo... no tengo... ningún derecho... a hacerlo... aunque... -Y ahora lloró con más fuerza, con la voz entrecortada y lamentos casi infantiles-. Aunque yo también quiero aprender... leer... y trabajar allí... en el taller... como vos...

En su sed de conocimientos, en su empeño, había una fuerza que asustaba. Sabía que ese secreto acicate en su interior no era otra cosa sino el esfuerzo del novicio caído, con la capacidad de recuerdo velada, en busca de la luz.

-¿Sabes acaso lo que significa... aprender? -le pregunté con prudencia.

-Ya he aprendido...

-Sí, de acuerdo, pero no me refiero a hacerlo de cualquier manera... cuando te parezca... y de vez en cuando... mezclándolo con los juegos y con otros trabajos, sino de verdad, empezar algo y llevarlo a término a lo largo de años. También aprender y estudiar todo aquello que parece difícil, árido y aburrido. No soñar de forma irresponsable con la magia, los trucos, los cuentos y los espíritus... ¡Además también el conocimiento hay que ganárselo! Tú debes vencerte en todo, dominar tu curiosidad, esperar tu parte con paciencia. Sin vencerse a uno mismo no hay voluntad ni poder. Y este poder se refiere a algo completamente distinto a eso en lo que tú ahora piensas. No puede pertenecerte mientras quieras dominar a los seres humanos con su ejercicio.

-Sí... ¿entonces para qué sirve? -resonó desde la oscuridad.

-Para utilizarlo contra ti mismo. Ahora estas asustado ¿verdad?

-¡No! -exclamó-. He aprendido con gusto las letras y también los números... Nunca quise hacer otra cosa... No necesito nada más y estoy dispuesto a servir, ¡aunque sólo reciba mi pan diario! ¡Haré lo que sea... estoy dispuesto a hacer lo que sea! No necesito ningún salario... sólo los libros... los libros y el laboratorio de allá arriba... -El tono de su voz subía con apasionamiento. Intentó moverse en su camastro e incorporarse, pero se dejó caer lanzando un grito de dolor.

-Estáte quieto. ¡No debes moverte! -le advertí, y abrí la ventana de la cabana de madera para observarlo de cerca. La luz cayó sobre su rostro contraído por el dolor.

-Los dolores cederán en seguida -le dije inclinándome hacia él y colocando mi mano sobre los vendajes. Pero de pronto me eché hacia atrás horrorizado. Sobre su manta arrugada yacía un libro deshojado, con sucias marcas de dedos y lleno de dobleces. Ahí estaba, abierto y desgastado por la lectura.

Era la historia de Nikolaus Flamel.

En ese momento decidí darle clases.

La convalecencia de Ernst avanzaba con suma lentitud. Las contusiones y la fractura astillada le producían grandes dolores.

Comprendí su mudo ruego y le llevé unos cuantos libros, de los que suponía que no alterarían su mundo interior sino que lo pondrían un poco en orden. Siempre con esa mirada de perro agradecido, en cuanto entraba a su habitación. Sentía que estaba cada vez más próximo a mí, que se abalanzaba convulsivo con toda su.alma sobre mi persona. Yo era a sus ojos el guardián de la puerta del cielo, de mí dependía su vida, su futuro, su disparatado afán, su deseo casi violento de origen desconocido, el cumplimiento de sus sueños y sus confusos planes.

De día en día vi cada vez con mayor claridad qué clase de burda materia prima era y el poco progreso que podría esperar de él. Todavía le quedaban cosas por aprender que yo no podía enseñarle, sólo el tiempo y la

experiencia, al igual que sus instintos y emociones que no se pulirían a través de los conocimientos sino de las vivencias. Sabía que cualquier maestro lo rechazaria sin pensárselo dos veces. Esos sentimientos velados, las súplicas apasionadas, los llantos y el hecho de querer algo al precio que fuera, no eran argumentos que hablaran en favor de un discípulo del ocultismo. En ese asunto sólo eran decisivos su progreso y su grado de predisposición anímica y espiritual.

A pesar de todo lo tomé como alumno.

Conocí su desdichada infancia, que sólo se distinguía de la vida que llevaban los animales en sus sucios establos por haber sido peor y más descuidada; éstos, al menos, recibían con regularidad su ración de alimento y se procuraba que no cayeran enfermos.

Ernst comprendió muy pronto que no podía fiarse de nadie. El mundo exterior era malo y hostil, y él era pequeño y débil. Su madre no se ocupaba de su persona, y si por casualidad se cruzaba en su camino, le propinaba una paliza. Su abuela de vez en cuando le echaba un mendrugo. Era una mujer indiferente, embrutecida, vieja y enferma, que se movía con mucha dificultad sobre sus piernas hinchadas cubiertas de varices. Se lamentaba y quejaba todo el día. Debido a una dependencia impotente y al desamparo, dependían el uno del otro, pero en esta relación se mezclaban los celos paralizadores, la desconfianza egoísta, y el miedo gratuito de esas personas que viven a costa de otros, y que por culpa del otro están en desventaja o ven tambalearse su posición. Muy pronto y con mucha frecuencia tuvo que oír que su madre habría tenido la vida mucho más fácil si él hubiera nacido muerto o hubiera muerto pronto. Y su abuela se lamentaba a todas horas diciendo que ya podría el cielo misericordioso llevárselos a los dos de una vez. Con su hija siempre estaba enfadada y en pie de guerra. Su vieja y afilada lengua todavía conservaba la vivacidad, y con ella se vengaba de los sufrimientos que tenía que aguantar por su culpa. Después de esas peleas no recibía nada de comer, aunque la comida era la única alegría de su vida. Esta era el arma de que se servía Anna Müller para devolver el golpe. En esos casos el niño solía beneficiarse, ya que, para enojar a la vieja, su madre lo alimentaba y lo acariciaba, lo que para Ernst era peor que las palizas.

La posada estaba justo junto al camino, un lugar de paso para gentes de dudosa reputación. Representantes, vagabundos, comerciantes de ganado, jugadores, campesinos y señores pasaron por el círculo visual del muchacho, despertando su curiosidad con sus costumbres y sus palabras forasteras, a la vez que sus historias presuntuosas sembraron en su alma el anhelo de lo lejano, de la aventura, de lo inusual, de lo fantástico y maravilloso. Todo esto culminó con la aparición un buen día de un peluquero ambulante llamado Gerber. Era un hombre de poco fiar, irresponsable, que con mucha frecuencia tenía altercados con las autoridades, pero al parecer poseía una cierta y confusa instrucción que había ido obteniendo en libros elegidos al azar y a partir de las experiencias de su tormentosa vida. Gerber se compadeció de aquel niño descuidado y abandonado, y después de comprobar que gozaba de una inteligencia despierta y aguda, empezó a darle clases. De vez en cuando desaparecía de allí y mientras tanto se olvidaba de Ernst, que lo esperaba siempre ansioso, deseando que volviera como se desea la reaparición del cálido círculo solar después de una larga y fría noche. Cada vez que volvía, lo conmovía la ilimitada alegría, la fidelidad y la buena memoria del niño. Ernst nunca olvidaba nada. Cuidaba sus conocimientos como una reliquia, como si fuera el único tesoro y contenido de su vida. Este extraño conocimiento se ampliaba siempre, todas las veces que Gerber volvía. El muchacho aprendió a leer y a escribir, pero también asimiló la enorme desorientación de su maestro, sus extraños y parciales conocimientos y sus sorprendentes teorías.

A su corta edad, Ernst ya había presenciado varias peleas en la posada, con puñaladas y sangre derramada; pero, con todo, el acontecimiento más horrible y que menos pudo asimilar fue que Gerber muriera ante sus ojos a causa de una hemorragia de estómago. Nadie quería ni hacía nada por ayudarlo. Pensaron en dejarlo tendido en el campo, ya que lo ensuciaba todo, temiendo incluso los problemas que les podría acarrear con la *Gendarmeñe* si moría en la casa. Así que, a pesar de que escupía espumarajos sanguinolentos por la boca y se hallaba del todo indefenso, los criados de la taberna y el dueño lo cogieron por los hombros y por los pies, lo cargaron hasta un canal cubierto de ortigas y lo dejaron allí tirado. Ernst lo siguió llorando, temblando de los pies a la cabeza, y cuando todos se fueron, se sentó junto al moribundo. Y así fue como ese hombre, que estaba pálido como la pared, derramó su última gota de sangre. Sus ojos estaban vidriosos, y Ernst quedó tan horrorizado ante la maldad y la falta de compasión de los seres humanos que creyó no poder levantarse nunca más de

aquel lugar, ya que en su interior algo se había desgarrado. De vez en cuando pasaban por su mente consciente las palabras que Gerber le había dicho, alegre y achispado, cuando todavía estaba sano:[1]

-No debes apoderarte sólo de los conocimientos corrientes, hijo mío, sino también del arte de la magia, para con su ayuda ser superior a la lamentable manada de lobos de la humanidad, porque de lo contrario, antes o después te harán pedazos. Debes asustarlos y obligarlos a caer de rodillas... Yo también he desperdiciado mi vida porque no me uní a uno de esos magos. De joven me encontré con uno de ellos y supe de inmediato con quién me las tenía que ver... Los ladrones lo habían atacado y yo lo protegí... aunque no hubieran podido matarlo, porque el elixir lo había hecho inmortal y disponía de tal fuerza, que le bastaba con levantar la mano para aplastar al tipo más brutal. Pero le gustó el valor que demostré. Me distinguió con su confianza. Me ofreció convertirme en su *famulus*... Antes o después me habría dado algo del elixir. ¡Ahora podría hacer oro y burlarme de la muerte!

-Y... ¿por qué no os quedasteis con él? -preguntó Ernst con voz ahogada y con el corazón latiéndole apresurado. Pero él hizo un movimiento de rechazo.

-Eso no puedes comprenderlo todavía, pequeño... Yo estaba muy enamorado de una mujer... una mujer grande, rubia, una mala pieza, una tunante sin escrúpulos... El mago se fue y me dejó plantado... Poco después la mujer me engañó con un fabricante de ataúdes...; en vano yo había sacrificado por ella la vida eterna y el oro. Al mago no pude volver a encontrarlo. Lo busqué durante años... todavía hoy lo estoy buscando...

Ernst contempló al moribundo, luego vigiló el recodo del camino con una esperanza desesperada y una enorme expectación, aguardando a que se produjera un milagro: quizás... quizás el mago llegaría de inmediato... Traería consigo el elixir... Se apresuraría por el camino hasta aquí y le curaría... ¡No podía morir de una forma tan horrible! Gerber era el único ser humano en este mundo al que se sentía unido, el único que se ocupaba de él...

Pero el mago no llegó, y el pobre Gerber entregó la vida en el canal. Después de su muerte, Ernst no soportó seguir en su casa. Se escapó. Cogió el libro sobre Nikolaus Flamel que había heredado de ese charlatán, sus enseñanzas y su idea fija. Se puso en marcha para buscar al mago...

Ernst se recuperó y yo empecé a darle clases. Primero le adiestré en lo más básico. Lo acostumbré a la limpieza y al orden, le enseñé modales en la mesa, a lavarse y a comportarse con educación y cortesía. Le proporcioné ropas, mudas, libros, cuadernos e instrumentos para la escritura y le asigné una pequeña habitación en el pabellón del parque que tenía una estufa. Tenía una capacidad de asimilación sorprendente. Su habitación resplandecía. En el estante de los libros no había ni una mota de polvo. Cada objeto sobre su escritorio reflejaba aquel amor respetuoso con el que él rodeaba las cosas. Su pelo estaba bien peinado, su camisa sin arrugas, sus uñas limpias. Sus dientes brillaban blancos y cuidados entre sus abultados labios. Era modesto y servicial y temblaba ante el deseo de hacerlo todo bien a mis ojos. Cualquier tarea era para él demasiado poco y le parecía fácil. Los conocimientos básicos los asimiló con una rapidez sorprendente. Todo le interesaba: tanto las matemáticas como la geografía, la gramática o la historia y las ciencias naturales. Sólo en dos años dominó las materias para las que un estudiante común hubiera necesitado ocho largos años. Con ávida atención y profundo interés se lanzó sobre las lenguas. Gracias a su fenomenal memoria y a su despierta capacidad de asimilación aprendió francés, inglés y latín como si de un juego se tratara. Su diligencia febril y sus resultados me habrían deslumhrado incluso a mí, si no hubieran contenido al mismo tiempo sus secretas erupciones emocionales, su indómita sensualidad, sus mentiras, su hipocresía y su doblez. Con los criados no mantenía una buena relación; siempre estaba con ellos en pie de guerra. Éstos lo odiaban, y esa antipatía no respondía sólo a la envidia que pudieran sentir por el afortunado que ha trabajado para salir de entre sus filas, como yo supuse primero, sino de que él les hiciera sentir su posición excepcional de forma explícita. Esto lo hacía sobre todo ante el jardinero, a las órdenes del cual había trabajado, después de que éste se compadeciera de él, lo aceptara y le proporcionara comida y techo. En una ocasión, el jardinero se quejó de que robaba los capullos de las rosas rojas cuando apenas estaban abiertos, arrancándolos como un vándalo y estropeando así los rosales. Hablé con él, pero él se sonrojó, calló confuso y no me miró a los ojos.

-Me gustan las rosas... -dijo después de un largo silencio.

-También te pueden gustar en el rosal y disfrutar de ellas durante largo tiempo, porque siguen vivas.

-Cuando el jardinero está presente no puedo disfrutar de las rosas, porque tengo la sensación de que lo que más le gustaría sería ahogarme en una charca -dijo con rapidez, y se volvió hacia mí. Sus ojos me miraban con tanta franqueza, con tanta honestidad, que me asusté. Sabía que mentía.

-¿Por qué motivo iba el jardinero a desearte ningún mal cuando antes te quiso? -le pregunté para obligarlo a medir la profundidad de su culpa.

-Porque vos sois bueno conmigo. Y eso no me lo perdona nadie. Me he levantado por encima de ellos, así que quieren forzarme a caer de rodillas. Les gustaría que os enojarais conmigo y me echarais...

-¿Así que han cambiado de actitud en lo que a ti respecta?

-Oh, sí.

-¿Y no es posible que tú también hayas cambiado?

-No. Yo sólo me aparto de su camino.

-Si tú te apartas de su camino es porque has cambiado.

-¡No tengo nada de qué hablar con ellos!

-Y precisamente eso es lo que los hiere. No olvides que no hay nada de lo que puedas estar orgulloso. No estás por encima de ellos, sólo has tomado otro camino, que no es mejor que el suyo, al contrario. Ellos cumplen con su obligación, son almas buenas y serviciales, útiles y honradas. Tú tampoco eres más que un criado. El hecho de que hayas empezado a estudiar no significa en modo alguno la sabiduría en sí. Estás al principio de todos los principios, en el umbral del conocimiento, y todavía no es seguro que seas digno de adentrarte en ciencias superiores. Una buena capacidad de asimilación, una inteligencia despierta y aguda sólo bastan para abarcar los conocimientos de esta Tierra. Pero se requieren otras cualidades para adentrarse en las verdades ocultas, esto es, una fuerza ética, la inclinación a amar la justicia y a servirla, un valor inquebrantable, humildad, negación de uno mismo y el don del éxtasis impersonal. De todo esto puedo descubrir muy poco en ti. Todo tu esfuerzo está dirigido hacia fuera. Tú lo acumulas y acaparas todo con una gran pasión, para poder poner un día tu tesoro en el escaparate, adornarte con él y ser admirado por todos los que son más necios que tú. Pero ese no es el objetivo que persigue un discípulo de las ciencias ocultas. Ese camino siempre conduce hacia abajo. ¿Qué has hecho con las rosas que arrancaste?

La inesperada pregunta lo hizo dudar, y empezó a tartamudear.

-Yo... las he llevado a mi habitación...

-¿Y?

-Bueno... las puse en un jarrón... sobre la mesa... es decir, sobre mi escritorio...

-He venido cada día a tu habitación y no he visto ninguna rosa.

-Temía que...

-¿Las has escondido antes de que yo llegara?

-Sí.

-¿Por qué no me dices la verdad?

-¿La verdad? Yo...

-¿O quizás crees que puedes ocultarme lo que piensas o lo que haces? Si no te avergüenzas de hacer algo, entonces no debes avergonzarte de decírmelo. No tengas miedo. No estoy enfadado contigo y no voy a condenarte por tus actos... sólo pretendo instruirte. No me mientas nunca, esa es mi condición. Tampoco tendría ningún sentido, porque yo siempre descubriré tus mentiras. Elisa es muy joven y de una imprudencia sin límites. Con tus fanfarronadas, con tus cuentos y... con tus rosas robadas la llevarás a la perdición...

Él me miró vencido.

-Vos... ¿cómo lo sabéis?

-Lo sé y con eso basta. También sé de otros líos tuyos, pero esos no me interesan. Conozco tu forma de ser y comprendo que es mejor, mientras no puedas convertir tus fuerzas sensuales en creadoras, que las descargues de esta manera, porque de lo contrario te estorbarán en el trabajo. Así que ¿nos hemos entendido? Dejarás en paz a Elisa... ¡y a las rosas también!

Me lo prometió, pero al día siguiente ya había roto su promesa.

* * *

Elisa, la hija pelirroja de dieciséis años de la cocinera, con su piel blanca como la leche, era una criatura caprichosa y voluptuosa de pechos puntiagudos. El molinero del lugar quería casarse con ella, y ella también había sentido cierta inclinación hacia él hasta que Ernst se interpuso. Por aquel entonces, Ernst ya había cumplido los dieciocho años. Era un hombre joven, alto y cuidado, que aparentaba más edad de la que tenía. Sabía mantener una conversación superficial, ingeniosa y divertida. Sus dientes

impecables refulgían blancos entre sus abultados labios y en sus ojos brillaba la ambición, la inteligencia y una infinita seguridad en sí mismo, una fuerza vital electrizante que también brotaba de su espeso y oscuro cabello. Elisa se había enamorado ciega y perdidamente de él. La muchacha era guapa y estaba dispuesta a todo, y Ernst era un irresponsable en su lascivia y en sus exigencias, al que no se le ocurrió ni en sueños rechazar el fruto maduro que cayó en su regazo. Durante largo tiempo continuaron a escondidas con su relación. La muchacha entraba durante la noche en el pabellón y se quedaba con él hasta el amanecer.

Cuando Elisa quedó embarazada, acudió a la vieja «mujer sabia» del pueblo pidiendo ayuda. La bruja exigió dinero, y Ernst lo reunió vendiendo algunas de sus piezas de ropa a un buhonero.

Una noche entró la cocinera llorando y lamentándose en el despacho, donde después de la cena nos habíamos retirado mis padres y yo. Nos rogó que la siguiéramos a la casa del servicio. Elisa estaba muy enferma, se retorcía presa de convulsiones, gritaba de dolor y no permitía que nadie la tocara. Fuimos todos a su habitación, pero sólo permitió que la viera mi madre. Nosotros esperamos fuera, mientras ella la examinaba.

Cuando mi madre salió de la habitación de Elisa, hizo salir a la cocinera y nos comunicó a nosotros lo que había sucedido. Aquella vieja ignorante, con sus rudas manos, prácticamente había desgarrado las entrañas de la desdichada muchacha y había que temer una septicemia. Todo estaba sanguinolento e infectado, y apenas se la podía tocar. En esos momentos no pudimos seguir respetando su resistencia, por lo que entramos en su habitación, limpiamos las partes infectadas uniendo nuestras fuerzas y le administramos un remedio tranquilizante y ciertas esencias que impidieron que se extendiera la septicemia. Sus horribles y roncos gritos resonaron durante la noche y atrajeron también a Ernst, pálido de espanto y temblando, junto a su ventana abierta. Mientras el vientre sangriento y descubierto de aquella criatura desdichada se agitaba entre nuestras manos, levanté por un momento la vista y mis ojos se encontraron con los de Ernst, que rebosaba desesperación, una atroz compasión y autoincul-pación. Por un momento se encendió en mí la esperanza de que esta lección lo curaría de sus irresponsables emociones sexuales...

Cuando Elisa por fin se tranquilizó, confiamos su cuidado a su madre, con la indicación de que me despertara de inmediato si los dolores regresaban o tan pronto apareciera la fiebre.

Una vez en mi dormitorio, cuando ya empezaba a desnudarme, de pronto tuve la sensación de que Ernst se hallaba ante mi puerta sin atreverse a llamar. Su inquietud y su desesperada confusión traspasaban literalmente la madera.

-Puedes entrar, Ernst. ¡Te estaba esperando! -dije en voz baja.

Al instante estuvo ante mí, tambaleándose, casi sin poderse tener en pie. Su estado era desolador. Antes de que pudiera impedirlo, cayó ante mí de rodillas.

-Oh, Dios mío... Dios mío... Dios mío... -tartamudeaba de forma inarticulada y castañeteando los dientes-, ¡Nunca más!... ¡Nunca más!... Oh, Dios mío.

Lo senté en un sillón. Tenía los ojos rodeados de sombras y estaban a punto de salirse de sus órbitas bajo la presión de una pregunta que no se atrevía a formular.

-Vivirá -contesté a su muda pregunta-. Pero si hubiéramos acudido quince minutos más tarde, no la habríamos podido ayudar. ¿Por qué permitiste que acudiera a esa bruja?

-Porque me sentía avergonzado, y ella también.

-Pero tú no te avergonzaste de hacerlo.

-Es como una maldición: apenas me doy cuenta y ya he caído en ella.

-Según los cálculos humanos Elisa ya debería estar muerta... sólo porque tú no pudiste dominar tu obcecación. Si no te hubieras cruzado en su camino y no la hubieras seducido con tonterías, se habría convertido en una mujer y una madre respetable. Pero ahora va a perderse, porque no podrá quedarse aquí. No soy yo quien la echa, sino la opinión pública del pueblo, contra la que no puedo hacer nada. Podría comprenderlo si tú estuvieras locamente enamorado de ella. Pero sólo la has utilizado para que a escondidas se arrastrara hasta tu cama durante la noche. Te resistirías con uñas y dientes si te la ofreciera como esposa. La desprecias, y si no es para estrecharla en tus brazos, te resulta molesta. Y, sin embargo, la has corrompido, aunque podrías haber satisfecho tus deseos de la misma manera también con la viuda del panadero. ¿Comprendes por fin en qué consiste el poder... el poder sobre nosotros mismos? Es contra estas debilidades momentáneas contra las que hay que luchar, esas debilidades que traen tras de sí una avalancha de consecuencias.

Estuvo de acuerdo en todo, se humilló y se culpó. Al final preguntó si ahora también él debería marcharse.

-Eso depende de tu comportamiento a partir de ahora -le dije-. Quiero ofrecerte la oportunidad de cambiar. Pero si resulta que no puedes librarte de tus debilidades, te negaré todo apoyo.

Era evidente que eso lo tranquilizó. Confiaba en sí mismo, pero sobre todo confiaba en mi indulgencia.

Tan pronto como su problema personal se hubo arreglado con tanta rapidez y se vio felizmente libre de las consecuencias, su espíritu intranquilo regresó de inmediato a su única idea fija.

-¿Ha sido... el elixir el que ha salvado a Elisa? -preguntó de pronto.

-Me gustaría saber cómo se te puede ocurrir una cosa así -respondí eludiendo la pregunta.

-Dijisteis que, según los cálculos humanos, Elisa ya estaría muerta... por lo tanto, si todavía vive no han sido los cálculos humanos los que la han ayudado, sino...

-Sino el elixir. Claro. ¡Sin embargo, sería más inteligente esperar a que las leyendas, milagros y cuentos acabaran por convertirse ante tus ojos en fenómenos naturales gracias a tu diligencia y tus honestos y tenaces esfuerzos!

-¿Por qué? Según vuestra opinión... ¿el elixir no existe?

-Todavía tienes que comer muchas sopas antes de llegar a la conclusión de si el elixir existe o no.

-¿No podéis decírmelo?

-Puedo decírtelo todo, basta con que seas lo bastante maduro para comprenderlo.

-¡Pero en los libros está escrito! ¿Por qué se escribe tanto sobre el elixir si ni siquiera puedo saber si existe?

-Ese elixir que tú persigues es una esencia muy peligrosa... precisamente porque no puede encontrarse en la realidad, sino que tiene su origen en el cerebro de aquellos que están poseídos por el fanatismo. Yo sólo sé de medicamentos.

-Al fin y al cabo se trata sólo de un nombre... ¿no es verdad? -Podía percibir su excitación, mientras la pregunta le quemaba en los labios.

-No. Tú entiendes por elixir el bebedizo de la vida eterna, que hace inmortal tu cuerpo, tu juventud, tus pasiones, tu capacidad de disfrutar y tu atractivo. Crees que es un remedio milagroso que permite cometer cualquier disparate y no devuelve en contrapartida la enfermedad y la muerte. Quieres vivir hasta el final de todos los tiempos, porque crees que tu afán de vivir ni siquiera en la eternidad podría verse satisfecho. Debo liberarte de este trascendental error. El cuerpo se puede curar, la duración de su vida puede prolongarse con la ayuda de ciertos medicamentos, pero sobre todo mediante un modo de vida que conserve y refuerce la salud. Sin embargo, la inmortalidad nunca le puede ser concedida al cuerpo, porque el cuerpo es el reino de lo efímero, el taller de experimentos de la muerte y su botín. El cuerpo es la muerte en sí mismo. La eternidad pertenece al espíritu, pero éste debe luchar contra la muerte para alcanzar la eternidad, contra la muerte, es decir, contra el propio cuerpo. Ambos no son compatibles, de la misma manera que no se pueden unir el fuego y el agua, porque necesariamente uno destruye al otro. El ser humano es el terrible campo de batalla donde se produce este duelo. Las armas del cuerpo son las pasiones, la tremenda sensación de vacío, las emociones placenteras, la alegría en la belleza de las formas y el deseo de éstas. Por el contrario, las armas del espíritu son la decepción después de la satisfacción y de las diferentes reacciones, el sufrimiento, la vejez, la enfermedad y la muerte. El cuerpo y el espíritu libran su batalla en los puentes de comunicación del alma. Luchan una y otra vez entre sí. A veces el cuerpo toma prisionero al espíritu, lo empareda sin agua ni pan y cree haberlo matado. Pero el espíritu posee un arma que nadie puede quitarle, la única y definitiva arma que al final siempre sale vencedora: la inmortalidad. Las veces en que el cuerpo vence al espíritu se trata tan sólo de una victoria temporal. Sin embargo, cuando es el espíritu el que por una vez vence al cuerpo, éste es destruido por todos los tiempos. El verdadero elixir de los alquimistas es un arma contra el cuerpo. Sus medicamentos, que prolongan la vida del cuerpo, no son más que un experimento para poder mantenerse durante más tiempo en territorio enemigo, para que el espíritu, con la ayuda de un instrumento cerebral más viejo y más perfeccionado, lo descubra todo, acumule experiencias y pueda prepararse mejor para la última y decisiva batalla. Sólo el espíritu despierto puede acceder al elixir, y sólo podrá hacerlo cuando este remedio ya no pueda ser mal empleado para la traición.

-¿Y este elixir... es decir, este medicamento... es un polvo o un líquido? -preguntó ansioso.

Así que sus oídos se habían mantenido sordos al profundo sentido de mis palabras. Era alarmante revivir de nuevo la misma discusión sin esperanza en una situación invertida y estremecedora, y

hacerlo con la plena conciencia del recuerdo de otra situación semejante, a un siglo de distancia, cuando en su momento yo estaba sentado frente al *Magister*, prisionero en el cuerpo inmaduro, torturado por las pasiones y la curiosidad mágica de Hans Burgner. Sentí la tristeza y la impotencia que debía haber sentido Rochará en su momento, cuando no pudo transmitirme ninguna de sus experiencias. Sus palabras, en las que se ocultaba el núcleo de las verdades profundas que él mismo había experimentado, cayeron en el alma de Hans Burgner como sobre una roca estéril.

Y al recordar esto, que no presagiaba nada bueno, de pronto tuve claroque era inútil que siguiera ocupándome de Ernst Müller. Era una materia prima con la que yo, en su estado actual, no podía hacer nada. Aquello que podía ofrecerle no le interesaba, y él sólo me veía como el poseedor egoísta de fuerzas ocultas. Creía que podía iniciarlo, hacerlo inmortal y feliz, si quisiera. Y yo, por mi parte, no podía encontrar palabras para hacerle comprender que no era posible entregarle sin más unos conocimientos que estaban muy por encima de sus capacidades. En vano derramaría el bebedizo más resplandeciente de la magia blanca en la copa de su carácter sin pulir. Para él se convertiría de inmediato en el veneno concentrado de la magia negra, ya que pondría todas sus fuerzas al servicio de sus propias pasiones, de su egocentrismo ilimitado y de sus intereses.

Comprendí que no necesitaba seguir enseñándole nada.

El sentido de nuestro encuentro residía en indicarle el camino y darle estímulos. Sabía también que debía intentar alejarlo de inmediato de Grotte, porque este era el paso siguiente. Por supuesto, me sentía responsable de su futuro destino; no quería abandonarlo a su suerte.

Así que di un paso hacia delante en el pasillo oscurísimo del templo de los misterios. No podía saber si tropezaría con una escalera que le conduciría hacia arriba o bien caería en un profundo pozo, pero debía arriesgarme. No podía seguir quemándome en el mismo lugar.

17

Garras de león

Para la ejecución de mis planes se me ofreció una magnífica oportunidad. Yo mantenía correspondencia desde hacía mucho tiempo con Jean-Marie Ragon, el extraordinario místico belga con quien había llevado a cabo los preparativos necesarios para la fundación de una logia en Bruselas. En su momento fue Saint-Germain quien me lo presentó, ya que tenía en mucha estima sus ocultas capacidades y su formación. Debido al asunto relacionado con la fundación de esta logia me vi obligado a viajar personalmente a Bruselas y decidí llevarme conmigo a Ernst para proporcionarle así un buen puesto como secretario. Confiaba en el efecto estimulante de esta ciudad, y sabía que atraería a mi inquietante discípulo como un imán al hierro. Cuanto antes se sumergiera en el océano astral, antes volvería a emerger.

Primero le comuniqué tan sólo mi propósito de salir de viaje y de que vendría conmigo. Acerca de mis otros planes guardé silencio. Quería que la necesidad germinara en él mismo, que sintiera por sí mismo el deseo de aprovechar la oportunidad que se le ofreciera.

La alegría de Ernst fue ilimitada. Los febriles preparativos para el viaje lo distrajeron de todas las otras cosas, incluso del estudio. A cada momento me reiteraba su agradecimiento y no dejaba de repetir que nunca podría agradecerme bastante todo cuanto había hecho por él.

En marzo de 1801 partimos. Por el camino, nuestro carruaje pasó también ante la posada en la que servía su madre. Sentía curiosidad por ver si me pediría que nos detuviéramos para entrar un momento, aunque sólo fuera para presumir de su elegante aspecto y del carruaje, pero no dijo nada. Se recostó en la penumbra del carruaje y ni siquiera se atrevió a echar una mirada hacia fuera. La reserva en la que se envolvió después me llamó la atención, ya que minutos antes había estado charlando la mar de alegre, sin dejar de hacerme una pregunta tras otra.

-¿Te pasa algo? -le pregunté para soltar su lengua.

-¡Odio esta región! -exclamó.

-Creí que desearías ver a tu madre...

-¡Ojalá nunca más tenga que ni siquiera acordarme de este lugar!

-Comprendo -dije, y no pude evitar pensar en Hans Burgner, que también había sido un desarraigado.

Mis cálculos se cumplieron. Mientras yo pasaba la mayor parte de mi tiempo en Bruselas con Ragon, Ernst se convirtió en un botín de la ciudad. Me ocupé de que dispusiera de suficiente dinero y libertad. Cuando se hubo hartado de los monumentos dignos de verse y de todas las distracciones que se podían comprar, lo llevé conmigo de visita a una elegante familia. Los palacios cerrados se abrieron con inaudita cordialidad y fraternal amistad gracias a la palabra mágica de la Orden. Asistimos a deslumbrantes veladas, a las que yo nunca habría asistido por mi propio gusto, y los sentidos de Ernst se llenaron con el esplendor, con la magia de aquellos sutiles ambientes, de tonos suaves, y con riquezas incalculables de una casta privilegiada. En el estilo de vida tranquilo, abstracto, sobrio y conventual de Grotte, de esas cosas no había ni rastro. La música lo envolvía, lo rodeaban mujeres maravillosas, cuya piel era delicada como un pétalo, perfumadas en medio del resplandor de sus alhajas. Las palabras finas, ingeniosas y flexibles, las conversaciones nunca oídas, estimulantes y distraídas, le robaban los sentidos. Su paladar fue mimado y embrujado por escogidas bebidas, condimentos poco corrientes, manjares nunca probados; pero este esplendor, la pompa densa y refinada que habría destruido la conciencia de sí mismo de un carácter más reflexivo y sensible, fueron para él un estímulo y una inspiración. Su sensualidad estaba en llamas. La conciencia de sí mismo, su afán de notoriedad, se inflamaron con fuerza, como si por fin hubiera encontrado su verdadero hogar. Su apariencia ligera, autónoma y superior me sorprendieron. Con una seguridad instintiva y brillante sabía tratar con las mujeres, y su mirada lasciva y provocativa las desnudaba de inmediato, hasta tal punto

que no era él, sino las damas más experimentadas y endurecidas en numerosas lides amorosas, las que apartaban los ojos en cuanto sus ojos se cruza-ban,^para volver siempre a él con una curiosidad sonriente y espoleada. Era un pobre diablo, el hijo ilegítimo de una criada, un don nadie sin casta, pero no se daba cuenta del espacio vacío que lo rodeaba. Su posición social, poco clara, en modo alguno le causaba timidez, indecisión o desesperación, y con la destreza de un malabarista sabía cruzar el abismo que lo separaba de las castas superiores. Era un buen observador, recordaba todo lo que había oído alguna vez y sabía disfrazar esta información fragmentaria con palabras prudentes, claras y diestras, para exponerla luego en el momento y el lugar adecuados durante un debate, allí donde produjera el máximo efecto. Poco a poco se fueron fijando en él. Lo encontraban original, de una inteligencia poco común y extraordinariamente amable. Y así era en realidad, como un joven león: ronroneaba, jugaba, pero su terrible dentadura, sus garras y su naturaleza sanguinaria de animal depredador, de vez en cuando ya salían a la luz.

Comenté a Ragon lo que tenía planeado con respecto a Ernst. Estuvimos de acuerdo en que debíamos elegir con sumo cuidado al futuro patrono de nuestro Ernst y la casa donde quisiéramos recomendarlo. Sobre todo debíamos tener la certeza de que en el entorno mas próximo no hubiera ninguna mujer guapa: esposa, hija joven o camarera. Al final nuestra elección recayó en Charles de Blancourt, un soltero amable, mayor, riquísimo, un apasionado coleccionista de libros, que estuvo encantado de tomar a su servicio a un hombre joven, instruido y de fiar, para que fuera a la búsqueda de rarezas y organizara su biblioteca. El amor de este hombre viejo por los libros y su naturaleza indulgente y generosa encajaban de maravilla en nuestros planes. Blancourt no era un gran ocultista, y se limitaba, como laico en la materia, a interesarse por estos temas de una forma muy cómoda, muy apartada de cualquier práctica. Estaba en deuda con Ragon, quien a menudo había hecho llegar a sus manos algunos ejemplares de libros poco corrientes, que habrían estado fuera del alcance de cualquier mortal común. Pero aparte de eso, la amistad de este hombre tan instruido, con sus fascinantes cualidades, era para Blancourt merecedora de otras muchas deferencias, de manera que con él no tendríamos dificultades.

Dio en su casa principesca una fiesta deslumbrante, y aprovechando la ocasión le hizo su oferta a Ernst. A cambio de una actividad muy cómoda, agradable y entretenida le ofrecía una remuneración tan generosa, tanto lujo y tanta libertad, como ningún pobre principiante se habría atrevido a imaginar siquiera en sus más locos sueños. A pesar de que el asunto lo sorprendió y lo fascinó, Ernst pidió tiempo para pensárselo.

Cuando por la noche regresamos a nuestro albergue, me rogó que lo dejara entrar en mi habitación porque quería hablar conmigo de asuntos importantes.

Apareció con el rostro pálido y caviloso. Se mostraba sereno y sumiso, pero sus palabras ya no hallaban eco en mí y yo sabía lo que debía contestar. Me informó de la oferta de Blancourt. Cuando lo felicité por su éxito personal y por su suerte, me miró con sus ojos oscuros en los que no pude descubrir ni el menor rastro de una sonrisa.

-Sabéis muy bien, mi señor, que soy muy consciente de las ventajas de esta oferta. Todo-lo que me ofrecen lo amo con pasión, lo disfruto y lo deseo... pero estoy dispuesto a renunciar a ello sin pensármelo ni un momento. Sigo dispuesto a llevar durante decenas de años las mismas ropas y a vivir en cualquier cabana de madera cerca de Grotte alimentándome de pan seco, siempre y cuando estéis dispuesto a seguir enseñándome y me deis la esperanza de que algún día me iniciaréis en aquellos misterios que en esta vida son lo único que me importa.

-Me alegra poder contestarte sin rodeos, Ernst. Si tuviera la más mínima chispa de esperanza de que yo, en esta vida, aunque fuera muy tarde, podría llegar a iniciarte, te diría: quédate conmigo. Pero lamentándolo mucho, la situación es muy diferente. Sólo podría ayudarte al principio... pero tu llegada todavía está muy lejos, más allá de muchas vidas y muchas muertes. Sería el hombre más feliz de este mundo si pudiera decirte otra cosa porque ocupas un lugar en mi corazón y te echaré de menos. Pero dada la situación actual sólo puedo recomendarte una cosa: acepta el puesto en la casa Blancourt. Grotte ahora no puede ofrecerte nada más.

Se levantó. Una ira rebelde y una arrogancia profundamente mortificada luchaban en su interior con una impotente desesperación.

-Pero, ¿qué debo hacer?, ¿cómo debo ser para que me aceptéis y para que me consideréis maduro para la ejecución del *Opus Magnum?* ¿Acaso no soy listo, diligente, tenaz y lo bastante constante? Bien, reconozco que a menudo todavía me vencen mis sentidos, pero basta con que digáis una palabra

y yo, en interés del gran objetivo, ¡llegaré incluso a vencer mis sentidos! ¿Habéis meditado bien en lo que apartáis de vos y adonde me conducirá vuestro rechazo? ¡Nunca dejaré de buscar los misterios ocultos, y no me arredraré ante nada! ¿Por qué no queréis protegerme?, ¿por qué no queréis conducirme por el camino correcto?

-Porque es más correcto que tú encuentres el camino verdadero dando los rodeos necesarios por medio de amargas y purificadoras experiencias, en lugar de desviarte del camino correcto y emplear tus conocimientos ahí adquiridos en una dirección falsa. No dudo de tu diligencia ni de tu espíritu, ni del hecho de que nunca dejarás de buscar las cosas ocultas. Sé que un día, cuando hayas conseguido alcanzar las llaves para las tres puertas de la sabiduría, utilizarás este excelente talento tuyo. Antes de eso, sin embargo, deberás hacer algunas cosas. Compréndelo, Ernst..., mi rechazo no oculta ningún tipo de desprecio. Es sólo que no puedo entregar así como así, para la satisfacción de tus pasiones, ninguna de esas fuerzas que sólo se convierten en fuerzas constructivas y útiles en manos de un adepto que ya ha dejado a sus espaldas las tentadoras trampas de la pasión. Con toda seguridad, ahora te sentirás lleno de amargura y creerás que te juzgo mal, pero piensa que siempre estoy dispuesto a reconocer mi error. La prueba más contundente de que me equivoco seria el hecho de que también lejos de mí, fueras capaz de matenerte firme; ver que, sin reconocimiento alguno, hacías progresos y vencías tus debilidades haría disminuir en mí la sensación que ahora tengo de la insuficiencia de tu diligencia. Al gran objetivo también puedes acercarte sin mí. Tu madurez quedaría demostrada si ni siquiera estando solo te apartaras del camino correcto. Tómate este tiempo como una prueba. Demuéstrame que estoy equivocado y estaré dispuesto sin limitación alguna a compartir contigo mi conocimiento.

Ernst se levantó.

-De acuerdo -dijo con gravedad, con un firme convencimiento interior y con toda solemnidad-. ¿Debo ponerme yo en contacto con vos o seréis vos quien me llame en cuanto estéis convencido de que os habéis equivocado?

-Te llamaré, Ernst. De eso puedes estar seguro.

Así pues, Ernst se quedó en Bruselas en casa de Charles de Blancourt.

Durante las primeras semanas me escribió largas cartas a Grotte, para informarme con todo detalle sobre sus pensamientos y observaciones. Poseía un estilo original y colorista y sabía retratar a las personas de una forma sorprendente, llena de humor. El entorno que describía estaba sumergido en una vida deslumbrante, y él parecía entusiasmado con Blancourt y con su trabajo. Se lanzaba sediento sobre los libros, y al principio no se interesó por nada más.

Rangon también me dio informes satisfactorios. Apenas salía de casa y pasaba su tiempo libre en la habitación, dedicado a la lectura y a los protocolos. Por todas partes se hablaba de él con reconocimiento; ni siquiera Ragon ahorraba las alabanzas, y estaba muy agradecido de que le hubieran recomendado a aquel hombre joven, un trabajador incansable. Había realizado el tremendo trabajo que se le había encargado en la mitad de tiempo, y ya había enriquecido la biblioteca de su patrón con dos libros poco corrientes, que éste había deseado tener durante años.

A fines de año las cartas se hicieron cada vez menos frecuentes, pero los informes de Ragon seguían siendo tranquilizadores. Su estilo de vida no había cambiado, más bien parecía extralimitarse. Blancourt empezó a preocuparse por su estado de salud. Su apetito dejaba mucho que desear, estaba adelgazando, y las noches pasadas en blanco habían pintado oscuras ojeras bajo sus ojos. Blancourt lo conminó a descansar y a no agotar sus fuerzas, pero Ernst continuó trabajando y ni siquiera quiso oír hablar de vacaciones. Sus breves cartas escritas a toda prisa, que cada vez eran menos frecuentes, me revelaban que había algo en particular que lo tenía ocupado y que quería ocultarme. Su escritura, antes tan abierta, apasionada y ruidosa, se contrajo y se encapsuló, por decirlo de algún modo. El ángulo de inclinación cambió, cayó hacia atrás y se ocultó en un espacio situado a la izquierda. Esa grafía que tendía hacia la izquierda reflejaba una voluntad tensa y una concentración igualmente tensa.

Para entonces yo ya sabía que Ernst se había desviado del camino.

18

Isabelle

Durante el tercer año de su estancia en Bruselas acaeció aquel trágico acontecimiento que por fin arrojó luz sobre la secreta actividad de Ernst y la peligrosa dirección que había tomado.

Charles de Blancourt recibió la visita de su hermana menor, que estaba casada en Inglaterra. La *Lady* llegó en compañía de su hija Isabelle.

Ragon describió a la muchacha como una chica muy reservada, delgada, de pelo rubio oscuro, cuyos preciosos ojos grises y sus labios carnosos y rojos estaban en contradicción con su aparente naturaleza fría. Poseía una belleza poco corriente, y era instruida e ingeniosa de un modo casi maligno. Al parecer, desde el primer momento de su encuentro, entre ella y Ernst apareció una inquietante e infausta tensión. La celebrada, rica y consentida joven dama no ocultaba en absoluto el rechazo y la antipatía que alimentaba frente a él y se la hacía sentir en cada ocasión que se le presentaba. Durante las comidas lo convertía en el blanco de sus observaciones sarcásticas y se empeñaba en que el resto de los comensales se divirtiera a su costa. Ernst, según el informe de Ragon, soportaba las humillaciones con un autodominio digno de admiración, y no pocas veces se daba el caso en que se permitiera vencer a la muchacha con sus diestras réplicas.

Isabelle estaba prometida con *Lord* B., el primogénito de una de las familias inglesas más antiguas y heredero del título de duque de G., de manera que, a través de este compromiso, se encontraba emparentada con la Casa Real inglesa.

De su actitud lo único que se podía llegar a pensar es que estaba interesada en ese hombre joven procedente de las clases bajas, con una posición social indefinible y aun así sorprendente, y que ese interés reprimido lo desfogaba en sus estallidos sarcásticos. Quería convertirlo en alguien imposible para sí misma, autoconvencerse de que los inquietantes sentimientos que alimentaba frente a él eran desencadenados por lo ridículo y no por las cualidades atractivas de aquel joven. Ernst se mantuvo ante ella cortés y reservado y la evitaba siempre que le era posible.

Esta era la situación entre ambos cuando se desató la tragedia.

Primero sólo fueron pequeños detalles externos los que anunciaron los acontecimientos. Durante el día, los jóvenes seguían viéndose tan poco

como antes, pero cuando se encontraban, Isabelle no hacía gala de sus observaciones sarcásticas. En general, se comportaba con calma, se mostraba más bien pensativa y poco brillante. Cuando le dirigían la palabra, reaccionaba sobresaltándose y saliendo de un profundo ensimismamiento. Sus labios se agrietaron y estaban exangües, su rostro ensombrecido y alicaído, como presa de una profunda tristeza y atacado por la enfermedad. Su madre pensó que echaba de menos a su prometido y decidió regresar a casa antes de lo previsto. Pero Isabelle se resistió con desesperación a esos planes. ¡No y no! Quería quedarse allí, de ser posible, prolongar su estancia... Su madre podía regresar a casa tranquila. Pero ella le había cobrado tanto afecto a la ciudad de Bruselas que no podía abandonarla. Más tarde se supo, por una carta que *Lord* B. le hizo llegar a la madre de Isabelle y en la que preguntaba preocupado qué le ocurría a su hija, que desde hacía semanas la joven no había vuelto a contestar a las cartas de su prometido. Por lo tanto, no cabía la menor duda de que estaba enferma. Sin embargo, la sugerencia de que se sometiera a un examen médico también produjo un violento rechazo por su parte. ¡Debían dejarla tranquila! No le pasaba nada. Y cuando se quiso llamar al médico contra su voluntad, se encerró en su habitación. Su madre y Blancourt se miraron con una preocupación impotente y desconcertada ante su inexplicable estado. Pensaron en un trastorno anímico, quizás en un amor secreto, cuyo objeto sin embargo no pudieron descubrir en el círculo de sus amistades en Bruselas. Nunca había mostrado un particular interés por alguien, y en las últimas semanas incluso había roto del todo sus superficiales relaciones sociales.

El verdadero motivo de su estado se descubrió luego en aquella carta de despedida que se encontró en su habitación después de su suicidio. Isabelle se había tomado un veneno desconocido y, cuando la encontraron, ya estaba muerta. Su carta la había dirigido a Blancourt. Aparte de la familia, sólo Ragon fue informado del penoso y terrible asunto, y éste, autorizado por Blancourt, me envió una copia del texto.

Ante todo rogaba a Blancourt que apoyara a su madre en su terrible sufrimiento, en el dolor que se veía obligada a infligirle. Le rogaba también que ocultara el verdadero motivo, y si fuera posible también su suicidio, ante su prometido, ante su familia y en general ante la opinión pública. Con la influencia que tenía, seguro que le sería posible obtener de un médico el certificado de defunción por alguna enfermedad que hubiera aparecido de pronto y de la que hubiera sido víctima.

Luego detallaba la causa de su suicidio.

Sucedió hace dos meses, el 2 de septiembre. Fue una noche nublada, cálida, y yo tenía un ligero dolor de cabeza. Estaba invitada a dos fiestas, pero no pude decidirme a salir. Una apatía agotadora y plomiza cayó sobre mí, una premonición que me resultaba opresora y angustiante al mismo tiempo. Durante la cena me senté como siempre frente a Ernst Müller. Su mirada, que desde hacia algunos días siempre encontraba en cuanto levantaba la vista, me irritaba sobremanera, pero al mismo tiempo también paralizaba mi mente, que por lo general siempre estaba llena de chispeantes ocurrencias, para enojar a ese don nadie infinitamente antipático, desafiante y errático, con su fingida modestia, a quien despreciaba porque con sus astucias pretendía hacer creer que era alguien. Su mirada era muy extraña, en extremo vivaz y fascinante. La burla y el odio ardían en ella, pero también algo más; ahora ya puedo confesarlo porque ya nada importa y quiero que tengáis claro la villanía que este monstruo ha cometido, y para que sepáis que todo cuanto ha sucedido fue contra mi libre voluntad, contra mi convencimiento y contra mi gusto, que me alteró de forma horripilante, como si hubieran derramado fuego en mis venas. Esa sensación me llenó de vergüenza y de inquietud, pero no podía resistirme contra su maligna dulzura. Estaba llena de un salvaje y punzante deseo, mis rodillas temblaban y se me cortaba la respiración. Y eso que lo odiaba, me repugnaba, me mdignaba y, podéis creerme, si hubiera conservado mis capacidades mentales, mi conciencia, nunca habría conseguido vencer mi resistencia ética.

Poco a poco me sentí agotada. Me retiré a mi habitación y me eché. No sé cuánto tiempo dormí. De pronto me desperté, aunque ésta no es la expresión correcta, porque sólo una parte de mi ser despertó, mientras mi cerebro permanecía vacío. En mi cuerpo ardía y se agitaba apremiante aquel deseo ardiente, que se asemejaba más al dolor que a otra cosa. Luego alguien me llamó por mi nombre en voz baja, ronca e implorante:

-Isabelle... ven... Isabelle...

Esta voz hizo crecer en mí esa sensación desconocida y horrible hasta hacerla insoportable. Me sacudía con tal fuerza que temblé y grité con dolores torturadores y brutales. Al parecer, esta tormenta interior acabó por borrar también aquel vago control que mi cerebro y mi conciencia todavía ejercían, porque a partir de ese momento no puedo acordarme de nada más. El momento en que desperté y todo aquello de lo que después fui consciente, fue tan horrible, tan destructor y desesperante, que no tengo fuerzas para describir esa sensación. Yo yacía deshonrada, sangrando, y con la cabeza que me daba vueltas en la cama de Ernst Müller. Mi cuerpo estaba cubierto de arañazos, mis hombros llenos de mordiscos. Mis labios estaban agrietados, y al lado de la cama deshecha se encontraba él, a la temblorosa luz de una vela... él, que... pero no, sobre eso todavía no quiero informar. Me ordenó con sangre fría que me marchara ahora con cuidado a mi habitación, porque los criados pronto se levantarían. Su voz sonaba autoritaria. Me advirtió que durante el día debía comportarme de forma inteligente, sin modificar mi modo de ser y mi comportamiento, para no despertar ninguna sospecha y mantener en secreto cuanto estuviera relacionado con esa noche. Palabras horribles se abrieron paso entre mis labios. Me levanté de un salto y golpeé con los puños su pecho, pero él me cogió por los hombros, me sacudió y me arrojó sobre la cama.

-¡Os conviene que el servicio, que pronto se levantará de la cama, no os encuentre en mi habitación a una hora en que todo el mundo duerme! ¡Vaya pequeña gata salvaje! En el amor se sirve de sus dientes y garras, en el odio sin embargo de sus puños! -Y mientras se reía sarcástico, abría su camisa de dormir y me mostraba las marcas de mordiscos y arañazos en el cuello y los hombros-. Ahora sed buena y marchaos. ¡Ya volveré a llamaros!

Con esta última humillación, que era más terrible que todo lo demás, estuve a punto de perder el conocimiento. No salió ni una palabra más de mis labios. Me alejé tambaleándome de su habitación, gimiendo y sacudida por los sollozos, obsesionada por el único claro y vociferante pensamiento de vestirme, salir de la casa y arrojarme al agua. Pero tan pronto estuve en mi habitación me sentí presa de un cansancio que me obligó a caer en la cama y a dormirme.

Mi madre me despertó hacia el mediodía. Le dije que estaba enferma. Permitió que me quedara echada en la cama, pero no se apartó de mi lado. Por fin, al anochecer, se despidió. Sentí vergüenza, desesperación y arrepentimiento cuando se inclinó sobre mí y me besó. Lo que más habría deseado habría sido agarrarme a ella, retenerla y contarle todo lo que había sido brillante y prometedor en mi joven vida y que en una sola noche se había derrumbado y se había perdido para siempre. Cuando mi madre se fue, recé durante largo rato y empecé a vestirme. Mientras me cambiaba, me sobrecogió de pronto aquel anhelo irresistible, exigente, pérfido y atormentador y al mismo tiempo dulce, que venció mi horrorizada resistencia y me hizo callar. Y de nuevo oí esa voz:

-Isabelle... ven... Isabelle...

Todo lo demás desapareció y fue destruido. Sólo quedó esa voz y el hambre que se agitaba en mi cuerpo.

Antes de que llegara el alba me desperté de nuevo en la cama de Ernst Müller.

Así sucedió.

Cada día estaba dispuesta a morir, y día tras día fui mancillada. Conseguí incluso llegar a la orilla del agua, pero el tétrico titiritero supo hacerme regresar tirando de los hilos de la turbia pasión. Me he comprado veneno y en la primera ocasión que tenga me lo tomaré para liberarme, porque no veo ninguna otra salida. Caigo cada vez más bajo, de hora en hora, y mi resistencia cede, mi fuerza ética se hace cada vez más frágil. Estoy llena de esa peste que él me ha inoculado. Ahora he llegado al extremo de que incluso de día y en estado de vigilia me muero por él. Su rostro frío como el hielo, demoníaco, su cuerpo musculoso se me presentan bajo un disfraz malvado y deseable, y tiemblo al oír su voz. Si no lo tengo ante mis ojos, pienso en él con un anhelo celoso y espero la noche con un deseo secreto y horrible. Ahora además estoy segura de que voy a tener un hijo suyo. Con eso se ha colmado la medida. No tengo ya ningún lugar en este mundo. No puedo seguir viviendo para hacer caer sobre las cabezas de mis padres y de mi prometido, que confian en mí del todo, una vergüenza insoportable, bajo circunstancias escandalosas. No puedo traer al mundo, siendo soltera, al hijo de Emst Müller, para ser repudiada, para ser objeto de burla de todo el mundo.

Yo, Isabelle Welles de Blancourt

Cuando el asunto se hizo público, Ernst desapareció sin dejar rastro de la casa de Blancourt y es probable que también de Bruselas.

Para Ragon, y también para mí, estaba claro lo que había sucedido. Ernst se había topado en la rica colección de libros de Blancourt con una serie de obras poco corrientes sobre magia sexual.

Su encuentro con estos libros fue una fatalidad. Actuaron sobre su sensualidad apasionada y sobre su ilimitado deseo de notoriedad como un torbellino sobre una hoja que ha caído bajo su influjo. El regazo de las fuerzas negras lo había absorbido con avidez y lo habían hundido. No cabe ninguna duda que estuvo practicando durante meses. A través de sus cartas y del cambio de su caligrafía pude calcular el momento exacto en que empezó a hacerlo. Del triste resultado de sus intentos fue testigo el suicidio de la desdichada, consentida y orgullosa Isabelle. Ernst poseía grandes y peligrosas cualidades para salir victorioso en este campo: una tremenda energía sexual, constancia, diligencia e inteligencia. Sólo que no sabía o no quería creer, incluso aunque había leído las advertencias, que las fuerzas tenebrosas de la magia al final siempre se vuelven contra el mago negro, que entonces debe pagar de golpe todos los horrores que ha infligido a otros. Pero hasta entonces... hasta entonces podía causar todavía muchas tragedias, ya que había sido dejado suelto en el mundo con unas armas más terribles que las de verdad. Por supuesto, sólo podría herir a personas débiles de carácter, apasionadas, dúctiles y cuya mente estuviera desprotegida... pero ¿cuántas mujeres podían afirmar de sí mismas que estaban bien pertrechadas para la lucha? Ernst Müller les proporcionaría malignos placeres, sufrimientos inhumanos, amargas experiencias, pero también despertaría su resistencia para una vida futura. Por el camino que él había tomado, no le sería posible detenerse porque este camino es una escarpada pendiente hacia el abismo. Para poder desviarse en la buena dirección, él también debía alcanzar el punto más bajo, al igual que Hans Burgner. Después de la muerte de Isabelle, quizá por un momento se estremeció y comprendió el profundo sentido de mi rechazo, aunque seguro que después me hizo a mí responsable de todo.

Dudo que quisiera empujar tan lejos a la muchacha que lo había herido mortalmente en su orgullo, que lo había humillado en público y que se había burlado de él. Su intención fue únicamente darle una lección, convertirla, para vengarse, en una mujer enamorada y sometida, pero llena de una sensualidad

perversa y de odio que ansiara lo inalcanzable. Las fuerzas de la magia negra, sin embargo, siempre se acrecientan más allá del poder del aprendiz de brujo que las conjura. Siguen destruyendo y asolando y despiertan a una vida autónoma. Durante un tiempo, todavía parece que siguen al servicio de su conjurador, pero en realidad son ellas las que dirigen cada uno de sus pasos y las que al final lo destruyen.

19

El mago negro

En el año 1805 se fundó en París la Hermandad de los masones, Les Trino-sophistes, la logia de aquellos que investigan las tres ciencias. Por invitación de Ragon asistí también a la inauguración.

Un día, cuando descendía de mi carruaje ante la vivienda de Ragon, vi durante unos instantes a Ernst Müller. Se acercaba a la casa y tenía un aspecto bastante desaseado. Sus ropas estaban desgastadas, sus zapatos cubiertos de polvo, sus mejillas sin afeitar, su rostro pálido y demacrado. Cuando me vio se detuvo como si hubiera echado raíces, con el espanto en su mirada. Luego se dio la vuelta y se alejó a paso rápido.

Pronto regresé a casa desde París para despedirme de mis padres, que deseaban emprender un largo viaje. Marchaban a Oriente y lo habían arreglado todo para no volver nunca más a Grotte. Yo todavía debía quedarme. Acompañé a los dos serenos y sabios ancianos hasta la frontera. En espíritu me había hecho del todo uno con ellos. Su desaparición física de mi vida, aun¬que me conmovía dolorosamente, no me trastornaba tanto como antes, porque ya empezaba a vislumbrar ante mí, aunque todavía muy de lejos, las puertas de la certeza. Sabía que no los perdería.

Siguieron años tranquilos, llenos de trabajo, en Kassel. Amadeus creció y se convirtió en un aplicado y excelente colaborador, que había ido ascen¬diendo muy bien hacia los niveles superiores de la Orden.

En el año 1818 Ragon se disponía a dar una serie de conferencias sobre las antiguas y modernas iniciaciones en la logia de Les Trinosophistes, y como algunos asuntos de la Orden me llamaban de todas formas a París, estuve encantado de combinar mi estancia allí con el placer de asistir a las charlas de mi magnífico amigo, con la intención, sobre todo, de presentarle en esa ocasión a Víctor Amadeus.

A raíz de este viaje tuve noticias por segunda vez de Ernst Müller.

Los miembros femeninos de la familia de uno de mis cofrades hablaban con entusiasmo de un hombre maravilloso que había curado por completo los padecimientos de Madame X. y de Mademoiselle Y. sólo imponiéndoles las manos y soplando sobre ellas. Me informé del tipo de enfermedad que las damas habían padecido. *Madame* X., viuda desde hacía veinte años, era una mujer muy religiosa y relativamente joven, que sufría unas migrañas tan terribles, que durante días se encerraba en una habitación a oscuras gritando de dolor. Ese creciente mal había amargado del todo y por completo su vida. A su amiga le había confesado que antes de sufrir cada ataque tenía sueños horribles y obscenos, sobre cuyo contenido una dama bien educada y temerosa de Dios no podía hacer ninguna clase de revelación. Por otra parte, *Mademoiselle* Y. era una señorita de edad avanzada, que al morir su prometido juró no casarse, y que a pesar deser guapa, rica y recibir numerosas proposiciones, mantuvo su juramento. Tenía dificultades respiratorias, problemas al tragar y miedo a las alturas. Acabó por no atreverse a salir de casa, ya que sus vértigos le sobrevenían sobre todo cuando se encontraba en alguna reunión social. En cuanto se daba cuenta de que alguien la miraba fi-jamente o cuando percibía una profunda voz de hombre, le entraban ahogos, y cuando comía en presencia de otras personas no podía tragar la comida, porque la garganta se le cerraba. Así que ese hombre maravilloso, después de hacerse mucho de rogar, las había librado, tras un breve tratamiento, de sus sufrimientos. Desde ese momento pasaron a formar parte de su agradecido círculo de amistades, círculo que se ampliaba cada vez más ya que sus éxitos realmente rayaban en lo maravilloso. Mencionaron también su nombre: José María de Chassin.

Más tarde, cuando nos encontramos a solas, le pregunté a mi cofrade cuál era su opinión acerca de ese caballero que tenía un nombre tan melodioso.

-No sé -dijo pensativo-, hay algo que no encaja en ese hombre. Está siempre rodeado de mujeres. No puede ni por casualidad nombrar a un paciente masculino. Es un muchacho fuerte, de buen aspecto, de unos treinta años que se cuida como una cortesana. Listo, muy instruido y al parecer riquísimo, ya que mantiene un maravilloso palacio, carruajes y un gran enjambre de criados. Su vivienda, sin embargo, está decorada de un modo muy particular; está llena de luces ocultas, de esculturas orientales, de pesados cortinajes, de detrás de los cuales surgen las notas de música procedentes de fuentes desconocidas, amplias tumbonas y jaulas de cristal en las que tiene serpientes. Cada objeto está pensado para la fascinación, el deslumbramiento y el asombro. El origen de su fortuna es dudoso, quizás incluso imposible de conocer.

Las mujeres que él trata... la mayoría han dejado ya atrás su primera juventud, se encuentran solas, sufren trastornos nerviosos y son más de las que se pueda suponer. También el estilo de su terapia es muy dudoso. La sala de tratamiento está cubierta de cortinajes cuyo color se parece al de la sangre coagulada, y las tapicerías de los muebles son de brocado de un rojo oscuro. El centro de la habitación lo ocupa una blanda camilla situada sobre un estrado. El tipo de tratamiento lo describe o lo silencia cada paciente, según le parece. Todo el techo de la habitación está cubierto de un solo espejo. La paciente, que después de tomar una serie de baños de vapor debe ponerse sobre su cuerpo desnudo una larga y suave túnica también de color rojo oscuro, se tumba sobre esta camilla y es confrontada con su imagen en el espejo que hay sobre su cabeza. La habitación, que poco a poco se sume en una roja penumbra, se llena de los pesados vapores de dulzones sahumerios orientales. Detrás de una cortina suena una música suave y delicada y los sentidos de estas mujeres se ven asaltados por una somnolencia infinitamente suave, arrulladora y agradable. Es entonces cuando entra en escena el hombre prodigioso, que inclina su figura alta y musculosa, ataviado también con una capa de seda púrpura, sobre la paciente, que de todas formas ya se ha deslizado a un estado de semiéxtasis. Su cálido aliento acaricia los ojos entreabiertos en el semisueño, que se cierran bajo este soplo. Luego siguen las caricias, la imposición de manos, bajo cuyo contacto la conciencia se desvanece en medio del escalofrío de un bienestar ensimismado, en la conciencia de una radiación también ensimismada. *Mademoiselle* Y. describió este estado en que se encontraba antes de dormirse, como causado por una bienaventuranza sobrenatural, como si se hubieran derramado en sus venas cantidades enormes de néctar y ambrosía. *Hádame* X. confesó a su amiga, que no es en modo alguno una persona discreta, lo siguiente acerca de su despertar: «Te despiertas con un enorme pero infinitamente agradable cansancio, como si después de un gran esfuerzo y unas luchas torturadoras descansaras del triunfo y satisfecha en los laureles. Todas las tensiones se han esfumado, toda insatisfacción ha dejado de existir. La piel respira de nuevo, la sangre circula como rejuvenecida por las venas. El alma está llena de claras y alegres esperanzas, empapada de una sana voluntad de vivir. A este agradable estado pone fin la alegre, firme y apremiante exigencia del cuerpo...».

La clara imagen que yo pude hacerme después de esta perfecta descripción, me recordó de forma inquietante a mi discípulo caído. Un encuentro en el salón de *Madame* X., adonde acudimos de visita con Ragon de forma inesperada, confirmó mis negras sospechas.

«José María de Chassin» reinaba como un bajá, rodeado de esas mujeres mayores, sin pareja, que se consumían lascivas en las llamas de la sensualidad. Su aspecto exterior mostraba con tanta claridad los marcados rasgos del mapa del camino que había recorrido, como si hubieran sido grabados en él. Sus ojos ensombrecidos, con un brillo enfermizo, sobre el puente de la nariz que se había afilado y las amplias fosas nasales, acechaban sin pausa a sus víctimas sexuales. El labio inferior, que colgaba ligeramente, sobresalía más que antes, y sus carnosas facciones estaban divididas por la mitad por una línea fáunica. Esta línea se repetía y se hacía mas profunda en medio de su barbilla fuerte y sobresaliente. Su pelo, peinado con arte, caía sobre su nuca en brillantes rizos negros. El escultor ciego de su pasión había hecho en pocos años un enorme trabajo en él, modelando sobre la blanda materia prima de su cuerpo al demonio de la ira sexual. En cuanto me vio, perdió su prepotente seguridad. Se despidió a toda prisa, para eludir mis posibles preguntas, aunque yo esta vez no tenía ninguna pregunta que dirigirle.

Sabía que no podría apartar de él a sus hechizadas admiradoras. Había encadenado a su persona el mundo de los instintos de ellas mediante una satisfacción desmedida y violentas emociones sexuales, y esta unión sólo podían romperla las propias víctimas a través de la lucha interior del espíritu por la libertad. Su espíritu, sin embargo, dormía todavía profundamente, petrificado, en el ardiente crisol del cuerpo. Mis intentos fueron en vano. Mis frías palabras de advertencia eran borradas por la realidad del placer que corría por sus venas, aunque el picaro mago hiciera acceder a sus «pacientes» a este placer, adormeciendo su Yo moral y liberándolas de sus obligaciones morales.

Ragon me escribió más adelante acerca de la cadena de escándalos que fueron saliendo a la luz en torno a Chassin, y que condujeron por fin a su destierro de París. Primero fue sólo una denuncia, y después muchas más, las que presentaron a la policía los miembros indignados y preocupados de las familias de sus ovejitas. En relación con este asunto hubo algunos suicidios que salieron a la luz pública. De esta manera se aireó también el secreto de la temprana muerte de *Mademoiselle* X., que al cabo de algunos meses de terapia comprobó que, gracias a la «imposición de manos y al soplo del aliento del mago», estaba en otro estado. Una respetable dama se quitó la vida porque Chassin, después de haberse apoderado de toda su fortuna, no quiso volver a saber nada más de ella. Estas desdichadas a las que se había robado la voluntad, habían sacrificado, casi sin excepción, enormes sumas de dinero

por él y firmado a ciegas cualquier tipo de documento, lo que las llevó a la ruina financiera. Chassin había devorado todos sus bienes materiales como un insaciable Moloch. Era imposible imaginar para qué necesitaba tales cantidades de dinero. A pesar de su estilo de vida deslumbrante y despilfarrador, nunca habría podido gastarlas. Cuando la avalancha empezó a rodar, fueron apareciendo algunas otras «pacientes de la habitación roja», víctimas de su vergüenza y del miedo ante el escándalo y la decepción. Chassin fue detenido y, después de algunas negociaciones tormentosas, condenado a muerte. Gracias a alguna influencia secreta todavía en vigor, la condena a muerte fue permutada por un castigo a galeras de por vida.

Quise creer que el misterio había terminado. Ernst Müller había desaparecido de mi vida. Los miserables años que tuviera que pasar en galeras con seguridad lo enfriarían bastante, y en épocas de crisis aquel horror disuasorio y sin nombre haría sonar la alarma en su alma, esa viva advertencia que se encuentra al principio de todos los senderos del infierno cuando empiezan a explorarse y cuyo nombre es «recuerdo del alma».

Pero mis pensamientos volvían una y otra vez a él. Su nombre resonaba en mí como un acorde sin solucionar y poco a poco se apoderó de mí una inexplicable sensación: que todavía no había interpretado hasta el final el papel que debía desempeñar en mi vida. «Vendrá a mí, tiene que venir, por encima de todos los impedimentos y sufrimientos mortales»... y con esta certeza, le esperé.

20

El mago negro

En el año 1830 llegó a Grotte.

Nadie lo reconoció, sólo yo sabía quién era esa horrible ruina de persona que pidió alojamiento en el castillo. Efectivamente, de Ernst Müller no quedaba gran cosa. Su voz era ronca, ruda y sin modular. En la mano derecha le faltaban tres dedos. A través de su escaso pelo, que poco a poco empezaba a encanecer, asomaba el cuero cabelludo cubierto de cicatrices. Sus ojos habían perdido el brillo, derrotados, su mirada era insegura. Sobre la nariz, la carne estaba enrojecida y llagada y revelaba traicionera la enfermedad que lo destruía y consumía. De su boca hundida sobresalía un único diente gris y alargado, y su figura encorvada y hundida arrastraba las piernas con esfuerzo tras de sí.

Cuando se dio cuenta de que lo había reconocido empezó a temblar, y es probable que hubiera caído desvanecido si no lo hubiera ayudado a sentarse.

-Por favor, perdonadme -dijo con su voz estridente y sin fuerza-. Me he estado preparando durante largo tiempo para este encuentro... desde hace años ya... desde hace muchos años... Si no hubiera tenido ante mí este objetivo que siempre he perseguido, habría muerto ya mil veces... Habría sido fácil renunciar a todo. -Le falló la voz y se mareó. Lo invité ante todo a descansar, pero lo impelía la impaciencia de los enfermos terminales cuya alma está llena de apremiantes asuntos sin resolver.

-N... no... Debo decirlo ahora... Ahora mismo debéis comprenderlo todo... porque de lo contrario será demasiado tarde... demasiado tarde para... en seguida me encontraré mejor... Así... es sólo... sólo la emoción... ¿Podéis darme algo de beber? No... no soy un borracho... eso todavía no... Aunque con o sin... eso da igual... En mi caso...

Preparé para él un reconstituyente con algo de alcohol, un bebedizo que se tomó de un trago. Cerró los ojos, suspiró profundamente y se recostó en el sillón.

-Bueno... -dijo en voz baja. Y luego empezó a hablar con esa voz monótona, letárgica y sin acento alguno. Me contó sus vicisitudes como si no se refiriera a él sino a un extraño que hubiera muerto hacía tiempo. Empezó con Isabelle Welles de Blancourt. Su encuentro con la magia negra, la impresión que le había causado, sus primeros intentos y sus horribles y enloquecedores éxitos los describió por su parte más o menos como yo los había reconstruido. Pero en lo que se refiere a sus sentimientos, a los motivos que lo empujaron en el caso de Isabelle, sus explicaciones sólo coincidían en parte con mi hipótesis. No sabía que sus experimentos, ya antes de Isabelle, habían tenido éxito con una famosa dama de la alta sociedad, un intento que por supuesto no terminó de forma trágica.

-Se me llenaba la frente de sudor cuando por orden mía aparecía por la noche en mi habitación esa maravillosa mujer. Me admiraba, me sentía jubiloso y tenía miedo al mismo tiempo -me contó-. Sobre su cuerpo desnudo no llevaba más que una capa de pieles, larga hasta los pies, y bajo la protección de esta capa de piel estaba llena de fuego, de aromas y de llamas vivas... Con el tiempo he descubierto qué clase de hetairas insaciables y destructoras se despertaban en esas damas tan morales con sólo desconectar el delgado alambre de su voluntad superficial y de su resistencia moral, ya que la pasión con la que se me entregaban y con la que exigían placeres cada vez mayores y más enrevesados, esa pasión no se la insuflé yo, era la suya propia...

Habló de la crisis en la que el suicidio de Isabelle lo arrojó. -No quería matarla; al fin y al cabo estaba enamorado de ella. Me imponía. La respetaba y la admiraba. Era el tipo de mujer que más me impresionaba y supo cómo fascinarme. Una perfecta dama y una perfecta amante, con una mente aguda, inteligente y flexible, un auténtico cómplice en todos los terrenos... ¡y tan hermosa, tan deslumbrante en su hermosura, colorista e inagotable! Sólo las mujeres rubio platino con los ojos grises pueden ser hermosas de una forma tan terrible y provocativa. Las sombras de su piel, su perfil, el dibujo de sus labios, el arco de su cuello y su barbilla, la sombra sedosa de sus pestañas, sus

atrevidos y firmes pechos, los distinguidos movimientos de su cuerpo delgado, llenos sin embargo de una belleza animal, hacían que se convirtiera a mis ojos en una piedra preciosa que deseaba por encima de todo. Sabía que sólo yo era capaz de satisfacer sus ávidos sentidos, que sólo yo podía ser su compañero y su igual, su hombre... su señor y acompañante. Y estaba seguro de que ella sentía lo mismo en cada gota de sangre, aunque luchara contra ello, aunque lo negara ante sí misma... Cuando vi que ella, ardiendo de pasión y contra su propia resistencia, también sin mi intervención se apresuraba a correr hambrienta y sumisa a mi cama, creí que, resignada a lo inevitable, se daba por vencida y que yo había ganado. Supe que esperaba un hijo. Quise huir con ella para convertirla en mi esposa... pero se me escapó de una forma incomprensible e inesperada... Poco antes se había pegado a mi cuerpo como una hembra animal y enloquecida... aunque yo no la había llamado... ni la había aturdido... aunque no había desconectado su conciencia. Se metió de día en mi habitación, se arrojó sobre mi pecho... me urgió y se me ofreció... luego... bueno, luego se tomó el veneno. A mí se me hundió el mundo. Estaba mortalmente horrorizado. Pensé en vuestras palabras, en vuestras advertencias... Esa era la primera vez que yo sentía lo que había hecho como una culpa, como una atrocidad terrible, cargada de mil consecuencias trascendentales. Me acordé de mi promesa, de mantenerme siempre en el camino correcto, de mi prepotente seguridad con la que en el pasado os había preguntado: ¿debo anunciarme yo o me llamaréis vos cuando estéis convencido de que os habéis equivocado? Una preocupación infinita se apoderó de mí a causa de mi caída, pero al mismo tiempo un ardiente deseo de enmendarlo todo. Pero Isabelle estaba muerta, el escándalo en la familia concluido, y yo tuve que huir.

»Viajé a París, lleno de sentimientos de culpa y buenos propósitos. Creí que ninguna tentación podría ser lo bastante fuerte para que mi mano se alargara de nuevo hacia la reprobable arma de la magia negra.

»Mis ahorros se gastaron con rapidez y aquellos poderes tenebrosos que yo había negado me cerraron el camino hacia una posibilidad de trabajo. Pasé hambre y mi ropas se convirtieron en harapos. Me echaron de mi alojamiento. Las noches las pasaba recorriendo las calles, bajo los arcos de los portales o bien oculto entre los matorrales del Bois-de-Boulogne. Me alimentaba de restos que sacaba de los cubos de basura y la desdicha me perseguía allá donde fuera. Nadie se atrevía a confiarme ni siquiera el más sencillo trabajo que cualquier idiota sin pulir habría sido capaz de hacer. Inspiraba desconfianza, no se fiaban de mí... o la gente sencillamente se mostraba insegura. Empezaban a preguntarme quién era, cómo había llegado hasta allí, no sabían cómo debían clasificarme, pero notaban que pertenecía a algún otro lugar y que por alguna deuda cualquiera había quedado arruinado.

»El hambre, la suciedad, el vagabundeo, me amargaron más y más. Me daba cuenta de que luchaba en vano, que no conseguiría nada por mucho que intentara salir de aquellas profundidades en las que me había hundido. La buena voluntad sola no aporta nada, el solo esfuerzo no despierta ni siquiera compasión... pero seguía sin renunciar, seguía luchando. Luego llegué a un punto donde creí no poder soportar durante más tiempo aquel estado. Desde hacía cuatro días no había comido ni un bocado. El hambre ya no se revolcaba en mis entrañas, sólo me provocaba un plomizo cansancio y debilidad. Me mareaba. Y entonces de pronto me vino a la cabeza Ragon. Me había enterado de que se encontraba en París, pero hasta ese momento había dado un gran rodeo por la calle en la que él vivía. Con alivio maduró en mi interior la decisión de visitarlo, de contárselo todo y pedirle ayuda. Estaba seguro de que no me negaría su socorro. Y entonces os encontré a vos ante la puerta de su casa. Es difícil decir lo mucho que me alteró ese encuentro y lo que revivió en mí. Es curioso que entonces salió a la superficie la amargura, una amargura fruto de mis vanos intentos y de mi sufrimiento, y esta amargura se volvió de forma disparatada contra vos, como si fuerais el responsable de todo lo que me había sucedido. La vergüenza y el temor que vuestra visión despertó en mí fue barrida por las acusaciones cada vez más cegadoras. Habíais sido vos el que me habíais permitido probar del fruto del árbol del conocimiento y luego con ese conocimiento a medias, débil y sin preparar, tal y como yo era, me habíais echado de casa. Si me hubierais permitido quedarme en Grotte nunca habría caído tan bajo. Con todo el cinismo y desde el principio, vos habíais contado con mi caída. Me habíais empujado a la tentación, que no podría resistir, sólo para darme la espalda con indiferencia, ahora que tanto el cielo como el infierno me habían vomitado por igual. De la lava de la amargura surgieron las palabras de rebeldía, impregnadas de veneno de serpiente. La verdad es que hay que pertenecer a algún lugar, y esto en todos los niveles. Sólo se convierte en un desdichado repudiado aquel que es cobarde y no tiene fuerzas, que vaga por el

dorado camino de en medio en lugar de elegir una determinada dirección y quemar los otros puentes a sus espaldas. ¡Pobres de los que no son capaces de decidirse! ¡Pobres de los cavilosos, de los exangües, pobres de aquellos que se arrastran pegados a las paredes! ¡Los dominadores, los vencedores de la vida cabalgan siempre por los caminos principales, abiertamente, conscientes de sí mismos y sin dudar! Son blancos o negros, calientes o fríos, y lo que hacen lo viven del todo, disfrutan cada sabor y asumen todas las consecuencias. Una dirección me había sido vedada, la otra estaba abierta, pero yo me sentía horrorizado y me apartaba del umbral. Pero, ¿por qué? ¿Por qué debía vivir en la indigencia, por qué debía humillarme si toda esa ciudad indiferente, reservada, desconfiada, caería a mis pies con toda su lascivia oculta con sólo que yo lo quisiera...? »Con sólo que yo lo quisiera...

»Bien... en un banco en el Bois-de-Boulogne estaba sentada una dama, que ya no era muy joven, pero sí que muy bella. Su carruaje esperaba a cierta distancia. Por su caro vestido, su enorme sombrero de plumas y por las joyas que resplandecían en sus orejas, pude darme cuenta de que tenía que ser muy rica. Estaba allí sentada y movía aburrida e indiferente su abanico. Su mirada se deslizó vacía y sin expresión sobre mí y pasó de largo cuando la miré por primera vez. Pero esa mirada sacudió mi alterado estado de ánimo como un ardiente latigazo. Todos mis sufrimientos, toda mi hambre y mi humillación se concentraron en la amarga voluntad de modificar esa indiferencia aburrida y despectiva que había en su mirada, personificada en ella, en la mirada de todos aquellos sobre quienes podía llegar a ejercer mi poder. Quise que me mirara de otra forma, y en ese deseo, que rompió todos los diques, se consumió el otro camino y se convirtió en nada. Había elegido de nuevo y esta vez me había decidido de forma definitiva. Con plena conciencia, asumiendo toda la responsabilidad, emprendí con los ojos abiertos y con decisión el sendero de la magia negra... con el éxito que vos ya sabéis... por lo menos en parte... Como un niño que escucha los cuentos sobre la muerte y cree que él y sólo él no morirá nunca, así creí yo también que conseguiría escapar de los perros sanguinarios o de las consecuencias de mis acciones. Hice observaciones muy inteligentes y sellé todas las grietas con la ayuda de teorías que prometían éxito, aquellas grietas por donde podían entrar y atraparme. Sabía que aquel que coopera con el veneno de la serpiente de los sentimientos debe ser a su vez inmune a ese veneno. No permití que me venciera nunca un sentimiento, ya fuera el amor o la compasión. Nunca me sumergí en el submundo de los más complicados placeres en favor de otro sino sólo en mi propio provecho, mientras mantenía sujeto con firmeza en mis manos el hilo de Ariadna del frío cálculo. Era libre y sin ataduras. Al servicio de mí mismo, utilizando cada ocasión que se me ofrecía y explotándola sin escrúpulos, viví como una fortaleza inexpugnable del egoísmo, mientras degustaba hasta la saciedad todo aquello que la vida me ofrecía. Ese estado fue el que durante algunos años me meció en aquella engreída seguridad que yo fingía ante mí mismo. Luego, un día, me di cuenta de que mi poder, a pesar de todos los muros que yo había alzado a mi alrededor, poco a poco se perdía y desaparecía, como el aroma de los aceites aromáticos. El fuego que yo mantenía siempre encendido, con el que atraía y condenaba a mis víctimas, empezó lentamente a consumirme a mí mismo. Asustado y horrorizado decidí retirarme con esa enorme fortuna que había reunido, desaparecer de mis cotos de caza y recuperar lo perdido por medio de una larga abstinencia. No pensé ni un momento que no pudiera renunciar a mi forma de vida. Mi cuerpo ansiaba la calma, sueños tranquilos y solitarios, relajación, el respetable entretenimiento de un oficial de húsares retirado, pescar, cazar, trabajar un poco en el jardín... pero allí adonde fuera me seguía aquello pegado a mis talones, que yo ni quería ni había ordenado en modo alguno. Las muchachas y las mujeres me visitaban, embriagadas, tartamudeando, fuera de sí, y se arrastraban con sus cuerpos ardientes hasta mi cama. En vano intenté espantarlas, en vano cerré mi puerta, siempre encontraban una posibilidad de alcanzarme, de despertar con su ilimitada pasión mi enfermiza fantasía, de encenderme y devorar una y otra vez mis débiles fuerzas. No podía maldecir la magia que había conjurado, ya que ésta me envolvía, me llamaba, me fascinaba y me atraía al hambriento enjambre de mujeres, lascivas, solitarias, insatisfechas e insaciables, que saciaban su espoleado apetito en mi carne temblorosa que se resistía y que cada vez se hacía más débil.

»Huí y regresé a París. No sabía que corría hacia una trampa. Durante mi ausencia los acontecimientos habían empezado a desencadenarse, a arremolinarse y a manchar mi reputación, y, antes de que yo ni siquiera pudiera darme cuenta, se produjo la explosión. Por aquel entonces ya sabía que algún espantoso súcubo nocturno me había contagiado una enfermedad venérea. En mi interior era tan sólo un montón de escombros, todo se derrumbaba en un caos sin igual y yo me preocupaba poco de lo que sucedía a mi alrededor. Fui condenado a muerte. Una de mis antiguas pacientes, una persona muy influyente y generosa, a la que yo había tratado más que mal y con maldad, y que sin embargo,

aunque me resulta enigmático, me apreciaba, consiguió que la condena a muerte fuera permutada por un castigo a galeras. Las condiciones indignas de un ser humano en las que viví en galeras me destrozaron en el plazo de pocos meses. Delgado hasta los huesos y sin fuerzas, me hallaba sentado en el banco al que estaba encadenado, y ninguna tortura o violencia podía obligarme a coger el remo con las manos. Con una conciencia plomiza y vertiginosa escuchaba mi respiración jadeante, en espera de la liberadora caída en las tinieblas... Llegado a este punto tuve una experiencia horrible, que pone los pelos de punta y que me empujó de regreso a la vida... Fue como si me hubiera asomado a un abismo en el que pululaban los reptiles viscosos y venenosos... La horrible repugnancia de estos monstruos trascendentes, que me acechaban hambrientos al otro lado del umbral, no puede describirse... Esos ojos demoníacos y codiciosos... la expresión maligna, casi humana, burlona y despiadada de esos rostros bestiales contraídos... la envergadura y el augurio de la venganza, el horror y el espanto que me salía al encuentro y todo aquello que ni siquiera tiene nombre, era más brutal y repulsivo que el horror de cualquier tormento físico, sí, incluso más que el miedo a la muerte...

»Traté de trepar de regreso a mi cuerpo, como un ahogado cuyas piernas son atacadas por los tiburones y los pólipos. Empecé a luchar por aquel pedazo de madera podrida que me unía al mundo visible. De forma convulsiva, desesperada, con unas fuerzas humanas reencontradas, quise vivir en el cuerpo destruido de Ernst Müller, en ese único refugio que me separaba de los jueces del otro mundo, de los verdugos que vigilaban la puerta más allá de la muerte y que me negaban el paso... Sabía que no podía cruzar esa puerta, que no debía cruzarla, porque aquello que me esperaba al otro lado no era tan sólo el mismísimo infierno; su significado era mucho más profundo y destructivo, desde el momento en que destruiría para toda la eternidad el sentido del resplandor del espíritu, la razón: "la disolución de la personalidad, la destrucción de la conciencia en las fracciones de la existencia animal"... Debía seguir existiendo en el cuerpo de Ernst Müller para esforzarme en alcanzar la puerta de un nivel superior, detrás de la cual empezara un sendero por el que pudiera regresar como penitente...

»... Y... bueno... aún estoy vivo. Vivo contra todas las leyes de la naturaleza. Dos veces, por haber intentado fugarme, fui mutilado y azotado hasta quedar medio muerto. Me desataron y me dejaron bajo el sol ardiente, en la creencia de que ya estaba muerto. Y sin embargo, en estos momentos estoy sentado frente a vos. He llegado a mi objetivo. Vos sabéis la razón por la que he venido. Vos mismo fuisteis en la distancia esa fuente de vida que me sostuvo con su limpio recuerdo y que me ha salvado a través de todos los infiernos. Y el hecho de que haya podido llegar hasta aquí es una prueba de que he pagado y de que me he servido de la ayuda del destino, ayuda que ahora os pido a vos. ¡Devolvedme la salud! Dadme un par de decenios y trabajaré para salir de estos abismos en los que he caído. Dadme tiempo para que pueda recuperar mi derecho a un ego consciente. No quiero vivir más tiempo. ¡No quiero la eternidad, tan sólo una única generación!

Se calló, agotado. Las comisuras de sus labios temblaban, sobre su frente llagada y gris se deslizaban las gotas de sudor. ¡Cuánto lo compadecía! ¡Y qué desorientado estaba! ¿Cómo podia negarle algo a un ser humano moribundo y fanático, a un ser humano que estaba al borde de la desesperación y cuya fe y cuya petición se basaban en un tremendo error? En su estado era imposible discutir con él o hundirlo con un rechazo categórico. Decidí hacer por él todo cuanto pudiera. Lo examinaría e intentaría curarlo con todos los medios que estaban a mi disposición. Le ayudaría a recuperar de nuevo las fuerzas, en la medida en que esto fuera siquiera posible. Quizá pudiera curarlo y regalarle todavía algunos de esos años que él deseaba, aunque desde luego no sería una generación.

Sin embargo, el examen físico hizo desaparecer todas mis esperanzas. No le quedaba ni un solo órgano intacto. La disolución de su sangre ya había traspasado ese estadio en el que todavía podía haber frenado el decaimiento y detener el proceso. Arrastraba su cuerpo, esa ruina moderna, atado a la cadena de su voluntad, un cadáver listo para la tumba, en el que un espíritu maldito ya hacía de las suyas llenándolo de pestilencia, pus y putrefacción... No había por dónde cogerlo. Por mi abatimiento pudo darse cuenta de cuál era mi opinión sobre su estado.

-¡Nada cuenta ya! -dijo con firmeza-. El hecho de que yo viva es un milagro, un milagro de mi voluntad. Pero vos podéis hacer milagros mayores. No sigamos fingiendo, dejemos a un lado el papel del profesor que da explicaciones naturales. Esto no es más que el juego del escondite, para el que a mí me falta tiempo y también las fuerzas. Dadme un elixir. ¡EL ELIXIR, si queréis llamarlo así! Ningún otro remedio puede ayudarme. Pero vos no podéis dejarme morir sin más ni más. ¡No podéis dejar que me hunda hasta convertirme en un animal ahora que me aferró a vuestra mano y os pido ayuda con toda mi alma, con toda mi mente, con todas mis capacidades, con mi deseo de penitencia, con mi

arrepentimiento y mi buena voluntad! -Y efectivamente cogió mi mano con su mano mutilada y la oprimió y tiró de ella con una fuerza convulsiva e increíble. Fue horrible.

-Pero, ¿por qué crees que yo, precisamente yo, soy aquel que puede darte un elixir así? -estallé desorientado.

Apartó mi brazo de sí y escupió las palabras con amargura, con una ira glacial.

-¡Miraos al espejo!

Sin querer, miré el espejo que colgaba sobre la mesa de lavados del laboratorio médico.

-Ahora tenéis casi setenta años. Lo sé con exactitud, no me repliquéis. Intentad explicar de forma natural por qué no parecéis mayor de treinta.

Este golpe lo recibí por sorpresa. ¿Qué debía replicar? Los métodos con cuya ayuda había edificado y conservado mi condición física no podía revelárselos, era imposible, porque todavía no estaba lo bastante maduro y no podría seguirme. Y el medio, la esencia, a la que poco a poco me había ido acostumbrando, adaptándola a mis necesidades, habría destruido de inmediato un organismo debilitado, que, además, había sido maltratado interiormente con mayor gravedad. Sin embargo, debía decirle algo. Reconocí con prudencia que efectivamente conservaba mi aspecto juvenil con la ayuda de ejercicios ocultos y una determinada esencia. Pero esta esencia, sin los ejercicios fortalecedores realizados a lo largo de decenios, y sin la suma de ciertas cosas que no debía revelar a los no iniciados, no era ningún remedio curativo sino un rápido veneno mortal, que consume la fuerza vital. Si le diera ese remedio, lo mataría.

En su ceguera no creyó lo que le decía, y lo único que sacó de mi confesión es que yo poseía un elixir de esas características. Me suplicó, me exigió que le diera un poco... bajo su responsabilidad. En modo alguno el remedio iba a destruirlo a él. Tuve que reconocer que su voluntad no podía medirse con parámetros humanos. En cuanto a lo que se refiere a los ejercicios, hacía muchos años que él los practicaba. Aunque la dirección fuera incorrecta, a pesar de todo había acumulado enormes fuerzas en sí mismo. Por supuesto, tuve que rechazar sus ruegos. Me hizo una terrible escena, lloró, se arrojó a mis pies, se abrazó a mis rodillas, golpeó su pecho, me conminó, y al final acabó maldiciendo con un odio tan horroroso que le salió espuma por la boca. Luego cayó en un profundo desvanecimiento. Lo metí en la cama, hice correr por su cuerpo remedios fortalecedores y cuando volvió en sí, lo dejé solo.

* * *

Era un hatillo de problemas, confuso y cargado de malos presagios, lo que me llevé a mi habitación de trabajo. Ya hacía rato que había caído la noche, pero incluso así no quise acostarme. Debía descifrar ese difícil jeroglífico, solucionar esa tarea que el destino me planteaba una y otra vez, y que en esta ocasión me confrontaba de forma definitiva con ese problema que ahora ya no podía eludir. Tres habitaciones más allá se atormentaba un ser humano que en su mayor desgracia, en la agonía de su vida, se aferraba a mí y esperaba de ello su salvación. Había refutado todas mis palabras, todos mis argumentos, como el *golem* del rabí Lów, y sólo escuchaba la palabra mágica que había oculta en él. Me exigía un elixir, pero yo no tenía para él ningún elixir.

Allí, al otro lado, descansaba el *golem* y reunía sus fuerzas. Ganó a la muerte hora por hora un nuevo plazo, para conseguir aquello que se había convertido para él en una idea fija.

Pero yo seguía dirigiendo mis preguntas a las estrellas, porque de mi interior ya no obtenía ninguna respuesta.

Mientras me hallaba concentrado en mis cálculos astrológicos a la luz familiar de la lámpara, y me llegaba desde fuera por la ventana abierta el murmullo del parque sin luna, el recuerdo se apoderó de pronto de mí. *Yo había expeñmentado lo mismo una vez.* Los momentos, los sentimientos, el peso de la oscuridad, el profundo silencio lleno de sonoridad, coincidían con exactitud, tanto entonces como ahora. Ambas imágenes se superpusieron. Yo estaba sentado en un oscuro granero sobre un arcón pintado de azul y había bosquejado en un libro que yacía sobre mis rodillas la constelación de las estrellas, la misma constelación que mi mano ahora inscribía en las doce casas del zodíaco. Un círculo era mi destino, el otro el de Hans Burgner... ¿o quizás el de Ernst Müller?

Ernst Müller, que está sentado en algún lugar distante, espiándome en silencio... Sí. Esta vez yo estaba en el lugar de Rochard y era idéntico a él. «Qué llena está la octava casa, la Casa de la Muerte, en mi horóscopo para esta noche. Son los mismos tenebrosos jueces que se apretujan allí, como en aquel

entonces... pero no... no existe aquel entonces... ¡éste es el momento! Y en el otro círculo, el círculo de Hans Burgner... o el de Ernst Müller... coincide con mi propio círculo de tal forma, en una constelación tan estrecha, que los jueces se convierten en verdugos: Marte y Mercurio en el signo de Géminis... Marte en la asfixiante conjunción con Saturno. Sus destructoras fuerzas las une la Luna en su cuenco, las concentra y las derrama con poder desafiante sobre mí y sobre él... sobre él, que se oculta y calla, al acecho...»

Hans... Ernst...

De pronto supe, pude ver a través de las paredes, lo que sucedía en su interior. Vi su paso inseguro arrastrándose sobre las baldosas del laboratorio, su figura delgada y encorvada, que se levantaba oscura sobre el fondo claro de la pared... Se encendió la luz de una vela... La mano temblorosa de Ernst palpa los estantes, revuelve armarios y cajones... Abre los cajones de un tirón... Levanta con ávida rapidez la tapa de crisoles, frascos y cajas... los polvos y líquidos se derraman... es una suerte que yo pusiera el nombre de cada sustancia en latín a todos los recipientes y que Ernst sepa latín, si no se envenenaría con cualquier cosa... No puede encontrar lo que busca... Siento su creciente, enfermiza y exaltada ira, su desesperación, sus pensamientos fugaces... Me doy cuenta de que la idea fija lo domina cada vez más y destruye todo control: ¡debe apoderarse del *arcanum* protegido con avaricia, de la salud envidiosa y negada con maldad, de la nueva vida, del aire y de la luz!... Y aunque el remedio estuviera sellado con oraciones y con el mayor sacramento, rompería el sello, y si fuera carne y sangre lo que se interpusiera en su camino, la desgarraría, porque no hay ningún otro camino, ni ninguna otra elección... Y junto a los cadáveres de aquellas mujeres que habían muerto por su culpa, yacerá otro cadáver. Sea lo que sea, no tiene ninguna importancia. ¡Nada importa, sólo el *Gran Arcanum!*... Más bajo de todas formas ya no podía caer. Ya no necesita poner nada más en juego. Él debe de tenerlo... carne y sangre... ¿Qué otra cosa, si no, podría proteger y conservar el gran secreto? Carne y sangre...

Por encima del parque se levanta la tardía luna roja. La solución del problema se clarificó ante mí. Ninguna sombra caía sobre ella. Yo estaba muy tranquilo.

Sobre mi escritorio había dejado una carta para Víctor Amadeus. Le comunicaba mis instrucciones en lo que estuviera relacionado con la Orden y le hacía saber dónde y bajo qué códigos debía consignar mis importantes escritos. Aparte de eso no tenía nada más que hacer. El castillo y las propiedades habían pasado a ser propiedad de la Orden, eso lo habíamos decidido ya mi padre y yo tiempo atrás.

Las ventanas de mi dormitorio estaban abiertas. Me eché en la cama y esperé.

La pálida luz de la luna pintaba largas columnas de plata sobre el suelo.

La ligera corriente de aire que rozó mi cara me reveló que la puerta había sido abierta y cerrada de nuevo. La cortina blanca y transparente delante de la ventana se infló y volvió a caer de nuevo.

En la habitación podía oírse una respiración temblorosa, ahogada, pesada.

No me moví. Y mientras los pasos precavidos se acercaban, sentí de pronto una profunda compasión por ese desdichado que, cegado y poseído por su tiránica idea, se acercaba a mí para realizar un acto del que, de entrada, ni siquiera era consciente y que yo en el pasado había cometido de la misma manera. Ése era el motivo de que lo compadeciera tan profunda y sinceramente, porque yo mismo lo había hecho una vez.

Tan pronto como hubo llegado a mi cama se detuvo como si hubiera echado raíces y escuchó durante un rato, atento a mi respiración. Su alivio fue perceptible y se inclinó con cuidado sobre mí. Su mano fue palpando bajo mi almohada, sobre la superficie de mi mesilla de noche, sobre los contornos del cristal y de la lámpara, abrió el cajón de un tirón, revolvió en su interior, luego sus dedos recorrieron mi pecho en un leve contacto. De pronto palpó el pequeño estuche plano que yo llevaba colgando de una cadena de oro. Se asustó y su cuerpo tembló.

En ese momento, la luz de la luna cayó sobre mi rostro y él tuvo que darse cuenta de que mis ojos, del todo abiertos, seguían cada uno de sus movimientos.

Clavó su mirada en mí y el horror se dibujó en sus rasgos, como si hubiera visto una cobra, lista para atacar. Se apartó. Su mano buscó a tientas un sostén sobre la mesita de noche y cayó sobre el delgado y frío pie de bronce de la lámpara.

Cogió la lámpara sin una orden consciente de su cerebro y la clavó entre mis dos ojos del todo abiertos...

Mi cerebro fue aplastado con el primer golpe, no sentí ningún dolor... Ernst siguió golpeando todavía aquel envoltorio corporal vacío y roto, como un loco, para apagar los dos puntos de luz fijos de mis ojos, que vigilaban la puerta como demonios... No veía ni oía nada, sólo sabía que debía romper la resistencia, que debía arrancar su propia vida de mi cuerpo que se oponía a ello.

POSTLUDIUM

Opus Magnum

Descendí tropezando por la estrecha y empinada entrada de una cueva. Al final del pasillo brillaba un pentagrama con débil luz. Cuando me acerqué me di cuenta de que se trataba de una abertura en forma de estrella, que continuaba por otra escalera. El aire estaba lleno de un olor embriagador e indefinible, con unos vapores azulados que, a medida que yo iba avanzando despacio, me sumieron en una especie de semiaturdimiento, sin que por ello perdiera la conciencia. Ese aroma ocultaba un alentador y solemne misterio que prometía el éxtasis, que agudizaba los sentidos del alma, que hacía sonar y transmitía a los seres humanos sonidos inaudibles y colores bucólicos. Escuché las notas de esta música, como si sólo quisiera ser consciente de una melodía que me embriagaba sin descanso. También reconocí el juego de los colores pastel que se difuminaban unos en otros con el mismo sentimiento agradecido.

El pasillo conducía a una pequeña hornacina en la roca en cuyo centro había un banco de piedra liso, que respondía a la longitud corporal de un ser humano. Sobre el banco se erguía la densa copia astral de mi propio cuerpo en una profunda inconsciencia, con los ojos cerrados. El humo azulado surgía de un caldero que se hallaba sobre una estructura parecida a un altar y que además del aroma también emitía una clara luz.

-¡Cornelius! -percibí la suave voz del Maestro muy cerca. Su figura era todavía invisible-. Despierta.

El aturdimiento desapareció y me sentí invadido del jubiloso sentimiento de una ingravidez y libertad nunca conocidas. Los estrechos muros de la hornacina de piedra se ensancharon enormemente y abarcaron un vestíbulo de columnas que se alzaba hasta alturas de vértigo. Volví a mirar hacia el banco de piedra. El cuerpo sideral yacía sin moverse, y detrás, sobre una pequeña superficie, yacían los restos sanguinolentos de mi cuerpo material sobre la cama manchada. Liberé mi conciencia de esa visión.

En las paredes ondeaban los cortinajes de color pastel de varios palcos; había rostros que me contemplaban con una ligera sonrisa, rostros que yo no había visto nunca y que sin embargo me resultaban familiares, como si hubiéramos vivido juntos durante tiempos infinitos. Las hileras de palcos giraban unas sobre otras en infinitas alturas, inalcanzables, impalpables, envueltas en vapores y niebla. Sorprendido vi que las cabezas de las columnas se alzaban hacia el horizonte libre cuajado de estrellas, y entre ellas se asomaban las cumbres de montañas nevadas, como flechas blancas señalando en dirección al cielo. La contundente belleza de esta imagen era fascinante. Intenté concentrar mi atención en las alturas y en el paisaje, y poco a poco aparecieron los perfiles angulosos de las ciudades monásticas en medio de la niebla, que habían sido construidas sobre las mesetas protegidas, entre las cumbres de las montañas. Escuché el apagado y ronco sonido de los largos cuernos hechos de hueso de los ritos tibetanos y el solemne sonido de la sistra. La sala en la que me encontraba era el ideal espiritual del Espacio de Iniciación que la Orden se cuidaba de construir, y las cumbres que yo había visto expresaban el contenido espiritual del Tíbet: la auténtica sabiduría, que se eleva en una majestad invisible y cubierta de nieve sobre las cabezas de las masas primitivas.

La voz del Maestro volvió a llamarme y esta vez ya pude verle. Vestido con una túnica larga, amarilla como el sol, con la cabeza rapada, con el rostro moreno, tostado por el sol, de un asceta, estaba de pie a la cabecera de la figura que descansaba en el banco de piedra, y me hizo una seña para que me acercara. Las formas que lo acompañaban me revelaron que todavía se encontraba en un cuerpo y que llevaba la imagen sutilizada de ese cuerpo. Su brazo derecho estaba extendido sobre la figura rígida astral que descansaba, y en sus labios sonó la fórmula que se repite eternamente de los misterios antiquísimos.

«¡Quema tu cuerpo con el fuego de tus pensamientos!»

El cuerpo astral yacía ya sobre unas brasas ardientes; caldeado por el fuego, iba tomando color. Las brasas rojo oscuro se convirtieron poco a poco en un blanco resplandor que aumentó hasta convertirse en un brillo cegador y cristalino.

«Aquellos que se pierden son como el vapor, son como el fuego, son como el humo -citó las palabras del Señor del libro de Ezra-; *arden, se consumen y desaparecen.»*

«Pero tú, tú que has ardido y resplandecido... te has convertido en una piedra preciosa, endurecido en el fuego, pues está dicho: ¡Lapide Rubro!»

«Los iniciados no han elegido a nadie indigno de estar en su círculo. ¡El que ha sido llamado, uno entre los justos, ha regresado a casa!»

Desde las nebulosas alturas se oyó el sonido de las campanas, argentino, campallineante y atronador, y el grito de las fanfarrias y cuernos que anunciaban una solemnidad trascendente, pero las jubilosas palabras del Mago flotaban con puras resonancias sobre esos sonidos:

«Lo efímero se ha convertido en ceniza, la sombra se ha convertido en luz. El fuego ha dado a luz oro vivo, la Gran Obra se ha realizado. ¡El *Gran Arcanum* descansa aquí ante ti, oh Señor! La Obra está terminada. Apresuraos, vosotros, hijos de la luz; abrios, puertas de la inmortalidad; desgarraos, nubes que veláis los ojos de los mortales. El Mago, que domina los espíritus y los elementos y a quien reconocen como su maestro, ¡el Mago ha llegado!

»¡Alabado sea el Señor y la vida única, que regresa a Él!»

Yo estaba allí, de pie, en medio de la incandescencia del cumplimiento feliz, impersonal, fundido en ruidosos acordes en la obra maestra divina. De vez en cuando se acercaban rostros, lugares, voces, colores y símbolos, revelaban su esencia y se alejaban de nuevo. Vi a los Maestros de la Orden, algunos todavía en sus escondites de la Tierra: en emparedadas ermitas tibeta-nas, donde habían desterrado de su vida toda apariencia y toda forma aparente para que brillara la potente luz de la eternidad interior. Otros a su vez, ya sin cuerpo, asediaban la rígida desolación de la vida humana como titánicas fuentes de fuerza, con una paciencia atemporal elaboraban y preparaban el futuro, que después de la caída de una larga y torturada era traería los nuevos y más felices Eones de los elegidos: la Era Dorada. Vi a los Guardianes y a los Educadores, instrumentos de las fuerzas divinas, a los anímicamente cargados con sus graves y hermosas vidas, a los Videntes estáticos, a los Oyentes y a los verdaderos Anunciadores de la Palabra. Vi a los dispersos conjurados del plan divino, a aquellos que se empeñaban ciegos y atormentados, a los que eran fuertes en sus debilidades, que nunca se habían apartado del camino, y vi al Señor de la Tierra, Adonai, que amoroso se inclinaba sobre el crisol donde ardía ésta, dispuesto sobre el fuego, por encima de todos los gritos de dolor, del horror y de la tortura, por encima del odio acumulado, por encima de aquella marea de sangre y lágrimas que rompía todos los diques; vi cómo alimentaba el fuego para que no se apagara... para que siguiera ardiendo y consumiendo, para cocerlo todo y empujarlo a febriles crisis, para realizar también, al final de todos los tiempos, cuando hubiera llegado la hora, la transmutación de este planeta, cuyo signo benigno entonces se movería en el Cosmos en un grado...

... Pero también vi las figuras -tanto las oscuras como también las brillantes- de mi propio radio de vida, para alejar de mí de forma definitiva la penumbra de la incertidumbre del tiempo, para que su destino pudiera liberarse del todo en el resplandor del conocimiento. Vi a Amadeus Bahr con el signo identificativo de la Orden, como maestro en su túnica amarilla ante el fondo de los oscuros perfiles de una meseta rocosa y desierta, rodeado de sus discípulos, que por medio del sufrimiento y de los rodeos de siglos habían alcanzado el techo del mundo, para por fin caer a sus pies. Y entre los discípulos reconocí, en el cuerpo de un jovenzuelo delgado de mirada inteligente, a aquella mujer que en una ocasión me parió y que incluso después de su muerte fue la que más hizo por mí: la Marietta de Milán, la madre de Francesco Borri. También el compañero de su alma, mi padre de entonces, estaba con ella. La fuerza de atracción y la unión de los sueños habían desaparecido. Eran hermanos y compañeros en la sedienta escucha de las verdades espirituales, en el ejercicio y en el esfuerzo.

A la pobre y afectuosa Sophie Pétion la vi retirada al amparo de las arcadas de las silenciosas celdas y en la capilla sumida en la penumbra de una clausura de monjas. Su vida transcurría bajo la titilante luz de las velas, alternándose bajo sombras que olían a incienso, las temblorosas penitencias y los miedos trascendentes, en medio de la penetrante y exigente rebelión de la carne. Lloraba, rezaba y se castigaba, pero una y otra vez era vencida por su cuerpo. Los íncubos la visitaban en sus sueños. Su superstición, sus

alucinaciones le habían seguido siendo fieles, aunque nunca había abandonado la penumbra de su fe sencilla e iba saliendo del caos del mundo inferior. En aquella radiante certeza en la que yo contemplaba las cosas, no cabía la compasión o la angustia causada por el fugaz y oscuro paso de las nubes. Sabía que también la vida de Sophie Pétion encontraría su liberación, tal y como había sucedido en mi caso. Cuanto más profundamente la doblaba el sufrimiento, más fuerzas podría acumular para darse nuevo impulso.

El camino del doctor Péloc era ya liso y claro, como el de aquel ser que nada espera, nada desea, nada exige para sí, y sus acciones no son sino sacrificios. Independientemente de donde continuara aquella obra que había empezado en París, en Inglaterra o en Alemania, en Italia o en Dinamarca intentaba curar, servir y aprender, sin prejuicios y sin inhibiciones, con la cabeza clara y con las brillantes síntesis procedentes de sus agudas observaciones, de una memoria deslumbrante y de la intuición. Él acumulaba para dar, y mientras tanto, sin haber dado ni siquiera un paso en su propio interés, las ataduras del karma habían caído de él; fue iluminado y liberado: Uno entre los Justos.

También la doble figura cargada por la culpa y la pasión de Lepitre y Rosalie apareció ante mí. Ningún ser humano es capaz de imaginarse ni siquiera en sueños un vínculo más trágico que el que existía entre esa lavandera doliente y su lábil y enfermo hijo. Pasó mucho tiempo hasta que pudieron nacer, y durante largo tiempo giraron en el torbellino del tremendo océano astral. Primero se abrió la existencia material de Rosalie, que luego allanó el camino para su compañero encadenado. Trajo al mundo a su idolatrada víctima y le dio la vida. Me sorprendía la generosidad y la fascinante justicia del karma. Su sangre se había mezclado en el asesinato y el suicidio. Lepitre recibía ahora en lugar de su sangre derramada la sangre de Rosalie, y atormentaba a su madre con su enfermedad, su conciencia de culpa sin nombre y su manía persecutoria mucho más que cuando la mató de hecho. Y qué enigmática, qué maravillosa era la enfermedad de Lepitre a la luz del karma: una anemia crónica. Ah, su madre estaría dispuesta a dejar caer gota tras gota hasta la última gota de sangre en sus venas, si hubiera podido ayudarlo. Su idolatría frente a Lepitre adquirió mayor peso gracias a la relación mágica del parentesco de sangre. En su vida no había ningún día, ningún objetivo, sus años llenos de trabajos y sin alegrías no tenían otro contenido que ese muchacho feo y debilucho, con la piel ajada y los labios gruesos, que ella había traído al mundo de forma ilegítima, con sufrimientos y desprecio. Y este ídolo elevado a los altares con un miedo mortal y un amor atormentado se consumía día tras día. Su cama por la noche quedaba empapada de un sudor-maloliente. Sobre sus espaldas inclinadas sobresalían los afilados huesos, su piel se hacía cada vez más gris y cerúlea. Su vida se escapaba poco a poco, y sin que nada pudiera detenerla, como en el pasado, la sangre fluyó de sus venas en aquella noche horrible del crimen. Pero, ¿era verdaderamente Rosalie una malvada asesina? Sólo de esta manera podían caer sobre su cabeza de nuevo los frutos de su acción. Su propia pasión ilimitada era necesaria para que el destino pudiera devolver el golpe. Sus sufrimientos se veían aumentados por la irritabilidad del muchacho. Apenas podía soportarla cerca de él. Sus preguntas eran contestadas de mala gana, con rudeza o ignoradas, aunque durante todo el día ella lo cubría de preguntas: ¿tenía dolores quizá?... no, ¿de verdad que no?, ¿cómo se sentía ahora?, ¿estaba mareado? Seguro que lo estaba, porque acababa de tambalearse... claro, como no comía nada... ¡nada en absoluto! ¡Tenía que tomarse la leche y la carne! El muchacho odiaba la leche y la carne, odiaba también las eternas preguntas. Tenía dolores de cabeza, se mareaba, sentía náuseas y hablar lo cansaba. La preocupada y vigilante mirada de su madre, sus manos rojas y agrietadas, que se alargaban constantemente hacia él y lo manipulaban, lo llenaban de hastío y de una sorda rebelión: «Es como un cuervo -pensaba él-. Todavía estoy vivo, pero ella me mira, me olfatea y murmura como si ya estuviera amortajado».

Los delgados y cansados miembros del muchacho, que poco a poco llegaba a la pubertad, anhelaban el aire libre y fresco; su cuerpo, que se revolcaba en las garras de la fiebre, ansiaba las ruidosas y violentas salidas en compañía de sus adolescentes camaradas. La ilusión del lascivo abrazo de muchachas en flor de pechos grandes, caderas oscilantes y palabra fácil, le cortaba la respiración y lo empujaba al pecado solitario. Luego aparecía de nuevo la dulce imagen nebulosa de un ambiente delicado, silencioso y romántico, las voces apagadas, y la conversación con muchachas dulces y etéreas. Estas muchachas tenían cierta semejanza con las nobles señoritas de los palacios -su madre era criada y lavandera en esas casas-, pero lo que les faltaba era ese aire de distraída superioridad. Lo miraban no como a un sapo, sino con una dulce y profunda mirada que iluminaba como una lámpara su amor secreto.

Pero con mucha más frecuencia se veía poseído por un éxtasis religioso. Hacía planes para llegar a tener dinero algún día, marcharse de casa y entrar en un convento donde día y noche pudiera hacer penitencia por sus secretos pecados, sus obscenos pensamientos, y durante meses, incluso durante años, pudiera rezar con tanta pasión interior que una noche en la soledad de su celda se le aparecería el mismo Salvador,

pondría su mano sobre su cabeza y lo curaría, le otorgaría fuerza, confianza y belleza. Luego sería un hombre con un carruaje rojo, una figura heroica con fuertes músculos y voz atronadora, pero ni aun así abandonaría el convento. A lo largo de los años, gracias a su vida piadosa y gracias a sus maravillosos sermones, adquiriría fama y honor. También la noticia de la visita del Señor y del milagro que había sucedido aquella noche estaría en boca de todos. Después de la muerte del prior lo elegirían por unanimidad para ser su sucesor, las hijas ricas de los aristócratas se entusiasmarían de amor celestial por él. Damas voluptuosas, perfumadas y cubiertas de joyas le confesarían sus pecados y sus más secretos pensamientos. Pero él se mantendría firme, andaría descalzo sobre las brasas apasionadas de las hermosas mujeres, sin quemarse. Una mujer, una mujer alta de pelo negro y ojos oscuros, se colaría a escondidas un día en su celda, se arrancaría las ropas y le ofrecería su cuerpo desnudo, blanco como la nieve, y tan pronto como él la rechazara se arrojaría a sus pies, se abrazaría a sus rodillas y le suplicaría entre lágrimas que expulsara de ella al demonio que noche tras noche la visitaba en su cama bajo su apariencia. Pero él se quedaría en pie bajo el crucifijo e indiferente frente al cuerpo tembloroso, los pechos redondeados, los hombros nacarados, las caderas con hoyuelos, los largos y firmes muslos...; y luego, después de haber salpicado con agua bendita aquel vientre del pecado, tomaría en su mano el látigo que le servía para hacer penitencia. El primer golpe abriría un rastro sangriento en aquella piel delicada. Pero la mujer gritaría y en un salvaje deseo de autocastigo le suplicaría: ¡Más! ¡Mucho más!

Estas imágenes lo excitaban y lo agotaban hasta dejarlo desvanecido, pero no quería perderse nada. En todas aquellas fantasías, que lo hacían feliz, la figura de su madre no encajaba en absoluto. Había en ella algo hostil y él la identificaba con las compresas humeantes, las punzadas en el costado, el sabor repugnante y amargo de la leche agria en su boca, estancias mal ventiladas y demasiado calientes y el eterno miedo ante la muerte. La muerte, que para él eran las tinieblas y la enfermedad al mismo tiempo, la decepción y la conciencia de culpa después de masturbarse, el sufrimiento y la debilidad. Su madre se había convertido, mientras tanto, en todo lo que él consideraba rudo, maloliente y vulgar; era la personificación de una realidad gris y sin esperanza. El servilismo con el que aceptaba sus caprichos, la constancia con la que siempre volvía a él y lo avasallaba con sus preguntas, lo mimaba y se aferraba a su persona en su preocupación, lo enfurecían y desencadenaban ataques de ira. Se arrancaba las compresas del cuerpo, arrojaba su abrigo caliente al suelo, tiraba la comida y gritaba palabras terribles y obscenas, pero la madre parecía no enterarse de nada. Ella sólo veía el pálido rostro de su hijo, sus ojos con ojeras verdosas, su boca azulada y temblorosa, mientras escuchaba con atención su breve y silbante respiración, y entonces su corazón se ensombrecía de compasión impotente. «Está enfermo el pobrecito mío -pensaba-, Y como ahora ha vuelto a adelgazar, por eso está tan irritable. ¡Dios mío! ¡Cuánto le perjudica alterarse de esta manera, y yo, que no soy más que una pobre idiota, siempre hago algo que le provoca esos ataques! Debo mantenerme alerta. Debo vigilar más que nunca, de lo contrario... -Aquí se detenía, porque no se atrevía a llevar este pensamiento hasta el final-. ¡Pero no!... ¡Vivirá, porque debe vivir!»

Vi a Charlotte Brüggendorf en el laberinto de las pasiones convertida en un gnomo hermafrodita, en un tullido tragicómico de la curiosidad sexual ilimitada, en una persona repudiada, a la que todo el mundo rechaza. También vi a su marido, el lascivo alcalde de Straubing, convertido en un torpe charlatán, en un estafador de mercados y fiestas populares, en un presuntuoso jugador con los bolsillos vacíos. Era el eterno diletante, una burbuja que siempre flota en la superficie de las cosas, un paria, que se calienta en el reflejo y que escucha el eco roto.

También en el cuerpo del margrave de Brandeburgo-Ausbach se hundían una tras otras aquellas flechas que sus propios pecados habían lanzado. Tras una corta vida que había llevado a la sombra de distintos pequeños potentados y tiranos siempre como un simple cortesano, había empezado a odiar y a juzgar con gravedad su ser y su yo. Por mucho que se esforzara, por mucho que estuviera alerta, por más que se adaptara y adulara, conjuraba siempre sobre su cabeza la ira de la irresponsabilidad sanguinaria del tirano que hubiera en cada momento sentado al trono. Fue ejecutado tres veces. La primera por culpa de una palabra irreflexiva que dejó caer en el momento inadecuado, la segunda por haber sido testigo involuntario de un delito que hubiera hecho mejor en fingir no haber visto, y la tercera porque se sospechó, sin que fuera verdad, que estaba en posesión de un secreto que le quisieron sonsacar a toda costa. Esta última ejecución fue la que más me conmocionó, ya que fue emparedado en una alta y estrecha torre que se alzaba sobre un desfiladero. La abertura por donde le alcanzaban agua y alimentos y le gritaban aquella pregunta que él no podía contestar, se fue haciendo día tras día más pequeña. En vano rogó y prometió que no sabía nada, ya que al final la abertura se cerró definitivamente. Arañó las piedras hasta que las uñas le sangraron, escribió con las puntas

sanguinolentas de sus dedos su nombre y su última confesión en la pared: moría inocente. La torre tapiada era como una torre que taladrara sellada el cielo, la exacta contrapartida de aquel pozo en cuyas profundidades Hans Burgner había ido a parar cuando había llegado al punto más bajo de su vida.

Luego volvió a nacer como un hombrecillo, como un caballero cobarde e insatisfecho de triste figura, que con gran profusión de palabras se quejaba de su destino. Pedía sin pausa compasión y la comprensión de sus congéneres, pero no podía hacer más que despertar siempre una inexplicable antipatía. Sufría a gritos, hostil y porfiado, y aunque de hecho soportó su situación hasta el final, todavía no sospechaba que sólo el sufrimiento soportado con paciencia, temeroso, silencioso o heroico, puede despertar la compasión.

-Vosotros, amigos míos, ¿podéis quizá comprender las decisiones crueles del cielo? -Salía el amargo reproche de sus labios-. Mi alma es un libro abierto. Vosotros lo sabéis y podéis testimoniar que durante toda mi vida he sido piadoso, fiel y honesto. Nunca he estafado ni robado, ni he hecho daño a nadie. Cualquier mendigo ha encontrado siempre en mi casa las puertas abiertas y la mesa dispuesta. Nunca he maltratado a los niños ni a los animales. No he llevado una vida disoluta y no he ofendido a Dios, ni siquiera en sueños. Sin embargo, ved cómo el Señor me maltrata y me amenaza. Me castiga y me humilla sin que lo haya merecido. Mi primera mujer, a la que amaba por encima de todas las cosas, murió al dar a luz un hijo. Mi único hijo me fue arrebatado por la peste, y mi segunda mujer por el propio diablo. Ha convertido en una diversión burlarse de mí ante los demás, y cuenta mis costumbres incluso a los vendedores ambulantes, a las prostitutas, al sastre y al barbero, a cualquiera que quiera oírlo. Cuando cruzo la plaza del mercado noto cómo a mis espaldas se juntan las cabezas para burlarse de mí. Y además, esta ramera estéril me lleva la contraria a todas horas y me sirve la comida medio cruda. Mi negocio es evitado por la fortuna. Mis enemigos, a los que ni siquiera conozco, me atacan, me incomodan con denuncias y murmuran al Consejo de la ciudad horribles calumnias. Las preocupaciones me impiden incluso dormir, y si a pesar de todo me duermo, me persiguen todavía en sueños. Se me atribuyen terribles actos reprobables que nunca he cometido, se me acusa ante el tribunal de cosas espantosas y yo no puedo defenderme. Estoy en la prisión con la barba cubierta de moho, encadenado a una piedra... ¿por qué? ¡Si por lo menos supiera la razón por la que me ha sido asignado precisamente a mí este destino, habiendo tantos estafadores, ladrones y libertinos que disfrutran de su vida cubiertos de riquezas y sin preocupación alguna!

Vi a las mujeres cuyo cuerpo había sido, en cada ocasión, el crisol de alquimista vivo de mis nacimientos: la madre de Hans Burgner y la de Heinz Knotek; vi cómo aquella semilla, que en su momento se ocultaba en sus vidas, todavía primitivas, despertaron en el calor de las experiencias y de las más variadas circunstancias, creando a su alrededor extrañas e inimaginables formas de vida. La lasciva, lunática e hipócrita madre de Hans Burgner, después de algunas reencarnaciones y de seguir el camino del circo y del escenario, por fin fue a parar -al cabo de doscientos treinta años- a la cama de un príncipe regente. Se había refinado, estaba más serena y más instruida, pero también se había vuelto más decidida y había convertido en un arte su aparente piedad. La adoración que sentía por sí misma y su ilimitado egoísmo la llevaron a una gordura enfermiza. Podría haber dado a su nuevo cuerpo una forma más ventajosa y seductora, pero debido a las enormes masas de grasa que debía agradecer a su amor propio, pronto se convirtió en una caricatura de sí misma, en una criatura de elevado peso, jadeante, ridicula y repugnante, que estaba atrapada en sí misma. Sin embargo, esa masa de grasa le sirvió en definitiva de barrera para evitarle seguirse deslizando en las profundidades de las tinieblas. La grasa era su protección, su espíritu torturador y su educador al mismo tiempo. En vano luchaba contra ella, ya que no era capaz de autocontrolarse. Las grandes privaciones de alimento y los temblorosos períodos de ayuno a los que se sometía se extinguían en orgiásticas comilonas, cargadas de remordimientos, y para olvidar y aturdir la conciencia de su preocupante estado empezó a beber. Pero cada trago, cada bocado se convertía por completo y de inmediato en grasa. Sus glándulas trabajaban sin misericordia. Debido a que su pecho, sus caderas y sus muslos pesaban como plomo, dejó de poder subir sola a un carruaje, para lo cual este ídolo viviente de grasa necesitaba de dos a tres hombres que la ayudaran. Cayó en desgracia frente al duque y pasó a vivir de una modesta renta entre espejos cubiertos, llorándose a sí misma, siempre borracha, encorsetada en su fofa gordura, jadeante y condenada sin remedio a la inmovilidad, víctima de los criados hipócritas e infieles.

La madre de Heinz Knotek, la silenciosa esposa del predicador borracho, había florecido por el contrario de una forma maravillosa. El cerebro de esta criatura trabajadora, sencilla y de buen corazón producía claros y limpios pensamientos, ideas originales que durante largo tiempo no comunicó a nadie. Las personas tranquilas siempre son buenas observadoras. Las personas tranquilas escuchan siempre más que aquellas que se embriagan con el sonido de su propia voz. Reconoció con toda claridad la naturaleza de su inútil marido, el abismo que se abría entre sus discursos y su forma de vida. De ello aprendió. Pero no

lo condenó. Escuchaba las acaloradas discusiones religiosas llenas de sutilezas, las mortales peleas sobre la piedad, los duelos de palabras, llenos de odio, sobre el amor, los sermones arrogantes y desafiantes sobre la humildad, los intolerantes esfuerzos por la tolerancia, y sacó enseñanzas de todo aquello, pero sin juzgar a las personas por sus imperfecciones y evitando siempre identificarlas con el Cristo perfecto. Tenía el don del discernimiento, y era sincera en cada emoción. Su espíritu era decente y puro, y sus reencarnaciones la envolvieron con la única y verdadera envoltura del espíritu. Se reencarnó en Inglaterra, en Suecia y más tarde en Francia, siempre en un entorno adecuado, donde pudiera disfrutar de una buena educación y sus cualidades encontraran una posibilidad de manifestarse. Allí donde llegaba, se convertía en el centro espiritual y producía un efecto fructificador y cálido. No quería despertar admiración, pero llamaba la atención en todas partes. Era modesta, y contra su voluntad se convirtió en la primera. Sus sonetos en lengua francesa se cuentan hoy entre las joyas de la literatura mundial. Una y otra vez vuelven a salir a la luz, son desempolvados y se traducen a lenguas extranjeras, ya que su espíritu y la belleza de su forma es inmortal.

Knotek, el predicador, vagó por todas las religiones y confesiones y llenó a todas con su intolerancia llena de odio. En el año 1570 su corazón débil puso fin a su vida, pero su fanatismo lo llevó a Rusia. Como hijo de un sacerdote ortodoxo siguió las huellas de su padre y se hizo también sacerdote, aunque un sacerdote beligerante, antipático y sabelotodo, a quien se temía y al mismo tiempo se odiaba. Verdadero traidor de Cristo, despertó el desprecio de sus fieles no sólo por su forma de vida -cayó lastimosamente en la bebida-, sino también por la implacabilidad con la que persiguió a los judíos y azuzó los pogromos, en los que participó personalmente. Murió todavía joven de una fea enfermedad venérea que corrompió su sangre ardiente. Luego se convirtió al islam. Tomó la bandera del profeta como una lanza y extendió la muerte y la destrucción, aunque al hacerlo atacó sobre todo a los cristianos. Antes se había servido de la Biblia, ahora utilizaba el Corán como peligrosa hacha, y estas sagradas escrituras tuvieron que soportar, indefensas y pacientes, haber caído en sus manos, como ya lo habían estado en las de algunos locos ciegos a lo largo de la historia. Ahora eran las prescripciones y los dogmas del Corán los que seguía con una fidelidad exagerada y una exactitud desafiante, y se dedicaba con puntillosa meticulosidad a vigilar a otros en el cumplimiento de estas leyes, como en otro tiempo hizo con las leyes de la religión cristiana. Discutía las palabras, analizaba cada letra, mientras que con cada palabra y cada movimiento pecaba contra el espíritu de esas palabras. Murió en una guerra, en «una guerra santa de conquista contra los infieles». Luego volvió al mundo en Rusia, pero esta vez en el gueto, donde con satisfacción impía había asistido a varios pogromos, en los que por medio de sus apasionados sermones lanzó muchas antorchas del odio, de la calumnia y de la mentira. Pero ahora tuvo que sufrir en carne propia el padecimiento de ese pueblo, que cargaba con un grandioso y terrible destino. También esta vez se movía en las proximidades de la sinagoga y se convirtió en un obseso de las letras, un talmudista y copista de la Tora. Experimentó el odio mortal contra los perseguidores, el sentirse indefenso frente a la religión extraña, el miedo que lo cubría de sudor, los días de horror plomizos, sangrientos, enloquecidos por el crimen, las infructuosas súplicas de las víctimas, sus correligionarios en la fe, y aquel terror sordo e inmisericorde con que los verdugos ahogaban los gritos de muerte de niños, mujeres y ancianos. Experimentó la descarnada inseguridad de la emigración, el demencial látigo del peligro, que lo seguía, pegado a sus talones, que lo empujaba hacia Dios, y esta experiencia se convirtió en él en una amarga y violenta rebelión, en una sed de venganza todavía más ardiente. Perdió la vida en un pogromo, sometido a terribles torturas, sin saber que se trataba de los mismos tormentos con los que él mismo había apagado la vida de un judío suplicante que gritaba de dolor, impotente y desarmado, hacía ya más de cien años. Esta fuerza tenebrosa, cargada de tensión, esta violenta predisposición a la explosión se hizo presente, siguiendo la lógica de los acontecimientos, en la época en que fue necesaria: en Francia, antes del estallido de la gran revolución, para preparar la caída del trono y alimentar el fuego de la revolución. También esta vez encontró una nueva religión en la que poder dar rienda suelta a todo su odio. Su nombre se hizo famoso después del estallido de la revolución, más tarde adquirió resonancias terribles. Pero las fuerzas que había conjurado finalmente también lo barrieron a él. No pudo hacer matar a la gente con suficiente rapidez como para que la hoja de la guillotina que caía no llegara a alcanzarlo.

Giuseppe Balsamo murió en 1795 en el castillo de SantAngelo, donde fue torturado como masón y hereje de acuerdo con la sentencia del Santo Oficio. Todas sus prácticas, todos sus intentos desesperados de librarse de las ataduras del nombre de Cagliostro fueron en vano. Había mentido y estafado tanto y era tan poco de fiar que nadie quiso creer la única verdad de su vida. Cuando aseguró que él no tenía nada que ver con Cagliostro, que sólo había tomado ese nombre para causar impresión, que su verdadero nombre

era Balsamo, y era el hijo ilegítimo de una campesina siciliana... se limitaron a reírse de él. Su afirmación fue considerada la más necia, torpe e imposible entre todas sus mentiras. Declaraciones de testigos, numerosos cuadros, el lugar y la fecha de nacimiento aportaron con claridad la prueba de que sus argumentos no eran más que pretextos. Vi también adonde fue a parar al salir del terrible puerto de su muerte. Ese camino había sido marcado por su encuentro con Saint-Germain, el auténtico Mago. La clausura forzosa de la prisión, la reflexión bajo dolores inhumanos y la mágica advertencia que de pronto se convirtió en una estremecedora certeza, le inculcaron sentimientos de los que hasta entonces había carecido por completo: fe y temor, la fe en las fuerzas y poderes sobrenaturales y el temor ante las consecuencias de un acto. Fue un enorme paso hacia delante, porque en él, que no conocía límites, se alzaron los primeros límites morales. Su temor supersticioso ante una dirección de la que se había burlado, pero también su afán de fama fueron despertados ya que él poseía esas capacidades, que antes había negado y había atribuido a la necedad humana. De manera que, en definitiva, su encuentro con Saint-Germain lo había ayudado a salir del punto más profundo, y el nombre de Cagliostro le ayudó a pasar desde la magia negra a la blanca.

Jeanette Girard/Lorenza Feliciani, que estaba encadenada con mucha más fuerza y de forma más permanente a Balsamo de lo que sus relaciones exteriores permitían sospechar, pasó también su vida en un convento, sumida en oraciones extáticas, puesto que, ya que había perdido del todo su voluntad, intentó siempre adaptarse a las personalidades de su entorno que fueran más fuertes que ella. Después de haber confesado sus pecados a la superiora, una mujer de fuerte voluntad, movida por un celo ciego, ésta tomó en sus manos a ese carácter blando y disperso, y lo formó a su imagen. Lorenza, convertida en un ardiente molinillo de oraciones, lamentaba incansable sus pecados y los de Balsamo, cayó en las autoinculpaciones y rogaba liberarse. Pensaba con horror, pero con añorado amor, en su esposo, hasta que una vez en sueños lo vio en el potro de torturas. Ese hombre, que había sido tan violento, tan seguro de sí mismo y tan guapo, se había convertido en una ruina horripilante, sanguinolenta y lamentable con el rostro consumido. La imagen fue tan viva que Lorenza no pudo librarse de la impresión. Sentía con toda su alma que de forma misteriosa había visto la realidad. A partir de entonces dejó de tenerle miedo, lo amó, lo compadeció profundamente y lo lloró con un torrente de lágrimas que no podía detener. No podían ser el uno sin el otro, no podían seguir adelante si no era juntos. Lorenza necesitaba la voluntad de Balsamo y su fuerza, pero Balsamo necesitaba la capacidad de concentración de Lorenza, su sensibilidad e intuición. Lorenza era criada y mediadora al mismo tiempo. Pero se quedaba siempre en ese lado donde la mitad positiva de su alma se estancaba cada vez. Lorenza era el ojo y el oído espiritual de Balsamo, pero Balsamo hasta entonces sólo había mirado en dirección al infierno y junto con ella se había mantenido al acecho en esa dirección, y ahora en este anhelo físico y anímico, sucedió por primera vez que él elevó su mirada a mundos superiores...

Ernst Müller, que se había tomado con avidez una disolución del León Rojo la misma noche del crimen, fue muerto de inmediato por el elixir. La violenta fuerza que penetró en su cuerpo enfermo y consumido lo había devorado. En la voluntad con la que se aferraba a ese cadáver viviente, el elixir había desencadenado un cortocircuito. Ahora los demonios ya no podrían despedazar su personalidad, que permaneció entera e incorrupta como conciencia viviente, que podía ver, que podía recordar, cayendo sin tensión alguna en el más profundo infierno astral, de la misma manera que en su momento lo hizo Hans Burgner.

Los destinos llegaban y se iban, mostraban sus motivos impulsores, su sentido y su reconciliadora justicia. En el resplandor de este solemne y fascinante conocimiento comprendí cómo, a partir de los caracteres destrozados y enfermos, surgían hechos imposibles, y de estos hechos, dolorosos frutos que contenían en sí mismos el antídoto a esas extrañas enfermedades. Me di cuenta de que cada acción miserable lleva en sí misma el antídoto, y que la operación del sufrimiento no dura más tiempo que el que es necesario para una convalecencia.

Entonces sonó una voz, la voz primigenia de Uriel, que transmite la PALABRA y la propaga entre todos los seres que habitan el Cosmos. Uriel es el que hace un haz con la luz divina y dirige ese rayo allí donde debe aparecer la llama viva: en el alma de los mesías, profetas, videntes, de los iluminados, de los guardianes y servidores. Qué voz era aquella, qué efervescencia de santidad, qué revelación de misteriosas y eternas verdades:

«Te saludo, a ti que has cruzado el umbral. Te saludo, Mago, que te has convertido en el dominador de los tres mundos. Ahora por fin has roto las propias ataduras, has liberado tus fuerzas de la ruda y

sutil materia. Ahora permanecen en ti, puedes disponer de ellas. A partir de este momento ya no te ata ninguna determinación. Conoces las puertas secretas y tienes las llaves en tus manos. Puedes elegir y decidir con toda libertad, sin estar atado a las leyes del cuerpo. Puedes ir allí donde caiga tu mirada, y hacer realidad lo que es voluntad de tu espíritu. Puedes abandonar tu cuerpo, del que no queda ninguna mota de polvo en la Tierra, porque arde sin dejar rastro, y aun así la fuerza espiritual permanecerá unida a ti. Tienes la libertad de elegir entre los mundos, e incluso tú mismo puedes crear otros nuevos. Puedes convertirte en Titán de tu sistema solar y de tu galaxia si lo deseas. Puedes, con la ayuda de fuerzas creativas candentes e ilimitadas, construir tu propio Paraíso, un Paraíso cuyas flores se abrirán sólo al final de todos los tiempos. Puedes recorrer los innumerables mundos de las formas de los más maravillosos planetas, como un viajero, para tu propio deleite y traspasar al misterioso reino del Hades; puedes penetrar en el ilimitado mundo de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande y llevar a cabo experimentos majestuosos y cautivadores, hasta que el mundo que se ha manifestado regrese a Dios... Pero también puedes alejarte solitario sobre el sendero de la flecha recta que te es familiar y dejar atrás todas las luchas espectaculares del pasado, incluso el esplendor del Paraíso. Puedes abandonar el crisol de fundición cósmico de los sufrimientos y las experiencias, porque eres libre.

»Pero precisamente porque todavía eres libre, te pongo ante una decisión que ofrece un gran número de tentaciones y también una difícil tarea: una misión. No necesitas aceptarla. Nada cambiará si la evitas. Si aceptas el encargo, serás un servidor. Regresarás desde el vestíbulo de los Mesías para experimentar una época mesiánica, la más terrible y maravillosa época del mundo visible, el espectáculo grandioso y sangriento de la selección, donde el viejo Eón muere y entra en la vida el nuevo. El cataclismo de la muerte se mezclará con los dolores del parto y con el misterio de la resurrección. En esta tarea deberás perseverar durante muchos años en el memorable anonimato. Durante este tiempo no tendrás historia y el mundo no podrá ver tu rostro. Luego llegará el tiempo de la aparición de la Estrella, cuando Saturno entre en conjunción con Júpiter bajo el signo de Tauro y se abra la Puerta Cósmica que sólo permite pasar por su umbral a aquellos que han sido enviados. Hasta ahora han pasado por esa puerta Hermes Trismegisto, Rama, Krishna, Buddha, Moisés, Lao-Tsé, Zoroastro, Mahoma y Cristo, y esta vez los seguirá alguien más. Es ése a quien debes anunciar. Tú serás uno de aquellos que registren la verdad. Tú serás el que unirá el pasado con el futuro a través del presente. Tú traspasarás a nuevas manos la tradición. Escribirás todo sobre tu propia voluntad, que se ha enredado por otros senderos y que está impregnada de la inquietud trascendente y del fuego transmutable de la fuerza primigenia oculta. Tu vida será la ventana abierta a la materia en una época donde el ser humano, desde las tinieblas mortales y desesperadas, clamará por la luz de la eternidad.

»Esta época se la profeticé a Ezra, el vidente, hace muchos siglos en Babilonia y le manifesté a él los signos del Señor que preceden a este acontecimiento. Tú, si te quedas, verás, y contigo todos aquellos que han sido llamados, que estaban allí al principio y que vendrán para que se cumpla el número de los justos según la ley del círculo, de Abraham a Abraham. Se trata de esos hombres que en su época acumularon fuerzas y que no han probado la muerte desde su nacimiento. Te asomarás a los más profundos infiernos, te enterarás de los más ardientes sufrimientos, de las mayores mentiras y de los más terribles delitos. Verás cómo se oscurece el cielo, la confusión de las almas, cómo el hermano traiciona al hermano y la lucha sin piedad de los amigos que se enfrentarán unos a otros. Verás la persecución de los inocentes, el asesinato en masa de niños, mujeres y ancianos, la pérdida del derecho y de la justicia, verás cómo todas las obras del espíritu, de la sabiduría y de la fe son convertidas en polvo, el triunfo del Infierno sobre la Tierra, pero tendrás que aguantar, perseverar en el desconsuelo, en la desesperación, en el pantano venenoso del odio, en medio de trampas, peligros y amenazas. Y deberás escribir sobre Dios, sobre el nuevo Mesías del espíritu y sobre el gran Eón, que nacerá de la muerte y de la caída del Mal. Deberás escribir e informar en medio del estridente toque de trompeta del Apocalipsis, deberás seguir escribiendo mientras el cielo se abre, la Terra se resquebraja y brotan el fuego y la muerte por todas las rendijas. Deberás trabajar para estar preparado cuando llegue la hora. Deberás esforzarte, porque este libro de la vida sólo puede llegar a su cumplimiento acompañado de la estrepitosa orquesta de la muerte, porque el verdadero canto de la resurrección siempre surge del caos y de la corrupción. Así pues, ¡decídete!»

Después de estas palabras se hizo el silencio, un silencio tenso, absoluto. Las voces inaudibles ya no alborotaban y el órgano suave de los colores enmudeció. Todo, tanto arriba como abajo, se detuvo

petrificado, a la espera, y manteniéndose a la escucha. Toda forma etérea y toda posibilidad creadora se ofrecían al mismo tiempo sin que acechara en ningún lugar una trampa o una represalia. Llanuras limpias y libres conducían hacia todos lados. Puertos de estrellas enormes y brillantes esperaban con las variaciones nunca gozadas de la vida. En el seno de Lilith se concentraban fuerzas enormes para formar un cielo deslumbrante por orden del ESPÍRITU CREADOR. En las profundidades brillaban llenas de premoniciones las puertas ocultas del Hades. Y en esa luz crepuscular, secretos que engendraban el éxtasis trascendente prometían el cumplimiento de los misterios. Enormes soles de galaxias ardían como ojos de fuego en el cielo. La arremolinada expansión del macrocosmos, las contracciones del microcosmos me atraían con fuerza magnética a su seno.

... Y la Tierra, esta Tierra doliente, que se precipitaba hacia una crisis, esperaba también que se cumpliera el número de los justos.

Esperaba al Mesías.

Tras los años de memorable anonimía -que carece de historia- he regresado para anunciarlo.

¡Alegraos, porque la estrella se ha encendido!

Un Salvador ha nacido allí donde las tinieblas son más densas.

¡Ha venido para anunciar el dominio del Espíritu y del Reino Invisible!

¡Ha venido para vencer a la muerte por medio de la Vida!

Pronto se cerrará el círculo. ¡Estad alerta!

El círculo abarca de Abraham a Abraham.

¡Apresuraos para pasar por el sendero estrecho, que todavía está abierto, hacia el nuevo Eón, para no quedaros en las Tinieblas Exteriores!

¡Apresuraos, porque el número de los justos sobre la Tierra pronto se completará!

Los signos de los que el Señor habló, han aparecido.

¡Ha aparecido el abismo del sufrimiento,
y sobre él los lugares de la resurrección!

Apresuraos, porque el número de aquellos que aún quedan, que llevan el nombre del Señor, es muy reducido, y los otros, los perdidos, son

como el vapor,
como el fuego,
como el humo.
Ardieron, se consumieron
y se han convertido en ceniza.

MÁRIA SZEPES

EL LEÓN ROJO

Cuando Hans Burgner, nacido en Alemania en 1535, oye hablar por primera vez de la Piedra Filosofal y el Elixir de la Vida, resuelve alcanzar a toda costa el dominio de tales conocimientos. Esta decisión marca el comienzo de una fascinante epopeya alquímica y espiritual que se despliega a lo largo de sucesivas reencarnaciones, de la Alemania del siglo XVI a la Francia del siglo XIX, hasta llegar a su culminación en un místico Tíbet espiritual.

ISBN 84-7953-167-3



URANO